APSLEY CHERRY-GARRARD

EL PEOR VIAJE DEL MUNDO

La expedición de Scott al polo Sur

Annotation

La exploración polar es la experiencia más cruel y solitaria imaginable. El explorador británico Apsley Cherry- Garrard nos lo cuenta a través de sus vivencias en la expedición del capitán Scott al Polo Sur (1910- 1913), en la que éste y tres de sus hombres hallaron la muerte. A partir de las anotaciones que dejó Scott y, sobre todo, de su propia experiencia, Cherry-Garrard reconstruye en este libro aquellos tres años de penalidades y heroísmo.

- Apsley Cherry-Garrard
  -
  - INTRODUCCIÓN DEL AUTOR
  - PRÓLOGO DE GEORGE SEAVER
  - EL MANUSCRITO DE EL PEOR VIAJE DEL MUNDO
  - INTRODUCCIÓN DE PAUL THEROUX
  - GLOSARIO
  - 1. DE INGLATERRA A SUDÁFRICA
  - 2. LA TRAVESÍA DEL ESTE
  - 3. RUMBO AL SUR
  - 4. TIERRA
  - 5. EL VIAJE DEL DEPÓSITO
  - 6. EL PRIMER INVIERNO
  - 7. EL VIAJE DE INVIERNO
  - 8. PRIMAVERA
  - 9. EL VIAJE AL POLO (I)
  - 10. EL VIAJE AL POLO (II)
  - 11. EL VIAJE AL POLO (III)
  - 12. EL VIAJE AL POLO (IV)
  - 13. SUSPENSE
  - 14. EL ÚLTIMO INVIERNO
  - 15. OTRA PRIMAVERA
  - 16. EL VIAJE DE BÚSQUEDA
  - 17. EL VIAJE AL POLO (V)
  - 18. EL VIAJE AL POLO (VI)
  - 19. NUNCA MÁS

Apsley Cherry-Garrard

El peor viaje del mundo

La expedición de Scott al polo Sur

(biblioteca - GRANDES VIAJEROS)

Barcelona-Bogotá-Buenos Aires -Caracas-Madrid-México D. F. -Montevideo-Quito-Santiago de Chile

Título original: *The Worst Journey in the World*
Traducción: Daniel Aguirre Oteiza
Primera edición: octubre 1999
© Angela Machias 1922, 1965
© de la introducción; Paul Theraux 1994
© Ediciones B, S.A., 1999
Bailen, 84 - 08009 Barcelona (España)
Los mapas son recreaciones de E. J. Hatch a partir de los dibujos originales del autor.
Publicado originalmente por Chano amp; Windus
Printed in Spain ISBN: 84-406-9470-9 Depósito legal: B. 38.904-1999
Impreso por LIBERDÚPLEX, S.L. Constiució, 19 - 08014 Barcelona

NOTA A LA EDICIÓN ESCANEADA: Para mayor comodidad en la lectura se han eliminado las citas de pies de página, dejando solo aquellas que aportan aclaraciones al texto escritas entre paréntesis y cursiva a su continuación.

INTRODUCCIÓN DEL AUTOR

La exploración polar es la forma más radical y al mismo tiempo más solitaria de pasarlo mal que se ha concebido. No existe ningún otro tipo de aventura en que uno se ponga la ropa el 29 de septiembre, fiesta de San Miguel, la lleve hasta Navidad y, dejando aparte una capa de grasa natural, la encuentre tan limpia como si estuviera nueva. Se está más solo que en Londres y más apartado que en cualquier monasterio, y además el correo no llega más que una vez al año. Así como se comparan las penurias de Francia, Palestina o Mesopotámica, sería interesante contraponer los motivos que se aducen para sostener que la Antártica es una fuente de molestias. Un miembro de la expedición de Campbell me ha dicho que, en comparación, las trincheras de leper eran un picnic. Sin embargo, mientras no se logre establecer un patrón de resistencia, soy incapaz de ver cómo se puede hacer semejante comparación. En términos generales, no creo que haya nadie en la Tierra que lo pase peor que un pingüino emperador.

La Antártica es para el resto del mundo, todavía hoy, como la morada de los dioses para los antiguos caldeos: un gigantesco continente escarpado, mucho más allá de los mares que circundan los lugares habitados por el hombre. Y en lo que se refiere a la exploración de las regiones australes, nada llama tanto la atención como su ausencia, pues cuando el rey Alfredo reinaba en Inglaterra, los vikingos navegaban ya entre los campos de hielo del norte; en cambio cuando Wellington libró la batalla de Waterloo, en el sur seguía habiendo un continente desconocido.

Para quienes deseen leer la historia de la exploraciones antárticas, hay un excelente capítulo dedicado a ella en el Collage Of. The Discovery de Scott, y también en otras partes. No me propongo ofrecer aquí una visión de conjunto de este tipo, pero hay quien se me ha quejado de que Scott's Last Expedition sumerge al lector no especializado en un mundo del que se supone que ha de saberlo todo, cuando en realidad está perdido pues no tiene ni idea de qué era el Discovery ni dónde se encuentran el peñón del Castillo o la punta de la Cabaña. Para que el lector pueda comprender mejor las referencias a determinadas expediciones, a los territorios que descubrieron y a las huellas que dejaron (que son de obligada mención en este libro), hago seguidamente una breve introducción.

Desde la época en que se empezó a trazar mapas del hemisferio sur, se suponía que existía un gran continente llamado Terra Australis. Cuando los exploradores lograron despuntar el cabo de Buena Esperanza y el cabo de Hornos y vieron que más allá no había otra cosa que mares tempestuosos, y cuando más tarde descubrieron Australia y Nueva Zelanda, la creencia en la existencia de este continente perdió fuerza, pero no fue abandonada. Durante la segunda mitad del siglo XVIII, el afán de adquirir conocimientos científicos se sumó al antiguo deseo de engrandecer al individuo o al Estado.

Cook, Ross y Scott. Ellos son los aristócratas del sur.

James Cook, el gran navegante inglés, estableció la base de nuestros conocimientos. En 1772 partió de Deptford al frente del Resolution, de 462 toneladas, y el Adventure, de 336 toneladas, embarcaciones construidas en Whitby para la industria del carbón. Al igual que Nansen, Cook creía que una dieta variada podía servir de medida preventiva contra el escorbuto, y en su libro menciona que, entre sus provisiones, llevaba «aparte de chucrut, caldo en conserva, confitura de zanahorias e infusión de malta y cerveza», y que acuñaron medallas para «dárselas a los nativos de los países recién descubiertos y dejarlas allí como testimonio de que fuimos los primeros descubridores». Sería

interesante saber si se conserva alguna todavía.

Tras hacer escala en el cabo de Buena Esperanza, Cook puso rumbo al este, hacia Nueva Zelanda, con el propósito de navegar tan lejos como fuera posible en dirección sur para buscar un continente austral. El 10 de diciembre de 1772 avistó su primera «isla de hielo» o iceberg, a 50° 40' de latitud sur y 20º de longitud este. Al día siguiente vio «unos pájaros blancos más o menos del tamaño de una paloma con las patas y el pico negruzcos. Nunca había visto pájaro semejante». Es probable que fueran petreles de las nieves. Tras pasar entre numerosos icebergs, donde observó que los albatros los abandonaban y aparecían pingüinos, se encontró con una gruesa banca de hielo y la bordeó. Cook pensó que aquel hielo se formaría en ríos y bahías, por lo que no podía estar muy lejos de tierra firme. En su libro comenta de pasada que, para que sus hombres pudieran soportar el frío, ordenó que «las mangas de sus chaquetas (que eran tan cortas que dejaban los brazos desprotegidos) fueran alargadas con paño y que confeccionaran para todos gorras del mismo material y de lona, lo cual resultó serles de gran utilidad».

Cook navegó por el océano austral durante más de un mes, siempre entre icebergs y a menudo por la banca de hielo. Tuvo mal tiempo casi todos los días, y el cielo por lo general estuvo nublado. El capitán menciona que sólo vio la luna en una ocasión desde que pasó el cabo de Buena Esperanza.

El domingo 17 de enero de 1773, el círculo polar antártico fue cruzado por vez primera, a 39° 35' de longitud este. Tras avanzar hasta los 67° 15' de latitud sur, Cook tuvo que detenerse ante una inmensa banca de hielo. Llegado a ese punto, dio media vuelta y regresó a Nueva Zelanda.

A finales de 1773 partió de Nueva Zelanda sin su segundo barco, el Adventure, del que había tenido que prescindir. Al ver el fuerte oleaje, dedujo que no podía «haber tierra al sur, bajo el meridiano de Nueva Zelanda, a menos que se encuentre a gran distancia».

El 12 de diciembre, a 62° 10' de latitud sur, avistó la primera isla de hielo. Al cabo de tres días tuvo que detenerse ante una gruesa banca de hielo. El 20 volvió a cruzar el círculo polar antártico a 147° 46' de longitud oeste y se adentró en dicha zona hasta llegar a los 67° 31' de latitud sur. Allí encontró una corriente que se movía en dirección noreste.

El 26 de enero de 1774, a 109° 3 V de longitud oeste, atravesó el círculo polar antártico por tercera vez tras cruzarse con sólo unos pocos icebergs y sin haber visto ninguna banca de hielo. A 710 10' de latitud sur tuvo finalmente que dar media vuelta ante la presencia de un inmenso campo helado, y escribió:

No diré que fuera imposible avanzar hacia el sur, pero intentarlo habría sido una empresa peligrosa y temeraria, algo que, a mi modo de ver, a ningún hombre en mi situación se le hubiera ocurrido hacer. De hecho, tanto yo como la mayoría de los tripulantes éramos de la opinión de que aquel hielo se extendía hasta el mismísimo polo o podía estar unido a una porción de tierra, a la que llevaría sujeta desde épocas remotas; y de que todo el hielo que encontramos disperso en el norte se forma aquí, al sur de este paralelo, y luego se desgaja debido a los vendavales o a otras causas y es arrastrado hacia el norte por las corrientes que, por lo que se ve, en las latitudes altas siempre avanzan en esa dirección. Cuando nos aproximamos a este hielo, oímos unos pingüinos pero no vimos ninguno, ni tampoco otras aves ni nada que pudiera hacernos pensar que estábamos cerca de tierra firme. Sin embargo, yo creo que al sur, más allá de este hielo, debe de haber alguna porción de tierra, aunque en tal caso no podrá ofrecer mejor refugio a los pájaros o a cualquier otro animal que el hielo propiamente dicho, el cual debe de cubrirla por completo. Yo, que ambicionaba llegar no sólo más lejos de lo que hubiera podido llegar cualquiera hasta entonces, sino tan lejos como le fuera posible al ser humano, no lamenté encontrarme con aquel escollo pues en cierto sentido constituía un

alivio para nosotros. Al menos reducía los peligros y las penurias que conlleva navegar por las regiones australes.

Así pues, Cook puso rumbo al norte, y fue entonces cuando, «habiendo enfermado de un cólico hepático», uno de los perros favoritos, que pertenecía a un oficial (el señor Forster, en cuyo honor se puso al pingüino emperador el nombre de Aptenodytes forsteri), «fue sacrificado para que pudiera alimentar mi frágil estómago […]. De ese modo recibí sustento y fuerzas de una comida que habría puesto mala a la mayoría de la gente en Europa; a tal punto es cierto que la necesidad no está regida por ley alguna».

Así quedó probado de una vez para siempre que la idea de que existe un continente austral fértil y populoso es un mito y que cualquier tierra que pueda existir al sur ha de ser una región desolada, oculta bajo un manto de hielo y nieve. Se vio la enorme extensión de los tempestuosos mares del sur y se descubrieron los límites del globo habitable. Cabría mencionar a propósito que Cook fue el primero en describir las peculiaridades de los icebergs y los bandejones antárticos.

Una expedición rusa dirigida por Bellingshausen descubrió en 1819 el primer territorio de la Antártida. Lo llamó Tierra de Alejandro, y se encuentra prácticamente al sur de cabo de Hornos.

Cualquiera que fuera la norma en otras partes del mundo, los barcos que surcaban los mares del sur durante la primera mitad del siglo XIX estaban interesados en el comercio. El descubrimiento de gran número de focas y ballenas atrajo a cientos de embarcaciones, y buena parte de los escasos conocimientos que tenemos acerca del contorno del continente antártico se deben a las esclarecedoras instrucciones de firmas como la de los señores Enderby, y al arrojo y la iniciativa de capitanes como Weddell, Biscoe y Balleny.

Se adentraron audazmente con barcos sumamente pequeños y estrambóticos en mares agitados y sembrados de hielos. A menudo se salvaban del desastre por los pelos; sus embarcaciones sufrían fuertes sacudidas, eran sometidas a duras pruebas y tenían importantes vías de agua, y sus tripulaciones acababan agotadas por el incesante trabajo y diezmadas por el escorbuto. Sin embargo siguieron luchando a pesar de las inconcebibles vicisitudes que pasaron, y al parecer ninguno de ellos cambió de rumbo hasta que no le quedó otro remedio. Uno no puede leer los relatos de estas travesías, tan sencillos y libres de artificio como están escritos, sin sentirse impresionado por el maravilloso valor y la tenacidad que mostraron.

En 1840 sólo se habían avistado unos pocos puntos de la costa del territorio antártico. En términos generales, los límites que se habían divisado se hallaban en el círculo polar antártico o cerca de él, y parecía probable que el continente (si es que se trataba de un continente) consistiese en una gran masa circular de tierra. El polo Sur se encontraría en el centro, y las costas estarían más o menos equidistantes de dicho punto.

A esta descripción había que hacerle dos salvedades. Cook y Bellinghausen habían encontrado al sur del Pacífico un entrante en dirección al polo, y Weddell había hallado otro aún más pronunciado al sur del Atlántico al llegar a los 74° 15” de latitud sur y los 34° 16' de longitud oeste.

Si en aquella época hubiera existido una teoría tetraédrica, alguien habría podido sugerir la existencia de una tercera concavidad debajo del océano Indico, aunque probablemente el fruto de sus esfuerzos habría sido acogido con risas.

Cuando James Clark Ross partió de Inglaterra en 1839, no tenía ninguna razón de peso para suponer que la costa de la Antártida en la región del polo magnético, que era adonde quería llegar, no se prolongara por el círculo polar antártico.

Ross zarpó de Inglaterra en septiembre de 1839 con órdenes del almirantazgo. Tenía a su mando

dos veleros de la flota de Su Majestad, el Erebus, de 370 toneladas, y el Terror, de 340 toneladas. Cuando arribó a Hobart, Tasmania, en agosto de 1840, se enteró de los descubrimientos que habían realizado durante el verano anterior la expedición francesa dirigida por Dumont D'Urville y la estadounidense dirigida por Charles Wilkes. El primero bordeó la costa de la Tierra Adelfa y un acantilado de hielo de unas sesenta millas (*Siempre que se indican las distancias en millas, se refiere a millas marinas, a menos que se indique expresamente que se trata de millas terrestres. Una milla marina equivale a 1.852 metros. (N. del T.)*) de largo que se extendía al oeste de ésta y volvió con un huevo, que ahora se encuentra en Drayton; la expedición del Discovery de Scott demostraría de forma concluyente que se trataba de un huevo de pingüino emperador.

Todos estos descubrimientos se realizaron en puntos cercanos a la latitud de círculo polar antártico (66° 32' sur), aproximadamente en la región de la tierra que queda al sur de Australia. Ross, «a quien habían inculcado la idea de que Inglaterra siempre había estado a la cabeza de los descubrimientos tanto en la región austral como en la septentrional, […] tomó de inmediato la decisión de evitar toda injerencia en sus descubrimientos y eligió un meridiano situado mucho más al este (170°) para avanzar en dirección sur y llegar a ser posible al polo magnético».

Los estudiosos de la historia de la Antártida conocen bien los episodios más notables de esta expedición, durante la cual se descubrió inesperadamente un mar desconocido que se extendía a unas quinientas millas al sur en dirección al polo. Tras atravesar la banca de hielo, Ross se dirigió hacia donde se suponía que estaba el polo magnético, «siguiendo la brújula en dirección sur en la medida en que lo permitía el viento», y el 11 de enero de 1841, a 71° 15' de latitud sur, avistó los picos nevados del monte Sabine, y poco después el cabo Adare. Como se encontrara con la costa no pudo alcanzar el polo magnético, de modo que puso rumbo al polo Sur (geográfico) y se adentró en lo que ahora se llama el mar de Ross. Tras bordear la costa durante varios días, con las montañas a mano derecha y el mar de Ross a mano izquierda, descubrió y puso nombre a la gran cadena de montañas que a lo largo de unas quinientas millas divide en este punto el mar de la planicie antártica. El 27 de enero, «con brisa favorable y el cielo totalmente despejado, seguimos avanzando hacia el sur y pasamos cerca de una porción de tierra que llevábamos viendo desde el día anterior a mediodía y que entonces llamamos la isla Alta. Resultó ser una montaña que se elevaba a 3.800 metros de altura sobre el nivel del mar y que arrojaba llamas y humo con gran profusión; al principio el humo parecía nieve, pero cuando nos acercamos nos reveló su verdadera naturaleza […]. Lo llamé monte Erebus, y al volcán apagado situado al este, que era algo más pequeño, pues según las mediciones medía 3.300 metros de altitud, monte Terror». Ésta es la primera vez que oímos hablar de nuestros dos viejos amigos; la isla de Ross es la porción de tierra sobre la que se elevan.

Nos acercamos a tierra con todas las alas desplegadas y observamos una línea blanca y baja que se extendía desde su punto más oriental hasta donde alcanzaba la vista en dirección este. Tenía un aspecto extraordinario. A medida que nos acercamos a ella fue ganando paulatinamente en altura, y al final resultó ser un acantilado perpendicular de hielo, de entre 45 y 60 metros sobre el nivel del mar, totalmente llano y liso en lo alto y con un frente uniforme sin fisuras ni promontorios.

Ross bordeó la Barrera y recorrió 250 millas a partir del extremo oriental de la isla de Ross, al que puso el nombre de cabo Crozier en honor al capitán del Terror. Este punto, en el cual confluyen la isla, el mar y la Barrera, aparecerá en múltiples ocasiones a lo largo de este relato. Durante el viaje de regreso, Ross examinó la parte sur, que divide la isla de las montañas Occidentales. El 16 de febrero «divisamos el monte Erebus a las dos y media de la madrugada y, como el cielo estaba

muy despejado, tuvimos una espléndida vista general de la costa, que según todos los indicios está unida a tierra firme, algo que no sospechábamos antes». El lector ha de tener en cuenta que Ross comete aquí un error, ya que la isla sobre la que se elevan el monte Erebus y el monte Terror está unida a tierra firme por una simple capa de hielo. A continuación dice:

Observamos que hacia el suroeste del cabo Bird [Bird era el teniente primero del Erebus] se extendía una ensenada muy profunda en la que se distinguía una porción de tierra baja; pero sus límites eran tan difíciles de establecer que tuvimos que dejarla sin explorar, y como un suave viento del oeste nos impedía avanzar en esa dirección a través del hielo joven (que ahora cubría la superficie del océano hasta donde alcanzábamos a ver desde el tope), decidí poner rumbo a la ensenada para examinarla más de cerca y saber exactamente si continuaba o no. A mediodía nos encontrábamos a 87 ° 32' de latitud sur, 166° 12' de longitud este, 88° 24' de inclinación y 107° 18' de declinación este.

Por la tarde no pudimos movernos prácticamente, pero presenciamos unas magníficas erupciones en el monte Erebus, que arrojaba llamas y humo a gran altura; sin embargo no vimos que saliera del cráter lava alguna, como en una ocasión anterior, pese a que esta vez el espectáculo era de mucha mayor envergadura […].

Poco después de la medianoche [del 16 al 17 de febrero] se levantó una brisa del este y navegamos a toda vela en dirección sur hasta las cuatro de la madrugada. Pero una hora antes habíamos visto claramente la porción de tierra que rodea toda la bahía y que une el monte Erebus a tierra firme. La llamé bahía de McMurdo por el teniente primero del Terror, un honor que se tenía bien merecido por su celo y destreza.

La bahía se llama ahora estrecho de McMurdo. Al pensar equivocadamente que el Erebus se hallaba unido a tierra firme, Ross estaba abarcando con la mirada la península de la Cabaña, que se prolonga desde el extremo suroeste del Erebus hacia el oeste. Es probable que viera el farallón de Minna, que se adentra en el mar en dirección este. Entre la península y el farallón se encuentran la isla Blanca, la isla Negra y la isla Marrón. Suponer que formaban parte de una línea continua de tierra fue un error muy natural.

Ross atravesó la banca de hielo y se adentró en aguas desconocidas; recorrió cientos de millas de costa montañosa y, tras terminar otros trabajos en 1842, unas cuatrocientas millas de Barrera. Llegó con sus barcos hasta los 78° IT, una latitud extraordinariamente alta, ya que son cuatro grados más que Weddell. La labor científica de la expedición no es menos digna de elogio. Ross determinó la situación del polo Sur magnético con relativa exactitud, si bien no pudo cumplir un deseo natural aunque quizá demasiado ambicioso que abrigaba desde hacía mucho tiempo: «Poder colocar la bandera de mi país en los dos polos magnéticos de nuestro planeta.»

Ross se esforzó ante todo por ser exacto, tanto en sus observaciones geográficas como en las científicas, y su información sobre el clima, la temperatura del agua y la profundidad del fondo marino, así como la relacionada con la vida en los océanos por los que pasó, no sólo es abundante sino fidedigna.

Cuando Ross regresó a Inglaterra en 1843, fue imposible no creer que los argumentos de quienes defendían la existencia de un continente austral tenían ahora mucho más fundamento. Sin embargo no existía prueba alguna de que las diversas porciones de tierra que se habían descubierto estuvieran unidas entre sí. Todavía hoy, en 1921, tras veinte años de insistentes exploraciones con el equipo más moderno, el interior de este supuesto continente sigue siendo totalmente desconocido, a excepción de la región del mar de Ross, y de sus 11.000 millas de costas sólo se ha explorado una

docena de sitios.

En su Life of Sir Joseph Hooker, el doctor Leonard Huxley nos proporciona algunos detalles interesantes sobre la expedición dirigida por Ross. Hooker, que tenía veintidós años cuando partió de Inglaterra en 1839, era el botánico de la expedición y el ayudante del médico del Erebus. La historia natural salió muy mal parada en lo que se refiere al material del Gobierno, el cual suministró sólo 25 resmas de papel, 2 estuches de muestras y 2 cajas para transportar plantas vivas. Eso fue todo. No les proporcionaron ni un instrumento, ni un libro, ni un frasco, y el único conservante del que disponían era el ron de los pañoles del barco. Encima, cuando regresaron, las abundantes colecciones que habían reunido no llegaron a ser estudiadas en su totalidad. La especialidad científica de Ross era el magnetismo terrestre, aunque también estaba muy interesado en la historia natural, por lo que cedió parte de su camarote a Hooker para que pudiera trabajar. «Dibujo casi todos los días, a veces durante todo el día y hasta la dos o las tres de la noche, siguiendo las instrucciones del capitán. Por la noche él se sienta a un lado de la mesa y escribe y hace cálculos, y yo me siento al otro y dibujo. De vez en cuando hace una pausa y se acerca a mi lado a ver qué estoy haciendo […].» Hooker añade más adelante: «Como es de suponer, hemos tenido algún que otro altercado, ya que ninguno de los dos posee buen carácter, pero esto no es nada en comparación con la generosidad con que ha puesto su camarote a mi disposición y lo ha transformado en mi cuarto de trabajo pese a las muchas molestias que ello le causa.»

Cito seguidamente otro fragmento perteneciente a las cartas que escribió Hooker tras su primera travesía:

El éxito de la expedición de investigaciones geográficas ha sido realmente maravilloso, lo cual viene a demostrar cuánto se puede lograr con un poco de perseverancia, puesto que no nos hemos visto en ningún trance peligroso y no hemos sufrido absolutamente ningún percance. Ha existido entre los expedicionarios una especie de confabulación para mantener la fama que se han ganado por obrar milagros; en consecuencia, quienes desconocíamos el hielo fuimos con la idea de que íbamos a sufrir congelaciones, y entre otras cosas concedimos una importancia excesiva a la simple operación de atravesar la banca, la cual ya ha desaparecido, aunque no voy a decírselo a todo el mundo. No me refiero aquí a los viajeros que sufren penalidades inauditas, sino a los navegantes que tienen un barco cómodo y acogedor; lo único que hace falta son unos pocos conocimientos sobre el hielo y la debida cautela.

En vista de la labor realizada por Scott al frente de la expedición de la que me dispongo a hablar y de la extraordinaria actividad científica desarrollada por Pennell al mando del Terra Nova después de que el capitán desembarcara, Hooker tendría que matizar algunas de las frases que escribió más adelante:

Tampoco es probable que un coleccionista tenga en el futuro a un capitán tan entregado a la causa de la zoología marina y tan dispuesto a aprovechar la menor oportunidad para añadir una nueva pieza a la colección.

Huxley explica finalmente en su libro la reserva que se exigió a todos los expedicionarios con respecto a las noticias que mandaran a casa y las precauciones que tuvieron que tomar para que no se filtrara ningún resultado científico. Cuenta además que en una ocasión Hooker saltó por la escotilla principal con una piel de pingüino en la mano que estaba preparando en el preciso momento en que aparecía Ross inesperadamente por la escotilla de popa. Pues bien, eso también ocurrió en el Terra Nova.

Ross recibió una fría acogida a su regreso. En 1905 Scott escribió a Hooker las siguientes

líneas a este respecto:

En un principio parece inexplicable si se considera lo mucho que se aprecia ahora su trabajo. No obstante, desde el punto de vista del público en general, siempre he pensado que Ross no ha sido reconocido como se merece y, como usted dijo en una ocasión, en su libro dista mucho de ser justo consigo mismo. Ignoraba que Barrow fuera la bestia negra que tanto hizo por restar valor a los resultados de Ross. Es un detalle interesante acerca de una empresa como ésa.

Al analizar y subrayar la importancia de la expedición a la Antártida que finalmente emprendería Scott a bordo del Discovery, Hooker subrayó también la importancia del trabajo en el océano Glacial antártico, que rebosa de vida animal y vegetal. Al comentar el hecho de que, salvo la de diatomeas, no se examinaron las grandes colecciones, que habían sido reunidas principalmente por él, escribe lo siguiente;

Confío en que los tesoros que traiga la esperada expedición corran mejor suerte, pues el océano es tan prolífico que el naturalista no debe estar inactivo nunca," no, no debe detenerse ni una sola de las veinticuatro horas de luz que tienen en verano los días en la Antártida. Espero asimismo que los resultados de un estudio comparativo de la vida oceánica de las regiones ártica y antártica constituyan el anuncio de una nueva época en la historia de la biología.

Cuando Ross fue a la Antártida, en general se pensaba que en las profundidades del océano no había ni comida ni oxígeno ni luz, y en consecuencia tampoco vida. Pero esta hipótesis no se encontraba entre las que permitieron estudiar las investigaciones de Ross. Más tarde, en 1873, la posibilidad de tender cables submarinos obligó a investigar la naturaleza de las profundidades abisales, y el Challenger demostró no sólo que existe vida allí abajo, y en formas bastantes avanzadas además, sino que incluso hay peces capaces de ver. Ahora es prácticamente seguro que del océano Glacial antártico sale en dirección norte una gran corriente oxidada que pasa por debajo de las aguas de otros grandes océanos del mundo.

En una época en que se estaban descubriendo puntos de la periferia del gran continente antártico en latitudes relativamente bajas (en torno a los 66°), y a veces ni siquiera dentro del círculo polar antártico, Ross tuvo la buena suerte de encontrar al sur de Nueva Zelanda una profunda ensenada por la que se podía llegar hasta los 78°, que es una latitud alta. Esta ensenada, que ahora es conocida como mar de Ross, ha sido el punto de salida de todas las expediciones que se han acercado al polo Sur con trineos. Me he detenido en la descripción de los territorios que descubrió Ross porque constituyen una parte muy importante de esta historia. También he subrayado su importancia en la historia de la exploración de la Antártida porque, una vez que Ross hubo hecho todo lo que se podía hacer por mar, es decir, adentrarse hasta allí y llevar a cabo descubrimientos tan memorables como los descritos, el siguiente paso necesario en la exploración de la Antártida lo tenía que dar por tierra otro explorador. Resulta asombroso que hubieran de pasar sesenta años para que apareciera dicho explorador. Se trataba de Scott. Durante los sesenta años que transcurrieron entre los viajes de Ross y Scott, el mapa de la Antártida no cambió prácticamente nada. Scott no sólo emprendió la exploración de los territorios australes, sino que fue el precursor de viajes con trineos por la Antártida.

En este período creció considerablemente el interés por las ciencias tanto puras como aplicadas. En 1893 alguien afirmó que «sabíamos más sobre Marte que sobre una gran región de nuestro propio planeta». La expedición del Challenger de 1874 había pasado tres semanas dentro del círculo polar antártico, y los especímenes de las profundidades de aquellos fríos mares con los que volvió a Inglaterra despertaron gran curiosidad. Mientras tanto, Borchgrevink (1897) atracó en el cabo Adare y construyó una cabaña que todavía sigue en pie y que prestó a nuestro grupo del cabo

Adare una valiosa ayuda. Allí vivió durante el primer invierno que el hombre pasó en la Antártida.

Entretanto, en el Ártico se estaba llevando a cabo una audaz tarea. Los nombres de Parí, M'Clintock, Franklin, Markham, Nares, Greely y De Long son sólo algunos de los muchos que acuden a la mente cuando uno piensa en los exploradores que han recorrido denonadamente millas y millas por hielos desiguales y canales navegables, con aparatos que ahora nos parecen primitivos, a fin de hacer una contribución al saber humano que a menudo ha parecido escasa en comparación con las vicisitudes y los desastres que llegaron a sufrir. Para aquellos cuyo destino les ha llevado a trabajar a las órdenes de Scott, la expedición de Franklin reviste más interés que el habitual, pues fueron los mismos barcos que descubrieron la isla de Ross (el Erebus y el Terror) los que acabaron aplastados en el hielo del norte tras la muerte del propio Franklin, y fue el capitán Crozier (el mismo que fue capitán de Ross en el sur y en cuyo honor se bautizó al cabo Crozier) quien tomó entonces el mando y se puso al frente del viaje más horrendo de toda la historia de la exploración. Nunca llegaremos a enterarnos de nada más, pues no hubo ni un superviviente para contarnos lo ocurrido. Ahora, en medio de todo el ruido y el barullo de Londres, la estatua de Scott dirige la mirada hacia la de Franklin y los tripulantes del Erebus y el Terror. Seguro que piensan cosas parecidas.

Los ingleses han abierto la senda hacia el norte, pero hay que reconocer que el mejor viaje de todos lo realizó el explorador noruego Fridtjof Nansen entre 1893 y 1896. Nansen creía que de las islas de Nueva Siberia salía una corriente en dirección oeste que llegaba hasta el polo (teoría que fue finalmente confirmada) porque en la costa de Groenlandia se habían descubierto los pecios de una embarcación llamada Jeanette, la cual había sido aplastada por el hielo cerca de dichas islas. Su atrevida empresa consistía en dejar que el barco quedara atrapado en el hielo y que la corriente lo llevara hasta el polo, o cuando menos lo más cerca posible de éste. Con tal propósito se construyó el Eram, la más famosa embarcación para expediciones en el Ártico. Fue diseñada por Colín Archer, y tenía forma de platillo y una manga que medía la tercera parte de la eslora. A pesar de que la mayoría de los expertos en el Ártico opinaba lo contrario, Nansen creía que cuando el hielo ejerciera presión, el barco no sería aplastado, sino que se elevaría y quedaría encima de él. El relato de la prodigiosa travesía que realizó con sus trece hombres, de cómo quedó el Fram atrapado en el mes de septiembre de 1893 al norte de Siberia (a 79° de latitud norte), de cómo se levantó y estremeció en medio del estruendo del hielo y cumplió el objetivo para el que había sido construido, sigue transmitiendo, después de veintiocho años, la emoción de la novedad. El 2 de febrero de 1894 cruzó el grado 18 impulsado por la corriente. Durante el primer invierno Nansen empezó a impacientarse; la corriente era lentísima, y a veces les hacía retroceder. Tuvieron que esperar hasta el segundo otoño para llegar al paralelo 82, por lo que Nansen decidió avanzar en dirección norte con trineos durante la primavera siguiente. Como él mismo me diría, pensaba que de todos modos el barco cumpliría su cometido. Pero ¿no se podía hacer algo más aparte de eso?

Ésta fue una de las decisiones más valientes que haya tomado nunca un explorador polar. Significaba abandonar un barco a la deriva, al que ya no podrían regresar, y hacer el viaje de regreso a tierra firme por un hielo que estaba a merced de las aguas; la porción de tierra conocida más cercana se encontraba a casi quinientas millas al sur del punto desde el que iba a salir en dirección norte, y el viaje incluía tramos por mar y por hielo.

No cabe duda de que era más arriesgado abandonar el Eram que quedarse en él. Resulta absurdo además de risible decir, como hizo Greely tras el casi milagroso regreso de Nansen, que éste abandonó a sus hombres en un barco cercado por el hielo, por lo que merecía ser censurado. El barco quedó al mando de Sverdrup, y Johansen fue el hombre elegido para acompañar a Nansen. Volveremos a tener noticias de él en el Fram› esta vez con Amundsen en su viaje al sur.

La aventura y las vicisitudes del viaje de Nansen tienen tanto interés para el explorador polar que puede ocurrir que no se preste atención a su equipo, que para los que hemos ido al sur constituye el aspecto más importante de su expedición. Nansen fue el primero en utilizar un trineo ligero basado en el trineo de esquís noruego en lugar del pesado trineo inglés de antaño, que se basaba en el modelo esquimal. Los utensilios de cocina, la comida, las tiendas, la ropa y los mil y un complementos sin los cuales ninguna expedición tiene hoy en día muchas probabilidades de éxito, datan todos ellos de la época de Nansen. Son, por lo tanto, recientes, aunque detrás de ellos se halla, naturalmente, toda la experiencia acumulada por los exploradores a lo largo de los siglos. Como escribiría el propio Nansen acerca de los exploradores polares ingleses: «¡Qué bien habían pensado y organizado su equipo con los medios que tenían a su disposición! Francamente, no hay nada nuevo bajo el sol. Ahora descubro que las cosas que consideraba nuevas, y muchas que me hacían sentirme orgulloso ya las habían previsto ellos. M'Clintock utilizó las mismas hace cuarenta años. No fue culpa suya nacer en un país en el que no se utilizan raquetas […].»

Esto honra aún más a los hombres que se atrevieron a tanto y llegaron tan lejos con el limitado equipo de entonces. Pero lo que a nosotros nos interesa en este sentido es que, así como Scott es el precursor de los viajes con trineos por la Antártida, a Nansen cabría considerarle el padre de la exploración moderna en su conjunto.

Nansen y Johansen partieron el 14 de marzo, cuando el Fram se encontraba a 84° 4' de latitud norte y hacía sólo unos días que el sol había vuelto a salir. Llevaban tres trineos (dos de ellos con kayacs) y 28 perros. El 8 de abril alcanzaron el campamento más septentrional que, tal como índica Nansen en su libro, se encuentra a 86° 13.6' de latitud norte. Pero, como él mismo me ha contado, el profesor Geelmuyden, que era quien tenía sus resultados astronómicos y su diario, pensaba que el horizonte estaba más alto debido a la refracción, por lo que había que corregir los datos de manera acorde. En consecuencia, Nansen consignó en su libro una latitud reducida, aunque creía que su latitud era más alta que la indicada, ya que el horizonte estaba muy claro cuando realizó la observación. Utilizó para ello un sextante y el horizonte visible.

Dieron marcha atrás y pasaron por hielo comprimido y canales de agua, pero no lograron dar con la porción de tierra que esperaban encontrar a 83° de latitud, que resultó inexistente, en efecto. A finales de junio empezaron a utilizar los kayacs para cruzar los canales de agua, aunque antes tuvieron que hacerles numerosas reparaciones tras la difícil travesía. Aguardaron largo tiempo en el campamento a que mejoraran las condiciones de viaje. Nansen veía continuamente un punto blanco y pensaba que era una nube. Sin embargo el 24 de julio, cuando por fin avistaron tierra, resultó que se trataba del punto blanco en cuestión. Llegaron catorce días después y descubrieron que consistía en una serie de islas. Incapaces de decir qué territorio habían alcanzado, pues se les habían parado los relojes, siguieron remontando la costa en dirección oeste y sur hasta que se les echó encima el invierno. Construyeron una cabaña con musgo, piedras y nieve y la cubrieron con las pieles que habían arrancado a unas morsas en el mar, ya que eran demasiado pesadas como para subirlas al hielo entre los dos. Cuando hablé con Nansen, me dijo que se le había olvidado todo lo relacionado con este episodio, y no me creyó hasta que lo leyó en su propio libro. Aquel invierno llevó su vieja ropa, que estaba tan empapada de grasa que para limpiar las camisas tenían que raspar. Se hicieron ropa nueva con mantas, y sacos de dormir con las pieles de los osos que comían. En mayo del año siguiente reanudaron la marcha con intención de llegar a Spitzbergen. Estuvieron viajando un mes largo, durante el cual escaparon por los pelos de un par de situaciones comprometidas, como mínimo. La primera tuvo lugar cuando la corriente se llevó sus kayacs; Nansen se arrojó a las gélidas aguas del mar, y logró alcanzarlos justo antes de hundirse. Johansen pasó el peor momento de su vida

mirándole desde la orilla. La segunda se debió el ataque de una morsa, que arremetió con colmillos y aletas contra el kayac de Nansen. Entonces, una mañana en que estaba contemplando los fríos glaciares y los desnudos acantilados sin saber dónde se encontraba, oyó ladrar a un perro. Presa de una intensa agitación, echó a andar hacia el lugar del que salían los ladridos y se encontró con el jefe de la expedición inglesa de Jackson y Harmsworth, cuyo grupo estaba pasando el invierno en aquel lugar, y que fue quien le aseguró que se encontraba en la Tierra de Francisco José. Nansen y Johansen llegaron finalmente a Vardo, en el norte de Noruega, donde se enteraron de que todavía no había ninguna noticia del Fram. Aquel mismo día salió el barco del hielo que lo había aprisionado durante casi tres años.

No voy a detenerme en la travesía del Fram salvo para decir que la corriente lo llevó hasta los 85° 55'de latitud norte, a sólo 18 millas al sur del punto más septentrional alcanzado por Nansen. Pero la experiencia que vivieron aquellos dos exploradores durante el viaje en trineo y en invierno tiene muchos puntos en común con la de nuestro grupo del norte, y durante el largo invierno de 1912 fueron muchas las veces que nos acordamos de Nansen, llenos de esperanza, pues nos decíamos que si ya se había logrado una vez, no había ninguna razón para que no se pudiera conseguir de nuevo. Al final Campbell y sus hombres sobrevivieron.

Antes de que Nansen emprendiera su viaje, la combinación del espíritu aventurero, que siempre ha empujado al hombre hacia lo desconocido, y el creciente interés en el saber, en sentido estricto, hizo posible que el mundo civilizado dirigiera sus pensamientos hacia el sur. Cada vez estaba más claro que un continente con una extensión y un clima como los que probablemente tenían aquellos territorios polares podía ejercer una influencia fundamental en las condiciones climatológicas de todo el hemisferio sur. La importancia del magnetismo sólo era comparable con la del misterio que envolvía todo el tema; y la región que rodeaba el polo Sur magnético constituía un prometedor campo de experimentos y observaciones. El pasado de aquel territorio tenía una importancia clara para la historia geológica de la Tierra, mientras que el estudio de las formaciones geológicas y de la acción del hielo en la Antártida era quizá más útil para el fisiógrafo que el de cualquier otro país del mundo, pues allí podía encontrar en los trabajos de cada día e incluso de cada hora las condiciones que se habían dado en todo el mundo en las épocas glaciales del pasado, condiciones que él sólo podía inferir a partir de vestigios. Además, la importancia biológica de la Antártida podía ser de primera magnitud, teniendo en cuenta el significado que posee la vida en el mar en el problema de la evolución.

Éstos fueron los fines e ideales con los que la Real Academia de Ciencias y la Real Academia de Geografía, apoyadas activamente por el Gobierno británico, organizaron la primera expedición de Scott, conocida oficialmente como Expedición Inglesa a la Antártida de 1901-1904 y de manera más familiar como Expedición del Discovery, que era como se llamaba el barco en el que se llevó a cabo. Los oficiales y los miembros de la tripulación pertenecían casi todos a la Marina Real; de los trabajos científicos de la expedición iban a encargarse cinco científicos que no eran oficiales de marina.

El Discovery zarpó de Nueva Zelanda la Nochebuena de 1901 y se adentró en el cinturón de hielo que siempre hay que cruzar para llegar a las aguas relativamente despejadas que se extienden al otro lado, justo después de pasar el círculo polar antártico. Pero consiguió atravesarlo en poco más de cuatro días, durante los cuales tuvo mucha suerte, como ahora sabemos. Scott arribó al cabo Adare y luego bordeó la costa oeste de Tierra Victoria, tal como había hecho Ross sesenta años antes. Mientras avanzaba hacia el sur empezó a buscar un lugar seguro donde el barco pudiese pasar el invierno, y cuando el 21 de enero de 1902 entró en el estrecho de McMurdo pensó que allí podría

encontrar una bahía protegida donde el barco pudiera quedar atrapado por el hielo, y más adelante un camino que le llevara a las tierras del sur.

Durante lo que aún quedaba de estación para que se congelara el mar reconocieron las 500 millas de acantilado que marcan el límite septentrional de la Gran Barrera de Hielo. Tras pasar la longitud más oriental alcanzada por Ross en 1842, se adentraron en un mundo desconocido, donde descubrieron una profunda bahía, la llamada ensenada del Globo, cuyas onduladas pendientes nevadas descansaban sin duda sobre tierra firme y no sobre hielo flotante, como se pensaba hasta aquel momento. Siguieron navegando, y más al este los bajíos y las suaves pendientes nevadas dieron paso a arrecifes más irregulares y escarpados, hasta que por fin unas pequeñas manchas negras en la nieve demostraron de forma fehaciente que allí había roca. Entonces vieron una porción de tierra desconocida, ahora llamada Tierra del Rey Eduardo VII, que se elevaba a una altura de varios centenares de metros. La presencia de una gruesa banca de hielo y lo avanzado de la estación obligaron a Scott a regresar al estrecho de McMurdo, donde ancló el Discovery en una pequeña bahía situada en la punta de una lengua de tierra conocida ahora como península de la Cabaña. Allí construyó una cabaña que, aunque poco utilizada en la época del Discovery, acabaría ocupando un lugar destacado en la historia de su última expedición.

El primer otoño lo pasaron realizando varios viajes cortos, durante los cuales descubrieron los territorios circundantes y también los muchos errores que cometían en lo tocante al procedimiento y el equipo para viajar con trineos. Si uno se detiene a reflexionar en las primeras iniciativas de la expedición del Discovery, resulta sorprendente que los resultados no acabaran siendo más desastrosos. Cuando uno lee que los tiros de perros se negaban a ponerse en marcha, que pensaban que elpemmican (el preparado de carne desecada) era demasiado indigesto para comer, que dos oficiales consideraron la posibilidad de subir y bajar del Erebus en un solo día, y que había grupos de trineos que no sabían utilizar las ollas ni los hornillos, ni armar sus tiendas, ni siquiera ponerse la ropa, se queda extrañado de que lograran acabar aquella etapa formativa pagando un precio tan bajo. «No habíamos probado ni un solo artículo del equipo, y en medio de la ignorancia reinante se hacía patente una lamentable falta de organización en todo.»

Esto desembocó en una tragedia. Una expedición que regresaba al campamento se vio sorprendida por una tormenta de nieve en lo alto de la península, cerca del peñón del Castillo. Acamparon como corresponde, y lo normal hubiera sido que se quedaran cómodamente en sus sacos de dormir tras tomar una comida caliente. Pero no lograron encender los hornillos de queroseno y, como estaban congelándose con las botas de cuero y la inadecuada ropa que llevaban, decidieron abandonar la tienda y volver al barco, un verdadero disparate, como ahora sabemos. Mientras avanzaban a tientas en medio de la huracanada ventisca, casi todos los miembros del grupo resbalaron o cayeron rodando por una escarpada y resbaladiza pendiente nevada de unos trescientos metros de altura que remataba en un acantilado de hielo cortado a pico, debajo del cual se extendían las aguas del mar. Éste es un lugar peligrosísimo en un día tranquilo de verano; en medio de una tormenta de nieve debe de ser algo espantoso. Así y todo, sólo un hombre, llamado Vince, se precipitó pendiente abajo y cayó al mar. Dios sabe cómo lograron volver los demás. Un marinero llamado Haré, que se había separado del resto, se tendió debajo de una roca y se despertó al cabo de treinta y seis horas, cubierto de nieve pero en plena posesión de sus facultades y sin síntomas de congelación. La pequeña cruz de la punta de la Cabaña conmemora la muerte de Vince.

Tras la muerte de éste, uno de los miembros del grupo, un marinero llamado Wild, dio un paso al frente y se puso el mando de los cinco supervivientes. Muchas veces volvería a tomar el mando durante las expediciones de Shackleton y Mawson, y hay que decir que existen pocos hombres vivos

que hayan demostrado, como él, ser unos auténticos exploradores polares.

Me he detenido en las deficiencias que mostró al principio la expedición del Discovery al viajar con trineos porque quiero subrayar la importancia que tiene la experiencia cuando se viaja por tierra en la Antártida, tanto si es personal como si es la de otra persona. Scott y sus hombres fueron pioneros en 1902. Adquirieron su experiencia a un precio que podría haber resultado fácilmente más alto, y todas las expediciones que se llevaron a cabo a partir de entonces han contribuido a este caudal de conocimientos. Lo realmente importante es evitar que se pierda nada de lo que se ha ganado. Uno de los principales objetivos de este libro es dar una relación lo más completa posible de los métodos, el equipo, los alimentos y las cargas utilizadas en la última expedición de Scott, para que resulte de utilidad a futuros exploradores. «El principal fin que tiene escribir la historia de un viaje al polo es proporcionar orientación para futuros viajes; el principal deber del escritor es para con sus sucesores.»

La capacidad de adaptación, la inventiva y el ingenio que manifestaron los hombres del Discovery cuando se pusieron a trabajar después de los fallos cometidos en otoño, con el fin de prepararse para los éxitos de los dos veranos siguientes, constituyen una prueba de que eran capaces de reaccionar frente a las dificultades. Scott reconoció que «la comida, la ropa… todo estaba mal. El sistema entero era un fracaso». Pero cuando se puso a averiguar qué podía sacar en limpio de las equivocaciones cometidas y a elaborar un sistema completo para viajar por la Antártida, demostró lo eficaz que podía llegar a ser. Tras un invierno de reorganización radical, el 2 de noviembre de 1903 emprendió su primer viaje al sur con dos compañeros, Wüson y Shackleton.

No forma parte de mi trabajo dar cuenta de este viaje. Los perros respondieron muy mal. Es probable que el pescado seco noruego que les dieron para comer estuviera contaminado, ya que habían pasado con él por el trópico. En cualquier caso, lo cierto es que enfermaron, y todos los perros murieron o tuvieron que ser sacrificados antes de que acabara el viaje. Dos semanas después de partir, el grupo ya estaba haciendo tandas, es decir, acarreando parte de la carga para luego volver por el resto. Esto tuvo que hacerlo durante treinta y un días.

Los víveres eran insuficientes, y al cabo de cierto tiempo empezaron a pasar verdadera hambre. Pero Wilson no reveló a Scott que Shackleton tenía síntomas de escorbuto hasta el 21 de diciembre, pese a que habían empezado a manifestársele hacía ya bastante tiempo. El 30 de diciembre, a 82° 16' de latitud sur, decidieron regresar. A mediados de enero los síntomas de escorbuto se habían extendido: Shackleton estaba gravemente enfermo y escupía sangre. Su estado era cada vez más preocupante, y el 18 de enero sufrió un desfallecimiento, aunque luego se reanimó. Unas veces caminando junto al trineo, otras transportado por sus compañeros, Shackleton logró sobrevivir. Scott y Wilson le salvaron la vida. Los tres hombres llegaron al barco el 3 de febrero, tras recorrer 960 millas terrestres en noventa y tres días. Scott y Wilson estaban al borde del agotamiento y gravemente enfermos de escorbuto. Fue un buen viaje, y entre los resultados de sus investigaciones geográficas se contaban el reconocimiento de unas trescientas millas de costa desconocida y nuevos datos acerca de la Barrera sobre la que se habían desplazado.

Durante la ausencia de Scott se llevó a cabo un intento organizado de averiguar la naturaleza de las montañas y los glaciares que había al otro lado del estrecho, hacia el oeste. La expedición consiguió alcanzar la planicie que se extendía al otro lado y llegó a una altura de 2.712 metros, desde la cual «se extendía, hasta donde llegaba la vista, una planicie regular; al sur y al norte se veían nunataks aislados, y detrás de ellos asomaban las altas montañas por las que habían pasado». Habían dado con una ruta practicable hacía el oeste.

No es necesario que hable de otros viajes aparte de éstos, que son los más importantes de los

muchos que se llevaron a cabo durante aquella estación; tampoco es preciso que dé cuenta de la ininterrumpida y fecunda labor científica que se realizó en aquellas tierras vírgenes. Entretanto había llegado un barco de socorro, el Morning. El objetivo era que el Discovery regresara aquel mismo año tan pronto como se resquebrajara el hielo que lo aprisionaba y lo dejara libre. Pero a medida que avanzaba el mes de febrero se hacía cada vez más evidente que las condiciones del hielo eran completamente diferentes a las del año anterior. El día 8 todavía separaban al Morning del Discovery ocho millas de hielo fijo. El 2 de marzo un barco de poca potencia ya no podía permanecer en el estrecho, por lo que el Morning tuvo que marcharse. El 13 de marzo se abandonó toda esperanza de que el Discovery quedara libre aquel año.

El segundo invierno transcurrió más o menos como el primero, y tan pronto como llegó la primavera se reanudaron los viajes. Estas salidas por la Barrera, con luz diurna sólo por el día y bajas temperaturas constantes, les acarrearon muchas molestias, pero quizá fue aún peor el hecho de que durmieran mal, sufrieran congelaciones y se les acumulara humedad rápidamente en la ropa y los sacos de dormir, lo que les obligaba a derretir enormes cantidades de hielo con el calor de sus cuerpos para poder sentirse mínimamente cómodos. Aunque pensaban que el máximo que podían durar tales viajes era dos semanas, en general las expediciones no estuvieron fuera tanto tiempo; en aquella época los viajes de primavera se consideraban una experiencia atroz. «Espera a hacer un viaje de primavera», era la amenaza que nos hacían los veteranos. A nadie le cabía en la imaginación un viaje de invierno que durase casi tres veces más que uno de primavera. Aconsejo a los exploradores que se contenten con imaginárselo en el futuro.

Aquel año el viaje más arduo lo realizó Scott con dos marineros de los que se hablará en numerosas ocasiones en este relato. Se llaman Edgar Evans y Lashly. El propósito del viaje era explorar el interior de la planicie en dirección oeste. Siguiendo el glaciar Ferrar llegaron al casquete polar tras sufrir no pocas vicisitudes, de las cuales no fue la menos importante la pérdida de los datos que necesitaban para orientarse, contenidos en una excelente publicación titulada Pistas para viajeros que se llevó el viento.

Fue entonces cuando se vio por vez primera qué dificultades añadidas crean el clima y la situación de esta majestuosa planicie que, como ahora sabemos, se extiende sobre el polo y es probable que cubra la mayor parte del continente antártico. Era el principio de noviembre, es decir, el principio del verano, pero las condiciones de trabajo venían a ser las mismas que las que se habían encontrado en la Barrera durante los viajes de primavera. Tuvieron temperaturas inferiores a -40 °C, pero lo peor de todo fue un viento constante del oeste que, unido al frío y el aire enrarecido, contribuyó a que las condiciones del viaje resultaran sumamente difíciles. El grupo de apoyo regresó, y los tres hombres continuaron solos, avanzando en dirección oeste hacia un desconocido páramo de nieve sin ninguna peculariedad destacada que prestara variedad a su severa monotonía. Volvieron a la base el 1 de diciembre, pero la marcha les resultó muy pesada, y sus dificultades aumentaron porque ignoraban su situación exacta. Los pocos momentos en que alcanzaron a ver tierra firme mientras avanzaban en medio del mal tiempo reinante les dejaron con una terrible sensación de incertidumbre con respecto a su paradero. Debido a la escasez de alimentos les era imposible esperar a que despejara; no podían hacer otra cosa que proseguir la marcha hacia el este. Andando a trancas y barrancas por las irregularidades que caracterizan el frente de los glaciares, la expedición siguió avanzando a ciegas con un aire cada vez más cargado de nieve. De pronto Lashly resbaló, y en un abrir y cerrar de ojos el grupo al completo se precipitó cuesta abajo a una velocidad cada vez mayor. Fueron arrojados al aire y cayeron con gran fuerza sobre una pendiente de nieve poco empinada. Al levantarse miraron alrededor y vieron por encima de sus cabezas el declive de hielo de

90 metros de altura por el que habían caído. Arriba el viento seguía batiendo la nieve, pero en el lugar en el que se encontraban reinaba la tranquilidad y el cielo estaba azul. Finalmente se dieron cuenta de dónde estaban: se trataba de su propio glaciar, un accidente del terreno que conocían muy bien. Muy a lo lejos, se alzaba la humeante cima del monte Erebus. Era un milagro.

También llevaron a cabo excelentes viajes de carácter secundario que la falta de espacio me impide mencionar aquí, y por otra parte tampoco guardan una relación directa con la última expedición de Scott. Pero de cara al viaje de invierno que emprendimos nosotros, e incluso por el interés que reviste el tema en sí, he de decir unas palabras acerca de uno de los habitantes más aristocráticos de la Antártida, el pingüino emperador, a cuya presencia Wilson y sus compañeros del Discovery empezaron a acostumbrarse a partir de aquel momento.

Hay dos tipos de pingüinos antárticos: el pequeño pingüino de Adelia, con su abrigo negro azulado y su pechera blanca, de siete kilos de peso, y fuente de infinito placer y diversión; y el grande y majestuoso emperador, todo un personaje de 40 kilos de peso, pico largo y curvo, tocado de color naranja vivo y fuertes aletas. La ciencia considera al emperador el más interesante porque es más primitivo; posiblemente sea el ave más antigua de todas. Antes de la expedición del Discovery no se sabía nada sobre él, salvo que vivía en la banca de hielo y la periferia el continente.

Ya hemos dicho que el cabo Crozier es la punta oriental de la isla de Ross, descubierta por Ross, y a la que se le puso el mismo nombre que el capitán del Terror. Es aquí donde, en medio de enormes presiones y desgarramientos, la capa móvil de la Barrera se acumula contra la montaña. También es aquí donde el acantilado de hielo que se extiende a lo largo de centenares de millas hacia el este, con la Barrera detrás y el mar de Ross batiendo contra sus grietas y cuevas, se une al precipicio de basalto que delimita el Collado, que es el nombre que recibe la colina con dos promontorios que forma el cabo Crozier. En conjunto se trata de ese tipo de lugar donde los gigantes se divierten de pequeños, jugando con hielo y no con barro, lo cual resulta mucho más limpio.

Pero no todas las laderas del monte Terror acaban en precipicios. Más al oeste descienden suavemente hasta el mar, y los pingüinos de Adelia han aprovechado esta circunstancia para fundar allí uno de sus criaderos más grandes y apestosos. Cuando el Discovery atracó cerca de este criadero, mandó un bote a la costa y colocó un poste con una nota en lo alto para que el barco de socorro pudiera orientarse al año siguiente. El poste sigue en pie. Luego se consideró conveniente poner la nota al día, de modo que una de las primeras expediciones fue a ver si podía encontrar un camino por la Barrera para llegar a aquel punto.

Pero una serie de violentísimas tormentas de nieve les impidió llegar; el cabo Crozier es uno de los lugares de la Tierra donde más viento sopla. Sin embargo, los expedicionarios demostraron más allá de toda duda que existía otro camino para llegar al criadero de pingüinos de Adelia, el cual pasaba por las laderas del monte Terror situadas detrás del Collado. A principios de año otra expedición alcanzó el poste sin ningún problema, y mientras exploraba la zona se asomó al precipicio de 250 metros de altura que forma la punta del cabo Crozier. El mar estaba congelado, y en una pequeña bahía de hielo formada por los acantilados de la Barrera vieron numerosos puntitos negros: eran pingüinos emperador. ¿Sería éste el lugar donde criaban aquellas maravillosas aves? En tal caso, debían de incubar sus huevos en pleno invierno, en medio de un frío y una oscuridad inconcebibles.

Hubieron de esperar cinco días más para poder seguir con sus investigaciones, ya que una violenta ventisca les obligó a guarecerse en sus tiendas. El 18 de octubre emprendieron la escalada de los altos riscos de presión que se extienden entre la Barrera y el mar. Descubrieron que sus conjeturas eran acertadas: allí había una colonia de emperadores. Algunos estaban empollando

huevos, pero todo el hielo del mar de Ross había desaparecido, y sólo quedaba la pequeña bahía helada. Calcularon que los pingüinos adultos sumaban unos cuatrocientos, que el número de polluelos era de treinta aproximadamente, y que habría cerca de ochenta aves muertas. No encontraron ningún huevo.

Mientras el Discovery permanecía en el sur realizaron varios viajes más, por lo general en primavera. La información que obtuvieron viene a ser, en resumidas cuentas, la siguiente: el emperador es un pájaro que no puede volar, que se alimenta del pescado que captura en el mar y que nunca pisa tierra, ni siquiera para criar. Por razones desconocidas en aquel entonces, pone sus huevos en pleno hielo, a veces durante el invierno, y lleva a cabo todo el proceso de incubación en el hielo marino, apoyando el huevo sobre las patas, apretándolo con fuerza contra una zona de piel desnuda de la parte baja del abdomen y protegiéndolo del intenso frío con un pliegue flojo de piel y plumas. El 12 de septiembre, la fecha más temprana en que llegaba una expedición, salieron polluelos de todos los huevos que no estaban rotos o podridos; a la sazón había en el criadero un millar de emperadores adultos aproximadamente. El 19 de octubre llegó otra expedición, pero tuvo que soportar una tormenta de diez días que le obligó a permanecer siete dentro de las tiendas. No obstante, y a pesar del viento que soplaba, durante la visita presenciaron uno de los espectáculos más interesantes de la historia natural. Wilson, que estuvo presente, cuenta el episodio:

Un día antes de que estallara la tormenta nos encontrábamos en un viejo cono aislado del monte Terror, a unos cuatrocientos metros sobre el nivel del mar. Debajo de nosotros, en la bahía helada, se extendía el criadero de pingüinos emperador, y el mar de Ross, que estaba completamente helado, era una planicie de hielo blanco y firme que se dilataba hasta perderse en el horizonte. No había ni siquiera el canal de agua que suele correr a lo largo del acantilado de la Barrera, alejándose como un hilo ondulante hacia el este hasta perderse de vista. No se veía ningún espacio ni grieta con agua. Sin embargo, los emperadores estaban inquietos, debido sin lugar a dudas a que sabían que se avecinaba mal tiempo. El mero hecho de que no se pudiera ver el habitual canal de agua a lo largo de la pared de la Barrera significaba que el hielo del mar de Ross avanzaba en dirección sur. Esto en sí era algo insólito, y se debía a un viento del norte con nieve, que aquí es señal de que se acerca una tormenta del suroeste. El cielo estaba negro y tenía aspecto amenazador, el barómetro empezó a bajar, y poco después empezaron a caer copos de nieve en la parte alta del monte Terror.

Todas estas señales eran como un libro abierto para los pingüinos emperador, y si uno supiera más al respecto diría que probablemente había muchas más. Así pues, estaban inquietos, y aunque el hielo no había empezado todavía a moverse, ellos sí: una larga fila salía en aquel momento de la bahía camino del hielo abierto, donde se había congregado una bandada de unos cien o doscientos a unas dos millas de distancia del borde de una grieta que había vuelto a helarse. Aquella tarde estuvimos una hora o más observando cómo se desarrollaba el éxodo, tras lo cual regresamos al campamento, convencidos más que nunca de que se avecinaba mal tiempo. No nos sentimos defraudados pues al día siguiente nos despertamos en medio de un vendaval del sur y un banco de copos y polvo de nieve que nos impidió salir del campamento. Esta situación continuó sin interrupción hasta la mañana siguiente; entonces el tiempo mejoró lo suficiente como para que pudiéramos llegar al borde del acantilado que daba al criadero.

El cambio que se había producido allí era enorme. El mar de Ross era una extensión de agua de casi treinta millas; desde donde nos encontrábamos, a unos doscientos cincuenta metros sobre el nivel del mar, a duras penas se distinguía una larga banca de hielo blanco. Grandes planchas de hielo seguían saliendo en dirección norte impulsadas por la corriente, y los emperadores estaban en plena migración. Nuevamente había dos grupos aguardando sobre el hielo junto a la mismísima orilla del

agua, detrás de los cuales se veía un centenar más haciendo cola para sumarse a ellos. Las aves esperaban al borde mismo del agua, en el punto más lejano al que les era posible llegar, sobre un saliente de hielo, que era el siguiente bloque que iba a desprenderse y ser arrastrado por la corriente hacia el norte. La línea de huellas en la nieve por la que habían pasado las aves el día anterior se interrumpía bruscamente en la orilla, lo cual indicaba que se habían marchado, y el número de emperadores que quedaban bajo los acantilados de hielo había disminuido considerablemente; restaban poco más de la mitad de los que habíamos visto allí seis días antes.

Dos días después la emigración seguía a toda marcha, aunque parecía que por el momento sólo se habían marchado los desocupados. Los que estaban empollando continuaban acurrucados bajo los acantilados de hielo, resguardándose de la tormenta en la medida de lo posible. Al cabo de tres días (el 28 de octubre) ya no se veía nada de hielo en el mar de Ross; la pequeña bahía helada había ido mermado paulatinamente; el éxodo seguía adelante y sólo quedaban unos pocos pingüinos.

De las condiciones en que el emperador pone sus huevos, de la oscuridad, el frío y los asoladores vientos, del desmesurado instinto maternal que todas las aves llevan estampado en el corazón, tanto machos como hembras, de su mortandad y su valiente lucha contra las adversidades más inimaginables, y de la supervivencia de aproximadamente el 26 por ciento de los huevos, espero dar cuenta en el relato de nuestro viaje de invierno, cuya finalidad era arrojar luz sobre el desarrollo del embrión de esta extraordinaria ave, y de paso sobre la historia de nuestros antepasados. Como Wilson ha escrito:

La posibilidad de que el emperador sea lo más parecido a una forma primitiva no sólo de pingüino sino también de ave hace que la futura comprensión de su embriogenia revista una enorme importancia. A pesar de que descubrimos su criadero y logramos regresar a nuestro país con cierto número de huevos y pollos abandonados, nos supuso una gran decepción no obtener una serie de embriones jóvenes pues sólo con ellos se puede llegar a comprender los puntos de especial interés. Hacer esto de la forma correcta en el lugar del estrecho de McMurdo en el que el Discovery pasó el invierno nos habría acarreado un sinfín de dificultades, pues habríamos tenido que arriesgarnos a viajar en pleno invierno con una falta casi absoluta de luz. Habría sido necesario organizar un grupo de tres exploradores como mínimo que recorriera a oscuras y con un equipo completo de campamento un centenar de millas por la Barrera y que cruzara a la luz de la luna y con cuerdas y hachas el laberinto de grietas que forman las enormes crestas de presión del cabo Crozier. Por otra parte, estas crestas, que para cruzarlas de día una expedición ha llegado a pasarse hasta dos horas de duro trabajo, han de ser cruzadas en ambas direcciones cada vez que se vaya al criadero de la bahía. Si de día no existe ni siquiera la posibilidad de transportar por ellas un trineo y un equipo de campamento, en pleno invierno y a oscuras la inviabilidad del viaje resulta aún más evidente. El cabo Crozier es un foco de vientos y tormentas, un lugar donde cualquier soplo se transforma, debido a la configuración de los montes Erebus y Terror, en toda una ventisca cargada de nieve. Allí fue donde, como ya he indicado, tuvimos que permanecer acostados en unos sacos de dormir empapados nada menos que cinco o siete días enteros, a la espera de que cambiara el tiempo, y al menos pudiéramos salir de las tiendas. Si no obstante estos peligros fueran superados, aún quedaría la dificultad de hacer los necesarios preparativos para recoger los huevos. La expedición habría de estar allí en todo caso antes de julio. En el supuesto de que al llegar no encontrara ningún huevo, sería aconsejable dedicar el tiempo a etiquetar las aves idóneas, por ejemplo las situadas justo debajo de los acantilados de hielo. Si se hiciera esto, resultaría más fácil examinarlas diariamente a la luz de la luna, siempre y cuando ésta y el tiempo acompañasen; debo confesar que estas condiciones no suelen darse en el cabo Crozier. Pero si por suerte las cosas resultaran, sería útil

tener para entonces sobre el hielo marino un refugio de bloques de nieve a fin de impedir con el hornillo que se congelase el huevo antes de sacar el embrión y tener a mano las soluciones líquidas en previsión de las diversas etapas de su preparación. Y es que hay que tener presente que la temperatura oscilaría en todo momento entre -18 °C y - 45 °C. No cabe duda de que todo el trabajo estaría sembrado de dificultades, pero no sería imposible: si se ha añadido este resumen a las dificultades que seguramente cubran el camino de quienes dispongan en el futuro de la oportunidad de llevarlo a cabo, es con vistas a ayudarles.

Volveremos a encontrarnos con el pingüino emperador, pero ahora debemos retornar al Discovery, que se halla junto a la punta de la Cabaña, con la estación avanzada y separada de mar abierto por veinte millas de hielo. Como las perspectivas de salir del estrecho aquel año aún parecían menos halagüeñas que las del año anterior, se hizo el intento de abrir un canal desde un punto situado a medio camino, pero la cosa no resultó. Sin embargo, a Scott y Wilson la vida en la tienda en el cabo Royds les parecía muy placentera después de viajar con el trineo, y la vista del mar azul enmarcado por la puerta de la tienda era muy hermosa la mañana de enero en que aparecieron dos barcos en el paisaje. ¿ Por qué dos? Uno era el Morning, por supuesto; el segundo resultó ser el Terra Nova.

Al parecer las autoridades se habían sentido alarmadas al oír las noticias que había llevado el año anterior el barco de socorro respecto a la situación del Discovery y de ciertos brotes de escorbuto que se habían manifestado tanto en el barco como durante los viajes por la Antártida. Por ello habían enviado dos barcos para asegurarse de que la expedición era socorrida. No había por qué preocuparse, pero las órdenes que traían fueron demoledoras para los marineros, los cuales habían acabado queriendo a su barco «con una hondura de sentimiento que no sorprenderá a nadie si se tiene en cuenta lo que hemos pasado en él y el lugar tan cómodo que ha demostrado ser». Scott tenía orden de abandonar el Discovery si éste no quedaba libre a tiempo para acompañar a los barcos de socorro al norte. Pasaron varias semanas, pero apenas se produjeron cambios. Los expedicionarios se pusieron a transportar los especímenes y a hacer los preparativos necesarios. Ya habían perdido prácticamente toda esperanza de que el barco quedara libre. A principios de febrero se iniciaron las explosiones en el hielo, aunque apenas surtieron efecto. Pero de repente cambiaron las cosas, y el día 11, en medio de una gran agitación, el hielo empezó a romperse rápidamente. Al día siguiente los barcos de socorro se encontraban a sólo cuatro millas de distancia. El 14, el grito de «¡Ya llegan los barcos, señor!» hizo que todos los hombres acudieran corriendo a las pendientes que se elevaban por encima de la bahía de Llegada. Scott escribió lo siguiente:

El hielo estaba rompiéndose justo al otro lado del estrecho, y a una velocidad que no creíamos posible. Tan pronto como se desgajaba un gran bandejón, una oscura raya atravesaba la sólida plancha que quedaba y otro bandejón pasaba a engrosar la corriente de hielo que se alejaba apresuradamente hacia el noroeste.

Nunca he presenciado espectáculo más impresionante; el sol estaba bajo, a nuestras espaldas, la superficie de la plancha de hielo que teníamos delante era de un blanco intenso y, en contraste con ella, el lejano mar y sus canales eran casi negros. El viento se había calmado, y ni un solo ruido perturbaba la calma que nos rodeaba.

Sin embargo, en medio de aquel plácido silencio, un espantoso agente invisible estaba rajando aquella enorme plancha helada como si no fuera más que una fina hoja de papel. Para entonces ya conocíamos la naturaleza de nuestra cárcel; mientras recorríamos trabajosamente una y otra vez aquellas largas y monótonas millas de nieve, no habíamos dejado de advertir la formidable fuerza

que poseía la gran barrera que nos mantenía inmovilizados. Sabíamos que el barco de guerra más pesado se habría hecho añicos inútilmente contra ella, y habíamos visto un iceberg de un millón de toneladas sucumbir en su orilla. Llevábamos semanas luchando con aquel tremendo obstáculo. […] Pero ahora, sin mediar palabra, sin ningún esfuerzo por nuestra parte, estaba derritiéndose, y sabíamos que un par de horas después no quedaría ni rastro de él y que las aguas del mar estarían lamiendo las negras rocas de la punta de la Cabaña.

Pero casi más dramático que este episodio fue el encallamiento del Discovery en un bajío de la punta de la Cabaña a causa de una tormenta de nieve que estalló casi inmediatamente después de que quedara libre del hielo. Durante horas estuvo balanceándose en la costa. Cuando parecía que había sido liberado únicamente para ser destruido, y prácticamente se había perdido ya toda esperanza, el viento se calmó, las aguas del estrecho, que habían sido expulsadas por la fuerza del viento, retornaron, y el Discovery salió a flote con pocos desperfectos. La historia completa de la liberación del Discovery y su posterior encallamiento la relata Scott en su libro de una forma maravillosa.

Al cabo de unos años hablé con Wilson en un pabellón de caza de Escocia. Estaba trabajando en la enfermedad del urogallo para una comisión investigadora designada por el Gobierno, y entonces pude ver una primera muestra de su magnetismo y también de sus métodos de trabajo. Tanto él como Scott tenían intención de volver y acabar su labor y, por si desearlo servía de algo, decidí que cuando ellos fueran yo los acompañaría. Entretanto, Shackleton estaba en el sur o haciendo los preparativos para ir.

Partió de Inglaterra en 1908, y durante el siguiente verano antártico realizó dos viajes prodigiosos. El primero, dirigido por él mismo, lo hicieron cuatro hombres con cuatro ponis. Partieron del cabo Royds en noviembre, donde la expedición había pasado el invierno en una cabaña, y avanzaron por la Barrera en dirección sur, aunque por fuera del camino seguido por Scott, hasta que les cerraron el paso la cadena de montañas que tenían al oeste y las caóticas crestas de presión causadas por un glaciar gigantesco.

Pero cerca de la corriente principal del glaciar, y separado de ella por una porción de tierra conocida ahora como isla Esperanza, había una estrecha y empinada pendiente de nieve que constituía un acceso por el que se podía llegar a la corriente. La expedición se metió audazmente por él y subió al glaciar Beardmore, un gigante entre los de su clase, ya que es más del doble de grande que cualquiera de los que se conocen. La historia de las aventuras que vivió la expedición es como para ponerle a uno los pelos de punta. A partir de la cima avanzaron en línea recta hacia el sur, en dirección al polo, soportando las durísimas condiciones de la planicie. Alcanzaron los 88° 23' de latitud sur, que es muy alta, pero entonces se vieron obligados a regresar por falta de víveres.

Mientras Shacketon trataba de llegar al polo geográfico, otro grupo de tres hombres dirigido por el profesor David alcanzaba el polo magnético tras andar 1.270 millas, 740 de las cuales tuvieron que recorrerlas haciendo tandas, transportándolo todo ellos mismos y sin contar con ninguna otra ayuda. Este fue un viaje realmente prodigioso, y cuando Shackleton regresó en 1909, él y su expedición habían logrado sus objetivos. Aquel mismo año Peary llegó al polo Norte tras pasarse unos doce años viajando por las regiones árticas.

Scott publicó los planes de su segunda expedición en 1909. Esta expedición es el tema del presente libro.

El Terra Nova zarpó del muelle de las Antillas, Londres, el 1 de junio de 1910, y de Cardiff el 15 de junio. Se dirigió a Nueva Zelanda, donde pasó por el muelle de reacondicionamiento, volvió a estibar la carga, subió a bordo ponis, perros, trineos de motor y algo más de equipo y de provisiones.

También embarcaron los oficiales y los científicos que no habían comenzado el viaje en él, y por fin salió rumbo al sur el 29 de noviembre de 1910. Llegó al estrecho de McMurdo el 4 de enero de 1911; construimos nuestra cabaña en el cabo Evans y descargamos todos nuestros pertrechos en menos de dos semanas. Poco después el barco se hizo a la mar. Al grupo que se quedó en el cabo Evans a las órdenes de Scott se le conoce como el «grupo principal».

Pero entre los objetivos científicos de la expedición figuraba el desembarco de otro grupo mucho más pequeño a las órdenes de Campbell en la Tierra del Rey Eduardo VIL Cuando volvían de realizar un intento frustrado de atracar en dicho punto, se encontraron en la bahía de las Ballenas con una expedición noruega dirigida por el capitán Roald Amundsen a bordo del Fram, el viejo barco de Nansen. El lector hallará referencias a dicha expedición en estas mismas páginas. Uno de los miembros de la expedición de Amundsen era Johansen, el único compañero de Nansen durante su famoso viaje por el Ártico, del cual se ha hecho anteriormente un breve resumen. Campbell y sus cinco compañeros desembarcaron finalmente en cabo Adare y construyeron su cabaña cerca de la antigua base de invierno de Borchgrevinck. El barco retornó a Nueva Zelanda a las órdenes de Pennell, regresó a la Antártida un año después con más equipo y provisiones, y volvió otra vez dos años más tarde para llevar a la civilización a los supervivientes de la expedición.

Siendo así que las aventuras y los viajes de los diferentes miembros del grupo principal fueron muy numerosos y ocurrieron simultáneamente, creo que le será de utilidad al lector que se acerque a este libro sin conocimiento previo de la historia de la expedición, que resuma brevemente cómo se desarrollaron los acontecimientos. Quienes ya estén familiarizados con estos hechos, pueden saltarse un par de páginas tranquilamente.

Durante el primer otoño se organizaron dos expediciones. La primera fue dirigida por Scott y tenía por objeto montar un gran depósito de provisiones en la Barrera para el viaje al polo; este viaje se denomina «el viaje del depósito». El propósito de la segunda era realizar labores de investigación en las montañas Occidentales, así llamadas porque configuran la parte occidental del estrecho de McMurdo; este viaje se denomina «el primer viaje de investigación geológica». Durante el verano siguiente se realizó otro viaje parecido, llamado «el segundo viaje de investigación geológica».

Ambos grupos se reunieron el 11 de marzo en la vieja cabaña del Discovery, en la punta de la Cabaña, donde aguardaron a que se congelara el mar y se abriera un paso en dirección norte que les permitiera llegar al cabo Evans. Entretanto, los hombres que se habían quedado en el cabo Evans proseguían la compleja labor científica de la estación. Hasta el 12 de mayo no lograron reunirse todos los miembros del grupo principal en el cabo Evans. Durante la segunda mitad del invierno, tres hombres dirigidos por Wilson realizaron un viaje al cabo Crozier para investigar la embriogenia del pingüino emperador; este viaje se denomina «el viaje de invierno».

El viaje al polo Sur consumió las energías de la mayoría de los miembros del grupo que viajaron con trineos durante el verano siguiente, es decir, el de 1911-1912. El grupo motorizado dio media vuelta en la Barrera; el grupo de los perros, al pie del glaciar Beardmore. A partir de este punto siguieron adelante doce hombres. Cuatro de ellos, dirigidos por Atkinson, dieron media vuelta en la cima del glaciar, a 85° 3' latitud sur; a este grupo se le conoce por el nombre de «primer grupo de regreso». Al cabo de dos semanas, a 87° 32' latitud sur, regresaron tres hombres más, esta vez a las órdenes del teniente Evans; es el llamado «segundo grupo de regreso». Siguieron adelante cinco hombres: Scott, Wilson, Bowers, Oates y el marinero Evans. El 17 de enero alcanzaron el polo, pero se encontraron con que Amundsen había llegado a él treinta y cuatro días antes. Durante el viaje de regreso recorrieron 721 millas terrestres y perecieron a 177 de la base de invierno.

Los miembros de los grupos de apoyo llegaron sanos y salvos, excepto el teniente Evans, que

estaba gravemente enfermo de escorbuto. A finales de febrero de 1912 todavía no habíamos llevado al campamento de una tonelada los víveres que necesitaba el grupo del polo para regresar a partir de ese punto. La enfermedad de Evans obligó a reorganizar los planes apresuradamente, y yo recibí la orden de transportar aquellos víveres con ayuda de un muchacho y dos tiros de perros. Cumplí con mi cometido, y el viaje podría llamarse «el viaje de los perros al campamento de una tonelada».

Ahora debemos volver con los seis hombres que desembarcaron a principios de 1911 en el cabo Adare a las órdenes de Campbell. Durante el verano de 1911-1912 se sintieron profundamente desilusionados por los pocos viajes que fueron capaces de realizar con los trineos; y es que el hielo marino que se extendía ante ellos había sido arrastrado por el viento a principios de año, y fueron incapaces de encontrar un camino en las montañas que tenían detrás que les permitiera subir a la planicie. En consecuencia, cuando el 4 de enero apareció el Terra Nova, se decidió que los dejarían cerca del monte Melbourne, en las caletas de Evans, a unas 250 millas al sur del cabo Adare y a unas 200 de nuestra base de invierno del cabo Evans, con víveres para viajar durante seis semanas y nuevas raciones de galletas, carne desecada y otros alimentos. En la madrugada del 8 de enero de 1912 acamparon en aquel lugar y vieron cómo el barco se alejaba de la bahía. Habían quedado en que volvería a recogerlos el 18 de febrero.

Regresemos al estrecho de McMurdo. El 16 de marzo llegaron agotados a la punta de la Cabaña mis dos tiros de perros procedentes del depósito de una tonelada. Desde la Barrera hasta la punta de la Cabaña seguía habiendo hielo, pero a partir de allí el mar estaba despejado, y por tanto no era posible comunicación alguna con el cabo Evans. En la punta de la Cabaña se encontraba Atkinson acompañado por un marinero, y la situación que me explicó resumidamente cuando llegué era más o menos la siguiente:

El barco se había marchado, y ya no existía posibilidad alguna de que regresara debido a lo avanzado de la estación; se había llevado al teniente Evans, que estaba enfermo de escorbuto, a cinco oficiales más y a tres hombres que volvían a casa aquel año. Así pues, en el cabo

Evans sólo quedaban cuatro oficiales y cuatro expedicionarios; luego estábamos los cuatro de la punta de la Cabaña.

La noticia más importante era que, por culpa de una gruesa banca de hielo, el barco había sido totalmente incapaz de llegar a las caletas de Evans, donde se encontraba el grupo de Campbell. Lo habían intentado una y otra vez, pero había resultado inútil. ¿Podría Campbell pasar el invierno en aquel lugar? ¿Trataría de subir por la costa?

En ausencia de Scott, el mando de la expedición tanto en las dificilísimas circunstancias que concurrían ahora, como en las que concurrirían durante el año siguiente, habría recaído naturalmente en el teniente Evans. Pero Evans se encontraba ahora camino de Inglaterra gravemente enfermo. El cometido recaía en Atkinson. Espero que estas páginas muestren lo difícil que aquél era y lo bien que él lo desempeñó.

Desde la llegada de los tiros de perros, éramos cuatro en la punta de la Cabaña, y debido al agua que se interponía entre nosotros y cabo Evans no podíamos obtener ninguna ayuda de allí. Dos de nosotros éramos incapaces de seguir viajando, y los perros estaban totalmente agotados. El tiempo pasaba, y a la profunda preocupación que sentíamos por Campbell y sus hombres vino a sumarse la inquietud ante el retraso de la expedición al polo. Por añadidura, el invierno se echaba encima y hacía mal tiempo. Era tan poco lo que podían hacer dos hombres solos… ¿Qué cabía hacer? Y en caso de hacer algo, ¿cuándo se podía llevar a cabo con las mayores probabilidades de éxito? Además, por sí no tuviera bastante con estas preocupaciones, Atkinson tenía que cuidar de mí, y yo estaba bastante enfermo.

Al final realizó dos intentos.

El primero lo hizo acompañado por un marinero, Keohane, con quien se adentró en la Barrera el 26 de marzo. Las condiciones fueron muy adversas, pero llegaron a un punto situado a unas cuantas millas al sur del campamento del desvío y dieron media vuelta. Poco después llegamos a la conclusión de que los miembros del grupo del polo debían de estar muertos.

Nada más pudimos hacer hasta que se logró establecer comunicación con la base de invierno de cabo Evans. Esto ocurrió el 10 de abril, día en que se llevó a cabo un viaje por el hielo recién congelado de las bahías. La ayuda llegó a la punta de la Cabaña el 14 de abril.

Entonces se emprendió el segundo intento: cuatro hombres avanzarían en trineo por la costa occidental para salir al encuentro de Campbell y ayudarle en caso de que estuviera intentando reunirse con nosotros. Este valeroso intento fue un fracaso, lo cual era muy previsible.

En este libro se relata la historia del invierno siguiente y se explica cómo se decidió entre renunciar a la búsqueda de la expedición al polo (cuyos miembros debían de estar muertos) y sus documentos, y abandonar a Campbell y sus hombres (que podían estar vivos). No quedaban hombres suficientes para hacer ambas cosas. Creíamos que la expedición al polo habría perecido por culpa del escorbuto o de una caída en una grieta. Nunca dimos con la respuesta acertada pues estábamos seguros de que, a menos que sufrieran un accidente o enfermaran, encontrarían el camino de regreso sin dificultad. Decidimos dejar que Campbell encontrara el camino por la costa por sus propios medios e ir a buscar los documentos de la expedición al polo. Cuál no sería nuestro asombro cuando encontramos su tienda sepultada bajo la nieve a unas 140 millas marinas de la punta de la Cabaña, a sólo 11 del campamento de una tonelada. Habían llegado allí el 19 de marzo. Dentro de la tienda estaban los cadáveres de Scott, Wilson y Bowers. Dieciocho millas antes, Oates había salido voluntariamente en busca de la muerte en medio de una ventisca. El marinero Evans yacía muerto al pie del glaciar Beardmore.

Tras encontrar los cadáveres y los documentos, la expedición regresó con el propósito de recorrer la costa occidental y buscar a Campbell. Al llegar a la punta de la Cabaña con los tiros de perros, fui a abrir la puerta del refugio y me encontré sujeta a ella una nota escrita por Campbell; pero el recuerdo que guardo de este incidente en apariencia memorable es extraordinariamente vago. Hacía muchos meses que no recibíamos buenas noticias. Ésta es la historia de lo que les ocurrió.

Cuando Campbell desembarcó en las caletas de Evans, descargó provisiones para viajar durante mes y medio, así como las provisiones de seis hombres para dos semanas, 25 kilos de azúcar, 10 de cacao, 16 de chocolate y 95 de galletas, algo de concentrado de carne marca Oxo y ropa de recambio. Es decir, que dejando aparte las provisiones para los viajes que se proponían hacer (y que acabaron realizando), a los expedicionarios les quedaban los víveres mínimos para cuatro semanas. También disponían de una tienda de repuesto y de un saco de dormir más. No preveían que el barco pudiera tener dificultades cuando fuera a recogerlos durante la segunda mitad de febrero.

El grupo de Campbell realizó en la región de las caletas de Evans satisfactorios viajes con trineo y útiles trabajos de geología, tras lo cual acampó en la playa y se puso a esperar a que viniera el barco a recogerlo. El viento azotaba la aguas furiosamente hasta donde alcanzaban a ver, pero como el barco no aparecía llegaron a la conclusión de que había naufragado. Lo que en realidad sucedía era que más allá de donde se abarcaba con la vista se extendía una gruesa banca de hielo que Pennell había intentado cruzar en repetidas ocasiones, hasta que tuvo que elegir entre dar media vuelta y quedar atrapado por el hielo. No consiguió acercarse a menos de 27 millas.

Fue entonces cuando empezó a soplar sobre las aguas despejadas que se extendían ante ellos una ventisca procedente de la planicie. La situación, ya de por sí bastante mala, empeoró muchísimo debido a las nuevas condiciones meteorológicas. Las caletas de Evans estaban sembradas de rocas que uno tenía que salvar cada vez que iba o venía luchando contra el viento; cuando se producía un recalmón, el desventurado viajero caía al suelo de bruces. En vista de la situación, decidieron hacer los preparativos para pasar el invierno allí y esperar a la primavera siguiente para subir por la costa hasta el cabo Evans. No parece que en ningún momento llegaran a considerar seriamente la posibilidad de recorrer la costa durante los meses de marzo y abril. Claro que en la punta de la Cabaña no teníamos ni la menor idea de qué iba a hacer el grupo de Campbell, de ahí el viaje de Atkinson por la costa occidental en abril de 1912.

Entretanto, los hombres que habían quedado aislados se dividieron en dos grupos de tres miembros cada uno. El primero, dirigido por Campbell, descendió por un pozo de casi dos metros de profundidad y cayó sobre un enorme ventisquero, donde abrió un pasadizo con pico y pala y, al fondo de éste, una cueva de algo menos de cuatro metros por tres, y con una altura de un metro sesenta y cinco. El segundo, dirigido por Levick, mató todos los pingüinos y focas que pudo encontrar, pero las provisiones eran tan escasas que daban pena, y los miembros de la expedición no disfrutaron de una comida completa hasta la noche del solsticio de invierno. Siempre tenía que quedarse un hombre a cuidar de las tiendas, las cuales estaban ya tan desgastadas y maltrechas que no podían dejarse a merced del viento.

El 17 de marzo la cueva estaba ya lo bastante avanzada como para que pudieran instalarse en ella tres hombres. El encargado de contar cómo se hizo esto es Priestley, pero el lector no ha de pensar que las condiciones meteorológicas eran en modo alguno anormales en lo que más tarde vendría a llamarse isla Indescriptible:

17 de marzo. Siete de la tarde. Durante todo el día ha soplado una fuerte brisa del sudoeste. Por la noche ha arreciado y ha dado paso a un auténtico vendaval. Ha sido un día espantoso, aunque hemos logrado transportar a la cueva el equipo suficiente como para alojarnos en ella durante una temporada. Desde que vivimos juntos nunca han estado nuestros nervios sometidos a una prueba semejante, pero han aguantado la tensión de forma bastante satisfactoria […]. Espero no hacer jamás otra salida como las tres que he tenido que hacer hoy. Cada vez que se calmaba un poco el viento me caía hacia el lado de donde soplaba y, cuando soplaba una ráfaga, salía despedido hacia el otro lado. Encima me he caído al suelo o sobre las hostiles rocas media docena de veces o más. Los otros dos lo han pasado igual de mal. Durante las dos salidas que han hecho, Dickanson se ha lastimado una rodilla y un tobillo y ha perdido su cuchillo de monte; y Campbell ha perdido una brújula y unos cartuchos del revólver. En resumen: ha sido una suerte que hayamos podido volver.

Afortunadamente, el viento soplaba en general limpio, es decir, sin copos ni polvo de nieve. Dos días después la tienda de los otros tres miembros del grupo se derrumbó encima de ellos a las ocho de la mañana por culpa del mismo vendaval. A las cuatro, cuando el sol empezó a ponerse, acordaron ir a reunirse con sus compañeros. Levick relata a continuación lo que ocurrió:

Una vez hecho esto [sujetar los restos de la tienda y demás], emprendimos nuestro viaje. En primer lugar teníamos que recorrer unos 800 metros de hielo azul despejado, barrido por un incesante viento que nos daba casi directamente en la cara. No pudimos erguirnos en ningún momento, de modo que tuvimos que andar todo el trayecto a gatas y tendernos boca abajo cuando bacheaba. Al llegar ya no podíamos más y teníamos graves síntomas de congelación en la cara; recuerdo vivamente cómo las tenían los demás: eran de un color azul plomo y estaban surcadas de manchas blancas en las partes congeladas. Sin embargo, cuando alcanzamos el otro lado del hielo,

nos pusimos al abrigo de unas rocas de gran tamaño situadas en la orilla de la isla y aguardamos a que se nos descongelaran la nariz, las orejas y las mejillas. Tras recorrer a gatas otros 600 metros, logramos llegar a la cueva, que estaba a medio acabar, y descubrimos que el resto de la expedición se había atrincherado en su interior. Tuvimos que dar unos cuantos gritos, pero entonces salieron y nos hicieron pasar, dándonos una calurosa bienvenida y la comida caliente más placentera que, en mi opinión, habíamos comido jamás.

Priestley continúa de la siguiente manera:

Tras la llegada de los desahuciados, preparamos un boosh y, cuando empezamos a entrar en calor con la comida, nos animamos y nos pusimos a cantar; fue una de las veces que mejor lo pasamos, pues conseguimos olvidarnos de nuestros problemas durante un par de horas. Resulta muy agradable cuando vuelvo ahora la vista atrás; si cierro los ojos, puedo ver otra vez la pequeña cueva excavada en la nieve y el hielo, con la tienda ondeando en la entrada, sujeta a duras penas con una piqueta y una pala colocadas en cruz contra la pared del pozo. La cueva está iluminada con tres o cuatro pequeñas lámparas de grasa de foca, que emiten una tenue luz amarilla. En una esquina estamos tendidos Campbell, Dickason y yo en nuestros sacos de dormir, descansando tras la jornada de trabajo; delante, sentados alrededor de una plataforma elevada en una parte del suelo que aún no hemos allanado, Levick, Browning y Abbott hablan del hoosh de foca, mientras el hornillo zumba animadamente bajo la olla, que está llena de un agua coloreada que hace las veces de cacao. A medida que entran en calor los comensales, las chanzas empiezan a volar entre las tiendas rivales, y el intercambio se vuelve rápido y brioso, aunque hoy llevamos nosotros la voz cantante, pues disponemos de un tema inagotable: el reciente desastre de su tienda y el obligado abandono de sus enseres domésticos. De pronto alguien empieza a cantar una canción con estribillo; el ruido del hornillo queda ahogado inmediatamente, y una a una vamos repasando nuestras canciones favoritas. El concierto dura un par de horas; para entonces las lámparas ya han empezado a perder fuerza, y el frío va anulando paulatinamente los efectos del hoosh y el cacao. Uno tras otro los cantantes nos ponemos a temblar, y en cuanto nos damos cuenta de lo que nos aguarda se nos va de la cabeza la idea de cantar. ¡Vamos a tener que pasar la noche con un saco de dormir individual para cada dos! Sólo de pensar en ello nos sentimos sumamente incómodos, y por el momento nadie hace bromas al respecto. Al día siguiente no tardaremos en hacerlas, cuando hayamos pasado la noche sanos y salvos, pero ahora dista mucho de ser un tema divertido. Sin embargo, no queda otro remedio, y todos nos preparamos a aceptar, en la medida de lo posible, la compañía de otro hombre.

Con este espíritu, y en condiciones muy parecidas, el intrépido grupo de expedicionarios se dispuso a pasar uno de los inviernos más horribles que Dios haya inventado. Pasaron mucha hambre, pues el mismo viento que mantenía el mar despejado volvía la orilla casi impracticable para las focas. Aun así hubo días memorables, como aquel en que Browning cazó una foca, y al abrirla aparecieron en su estómago treinta y seis peces «que no había digerido del todo, por lo que todavía se podían comer». ¡Qué placeres no les haría imaginar aquello para el futuro! «Aunque no volvimos a encontrar una foca con comida dentro, siempre confiábamos en ello, de manera que las capturas constituían siempre una lotería. A partir de entonces, siempre que veíamos una foca alguien exclamaba "¡Pescado!", y andábamos a la rebatiña para ver quién era el primero en examinar el animal.»

Comían grasa, cocinaban con grasa y tenían lámparas de grasa, de modo que acabaron con la ropa y el equipo empapados. Tanto ellos como los sacos de dormir, las ollas, las paredes y el techo

estaban negros de hollín, que además se les atragantaba y les irritaba los ojos. La ropa grasienta da frío, y la suya no tardó en desgarrarse, hasta el punto de que dejó de abrigarles; además se ponía tan rígida a causa de la grasa que se mantenía de pie por sí sola, y eso a pesar de la frecuencia con que la raspaban con los cuchillos y la restregaban con piel de pingüino. Por otra parte, tenían bajo los pies las enormes rocas de granito, por lo que les resultaba difícil andar incluso de día y con el tiempo en calma. Como diría Levick: «Puede que el camino del infierno esté empedrado de buenas intenciones, pero a nosotros nos parecía que el infierno propiamente dicho debía de estar empedrado más o menos de la misma manera que la isla Indescriptible.»

No obstante, tenían consuelos: el tan ansiado terrón de azúcar, por ejemplo, o las canciones, sobre las cuales existe una anécdota. Cuando la expedición de Campbell y los miembros que quedaban del grupo principal se reunieron en el cabo Evans en noviembre de 1912, Campbell repartió los himnos para los oficios religiosos. El primer domingo cantamos Alabado sea el Señor, los cielos le adoran, y el segundo y el tercero también. Sugerimos un cambio, ante lo cual Campbell preguntó: «¿Por qué?» Le respondimos que se hacía un poco monótono. «¡Qué va! -respondió Campbell-. Nosotros lo cantábamos siempre en la isla Indescriptible.» Además era prácticamente el único que se sabía. Aparte de este salmo, no sé si era más popular Oíd King Colé o el Te Deum. Para leer tenían David Copperfield, el Decamerón, la Vida de Stevenson y el Nuevo Testamento. También hacían gimnasia sueca y daban charlas.

Los mayores apuros que pasaron fueron debidos al escorbuto y a las intoxicaciones por tomaina, que sufrieron como consecuencia de Atkinson no tiene la menor duda de que los síntomas que se manifestaron en el grupo del norte respondían a un principio de escorbuto. Las temperaturas en la cueva de hielo permitían que la carne de foca se descompusiera. La carne fresca de foca que trajeron del exterior redujo los síntomas de escorbuto.

la dieta que estaban obligados a seguir. Desde el principio decidieron guardar para el viaje por la costa de la primavera siguiente casi todas las raciones que no habían consumido, lo cual significaba que mientras tanto tendrían que alimentarse de las focas y los pingüinos que pudieran cazar. Los primeros brotes de disentería se manifestaron a principios del invierno, y fueron causados por el consumo de sal marina. No obstante, entre los víveres para viajes había algo de sal de Cerebos, que utilizaron durante una semana y les permitió atajar la afección. Luego, poco a poco, fueron acostumbrándose a la sal marina. Sin embargo, Browning, que había tenido en una ocasión fiebres tifoideas, sufrió disentería de forma casi ininterrumpida durante todo el invierno. De no haber sido un hombre tan valiente y alegre, habría muerto.

En junio volvieron a sufrir un fuerte ataque de disentería. Otra cosa que les causaba cierta preocupación era la «espalda de la cueva de hielo», un dolor semipermanente causado por la imposibilidad de permanecer erguidos.

A principios de septiembre se intoxicaron con tomaina por consumir una carne que había permanecido demasiado tiempo en el denominado «horno», una caja de galletas colgada sobre el fogón de grasa, dentro de la cual ponían la carne para que se descongelase. Descubrieron que este horno no estaba derecho del todo y que en una esquina se había formado un charco de sangre, agua y trozos de carne rancios. Al parecer, esto y un hoosh contaminado que se sintieron incapaces de tirar debido al hambre que tenían fueron los causantes de la intoxicación. El brote fue grave y afectó sobre todo a Browning y Dickanson.

Tuvieron días malos, como por ejemplo los primeros, durante los cuales se percataron de que no irían a recogerlos; y también días en que el desánimo, la enfermedad y el hambre se abatieron sobre ellos. Luego hubo una ocasión en que pareció que iban a acabárseles las focas y pensaron que

tendrían que hacer el viaje por la costa en invierno; pero entonces Abbott mató dos con un cuchillo grasiento y, aunque se le quedaron tres dedos inútiles, les sacó del apuro.

Pero también tuvieron días buenos, o por lo menos no tan malos, como la noche del solsticio de invierno, en que tuvieron comida en las manos y no quisieron comerla porque estaban llenos; o cuando les salía el Te Deum a pedir de boca; o cuando conseguían matar unos pingüinos; o cuando se ponían una cataplasma de mostaza del botiquín.

Nunca hubo expedición más alegre o apacible que la suya. Se propusieron buscarle a todo el lado cómico, y si un día no podían no sólo se empeñaban en encontrárselo al día siguiente sino que lo lograban. Nunca he visto un grupo de hombres mejor conjuntado que el que vino a engrosar nuestro grupo durante aquellos dos últimos meses en el estrecho de McMurdo.

El 30 de septiembre emprendieron, como ellos mismos dirían, el camino de vuelta a casa. Para ello tenían que recorrer unas 200 millas de costa con los trineos, lo cual dependía de la presencia de hielo marino, que como hemos visto era inexistente en las caletas de Evans, y cruzar la lengua de hielo de Drygalski, obstáculo en el que prácticamente no habían dejado de pensar en todo el invierno. El 10 de octubre, a última hora de la tarde, alcanzaron la última elevación de este glaciar y vieron el Erebus a 150 millas de distancia. Atrás quedaban la cueva y el pasado: tenían ante sí el cabo Evans y el futuro, y el hielo marino se extendía hasta donde alcanzaba la mirada.

Cuando partieron, Dickanson estaba medio impedido a causa de la disentería, pero luego mejoró. En cambio, Browning seguía muy enfermo; sin embargo ahora podían comer una ración de cuatro galletas diarias, así como una pequeña cantidad de carne desecada y cacao, por lo que tenía más probabilidades de mejorar que comiendo carne únicamente. Un mes después de emprender el viaje, cuando ya se encontraban cerca del puerto de Granito, su estado era tan grave que consideraron la posibilidad de dejarle allí con Levick mientras ellos iban al cabo Evans en busca de medicamentos y comida adecuada.

Sus problemas, no obstante, estaban a punto de terminar, pues al llegar al cabo Roberts vieron de pronto el depósito de provisiones que había dejado Taylor el año anterior. Se pusieron a buscar por todas partes, escarbando en los ventisqueros como perros, y encontraron una caja entera de galletas, y también mantequilla, pasas y manteca. El festín duró todo el día y se prolongó por la noche, y cuando reanudaron la marcha tenían la boca dolorida (*Las molestias en las encías y la lengua constituyen otro síntoma de escorbuto*) de tanto comer galletas. No cabe duda de que el cambio de dieta le salvó la vida a Browning. Mientras avanzaban por la costa dieron con otro depósito de provisiones,, y luego con otro más. Alcanzaron la punta de la Cabaña el 5 de noviembre.

La historia de esta expedición, la de nuestro grupo del norte, ha sido relatada en su totalidad por las dos personas más idóneas para la tarea: Campbell, en el segundo volumen del libro de Scott, y Priestley en un volumen aparte titulado Antarctic Adventure:' Si he incluido aquí sólo estas pocas páginas es porque en este libro sus aventuras sólo me interesan en la medida en que guarden relación con el grupo principal o el barco; por lo demás, prefiero remitir al lector a esos dos relatos que intentar escribir sobre algo que yo no he vivido y ya ha sido contado en dos ocasiones. Sólo añadiré que la historia de lo que hicieron y padecieron estos hombres ha sido eclipsada por el trágico relato de la expedición al polo sur. No son hombres que busquen el aplauso del público, pero esto no es razón para que se desconozca el relato de su gran aventura, sino más bien para todo lo contrario. A quienes no lo hayan leído, les recomiendo el libro de Priestley al que me acabo de referir, como recomiendo el también sobrio relato de Campbell incluido en Scott's Last Expedition.

El Terra Nova llegó al cabo Evans el 18 de enero de 1913, precisamente cuando empezábamos a hacer los preparativos para pasar otro año allí. Así pues, los miembros que quedaban de la

expedición pudieron volver a casa aquella primavera. El libro de Scott fue publicado en otoño.

La narración de la última expedición de Scott, la de 1910-1913, comprende dos volúmenes, el primero de los cuales incluye el diario personal de Scott de la expedición, que escribía todos los días antes de meterse en el saco de dormir cuando viajaba y en los momentos libres que le quedaban en la cabaña cuando se encontraba en la base de invierno y tenía que ocuparse de los numerosos detalles de la organización y los preparativos. Es probable que los lectores de este libro hayan leído ese diario y los relatos del viaje de invierno, el último año, las aventuras del grupo de Campbell y los viajes que hizo el Terra Nova que se incluyen a continuación. Con el propósito que enseguida explicaré, cito una reseña del libro de Scott salida de la pluma de uno de los miembros del personal del señor Punch.

En el segundo volumen brillan el valor, la fuerza, la lealtad y el amor tanto como en el primero: hubo tantos caballeros valerosos que sobrevivieron como caballeros valerosos que murieron. Pero el relato de Scott, narrado por él mismo, es el que otorgará a la obra un lugar entre los grandes libros del mundo. El relato comienza en noviembre de 1910 y acaba el 29 de marzo de 1912, y, si el lector no es capaz de leer las últimas páginas sin lágrimas en los ojos, es porque cuando llegue al final habrá vivido con Scott durante dieciséis meses. Si el comunicado para el público nos resultó desgarrador la primera vez que nos lo leyeron, ahora lo leemos como la historia de la caída de un gran héroe; como el relato de la muerte de un amigo querido. Leer este libro equivale a conocer a Scott, y si me pidieran que lo describiese, creo que emplearía palabras como las que él empleó, seis meses antes de su muerte, al referirse a los valerosos caballeros que le acompañaron. Caballeros como Bill Wilson, de quien escribió: «Nunca sé qué decir cuando hablo de Bill Wilson. Creo que es la persona más extraordinaria que he conocido en mi vida: cuanto más estrecha es la relación que uno tiene con el, más motivos encuentra de admiración. No posee ni una sola cualidad que no sea sólida o que no inspire confianza. No se puede uno imaginar lo que eso cuenta aquí. Ocurra lo que ocurra, uno sabe que Bill reaccionará con responsabilidad, astucia, sentido práctico, lealtad absoluta y total desprendimiento.» Ésta es una descripción certera de Wilson si Scott así lo dice, pues él sabía juzgar al ser humano. Pero también es en gran medida una descripción certera del mismo Scott. Nunca he conocido persona más maravillosa que la que se revela de forma inconsciente en estos diarios. Su humanidad, su valor, su fe, su tenacidad, y sobre todo su sencillez, le distinguen como un hombre fuera de lo común. A su sencillez debemos que su último comunicado y las últimas anotaciones en su diario posean una belleza imperecedera. La carta de consuelo (y casi de disculpa) que en los umbrales de la muerte escribió a la señora Wilson, esposa del hombre que estaba muriendo a su lado, bien podría ser el monumento de Scott. No podría tener uno mejor. Pero Scott ha levantado además un monumento a los otros valerosos caballeros que murieron: a Wilson, a Oates, a Bowers y a Evans. A todos nos los retrata claramente en estas páginas; y ellos se destacan de forma inconfundible. También acaban siendo amigos nuestros, y su muerte resulta igual de noble y desgarradora. Hubo también, como ya he dicho, valerosos caballeros que sobrevivieron; de ellos podrá leer el lector historias asombrosas. De hecho, lo que estos dos volúmenes recogen es un maravilloso relato sobre la hombría. Ahora he de cerrarlos, pero he estado en compañía de hombres valientes durante varios días […], y cada hora que he pasado con ellos ha hecho que me sintiera más orgulloso de quienes murieron y más humilde conmigo mismo.

He citado esta larga reseña porque transmite el ambiente de idolatría en el que nos vimos inmersos al regresar. Era un ambiente muy agradable, pero se trataba de un medio refringente que impedía ver la expedición con objetividad científica, y la expedición era ante todo de carácter

científico. Aunque sabíamos que habíamos sufrido y arriesgado más que nadie, también sabíamos que la ciencia no tiene en cuenta tales cosas, que un hombre no es mejor por haber hecho el peor viaje del mundo, y que tanto da que regrese vivo como que caiga por el camino, si al cabo de cien años sus testimonios y sus especímenes se encuentran en buenas manos.

Además de Scott's Last Expedition y de Antarctk Adventures, de Priestley, disponemos de otro relato. Griffith Taylor, fisiógrafo del grupo principal, ha descrito los dos viajes geológicos que él dirigió y la vida doméstica de la expedición en la punta de la Cabaña y en el cabo Evans hasta el mes de febrero de 1912, en un libro titulado With Scott: The Silver Lining. Este libro ofrece una imagen verídica del lado más bullicioso de nuestra vida y contiene mucha información útil sobre los aspectos científicos.

Aunque guarda poca relación con este libro, no puedo dejar de llamar la atención del lector (y ganarme de paso su agradecimiento) sobre un librito titulado Antarctk Penguins, escrito por Levick, el médico del grupo de Campbell. Versa casi por entero sobre los pingüinos de Adelia. El autor pasó prácticamente un verano viviendo en medio de uno de los criaderos de pingüinos más grandes del mundo, gracias, por así decirlo, a la benevolencia de éstos. Levick ha descrito su «apretada vida» con un sentido del humor que quizá no le atribuíamos y con una sencillez que sería la envidia de muchos escritores de cuentos infantiles. Si el lector piensa que su vida es dura y quiere abandonarla durante una breve hora, le recomiendo que mendigue, que pida prestado o que robe este libro, y que lo lea para saber cómo viven los pingüinos. Todo lo que cuenta es completamente cierto.

Existe por tanto abundante literatura acerca de la expedición, pero no hay ningún relato de ella en el que se relacionen todas sus partes como un todo. El diario de Scott constituye simplemente la base del libro que habría escrito si hubiese vivido. En cuanto diario personal, posee un interés que ningún otro libro hubiera podido tener. Pero en esta vida un diario no es más que una de las pocas maneras en que puede desahogarse un hombre, de ahí que en el libro de Scott se resalte el abatimiento que a veces se apoderaba de él.

Hemos visto la importancia que se ha de conceder a la adecuada relación de mejoras, cargas y métodos de todas y cada una de las expediciones. Hemos visto que Scott tomó el sistema elaborado por los exploradores del Ártico en el punto de desarrollo al que lo había llevado Nansen, y que lo aplicó por primera vez a los viajes con trineo por la Antártida. En Voyage of the Discovery, Scott explica claramente las equivocaciones que se evitaron y las mejoras de todo tipo que se llevaron a cabo, Shackleton aplicó los conocimientos que obtuvieron en su primera expedición; Scott los aplicó en ésta, que para él sería la segunda y última. En conjunto, creo que si se tiene en cuenta el doble propósito con el que se organizó, exploratorio y científico, ésta es la expedición mejor equipada que se haya realizado jamás. Es relativamente fácil jugártelo todo a una carta, es decir, organizar tu material y equipar y elegir a tus hombres para un único fin, ya se trate de alcanzar el polo o de llevar a cabo una serie perfecta de observaciones científicas. Las dificultades se multiplican en cuanto se combina un fin con otro, como ocurrió en este caso. Ni Scott ni ninguno de los hombres que le acompañaron habría ido con el único propósito de alcanzar el polo. No obstante, consideraban que alcanzarlo era una hazaña por la que merecía la pena realizar un gran esfuerzo. De ahí que Scott pudiera afirmar: «Hemos corrido riesgos; sabíamos que los corríamos. Las cosas se nos han puesto en contra, y por lo tanto no tenemos motivo para quejarnos […].»

Tiene suma importancia, o debería tenerla, que un sistema que ha sido no ya perfeccionado sino desarrollado hasta alcanzar un alto grado de excelencia a un precio tan elevado, sea transmitido de la forma más completa posible a los que vengan luego. Es mi intención contar esta historia de manera que el jefe de alguna futura expedición a la Antártida, quizá de más de una, pueda tomarla en sus

manos y decir: «Dispongo aquí del material que me va a permitir encargar los artículos y las cantidades que voy a necesitar para tantos hombres y para tanto tiempo. Dispongo además de un testimonio de cómo utilizó Scott dicho material, de los planes de sus viajes y de cómo le salieron, y de las mejoras que sus expediciones fueron capaces de hacer sobre el terreno o de sugerir para el futuro. No estoy de acuerdo con tal y tal cosa, pero constituye una base, nos ahorrará muchos meses de preparación y me proporcionará información útil para la labor de mi expedición.» Si este libro puede orientar al futuro explorador con la luz del pasado, no se habrá escrito en balde.

Pero éste no era mi principal objetivo al escribir este libro. Cuando en 1913 me comprometí a redactar para el Comité de la Antártida una memoria oficial a condición de que me dieran carta blanca, mi intención era ante todo mostrar qué labor se había realizado, quién la había realizado y a quién correspondía el mérito de haberla realizado; quién había asumido la responsabilidad; y quién nos salvó aquel espantoso último año, cuando se perdieron las dos expediciones, sólo Dios sabía qué convenía hacer, y de haber seguido así las cosas los expedicionarios hubieran perdido el juicio sin lugar a dudas. No existe un testimonio de estas cosas, aunque quizás el mundo piense lo contrario. Generalmente en calidad de mero acompañante, sin mucha responsabilidad y a menudo presa de un miedo cerval, estuve en medio de todo aquello y sé qué ocurrió.

Por desgracia fui incapaz de conciliar una sincera confesión personal con el decoroso estilo indirecto de una memoria oficial, y me encontré con que había puesto al Comité de la Antártida en un aprieto del que sólo podía sacarle quitándole el libro de las manos. Y es que estaba claro que lo que había escrito no era lo que se espera de un comité, pese a que ninguno de sus miembros podía censurar ni una sola de sus palabras. Una memoria oficial como es debido se presenta a nuestra imaginación y sentido de la dignidad como un libro en cuarto idéntico a los informes científicos cubiertos de polvo que reposan invisibles en los estantes de los museos y repleto (al decir de mi comité) de «horas de salida, horas de marcha, datos sobre las condiciones del terreno y sobre las condiciones meteorológicas», lo cual no resulta muy útil como material para futuros exploradores de la Antártida ni produce de ningún modo catarsis alguna en la conciencia del escritor. No podía aparentar que había cumplido estas condiciones, de modo que decidí cargar con toda la responsabilidad. Sin embargo, es al comité, que me ha dado acceso a la información de que disponía, al que hay que atribuirle todo el mérito de la parte correspondiente a la memoria oficial convencional. Él no es en absoluto responsable de los trozos que he intentado escribir con el estilo más personal posible, de modo que no cabe concederles más autoridad que la que yo me merezco.

No hace falta añadir que el retraso de nueve años en la aparición de mi libro ha sido motivado por la guerra. Antes de que pudiera recuperarme del serio menoscabo que la expedición había infligido en mi fortaleza física, me encontré en Flandes a cargo de una unidad de coches blindados. Una guerra es igual que la Antártida en un aspecto: no es posible salir de ella con honor mientras uno sea capaz de poner un pie delante de otro. Yo volví con una grave invalidez, y en consecuencia el libro tuvo que esperar.

PRÓLOGO DE GEORGE SEAVER

Apsley George Benet Cherry-Garrard, hijo único del general de división Apsley Cherry-Garrard, caballero de la Orden de Bath, nació en Bedford el 2 de enero de 1886.

La familia Cherry es de ascendencia francesa (De Chéries, para ser exactos). Su rama inglesa se estableció en Northamptonshire a comienzos del siglo XV, en la localidad de Plumpton, donde durante varias generaciones los primogénitos trabajaron las tierras de sus padres, mientras los hijos menores servían al Estado en su propio país o en el extranjero. Con motivo del ascenso al poder del Gobierno británico en la India, ocuparon importantes puestos en la administración civil y en la judicatura de la provincia de Bengala. En 1747, el bisabuelo del general de división Cherry-Garrard, George Cherry, perdió a los dieciséis años una pierna mientras luchaba en la batalla de Finisterre a bordo del navío de guerra británico Neptune, al mando de su tío, el capitán Bretón. Más adelante sería presidente del consejo encargado del avituallamiento de la Armada. Su hijo mayor, George Frederick Cherry, nacido en 1761, fue miembro de la administración pública de Bengala, trabajó a las órdenes de lord Cornwallis, gobernador de la India, y ocupó el cargo de delegado del Gobierno de Benarés. En 1798, durante un desayuno público en la delegación, fue asesinado junto con dos oficiales subalternos a manos del visir Alí, antiguo nabab de Oudh, quien le acusaba injustamente de ser la causa de que le destituyera el nuevo gobernador general, el marqués de Wellesley- Su joven viuda regresó a Inglaterra con su pequeño hijo, George Henry, y se alojó en la casa que tenía en Londres la familia Cherry, en Gloucester Place. George Henry Cherry, destacado estudioso de lenguas clásicas, obtuvo en Oxford la nota máxima en dos ocasiones. Contrajo matrimonio con Charlotte, hija de Charles Drake-Garrard, de Lamer Park, Wheat-hampstead, Herts, y adquirió por su parte Denford Park, cerca de Hungerford, Berks. Su quinto vástago, Emily, fue esposa de John Smith de Britwell, Oxfordshire, cuyo hijo Regiruid Smith, abogado de rango superior designado por el rey, contrajo matrimonio con Isabel, hija de George Smith, el famoso editor, y sucedió a su suegro en la dirección de la firma Smith y Eider. El hijo menor de George y Charlotte fue Apsley, el futuro general.

Como joven oficial del 90.D regimiento de la infantería ligera (que más tarde pasarían a ser cameronianos), Apsley sirvió valerosamente en el motín de la India y en las guerras con los cafres y los zulús. Lord F. M. Wolseley dijo de él que era «el hombre más valiente que había visto nunca». Con el rango de general de división, y cuando estaba al mando de la guarnición de Bedford, contrajo matrimonio a los cincuenta y tres años con Evelyn, hija de Henry Sharpin, médico de la localidad, en cuya casa nació su único hijo, el autor de estas memorias. Un años después, el hermano mayor del general, con el que le unía un gran afecto, murió soltero, y él heredó la propiedad de Denford. Hasta los siete años, el futuro explorador de la Antártida fue criado en dicha propiedad, que le encantaba.

Los Garrard eran señores de la heredad de Lamer desde mediados del siglo XVI. Parte de la casa, que ya ha sido demolida, databa de 1272. La familia también tenía miembros que habían sido destacados funcionarios del Estado; nada menos que tres habían sido alcaldes de Londres. Sir Bennet Garrard, el último con este apellido y título, falleció en 1767, y Lamer fue heredada por un primo lejano, Charles Drake, de Shardloes, Bucks, que tomó su apellido y sus armas. Contrajo matrimonio con Anne Barne de Sotherly Hall, Suffolk, y fue su hija Charlotte, quien desposó con George Henry Cherry. Su hijo Charles se casó con Honora Pauncefort-Duncombe, y cuando ésta falleció en 1893

(su marido había muerto antes que ella sin descendencia), la propiedad de Lamer fue legada al distinguido hijo de su hermana Charlotte, con la condición de que añadiera al suyo el apellido Garrard y tomara sus armas.

De este modo, el general de división Cherry-Garrard, padre a una edad relativamente avanzada de una creciente familia (un hijo y tres hijas, a las que vendrían a sumarse dos más), se encontró con que era dueño de dos grandes propiedades. Con gran renuencia, pero obligado por el deber, arrendó Denford y trasladó a la familia y sus pertenencias a Lamer. Esta, sin embargo, resultó ser una vivienda aún más encantadora que Denford, y su hijo llegaría a tomarle gran cariño al lugar. En sus cartas desde la escuela The Grange, en Folkestone, ponía al mal tiempo buena cara, pero siempre deseaba volver a casa. Su excesiva miopía le impidió alcanzar competencia en los deportes, aunque participaba en ellos con entusiasmo. Esta limitación también le ocasionó dificultades en Winchester, donde aun así trabó una buena amistad con uno de sus profesores, el señor Beloe. En Oxford, donde estudió lenguas clásicas e historia moderna, encontró amigos e intereses afines, y también un deporte para el que la miopía no constituía impedimento alguno: el remo. Aunque por muy poco no logró representar a Oxford, en 1908 remó en la posición de proa del primer equipo de ocho de Christ Church y contribuyó a que el equipo de este coltege ganara aquel mismo año en Hen-ley la copa Grand Challenge.

Durante el tiempo que Cherry pasó en la universidad, su padre sufrió una larga y dolorosa enfermedad que desembocó en su muerte en 1907. Durante toda su vida se había emocionado Cherry con las historias que hablaban del valor y las hazañas de su progenitor, y siempre tuvo ante sí el modelo de sus elevados principios de conducta. Quería a éste con devoción, aunque también con cierto respeto reverencial, y consideraba que le había dejado un modelo al que debía hacer honor por todos los medios. Cherry era de la opinión de que nunca llegaría a la altura de su padre, y quizá por ello, sin darse cuenta, buscaba la manera de demostrar su valía. Su oportunidad no tardó en llegar. Tenía veintiún años cuando su padre falleció. Tres años después pasaba a ser uno de los miembros más jóvenes de la última expedición de Scott.

En septiembre de 1907, cuando el doctor Wilson y su esposa se encontraban con Reginald Smith y su familia en el búngalo que éstos tenían en Cortachy, cerca de Kirriemuir, el capitán Scott fue a pasar unos días con ellos y les desveló su plan de llevar a cabo otra expedición a la Antártida. El verano siguiente los Smith prestaron su bungalow a los Wüson (que eran sus mejores amigos), y el joven primo de Reginald Smith, Apsley Cherry-Garrard, fue a hacerles una visita. «Cuando conocí a Wilson, ya era seguro que él y Scott volverían al sur en cuanto tuvieran la oportunidad: querían terminar su labor. No sé si Scott habría vuelto sin Wilson.» Cherry decidió ofrecerse a ir con ellos, y convertir sus deseos en realidad. En mayo de 1909 se embarcó en el vapor Ormuz con el señor Woolcombe, rector de Christ Church, que iba a dictar una serie de conferencias en Australia. Viajaron juntos durante una temporada por el oeste de Australia, y luego Cherry continuó el viaje a solas. Tras enterarse de que la segunda expedición al sur de Scott era ya oficial, escribió al doctor Wilson el 3 de octubre de 1909 desde Brisbane para solicitar trabajo. Prosiguió su viaje en cargueros y visitó las islas Célebes, China y Japón. El 4 de enero de 1910, cuando llegó a Calcuta, recibió una respuesta de Wilson con fecha del 8 de diciembre de 1909.

Su carta me ha llegado puntualmente, y he hablado de su propuesta tanto con el capitán Scott como con Reginald Smith. Comprendo perfectamente sus deseos de volver, pero si le escribo es con el único fin de mostrarle mi acuerdo con lo que ya le ha oído decir a Reginald Smith, a saber: que no ganaría nada acortando el programa que está siguiendo actualmente […]. En opinión de Scott, cabe la

posibilidad de que, una vez que hayamos cubierto todos los puestos del equipo científico propiamente dicho, quede todavía una plaza para un ayudante adaptable como el que estoy seguro que usted sería, pues siempre estaría dispuesto a echar una mano allí donde hiciera falta. Pero debo decirle también, francamente, que dado que para estos grupos de tierra es de suma importancia reducir el número de personas al mínimo, es posible que ocurra lo contrario y que no haya sitio para nadie más, excepto para el personal necesario.

SÍ, no obstante, está usted conforme con aplazar el asunto hasta su regreso y, hallándose más cerca de su hogar, sigue con ganas de ir, puedo prometerle que su solicitud no caerá en saco roto y que la espera no le perjudicará. Lo que ocurre es que ahora es totalmente imposible hacerle promesa alguna (ojalá no fuera así) y ha de estar preparado para llevarse una decepción […].

Cherry regresó a su país a principios de abril y escribió inmediatamente, esta vez para respaldar su solicitud con el ofrecimiento de mil libras para los fondos de la expedición. Entre los aproximadamente ocho mil solicitantes hubo varios que ofrecieron donativos semejantes, pero estos ofrecimientos no pesaron en el ánimo de Scott, pese a su falta de recursos económicos. De hecho, aparte de Cherry, Oates fue el único contribuyente (con una suma parecida) que fue aceptado, pero él era un especialista en una rama indispensable para la labor de la expedición. A Wilson debió de dolerle escribir la siguiente carta, fechada el 20 de abril de 1910, tanto como a Cherry recibirla:

No encuentro palabras para expresar cuánto lamento ser la persona que le comunique la causa de su decepción […]. No obstante, permítame darle las gracias por las amables palabras que me dirige en agradecimiento por mi muy insatisfactoria mediación. Se lo agradezco profundamente.

Dos cosas revela la siguiente e interesantísima carta de Wilson, fechada el 25 de abril: primera, que Cherry ha pedido que se acepte el donativo que ha ofrecido, pese a no haber sido aceptado; segunda, menos evidente, que Wilson ha vuelto a hablar seriamente con Scott en su nombre.

El capitán Scott quiere verle otra vez y hablar con usted antes de dar una respuesta definitiva […]. Dice que debe mantener una conversación con usted antes de tomar una decisión para asegurarse de que no se produce ningún malentendido al respecto; de lo contrario tiene la sensación de que ambos podrían verse en una situación algo comprometida. Creo que está en lo cierto, y ha llegado la hora de que se entiendan. Puedo asegurarle una cosa, empero, y es que agradece muchísimo que haya enviado el donativo con independencia de que pueda ir o no. Es una acción que valora, no por el dinero (que le interesa muy poco, salvo por motivos ajenos a su persona, es decir, en la medida en que pueda contribuir al éxito de la expedición), sino porque sabe qué puede esperar de los hombres que tienen ese proceder.

Conozco a Scott a fondo, como usted bien sabe. Le conozco desde hace diez años, y creo en él tan firmemente que a menudo lamento que se exponga tanto a ser malmterpretado. Estoy seguro de que usted llegará a conocerle y a creer en él como yo, y eso a pesar de que a veces es un hombre difícil. De todos modos, pronto podrá verlo con sus propios ojos.

Entretanto, vaya a verle el miércoles a las once. Y vaya preparado para someterse a un reconocimiento médico por si acaso es aceptado […].

Tras recibir semejantes palabras, apenas cabía dudar del resultado de la conversación. Pero estas cartas muestran que si Cherry embarcó en el Terra Nova para participar en lo que acabaría siendo la última expedición de Scott fue por los pelos, por así decirlo. Pese a lo agobiados de trabajo que estuvieron durante las últimas semanas de preparativos, Wilson y su esposa consiguieron hacer una visita especial a Lamer para que el doctor pudiera agradecer personalmente a la señora Cherry-Garrard que permitiera a su hijo participar en la expedición y también para asegurarle que

cuidaría de él.

Así pues, Cherry fue debidamente enrolado en calidad de «zoólogo adjunto» de Wilson, que era el jefe del equipo científico. Al principio, los oficiales y científicos bromeaban diciendo que había sido aceptado porque sabía mucho latín y griego. Pero Cherry demostró desde el primer momento su valía a los miembros de la expedición, y antes de que ésta llegara a su fin tenía en su haber más viajes importantes con trineo que cualquiera de los supervivientes.

Dos o tres fragmentos del diario de a bordo de Wilson bastarán para mostrar el empeño que puso Cherry en hacer honor a su puesto de «ayudante adaptable».

[Cerca de Cardiff] Empezamos con el trabajo sucio de inmediato, cambiando cajas de sitio […]. La ayuda de Cherry-Garrard ha sido inestimable, y se ha fijado bien en dónde iba todo.

[Cerca de Madeira] He dormido con Cherry-Garrard sobre la nevera, donde cinco horas de sueño son más reparadoras que ocho abajo.

[Cerca de la isla de Trindade, tras un peligroso reembarque y la difícil recuperación de unos especímenes de aves en agua salada] Cherry-Garrard tenía tanto interés en salvarlos que siguió despellejándolos durante toda la noche hasta la hora del desayuno.

Y en una carta a Reginald Smith escrita al llegar a Nueva Zelanda, dice:

En cuanto a Cherry, ha sido un acierto, y todo el mundo ha reparado en ello. Estoy encantado con él […]. Le ha tomado gusto a su trabajo de taxidermista, que es uno de los muchos que realiza. Pero si en algo sobresale es como ayudante de Pennell […]. Cherry ha realizado una labor tremenda consignando los cálculos magnéticos y los datos de las observaciones para Pennell. En este sentido resulta sumamente útil tanto por su extraordinaria letra como por su claridad y exactitud. Está de un humor excelente, y es fuerte como un mulo.

Scott se embarcó en Nueva Zelanda y también escribió a Reginald Smith desde Christchurch, el 18 de noviembre:

Cherry-Garrard se ha ganado el corazón de todos; se muestra dispuesto a realizar cualquier tipo de trabajo difícil y siempre se presta voluntariamente a hacer las tareas más arduas. Es la persona más desprendida y bondadosa que quepa imaginar, y va a sernos de una gran utilidad en la expedición […]. También le alegrará saber que está sumamente contento. No se lo he preguntado, pero cuando veo su alegre cara morena, risueña y desbordante de entusiasmo, no me cabe la menor duda. La verdad es que para un joven de buena pasta ésta es una buena vida.

A principios de 1911, Scott organizó una expedición con los ponis y los perros para transportar al campamento de una tonelada una gran cantidad de provisiones con vistas al viaje de regreso del grupo del polo, que tendría lugar el año siguiente. El 1 de febrero de 1911, en el campamento de seguridad de la Gran Barrera de Hielo, encontró tiempo para escribir otra carta a Reginald Smith:

Me veo obligado a mandar un último saludo desde este campamento con la esperanza de que el barco recoja puntualmente esta nota y la eche al correo en Nueva Zelanda. […] Wilson no deja de superarse y es, sencillamente, el expedicionario y compañero perfecto. Por otra parte, me resulta difícil expresar lo satisfecho que estoy con Cherry-Garrard. Está dispuesto a todo; es uno de los mejores guías de ponis que tenemos y siempre se presenta voluntario cuando hay que hacer un trabajo difícil. Dijo que le daba igual la clase de trabajo que le encomendáramos, y así es. Pero esto no es todo: nunca tiene reparo en ocuparse del trabajo difícil de los demás, y lo hace todo de una manera tan cordial y poco ostentosa que resulta verdaderamente admirable.

En el viaje del depósito se reorganizaron los grupos en varias ocasiones, pero durante las primeras marchas la tienda de Scott estuvo ocupada por Oates, Bowers y Cherry-Garrard. Esta fue la primera vez que Cherry mantuvo una relación estrecha con Scott, un jefe que exigía meticulosidad y

eficiencia. Pero éste nunca tuvo motivos para cambiar de opinión con respecto a su joven compañero. «Cherry-Garrard llama la atención por su vista. Sólo puede ver con gafas, y en consecuencia tiene que bregar con todo tipo de incomodidades. Pero lo cierto es que siempre se las arregla para hacer más trabajo del que le corresponde.» «Hoy cocina Cherry-Garrard. Es excelente, y está aprendiendo rápidamente todos los trucos para cuidar de sí mismo y de sus bártulos.»

El viaje del depósito, que fue el primero importante que hicieron, estuvo plagado de peligros y aventuras, los cuales constituyeron una dura prueba para las facultades de todos los participantes. Primero se produjo la caída en una grieta de todo un tiro de perros; la difícil liberación de once de los trece, y el rescate a manos de Scott de los dos que quedaron abajo. «Hoy mis compañeros han estado excelentes; Wilson y Cherry-Garrard son, en todo caso, los más inteligentes y dispuestos a la hora de ayudar.» Luego ocurrió el angustioso incidente, gráficamente narrado por Bowers en su libro, en el que él y Cherry quedaron aislados durante horas en un bandejón a la deriva. «Cherry el práctico» es el cumplido que dirige Bowers en más de una ocasión a su compañero, todo un elogio viniendo de un «caballero a carta cabal», dueño de un valor y unos recursos inagotables. Esta experiencia constituyó un eslabón más en la cadena de la inquebrantable amistad que los uniría. «Cuando has pasado aprietos con alguien, como los que yo pasé con Birdie, acabas conociéndole tan bien que parece que no conoces absolutamente a nadie en la civilización.»

Al volver a la relativa comodidad de la vida en la cabaña, Scott escribió en su diario unas frases memorables:

No creo que existan experiencias que revelen el carácter de las personas como las que vivimos en estas expediciones. Aquí uno asiste a una notable reordenación de valores. En condiciones normales, resulta sumamente fácil imponer un argumento con un poco de vehemencia: la arrogancia es una máscara que encubre muchas debilidades. Por norma no tenemos ni el tiempo ni las ganas de mirar detrás de ella, de modo que comúnmente aceptamos a las personas por la valoración que dan de sí mismas. Aquí las apariencias no son nada; lo que cuenta es el propósito que uno tenga en el fondo. De ese modo los «dioses» pierden fuerza y los humildes ocupan su lugar. Fingir no sirve de nada.

A continuación elige a unos cuantos para la mención de honor:

[…] Cherry-Garrard es otra de las personas que trabajan al aire libre de forma independiente y discreta. Se entrega de lleno a la tarea y tiene verdadero afán por ayudar a todo el mundo. Se le puede ver en situaciones difíciles; es responsable en todo momento y también bastante duro. En la cabaña se ocupa de nuestro diario del polo, y en el exterior se dedica a hacer pruebas con fogones de grasa y cabañas de piedra, principalmente con vistas al viaje de invierno al cabo de Crozier. Pero estas pruebas son, además, experimentos instructivos para cualquier expedición que pueda verse en el aprieto de quedarse aislada de la base.

Cherry no era tan sólo el sensato director del South Polar Times sino el impecable y meticuloso mecanógrafo del texto, que insertaba ingeniosamente entre las obras artísticas de Wilson.

Este oscuro periódico despertó el interés de tantos amigos de la expedición cuando ésta regresó, que la firma de Reginald Smith lo imprimió en versión facsímil para circulación privada. Su director exhibió otra útil e inesperada habilidad: «Durante el oficio religioso de la mañana, el bueno de Cherry-Garrard ha improvisado el acompañamiento de dos himnos; ha recibido alentadoras palabras de agradecimiento y el próximo domingo tendrá que arreglárselas para cantar los tres himnos.»

Scott era reacio a hacer el viaje de invierno que proponía Wilson por considerarlo una empresa sumamente peligrosa, pero al final cedió a las tranquilizadoras palabras del doctor. El propósito de

este viaje («la expedición de búsqueda de huevos de ave más extraña habida y por haber») era recoger durante las primeras fases de incubación el mayor número posible de huevos de pingüino emperador para investigar su embriogenia. Wilson estaba decidido a realizar dicho viaje desde que fue descubierto el criadero de cabo Crozier nueve años antes. «Pero no quiero hablar mucho sobre el tema; puede que nunca llegue a realizarse», le había confiado a Cherry en Londres. Elegir compañeros le resultó sencillo: «Los dos que más me gustan de todo nuestro grupo.» En una carta dirigida a su esposa, añadiría lo siguiente:

Soy consciente de que va a ser un viaje dificilísimo, pero he conseguido que vengan conmigo los dos mejores expedicionarios del grupo. Scott me ha dado permiso para que me los lleve, y ellos se mueren de ganas por venir […]. El capitán espera que los traiga sanos y salvos para el viaje al sur. Hoy me ha vuelto a decir que me llevo a lo más granado del grupo de expedicionarios, y que no debo «estropearlos».

Scott despidió al trío y volvió a la cabaña para acabar uno de los volúmenes de su diario con las siguientes palabras: «Este viaje de invierno es una empresa nueva y osada, pero la han acometido los hombres idóneos. ¡Les deseo toda la suerte del mundo!»

Cuando cinco semanas después regresaron a la cabaña con cara de estar más muertos que vivos, Scott describió su hazaña como «el viaje más difícil que se haya hecho nunca» y como «uno de los capítulos más audaces de la historia polar […]. Para nuestra generación constituye una gesta que espero no quede en meras palabras». La esperanza de Scott se había cumplido.

Transcurrieron exactamente tres meses de calendario entre el final del viaje de invierno y el comienzo del gran viaje al sur, y a medida que volvía paulatinamente el sol, se fueron acelerando los preparativos para la larga marcha.

La víspera de la partida, Scott escribió otra carta a Reginald Smith:

En cuanto a Cherry-Garrard, se trata de un chico de toda confianza; es la persona más desprendida y bondadosa del mundo y posee una inteligencia enorme y un arrojo infinito. Goza de gran popularidad, y yo no hubiera podido desear mejor compañero que él. Ya tiene en su haber una gran experiencia y unas cuantas aventuras asombrosas, y eso basta para demostrar su valía. El año pasado [sic] él y Bowers se vieron en una situación muy apurada en el hielo marino, y ambos se comportaron como un auténtico inglés en una situación semejante. Durante el durísimo viaje de invierno al cabo de Crozier lo pasó peor que sus compañeros, pero ninguno de los dos le oyó decir ni una sola palabra al respecto, y cuando tenía los dedos cubiertos de cortes y ampollas a causa del frío tuvieron que ordenarle que dejara de hacer cosas por ellos. Puede usted estar bien orgulloso de él, y espero que transmita a su familia la excelente opinión de la que se ha hecho merecedor.

Al cabo de un par de días añadió una posdata:

En verdad que Cherry es encantador: acaba de venir con cara de enorme preocupación para decirme que no debía contar con sus dotes para la orientación. Por un momento no he sabido a qué se refería, pero entonces he recordado que hace unos meses dije que sería conveniente que todos los oficiales que fueran al sur tuvieran algunos conocimientos sobre este tema para que, en caso de emergencia, supieran regresar con un trineo. Parece que Cherry ha comenzado de inmediato un serio y riguroso curso acerca de los abstrusos problemas de la orientación, los cuales le han parecido extremadamente difíciles, por lo que ya ha perdido la esperanza de llegar a dominarlos. Por supuesto que no existe ni una posibilidad entre cíen de que tenga que orientarse por sí mismo durante nuestro

viaje, aunque el problema sería muy sencillo si esto llegara a ocurrir. Pero las cosas me resultan mucho más fáciles con hombres que se toman tan seriamente los detalles del trabajo y se esfuerzan por llevarlo a cabo de manera tan sencilla y honesta.

El 1 de noviembre de 1911, Scott, Wilson y Cherry-Garrard se pusieron en marcha juntos (la «retaguardia voladora» de los tiros de ponis), y el momento fue recogido por el cinematógrafo de Ponting. Los tres grupos elegidos arrastraron sus trineos desde el final de la Gran Barrera hasta la cima del glaciar Beardmore. El 22 de diciembre, un día después de pasar por el depósito sur del glaciar, el primero de los dos grupos de regreso dio media vuelta. Lo formaban Atkinson, Wright, Cherry-Garrard y Keohane, el marinero más joven. En una carta a su esposa, Wilson expresaba sinceramente no sólo la estima que él le guardaba a Cherry, sino la que todos le profesaban:

Por favor, escríbele a la señora Cherry-Garrard y dile que su hijo ha realizado una labor espléndida durante este viaje. Se ha portado de maravilla y se ha granjeado el cariño de todos; es una persona de toda confianza y un espléndido compañero de tienda. Me siento francamente orgulloso de haber tenido algo que ver en su elección. Se ha llevado una gran desilusión al tener que regresar con el primer grupo, pero es mejor así, porque es el más joven. No está ni mucho menos agotado, aunque ha echado el resto durante todo el camino. Siento un gran aprecio por él.

Un año después vería muertos a sus amigos (Scott, Wilson y Bowers) en su tienda de la Gran Barrera de Hielo, a sólo 11 millas del campamento de una tonelada, mucho más cerca de lo que nadie imaginaba. Aunque él no lo dice, gracias a Atkinson sabemos que fue suya la idea de grabar el último verso del Ulises de Tennyson en la cruz, erigida en la colina de Observaciones en memoria de la expedición del sur, y también la del epitafio en memoria de Oates.

Cabe destacar que en plena conmoción por el descubrimiento, precisamente cuando hubiera cabido esperar que le afectara más la idea de «lo que podría haber ocurrido si hubiera hecho algo», no sucedió tal cosa. En su diario no hay ni rastro de ello; tampoco a sus compañeros les pasó por la cabeza ni por un instante. Tampoco aparecen remordimientos diez años más tarde, cuando escribió El peor viaje del mundo; sólo se menciona en la página 610 como una más entre varias hipótesis remotas. En efecto, hubo críticos de salón que, cuando el barco llegó de nuevo a Nueva Zelanda a principios de 1913, se preguntaron por qué no se hizo todo lo posible por rescatar al grupo del sur; pero esto no pesó en su ánimo ni tampoco en el de ningún otro miembro de la expedición. Hubo de pasar mucho tiempo para que la idea de lo que hubiera podido hacer (y lo que se imaginaba que los demás pensaban y decían de él) se convirtiera en una pequeña nube en el margen de su conciencia que iría creciendo hasta ocupar el cielo entero.

La Antártida, donde apenas pasó dos años y medio de su juventud, fue el punto culminante de su experiencia vital; los largos años restantes constituirían una decepción. Todas las actividades que captaron posteriormente su interés tendrían una importancia secundaria con respecto a lo que en el fondo le interesaba: sus memorias. A comienzos de 1914 fue invitado por Atkinson a acompañarle de forma extraoficial en una expedición a la China, dirigida por el doctor Robert Leiper, miembro de la Orden de San Miguel y San Jorge y cruz del Mérito de la Marina (el mismo helmintólogo al que Wilson había revelado en 1909 la causa de la enfermedad del urogallo, que él había descubierto). Su propósito era investigar una enfermedad causada por la duela que afectaba a los marineros británicos en aguas chinas. La expedición descubrió que la infección se transmitía por el agua y penetraba por los pies de los marineros cuando éstos limpiaban las cubiertas. Años más tarde el profesor Leiper iría a vivir a Leasy Bridge Farm, cerca de Wheat-hampstead, y frecuentemente sería invitado a Lamer.

En agosto de aquel mismo año, cuando estalló la guerra, Cherry intentó conseguir trabajo de camillero en el cuerpo médico del ejército británico, y sir Frederick Treves le ofreció un automóvil para el transporte de heridos. Pero él no servía para mecánico, así que compró una motocicleta Douglas y solicitó trabajo de correo. Fue aceptado, y el 20 de septiembre lo enviaron a Aldershot para hacer instrucción en la 8.a compañía de señalizaciones del cuerpo de ingenieros. Tras pasar un mes en el cuartel en compañía de ciento cincuenta hombres, con algunos de los cuales tuvo que pelearse la primera noche para conseguir una cama, y cuando ya estaba «a punto de ser nombrado cabo», le llamaron de la oficina. Su capitán le informó de que había llegado un telegrama de un comandante del almirantazgo preguntándole si aceptaría un cargo para dirigir coches blindados. Unos días después fue nombrado capitán de corbeta de la reserva de voluntarios de la Armada británica. Como este rango equivalía al de mayor en el ejército, consideró que no sería impertinente darle a su antiguo capitán su motocicleta, a modo de regalo de despedida. Le asignaron el mando del 5.° escuadrón, que sirvió en Flandes entre abril y agosto de 1915, fecha en que fue licenciado. Para entonces Cherry era ya un hombre enfermo, y fue dado de baja con colitis crónica. Durante su larga convalecencia empezó a escribir El peor viaje del mundo, que terminó en 1922. En su introducción muestra claramente qué poco valoraba la camaradería en el ejército en comparación con la de los exploradores: «Hablando de antiguos soldados: a mí que me den antiguos exploradores de la Antártida, que no están amargados y mantienen sus ideales intactos; podrían barrer el mundo.»

En 1916 llamó la atención del Gobierno de Tasmania sobre una iniquidad que Wilson había revelado en 1904 a la Sociedad de Zoología. Se trataba de la caza de pingüinos rey en la isla Macquarie, a los que metían en calderas de agua hirviendo para sacarles la grasa. A consecuencia de ello se suprimió la práctica y la isla fue declarada reserva de aves y focas. En 1917 consiguió «algunas reformas en el tratamiento de los inválidos». Esta iniciativa surgió a raíz del caso de G. P. Abbott, un marinero de la última expedición de Scott que había perdido la pensión al ser trasladado de un hospital militar a otro civil. Cherry-Garrard pagó el tratamiento de este hombre y salvaguardó sus derechos.

Durante los años veinte conoció a algunos hombres de acción cuyas hazañas y carácter despertaban su admiración. Uno de ellos fue Mallory, el explorador del Everest: «Ardía en una especie de fuego; era un espíritu fogoso e impaciente, y la pasión le consumía cuanto más alto llegaba.» Otro fue Lawrence de Arabia, de quien escribiría una semblanza con la que contribuiría al simposio organizado por sus amigos. Dicha semblanza pone de manifiesto una aguda perspicacia psicológica. La edición del libro estuvo a cargo del hermano menor de Lawrence, A. W., quien escribiría a Cherry-Garrard lo siguiente: «He leído su artículo varias veces y me parece totalmente certero.»

Durante toda su vida mantuvo un vivísimo interés por la exploración, fuera ésta donde fuese, y sobre todo por su desarrollo en la Antártida con equipo moderno; y le llenó de alegría que en 1951 los exploradores franceses Barré, Cendron e Imbert le telegrafiaran a su regreso para ofrecerle un huevo de pingüino emperador, que él aceptó emocionado. Y cuando Fucks e Hillary emprendieron la expedición trasantártica de 1957-1958, recibió su boletín de noticias de forma regular. Durante esta expedición se llevó a cabo otra vez el viaje al cabo Crozier, aunque no en invierno sino en otoño. Un grupo integrado por sir Edmund Hillary, Murray Ellis, Jim Bates y Peter Mulgrew, con un ejemplar de Elpeor viaje delmundo como guía, salió camino del cabo con el propósito de seguir la ruta de Wilson, Bowers y Cherry e hicieron, según se afirma en su boletín, «el descubrimiento histórico más espectacular que se ha hecho en la Antártida desde hace muchos años». Y es que después de recorrer un área de más de cinco kilómetros cuadrados, en medio de fuertes vientos y con temperaturas de

unos treinta grados bajo cero, encontraron el refugio de piedra erigido por el grupo del doctor Wilson en 1911. Sólo quedaban unos cincuenta o sesenta centímetros de paredes, pero entre las piedras seguían todavía bien sujetos los restos de la lona impermeable verde que los expedicionarios utilizaron como techo. Dentro encontraron, entre otras cosas, un trineo de más de dos metros y medio para arrastre sin animales, el maletín de trabajo del doctor Wilson, un termo, unos termómetros (todos ellos en perfecto estado) y un paquete de sal, que tras un lapso de cuarenta y seis años parecía recién salida del desecador. El Comité de la Expedición Trasantártica consultó a Cherry cuál era el lugar más apropiado para estas reliquias, y él se mostró de acuerdo en que debían guardarlas en museos de Nueva Zelanda, lo cual le produjo una gran satisfacción. Estos museos son el Dominion, el Canterbury y el Gisborne. Pero es posible que valorara aún más que estas asociaciones el recuerdo de la visita que, al poco de su regreso, hizo a Lamert el primero v más grande pionero de la exploración polar, un hombre que trabó amistad con Scott y le dio consejos antes de la expedición del Discovery, y que en su vejez aparecería a los ojos del mundo («justo, valeroso y compasivo») como el representante de la humanidad ilustrada: Fridtjof Nansen.

Cherry era un gran lector de obras de humanidades, sobre todo de filosofía religiosa y psicología, y tenía la intuición del estudioso. Aunque siempre fue un idealista, también era un pensador crítico: un es-céptico en el mejor sentido de una palabra que ha perdido su auténtico significado. Amante de la literatura y el arte clásicos, tanto antiguos como modernos, aborrecía con toda su alma las obras de posguerra disfrazadas de obras de arte que reflejaban el malestar de una sensibilidad enferma. De los escritores ingleses modernos, ninguno, creo yo, llegó a desplazar a Kipling del primer lugar. Conrad era otro de sus favoritos. Galsworthy, al que apreciaba y cuya obra admiraba, rindió un digno homenaje a El peor viaje del mundo en una de sus novelas sobre los Forsyte. H. G. Wells, el novelista de su época cuya popularidad estaba más justificada, le resultó de gran ayuda en su campaña a favor de la abolición de la cruel matanza de pingüinos, y dio publicidad al tema en El fuego inextinguible. El escritor Arnold Bennett también era conocido suyo. El amigo más querido de Scott, el triste y tímido James Barrie, en varias ocasiones se quedó unos días en casa de Cherry.

Pero los amigos más queridos de Cherry en el mundo literario fueron sus vecinos más cercanos, el señor y la señora Shaw, a cuya casa de Ayot St Lawrence se podía ir andando desde Lamer sin ningún problema. De ellos dice modestamente que le «enseñaron a escribir». Pese a la diferencia de edad, tenían mucho en común. Cherry opinaba que Shaw era un magnífico escritor, pues le consideraba dueño de una prosa impecable y un desenmascarador de falacias sociales, pero tenía poca fe en él en cuanto pensador auténticamente constructivo. Shaw era tan brillante y escurridizo cuando discutía que resultaba difícil pillarle en una incongruencia. Pero Cherry, que en las polémicas prefería la verdad a la victoria, estaba decidido a pescarle. Una vez, durante uno de los brillantes monólogos de Shaw, esperó discretamente la ocasión de hacerlo. Por fin se le presentó: Shaw había dicho algo en abierta contradicción con una afirmación anterior. «Pero si acabas de decir tal y cual cosa», protestó Cherry. «Ah, sí-respondió el sabio, sin inmutarse-. Pero de eso hace ya media hora.» Shaw y Cherry tenían muchas discusiones sobre política, pero siguieron siendo excelentes amigos. Los Shaw le abrieron puertas a mundos nuevos y le proporcionaron compañía y diversión estimulantes, y nunca dejaron de estar con él, de ayudarle y de mostrarle su amabilidad durante sus largos años de enfermedad. En el ejemplar de Aventuras de una negrita en busca de Dios que poseía Cherry, Shaw escribió en febrero de 1948 la siguiente dedicatoria:

Para Cherry y Ángela, mis mejores amigos.

Resultó muy oportuno que visitara Lamer por primera vez en el mes de febrero, durante el

riguroso invierno de 1929, ya que venía del Instituto Scott de Investigación Polar de Cambridge y el tiempo en Inglaterra se parecía al antártico tanto como recordaba Debenham. Aunque había leído varias veces las dos partes de Scott's Last Expedi-tion, todavía no había leído El peor viaje del mundo. Una avería en una estufa eléctrica tuvo a Cherry ocupado durante un rato en el garaje en el que se le había congelado el coche (un modelo de carreras Vauxhall), así que tuve que aguardar en una agradable habitación ante una acogedora chimenea. Entró de repente (una figura oscura y compacta de estatura media, hombros caídos y gafas de gruesos cristales) y, tenso y rígido, se disculpó por la tardanza. En realidad, Cherry solía adoptar esta actitud de vez en cuando. La impresión que producía era la de un individuo nervioso habituado a la práctica de un deliberado dominio de sí mismo. Durante el almuerzo se relajó por completo y se permitió rememorar los tiempos pasados. Había ido a su casa, sirviéndome de una carta de presentación de la señora Wilson, con el propósito de averiguar algo acerca de las experiencias que él y sus compañeros habían vivido en el sur, y si se mostró generoso a la hora de hacer partícipe a un desconocido de sus recuerdos, fue sin duda porque la carta estaba escrita por la antigua esposa de Bill, que además era una buena amiga suya. Entre otras muchas cosas habló de la rutina cotidiana y de la técnica de los viajes con trineo; de cómo Scott reorganizó el grupo del Sur sobre la marcha (cometiendo el error de llevar a cinco hombres en lugar de a cuatro); del valor con que Oates ocultó los efectos de una herida que había sufrido en la pierna durante la guerra anglo-bóer («Si no hubiera ido él al polo, habría ido yo»), y de la falta de vitaminas, que fue la causa de que el grupo del sur muriera de inanición. Esto le llevó a hablar del viaje que emprendió él solo con Dimitri, el joven conductor de perros ruso, con provisiones para el viaje de regreso del grupo del sur. «A menudo me pregunto si de haber seguido adelante tras aquella ventisca en el campamento de una tonelada hubiera podido llegar hasta ellos matando perros para comer en caso de necesidad.» Hizo un cálculo aproximado de fechas y distancias, pero el resultado, pese a que hacía pensar que no existía ninguna posibilidad, no le acababa de convencer. Y eso que lo había realizado en un sinfín de ocasiones. Entonces no caí en la cuenta de los desastrosos efectos que estaba teniendo en él la angustiosa sensación de haber fallado a sus amigos. A continuación me dijo que los largos períodos de enfermedad le habían dejado hecho una piltrafa. A una reconvención mía («Pero no hay duda de que usted es el mismo hombre que participó en el viaje de invierno»), contestó: «¿Usted cree? Yo tengo mis dudas.» «Pero sea cual fuere el precio de la postración física, mereció la pena, ¿no?» «Sí-contestó-. Soy totalmente partidario de quedarse hecho cisco.»

¿Cuáles son los requisitos indispensables para ser un explorador polar? ¿Una buena circulación sanguínea, una constitución sana, un físico resistente?

No, no, eso no es necesario en absoluto. No es tanto una cuestión física como mental. Fíjese en Wilson; no gozaba de buena circulación, había tenido la tisis, y de cintura para arriba no era fuerte. Compárelo con Taff Evans, que era el gigante del grupo. Sin embargo, Evans sucumbió mucho antes que los demás. Wilson aguantó hasta el final, y eso que tenía que cuidar tanto de los demás como de sí mismo. Fueron ios hombres sensibles, los hombres con nervio, con formación cultural (con «buen temple»), los que llegaron más lejos, los que tiraron con más fuerza, los que resistieron por más tiempo. Bowers, claro está, era excepcional desde cualquier punto de vista. A Scott, Wilson, Oates y Bowers no les desalentó más de la cuenta enterarse de que Amundsen había llegado antes que ellos al polo, aunque, como es natural, se llevaron un chasco. (Wilson quizá ni siquiera eso.) En cambio, Evans se desanimó muchísimo; a partir de aquel momento fue de capa caída.

Si Oates hubiera tomado la decisión que tomó diez días o incluso una semana antes, cuando los demás sabían que su situación era desesperada, ¿habrían conseguido llegar? «No cabe duda de que

habrían alcanzado el campamento de una tonelada antes de que se les echara encima la ventisca. Pero es natural que Oates no perdiera la esperanza, como lo es que le instaran a hacer un esfuerzo y aguantar todo lo posible.» ¿Qué cree usted que ocurrió en realidad? «Creo que la noche antes de irse pidió a Wilson una pastilla de opio y que Bill le dio una, con la que tendría suficiente para aliviar el dolor y dormir unas horas. "Se quedó dormido con la esperanza de no volver a despertar, pero […] por la mañana despertó." Luego se marchó de la tienda.» ¿Cree usted que la decisión de los demás de, en lugar de poner fin a sus vidas, luchar hasta que se les acabara la última galleta y morir por causas naturales cuando llegara el momento obedeció a que Wilson se negó a satisfacer la petición de Scott de que le entregara el contenido del botiquín, y que cuando Scott se lo ordenó, las objeciones de Wilson fueron tan convincentes que la idea fue abandonada de forma definitiva? «Sí, así es como yo lo veo. Cuando los encontramos y Atkinson los examinó, su piel estaba limpia. No tenían bajo los ojos las marcas oscuras que Ies habrían salido si hubieran tomado una sobredosis de opio o morfina.»

Esta conversación plantea dos cuestiones que requieren una aclaración.

En primer lugar: «Si no hubiera ido Oates al polo, habría ido yo.» Compárese esto con lo que dice en la página 378; «Wilson me ha contado que la duda estaba entre si seguía Titus o seguía yo […].» Y «Oates cojeaba levemente en lo alto del glaciar a causa de una antigua herida, y Atkinson, que era quien mejor lo conocía, me dijo que no quería que siguiera adelante.» A Scott, naturalmente, no se lo dijeron; sí se lo hubieran dicho, no cabe duda de que Oates habría vuelto con el grupo de Atkinson. Y si hubiera ocupado el lugar de Cherry, éste habría pasado a ser el quinto miembro. Cherry era consciente de sus limitaciones y, tras mucho meditarlo, opinaba que si Scott se hubiera atenido al plan original de ir con un grupo de cuatro hombres, y éste lo hubieran formado Wilson, Bowers, Lashly y él mismo, posiblemente habrían logrado llegar a su destino a pesar de los pesares.

En segundo lugar: «A menudo me pregunto si, de haber seguido adelante tras aquella ventisca en el campamento de una tonelada, hubiera podido llegar hasta ellos matando perros para comer en caso de necesidad.» Compárese esto con lo que dice en su obra: «¿Y si no hubiéramos llevado los perros tan lejos y hubiéramos dejado comida para ellos en el depósito de una tonelada? […] ¿Y si yo hubiera desobedecido mis órdenes y hubiese ido hasta el depósito de una tonelada, macando perros en caso de necesidad? […].» Cherry ya ha indicado previamente que resultó imposible montar un depósito de comida para perros. Partió de la punta de la Cabaña con Dimitri y los tiros el 26 de febrero de madrugada y llegó al campamento de una tonelada el 3 de marzo por la noche; en total, seis días de viaje. Al día siguiente estalló una ventisca y estuvieron cuatro días sin poder moverse. Durante este tiempo tuvieron que dar más comida a los perros, ya que estaban débiles y mudando de pelo. El 8 de marzo, día en que amainó la ventisca, el grupo del sur no había pasado todavía del monte Hooper; es decir, se encontraba a más de 70 millas de distancia, pero Cherry tenía todos los motivos para suponer que se hallaban cerca del campamento de una tonelada.

La situación tal como se le presentaba en aquel momento no admitía prácticamente ninguna duda. Le quedaba comida para perros suficiente para dos días más antes de regresar. Podía seguir un día más (lo que equivalía a unas 25 millas de distancia) en dirección sur y luego volver, arriesgándose a no cruzarse con el grupo del sur por el camino; o bien podía quedarse en el campamento de una tonelada, donde era seguro que se reunirían. Pero Cherry tenía una tercera posibilidad: podía, desobedeciendo órdenes explícitas, avanzar a ciegas en dirección sur matando perros para alimentar a los restantes, con lo cual cada vez tendría menos. Optó por quedarse y esperar el mayor tiempo posible. Su compañero no se encontraba bien, pero este hecho no influyó en su decisión.

Pero ahora considere el lector la situación tal como se le presentaba retrospectivamente. Sus amigos estaban luchando desesperadamente por sus vidas a más de 70 millas de distancia. Él habría hecho cualquier cosa por llegar a ellos, y se habría inclinado por la tercera posibilidad. Jamás se perdonó no haberlo hecho.

La siguiente vez que fui a visitarlo estaba escribiendo una introducción para mi libro sobre Wilson, al igual que haría después para el libro sobre Bowers. Aparte de estos dos queridísimos amigos y del propio Scott, los miembros de la expedición que más admiración le despertaban eran Atkinson y Oates («los inseparables»), Priestley, Campbell, el marinero Lashly y sobre todo Pennell, que estaba a cargo del barco y no formó parte de los grupos de tierra, pero que por carácter y capacidad se encontraba a misma la altura que Wilson. Después de El peor viaje del mundo llegó a considerar la posibilidad de escribir un homenaje a los seis hombres del grupo del norte, que soportaron seis meses de invierno polar metidos en una cueva de hielo. Pero después de todo, ¿qué cabía añadir al gráfico y sobrio relato del propio Priestley, incluido en Antarctic Adventurel

Cherry tenía una forma particular de escribir. No escribía una página detrás de otra sino párrafos separados en los que trataba de los asuntos que le venían a la cabeza, y que luego juntaba en el orden apropiado. En consecuencia, sus escritos poseen a veces una brusquedad que aviva su interés. El uso de monosílabos y de frases breves y sencillas produce también un gran efecto. Véase, por ejemplo, cuando dice: «Wright se nos acercó. "Es la tienda." No sé cómo lo adivinó. No era más que un páramo de nieve: a nuestra derecha estaban los restos de uno de los mojones del año anterior, reducido a un simple montón […].» Aunque confesaría que «mí escritura es mi propia desesperación», en cuanto narración descriptiva El peor viaje del mundo es sin duda un logro literario que siempre ocupará un lugar destacado en los anales de la exploración. También probó otra forma de expresión. Al observar cómo trabajaba Wilson, Cherry se sintió en cierto modo inspirado para pintar acuarelas. Pero en sus obras queda patente un esfuerzo deliberado más que una aptitud natural; probó el «salpicado» para buscar efectos de tonalidad, un recurso que Wilson hubiera visto con malos ojos. Cuando me enseñó sus bocetos del monte Erebus y de otros elementos destacados del paisaje de la Antártida, me preguntó cuál era mi definición del arte. Al verme titubear, dijo: «La mía es realidad teñida de emoción.» Mientras paseábamos por el jardín, hizo comentarios sobre su soledad, que no disminuía con el paso de los años. A una insinuación mía en el sentido de que el remedio estaba en sus manos, sonrió pensativo, pero no dijo nada. Era el vivo reflejo de un soltero empedernido.

En 1932 se celebró en Londres una exhibición privada de reliquias polares bajo los auspicios de Frank Debenham. Allí estaba Gino Wat-kins, un joven modesto y discreto con una encantadora manera de ser, en vísperas de emprender su última y fatídica expedición al Ártico. Cherry había ido a organizar su rincón de tesoros de la Antártida. Cosa rara en él, estaba de un ánimo realmente excelente, divertido, rebosante de alegría y buen humor. Era como si los espíritus de sus antiguos compañeros de viaje se encontraran a su lado, invisibles. Y entonces uno comprendía por qué, siendo prácticamente el benjamín de la expedición, le habían apodado inmediatamente el «animado».

Fue por aquella época cuando se enzarzó en una disputa privada con los miembros de la aristocracia local aficionados a la caza del zorro y los demandó por violación de la propiedad y daños y perjuicios. Con sorna profesional, los abogados de la defensa trataron en vano de obtener del acusador un motivo para interponer semejante demanda, y se quedaron desconcertados ante el elaborado laconismo de sus respuestas. ¿Era por una ofensa personal? ¿Por orgullo herido? ¿Porque le gustaban los pleitos? ¿Por la aversión de un maniático a los deportes sangrientos ingleses de toda

la vida? El señor Cherry-Garrard era un explorador famoso, como todo el mundo sabía; también era un hombre bastante acaudalado. ¿Qué motivos tenía para hacer una montaña de un grano de arena? Los abogados de la defensa no se imaginaban que a ese hombre tan sosegado al que estaban interrogando, en el fondo le hervía la sangre de furia contenida. A todas estas pregundas respondió sencilla e impávidamente: «He interpuesto esta demanda para que se siente jurisprudencia. Estoy aquí a la espera de una decisión.» La obtuvo, aunque ello no contribuyó a que aumentara su popularidad entre los aficionados a los deportes de campo.

En 1939 se hizo el mayor favor que se podía hacer a sí mismo al contraer matrimonio con Angela, hija del difunto Kenneth Turner de Ipswich, cuyo nombre hacía honor a su carácter, y que le entregó los mejores años de su vida con desinteresada devoción. Introdujo en su vida una luz que iluminó los «espantosos nubarrones» que amenazaban con envolverle cada vez más a medida que pasaban los años. «Durante cierto tiempo», escribiría Frank Debenham, recuperó parte de sus dotes para la conversación v volvió a interesarse por ciertos temas desde una perspectiva más amplia que en el pasado. Los años de guerra no contribuyeron precisamente a que recobrase el pleno equilibrio mental, y se volvió más retraído e introspectivo que nunca, y empezó a preocuparse sin cesar por su salud. Para sus amigos de antes esto supuso una tragedia; les parecía que se trataba del típico caso de un espíritu noble abrumado y tras-cornado de canto pensar en un pasado remoto de amistades gloriosas, y quizá también de tener una conciencia innecesariamente intranquila con respecto al papel que había desempeñado en él.

En 1947, Lamer, que como muchas otras mansiones había sido durante generaciones símbolo de la elegancia y la gloria de la campiña inglesa, dejó de existir. Las exacciones fiscales de políticos con poca visión de futuro lo habían convertido en un lugar inhabitable como residencia privada, y los equipos de demolición enviados por contratistas rapaces hicieron el resto. Pero la hacienda es aún hermosa, y siguen trabajándola bien; se han construido y ocupado otros edificios, así como las casas de los primeros arrendatarios; y las 120 hectáreas que Cherry plantó después de la Primera Guerra Mundial (tres alerces por cada haya) se han transformado en un bosque hermoso y fuerte. Cherry se vio obligado a cambiar la propiedad absoluta de una heredad por el exiguo arrendamiento de un piso londinense. Por una singular coincidencia, de la cual no se enteraría hasta mucho después, aquel piso de Dorset House, Gloucester Place, daba al terreno de la residencia, ahora demolida, en la que habían vivido un par de siglos antes algunos de los antepasados de la familia Cherry.

En octubre de 1950 recibí una carta de Cherry, críptica a mi parecer, en la que manifestaba que en realidad nunca había «logrado aceptar: a) que no se hiciera ni se haga ninguna mención del hecho de que Scott llevara sus tiros de perros más lejos de lo que se había propuesto en un principio, y b) que se admitiera que no se había hecho un depósito». (Con «ninguna mención» debía de querer decir «mención suficiente»; con «depósito» se refería al depósito de comida para perros que debería haberse establecido en el campamento de una tonelada.) Evidentemente, su intención era rectificar esto. El resultado fue el «Epílogo de El peor viaje del mundo», impreso por el autor al cabo de un año y del cual me envió un ejemplar en septiembre de 1951. Se trata de un documento algo enrevesado que no añade nada realmente importante a la historia. Ha sido omitido de esta edición, pero intentaremos resumir lo que Cherry quería señalar.

El 20 de octubre, antes de emprender el viaje al sur, Scott dejó instrucciones a Meares de que los tiros de perros regresaran a la punta de la Cabaña con tiempo de descansar lo suficiente y transportar al campamento de una tonelada toda la comida para perros que pudieran llevar y cinco raciones extra de la cima o, en el peor de los casos, tres, para cuando volvieran los dos grupos de

apoyo y el grupo del sur. (Una ración extra de la cima equivalía a los víveres de una persona para una semana.) El plañera que los tiros de perros dieran media vuelta a 81° 15' y tuvieran por lo tanto tiempo de sobra para recuperarse. (Véase Evans, South with Scott, págs., 161-163.) Estas órdenes también las recibió Simpson (quien permanecería en la base) el 31 de octubre. Las palabras de Scott fueron: «En caso de que los tiros de perro sean incapaces de realizar este trabajo, habrá que organizar un grupo sin animales para llevarlo a cabo […]. El grupo deberá partir el 26 de diciembre como muy tarde.» Había que hacer un depósito en el campamento de una tonelada antes del 10 de junio.

Los retrasos forzosos durante el trayecto obligaron a Scotc a recorrer 120 millas más con los perros, es decir, hasta el depósito norte del glaciar. En consecuencia, el 24 de diciembre, antes de reemprender la marcha a partir de los %V 15', comunica a Simpson un cambio de planes: «Voy a ir con los tiros de perros más lejos de lo que tenía pensado en un principio. Puede que los perros tarden en volver, que no estén en condiciones de seguir trabajando o, sencillamente, que no vuelvan.» La segunda parte del mensaje rezaba de la siguiente manera: «Así que acuérdate de que hay que llevar las tres raciones extra de la cima al campamento de una tonelada, a 79° de latitud sur, de la manera que sea. Debido a los retrasos, la fecha tope podría ser el 15 de enero […]. Así se hizo. Los tiros de perros no regresaron hasta el 4 de enero, pero el 26 de diciembre salió de la base un grupo sin animales y, tal como se había ordenado, llevó al campamento eres raciones extra de la cima bastante antes de la fecha fijada. «El peso que llevaba le impidió transportar las otras dos raciones y la comida para perros.» En realidad, las dos raciones restantes las guardó Cherry para su solitario viaje con los perros que emprendió a principios de marzo; pero (y esta omisión resultaría decisiva) al campamento de una tonelada no se llevó nada de comida para perros. Y es que hacía tiempo que ya no tenía sentido hacerlo. Los tiros de perros no debían formar parte de ningún grupo de apoyo, sino que tenían que estar disponibles por si había que acelerar el regreso de Scott (en cuyo caso tendrían que avanzar tanto como las condiciones lo permitieran en dirección sur) a fin de que él, y a ser posible Wilson y Oates, embarcaran en la nave que volvía a Inglaterra anees de que el mar se congelara. De ahí que en la cima del glaciar Beardmore, Scott diera a Atkinson las siguientes instrucciones de palabra: «Venga hasta donde pueda con [la comida para perros de] el depósito que se ha montado [en el campamento de una tonelada].»

Esto explica que Scott se sintiera decepcionado al ver que los perros no habían regresado por la ruta del sur: no lograron alcanzar el monte Hooper, que era donde se encontraba el siguiente depósito grande al sur del campamento de una tonelada. El 7 de marzo escribió: «Nos aferramos a la esperanza de que los perros hayan ido al monte Hooper; si así fuera, aún podríamos llegar.» El 8 de marzo: «La pregunta clave es: ¿Qué nos vamos a encontrar en el depósito? Si los perros han pasado por él, podríamos avanzar bastante, pero como vuelva a haber poco queroseno, tendremos que encomendarnos a Dios.» Día 10 de marzo: «Ayer llegamos al depósito del monte Hooper. Triste consuelo. Todas las provisiones resultaban escasas. No sé si habría que culpar a alguien. Los perros que podrían haber sido nuestra salvación han fallado, evidentemente. Supongo que Meares tuvo un mal viaje de regreso.» (En realidad esta suposición era acertada.)

Estos fragmentos del diario de Scott y los que vienen a continuación están teñidos de un patetismo casi insoportable. El peor viaje del mundo continúa de la siguiente manera:

De ahí que cuando Atkinson se puso a hacer planes para ir al sur con los perros se encontrara con que no había comida para éstos al sur del campamento del desvío, y con que aún había que transportar las raciones que necesitaba el grupo del polo para regresar del depósito de una tonelada. Es decir, el depósito de comida para perros del que Scott había hablado no existía.

Pero Scott también había dejado instrucciones (que nunca modificaría), de que, en el supuesto caso de que los perros de Meares volviesen en buenas condiciones, no los pusieran en peligro pues los necesitarían para los viajes científicos del año siguiente. Los tiros aumentarían con la llegada de un nuevo grupo de perros (y muías) en febrero.

La situación en que se encontraba Atkinson a finales de febrero era la siguiente: habían llegado animales y equipo nuevos (aunque los perros no resultarían muy útiles); Crean le había dado la mala noticia de que el teniente Evans estaba enfermo, y la buena de que el grupo del sur tenía posibilidades de cumplir su objetivo; él tenía la tarea urgente de rescatar al teniente Evans y llevarle a la punta de la Cabaña; y había que transportar al campamento de una tonelada las dos raciones extra de la cima que quedaban antes de que volviera la expedición al polo y elegir a un oficial para este fin. Sólo había dos disponibles. Uno era Wright, pero como era científico tenía que ocuparse de otras labores; el otro era Cherry-Garrard. Cherry no sabía orientarse, pero esto no importaba pues la ruta desde la punta de la Cabaña hasta el campamento de una tonelada estaba bien indicada con mojones de piedras apiladas, y confiaban plenamente en que el grupo del sur se encontrara cerca del campamento cuando él lo alcanzase. Iba a llevar víveres para veinticuatro días para él y Dimitri, comida para veintiún días para los dos tiros de perros y las dos raciones extra de la cima para la expedición del polo. No debía olvidar que Scott dependía de los perros para regresar y que había dado órdenes expresas de no ponerlos en peligro. Si Scott no llegaba al campamento de una tonelada antes que él, debía decidir él mismo qué hacer.

Las razones para que prácticamente no pudiera tomar otra decisión que la que tomó ya han sido explicadas antes, y la reflexión sobre el desarrollo de los acontecimientos no sirve más que para confirmarle a uno en la creencia de que la tragedia era inevitable.

Pero si la primera parte del epílogo apenas añade nada a nuestro conocimiento de las circunstancias que llevaron al desastre a una empresa heroica, la segunda parte está verdaderamente inspirada porque constituye la expresión de la fe suprema de Cherry-Garrard. Escribe como si le estuvieran arrancando las palabras: las frases breves y un tanto entrecortadas, la sensibilidad poética, el sentimiento patriótico y las pinceladas de filosofía ponen de manifiesto que, pese a toda su desilusión vital y a todas sus reflexiones al respecto, mantuvo sus antiguos ideales (sus ideales cristianos) intactos hasta el último momento. Cherry estaba convencido de que, aunque pueda parecer lo contrario, nada es demasiado bueno como para ser cierto, que lo mejor es lo más cierto y que lo más cierto es lo mejor; que detrás de todo propósito abortado, de todo empeño aparentemente fallido, brilla una luz que es reflejo de esa otra que ninguna oscuridad puede eclipsar. Cherry-Garrard percibe esta verdad en la fortaleza de hombres como Giordano Bruno, Ga-lileo o Tyndale; en las ideas de escritores como sir Thomas Browne y George Herbert, en la mística de la naturaleza de san Francisco, y en el heroísmo de los paracaidistas y los luchadores de la resistencia durante la guerra; y la ve confirmada de forma clamorosa en el carácter de los hombres a los que conoció y quiso en el sur.

En un mundo tan violento, resentido y cansado, Wilson establece una norma de fe y de trabajo. En un mundo que se destruye y que destruye la belleza, deseando paz con tanta desesperación como impotencia, [Wilson] ayuda […].

Le hemos echado en falta desde que murió. Pero hemos de buscarle: la suya es una voz sosegada, es una voz para quienes saben escuchar […]. La idea que defendía Wilson era la de la abnegación. Y como la llevó a la práctica, en la contemplación y el sufrimiento, cuando emprendió nuestro viaje de invierno ya había alcanzado otra «planicie», una planicie que no se encontraba en

ningún polo terrenal y en la que hallaba más allá de la ambición y el miedo. Tenía un ánimo sosegado. Y era capaz de transmitir esa sensación a los demás. Estos hombres existen en la historia pero son escasos y, cuando aparecen, se cuentan entre los grandes de nuestra raza.

¿La gloria? No le preocupaba la gloria. La consideraba una pompa de jabón. ¿ El poder? Él ya tenía poder.

Luego añade:

No podemos detener el conocimiento: debemos utilizarlo bien; de lo contrario pereceremos. Y hemos de aportar nuestro granito de arena para garantizar que quienes lo utilicen estén en pleno uso de sus facultades físicas y mentales, que tengan una idea de la tradición y conozcan la naturaleza humana y la historia; que posean una idea de la dignidad que inspire confianza; que sean desinteresados y capaces de dominarse. Platón decía que un buen gobernante es un hombre reacio. El hombre realmente sabio sabe lo terrible que es gobernary se mantiene alejado de ello. Nuestros problemas no son nuevos: son tan antiguos como los hombres que cazaban en los montes de la prehistoria. Cuando se golpeaban unos a otros en la cabeza con piedras, el asunto no pasaba de unas cuantas cuevas; ahora sacude un mundo atestado de gente y más complicado que cualquier reloj. La naturaleza humana no cambia: se vuelve más peligrosa. Quizá las personas que ahora rigen el mundo piensen que lo están haciendo bastante bien; puede que el dodo pensara lo mismo.

El hombre, que ha aniquilado a las ballenas, puede acabar aniquilándose a sí mismo. Los pingüinos pueden acabar como los reptiles prehistóricos de los que provienen. Puede que todo siga los pasos de los mamuts y los dinosaurios y caiga en el olvido de los fósiles, como los heléchos que crecían en el polo sur hace doscientos millones de años, esas piezas de museo de la vida en el tiempo que descubrió en el Beardmore el grupo del sur y llevó en su trineo hasta el último momento a petición de Wilson.

Cualquier época, nueva o antigua, necesita valor y fe. Para mí, y quizá para usted también, lector, el interés de esta historia reside en los hombres; y es el espíritu de los hombres, «la respuesta del espíritu», lo que resulta interesante, no lo que hicieran o dejaran de hacer. Así es como yo lo veo, y yo los conocía bastante bien. Es una historia sobre la conciencia de unos seres humanos con todo tipo de ideas y preguntas implícitas, ideas y preguntas que se extienden más allá de los horizontes más lejanos.

¿Realmente importa a la larga si Amundsen llegó al polo cuatro semanas antes que Scott? Wilson no lo creyó así, y tampoco lo creímos nosotros cuando los encontramos muertos. Su historia, que comprende el viaje del depósito y el viaje al polo, contiene elementos sumamente trágicos en los que cada paso es consecuencia del anterior y probablemente (por no decir inevitablemente) el destino no se encuentre muy lejos: una historia humana (no un simple relato de aventuras), contada de forma magnífica por Scott. La Inglaterra que ellos conocieron ha participado con nosotros en dos guerras, por tierra, mar y aire. «Hay que luchar hasta que se acabe la última galleta.» Desde Dunquerke hasta Pearl Harbour, nada menos. Inglaterra ha corrido riesgos y sabía que los corría. Aquella vez las cosas le salieron bien: fue todo un viaje de invierno. Eran hombres con fe: Wilson creía en Dios; Churchil creía en sí mismo y en las agallas que Inglaterra tiene en el fondo. Eran hombres y mujeres que en medio de una crisis espantosa sabían que aún no habían sido derrotados […].

Wilson estaba convencido de que volvería a casa, de que tenía trabajo que hacer. Y lo tenía, en efecto. ¿No es notable lo que un hombre como él puede hacer no sólo cuando está vivo sino también cuando está muerto? Ése es el poder que dura eternamente. Como Petrarca y san Francisco, amaba la

naturaleza, y su amor por la naturaleza iba asociado a su amor por Dios. Interpretaba toda experiencia a la luz de Jesucristo. No cabe duda de que «la tierra, y todo lo que hay en ella, es del Señor». Las flores y las aves, el mar y el cielo, el hielo y la nieve, las ventiscas, el hambre y el dolor proceden de Dios Todopoderoso. «Lo que otros llaman cruces, desgracias, juicios, infortunios, a mí, que los indago más allá de sus efectos evidentes, me parecen las secretas y ocultas prendas de su afecto, que es lo que han demostrado ser en realidad.» Son palabras de sir Thomas Browne; pero podría haberlas dicho Bill, que no tuvo ninguna duda de que eso era bueno ni siquiera en sus últimos momentos, cuando dejó por escrito que amaba a Dios con todo su corazón. A un hombre como éste se le sigue de buena gana hasta los mismísimos confines de la tierra.

Pero quedan placeres elevados como éstos, y siempre juzgaré mi destino agraciado, si en otra época, bajo árboles apacibles, Pan ya no sea buscado y sienta una libre abundancia de hojas, al ver que pude complacer con estas pobres ofrendas, a un hombre como usted.

No está en mis manos ponerle en ese caudal del pensamiento que corre como un hilo de oro por el lado más esperanzador de la historia y la religión y conduce a través de la dicha, la pena y un profundo dolor hasta la belleza, una belleza totalmente exenta de amargura.

¿Por qué algunos seres humanos desean con tanta urgencia hacer semejantes cosas, sin detenerse en las consecuencias, voluntariamente, empujados por nadie excepto por sí mismos? Nadie lo sabe. Existe un enorme deseo de vencer las terribles fuerzas de la naturaleza, y quizá de cobrar conciencia de nosotros mismos, de la vida y del enigmático funcionamiento de las mentes humanas. La capacidad física constituye el único límite. Estoy cansado para contar cómo, cuándo y dónde. Pero ¿y el porqué? Ése es el misterio.

Cuando escribió estas palabras, las nubes estaban levantándose, y el cielo se había despejado para él. Quien mejor puede contar cómo sucedió esto es la persona que más derecho tiene a hacerlo. Las siguientes palabras son de Ángela:

Dos psiquiatras sabios y expertos cuidaron de él a partir de 1947. El primero de ellos, Rupert Reynell, le había puesto literalmente en píe después de que en el verano de 1946 sufriera un ataque de catalepsia que le obligó a guardar cama durante casi un año.

Con gran dolor nuestro, aquel buen amigo murió súbitamente en 1948, pero en muchos sentidos dio a Cherry los seis años más felices de su vida. Cherry sacó a estos años el máximo provecho. Cobró un vivo interés en el coleccionismo de libros, y en un período de tiempo extraordinariamente corto se convirtió en una especie de experto en libros antiguos sobre viajes, manuscritos ilustrados y clásicos de la literatura inglesa. Era un asiduo de las ventas de libros de Sotheby's y Hodgson's, así como de las librerías de Londres, y le sorprendieron y llenaron de alegría la ayuda, la amabilidad y el aliento de todas las personas relacionadas con estos establecimientos. Fue el invitado de honor de la cena de la Asociación de Vendedores de Libro Antiguo que se celebró el 22 de mayo de 1952: ninguno de los presentes recordaba velada más concurrida. El discurso que leyó en aquella ocasión, publicado en The Clique el 7 de junio, fue calificado por el secretario de «inolvidable y conmovedor». También recuperó la afición a navegar por el Mediterráneo.

Le encantaba ir al mar, ver las aves marinas y hacer bocetos de las puestas de sol, y le llenaba de alegría mostrar a su esposa los tesoros de Venecia, Atenas, Rodas y otras ciudades antiguas. Tras largos años de enfermedad e invalidez, le hacía dichoso pasear, y permanecía largas temporadas en Eastbourne por el mero placer de pasarse el día paseando por la mullida hierba de las pequeñas localidades de Jevington, Wilmington y Alfriston. Le alegró poder reanudar antiguas amistades y

mostrar a sus amigos lo bien que estaba, y anudar otras nuevas gracias al coleccionismo de libros; como, por ejemplo, la del señor John Hodgson y su esposa.

Entonces, en el otoño de 1953, volvió a venirse abajo con una rapidez tan devastadora como inexplicable. En 1955 el especialista que le atendía era el doctor Gordon Mathias, quien por una extraña coincidencia había conocido siendo un joven estudiante de medicina a la señora Wilson y el señor Reginald Smith, y se había hecho amigo y visitante asiduo de las casas de ambos. Así pues, cuando vino a cuidar de Cherry, aunque no lo conocía, ya sabía mucho sobre la expedición y el papel que había desempeñado en ella. Esto, claro está, se convirtió inmediatamente en un vínculo entre ambos. Gordon cuidó de él con gran habilidad, paciencia y delicadeza, y fue él quien logró disipar los asomos de injustificado remordimiento que aún le atormentaban, de suerte que antes de llegar al final del viaje, lo que hizo con calma y serenidad el 18 de mayo de 1959, lunes de Pentecostés, podría haber dicho sinceramente las palabras del peregrino de Bunyan:

Entonces se alejan las ilusiones no me importa lo que digan los hombres trabajaré incansable día y noche para ser un peregrino.

Guía, bondadosa luz de Newman y Quien valeroso desee ser de Bunyan fueron, de hecho, los dos himnos que con sumo acierto eligió su esposa para sus exequias, y es que todos sus versos «hablaban de su condición moral». Fue enterrado en la iglesia parroquial de Wheat-hampstead, en la tumba familiar. En septiembre de 1962 se descubrió y dedicó en presencia de sus amigos más íntimos una pequeña estatua suya realizada por el escultor Ivor Roberts-Jones. La figura, vestida con ropa de explorador polar, se encuentra en una pequeña hornacina situada en el transepto norte de la iglesia, entre otros muchos monumentos a los Garrard. Fue el último de los Cherry de Denford, y el último de los Garrard de Lamer.

EL MANUSCRITO DE EL PEOR VIAJE DEL MUNDO

En la primavera de 1969, mientras progresaban los planes de la editorial Penguín para publicar El peor viaje del mundo, el Instituto Scott de Investigación Polar de Cambridge, custodio de un amplío archivo de la expedición de Scott que comprendía la correspondencia y los diarios de la Antártida de Cherry-Garrard, estaba negociando con un librero de Londres la adquisición del manuscrito original de libro. El precio estaba muy por encima de los limitados recursos del instituto, pero un ofrecimiento de ayuda de la Fundación Alen Lañe animó al instituto a proseguir con denuedo las actividades destinadas a recaudar fondos. En septiembre, cuando se había obtenido poco más de una tercera parte del precio de compra, un breve artículo publicado en The Times llamó la atención del público sobre una cruda realidad: otro documento histórico más de interés nacional abandonaría el país de forma inevitable a menos que se recaudaran fondos para salvarlo. La respuesta a este grito de socorro fue instantánea y generosa. Pocos días después, el instituto ya había recibido suficientes aportaciones de particulares y ofrecimientos de ayuda de organismos dedicados a la concesión de subvenciones como para alcanzar el precio de compra, y de ese modo garantizar que el original de El peor viaje del mundo acabara donde le correspondía: junto a los diarios y cuadernos de campo que le sirvieron de inspiración.

INTRODUCCIÓN DE PAUL THEROUX

El hombre que escribió este libro era físicamente frágil, tenía una vista terrible, y todo le ocurrió cuando no tenía más que veintipocos años. Fue como si al haber sobrevivido a las experiencias de aproximación a la muerte de la exploración antártica y la Primera Guerra Mundial, hubiera contraído una deuda enorme que no terminaría de pagar hasta el final de su vida.

Estas experiencias menoscabaron su salud, tanto mental como físicamente, aunque llegó a los setenta y tres años y tuvo una vida feliz y, según el testimonio de su esposa, satisfactoria y llena de actividad. En una ocasión escribió: «Corresponde a pocos hombres hacer algo que no haya hecho ninguna otra persona. Hacerlo antes de llegar a los treinta años resulta asombroso; la combinación de oportunidad, capacidad y motivación es sumamente rara.»

Si exceptuamos a Tyrggve Gran, que tenía veintiún años, Apsley-Cherry-Garrard era el miembro más joven de la desventurada expedición que realizó el capitán Scott a la Antártida entre 1910 y 1913. La observación que acabamos de citar la hizo en referencia a Lawrence de Arabía, a quien conocía. Se podría haber escrito en referencia a él. El ensayo figura en una recopilación de remembranzas poco conocida titulada X E. Lawrence by His Friends y es la única muestra de la escritura de Cherry-Garrard que he logrado encontrar aparte de ésta. No se han publicado ni cartas ni diarios, ni tampoco memorias; no existe ninguna biografía.

En primer lugar se prestó voluntariamente a participar en la arriesgada empresa polar y luego a combatir en la Primera Guerra Mundial. Sufrió y escribió sobre sus experiencias en la Antártida. No escribió sobre la guerra, aunque decía que, en cuanto a valor e ideales, ninguno de los soldados que había visto podía compararse con los exploradores de la Antártida a los que había conocido.

En el mismo ensayo sobre T. E. Lawrence escribió: «Si uno pasa una temporada terrible marcada por la tensión física y mental, escribir al respecto con la máxima honestidad posible es una buena manera de paliar parte de la tensión. Lo digo por experiencia personal.»

Parece que El peor viaje del mundo, pese a su brillantez, no palió lo suficiente la tensión de Cherry-Garrard. Tanto mientras escribía el libro como con posterioridad, padeció varias crisis nerviosas. No obstante, a lo largo de toda su obra su voz es clara, elocuente, humana y en ocasiones sorprendente.

«La exploración polar es la forma más radical y al mismo tiempo más solitaria de pasarlo mal que se ha concebido», escribió. Es una observación inesperada e indirecta, pero caracterísitca de este olvidado explorador polar.

Poseía los antiguos dones ingleses de la reticencia y el estoicismo, una circunspecta antipatía por las alharacas y la exageración. No obstante, su experiencia fue tan espantosa que escribió: «Este viaje había sido algo indescriptible: no teníamos palabras para expresar los horrores que habíamos pasado.»

La experiencia de la que habla fue la marcha de cinco semanas que hizo en 1911 durante el invierno polar (es decir, durante los meses de junio y julio) hasta el cabo de Crozier para investigar el pingüino emperador. El épico y fructífero viaje de Cherry-Garrard, que sería conocido como el viaje de invierno, quedó eclipsado por la tragedia de la posterior expedición al polo Sur, a la que acompañó sólo durante un tramo del camino. Scott se pasó más de dos meses y medio soportando ventiscas para llegar al polo, y entonces descubrió que Roald Amundsen lo había alcanzado un mes

antes. Cuando llegó, Scott se encontró con la bandera noruega ondeando sobre el polo. «¡Dios santo! Éste es un lugar espantoso», confió a su diario. Todavía tenía que recorrer las cerca de 800 millas del viaje de regreso a la base. Durante el camino, él y los cuatro expedicionarios que lo acompañaban quedaron aislados a causa de una ventisca a sólo 11 millas del refugio. Al morir de frío y hambre, los miembros del equipo de Scott se convirtieron en héroes nacionales y en un ejemplo duradero de la fortaleza británica. Los ingleses necesitaban un símbolo como ése, ya que la Primera Guerra Mundial no tardaría en empezar. Cherry-Garrard regresó de la Antártida y se alistó en el ejército. Hasta que acabó la guerra no pudo ponerse a escribir su libro.

El peor viaje del mundo fue publicado por primera vez en 1922, y se volvió a publicar por la editorial Chatto en 1937, por Penguin en 1937 y por el club del libro Forces en 1943; en 1951 fue reeditado con nuevo material. Se imprime y se deja de imprimir, pero es indestructible, porque es una obra maestra.

Cuando la gente me pregunta: «¿Cuál es tu libro de viajes favorito?», cosa que sucede un par de veces al mes, respondo casi siempre que éste. Trata de la valentía, el sufrimiento, el hambre, el heroísmo, la exploración, el descubrimiento y la amistad. Ilustra vividamente sobre las exigencias de la ciencia y los rigores de viajar. Es un testimonio de los días más oscuros y fríos que se pueden dar en nuestro planeta. Está bellamente escrito, pero no de forma obvia sino con un sutil talento artístico. Narra una experiencia atroz. Es obra de una persona muy buena, que no era especialmente fuerte y tenía mala vista. Fue uno de los hombres más valientes de la expedición.

Cherry-Garrard, recién licenciado por la Universidad de Oxford, donde estudió clásicas e historia moderna, acababa de cumplir veinticuatro años cuando se hizo a la mar en el Terra Nova, el barco de la expedición de Scott. Sus estudios de clásicas le permitirían establecer comparaciones con los horrores casi míticos con los que iba a encontrarse. Una noche, en un remoto campamento de la Antártida, su termómetro marcaba -60,8 °C. «Aquel día permanece en mi memoria como el día en que descubrí que no merece la pena tomar datos.» Y a continuación añade: «No voy a negar que esto me convenció de que Dante estaba en lo cierto cuando situó los círculos de hielo por debajo de los círculos de fuego.»

«Es imposible imaginar mayor sufrimiento -escribió después del viaje de invierno-. Puede que la locura o la muerte proporcionen alivio. Pero me consta que durante este viaje empezamos a considerar la muerte como a una amiga. Mientras aquella noche buscábamos a tientas el camino de regreso, sin haber dormido, helados y muertos de cansancio en medio de la oscuridad, el viento y la nieve [la muerte en], una grieta se me antojaba casi como el regalo de un amigo.»

El título de este libro es un tanto engañoso. Aunque se trata de un relato minucioso del empeño de Scott de alcanzar el polo Sur, el peor viaje fue el de invierno, en el que Cherry y dos hombres más, Wilson y Bowers, buscaron el remoto criadero del pingüino emperador. Ningún ser humano se ha aventurado jamás a ir en invierno al cabo de Crozier, que es el lugar donde se encuentra el criadero. Se sospechaba que los pingüinos macho cuidaban de los huevos, pero ¿cómo? Y ¿cuándo salían las crías del cascarón? Ningún científico de la tierra había recogido nunca, y menos aún diseccionado, un huevo de pingüino emperador.

Había un muy buen motivo para ello. Hasta entonces nadie había visto los huevos de pingüino in situ. Durante los meses que las aves anidaban en el cabo de Crozier, permanecían en plena oscuridad, debido a la noche del invierno antártico; los vientos soplaban con la fuerza de un temporal la mayor parte del tiempo; las temperaturas eran las más bajas del mundo; y grietas profundas y peligrosísimas cortaban el camino que pasaba por la placa de hielo. Scott prefería los ponis a los perros (otra razón por la que su expedición fracasó), pero ni unos ni los otros habrían servido de

mucho a la hora de recorrer las 63 millas de arrecifes y hielo roto que separaban a los científicos de los pingüinos emperador. En consecuencia, los miembros de la expedición tuvieron que dividir sus 340 kilos de comida y equipo en dos trineos, los cuales iban a arrastrar ellos mismos. Así lo hicieron, en condiciones espantosas, durante las tres semanas que duró el viaje. Tuvieron síntomas de congelación, sufrieron pesadillas, y poco les faltó para morir de hambre y agotamiento. «Y entonces oímos la llamada de los emperadores.»

Las aves «graznaban con sus curiosas voces metálicas» en medio de la oscuridad. Había cientos. Cherry-Garrard y sus dos compañeros reunieron datos científicos y observaron el marcado instinto protector de los machos: mantenían el huevo en equilibrio sobre la parte superior de las patas para evitar que tocara el hielo y lo calentaban colocándolo bajo un pliegue del abdomen. Con un huevo bien guardado en el trineo (dos se les rompieron), los hombres emprendieron el viaje de regreso, que los condujo hasta los umbrales de la muerte en numerosas ocasiones. Las ochenta páginas de este capítulo son las más angustiosas que he leído jamás en un libro de viajes, y poco tienen que envidiar a la Narración de Arthur Gordon Pym de Edgar Alian Poe en lo se refiere a describir un tiempo amenazador y a transmitir la sensación de creciente terror.

La gran atención al detalle, al tono, al ritmo y a la forma misma de las frases, que hace del capítulo del viaje de invierno de Cherry-Garrard una obra de literatura de enorme intensidad, también caracteriza el resto del libro. No es habitual encontrar a una persona que además de ser un viaj ero de tal calibre narre una experiencia tan sobrecogedora y que al mismo tiempo sea un escritor a carta cabal. (Ésta es una de las razones de que sigamos ignorando cómo son los viajes por el espacio o la exploración lunar: ningún astronauta ha demostrado tener capacidad alguna para transmitir su experiencia mediante la escritura.) Este emocionante libro constituye un relato sobre la valentía, que casi no tiene parangón. Incluso si estuviese escrito con torpeza, como ocurre en el caso de muchos relatos históricos, merecería la pena leerlo, aunque sólo fuera por lo que se cuenta en él. Pero Cherry-Garrard proporciona, además, placer estético, y su estilo prosístico (que nunca depende para producir un efecto de los colores de la hipérbole, los cuales pierden rápidamente intensidad) es tan eficiente y ecuánime que, cuando emplea una palabra como «horror» o la expresión «la muerte como a una amiga», lo que quiere decir es precisamente eso. Cada palabra que escribe está perfectamente sopesada.

Así describe (Cherry-Garrard formó parte del grupo de búsqueda) el momento en que encontraron el último campamento de Scott, seis meses después de que murieran los exploradores:

Aquella escena no se me borrará nunca de la memoria. íbamos con los perros, y vimos que Wright se apartaba del camino él solo y que el grupo de muías viraba hacia la derecha delante de nosotros. Wright había visto algo parecido a un mojón y una cosa negra a su lado. La ligera sensación de asombro que teníamos se trocó paulatinamente en un sentimiento de auténtica inquietud. Nos aproximamos a ellos completamente desconcertados. Wright se nos acercó. «Es la tienda.» No sé cómo lo adivinó. No era más que un páramo de nieve […].

No fue una idea equivocada de la masculinidad lo que animó a la expedición de Scott y le hizo seguir adelante, diría Cherry-Garrard. Fue el deseo de saber. La expedición de Amundsen fue un ejemplo típico del espíritu competitivo de una nación, mientras que la de Scott fue fundamentalmente una empresa científica. La Antártida representaba lo desconocido, así que había que investigarla a fondo a pesar de los riesgos, pues tal como escribió Cherry-Garrard, «la exploración es la expresión física de la pasión intelectual».

Esta perspicacia, que es reflejo de sinceridad, modestia y habilidad para el retrato, está bien ilustrada en el sutil esbozo del capitán Scott que traza en el libro. Comienza así: «Inglaterrra conoce

a Scott como héroe, pero del hombre apenas sabe nada.» Cherry-Garrard observa en primer lugar que Scott podía ser encantador cuando lo deseaba. Entonces dice que este hombre tan complejo era dominante y mucho más reservado de lo que cualquiera hubiera podido imaginar.

«Si a esto se añade que era sensible como una mujer y que su susceptibilidad podía llegar a resultar desmedida, se comprenderá que para un hombre de tales características ser jefe podía equivaler a un suplicio.» Cherry-Garrard enumera las otras limitaciones de Scott: tenía indigestiones continuas, un temperamento inestable y «cambios de humor y depresiones que podían durarle semanas». Esta última es una afirmación tremenda si se considera lo que podían significar semanas de depresión para los demás miembros de la expedición a la Antártida. En un último juicio demoledor, Cherry-Garrard dice: «Lloraba con más facilidad que ningún hombre de los que he conocido. Lo que salvaba a Scott era el carácter: estaba hecho de una fibra excelente que recorría su débil persona por dentro y por fuera y le permitía mantenerse entero.»

No obstante, Cherry-Garrard mantiene que Scott era un héroe, y resulta característico de la sutileza de juicio del autor, y de la grandeza de este libro, que este parecer se exprese de forma tan memorable. Sólo si se tienen en cuenta estos aspectos negativos de Scott (sus debilidades), se puede comprender cabalmente su heroísmo. Cosechó muchos triunfos, dice Cherry-Garrard, para añadir a continuación: «No cabe duda de que el más importante de todos fue el conseguir vencer su debilidad y convertirse en un jefe fuerte al que empezamos obedeciendo y acabamos queriendo.»

Si he leído este libro una y otra vez es por la compasión que hay en esta aparente paradoja, y es que entre otras muchas cosas El peor viaje de mundo trata de cómo se superan obstáculos insalvables sin dejar por ello de conservar la cortesía y la humanidad. Cherry-Garrard fue muy preciso al afirmar que el heroísmo convencional es una demostración de estupidez. Es el miedo y la pusilanimidad lo que hace que una persona sea realmente valiente. Cherry-Garrard hace esta observación al hablar de T. E. Lawrence: «El hecho de que a los ojos del mundo Lawrence viviera la vida de un valiente, no le evitó demostrarse a sí mismo que no era ningún cobarde. Y es que la mayoría somos unos cobardes, y si Lawrence no se hubiera considerado un cobarde, no habría tenido la necesidad de demostrar su valor. El hombre que no pasa miedo carece de sentimientos, de sensibilidad, de nervios; en el fondo es un estúpido.»

Para Cherry-Garrard fue también una satisfacción que en los momentos más difíciles de su viaje de invierno sus compañeros siguieran diciendo «por favor» y «gracias» y no perdieran los estribos «ni siquiera con Dios».

Era de rancio abolengo y vivió con su esposa en la propiedad de su familia. No tuvo hijos. En muchos sentidos parecía una especie de hacendado, pero las causas que defendió no fueron las propias de tal tipo de personas. Durante los últimos años de su vida, Cherry-Garrard cobró interés por los derechos de los animales; formó parte de un ruidoso movimiento de oposición a la aniquilación de los pingüinos; hizo campaña en contra de la caza de zorros, se mantuvo firme en su posición y se granjeó grandes antipatías por ello. Era miope, pero consideraba este aparente impedimento como una duradera fuente de energía.

Siempre se tomó las cosas con filosofía y mantuvo los pies firmemente asentados en el suelo.

«Y le diré una cosa -escribe en el último capítulo del libro, titulado "Nunca más"-: Si tiene usted el deseo de saber y el poder para hacerlo realidad, vaya y explore. Si es usted un hombre valiente, no hará nada; si es un hombre miedoso, es posible que haga mucho, pues sólo los cobardes tienen necesidad de demostrar su valor. Hay quien le dirá que está chiflado, y casi todo el mundo le preguntará: "¿Para qué?" Y es que somos una nación de tenderos, y ningún tendero está dispuesto a parar mientes en una investigación que no le prometa un rendimiento económico antes de un año. Así

que viajará usted prácticamente solo con su trineo, pero quienes le acompañen no serán tenderos, y eso tiene un gran valor. Si hace usted su correspondiente viaje de invierno, obtendrá su recompensa, siempre y cuando lo único que desee sea un huevo de pingüino.»

GLOSARIO

Bisagra: Grieta inestable entre el hielo de tierra y el hielo marino que sube y baja con la marea.

Cinturónopie de hielo: Franja de hielo que bordea muchas partes de las costas de la Antártida. Se forman, en gran medida, con espuma.

Costra: Capas de nieve en un campo nevado con depósitos de aire en medio.

Distancias: Todas las distancias están indicadas en millas marinas, a menos que se especifique lo contrario. Una milla marina equivale a 1.852 metros.

Finnesko: Botas hechas totalmente de cuero, incluidas las suelas.

Hielo desmenuzado: Pequeños fragmentos de hielo procedentes de un bandejón que está desprendiéndose.

Humo helado: Vapor de agua condensado que forma una bruma sobre las aguas del mar cuando hace frío.

Nubes: La forma de nube más común y también habitual cuando amenaza ventisca es una capa uniforme que se extiende por todo el cielo por igual. Cuando el cielo tenía este aspecto apuntábamos en el cuaderno de meteorología que había estratos. Los cúmulos son nubes panzudas y algodonosas, planas por abajo y redondeadas por arriba, que se forman con las corrientes de aire ascendente de carácter local. Los cirros son las «colas de yegua» y las nubes filamentosas de aspecto semejante que flotan en las capas altas de la atmósfera. En general, la formación de las nubes obedecía a la estratificación del aire más que a las corrientes ascendentes.

Nunatak: Isla en un campo de hielo. La isla Buckley es la cima de una montaña que sobresale en lo alto del glaciar Beardmore.

Piedemonte o piedmont: Extensión de hielo viejo que queda a lo largo de las costas de la Antártida.

Pram: Esquife noruego con proa en forma de cuchara.

Saennegrass: Heno noruego utilizado para rellenar las botas de reno.

Sastrugi: Irregularidades que forma el viento en una llanura nevada. Pueden medir unos veinticinco centímetros o más de profundidad y ser tan duros y resbaladizos como el hielo. También pueden ser sumamente blandos y adoptar forma de tazón invertido. En ocasiones son montones duros cubiertos de nieve blanda pulverulenta.

Tanque: Saco de lona sujeto con una correa al trineo para llevar las bolsas de comida.

Ventisca: Una ventisca antártica consiste en un fuerte viento del sur generalmente acompañado de nubes de nieve arremolinada, en parte procedente del cielo y en parte levantada de la superficie. Con la luz de un día de verano a unos metros de distancia ya no se puede ver una tienda; en la oscuridad del invierno es fácil perderse en cuanto uno se aleja unos pasos de la cabaña. No cabe duda de que las ventiscas trastornan y aturden a quienes se ven expuestos a ellas.

Viento: Las fuerzas de los vientos corresponden a la escala de Beaufort, que se indica a continuación:

NÚMERO DESCRIPCIÓN VELOCIDAD MEDIA (MILLAS POR HORA)

0----------Calma----------.--0

1----------Ventolina----------1
2----------Flojito----------4
3----------Flojo----------9
4----------Bonancible----------14
5----------Fresquito----------20
6----------Fresco----------26
7----------Frescachón…….33
8----------Duro----------42
9----------Muy duro----------51
10----------Temporal----------62
11----------Borrasca----------75
12----------Huracán----------.92

1. DE INGLATERRA A SUDÁFRICA

Di adiós a tus ninfas en la costa con rapidez y acalla sus lamentos prometiendo regresar, aunque no tengas intención de volverlas a ver.

DIDO Y ENEAS

Scott solía decir que la peor parte de una expedición acababa cuando terminaban los preparativos. No hay duda por tanto de que debió de soltar un suspiro de alivio cuando el 15 de junio de 1910 zarpó de Cardiff en el Terra Nova y se adentró en las aguas del Atlántico. Cardiff había dispensado a la expedición una despedida llena de generosidad y entusiasmo, y Scott declaró que sería el primer puerto donde atracaría al regresar a Inglaterra. Pasados exactamente tres años, el Terra Nova, pilotado desde Nueva Zelanda por Pennell, arribó de nuevo a Cardiff el 14 de junio de 1913, y allí despidió a su tripulación.

Desde el primer momento reinó en el barco un ambiente informal y sumamente agradable, y quienes tuvieron la buena fortuna de ayudar a pilotarlo hasta Nueva Zelanda, ya fuera a vapor, ya a vela, deben de recordar la travesía como uno de los períodos más felices de la expedición, a pesar de las considerables incomodidades y el durísimo trabajo que supusieron los cinco meses que duró. Puede que para algunos de nosotros el viaje de ida, las tres semanas que pasamos entre los bancos de hielo camino del sur y la vida al estilo Robison Crusoe que hicimos en la punta de la Cabaña se cuenten entre los más gratos de los numerosos recuerdos felices que guardamos.

Scott hizo mucho hincapié en que, en la medida de lo posible, los miembros de la expedición comenzaran el viaje en el Terra Nova. Puede que diera instrucciones para que nos hicieran trabajar de firme, lo que sin duda constituía una buena oportunidad para poner a prueba nuestra valía.

Todos, oficiales, científicos, tripulantes y demás, habíamos sido elegidos entre unos ocho mil voluntarios.

Diferíamos por completo de la tripulación de un barco mercante normal tanto en la dotación como en los métodos de trabajo. Los oficiales procedían de la Marina, al igual que la tripulación. Luego estaba el equipo científico, que contaba con un doctor que no era médico de Marina sino también científico, y con dos miembros a los que Scott llamaba «ayudantes adaptables», a saber, Oates y yo. El equipo científico de la expedición sumaba un total de doce miembros, aunque a bordo sólo iban seis de ellos; el resto se incorporaría en Lyttelton, Nueva Zelanda, donde haríamos el último embarque antes de poner rumbo al sur. De los que iban en el barco, Wilson era el jefe del equipo y desempeñaba funciones de zoólogo de vertebrados, médico, pintor y, como pronto se verá en este libro, amigo leal de todos los expedicionarios, incluso en las situaciones más adversas. Al mando iba el teniente Evans, con Campbell como segundo de a bordo. Las guardias fueron asignadas de inmediato a los oficiales, como es natural. La tripulación fue dividida en guardia de babor y guardia de estribor, y se siguió la rutina normal de un barco de vela con motor auxiliar de vapor. Por

lo demás, no se asignó ninguna tarea concreta a ningún individuo. Ignoro cómo se establecieron las labores del barco, pero en la práctica la mayor parte de las cosas se hicieron voluntariamente. Se convino que todo aquel cuyo trabajo se lo permitiera se ocuparía de inmediato de cualquier tarea que pudiera surgir, pero esto era algo del todo voluntario. ¿Que se necesitaban voluntarios para acortar velas? ¿Que había que carbonear, mover parte de la carga o achicar agua? ¿Que había que pintar o lavar superficies pintadas? Éstas eran labores que había que hacer cada dos por tres, día y noche, algunas casi cada hora, y siempre había alguien que acudía puntualmente a la llamada. Aquí se incluye no sólo a los miembros del equipo científico sino también, siempre que sus responsabilidades se lo lo permitían, a los oficiales. No hubo ni un solo oficial en el barco que no cargara carbón hasta hartarse, pero yo no oí queja alguna. Con este sistema pronto se distingue a los buenos trabajadores, pero para ello es conveniente forzarles. Entretanto, la mayoría de los oficiales y miembros del equipo científico tenían que ocuparse de sus propios quehaceres, y se les dejaba que encontraran un hueco para ellos cuando más cómodo les resultara.

Durante los primeros días de travesía nos limitamos a trabajar de firme, por lo que enseguida nos hicimos a la situación. Fue entonces cuando advertí por primera vez el gran tacto de Wilson y la rapidez con que se fijaba en esos pequeños detalles que tanta importancia tienen. Al mismo tiempo, su pasión por el trabajo ponía el listón muy alto. Pennell era otro trabajador infatigable.

El 23 de junio largamos el ancla en el puerto de Funchal, Madeira, a eso de las cuatro de la tarde, tras ocho días de travesía. El Terra Nova, que ya había navegado a vela y a vapor, tenía las cubiertas todo lo despejadas que podían estar, mostraba algunas superficies pintadas y presentaba un aspecto de lo más cuidado y profesional después de que lo estibaran bien en el puerto. Ya se habían llevado a cabo algunas labores científicas, tales como recoger muestras con la red de remolque y realizar observaciones magnéticas. Pero para lo poco que llevábamos de viaje ya habíamos pasado muchas horas en las bombas de achique, y era evidente que iban a ser una constante pesadilla.

En Madeira, como en todas partes, nos proporcionaron generosamente todo lo que nos hacía falta. Partimos el 26 de junio a primera hora de la mañana, después de que Pennell se pasara unas horas haciendo observaciones magnéticas con la aguja de inclinación de Lloyd Creak and Barrow.

El 29 de junio (situación a mediodía: 27° 10' de latitud norte y 20° 21' de longitud oeste) fue posible escribir: «Hoy hace dos semanas que zarpamos, aunque por el aspecto que suele presentar la sala de oficiales se podría decir que ya ha pasado un año.»

Cuando partimos de Inglaterra prácticamente ni nos conocíamos, pero los oficiales y los tripulantes se pusieron rápidamente a trabajar en sus cosas, y cuando los hombres viven en un espacio tan reducido como el que nosotros teníamos, no tardan en avenirse o pelearse. Adentrémonos en los camarotes que rodean la pequeña sala de oficiales de popa. El primero a mano izquierda es el de Scott y el teniente Evans; pero el capitán no se encuentra en este momento a bordo, y su lugar lo ocupa Wilson. En el siguiente camarote está Drake, el secretario. A estribor de la hélice se encuentran Oates, Atkinson y Levick (estos dos son médicos) y a babor, Campbell y Pennell, que es el oficial de derrota. Luego están Rennick y Bowers, quien acaba de regresar del golfo Persa; ambos son oficiales de guardia. En el siguiente camarote está Simpson, meteorólogo, que ha regresado hace poco de Simia, y Nelson y Lillie, biólogos marinos. En el último camarote, la «guardería», nos alojamos los más jóvenes de la comunidad, que somos necesariamente los que mejor nos portamos: Wright, físico y químico; Gran, experto noruego en esquí, y yo, ayudante y zoólogo adjunto de Wilson. Resulta difícil atribuirle a nadie un trabajo concreto, dado que todos realizábamos muchísimos, pero las ocupaciones concretas de cada uno eran más o menos las que se han indicado.

Algunos hombres ya empezaban a despuntar. Wilson era una fuente inagotable de conocimientos

sobre cosas grandes y pequeñas. Siempre dispuesto a echar una mano, a mostrar su solidaridad y a prestar ayuda con su perspicacia; era un trabajador tremendo, desprendido como nadie y el mejor consejero del mundo. Pennell nunca perdía la alegría, ya estuviera haciendo una medición, se encontrara de guardia en el puente, subido a la arboladura pletórico de energías, asentando el carbón u ocupado con cualquier tarea que hubiera surgido; aun así dedicaba varias horas al día a sus observaciones magnéticas, algo que hacía por afición, no porque fuera su trabajo ni mucho menos. Bowers, que sabía dónde se encontraba y qué contenía exactamente cada uno de los baúles, cajas y fardos del barco y exhibía un desprecio absoluto por el calor y el frío, estaba demostrando ser el mejor marinero de a bordo. Simpson era evidentemente un científico de primera clase, un hombre entregado a su trabajo al que Wright prestaba una gran ayuda de forma desinteresada sin dejar por ello de realizar muchas de las tareas del barco. Oates y Atkinson trabajaban por lo general juntos y de una manera formal, responsable y no exenta de sentido del humor.

Evans, al que en este libro siempre llamaré teniente Evans para diferenciarlo del marinero Evans, estaba al mando del barco e hizo mucho por aglutinar el burdo material que le ofrecíamos para formar un núcleo capaz de soportar sin el menor roce las tensiones de casi tres años de vida difícil, solitaria y en espacios reducidos. Le ayudaba Víctor Campbell, el competente segundo de a bordo (a quien normalmente llamábamos «el segundo»), que se ocupaba con suma eficiencia de la rutina diaria y la disciplina del barco. A mí me daba mucho miedo.

Scott no pudo hacer el viaje entero hasta Nueva Zelanda en el Terra Nova debido a los asuntos administrativos de la expedición, pero nos acompañó desde la bahía de Simon's Town hasta Melbourne.

El viaje por la ruta de Madeira hasta el cabo de Buena Esperanza fue tranquilo al principio. No tardó en hacer calor, y por la noche ocupábamos hasta el último centímetro libre de cubierta para dormir. Los más maniáticos colgaban hamacas, pero en general los hombres se conformaban con cualquier lugar de cubierta, como por ejemplo encima de la nevera, donde podían taparse con sus mantas sin que les molestaran los aparejos de labor. Siempre que teníamos viento navegábamos a vela, y en tales ocasiones los hombres se bañaban por la mañana en el mar. En cambio, cuando las máquinas estaban en funcionamiento, agarrábamos la manguera, algo que preferíamos, sobre todo después de ver cómo un tiburón se lanzaba tras el rojo pecho de Bowers un día en que éste se puso a nadar.

El espectáculo que se organizaba en cubierta por la mañana siempre resultaba interesante. Todos los tripulantes eran despertados antes de las seis y se ponían a trabajar en las bombas pues entraba mucha agua en el barco. Normalmente, cuando estaba seco, en el pozo había casi veinticinco centímetros de agua. Antes de achicar, el escandallo indicaba medidas por encima de los sesenta centímetros. El barco solía quedar seco al cabo de hora u hora y media de achique, y para entonces ya estábamos hartos. Tan pronto como el oficial de guardia nos ordenaba que dejáramos de achicar, lo primero que hacíamos era desvestirnos, y entonces la cubierta se llenaba de hombres que intentaban conseguir la máxima cantidad de agua de mar con un pequeño cubo atado a un cabo, a pesar de que el barco estaba en movimiento. Los primeros intentos en este sentido habrían resultado divertidos de no ser por las penetrantes miradas que nos lanzaba el segundo desde el puente. Si el lector tiene alguna vez la oportunidad de hacer este experimento, sobre todo con marejada, pronto se encontrará tanto sin cubo como sin agua. Al pobre segundo le molestaba que le perdiéramos los cubos.

En aquel período todos trabajamos de firme: trasladamos carbón, arrizamos y aferramos velas en la arboladura, halamos cabos en cubierta, realizamos observaciones magnéticas y meteorológicas,

recogimos especímenes con la red de remolque, preparamos pieles, etcétera. Durante las primeras semanas fue cuando más pintamos y estibamos; por lo demás, el trabajo no varió casi nada durante los cinco meses del viaje de ida. El 1 de julio nos adelantó el único barco que llegamos a ver durante el trayecto, el Inverclyde, una bricbarca que se dirigía de Glasgow a Buenos Aires. Era un día tranquilo, con la mar como de cristal, y mientras navegaba a todo trapo, la bricbarba parecía, tal como recitaría Wilson, «un barco pintado sobre un océano pintado». Dos días después, al norte de las islas de Cabo Verde (situación a mediodía: 22° 28' de latitud norte, 23° 5' de longitud oeste), nos encontramos con los alisios del nordeste. Era domingo, y por primera vez pudimos dedicarnos todos a nuestras cosas. Durante el día pasamos de aguas profundas, azules y claras a una mar gruesa de color verde. Se creía que la causa de este notable cambio de color, que también advirtió la expedición del Discovery prácticamente en el mismo sitio, era una gran masa de fauna pelágica llamada plancton. El plancton, que flota por la superficie del mar, es distinto del necton, que nada sumergido. El Terra Nova estaba equipado con redes provistas de mallas muy finas para recoger a estos habitantes de alta mar junto con las algas, esas plantas diminutas que les proporcionan un abundante alimento.

Las redes para plancton se pueden bajar cuando el barco navega a toda marcha; durante la expedición se hicieron numerosas capturas.

El 5 de julio nos iba a deparar una desagradable sorpresa. A las diez y media de la mañana sonó la campana del barco, y de pronto se oyó el grito de «¡Fuego!». Era en el pañol de popa de la bodega, y lo apagamos con dos extintores Minimax. El fuego lo había causado una lámpara encendida que el balanceo del barco había volcado; el resultado fue una buena cantidad de humo, algo de agua bajo cubierta y un poco de papel quemado. Pero comprendimos que un incendio en un barco de madera tan antiguo como el nuestro podía convertirse en un problema muy grave, razón por la cual anduvimos con más cuidado a partir de aquel momento.

Este tipo de viajes permite ver la cara más atractiva de la naturaleza, y en el barco uno siempre tenía alguien cerca cuya especialidad eran las ballenas, las marsopas, los delfines, los peces, las aves, los parásitos, el plancton, el radio o cualquier cosa que pudiéramos contemplar con el microscopio o los prismáticos. Nelson capturó una carabela portuguesa que pasó cerca de nuestra bovedilla. Estos animales son muy comunes, pero resulta difícil hacerse una idea de su belleza hasta que se les ve, con los vivos colores de las profundidades del mar, flotando y deslizándose en un gran cuenco de cristal. La carabela trató en vano de escaparse e intentó picar con todas sus fuerzas a todos los que la tocaron. Wilson la pintó.

El estudio de todo género de organismos vivos captó de principio a fin la atención de todos los que íbamos a bordo, y cuando llegamos a la Antártida seguimos trabajando con verdadero interés en todo lo que vivía y hallaba su sustento en la costa del gran continente estéril. No sólo dedicaron buena parte de su tiempo a ayudar, tomar notas y realizar observaciones los oficiales que ya tenían su propio trabajo o campo científico del que ocuparse, sino también los marineros, quienes contribuyeron en gran medida a que el barco pudiera regresar a Inglaterra con todo tipo de especímenes y datos. Varios de ellos llegaron a ser buenos ayudantes cuando se trataba de desollar aves.

Por otra parte, a veces alguien veía un animal y gritaba «¡Ballena, ballena!», «¡Un pájaro nuevo!» o «¡Delfines!», con más entusiasmo que el que manifestaba en abandonar su comida el biólogo al que se estaba llamando. No se dan muy a menudo buenas oportunidades para estudiar la vida de las aves marinas, las ballenas, los delfines y los demás organismos que habitan los mares, ni siquiera para estudiar la de los que se pueden ver desde la superficie, que son relativamente escasos.

Un buque moderno navega tan rápido que no atrae organismos en la misma medida que un barco lento como el Terra Nova, y además, cuando se ve algún espécimen, desaparece tan pronto como es avistado. Quienes deseen estudiar la vida marina (campo en el que queda mucho por hacer) deben viajar en vapores volanderos o, mejor aún, en veleros.

Los delfines no dejaban de jugar a proa, por lo que ofrecían muy buenas ocasiones para ser identificados. También se veían con frecuencia ballenas, que a veces seguían al barco, al igual que cientos de aves marinas, petreles, pardelas y albatros. Dice mucho del interés y el entusiasmo de los oficiales de a bordo el hecho de que durante toda la travesía apuntáramos cada hora en el cuaderno de bitácora la cantidad de animales que veíamos y la especie a la que pertenecían, anotaciones que generalmente acompañábamos de comentarios sumamente exhaustivos acerca de cualquier peculiaridad o costumbre que se observara. Esperemos que las personas encargadas del estudio de los resultados aprovechen al máximo todas las notas contenidas en estos cuadernos, las cuales fueron tomadas con suma minuciosidad y a veces en circunstancias difíciles y con un tiempo muy desfavorable. Aunque en esta labor colaboraron muchas personas, estos cuadernos fueron en gran medida obra de Pennell, un observador preciso e infatigable.

Hacia el 7 de julio dejamos atrás los alisios del noreste y entramos en la zona de las calmas ecuatoriales. En general no podíamos quejarnos del tiempo. Después de partir de la isla Trindade no tuvimos ni temporales ni mar gruesa, y aunque en un barco viejo sin un sistema moderno de ventilación lo normal es que el ambiente esté cargado al pasar por el trópico, cuando no llovía hacíamos vida y dormíamos en cubierta. Si llovía por la noche, como con frecuencia ocurre en esa región del mundo, uno podía oír a una serie de figuras ovilladas que trataban de decidir qué era preferible, si quedarse arriba o aguantar el calor abajo; si la lluvia persistía, se veía a unos individuos adormilados y algo irritables levantándose torpemente y llevando la máxima cantidad de ropa de cama húmeda por el pasillo de la sala de oficiales. De todos modos, un barco grueso de madera se mantiene bastante fresco cuando hace un calor moderado como el que nosotros tuvimos.

Una carencia inevitable era la del agua dulce. No teníamos nada para lavar, aunque, eso sí, nos daban un vaso para afeitarnos. Con la ilimitada cantidad de agua de mar que teníamos, quizá no parezca ésta una gran privación, y de hecho no lo es, a menos que haya que hacer un trabajo muy sucio. Pero unos oficiales que carboneaban casi a diario advirtieron que, por mucha agua de mar fría que utilizaran, no obtenían grandes resultados a la hora de quitarse la carbonilla, ni siquiera si utilizaban lo que eufemísticamente llamaban «jabón de agua de mar». La alternativa era ganarse la amistad de las autoridades de la sala de máquinas y sacar algo de agua de las calderas.

Es posible, por lo tanto, que no fueran motivos totalmente desinteresados los que nos llevaron a algunos de nosotros a cargar las calderas durante la guardia de alba y otras posteriores cuando, al pasar por el trópico, el personal de la sala de máquinas quedó reducido a causa de una enfermedad. Basta con que uno permanezca un breve período de tiempo en ella para que se convenza de que la facilidad con que los hombres hechos a este trabajo pasan su guardia obedece principalmente a la costumbre y el método. El barco carecía tanto de corrientes artificiales como de aparatos modernos de ventilación. Pasar cuatro horas en el abrasador horno en que se convertía la sala de calderas del Terra

Nova en el trópico constituía una auténtica prueba de resistencia a menos que soplara una buena ráfaga de viento por la única manguera de lona que había; pero echar carbón a las calderas era un juego de niños comparado con el manejo del llamado «diablo», el pesado instrumento que se empleaba para romper la escoria y dar forma al fuego. Las calderas eran tubulares de retorno o cilíndricas, y los hornos medían 1,80 m de largo y 0,90 m de ancho, aunque eran un poco más bajos

al fondo que por la parte de delante. El fuego de las barras se mantenía en forma de cuña, es decir, a unos veinte centímetros al fondo y reducido a unos quince por delante, junto a las puertas del horno. Los hornos eran corrugados porque así tenían más fuerza. La presión del manómetro había que mantenerla entre 60 y 80, aunque esto requería cierto esfuerzo. La mayor parte de las veces lo conseguíamos.

De todos modos, tuvimos días muy desagradables en los que llovió a cántaros e hizo mucho calor. Tanto arriba como bajo cubierta estaba todo mojado. Pero esto tenía sus ventajas, ya que así conseguíamos agua fresca. Echábamos mano de todos los cubos, y la tripulación entera del barco se desnudaba y corría por las cubiertas o se sentaba a lavar su sucísima ropa con el agua que corría a raudales entre los laboratorios y la lumbrera de la sala de oficiales. El agua caía sobre nuestras literas, algo que por mucho que calafateáramos no había manera de impedir. Dormir mientras el agua gotea sin parar encima de uno constituye un auténtico suplicio. Aquellos días de calor y humedad fueron una prueba más dura para nuestra paciencia que los meses de tiempo húmedo y borrascoso, aunque más fresco, que tendríamos más adelante, y dice mucho del buen ambiente que reinaba en el barco el hecho de que no se produjera entre nosotros ningún roce a pesar de que vivíamos apretados como sardinas en una lata.

El 12 de julio (4° 57' de latitud norte, 22° 4' de longitud oeste) fue un día típico. Tras una noche de calor y lluvia, estalló un turbión mientras desayunábamos, por lo que subimos y largamos todas las velas, lo que nos tuvo ocupados hasta las nueve y media. Luego nos sentamos en cubierta bajo la lluvia y estuvimos lavando ropa prácticamente hasta que amainó el viento, a mediodía. Sin embargo, no dejó de llover, de modo que subimos a la arboladura y aferramos todas las velas, tarea muy tediosa cuando están mojadas y pesan. Luego estuvimos ocupados con la carga o el carbón hasta las siete de la tarde, así que cuando acabamos de cenar nos alegramos de poder irnos a dormir.

El 15 de julio (0o 40' de latitud norte y 21° 56' de longitud oeste) cruzamos el ecuador con gran pompa y ceremonia. A la una y cuarto de la tarde, Neptuno, encarnado por el marinero Evans, llamó al barco y lo hizo pararse. Luego subió a bordo con sus variopintos acompañantes y avanzó solemnemente hasta el saltillo de popa, donde le salió al encuentro el teniente Evans. Su esposa (Browning), un médico (Patón), un barbero (Cheetham), dos policías y cuatro osos (dos de ellos encarnados por Atkinson y Oates) se agruparon en torno a él mientras el abogado (Abbott) leía una alocución al capitán. Seguidamente la procesión se dirigió a la bañera, una vela llena de agua colgada a estribor en el saltillo de popa.

Nelson fue la primera víctima. El médico lo examinó concienzudamente, le administró una pastilla y una dosis de un medicamento y se lo entregó al barbero, quien lo enjabonó con una mixtura negra hecha de hollín, harina y agua; Cheetham lo afeitó con una gran navaja de madera y luego el policía le dio un golpecito para que cayera de espaldas en la bañera, donde le aguardaban los osos. En el preciso instante en que le empujaban, Neptuno agarró al barbero y tiró de él.

A continuación se metieron en el agua Wright, Lillie, Simpson y Levick, junto con otros seis tripulantes. Por último, Gran, el noruego, que nunca había cruzado el ecuador en un barco inglés, fue elegido como figurante. Pero levantó sobre su cabeza al médico repartepastillas y lo arrojó a la bañera, tras lo cual fue enjabonado consumo cuidado; Cheetham, que ya había estado a remojo en una ocasión, se negó a afeitarlo, de modo que lo echaron al agua, lamentándose de haberlo agarrado.

La comitiva se reagrupó, y Neptuno entregó certificados a los iniciados. Las celebraciones concluyeron por la noche con todos cantando. Normalmente la costumbre en tales ocasiones era que después de cenar todas las personas sentadas a la mesa cantaran algo por turnos. Si una persona no sabía cantar, tenía que inventarse un poema humorístico. Si no era capaz de hacer tal cosa, tenía que

pagar una multa; este dinero iba a parar al fondo del vino, con el cual acabaríamos haciendo en Ciudad de El Cabo unas compras que darían lugar a muchas deliberaciones. En otras ocasiones nos entreteníamos con los juegos más pueriles; uno se llamaba «El párroco ha perdido su solideo», con el que terminábamos llorando de risa y poniendo gran cantidad de dinero para el fondo del vino.

Como suele ocurrir, algunas canciones gozaban de gran popularidad durante una temporada. Estoy seguro de que Campbell, que no paraba de trabajar y era el responsable de la rutina del barco, jamás se olvidará de ésta. No me acuerdo quién la cantaba, pero empezaba así:

Todos trabajan menos el Padre,

ese desdichado anciano.

Pero es posible que Campbell sí se acuerde, ya que era el único padre a bordo, y el pelo empezaba a escasearle en la coronilla, como bien sabíamos todos.

Comenzamos a hacer los preparativos para atracar, una auténtica aventura cuando se trata de una isla deshabitada y desconocida. La ruta de los barcos que salían de Inglaterra y despuntaban el cabo de Buena Esperanza pasa cerca de la costa de Brasil, a no mucha distancia de la misteriosa isla de Trindade, a 600 millas al este de Brasil, a 20° 30' latitud sur y 29° 30' longitud oeste.

Esta isla es de difícil acceso debido a su escarpada costa rocosa y al fuerte oleaje del Atlántico, que es casi incesante. Por consiguiente ha sido poco visitada, y como además está infestada de cangrejos de tierra, la estancia de las pocas expediciones que han pasado por ella ha sido breve. Pero resulta interesante desde el punto de vista científico, no sólo por el número de especies nuevas que se pueden obtener en ella sino por la singular actitud que muestran las aves marinas salvajes ante los seres humanos, a los cuales nunca han aprendido a temer. Antes de salir de Inglaterra se había tomado la decisión de intentar atracar y pasar un día en la isla, si pasábamos lo bastante cerca de ella.

Entre quienes la visitaron antes que nosotros se encuentra el astrónomo Halley, que tomó posesión de ella en 1700. Sir James Ross pasó un día en ella, en 1839, cuando se dirigía a la Antártida. Desembarcó «en una pequeña cala situada a poca distancia en dirección norte de la roca de los Bolos de Halley, ya que el oleaje era tan fuerte en las otras partes que nos arriesgábamos a perder nuestras embarcaciones». Ross añade a continuación:

Horsburgh menciona […] «que en la isla abundan los cerdos y las cabras salvajes, de las cuales vimos una. Con vistas a aumentar las reservas de animales útiles, desembarcamos un gallo y dos gallinas; al parecer el cambio les gustó, y no me cabe duda de que, hallándose en una situación tan poco habitual, y siendo el cuma tan agradable, no tardarán en aumentar de número». Me temo que no he encontrado a ninguno de sus descendientes, ni tampoco a ninguno de los de los cerdos y las cabras.

No creo que los cangrejos de tierra dejaran vivir al gallo y las gallinas durante mucho tiempo.

No obstante, en la isla hay numerosas aves salvajes con las que pueden alimentarse los náufragos, y también un depósito que dejó el Gobierno con ese mismo propósito. Otro visitante de Trindade fue Knight, quien escribió un libro titulado The Cruise of the Alerte en el que relata sus esfuerzos por descubrir el tesoro que, según él, hay en la isla. Scott pasó por ella en 1901 con el Discovery, año en que se descubrió un nuevo petrel al que más tarde se daría el nombre de Oestrelata wilsoni en honor al «tío Bill», que participó en las dos expediciones de Scott en calidad de zoólogo.

El 25 de julio por la tarde aferramos velas y fondeamos a cinco millas de Trindade tras haber hecho todos los preparativos necesarios para dar una exhaustiva batida por la isla del tesoro. Teníamos que atrapar todo lo que viéramos, daba igual que estuviera vivo o muerto, o que fuera animal, vegetal o mineral.

Al día siguiente, a las cinco y media de la madrugada, nos aproximamos poco a poco a una pared de roca aparentemente inaccesible con unos farallones pelados que se alzaban verticales al mar, el cual afortunadamente se encontraba en calma. Mientras bordeábamos la costa en busca de un atracadero, el sol se elevó por detrás de la isla, que se eleva a una altura de unos 600 metros, y unos escarpados acantilados se destacaron nítidamente sobre el rosáceo cielo.

Echamos el ancla al sur de la isla y una barca salió a buscar un atracadero mientras Wilson aprovechaba la oportunidad para abatir varios pájaros con idea de guardarlos como muestras (entre ellos había dos especies de rabihorcados) y los marineros pescaban algunos de los peces que abundaban en aquellas aguas. También hicimos algunos disparos a los tiburones que se habían congregado rápidamente alrededor del barco, y que volverían a darnos motivos de preocupación antes de que acabara el día.

La barca regresó con la noticia de que habían encontrado un lugar donde se podía desembarcar, y a eso de las ocho y media salieron los equipos de reconocimiento. El desembarco resultó muy difícil. Una roca desgajada del acantilado de la derecha formaba una especie de plataforma que permitía pasar a un talud detrítico con una pendiente muy pronunciada, la cual se extendía ante nosotros. Como el mar estaba relativamente tranquilo, todo el mundo pudo desembarcar sin que se mojaran las armas ni el equipo para atrapar especímenes.

La mejor descripción de nuestra estancia en la isla de Trindade se encuentra en una carta de Bowers a su madre, que cito más adelante. Pero quizá también resulten interesantes unas breves notas que tomé por aquellas fechas, pues en ellas hablo de otra parte de la isla:

Tras hacer un pequeño depósito con unos cartuchos, un pequeño charrán cubierto de pelusa y un huevo de la misma especie que Wilson había encontrado sobre las rocas, subimos en dirección oeste describiendo una espiral hasta llegar a un punto desde el que se podía ver la bahía del Este. Allí hicimos nuestra primera parada y abatimos varios petreles de pecho blanco (Oestrelata trim-tatis) y también otros de pecho negro (Oestrelata arminjoniana). Luego subimos a la cima de un acantilado, donde anidaban los petreles. Recogimos dos nidos, en los cuales había sendas parejas formadas por un petrel de pecho blanco y otro de pecho negro. Wilson tomó uno con las manos y yo otro sin sacarlo del nido; no sabía si debía echarse a volar o no. Esto plantea un problema interesante, ya que los dos pájaros han sido clasificados como especies distintas, y ahora parece que pertenecen a la misma.

Los alcatraces y los charranes eran algo extraordinario, como todos los seres vivos que había allí. Si te quedas quieto el tiempo suficiente, los charranes acaban posándose sobre tu cabeza. En cualquier caso, no se alejan de las rocas a menos que te acerques a un metro de ellos. Tuvimos varios alcatraces en las manos. Todos los peces que ha capturado hoy el biólogo son capaces de desplazarse por tierra a gran velocidad. Cuando vino aquí con el Discovery, Wilson vio que un pez

salía del mar, capturaba un cangrejo de tierra que se encontraba a casi medio metro de distancia y luego volvía con él al agua. Había miles de cangrejos de tierra por todas partes; parece probable que ellos mismos sean sus principales enemigos. Son unos auténticos caníbales.

Luego estuvimos un buen rato subiendo en dirección norte entre rocas y matas de hierba. Nos detuvimos a la una y media del mediodía. Desde arriba vimos los dos lados de la isla, y a lo lejos las pequeñas islas de Martin Vaz.

Encontramos montones de pequeños charranes y de huevos de la misma especie, desperdigados sobre la roca pelada. No había ni rastro de nidos. Hooper también nos trajo dos pequeños alcatraces cubiertos de pelusa, pero incluso tan jóvenes eran ya más grandes que un grajo. Más arriba empezamos a ver los árboles fosilizados por los que es famosa la isla.

Cuatro o cinco galletas Captain nos bastaron para almorzar estupendamente, tras lo cual echamos a andar en dirección a la cima de la isla, que era una colina que se elevaba al oeste. Estaba cubierta de matas altas y rocas, y la vegetación era bastante espesa; de hecho había más allí que en las demás partes de la isla que habíamos visto, y mientras avanzábamos por ella teníamos que llamarnos continuamente unos a otros para no perdernos.

Los heléchos arborescentes eran muy numerosos, aunque estaban atrofiados. Los alcatraces dormían encima de los arbustos, a los que también habían trepado algunos cangrejos para tomar el sol en lo alto. Había miles a nuestro alrededor; conté siete observándome por una ranura que había entre dos rocas.

Sentados al abrigo de la cumbre pensamos que no sería mala idea que nos abandonaran en una isla desierta, sin imaginarnos que dentro de poco íbamos a quedarnos aislados durante un rato.

Los cangrejos formaron un círculo en torno a nosotros y nos miraron fijamente como si estuvieran esperando a que muriésemos para venir a comernos. Uno de gran tamaño abandonó el círculo y se acercó balanceándose hasta mis pies para examinarme las botas. Primero con una pinza y luego con la otra, probó un bocado de una de ellas. Se marchó evidentemente asqueado; poco le faltó para hacer un gesto de desaprobación con la cabeza.

Aparte de las aves y los huevos, atrapamos algunas serpientes, unos saltamontes de gran tamaño, cochinillas, escarabajos sanjuaneros y ciempiés de todos los tamaños. Lo cierto es que la isla estaba plagada de insectos. Debería añadir que sus nombres responden a su aspecto general más que a las clases científicas a las que pertenecen exactamente.

Descendimos con facilidad y rapidez, y a medio camino, cuando ya veíamos a lo lejos el mar rompiendo contra las rocas, observamos que se movía más oleaje que antes. Bajamos rápidamente porque ya era tarde y resbalamos sobre algunas rocas, a consecuencia de lo cual se nos abollaron las armas.

Cuanto más abajo estábamos, más fuerte parecía la marejada que se había levantado durante nuestra ausencia. Sin duda el oleaje se debía a una perturbación lejana aunque violenta, y cuando llegamos al talud detrítico flanqueado por grandes acantilados en el que habíamos desembarcado, nos encontramos con que todo el mundo se había congregado allí, que las barcas estaban lejos y que les era imposible acercarse a la costa.

En la orilla sólo tenían una cuerda de salvamento sobre una boya. Bowers salió hasta las rocas y la ató. Pusimos las armas y los especímenes en un montón, fuera del alcance del mar, pero calculamos mal pues en aquel preciso momento se nos echaron encima dos enormes olas; estábamos tirando de la cuerda, que debió de elevarse a unos diez metros sobre la base de la ola. El mar nos golpeó con fuerza y nos lanzó en todas las direcciones. Los especímenes y las armas quedaron empapados.

A continuación llevamos todo el equipo y los especímenes a un lugar que quedaba totalmente fuera del alcance de las olas, y en medio del oleaje nos arrojamos al mar uno tras otro, agarrándonos de la cuerda. No era nada fácil, pero Hooper fue el único que se vio realmente en apuros.

Una ola que retrocedía le impidió avanzar entre las rocas que bordeaban la empinada pendiente por la que había echado a andar; sorprendido por la siguiente, salió despedido hacia atrás y la cuerda se le escapó de la manos. Estuvo un buen rato sumergido; lo único que podíamos hacer nosotros era intentar alcanzarle la cuerda cuando las olas se retiraban. Por suerte logró encontrar el cabo suelto y salió.

Al principio, cuando llegamos a la orilla y vimos lo feo que estaba el asunto, Wilson se sentó sobre una roca y se comió una galleta mostrando la mayor tranquilidad posible. Lo hizo para que no nos entrara pánico, pues no le apetecía la galleta.

Más tarde, hablando a propósito de Hooper, me dijo que era curioso que un grupo de hombres, sabiendo que no podían hacer nada, fueran capaces de contemplar tranquilamente cómo otro luchaba por salvar la vida, y que no creía que hubiera otro temperamento aparte del británico capaz de hacer algo semejante. Luego también me enteré de que tanto él como yo habíamos tenido un amago de calambre mientras esperábamos a que nos llegara el turno de echar a nadar entre las olas.

La carta de Bowers reza como sigue:

Domingo, 31 de julio.

La semana pasada estuvo tan plagada de incidentes que no sé por dónde empezar. Al desembarcar eché de menos tus cartas, que constituyen uno de los principales alicientes cuando llegamos a puerto. Así pues, la extraña isla deshabitada que visitamos tendrá que compensarme de la decepción hasta que lleguemos a Ciudad de El Cabo o, mejor dicho, a Simon's Town. Campbell y yo avistamos Trindade desde el peñol de proa el día 25, y el 26, a primera hora de la mañana, nos deslizamos hasta un fondeadero por un mar de cristal. Los alisios del sureste levantaban un abundante oleaje y batían contra la costa oriental, mientras que al oeste las aguas semejaban un espejo. Las grandes rocas y las colinas, que tenían más de 600 metros, se alzaban imponentes sobre nosotros cuando nos aproximamos a la orilla para bajar el ancla, y es que a poquísima distancia de la orilla las aguas son muy profundas. La bahía del Oeste fue el lugar elegido, y el agua era tan clara que podíamos ver el ancla al fondo, a quince brazas de profundidad. Al punto aparecieron tiburones y otros peces, así como varias aves. Evans quería ir a explorar, de manera que Oates, Rennick, Atkinson y yo le acompañamos en barca. Miramos en diversos lugares a ver si podíamos desembarcar, pero eran todos rocosos y ofrecían peligro. Se movía un poco de oleaje, pese a que el mar parecía una balsa de aceite. Finalmente nos inclinamos por una pequeña ensenada entre las rocas, en la que nunca se había desembarcado hasta entonces.

No había más que rocas, pero descubrimos un pequeño hueco v decidimos intentarlo. Regresamos para desayunar y nos encontramos con que Wilson y Cherry-Garrard habían abatido varios rabihorcados y otras aves desde el barco y habían ido a recogerlos con la pequeña barca noruega (llamadapram). A modo de explicación te diré que Wilson es especialista en aves y que está coleccionando especímenes para el Museo Británico.

Desembarcamos todos tan pronto como pudimos: Wilson y Garrard con sus armas para cazar aves; Oates con los perros, y Atkinson con un pequeño fusil; Lillie para recoger plantas y muestras geológicas; Nelson y Simpson para buscar animales marinos por la costa, etcétera. En último lugar, aunque no por ello menos importante, desembarcó el equipo de entomología, dirigido por un

servidor, con Wright y Evans en calidad de ayudantes. Pennell se incorporó al grupo de Wilson, de modo que va estábamos todos preparados para «atacar» la isla. He aceptado encargarme de la colección de insectos de la expedición; los demás científicos tienen tanto que hacer que se han alegrado de endilgarme los animalejos. Atkinson es especialista en parásitos; su rama se llama helmintología. Nunca había oído esa palabra. Atkinson saca las entrañas a todos los anímales que mata; como además es médico, supongo que el tema será interesante. En la isla abundaban los charranes blancos. Tenían un aspecto fantasmal y eran tan mansos que incluso se te posaban sobre el sombrero. Ponían los huevos separadamente en pináculos de roca donde no había ni rastro de nidos. Parecían piedras. Supongo que lo harían para protegerse de los cangrejos de tierra, de los cuales ya habrás oído hablar. Los cangrejos de tierra de Trindade tienen mucha fama, y no cabe duda de que se la merecen, ya que abundan desde la orilla del mar hasta la cumbre más alta de la isla. Cuanto más arriba sube uno, más grandes son. La superficie de los montes y los valles está cubierta de rocas sueltas; el conjunto de la isla es de origen volcánico, y por todos lados hay una hierba muy gruesa. A unos 450 metros de altitud se abre una zona de heléchos arborescentes y de vegetación subtropical que casi se extiende hasta las partes más altas de la isla. Por todas partes se ven árboles atrofiados de un antiguo bosque y, aunque nadie se explica su existencia, Líllie tiene muchas teorías ingeniosas al respecto. La isla ha sido nuestra y de los alemanes, y ahora pertenece a Brasil. Nadie ha sido capaz de establecerse en ella de forma permanente por culpa de los cangrejos de tierra, que impiden la existencia de mamíferos. El capitán Kidd construyó aquí un almacén para sus tesoros, y hará unos cinco años un individuo llamado Knight se pasó seis meses buscándolo con ayuda de un grupo de mineros de Newcastle. Logró encontrarlo sin problemas, pero un enorme corrimiento de tierras había tapado una cantidad de oro por valor de tres cuartos de millón. Los cangrejos son poco menos que una pesadilla. Te espían desde todos los rincones y rocas. Siguen cada paso que das con la mirada totalmente fija, como diciendo: «Tú cáete, que ya nos ocuparemos nosotros del resto.» Echarse a dormir en cualquier lugar de la isla sería un suicidio. Por supuesto, Knight despejó una zona precisamente por este motivo y tomó todo tipo de precauciones; de lo contrario, estas bestias habrían acabado con él. Cuando estás de pie, tratan incluso de mordisquearte las botas sin dejar de mirarte con fijeza. Algo que no tardaría en sacar de quicio a un hombre que estuviera aquí solo es que, con independencia del número que veas, todos te miran y te siguen paso a paso sin prisa pero sin pausa. Son todos de color amarillo y rosa y, dejando aparte la serpiente, parecen las criaturas más aborrecibles que hay en esta bendita tierra. Por cierto [a Bowers siempre le horrorizaron las serpientes], no sólo tengo que capturar especímenes de insectos sino también de serpientes. Huelga decir que las apreso con una red para cazar mariposas y que no toco ni una sola con las manos. Hasta ahora sólo se conocían cinco especies, pero yo he encontrado quince o más; en cualquier caso, tengo quince seguro. Me han ayudado para capturarlas, por supuesto. Otro dato interesante para la ciencia es el hecho de que he capturado una mariposa hasta ahora desconocida en la isla, y también varias moscas, hormigas, etcétera. En resumidas cuentas, el día fue sumamente fructífero. Wilson consiguió docenas de aves, y Lillie de plantas. Al regresar al lugar donde habíamos desembarcado, nos quedamos horrorizados de ver que había marejada del sur y que en la playa rompían unas olas enormes. A eso de las cinco de la tarde nos reunimos todos y vimos las olas que nos separaban de la barca y elpram. En primer lugar, no podíamos llevarnos las armas y los especímenes de ninguna manera, de modo que hubo que dejarlos amontonados para recogerlos al día siguiente. Luego teníamos a un enfermo que había desembarcado para hacer ejercicio y no podíamos sacarle de allí; al final Atkinson se quedó en la orilla con él. Las olas estallaban con una fuerza verdaderamente imponente en nuestra pequeña ensenada, con lo que nos iba a resultar muy difícil nadar. Primero nos

echamos tres al agua, llevamos un cabo hasta el pram y luego tomamos una buena cuerda de la barca, que estaba anclada a cierta distancia, y volvimos con ella a la orilla. Entonces maniobré elpram, y todo el mundo se zambulló en las olas y salió con ayuda de la cuerda. Logramos regresar al barco sanos y salvos, aunque sin nuestras pertenencias; si dijera que estábamos calados y que teníamos un hambre voraz, me quedaría corto. Aquella noche me tocaba guardia de doce a cuatro, y las olas rugieron como truenos; el barco se balanceaba de una forma espantosa y daba la impresión de encontrarse cerquísima de la orilla. Naturalmente, no corría ningún peligro. Al final resultó que Atkinson y el marinero pasaron una noche terrible, pues la comida estaba empapada de agua salada y los cangrejos y los charranes se pasaron toda la noche vigilándolos, y cada vez que se movían graznaban a coro. Debió de ser algo horrible, aunque me habría gustado estar allí, y si hubiera sabido que alguien iba a quedarse, me habría ofrecido voluntario. Entre esto, el ruido del oleaje y el frío, pasaron un rato espantoso. A la mañana siguiente, Evans, Rennkk, Oates y yo fuimos en la barca y el pram con dos marineros y Gran a rescatarlos. Al principio pensamos que bastaría con arrojar un cabo a la punta del acantilado escarpado, pero enseguida nos dimos cuenta de que era imposible llevar a la práctica semejante idea, de modo que Gran y yo nos acercamos todo lo posible en elpram y tiramos unos cabos para recoger primero los bártulos. Vi que elpram, gracias a su forma de cuchara, era una embarcación que se manejaba de maravilla y que con ella podía ir hasta donde rompían las olas, flotando como un corcho sobre el oleaje. Si me mantenía aproado al mar y no perdía la cabeza, no tenía por qué acabar sobre las rocas, ya que la tremenda resaca que había le sacaba a uno de allí en un abrir y cerrar de ojos. Resultaba bastante emocionante, sin embargo, cuando, en los momentos de calma, nos acercábamos rápidamente a la orilla y los compañeros de la barca gritaban «¡Cuidado!» si les pasaba una ola de gran tamaño, en cuyo caso teníamos que alejarnos de allí como alma que lleva el diablo. Perdimos los primeros cabos, así que tomamos otros. Esta vez fuimos en elpram Rennick y yo; Atkinson se puso tan cerca de la orilla como aconsejaba la prudencia para arrojarnos los bártulos. Yo me encargué de tirar y, aprovechando las oportunidades que se nos presentaron, rescatamos las cámaras y los prismáticos, aunque en una ocasión nos elevamos tres metros y medio por encima de las rocas, y si logramos salvarnos fue gracias a la resaca. Luego ocurrió el incidente más afortunado del día: en un momento de calma conseguimos bajar al enfermo, y yo me arrojé al agua de un salto para sujetar la popa de la embarcación mientras él subía a bordo. Acto seguido la resaca se llevó el bote con el marinero totalmente seco; por supuesto, me vi sorprendido por la siguiente ola dos segundos más tarde y me quedé rodeado de espuma y totalmente a oscuras. Aunque el día anterior ya me había ocurrido lo mismo en un par de ocasiones, esta vez pensé: «¿Dónde voy a golpearme con la cabeza?» Me sentía como una pluma en la brisa en medio de aquel remolino. Cuando subí, llegué a unos cuatro metros y medio de altura, y aunque estaba cubierto de arañazos y sin aliento me agarré con las uñas y seguí trepando. El siguiente golpe de mar, que era más fuerte, estuvo a punto de alcanzarme, pero ya me encontraba demasiado arriba como para que pudiera arrastrarme. Entonces empecé a descolgar el equipo con Atkinson; Evans había ocupado mi lugar en elpram. Aprovechando los momentos de calma entre ola y ola, bajamos varios objetos a la embarcación con el cabo, entre ellos las armas y los fusiles, que arrojé desde abajo. Los iban metiendo en la barca, pero Evans puso tanto interés en salvar unas botas que había arrojado Atkinson que en un abrir y cerrar de ojos elpram pasó por encima de mi cabeza y quedó varado, como un puente, sobre las rocas entre las que yo estaba encajado. Salí como buenamente pude mientras otro golpe de mar lo levantaba aún más; Evans y Rennick lograron saltar justo a tiempo. La siguiente ola, que era enorme, arrastró el pram de tal modo que éste saltó por encima de las rocas y salió despedido hacia mar abierto, lleno de agua; por suerte

las armas se encontraban debajo de las bancadas. Los de la barca lo rescataron y achicaron el agua. Esta vez fueron Gran y uno de los marineros quienes se encargaron de tripular sus vapuleados restos. Viendo que no había otra manera de recuperar el equipo, lo atamos a los salvavidas, lo arrojamos al mar y dejamos que se lo llevara la resaca para que lo recogiera el pram.

La ropa, los relojes y las armas antiguas, los fusiles, las munición, las aves muertas y el resto de los especímenes: todo quedó empapado de agua salada. Pero no había otra opción: o hacíamos eso o lo abandonábamos todo definitivamente, que es lo que hubiera dicho cualquiera que hubiera visto las enormes olas que rompían entre las rocas y la espuma que se elevaba a más de diez metros de altura. De hecho, a menudo el agua nos arrastraba y quedábamos sumergidos durante un rato, y entonces nos agarrábamos desesperadamente a una roca o a alguna de las cuerdas. Evans fue el primero en echarse a nadar. Luego estuve yo una media hora intentando recuperar una guindaleza y unos cabos que habían quedado enredados entre las rocas. Fue una tarea divertida. Esperaba a que hubiera un momento de calma, bajaba rápidamente y tiraba de la cuerda; me quedaba abajo mientras pasaban las olas más pequeñas y, cuando me avisaban desde la barca que llegaba una serie de olas grandes, subía por las rocas como una liebre. Al final recuperé la mayor parte, aunque tuve que cortar una y llevarla a un punto situado al otro lado de la embarcación; con ayuda de Rennick, la até y la arrojé al mar para que la recogieran. Como había perdido mis viejas zapatillas de tenis en medio de la confusión, ahora llevaba un par de botas de agua (luego me enteré de que eran las de Nelson), uno de los pocos pares que, por suerte para él, logramos salvar. Entonces volvió el pram y, tras esperar a que retrocediera una ola, Rennick se echó a nadar. Cuando rompió la siguiente, bajé a todo correr y, sujetando mi gorro verde (el cual, por cierto, me ha venido muy bien), avancé por la espuma y llegué al pram sano y salvo en el preciso momento en que nos elevábamos sobre la cresta de una inmensa ola. Pero ya empezaba a perder fuerza, de modo que no ocurrió nada y pudimos subir a bordo tras ocho horas de zarándeos y humedad. Nos encontrábamos bien, si se exceptúan unos cuantos arañazos, y un servidor estaba de excelente humor. Aquella noche nos quedamos allí, y al día siguiente por la mañana, que era jueves, nos marchamos. Por el momento los vientos no son muy favorables, ya que dejamos los alisios del sureste casi de inmediato y ahora nos encontramos en la zona de vientos variables que hay entre los alisios y los del oeste. Nos faltan todavía 2.500 millas para llegar a nuestro destino, por lo que Evans ha decidido olvidarse de las otras islas e ir derecho a Simon's Town. Es una lástima, pero como aquí abajo estamos en invierno y en Tristán da Cunha es ahora el peor mes de tormentas del año, quizá sea lo mejor. Estoy deseando llegar a Ciudad de El Cabo para recibir tus cartas y saber de ti. Si no fuera por la falta de noticias, la vida a bordo sería de lo más agradable. Estoy encantado, francamente, y disfruto de todos y cada uno de los días que paso aquí. El tiempo vuela, y aunque a ti debe de hacérsete muy largo, a nosotros se nos pasa sin darnos cuenta; qué distinto de las dos semanas que duró el viaje de regreso de la India. Cuando regresó la tripulación de la barca, abandonamos la isla de Trindade y los zoólogos estuvieron atareados intentando salvar el mayor número posible de las pieles de pájaro. Se pasaron la noche del día siguiente despellejando aves y, si se tiene en cuenta que éstas estuvieron a la intemperie y empapadas de agua salada durante veinticuatro horas en el trópico y que dieron una vuelta de campana cuando se volcó la barca, el resultado no fue tan decepcionante, aunque perdimos los huevos y otros objetos. Como vimos petreles de pecho blanco y de pecho negro volando y anidando juntos, es razonable suponer que habrá que dejar de clasificar a estas aves como especies diferentes.

Al poco de irnos de Trindade, se levantó un fuerte oleaje (con vientos de fuerza ocho) y observamos que el Terra Nova podía balancearse como pocos barcos. A continuación se levantó a babor un fuerte vendaval y se nos vinieron encima los primeros cáncamos de mar. Bowers escribió a

casa la siguiente carta:

Domingo, 7 de agosto.

Ya no hay ninguna posibilidad de que vayamos a Tristán da Cunha, y por fin avanzamos a todo trapo con fuertes vientos del oeste y enormes olas del sur que nos levantan sobre sus crestas como sí fuésemos un corcho. Hemos tenido un fuerte vendaval y mar muy gruesa, pero ya ha pasado, aunque continúa soplando frescachón. Nos sigue la típica bandada de albatros, albatros ojerosos, petreles del cabo, etcétera. Serán nuestros acompañantes durante nuestra travesía hacia el sur. Wilson opina que, como los vientos predominantes en la zona de los cuarenta son los del oeste, estas aves no hacen más que dar vueltas y más vueltas al mundo por el cabo de Hornos, Nueva Zelanda y el cabo de Buena Esperanza. Hemos tenido una excelente oportunidad de juzgar el comportamiento de nuestro barco, ya que hemos estado parados por culpa de un fortísimo oleaje de través que hacía que nos inclinásemos 35° a cada lado, y luego hemos soportado vientos muy duros con mar picada. Ha salido airoso de ambas situaciones, y francamente pienso que nunca ha surcado los mares mejor barquito que éste. Comparado con el Loch Torridon, que se inundaba siempre que hacía mal tiempo, el barco está más seco que un corcho. La verdad es que nunca hemos hecho agua con mar gruesa. Hasta cierto punto un barco de madera flota por sí solo, por supuesto, y en esto no somos ninguna excepción; pero no hay duda de que lo somos en navegabílidad, aunque no en velocidad. No podríamos tener barco más seguro y sólido que éste. El tiempo es ahora fresco, aunque hay quien diría que hace frío. Yo sigo cómodo con mis camisas y mi ropa blanca de algodón, mientras que otros ya llevan prendas de lana de las Shetland. Casi todo el mundo ha venido bien provisto de prendas de lana. Me alegro de que marcaras las mías, ya que se parecen todas entre sí. Desde luego, estoy tan bien provisto como los demás, e incluso mejor que la mayoría, así que, siendo como soy un generador de calor, no voy a tener problemas con el frío. A propósito, Evans y Wilson están muy interesados en que forme parte del grupo del oeste, mientras que Campbell quiere que esté en su grupo del este. No he pedido bajar a tierra, pero todo me interesa, y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa. De hecho, son tantos los planes que me parece que me gustaría estar en los tres sitios a la vez: en el este, en el oeste y en el barco.

2. LA TRAVESÍA DEL ESTE

- ¡Las cuatro menos diez, señor! -exclama un marinero con un impermeable chorreando.

El oficial de guardia (o su «mocoso», según el caso) pregunta adormecido:

- ¿Qué tal tiempo hace?

- ¡Es un auténtico infierno, señor! -responde el marinero, dirigiéndose a la salida.

El amodorrado hombre al que acaban de despertar se afianza en su litera (que mide 1,80 m por 0,80 m y constituye el único lugar privado con el que cuenta en el barco) e intenta despejarse en medio del runrún de las máquinas, la hélice y el ir y venir de los objetos que se han soltado, para decidir cuál es la mejor manera de no salir disparado al bajar de la litera y recordar dónde ha dejado el chubasquero y las botas de agua.

SÍ duerme en la «guardería», como es posible, su tarea no será tan sencilla como parece, ya que su camarote (en una de cuyas vigas se indica que está diseñado para alojar a cuatro marineros) aloja a seis científicos o seudocientíficos, amén de una pianola. Estos científicos son los más jóvenes de la expedición, de ahí que su camarote se llame la «guardería».

Casualmente, el camarote también sirve de pasillo entre la sala de oficiales y la sala de máquinas, de la cual sólo lo separa una puerta de madera, que tiene la mala costumbre de abrirse y cerrarse en virtud del balanceo del barco y el peso de los impermeables que cuelgan de ella; cuando esto ocurre, el traqueteo de las máquinas aumenta o disminuye según el batir de las olas.

Si, en cambio, se trata del oficial de guardia, su camarote será de menor tamaño, estará situado más atrás y lo compartirá sólo con una persona, de modo que sus problemas se simplificarán.

Como las junturas de la cubierta tienen en su haber muchas travesías y además han tenido que soportar el peso de los pescantes de las barcas y de las casetas de popa, buena parte del agua que corre por ese lado de la cubierta (que siempre se inunda cuando hace mal tiempo) acaba abajo, es decir, en las literas superiores de nuestros camarotes. Para que las mantas se mojen lo menos posible, se ha instalado una serie de canalones ideados y cuidados con esmero por los ocupantes de dichas literas para recoger el agua que caiga y conducirla por encima de sus cabezas hasta el suelo del camarote. De ahí que cuando el adormilado oficial o científico baje de su litera, si tiene suerte se encontrará con el agua allí, en el suelo, y sus mantas estarán secas.

El hombre busca por todas partes sus botas de agua, se pone su impermeable, profiere una maldición si se le rompen las cintas del sueste en su intento de atárselas bien al cuello, y sale por la puerta abierta a la sala de oficiales. Todavía está muy oscuro, pues el sol aún tardará hora y media en salir, pero la atenuada luz de la balanceante lámpara de aceite que hay allí colgada le muestra el desolado panorama de la madrugada, panorama que acabará odiando, sobre todo sí es propenso al mareo.

Lo más probable es que durante la noche se haya colado hasta allí el agua de alguna ola y que cada vez que se balancee el barco corra un riachuelo por el suelo. El hule blanco se ha caído de la mesa, y todo tipo de chismes, tazas sucias de cacao, ceniceros y demás restos de la noche anterior dan vueltas de un lado a otro. Los platos y tazas de estaño y la vajilla de la recocina que hay delante de la sala de oficiales entrechocan produciendo un estrépito insufrible.

La hélice sigue con su incesante cantinela: clac clac clac (pausa), clac clac clac (pausa), clac

clac clac…

Aprovechando una oportunidad, el hombre se desliza por el húmedo linóleo hacia estribor, donde el pasillo sube hasta la caseta de derrota, y por lo tanto hasta cubierta. Tras echar un vistazo al barógrafo que cuelga de la caseta, y empleando todas sus fuerzas para abrir la puerta lo suficiente como para meterse por el hueco, consigue salir a la oscuridad.

El viento aulla en la arboladura; las cubiertas están inundadas. Resulta difícil decir si está lloviendo, pues la espuma que arranca el viento hace que la lluvia quede reducida a un fenómeno un tanto insignificante. Mientras sube al puente, una escalada más bien poco imponente, mira a ver qué velas hay desplegadas e intenta calcular la fuerza del viento.

Campbell, que es el oficial de la guardia de alba (esto es, la de cuatro a ocho de la mañana), conversa con Bowers, el oficial al que va a relevar, quien le da el rumbo y la última lectura de la corredera mecánica que cuelga de popa, y le informa del comportamiento del viento durante la guardia de media (si ha arreciado, amainado o racheado) y de su efecto en las velas y en el barco. «Si se le mantiene en este rumbo no le pasará nada, pero si se le intenta detener, se echará a temblar. A propósito, Penélope quiere que le llamen a las cuatro y media.» Es probable que el mocoso de Bowers, que es Oates, haga algún comentario procaz de esos que ningún guardiamarina debería hacerle a un teniente, y los dos desaparecen de cubierta.

El mocoso de Campbell, es decir, yo, aparece al cabo de cinco minutos intentando hacer ver que si no se ha presentado antes no ha sido por culpa de la cama sino de alguna obligación importante que tenía que cumplir.

«¿Y el cacao?», pregunta Campbell. El cacao es muy útil durante la guardia de alba. Gran, el anterior mocoso de Campbell, cuyo inglés no era precisamente perfecto al principio, decía que se alegraba del cambio, porque no le «hacía gracia que le trataran como a un crío». (Lo que en realidad quería decir era «criado».)

Como tiene orden de traer cacao, el mocoso emprende un arriesgado viaje por cubierta en dirección a la cocina, que se encuentra a proa; si tiene mala suerte, por el camino le caerá encima alguna ola. Allí se encuentra con los miembros de la guardia, que están fumando y evitando el frío. Busca por todos lados algo de agua caliente y la lleva sin problemas a la recocina de la sala de oficiales. Allí deshace el cacao y toma jarras limpias (si las encuentra), cucharillas, azúcar y galletas para todos. Hace cuidadosamente las partes y luego va a llamar a Wilson y le da la suya. (Wilson se levanta todas las mañanas a las cuatro y media para hacer apuntes de la salida del sol, trabajar en sus pinturas de tema científico y observar las aves marinas que sobrevuelan el barco.) Luego el mocoso vuelve al puente, y pobre de él si se cae por el camino, porque entonces tendrá que hacerlo todo de nuevo.

Pennell, que duerme en el puente, bajo la mesa de la carta de navegación, también recibe su comida y pregunta con impaciencia si se ve alguna estrella. En tal caso, se levanta de inmediato para realizar observaciones y luego se retira bajo cubierta para examinarlas y tabular el sinfín de cifras con las que obtendrá los resultados de sus investigaciones magnéticas: inclinación, fuerza horizontal y fuerza total de la aguja magnética.

Un turbión golpea el barco. Dos pitidos de silbato hacen salir a la guardia, y a las órdenes de «¡Listos para bajar drizas de gavia!» y «¡Fo-foque dentro!», un marinero se dirige a una driza, el guardiamarina se dirige a la otra y los demás suben al castillo de proa y se disponen a arriar el fofoque. Apenas acaban, las crestas de dos enormes olas rompen sobre la balayóla y dejan empapado al hombre situado junto a la driza de velacho, a barlovento de la cocina.

Pero dispone de poco tiempo para preocuparse de tales cosas, pues el viento arrecia y por el

megáfono del puente suena la orden de «¡Suelten drizas de gavia!», por lo que ha de centrar toda su atención en soltar la driza de las cabillas y apartarse de la maroma, que ha salido disparada por el motón al tiempo que la verga de gavia se desliza palo abajo.

«¡Carguen!», es la siguiente orden, y a continuación:«¡ Aferren todos el velacho alto y la gavia alta», así que trepamos a la verga. Por suerte, el alba ya tiñe el mar de gris y empiezan a distinguirse los flechastes. Esta operación resulta mucho más difícil para la guardia de prima y para la de media, que tienen que subir a la arboladura totalmente a oscuras. En cuanto uno se encarama a la verga, el viento le deja pegado a ella. Siempre que oye la orden de recoger velas, Pennell sale de la caseta de derrota para echar una mano.

Tras dejar bien aferradas las dos velas empapadas (que por suerte son pequeñas), los hombres bajan a cubierta y se enteran de que tienen que bracear porque el viento ha rolado de nuevo hacia popa. Cuando acaban ya es pleno día, y los hombres se ponen a adujar cabos para poder limpiar la cubiertas. Como evidentemente esta mañana no hace falta utilizar la manguera, lo que hacen más bien es una especie de limpieza general.

Los dos camareros (Hooper, que va a desembarcar con el grupo principal, y Neale, que va a quedarse en el barco) se levantan a las seis y despiertan al grueso de la tripulación para achicar, que es una de las tareas diarias. En la sala de oficiales no tarda en oírse un barullo de mil demonios: «¡Arriba a cubierta! ¡Arriba a cubierta! ¡Enséñame una pierna! ¡Enséñame una pierna!» (Esta frase es una reliquia de la época en que los marineros navegaban con sus esposas.) «Apúrese, señor Nelson, que son las siete en punto. ¡Todos a las bombas de achique!»

Estas bombas de achique nos obligaron desde el principio hasta el final de la travesía a realizar mucho ejercicio y a proferir sonoras maldiciones. Un barco de madera siempre hace un poco de agua, pero la cantidad que entraba en el Terra Nova era extraordinaria, incluso con el tiempo en calma, y no logramos localizar su entrada hasta que llevamos el barco al dique seco del puerto de Lyttelton, Nueva Zelanda, y se inundó la parte de proa.

Entretanto había que mantenerlo tan seco como fuera posible, tarea que se complicó cuando se derramaron por la sentina 160 litros de aceite durante la borrasca que se desató tras marcharnos de la isla Trindade. Más adelante nos enteramos de que un estibador (al que nunca maldeciríamos lo suficiente) había dejado un palmejar mal encajado. En consecuencia, la carbonilla y los pedazos pequeños de carbón que había guardados en aquella bodega acabaron en la sentina. Los 160 litros de aceite completaron el desastre, y las bombas fueron atascándose cada vez más hasta que al final hubo que llamar a Davies, el carpintero, para que desmontara algunas partes y quitara las bolas de carbón empapadas de aceite que las obstruían. La operación de achique duraba a veces prácticamente hasta las ocho, y luego había que repetirla por la tarde; en algunas ocasiones tuvieron que turnarse todas las guardias para hacerlo. De todos modos, era un buen ejercicio para nuestros músculos.

Las bombas estaban colocadas en el centro del barco, justo a popa del palo mayor, y descendían por un pozo contiguo a la escotilla posterior, la cual conducía a las bodegas normalmente destinadas al carbón y las briquetas. La espita de la bomba se abría a unos treinta centímetros por encima de la cubierta, y los émbolos se accionaban por medio de dos manivelas horizontales, de forma muy parecida a como se saca un cubo con el cilindro de un pozo de campo. Por desgracia, esta parte de la cubierta principal, que se encuentra justo delante del saltillo, está más expuesta a las olas que rompen a bordo que cualquier otra parte del barco, de suerte que cuando éste se bamboleaba la tarea de quienes estaban accionando la bomba en aquel momento no era nada envidiable. Durante la fuerte tempestad que tuvimos camino del sur, a los hombres que intentaban girar las manivelas les llegaba el agua hasta la cintura, y las bombas propiamente dichas estaban sumergidas a varios metros de

profundidad.

Desde Inglaterra a Ciudad de El Cabo estas pequeñas manivelas nos causaron muchos inconvenientes. Había que achicar mucho, y sobraban los hombres para hacerlo, pero las manivelas eran tan cortas que cada una de ellas sólo podía ser accionada por cuatro hombres. Además resultaba difícil agarrarlas bien cuando el barco se balanceaba mucho, y, cuando estallaba un golpe de mar, prácticamente no cabía otro remedio que dejar de bombear y aguantar, de lo contrario acababa uno en los imbornales.

En Ciudad de El Cabo nos facilitaron mucho las cosas pues alargaron las manivelas de un lado a otro de la cubierta de forma que la punta exterior diera vueltas en un hueco situado debajo de la batayola. De ese modo podían accionarlas con comodidad hasta catorce hombres y el achique pasó a ser un ejercicio más placentero y menos fastidioso.

El pozo de la bomba se sondeaba periódicamente con una barra de hierro que se bajaba atada a un cabo; la parte que salía mojada indicaba la profundidad del agua que quedaba en la sentina. Cuando ésta llegaba a más de treinta centímetros, el barco estaba prácticamente seco, y el grueso de la tripulación era libre para ir a bañarse y desayunar.

Entretanto, los miembros de la guardia se encargaban de manejar los cabos y las velas para aprovechar el viento y, si navegábamos simultáneamente a vela y a máquina, de subir la ceniza a cubierta por las dos mangas de los ceniceros para arrojarla al mar.

Han sonado ocho campanadas: son las ocho de la mañana y los dos camareros cruzan las cubiertas a todo correr con la esperanza de llevar el desayuno de la cocina a la sala de oficiales sin sufrir ningún percance. Unos oficiales desnudos se echan agua de mar sobre la cabeza, y es que navegamos sólo a vela y no hay vapor para manejar la manguera. Los oficiales de guardia de la noche anterior y sus mocosos saltan desganadamente de sus literas, y en la sala de oficiales se oye una enorme bulla, en medio de la cual se distinguen con frecuencia frases como: «¡Esa mermelada!»; «¡Páseme el café cuando acabe!»; «¿Me alcanza la mantequilla?» A la hora del desayuno todavía quedan algunas telarañas por sacudir.

Rennick está desayunando porque tiene que ir a relevar a Campbell en el puente. Entretanto, cada hora y cada cuatro horas se apuntan en el cuaderno de bitácora los datos correspondientes: la fuerza del viento, el estado de la mar, la altura del barómetro y todos los pormenores que han de constar en un diario de a bordo, incluida la distancia que indica la corredera. (Muchas fueron las veces en que me olvidé de leerla a la hora en punto y hube de apuntar la que yo creía que era y no la que era en realidad.)

La guardia de alba ha terminado.

De repente se oye un grito cerca de la crujía: «¡Fijo!» Una persona ajena al barco podría pensar que sucede algo extraño, pero se trata de una frase conocida a la que el hombre que maneja el timón suele responder: «¡Fijo, señor!», y los que están desayunando: «¡Un, dos, tres, fijo!», en un tono nada respetuoso. El causante de este alboroto es Pennell, y el motivo el siguiente: Pennell es el oficial de derrota, y la aguja magistral, debido a lo lejos que se encuentra del hierro en esta situación, está colocada en lo alto de la nevera. En cambio, el timonel gobierna con una aguja de bitácora colocada a popa, delante del timón. Sin embargo, por diversas razones, estas dos brújulas no señalan lo mismo en un momento dado, aunque la magistral es la más exacta de las dos.

En consecuencia, Pennell o el oficial de guardia ordena de vez en cuando al timonel que esté «listo para fijar», se llega a la brújula magistral y mira la aguja. Supongamos que el rumbo establecido es S. 40 E. Un barco de pasajeros navegaría casi sin desviarse del rumbo, a menos que hubiera viento fuerte o mar gruesa. Mas éste no es el caso del Terra Nova. Incluso con un buen

timonel, la aguja se aparta varios grados a un lado u otro de S. 40 E. Sin embargo, cuando se fija momentáneamente en la derrota exacta, Pennell grita la conocida palabra, «¡Fijo!», el timonel observa el lugar preciso que señala la aguja en la rosa de los vientos que tiene ante sí, S. 47 E., pongamos por caso, y sabe que éste es el rumbo que hay que poner con la aguja de bitácora.

Los gritos de Pennell eran tan frecuentes y penetrantes que acabaron haciéndole famoso, y muchas veces, cuando laboreábamos con mar gruesa y vientos fuertes, nos infundía ánimos oír aquella frase tan poco musical sobre nuestras cabezas.

Nos marchamos de Simon's Bay el viernes, 2 de septiembre, «para hacer la travesía del sureste» entre el cabo de Buena Esperanza y Nueva Zelanda, ese famoso viaje por los «rugientes cuarenta» que tantas penalidades puede hacerle pasar a un barco de vela, por no decir algo peor.

En Sudáfrica fueron muy hospitalarios. Tanto el almirante al mando de la base como las autoridades de los astilleros navales, y los navios de guerra Mutine y Pandora, nos trataron con enorme gentileza. Se encargaron de las reparaciones y los arreglos y enviaron destacamentos de trabajo para tal fin, dejando así que los tripulantes disfrutaran en la costa de cierta libertad, algo de agradecer tras nueve semanas de viaje. Aún me acuerdo del primer baño largo que me di.

Scott, que cuando llegamos se encontraba en el norte del país, se embarcó allí, mientras que Wilson se adelantó para realizar en Mel-bourne unas gestiones relacionadas fundamentalmente con los miembros australianos de la expedición, que se iban a incorporar en Nueva Zelanda.

Un par de nosotros fuimos a Wynberg, lugar que Oates conocía bien ya que había estado allí de baja durante la guerra sudafricana. En un momento en que todos los miembros de su unidad se encontraban heridos, él se había negado a rendirse a pesar de lo desesperado de la situación, y se había roto una pierna. Luego me contó que llegó a pensar que iba a morir desangrado, y que el hombre que yacía junto a él estaba convencido de que tenía una bala alojada en medio del cerebro. ¡Decía que notaba cómo se le movía! Ahora no se acordaba más que de un bóer gravemente herido que ocupó la cama contigua a la suya durante su convalecencia. El hombre en cuestión insistía en levantarse a abrirle la puerta cada vez que salía de la sala, lo cual le molestaba enormemente.

Por lo demás, lo único que recuerdo de Sudáfrica es el excelente discurso sobre la expedición que pronunció John Xavier Merriman y el comentario que al volver de cenar hizo un marinero acerca de un camarero llamado John, quien «se movía con la misma rapidez que un pedazo de esparadrapo».

Zarpamos de Simon's Town al amanecer y, tras pasar el día realizando observaciones magnéticas, salimos de la bahía False a última hora de la tarde con una marejada bastante fuerte. Navegamos con rumbo sur y buen tiempo hasta que el domingo por la mañana registramos vientos de fuerza 8 y el barómetro empezó a descender rápidamente. Durante la guardia de media sopló un auténtico vendaval, y navegamos unas treinta horas con las gavias bajas y el trinquete arrizado, y a veces también con las gavias altas. Muchos nos mareamos.

Entonces, tras dos días de relativa calma, estalló una fortísima tempestad del este, algo insólito por aquella zona (entre los 38° y los 39° de latitud sur). No nos quedó más remedio que poner las máquinas al mínimo y bolinear con rumbo norte en la medida de lo posible. La noche del viernes 9 de septiembre soplaron vientos de fuerza 10, y la guardia de alba estuvo muy animada pues el agua llegó a cubrir la batayola de sotavento.

El sábado, 10 de septiembre, tan pronto como acabamos de desayunar, viramos en redondo, e inmediatamente después remitió la tempestad. Luego estuvo lloviendo todo el día, aunque sopló poco viento.

El martes, 13 de septiembre, la guardia de alba se divirtió de lo lindo cuando se le vino encima otra tempestad con vientos de fuerza 8 mientras braceaba las vergas en cruz. La tormenta fue tan

imprevista que aunque acabó con las vergas de mayor, no consiguió bracear las de trinquete. Pero no duró mucho, y tras eso tuvimos dos días espléndidos: tuvimos sol, viento fuerte y favorable y mar de popa.

El fuerte oleaje que suele predominar por estas latitudes constituye un espectáculo impresionante, y se ha de ver desde una embarcación relativamente pequeña como el Terra Nova para apreciar su magnitud de forma cabal. Cuando el barco se elevaba sobre una montaña de agua, la siguiente cresta grande se encontraba a algo más de una milla de distancia, y en medio se extendía un profundo valle. Unas veces las olas se curvaban formando pendientes tan lisas que parecían de cristal; otras se rizaban, dejando una espuma blanca como la leche, y sus pendientes quedaban esmaltadas por una bella tracería de espuma. Estas olas jaspeadas son en verdad maravillosas; con el mar de popa, en un primer momento parecía imposible que el barco no quedara sumergido en la gran montaña de agua que estaba a punto de alcanzarle, pero luego se antojaba inevitable que se estrellara al fondo del abismo sobre el que parecía estar suspendido.

Sin embargo, las olas son tan largas que no resultan ni peligrosas ni incómodas, aunque el Terra Nova se balanceaba de una forma extraordinaria, inclinándose una y otra vez más de cincuenta grados hacia ambos lados y en ocasiones hasta cincuenta y cinco.

No obstante, a los cocineros no les resultaba nada fácil cocinar para medio centenar de tripulantes en la pequeña cocina de cubierta. A veces el pan del pobre Archer iba a parar a los imbornales, y los aislados tañidos de la campana del barco inspiraron el siguiente dicho: «Con oleaje moderado tañe la campana; con oleaje fuerte el cocinero pierde la calma.»

El domingo, 18 de septiembre, nos encontrábamos a mediodía a 39° 20' de latitud sur y 66° 9' de longitud este. Habíamos navegado 200 millas en las últimas veinticuatro horas, lo cual estaba muy bien para el Terra Nova. Por consiguiente, sólo nos faltaban dos días para llegar a St Paul, una isla deshabitada formada por los restos de un antiguo volcán cuyo cráter, circundado por una especie de herradura de tierra, constituye un puerto prácticamente sin salida al mar. Esperábamos poder desembarcar para realizar trabajos científicos, pese a lo difícil que era atracar allí. El lunes recorrimos otras 200 millas, y el martes hicimos todos los preparativos para el desembarco con el equipo apropiado; estábamos emocionados ante la oportunidad que se presentaba.

A las cuatro y media de la mañana siguiente se despertó a todos los tripulantes para meter vela antes de rodear St Paul, que ya estaba a la vista. El tiempo era borrascoso, pero no malo. A las cinco de la mañana, sin embargo, soplaba frescachón, y cuando terminamos de recoger el velamen ya habíamos perdido toda esperanza de desembarcar. Cuando por fin arrizamos el trinquete, ya estábamos hasta la coronilla de las velas, y navegamos viento en popa con éste y las gavias bajas.

Pasamos muy cerca de la isla y pudimos ver el cráter y los acantilados que se elevaban detrás de él cubiertos de una hierba verdusca. No había árboles, y pájaros sólo vimos los habituales por esos mares. Confiábamos en encontrar pingüinos y albatros anidando en la isla en aquella época del año, por lo que nos llevamos un tremendo chasco al no poder desembarcar. La isla tiene una altitud de 262 metros y es escarpada para su tamaño. Su extensión es de más de tres kilómetros de largo y un kilómetro y medio de ancho.

Al día siguiente el grueso de la tripulación recibió orden de mover carbón. Hay que decir que hasta entonces las carboneras, una a babor y otra a estribor de los hornos, las habían llenado un par de oficiales, tarea para la que se habían ofrecido voluntarios, día tras día, y que habían realizado cumplidamente.

En junio de 1910 embarcamos en Cardiff 450 toneladas de briquetas Crown. Este carbón tiene forma de prisma y resulta sumamente útil, ya que se puede arrojar con la mano por las puertas de las

carboneras de las bodegas contra el mamparo de la sala de calderas, que al cabo de cierto tiempo se dejó más alto que el nivel de hundimiento del carbón. El carbón que había que desembarcar eran estas briquetas, y se decidió trasladar más a popa todas las que quedaban y amontonarlas contra el mamparo de la sala de calderas, pues los hornos ya habían consumido el carbón que ocupaba aquel lugar. Esto nos permitiría barrer el polvo que caía entre las tablas del suelo y atascaba las bombas, estibarlo todo bien antes de aprovisionarnos por última vez en Nueva Zelanda, y de paso cargar por la escotilla principal el carbón que íbamos a subir a bordo en Lyttelton.

Entretanto amainó el vendaval que se había levantado seis días antes y que nos había impedido desembarcar. Tras marcharnos de St Paul habíamos apagado el fuego y navegado sólo a vela, y durante dos días recorrimos 119 y 141 millas respectivamente; sin embargo, al día siguiente hubo ocasiones en que prácticamente no nos movimos y sólo recorrimos 66 millas.

La noche del martes, 27 de septiembre, terminamos de carbonear, y lo celebramos tomando champán para cenar. Al mismo tiempo pusimos en marcha las calderas. Scott estaba ansioso por proseguir el viaje, lo mismo que todos los demás, dicho sea de paso. Pero el viento no estaba dispuesto a ayudarnos y se nos puso en contra en varias ocasiones durante los días siguientes, de suerte que no pudimos desplegar el velamen normal hasta la guardia de alba del 2 de octubre.

Esta ausencia de vientos del oeste en una región en la que suelen resultar peligrosos la explicó Pennell con la teoría de que avanzábamos en medio de un anticiclón, que a su vez avanzaba seguido por un ciclón situado detrás de nosotros. Probablemente navegábamos a vapor a la misma velocidad que la borrasca, que debía de recorrer una media de 150 millas al día.

Esta teoría podría explicar el hecho de que muchos veleros y vapores se encuentren continuamente con mal tiempo por estas latitudes. Si hubiéramos ido en un barco de vela sin motor auxiliar de vapor, el ciclón nos habría alcanzado y nos habríamos desplazado con él, por lo que hubiésemos tenido mal tiempo a todas horas. Por otra parte, un vapor normal y corriente habría navegado de la misma manera con buen tiempo y con mal tiempo. En cambio, nosotros, con nuestro vapor auxiliar de vapor, avanzábamos prácticamente a la misma velocidad que la borrasca que seguía nuestra estela, y por lo tanto permanecíamos dentro del anticiclón.

Durante el viaje de ida, Simpson y Wright realizaron observaciones físicas para estudiar la electricidad atmosférica sobre el océano, una serie de las cuales tenía por objeto la investigación del gradiente del potencial; en Melbourne se llevaron a cabo observaciones para determinar el valor absoluto del gradiente de potencial sobre el mar. También se realizaron numerosas observaciones a fin de establecer la cantidad de radio existente en la atmósfera, que se compararían después con las observaciones efectuadas en el aire de la Antártida. Las variaciones en la cantidad de radio no eran importantes. Durante el viaje del Terra Nova a Nueva Zelanda se obtuvieron también resultados sobre el tema de la ionización natural en recipientes cerrados.

Además de las labores que se realizaban en el barco y de las mencionadas investigaciones físicas, a lo largo de todo el viaje se llevaron a cabo trabajos de zoología de vertebrados, magnetismo y biología marina, así como observaciones para determinar la salinidad y la temperatura del mar.

En el campo de la zoología de vertebrados, Wilson llevaba un minucioso registro de aves y, con ayuda de Lillie, otro de ballenas y delfines. Todas las aves que conseguimos capturar, tanto en el mar como en la isla de Trindade, fueron despellejadas y convertidas en especímenes de museo. Wilson, Atkinson y yo las examinábamos para buscar parásitos internos y externos, labor que en general también llevábamos a cabo con todos los peces y animales que lográbamos capturar, entre ellos los peces voladores, un tiburón, y por último, aunque no por ello menos importantes, las ballenas que

cazamos en Nueva Zelanda.

Quizá merezca la pena explicar el método que empleábamos para capturar estas aves. Se agarraba un cabo y se ataba uno de sus extremos a un clavo torcido y el otro a las drizas de popa. El cabo debía ser lo bastante largo para que el clavo se arrastrara siguiendo la estela del barco o bien para que la cuerda rozara el mar. De ese modo, cuando se levantaba la driza a unos diez o doce metros sobre la cubierta, el cabo recorría una considerable distancia sobre el mar.

Los pájaros que volaban alrededor del barco se congregaban en su mayor parte en la estela, ya que allí encontraban los restos arrojados por la borda de los que se alimentaban. He visto a seis albatros juntos tratando de comerse una lata vacía de melaza.

Mientras vuelan de un lado a otro, existe la posibilidad de que rocen con las alas el cabo extendido sobre el mar. A veces golpean el cabo con la punta de las alas, en cuyo caso no se consigue ninguna captura. Pero tarde o temprano el ave acaba por tocar el cabo con la mitad superior del ala (el húmero). Al notar el contacto, parece que gira bruscamente en el aire, de tal suerte que la cuerda se entrelaza y queda apretada alrededor del hueso. Sea como fuere, el caso es que el pájaro termina forcejeando con el cabo y se le puede subir a bordo.

Lo difícil es conseguir una cuerda que sea lo bastante ligera para flotar en el aire pero también lo suficientemente fuerte para sostener sin romperse aves grandes como los albatros. Probamos infructuosamente con sedal, pero al final nos las arreglamos para comprar hilo de zapatero muy fuerte, de cinco hebras, que es excelente para este fin. Sin embargo, no sólo queríamos capturar especímenes sino hacer observa ciones de las diversas especies y averiguar el número en que aparecían y sus hábitos, ya que aún se sabe muy poco de estas aves marinas. Así pues, conseguimos la ayuda de todas las personas interesadas en el tema; hay que decir que participaron todos los oficiales y muchos de los marineros en la elaboración del registro de aves marinas, al cual se añadían nuevos datos casi cada hora durante el día. La mayoría de los oficiales y los tripulantes conocía las aves marinas más comunes en alta mar y también aquellas que se ven en los bancos de témpanos y en la costa del continente antártico, la cual, salvo raras excepciones, constituye el límite meridional del habitat de la aves.

Realizamos varias observaciones de ballenas, ilustradas por Wilson, pero en lo tocante a los mares entre Inglaterra y el cabo de Buena Esperanza y Nueva Zelanda, los resultados no revisten gran importancia, en parte porque apenas se las vio de cerca y en parte porque las ballenas que los habitan son bastante conocidas.

El 3 de octubre de 1910, a 42° 17' de latitud sur y 111 ° 18' de longitud este, dos rorcuales del norte (Balaenoptera borealis) adultos de unos quince metros de largo siguieron al barco de cerca, bajo la bovedilla, acompañados por una cría de color claro y unos cinco o seis metros de largo. Merced a esta observación y a otra realizada más adelante en Nueva Zelanda, mientras Lillie ayudaba a despedazar una ballena semejante en el centro ballenero noruego de la bahía de Islands, se llegó a la conclusión de que este rorcual, que frecuenta los mares suban-tárticos, es idéntico a nuestro rorcual del norte. Pero ésta fue la única observación que logramos hacer de cerca de una ballena antes de marcharnos de Nueva Zelanda.

No obstante, la información general acerca de estos animales resulta útil pues indica la relativa ^abundancia del plancton, que es el sustento de las ballenas en el océano. Hay más ballenas en el Antártico que en los mares más templados, y algunas ballenas al menos (las yu-bartas, por ejemplo) se desplazan en invierno al norte en busca de aguas más templadas para criar, más que para obtener alimento."

En cuanto a los delfines, se observaron cuatro especies sin lugar a dudas. El delfín más raro que

se vio fue el Tersioperonii, cuya peculiaridad es que carece de aleta dorsal. Fue avistado el 20 de octubre de 1910, a 42 ° 51' de latitud este y 153° 56' de longitud este.

Las informaciones sobre ballenas y delfines que no estén basadas en el examen de cuerpos y esqueletos se han de tomar con cautela. Resulta sumamente difícil identificar con exactitud científica una especie que uno sólo puede ver nadando en el agua y de la que la mayor parte de las veces únicamente se observan resoplidos y aletas dorsales. La nomenclatura de delfines, en concreto, deja mucho que desear, y es de esperar que en el futuro se organice una expedición con un arponero noruego, el cual podría realizar también otras labores, puesto que los arponeros noruegos son muy buenos marineros. Aunque Wilson estaba totalmente a favor de la idea y trató por todos los medios de conseguir uno, dado que los arponeros resultan caros y que esto seguirá siendo así mientras dure la demanda actual de ballenas, es posible que esta idea fuera rechazada, lamentablemente, por culpa del gasto. Llevábamos los aparejos para cazar ballenas de la expedición del Discovery, que nos había prestado gentilmente la Real Sociedad Geográfica de Londres. Hicimos varios lanzamientos, pero un arponero no especializado tiene pocas posibilidades de acertar. Si uno va a cazar ballenas, debe ser un experto.

Aunque durante esta etapa de la expedición no aminoramos la marcha del barco para poder hacer observaciones biológicas marinas, obtuvimos unas cuarenta muestras de plancton con una red para navegación a toda marcha. Nos fue imposible rastrear el fondo del mar hasta que llegamos a Melbourne, donde se instaló una red de arrastre en el puerto de Port Phillíp para probar el equipo y acostumbrar a los hombres a usarlo. Entre los objetivos de la expedición no figuraba dedicar tiempo a tareas de alta mar hasta que llegáramos a las aguas de la Antártida.

Apenas tuvimos viento durante cuatro días, y el que sopló fue de proa. Es poco habitual que un barco no pueda avanzar por falta de viento cerca del paralelo 40, pero el 2 de octubre, con todas las velas corrientes desplegadas y la presión cada vez más baja, tuvimos algo de viento a babor y recorrimos 158 millas en veinticuatro horas. Como el domingo hizo un día tranquilo, Scott celebró el oficio religioso con los oficíales y los tripulantes congregados alrededor del timón. Rara vez oíamos el oficio en cubierta, pues durante el viaje de ida los domingos acabaron siendo proverbiales por los ventarrones que soplaban, y el oficio, si lo había, se celebraba por lo general en la sala de oficiales. En una memorable ocasión tratamos de tocar el acompañamiento de los himnos con la pianola, pero como los arreglos de los rollos habían sido concebidos para conseguir efectos musicales y no para acompañar oficios religiosos, de pronto descubrimos que en el aparato sonaba algo enteramente distinto de lo que estábamos cantando. Durante toda la expedición lamentamos que no hubiera alguien que supiera tocar el piano, pues la música constituye un auténtico aliciente cuando se vive tan lejos de todos los placeres de la civilización. Como escribiera Scott en The Voyage of Discovery, en el que un oficial solía tocar todas las noches:

Esta hora de música se ha convertido en una institución a ia que ninguno de nosotros renunciaría de buen grado. Ignoro qué cosas les sugerirá a los demás, aunque puedo imaginármelas fácilmente; mas no me gusta escribir sobre estos temas. De todos modos, no me cuesta nada creer que nuestra música sirve para pulir muchas asperezas y para que acudamos todas las noches de un humor excelente a la cena, donde todos parecemos personas apacibles, aunque «listas para el combate» y preparadas para nuevas controversias.

El viento arreció, lo que nos llenó de alegría. Scott estaba impaciente: había mucho que hacer y no disponíamos de demasiado tiempo, pues se había decidido zarpar de Nueva Zelanda antes de las

fechas en que lo habían hecho las expediciones anteriores, a fin de adentrarnos más pronto en los bancos de témpanos y emprender antes el viaje del depósito. Por aquel entonces vimos el débilísimo resplandor de la aurora boreal, fenómeno al que acabaríamos acostumbrándonos, pero que no despertó tanto interés como la captura de varios albatros con los hilos que colgaban de popa.

El primero era un sombrío (Phoebetria fusca). Lo dejamos en cubierta, por donde se paseó todo ufano, dando golpes secos con las patas al andar. Se trataba de un ave muy bella, con el cuerpo negro como el carbón, la cabeza grande y negra, una línea blanca sobre cada ojo y una preciosa línea violeta a lo largo del negro pico. Nos trató con sumo desdén, lo que nos pareció muy justo viniendo de una criatura tan bella. Unos días después capturamos de una tacada un albatros viajero, uno cejinegro y uno sombrío, y los dejamos en cubierta atados a los ventiladores para fotografiarlos. Eran unas aves tan bellas que nos daba pena matarlas, pero su valor como especímenes científicos pesó más que el deseo de dejarlas libres, así que les administramos éter para que no sufrieran.

En los mares del hemisferio sur habitan estas y otras especies de aves, pero el albatros es la preeminente. Ya se ha señalado que, en opinión de Wilson, si no todas, al menos el albatros vuela alrededor del mundo por aquellos tempestuosos mares empujado por los vientos del oeste y sólo baja una vez al año para criar a islas como la de Kerguelen, la de St Paul, las Auckland y otras. De ser así, el descanso del que pueden disfrutar sobre las grandes olas que predominan por estas latitudes debe de resultar insuficiente si se juzga con el criterio que se aplica en el caso de aves más civilizadas. Aunque en otras regiones he visto ejemplares de aves marinas que parecían volar miles de millas sin separarse del barco ni un solo día, durante este viaje saqué la conclusión de que cada mañana aparecía un grupo distinto de aves y que tenía hambre cuando llegaba. Por la mañana volaban a popa y más cerca del barco, por supuesto, y se alimentaban de los restos que arrojábamos por la borda. Más tarde, una vez satisfecho el hambre, las aves se dispersaban, y las que continuaban volando a popa se mantenían a gran distancia. De ahí que capturáramos especímenes a primera hora de la mañana, y sólo uno después de mediodía.

El viento seguía siendo favorable, y no tardó en soplar con bastante fuerza. El viernes, 7 de octubre, navegamos a 7 y 8 nudos sólo con vela, lo cual estaba muy bien para el «Terra Brioso», que era como llamábamos familiarmente a nuestro querido barco. Faltaban sólo 1.000 millas para llegar a Melbourne. El sábado por la noche estábamos listos para maniobrar con las drizas de juanete. Campbell relevó a la guardia a las cuatro de la mañana del domingo. El viento soplaba con fuerza y racheado, pero el barco seguía con los juanetes desplegados. Teníamos marejada de popa.

A las seis y media ocurrió uno de esos incidentes de la vida en el mar que tienen interés aunque carezcan de importancia. De repente estalló sobre nosotros el primer turbión realmente violento de la travesía. Soltamos las drizas de juanete: cayó la verga de juanete de proa, pero la del juanete mayor se quedó atascada a medio camino. Después nos enteraríamos de que un matafiol que había salido disparado de la verga había obstruido el motón de la escota de la gavia alta. La verga de juanete estaba totalmente inclinada hacia estribor y se balanceaba de un lado a otro, la vela parecía que iba a salir volando de un momento a otro y hacía el mismo ruido que un cañón, y el mástil temblaba violentamente.

Temíamos perder el mastelero, pero nada se podía hacer mientras el viento soplara con semejante furia. Campbell caminaba de un lado a otro del puente, en silencio y con una sonrisa en los labios. La guardia se agrupó alrededor de los flechastes, lista para subir a la arboladura, y Crean se ofreció a subir él solo para intentar desenganchar la verga, pero le fue negado el permiso. La situación que se había creado con el mastelero era sumamente delicada, pero no había nada que hacer.

Cuando pasó la borrasca pudimos soltar y aferrar la vela, de suerte que al siguiente turbión fuerte ya estábamos preparados para bajar las gavias altas y no hubo ningún problema. Al final, los desperfectos fueron una vela rajada y un mastelero a punto de romperse.

A la mañana siguiente se envergó el nuevo juanete, pero en medio de la operación cayó la mayor granizada que jamás haya visto. Muchos pedazos de granizo tenían varios centímetros de diámetro y hacían daño aun cuando uno llevara prendas gruesas e impermeable. Al mismo tiempo se formaron varias trombas de agua. Los hombres subidos a la verga de juanete pasaron un rato espantoso. En cubierta algunos hombres hicieron bolas con el granizo como si de nieve se tratara.

A partir de aquel momento seguimos nuestro rumbo perseguidos por una borrasca. El 12 de octubre, a primera hora de la mañana, avistamos el faro del cabo de Otway. Trabajando de firme en la sala de máquinas y con todo el velamen desplegado, a punto estuvimos de llegar a la embocadura de Pon Phillip a mediodía, pero la marea estaba cambiando, y nos fue imposible pasar. Llegamos al puerto de Melbourne aquella misma noche, en medio de una profunda oscuridad y con fuerte viento.

A Scott le aguardaba un telegrama:

Madeira. Me dirijo al sur.

AMUNDSEN

Este telegrama tuvo una importancia capital, como se verá cuando lleguemos al último acto de esta tragedia. El capitán Roald Amundsen era uno de los exploradores más distinguidos del mundo y se encontraba en la flor de la vida: tenía cuarenta y un años, dos menos que Scott. Había estado en la Antártida antes que él, con la expedición belga de 1897-1899 y por lo tanto opinaba que el polo Sur no nos pertenecía en absoluto. Luego había hecho realidad un sueño perseguido durante siglos de exploración: cruzar el paso del Noroeste, proeza que llevó a cabo en 1905 nada menos que en una goleta de 60 toneladas. La última noticia que teníamos de él era que había equipado el viejo barco de Nansen, el Fram, para seguir explorando el Ártico. Pero se trataba tan sólo de una treta. Ya en el mar había comunicado a sus hombres que se dirigía al sur, no al norte, y al llegar a Madeira había enviado este breve telegrama, cuyo verdadero significado era: «Voy a llegar al polo Sur antes que usted.» Aunque en aquel momento no nos apercibimos de ello, teníamos enfrente a un hombre formidable.

El almirante al mando de la base australiana subió a bordo. El episodio más destacado de la inspección lo protagonizó Nigger, el gato negro del barco, inconfundible por el bigote blanco que lucía a babor, que hizo un arriesgado viaje a la Antártida y murió prematuramente durante el regreso. Los marineros le hicieron una hamaca con una manta y un almohadón y la colgaron entre sus literas, a proa. Nigger estaba acostado, pues se sentía mal por culpa de unas mariposas que se había comido, de las cuales estaba lleno el barco. Cuando lo despertó el almirante, Nigger no tenía ni idea de la importancia de la ocasión, así que se estiró, bostezó con suma naturalidad, dio media vuelta y volvió a dormirse.

Este gato llegaría a ser un miembro muy conocido y fotografiado de la tripulación del Terra Nova. Se dice que era tan glotón que imitaba a los romanos de la antigüedad, pues comía toda la grasa de foca de que era capaz y la vomitaba, tras lo cual reanudaba su ágape. Tenía un pelo bellísimo. En 1911, cuando el barco regresaba de la Antártida, Nigger se asustó de algo que había en cubierta y saltó al mar, que estaba bastante agitado. Pero pusimos el barco al pairo, echamos un bote al agua y lo rescatamos. Nigger pasó otro feliz año a bordo pero desapareció una oscura noche de 1912 durante una fuerte tempestad, cuando el barco regresaba de su segundo viaje al sur. A menudo subía voluntariamente a la arboladura con los marineros. Aquella noche lo vieron sobre la verga de gavia baja, más arriba de lo que solía subir. Desapareció en medio de un violento turbión, probablemente a causa del hielo que cubría la verga.

Wilson se reincorporó a la expedición en Melbourne, y Scott se fue a realizar más gestiones, aunque se reuniría con nosotros en Nueva Zelanda. Cuando desembarcó, creo que ya conocía a los miembros de la expedición lo suficiente como para juzgarlos bien. No puedo por menos de pensar que se sentía complacido: la camaradería y el entusiasmo que reinaban a bordo sólo podían dar buen fruto. No cabe duda de que habría sido posible encontrar unos hombres capaces de maniobrar un barco de vela con mayor destreza, pero no de que, a pesar de todas las incomodidades, estuvieran más dispuestos a trabajar de firme en tareas desagradables sin perder la alegría ni por un instante. Y debió de quedarle claro que, a la vista de las energías que tan generosamente estaban gastando, para ellos lo primero era la expedición, mientras que la persona no contaba nada. Dice mucho en honor de todos los que participaron en ella que desde el día en que el Terra Nova zarpó de Londres hasta el día en que regresó a Nueva Zelanda, tres años después, este espíritu presidió en todo momento la expedición.

Entre los oficiales, el que cada vez gozaba más de la confianza de Scott era Campbell, quien sería el encargado de dirigir el grupo del norte. Mostraba ya las virtudes con las que lograría que su pequeño grupo pasara sin percances el invierno más severo que haya soportado nunca un ser humano. Bowers también estaba demostrando tener las cualidades del buen marinero, las cuales constituyen un excelente criterio para juzgar a un explorador de la Antártida: es probable que quien se revele como un buen marinero en un barco de vapor valga para arrastrar un trineo por el polo. Pero por entonces Scott no podía prever que Bowers resultaría ser «el viajero más fuerte que haya emprendido nunca un viaje al polo, así como uno de los más imperturbables». Pero ya había demostrado ser un marinero de primera. Entre los miembros jóvenes del equipo científico también había varios que como marineros estaban mostrando cualidades que constituían una buena señal de cara al futuro. En resumen, creo que Scott debió de desembarcar animado en Australia.

Cuando zarpamos de Melbourne con rumbo a Nueva Zelanda, todos estábamos un tanto fatigados, lo que no era de extrañar. Por lo tanto, una temporada en tierra nos haría un enorme bien tras los cinco meses de brega ininterrumpida que habíamos pasado metidos en un barco al que no le costaba nada inclinarse cincuenta grados a cada lado. Además, aunque se había hecho todo lo posible para que no ocurriera, se notaba la falta de carne y verdura frescas, por lo que fue una excelente idea que nuestro grupo, con el cual que se estaban tomando todas las precauciones contra el escorbuto que la ciencia moderna podía recomendar, comiera una buena cantidad de alimentos antiescorbúticos y disfrutara de un cambio de vida igualmente beneficioso antes de abandonar la civilización.

De ahí que sintiéramos cierta expectación cuando en la mañana del lunes, 24 de octubre, olimos tierra: era Nueva Zelanda, base de tantas expediciones a la Antártida, donde sabíamos que iban a dispensarnos una calurosa acogida. El Discovery de Scott y el Nimrod de Shackleton atracaron en el mismo muelle de Lyttelton en el que iba a fondear ahora el Terra Nova y también, que yo sepa, en el

tinglado n.° 5, en el cual vaciaron sus bodegas y volvieron a llenarlas junto con todo lo que pudo darles Nueva Zelanda, sin querer recibir pago alguno. Y de allí zarparon y allí regresaron año tras año sus barcos de socorro. Las palabras que pronunció Scott durante la expedición del Discovery son igual de pertinentes en el caso de viaje del Terra Nova. Nueva Zelanda no sólo hizo a título oficial todo lo que estaba en sus manos para ayudar a la expedición, sino que además los neozelandeses recibieron tanto a oficiales como a tripulantes con los brazos abiertos y «les hicieron comprender que, aunque ya les separaban miles de millas de su país de origen, aquí, en esta nueva tierra, encontrarían un segundo hogar y a personas que pensarían en ellos de igual modo en su ausencia y les daría la bienvenida a su regreso».

Pero antes de arribar a nuestro último puerto de escala teníamos que bordear la costa meridional de Nueva Zelanda y remontar la costa este en dirección norte. El viento soplaba de proa, y hasta el 28 de octubre no logramos entrar en la embocadura de Lyttelton. Se había corrido la voz de que zarparíamos el 27 de noviembre, y había mucho que hacer en el escaso mes que teníamos por delante.

Fueron cuatro semanas de duro trabajo que dejaron margen para mucha diversión. El barco fue descargado (como de costumbre, tanto los tripulantes como los oficiales hicieron de estibadores) y atracado para que pudiera buscar el origen de la vía de agua el señor H. J. Miller de Lyttelton, quien ha prestado servicios semejantes a más de una embarcación que se dirigía a la Antártida. Pero las diferentes capas que protegen un barco destinado a combatir el hielo están dispuestas de forma tan complicada que resulta muy difícil encontrar vías de agua. Lo único que cabe decir con un mínimo de seguridad es que el punto en el que aparece el agua por dentro del revestimiento de un navio no es el lugar por el que ha penetrado en el forro exterior. «Nuestro buen amigo Miller -escribió Scott- acometió la tarea de encontrar la entrada de agua y localizó su origen en la popa. Descubrimos que la popa falsa estaba agrietada; habían hecho un agujero para un perno pasante de popa, y era demasiado grande para el que debía ir allí […]. El barco sigue haciendo agua, pero ahora podemos contenerla achicando con la bomba de mano dos veces al día durante quince o veinte minutos.» Esto fue en Lyttelton; pero en un futuro no muy lejano nos encontraríamos con todas las bombas obstruidas y tendríamos que achicar con tres cubos para salvar el pellejo, literalmente.

La hazaña de Bowers de clasificar y estibar no sólo las reservas con las que contábamos sino el queso, la mantequilla, la comida enlatada, el tocino, los jamones y los muchos otros productos de Nueva Zelanda que cualquier expedición que abandone dicho país debería comprar siempre allí en lugar de cruzar con ellos el trópico, fue una obra maestra de organización y perspicacia. Antes de estibarlas, estas reservas fueron nuevamente catalogadas, y las provisiones de precinto verde (las correspondientes al grupo del norte) y las de precinto rojo (las del grupo principal) no sólo resultaron fáciles de distinguir sino que fueron estibadas de manera que no hubiera problemas para disponer de ellas en el momento adecuado y en el debido orden.

Habíamos desembarcado las dos cabañas en las que íbamos a establecer las bases de nuestros dos grupos en el sur, y ahora las estaban construyendo en un descampado los hombres que iban a encargarse de esa misma tarea cuando llegásemos a la Antártida.

También se estibó con sumo cuidado el equipo necesario para los diversos trabajos de investigación científica que la expedición tenía el propósito de llevar a cabo. Entre los objetos más voluminosos figuraban un motor de gasolina y una pequeña dinamo, un instrumento muy delicado provisto de un péndulo que servía para determinar la gravedad de la Tierra, unas estaciones meteorológicas y un anemómetro Diñes. También había una cabaña especial para hacer observaciones magnéticas, de la que al final sólo se bajó el armazón y los necesarios aunque

voluminosos aparatos. El equipo fotográfico y biológico también tenía un tamaño considerable.

Para el interior de las cabañas disponíamos de camas con colchones de muelles (un auténtico lujo por el que valía la pena sacrificar el espacio que ocupaban y gastar el dinero que valían), mesas, sillas, cocinas económicas y tuberías, y para los dos grupos una instalación completa de gas de acetileno. También teníamos unos grandes ventiladores, aunque no dieron muy buen resultado. El problema de la ventilación en las regiones polares está todavía por resolver.

La comida se puede guardar en un espacio relativamente pequeño, pero no así el combustible, que constituye una de las grandes dificultades que se le plantean al viajero polar. En este sentido hay que reconocer que Noruega, con su maravilloso Fram, que tiene motor de gasolina, está mucho más adelantada que nosotros. El Terra Nova funcionaba con carbón, y la duración de su estancia en el sur y el número de expediciones que podía llevar a cabo tras el desembarco de los grupos de tierra dependían casi por entero de la cantidad de este combustible que pudiera llevar una vez que lo hubiéramos cargado hasta los topes con todo lo que precisa una expedición científica moderna.

El Terra Nova zarpó de Nueva Zelanda con 425 toneladas de carbón en las bodegas y las carboneras y 30 toneladas más en cubierta metidas en sacos. Volveremos a oír hablar de estos sacos.

Entretanto, construimos bajo el castillo de proa cobertizos para 15 ponis, y como no pudimos encontrar espacio abajo para los otros cuatro, los dispusimos junto a la escotilla de proa, a babor. Las cubiertas estaban calafateadas, y se aseguraron las casetas y los demás accesorios que podían soltarse como consecuencia del oleaje.

A medida que se acercaba el momento de la partida, la vida en el mundo civilizado se iba haciendo cada vez más atractiva. Lyttelton estaba muy animada y concurrida: un científico trata de meter una caja más en su pequeño laboratorio o arroja al pie de su litera un montón de ropa que le acaban de entregar y sobre la cual va a tener que dormir, ya que no hay sitio donde ponerla en el suelo de su camarote; en la cubierta principal, Bowers intenta guardar en la nevera otra oveja congelada, y en la arboladura los grupos de trabajo revisan los aparejos de labor. El personal de la sala de máquinas está ocupado con el motor y, aunque el barco se halla atestado de gente, reinan el orden y la limpieza.

Pero el ambiente que se respira la mañana del sábado, 26 de noviembre, resulta indescriptible. No se ve ni un centímetro de cubierta: además de las 30 toneladas de carbón en sacos, se han cargado dos toneladas y media de gasolina en bidones, los cuales están metidos a su vez en cajas de madera. Sobre los sacos y las cajas, y también sobre el tejado de la nevera, hay 33 perros encadenados, lo bastante lejos los unos de los otros como para evitar que hagan lo primero que les pide el instinto, es decir, pelearse con el animal más cercano. En el barco no se oye más que aullidos. Los 19 ponis se apretujan dentro de los cobertizos de madera del castillo de proa y de cubierta. Los tres trineos de motor, que son tan grandes que lo tapan todo (miden 4,75 por 1,5 por 1,2), están metidos en sus enormes cajones de embalaje, uno a cada lado de la escotilla principal y el tercero sobre el saltillo. Han sido tapados con lonas impermeables y asegurados de todas las maneras posibles, pero no hay duda de que con mar gruesa la cubierta estará sometida a una gran violencia debido a su peso. Lo que se ve no resulta nada tranquilizador, pero se ha puesto el máximo cuidado para garantizar que el cargamento de cubierta no se mueva y que los animales estén todo lo protegidos del viento y el oleaje. Por otra parte, de nada sirve preocuparse por lo que no tiene remedio.

3. RUMBO AL SUR

Descubre los huesos, y nada más que pudnción en la mejor cara hallarás; y es que en ti, Señor, reside la belleza: en la revelación.

GEORGE HERBERT

Telegramas de todas partes del mundo, servicios especiales de tren, multitudes y manos alzadas en señal de despedida, barcos de vapor en la embocadura y un barullo generalizado: éstos fueron los incidentes el sábado, 26 de noviembre de 1910, a las tres de la tarde, cuando salimos del muelle de Lyttelton. Ibamos a hacer escala en Dunedin antes de abandonar la civilización. Arribamos el domingo por la noche, y allí cargamos el resto del carbón.

El lunes por la noche bailamos con atuendos estrafalarios, ya que no llevábamos la ropa para las ocasiones solemnes, y al día siguiente por la tarde pusimos finalmente rumbo al sur en medio de un extraordinario entusiasmo. Las esposas de los expedicionarios nos acompañaron hasta que nos adentramos en el mar.

Entre quienes esperaron al último momento para despedirse de nosotros se encontraba el señor Kinsey, de Christchurch. Fue el representante de Scott durante la expedición del Discovery y el de Shackleton en 1907.

Todos tenemos con él una profunda deuda de gratitud por la ayuda que nos prestó.

Su interés en la expedición es algo maravilloso, y en el caso de un hombre de negocios tan sagaz como él toda una baza, de la cual he podido sacar el máximo provecho. Kinsey será mi representante en Christchurch durante mi ausencia. Le he otorgado poder notarial ordinario, y creo que le he facilitado todos los datos. No tengo palabras para describir la gentileza que ha mostrado con nosotros.

Noche: se ve en el horizonte el resplandor de la costa y el parpadeo del faro del cabo Saunders.

Lo prioritario eran los ponis y los perros. Éstos lo pasaban mal incluso cuando el tiempo estaba en calma.

Las olas siguen rompiendo contra las amuradas de barlovento y esparcen enormes nubes de espuma sobre las espaldas de todo aquel que se aventura a salir al combés del barco. Los perros tienen el pelo chorreando y se protegen con la cola de este tiempo inclemente. Es un gesto penoso, y lo único que significa es que tienen frío y están pasándolo mal; de vez en cuando un pobre animal lanza un prolongado y lastimoso gemido. En conjunto presentan un cuadro de profundo sufrimiento; esta vida es verdaderamente difícil para estas desdichadas criaturas.

Los ponis estaban mejor. Cuatro se encontraban en cubierta, en medio del barco, rodeados de

tablas. Llama la atención el que estos ponis se sintieran mucho más tranquilos cuando hacía mal tiempo que los que estaban en la proa del barco.

Debajo del castillo de proa se apretujan unos contra otros, siete a un lado, ocho al otro, con las cabezas juntas y el mozo de cuadra en medio, balanceándose sin cesar al ritmo del brusco e irregular vaivén del barco.

Si uno echa un vistazo por el agujero del mamparo, lo que ve es una fila de cabezas de ojos tristes y pacientes elevándose simultáneamente por estribor mientras descienden las de babor; luego son éstas las que se elevan y las de estribor la que descienden. Para estos desdichados animales supone una prueba terrible tener que soportar esto día tras día durante semanas, y, aunque siguen comiendo bien, el esfuerzo no tarda en repercutir en su peso y condición física. Así y todo, esta prueba no se puede juzgar aplicando criterios humanos.

Los mares que teníamos que surcar para llegar a la banca de hielo debían de ser de los más tempestuosos del mundo. Dante nos cuenta que quienes han cometido pecado carnal son azotados por vientos sumamente furiosos en el segundo círculo del Infierno. El infierno correspondiente en la Tierra se encuentra en los mares del sur, que circundan el mundo sin solución de continuidad, azotados por vendavales que corren unos tras otros dando vueltas y más vueltas al planeta de oeste a este. Allí se encuentra uno con los albatros (los enormes viajeros, y también los sombríos y los ojerosos), que vuelan impulsados por estos furiosos vientos con tanta ligereza como Paolo y Francesca, dando vueltas al mundo sin parar. Dudo que se posen más de una vez al año, y cuando lo hacen es para criar en alguna de las islas que hay en estos mares.

Existen muchas otras aves marinas hermosas, pero las más hermosas de todas son los petreles de las nieves, los seres más parecidos a las hadas que hay en la Tierra. Completamente blancos y diríase que trasparentes, son los espíritus de la banca de hielos, lugar que, salvo para anidar, no abandonan casi nunca y por el que vuelan «de un lado a otro por separado, en zigzag, brillando sobre el cielo azul cual mariposas blancas o resplandecientes copos de nieve». Luego están los petreles gigantes, cuya coloración constituye un rompecabezas. Unos son casi blancos, otros marrones, y presentan todas los tonalidades que hay entre un color y otro. En general, las formas blancas aumentan a medida que uno avanza hacia el sur. Pero en su caso no rige la habitual teoría del color como forma de protección, ya que no existen enemigos de los que este pájaro deba protegerse. ¿Guardará esto relación con el calor que irradia su cuerpo?

Como los barcos que emprendían este viaje solían tener dificultades por el camino, la sobrecarga del Terra Nova era motivo de inquietud. Los meteorólogos de Australasia no habían ahorrado esfuerzos a la hora de pronosticar el tiempo que íbamos a tener. Habíamos prescindido sin ningún miramiento de todo lo que no fuera absolutamente imprescindible. Aun así, en las bodegas y los entrepuentes no quedaba ni un solo centímetro cuadrado que no estuviera ocupado, y en cubierta llevábamos todo lo que cabía almacenar allí con un mínimo de seguridad. Los oficiales y tripulantes apenas podían moverse en sus dependencias cuando se ponían derechos, y, desde luego, no todos podían sentarse. Decir que íbamos muy cargados es una manera muy suave de describir la situación.

El jueves, 1 de diciembre, topamos con un vendaval. Por la tarde acortamos vela para arriar las gavias, el foque y la vela del estay. Tanto el viento como las olas se levantaban con gran rapidez, y antes de que cayera la noche empezó a soltarse el cargamento de cubierta.

Ya me he referido al cuidado con que se había amarrado todo, pero ninguna amarra hubiera podido resistir durante mucho tiempo las embestidas de aquellos sacos de carbón. No quedaba otro remedio que afrontar el peligro, y todos los hombres trabajaron sin descanso durante horas en el

combés del barco, arrojando sacos por la borda e intentado en la medida de lo posible amarrar de nuevo las cajas de gasolina en circunstancias tan difíciles y peligrosas como las descritas. Los golpes de mar rompían sin cesar sobre los hombres, que cada dos por tres quedaban completamente sumergidos. En tales ocasiones tenían que agarrarse a alguna pieza fija del barco para que no les arrastraran las olas, pero como el agua movía de un lado a otro cajas y sacos de carbón sueltos, corrían el enorme peligro de que se les rompieran los asideros.

Tan pronto como parecía que se restablecía un poco el orden, una ola de extraordinaria violencia arrancaba las amarras y había que repetir toda la operación desde el principio.

El tiempo siguió empeorando por la noche, y algunos nos mareamos, lo cual no hizo más que complicarnos las cosas. Guardo un vivo recuerdo de las dos horas que pasé en la arboladura durante la guardia de alba del viernes y de los continuos mareos que sufrí. Para pasar un momento verdaderamente aciago, no hay nada como un huracán, una temperatura no muy alta, la verga de un navio, una vela mojada y marearse.

Debió de ser por entonces cuando dieron orden de cargar y aferrar el foque. Bowers y cuatro hombres subieron al bauprés y, cada vez que el barco zambullía con fuerza la proa en las enormes olas, quedaban prácticamente sumergidos en ellas. Fue una lección ver cómo conducía a aquellos hombres al interior de aquel infierno de olas rugientes. El mismo Bowers ha dejado una vivida descripción de aquella tempestad en una carta que envió a su casa. Tenía tendencia a subestimar las dificultades, ya fuera la fuerza del viento durante una ventisca o a las penalidades de un explorador polar. El lector deberá de tener esto en cuenta cuando lea el gráfico relato que gentilmente me ha permitido citar su madre.

Pasamos los cuarenta a una velocidad fantástica, pero apenas hubimos cruzado los cincuenta, nos alcanzó una de esas tremendas tempestades. Nuestra latitud era de unos 52°, una región del mundo que no frecuentan embarcaciones de ningún tipo, y como el viento ya nos había alejado de la isla de Campbell, a sotavento no podíamos contar con nadie hasta que llegáramos el cabo de Hornos. Entonces comprendí que, hiciera el tiempo que hiciese, en el Nimrod siempre tenían la seguridad de que, si las cosas se ponían feas, un gran barco de vapor se ocuparía de ellos. Nosotros estábamos completamente solos en varios cientos de millas a la redonda, y como a mí nunca me había preocupado ningún barco, aquel viejo ballenero iba a depararme una experiencia nueva.

La tarde en que estalló la tempestad ayudé a asegurar los juanetes, las gavias altas y el trinquete, y al bajar a cubierta me quedé horrorizado al ver que en algunos sitios los sacos de carbón habían empezado a flotar por culpa de las fuertes olas que seguían rompiendo a bordo. Los sacos, haciendo las veces de arietes, estaban rompiendo las amarras de algunas de las cajas de gasolina que tan cuidadosamente había estibado yo, y ponía en peligro toda la carga. Había empezado a asegurar las velas a las tres de la tarde, y ya eran las nueve y media cuando acabé de poner las amarras de refuerzo a todo lo que pude. El mar se levantaba con tal rapidez que uno se encontraba cada dos por tres flotando y nadando de un lado a otro. Estuve dos horas acostado, pero permanecí despierto oyendo el retumbar de las olas y pensando en el tiempo que aguantarían las cajas en su sitio, hasta que por suerte llegó la hora de la guardia de media. Estábamos con dos gavias bajas y al pairo, y los motores iban tan lentos que no había manera de mantener el barco de proa al viento. En una situación diferente me lo habría tomado con calma; pero la cantidad de agua que entraba a bordo era realmente espantosa, y la violencia a la que estaba sometiendo al viejo barco era suficiente como para preocupar a cualquier marinero al que se le hubiera pedido llenar sus cubiertas de cachivaches de

proa a popa. Pero «quien nada arriesga, nada consigue». Como no disponíamos de fondos para conseguir otra embarcación, no nos quedó más remedio que elegir entre sobrecargar la que ya teníamos y arriesgarnos a pasarlo peor en el sur. La guardia estuvo plagada de incidentes, pues debido al vaivén del barco el carbón bueno fue a parar a la sentina; éste, al mezclarse con el aceite de los máquinas, suele formar bolas de carbón y grasa, que de ordinario salen fácilmente con las bombas; ahora, sin embargo, entre los fuertes tirones, los cientos de toneladas de peso que soportaba la cubierta y las constantes olas, el agua entraba a tal velocidad que las bombas, medio obstruidas, no daban abasto. Tenía la alternativa de ir más rápido para reactivar la gran bomba de las máquinas principales, y así lo hice, a mi pesar y haciendo caso omiso de los principios básicos de la navegación. Naturalmente, cada vez hacíamos más agua, y si volví a frenar y dejé que entrara más fue sólo para evitar un golpe de mar en plena cubierta. La baza que podía jugar ahora era la de ordenar a la guardia que achicara también con las bombas de mano, pero éstas también estaban obstruidas, o poco les faltaba para estarlo.

Pero incluso con todas las bombas en funcionamiento (las de vapor y las de mano), el agua seguía subiendo en la cámara de fuegos. A las cuatro de la madrugada todos los hombres recogieron el velacho bajo y nos quedamos con las velas mínimas. La tempestad arreciaba (llegaron a soplar vientos de fuerza 11) y se levantaban unas olas como sólo llegan a producirse en los cincuenta del sur. Se presentó en cubierta el grueso de la tripulación y todos empezaron a mover las bombas con fuerza, tarea desalentadora pues sólo salía un hilillo de agua. Para despejar la parte de la cubierta de popa en torno a las bombas tuvimos que arrojar algo de carbón por la borda. Entonces me puse a recoger las cajas de gasolina que se habían soltado. Arranqué un par de tablones de las amuradas de sotavento para que las olas tuvieran alguna vía de escape, ya que llegaban justo a la altura de la batayola y se corría peligro de salir flotando por el costado empujado por la contracorriente, que era tan violenta como los rápidos de un río. Aquel día me harté de nadar. Todas las cajas que recogí las puse en la popa a barlovento para que así el barco gozara de mayor estabilidad. Éste sotaventeaba de una forma horrorosa, y los desventurados ponis, a pesar de encontrarse a cubierto, recibían tales sacudidas que los de barlovento no podían mantener las patas en los establos de lo acusada que era la pendiente y la fuerza que tenían que hacer con las patas delanteras. Oates y Atkinson se dejaron la piel con ellos, pero cuando llegó la mañana uno de los ponis murió, y un perro desapareció por la borda. Los perros, bien sujetos en cubierta y encadenados por el cuello, eran zarandeados de un lado a otro por el agua, y muchas veces permanecían sumergidos durante largo rato. Aunque hicimos todo lo que estaba en nuestras manos para ponerlos lo más arriba posible, el mar llegaba a todas partes. La sala de oficiales estaba chorreando, al igual que nuestras literas, la ropa buena, los libros y todas las demás cosas. Pero esto dejó de importarnos cuando el agua alcanzó los hornos y apagó el fuego. Entonces comprendimos que el barco se había encontrado con la horma de su zapato y empezaba a llenarse lentamente. A falta de bombas con las que extraer el agua, recurrimos a una solución desesperada: achicar con cubos. De haber sido posible abrir la escotilla, habríamos podid'o desatascar de inmediato el pozo de la bomba principal, pero al estar el barco literalmente bañado por aquellas espantosas olas, si lo hubiéramos hecho no habría tardado ni diez minutos en hundirse.

Tras deliberar todos juntos, el jefe de máquinas (Williams) y el carpintero (Davies) se pusieron a abrir un agujero en el mamparo de la sala de máquinas; como era de hierro, la tarea les llevaría al menos doce horas. El capitán Scott estuvo francamente espléndido; se comportó como si se encontrara en el puerto de Cowes, y dicho sea en su honor y en el de Teddy Evans, los marineros de agua dulce que tan denodadamente estaban trabajando no llegaron a percatarse de lo grave de la situación ni siquiera cuando nos vimos más apurados. El capitán Scott me dijo en voz baja: «Me

temo que las cosas se están poniendo feas. ¿Usted qué opina?» Le respondí que aún nos faltaba mucho para dejar esta vida; sin embargo, en aquel momento Oates fue a popa, poniendo en peligro su vida, para comunicarnos que había muerto otro caballo y que otros se encontraban en mal estado. Entonces una ola descomunal barrió por completo las amuradas de sotavento entre las jarcias del trinquete y las de mayor; y si no llega a ser por las cadenas que lo sujetaban, habríamos perdido el trineo de motor de sotavento; al instante me arrojé al agua a buscar cajas de gasolina. El capitán Scott me dijo con tranquilidad que «carecían de importancia», con lo que los trineos de motor, nuestra gran baza para llegar al polo y objeto de tantísima publicidad, también «carecían de importancia». Los perros parecían hallarse en las últimas; a los ponis poco les faltaba para estarlo. Fui a achicar con una fervorosa plegaria en el corazón y la palabra «¡Yupi!» en los labios y conseguimos acabar el día sanos y salvos. Cantamos y volvimos a cantar todas y cada una de las canciones tontas que sabíamos. Para achicar se establecieron turnos de dos horas con todos los que íbamos a bordo, ya que era imposible hacer semejante esfuerzo físico sin comer ni descansar. Se había estropeado incluso la bomba de agua dulce, de modo que bebíamos zumo de lima solo o cualquier otra cosa que nos dieran, y nos sentábamos hechos una sopa a esperar a que nos tocara otra vez. La bata me vino muy bien, pues no estaba muy húmeda, además de ser muy abrigada.

Para resumir diré que durante el día advertimos que la terrible tempestad amainaba un poco y que a pesar de que no conseguíamos reducir la enorme cantidad de agua que había en el barco, por mucho que lo intentábamos, sin duda ya no crecía tanto como antes. Ahora teníamos razones para pensar que podíamos mantener el barco a flote hasta que lográramos desatascar los pozos de las bombas. De haber durado un día más la tormenta, Dios sabe en qué estado nos habríamos encontrado si hubiéramos seguido a flote. No puedes imaginarte la profunda impotencia que llegamos a sentir a bordo de un barco tan pequeño como el nuestro en medio de semejante tempestad: los miembros de la gran expedición habían renunciado a todos sus objetivos para poder seguir con vida. Dios nos había mostrado lo débil que es el hombre, y los mejores de entre nosotros (las personas que tanto habían hecho últimamente) ya no podían más. La situación era verdaderamente dramática. Sin embargo, a las once de la noche, Evans, el carpintero y yo logramos meternos por un agujero diminuto del mamparo y nos abrimos paso por el carbón hasta la ataguía del pozo de la bomba. Tras abrir sin dificultad otro agujero en la madera, bajamos con las lámparas de seguridad y nos pusimos manos a la obra. El agua se hallaba tan arriba que teníamos que zambullirnos una y otra vez para llegar con la mano al tubo de aspiración. Al cabo de un par de horas logramos desatascarlo, al menos provisionalmente, y las bombas pudieron funcionar como si nada hubiera pasado. Volví a bajar a las cuatro y media de la madrugada y me di otro chapuzón para desatascarlo. Hasta el día siguiente por la tarde no conseguimos reducir el agua y alejarnos de la terrible tempestad. Mientras las bombas funcionaron, continuamos achicando hasta que el agua quedó por debajo del nivel de los hornos. Los encendimos tan pronto como nos fue posible y pusimos las otras bombas en marcha; en cuanto el barco quedó vacío, acabar de limpiar el tubo de aspiración fue tarea fácil. Después de todo, me alegré de que sólo se hubieran perdido unos cuatrocientos litros de gasolina: con lo apurados que nos habíamos visto, la cosa podía haber sido aún peor […].

Te preguntarás por dónde entró tanta agua si ya habíamos cerrado la vía de proa. Gracias a Dios no tuvimos que ocuparnos de eso también. El agua se metió principalmente por la cubierta, que entre el cargamento que llevaba y los golpes de mar que le estallaban encima estuvo sometida a una violencia tan tremenda que resulta difícil de imaginar. El barco pasó por un trance terrible: nuestras vidas dependían de que los tablones lograran aguantar la presión que le correspondía a cada uno de ellos. Hubiera bastado con que uno solo cediera para que cedieran todos, y si nos angustiamos no fue

tanto por el agua que llevábamos como por la que podía entrar si continuaba la tormenta. Podríamos habernos deshecho del cargamento de cubierta, una tarea difícil en el mejor de los casos, pero estábamos demasiado ocupados achicando […].

Puedes estar segura de que la versión de los hechos del capitán Scott será moderada. Aun así, créeme si te digo que es uno de los mejores, y que en los momentos en que debía de ver las cosas realmente negras su comportamiento estuvo a la altura de nuestras mejores tradiciones […].

Bowers concluye su relato de modo característico:

Incluso en las peores circunstancias, la Tierra es un buen lugar para vivir.

Priestley escribió lo siguiente en su diario sobre la tempestad:

Me figuro que si Dante hubiera visto nuestro barco en los momentos más difíciles, se le habría ocurrido una buena idea para describir otro círculo del Infierno, aunque no habría sabido qué hacer con una pandilla de individuos tan alegre y desfachatada como la nuestra.

El incidente se resumió en un combate entre el agua que caía sobre el barco y los hombres que achicaban para que no entrase demasiada. El Terra Nova nunca volverá a estar tan lleno de agua como la mañana en que, con los hornos a punto de quedar sumergidos, se nos dijo que hiciéramos todo lo posible con tres cubos de hierro. En lo que se refiere al achique, los constructores lo habían dispuesto todo de manera que sólo pudiera pasar un hombre por cada una de las dos escaleras de hierro que comunicaban el piso de la sala de máquinas con la cubierta. Si utilizábamos más de tres cubos, el esfuerzo que suponía pasarlos rápidamente hacia arriba, vaciarlos por la escotilla y devolverlos vacíos resultaba inútil. Nos dividimos en dos grupos y trabajamos como burros de carga, haciendo turnos de dos horas durante todo el viernes.

Wilson describe la situación en su diario de la siguiente manera:

Fue una extraña noche de trabajo. Por un lado estaban el viento huracanado, la oscuridad, los inmensos golpes de mar que se abatían sobre el barco cada pocos minutos y el hecho de que no tuviésemos ni máquinas ni velas. Por otro estábamos todos metidos en el aceite de la sala de máquinas y el agua de la sentina, cantando salomas mientras pasábamos a los de arriba cubos rebosantes de agua, derramando un poco sobre las cabezas de todos los que teníamos debajo. Estábamos calados hasta los huesos y algunos trabajaban completamente desnudos, como si fueran culis chinos; a medida que pasaban las horas fue disminuyendo el movimiento de vaivén del agua del fondo, que iluminaban las dos lámparas de aceite de la sala de máquinas, cuya tenue luz sólo servía para hacer visible la oscuridad. Entretanto, el barco no cesaba de balancearse como un tronco empapado y sin vida, y cada vez que lo hacía, la regala de sotavento quedaba cubierta de agua.

El viernes, cuando las cosas estaban más difíciles, pasamos un momento de angustia al ver que podía producirse un incendio. Habían fallado todas las bombas, las amuradas empezaban a hacerse pedazos y las cajas de gasolina estaban todas flotando y cayendo por la borda, cuando de pronto los hombres que se encontraban en el combés del barco intentando salvar las cajas anunciaron a gritos que salía humo por las junturas de la bodega de popa. La bodega no sólo estaba llena de carbón y briquetas y se encontraba junto a la sala de máquinas, sino que además no había sido abierta para que se airease (algo necesario para eliminar el gas), pues el agua que inundaba la cubierta impedía abrir la escotilla. Era evidente que aquello podía convertirse en un infierno y que seríamos incapaces de atajar el fuego a menos que abriéramos la escotilla e inundáramos el barco, con lo cual éste se iría a pique. Pasamos un rato angustioso, hasta que al final descubrimos que el humo era en realidad el

vapor que producía el agua acumulada en la sentina al entrar en contacto con el carbón caliente.

Entretanto, unos hombres trataban desesperadamente de atravesar dos mamparos que cortaban toda comunicación con el tubo de aspiración de las bombas de mano. Uno de los mamparos era de hierro; el otro de madera.

Scott escribió en aquel momento:

No estamos fuera de peligro, pero tenemos motivos para abrigar esperanzas, sobre todo yo, cuando veo lo maravillosamente que están respondiendo los hombres. Oficiales y tripulantes cantan salomas a pesar del arduo trabajo que tienen que hacer. Williams está intentando abrir un agujero en el mamparo detrás de la caldera, en medio de un calor sofocante. Ni uno sólo de ellos ha perdido el ánimo. Anoche se ahogó un perro, un poni está muerto y dos se encuentran en mal estado; es probable que también los perdamos. De vez en cuando un golpe de mar se lleva a uno de ellos, y si se salva es gracias a la cadena. Meares y unos hombres que le ayudan han estado pendientes de los desdichados animales para que no murieran colgados y les han buscado un refugio mejor, lo que supone una tarea prácticamente imposible. A un pobre perro lo han encontrado colgado cuando ya estaba muerto; a otro lo ha arrastrado una ola con tal fuerza que se le ha roto la cadena y ha desaparecido en el mar; la siguiente ola lo ha subido de nuevo a bordo de forma milagrosa, y ahora se encuentra sano y salvo. [Creo que se trataba de Osman.] La tempestad ha causado graves desperfectos, pero me parece que todo saldrá bien si conseguimos contener el agua. ¡Ay! Acaba de desaparecer otro perro en el mar. Gracias a Dios, ya amaina la tempestad. Las olas siguen siendo descomunales, pero el barco ya no se balancea tanto como antes.

Las olas más altas de las que he podido encontrar datos superaron los diez metros de altura y fueron vistas por sir James C. Ross en el Atlántico Norte.

El 2 de diciembre, Pennell, que era sumamente meticuloso con sus mediciones, anotó en el diario de navegación que las olas medían «diez metros y medio (aproximadamente)». En una ocasión vi a Scott, de pie sobre la batayola de barlovento de la popa, cubierto hasta la cintura por un cáncamo de mar. El lector podrá imaginarse cómo sería la situación en el combés del barco: «Una y otra vez, desde las jarcias del trinquete hasta las de mayor, quedaba la batayola sumergida en una espesa cortina de agua encrespada que barría la popa de atrás adelante.» En otra ocasión Bowers y Campbell se encontraban en el puente cuando el barco empezó a inclinarse poco a poco hasta que las brazolas de sotavento de la escotilla principal desaparecieron bajo el agua. Se quedaron mirando presa de la angustia, y al final la embarcación se enderezó lentamente. «No hará eso muchas veces más», dijo Bowers. Por regla general, si un barco se inclina tanto, acaba zozobrando.

La travesía transcurrió sin incidentes durante cierto tiempo, pero no fue nada tranquila, por supuesto.

Anoche el zarandeo me tuvo muy inquieto. El barco cabeceaba y serpenteaba con movimientos bruscos y rápidos, a merced de las olas. Cada vez que caíamos al agua, al punto me acudían al pensamiento nuestros desdichados ponis. Esta tarde se encuentran bastante bien, pero sé que deben de estar cada vez más débiles. ¡Qué paciencia tienen los pobres animales! Me pregunto si conservarán durante mucho tiempo el recuerdo de esta angustiosa situación. Los animales recuerdan muy a menudo los lugares y las condiciones en que sufrieron o pasaron dificultades. ¿Se acordarán sólo de las circunstancias que un susto o un súbito dolor grabó profundamente en su memoria o

acabarán olvidándose de las situaciones de tensión prolongada? A saber. En cualquier caso, sería una extraña muestra de misericordia que la naturaleza borrara de su memoria estas semanas de lenta pero inevitable tortura.

El 7 de diciembre a mediodía, a 610 22' de latitud sur y 179° 56' de longitud oeste, avistamos a lo lejos, al oeste, un iceberg que relucía de vez en cuando a la luz del sol. Al día siguiente vimos dos más, y a las seis y veintidós de la mañana del 9 de diciembre (situación a mediodía: 65° 8' de latitud sur y 177° 41' de longitud oeste), Rennick avistó a proa la banca de hielo. Pasamos icebergs y corrientes heladas durante todo el día. El aire se había vuelto seco y tonificante, el mar estaba en calma y el sol que brillaba sobre las islas de hielo era de una belleza indescriptible. De repente, zas, arremetimos contra el primer gran bandejón y nos encontramos en medio de la banca de hielo.

El cielo estaba portentoso, con nubes de todas las formas y luces y colores de todos los tipos; el sol asomaba de vez en cuando por los espacios que se abrían en la nublada bóveda celeste, iluminando intensamente un campo de hielo, un iceberg de escarpadas paredes o un azulísimo trecho de mar. De este modo, la luz del sol y la sombra han estado persiguiéndose la una a la otra por todo el lugar. Esta noche apenas se mueve. El barco navega con estabilidad y firmeza salvo en las esporádicas ocasiones en que chocamos con el hielo y sufrimos una sacudida.

Resulta difícil expresar la sensación de alivio que produce esta estabilidad después de la agitada travesía que hemos tenido por culpa de las tempestades. Aunque uno sólo puede imaginarse el alivio y el consuelo que esto debe de suponer para los ponis, salta a la vista lo contentos que se sienten los perros, y los hombres están desbordantes de alegría. La perspectiva que ofrece la travesía es halagüeña, pese a que pronto tendremos que frenar la marcha.

Ningún barco, antes que nosotros, había encontrado una banca de hielo más al norte.

¿Qué es una banca de hielo? Hablando en términos muy generales, en esta región es el hielo marino que se forma durante el invierno en la zona del mar de Ross y que las tormentas del sur arrastran hacia el norte. Pero, como se verá, el hielo que se forma en esta zona es de una variedad infinita. Por regla general, sobre los mares que bordean el continente de la Antártida se extienden en otoño grandes capas de hielo que van ganando en grosor durante el invierno y que se rompen cuando suben las temperaturas en verano y en primavera. Tal es el hielo que se forma en el estrecho de McMurdo junto a la costa de las montañas occidentales de la Tierra Victoria durante las estaciones normales. En bahías resguardadas, a veces este hielo se mantiene dos años o más, sin dejar de crecer en ningún momento, hasta que se produce un espectacular resquebrajamiento que lo libera. De este fenómeno encontramos un ejemplo en el mar de hielo que se formó entre la punta de la Cabaña y la Barrera. Pero hay grandes extensiones de agua que no logran permanecer heladas durante mucho tiempo. El cabo Crozier, por ejemplo, donde anidan en invierno los pingüinos emperador, es uno de los lugares más ventosos del mundo. En julio estaba completamente helado hasta donde alcanzábamos a ver a oscuras desde una altura de 275 metros. Pocos días después un huracán se lo llevó todo y el mar se volvió negro.

Yo soy de la opinión, y tuvimos experiencias que demuestran que estoy en lo cierto, de que al principio del invierno hay un período crítico, y de que si llegado ese momento el mar de hielo no es lo bastante grueso como para mantenerse sólido, lo más probable es que el mar continúe en estado líquido durante el resto del año. Pero esto no significa que no se forme hielo. Tan profundo es el deseo que abriga el mar de congelarse, y tan frío es el aire, que basta con que el viento se calme un

instante para que la superficie se cubra como por encanto de una fina película de hielo. Pero la siguiente ventisca la arranca por la fuerza o bien una corriente de primavera se la lleva furtivamente, tanto si tiene medio metro de grosor como si sólo mide un centímetro. Presenciamos un ejemplo de este fenómeno durante el último invierno, y los salvajes vientos que soplaron a raíz de ello fueron espantosos.

De ahí que surquen las aguas bandejones de entre unos centímetros y seis metros de grosor, y acaben uniéndose al cinturón de hielo conocido por el nombre de banca. Al parecer, Scott pensaba que el mar de Ross se congelaba por completo. Yo abrigo dudas al respecto, y creo que soy la única persona viva que ha visto el mar de Ross líquido en pleno invierno. Esto sucedió durante el viaje de invierno que emprendimos Wilson, Bowers y yo con el propósito de buscar huevos de pingüino emperador. Pero de esto hablaremos más adelante.

Está claro que los vientos y las corrientes son, en términos generales, los factores que determinan la densidad de la banca. Sabemos por experiencia que en otoño se pueden encontrar aguas despejadas allí donde en verano cerraban el paso grandes extensiones de hielo. La tendencia de la banca es desplazarse hacia el norte, donde el hielo se derrite al adentrarse en aguas más templadas. Sin embargo, cuando ya no queda ningún rastro de él, sigue habiendo icebergs, los cuales, al continuar su avance hacia el norte, constituyen una amenaza para las embarcaciones. Esto lo saben muy bien los marineros que doblan el cabo de Hornos. No resulta difícil imaginar que una monstruosa isla de hielo de 20 millas de largo como las que rondan estos mares se adentre en aguas frecuentadas y, dividiéndose por el camino en cientos de grandes icebergs, dé lugar a lo que los marineros llaman un «mal año de hielo». Las últimas fases por las que pasan, cuando degeneran y quedan reducidos a témpanos de pequeño tamaño, son aún peores, pues flotan medio sumergidos sin haber perdido más que una pequeña parte de su peligrosidad, y una persona con una vista perfecta apenas alcanza a distinguirlos.

En la Antártida hay fundamentalmente dos tipos de iceberg. El más importante y común es el tabular. Son miles y miles los icebergs de esta forma que surcan los mares. Un tipo menos común es el denominado iceberg pinacular, que en casi todos los casos suele ser un tabular erosionado o volcado. Probablemente el número de icebergs que se desprenden directamente de un glaciar y se adentran en el mar no sea muy elevado; ¿de dónde salen entonces?

El origen de los icebergs tabulares fue motivo de debate hasta hace pocos años. Se tiene constancia de que los hay de 40 y hasta 50 millas de largo. Estos icebergs han recibido el nombre de bandejones, pues se creía que primero se congelaban como lo hace habitualmente el hielo marino y que luego iban aumentando de tamaño por la parte de abajo. Pero ahora sabemos que estos icebergs se desprenden de las barreras antárticas, la mayor de las cuales es conocida por el nombre de Gran Barrera de Hielo y constituye el límite meridional del mar de Ross. Nosotros acabamos conociendo muy bien esta vasta extensión de hielo. Sabemos que su pared norte flota, aunque se cree que flota toda ella. Como quiera que sea, las aguas del mar baten ahora contra ella a un mínimo de 40 millas más al sur que en la época de Ross. Aunque es probable que se trate de la barrera más grande del mundo, no deja de ser una de tantas. El estudio más moderno acerca de este misterio, que es el artículo de Scott sobre la Gran Barrera de Hielo, habrá de servirnos hasta que otro explorador realice una nueva investigación de primera mano.

Un iceberg muestra sólo una octava parte del conjunto de su masa sobre la superficie del agua, por lo que uno de 60 metros de altura puede alcanzar una profundidad de 425 metros. Los vientos y las corrientes ejercen más influencia en él que en la banca, por la cual se abren paso mostrando una indiferencia absoluta hacia obstáculo tan endeble y causando por el camino enormes estragos. Por lo

demás, ¡ay del barco que se encuentre tan aprisionado en la banca como para no poder moverse si se le viene encima uno de esos monstruos!

No hay palabras para describir la belleza de los lugares por los que pasamos durante las tres semanas siguientes. Supongo que la banca debe de ser un lugar terrible en invierno, un lugar oscuro y desolado que difícilmente se podrá hallar en otra parte; pero las formas que en otras condiciones sólo habrían podido ser augurio del horror, en ese momento nos transmitían una infinita sensación de paz y belleza, y es que el sol las había besado a todas.

Hemos tenido un día maravilloso. Durante la guardia de alba estaba nublado, pero el cielo se ha ido despejando poco a poco y al final se ha puesto de un azul radiante que sobre el horizonte se atenuaba y adquiría una tonalidad verde y rosa. Los bandejones también eran de color rosa y flotaban en aguas de un azul intenso, mientras que las sombras eran todas malvas. Hemos pasado justo por delante de un iceberg descomunal y nos hemos abierto paso por innumerables lagos y canales durante todo el día. «Eso es Re-gent Street», ha dicho alguien, y durante un rato hemos avanzado por grandes calles de paredes perpendiculares de hielo. Muchas veces eran tan rectas que uno se imaginaba que las habían cortado con una regla de centenares de metros.

En otra ocasión, Scott escribió:

Me he quedado en cubierta hasta medianoche. El sol acababa de esconderse tras el horizonte austral. Era un espectáculo incomparable. Al norte el cielo tenía un soberbio tono rosa y se reflejaba en las tranquilas aguas entre el hielo, que variaba entre el cobre bruñido y el rosa salmón. Los icebergs y los bancos de hielo presentaban un tono verdoso pálido con sombras de un púrpura subido, y el cielo se iba tiñendo de azafrán y verde pálido. Nos quedamos largo rato contemplando estos bellos efectos.

Pero no siempre era así. Un día llovió, y otros hubo nieve, granizo, un hielo frío, húmedo y viscoso, y también niebla.

Hoy la situación es muy desalentadora. Prácticamente hemos perdido la esperanza de que este viento del este abra la banca de hielos. Estamos rodeados de bandejones unidos de forma compacta y de una superficie inmensa. Vemos brechas entre ellos y nos deslizamos de una a otra como un cangrejo, aunque nos retrasamos mucho por el camino. Es difícil mantener viva la esperanza. Al norte se ven franjas de cielo de aguas despejadas sobre canales abiertos, pero hacia el sur el cielo es de un blanco uniforme. Hoy ha estado nublado y han soplado vientos de estenordeste de fuerza entre 3 y 5; de vez en cuando ha nevado. Difícilmente podría uno posar los ojos sobre un panorama más desolador.

Junto con las aguas despejadas también dejamos atrás a los alba-tros y los petreles del cabo que nos habían acompañado durante los últimos meses. En su lugar encontramos al petrel antártico, «un ave de varios colores, que sobre los bandejones de hielo parece casi blanca y negra», y al petrel de las nieves, del que ya he hablado.

Nadie de los que tuvieron el privilegio de estar allí olvidará jamás la primera vez que vimos a los pingüinos, el primer plato de carne de foca que comimos o el primer gran iceberg al que nos acercamos para que Londres lo pudiera ver en el cinematógrafo. En cuanto llegamos a la banca gruesa, que era la que predominaba una vez pasado el extrarradio, vimos que los pequeños pingüinos de Adelia salían apresuradamente a nuestro encuentro. ¡Caramba! ¡El gran Scott!, parecían decir, y al

punto oímos aquel grito que ya nunca olvidaríamos. Crac, crac, crac, exclamaban, y presa del asombro y de la curiosidad, y quizá también un poquitín sofocados, se detenían de vez en cuando para expresar sus sentimientos.

Miró fijamente y lanzó maravillado un grito a sus compañeros. Primero caminó por el borde de un bandejón en busca de un punto más estrecho por el que saltar y evitar el agua, calculó con la cabeza gacha y muchos titubeos la anchura del estrecho espacio, dio un salto sin carrerilla, tal como lo haría un niño y siguió corriendo a mayor velocidad para recuperar el tiempo perdido. Luego nuestro inquisitivo visitante topó con un canal más ancho que hacía necesaria una zambullida y se esfumó, pero reapareció al cabo de unos segundos en un bandejón cercano como salido de una caja de sorpresas y reanudó de inmediato su carrera hacia el barco meneando la cola. Cuando ya se encontraba a sólo un centenar de metros de nosotros, se puso a ladear repetidas veces la cabeza a uno y otro lados en un intento de adivinar qué era aquella extraña aparición, al tiempo que lanzaba fuertes gritos a sus amigos, presa del asombro y vacilando de una forma divertidísima entre el deseo de seguir investigando y la sensatez y conveniencia de establecer comunicación directa con una bestia tan enorme.

Estos pequeños habitantes del mundo antártico guardan con los niños una semejanza extraordinaria, aunque habría que decir que con los niños y con los ancianos, pues llegan con retraso a cenar, muestran una enorme petulancia, llevan fracs negros y pecheras blancas, y además adoptan una actitud muy digna. Solíamos cantarles, tal como hacían ellos con nosotros; a menudo se podía ver a «un grupo de exploradores en el castillo de popa, cantando a pleno pulmón " Lleva anillos en los dedos y campanillas en los pies, y tendrá música esté donde esté" a un grupo de admirados pingüinos de Adelia.»

Meares solía cantarles algo que recordaba ligeramente al himno nacional británico, y afirmaba que siempre que lo oían se lanzaban de cabeza al agua. No sería de extrañar, pues desafinaba lo suyo.

Cuando se encuentran con un págalo antártico, que es uno de sus enemigos pues se come sus huevos y crías en cuanto tiene la menor la oportunidad, se suelen juntar unos cuantos y obligan a otro a plantarle cara. Del cinturón de hielo no se arrojan al agua a menos que hayan persuadido a uno de sus compañeros de que salte en primer lugar, ya que tienen miedo a que una foca leopardo esté esperando abajo, lista para agarrarlos y jugar con ellos tal como puede jugar un gato con un ratón. Levick describe en su libro a los pingüinos del cabo Adare de la siguiente manera:

En el lugar al que iban con más frecuencia se extendía junto a la orilla una amplia terraza de hielo de unos dos metros de altura y varios centenares de metros de largo; allí, al igual que en el hielo marino, se congregaba junto al borde toda una multitud. Cuando lograban empujar a uno al agua, todos estiraban el cuello para mirar, y si veían a su predecesor sano y salvo se lanzaban detrás de él.

No cabe duda, por lo tanto, de que el pingüino de Adelia muestra un actitud un tanto egoísta cuando ha de hacer frente a sus enemigos naturales. En cambio, si se trata de un peligro que desconoce, su valor reveía una gran falta de prudencia. Cuando nos quedábamos cierto tiempo retenidos, Meares y Dimitri bajaban a los bandejones más grandes con los perros para que éstos hicieran ejercicio. Un día había un tiro atado junto al barco; un pingüino los vio desde lejos y echó a correr hacia ellos. Los perros se pusieron frenéticos de la excitación cuando se les acercó: él creía

que le estaban saludando, y cuanto más ladraban y tiraban de las cuerdas, más ahínco ponía en llegar a ellos. Entonces fue un hombre y le salvó de una muerte inmediata, pero él se enfadó muchísimo y se puso a darle picotazos en el pantalón y a golpearle con furia en las espinillas con las aletas. No era nada raro ver a un pequeño pingüino de Adelia a pocos centímetros del morro de un perro ansioso por lanzarse sobre él.

La banca de hielo es el habitat de las crías jóvenes, tanto del pingüino emperador como del de Adelia. Sin embargo, durante aquella travesía no vimos muchos emperadores jóvenes.

No tardamos en familiarizarnos con la foca leopardo, que aguarda junto al cinturón de hielo a que se acerquen los pequeños pingüinos. Es una bestia, pero en comparación con las demás focas se mueve con gracilidad y desenvoltura. Se alimenta sobre todo de pingüinos de Adelia, y Levick encontró, junto con los restos de otros muchos animales, nada menos que dieciocho pingüinos en el estómago de una de ellas. En el agua parecía algo más rápida que los pingüinos de Adelia; de vez en cuando una de ellas alcanzaba a uno de los pingüinos que habían salido huyendo, el cual, al advertir que sólo con la velocidad no iba a conseguir nada, empezaba a correr de un lado a otro para esquivarlo, y a veces nadaba rápidamente dando vueltas y más vueltas en un círculo de casi cuatro metros de diámetro durante un minuto o más, consciente sin duda de que girando era más rápido que su grande y pesado perseguidor. Pero al final el agotamiento podía con él, y entonces veíamos salir a la superficie la cabeza y las fauces de la gran foca leopardo, lista para apresar a su víctima. La imagen del pingüino de Adelia presa del pánico, dando vueltas a toda velocidad de esta manera, era por desgracia muy habitual al final de la estación.

En el estómago de una foca leopardo también se han encontrado peces y focas de pequeño tamaño. Posee un cuerpo ágil y una cabeza y un cuello largos y fuertes, y está provista de unos dientes realmente formidables con los que despedaza a las aves todavía vivas, y de unas aletas completamente adaptadas para desplazarse velozmente por el agua. Es un animal solitario con una zona de distribución muy amplia. Se cree que da a luz a sus crías en la banca, pero sobre este particular no se sabe nada con certeza. Un día vimos un ejemplar de gran tamaño nadar junto al barco. Se sumergía para pasar por debajo de un bandejón, reaparecía y volvía a zambullirse para pasar por debajo del siguiente sin alejarse. Por un momento pensamos que sentía interés por nosotros, pero pronto distinguimos a otra foca leopardo tendida sobre un bandejón lejano, y nuestra amiga empezó a levantar la cabeza en dirección perpendicular al agua. Por lo visto estaba buscando a su compañera con el olfato, tal como suponíamos. Tenía el viento a favor, y nos pareció que la localizaba a unos ciento cincuenta o doscientos metros de distancia; la última vez que la vimos estaba subiendo por un lado del bandejón sobre el que descansaba la otra.

En la Antártida hay cuatro clases de focas; de una de ellas, la foca leopardo, acabo de hablar. Otra es la foca de Ross, así llamada porque la descubrió sir James Ross en 1840. Parece que es una animal solitaro, vive en la banca de hielo, y llama la atención por «su cara, que se parece a la del dogo». Siempre ha sido un animal poco común, y durante nuestra expedición no vimos ni un solo ejemplar, pese a que el Terra Nova debió de recorrer una extensión de banca más grande que la que llegan a ver la mayoría de los balleneros en toda una vida. Parece que la foca de Ross de la Antártida es la misma que la de Weddell, que en lugar de quedarse en la banca se pasa la mayor parte del tiempo cazando peces cerca de las costas del continente, y digiriéndolos tumbado perezosamente en el cinturón de hielo. Más adelante encontraríamos cientos de ellas en el estrecho de McMurdo, y es que a la foca de Weddell le encanta estar en tierra firme, y sólo se la ve en grandes cantidades cerca de la costa. Por aquel entonces vimos con bastante frecuencia a la foca cangrejera, generalmente en grupos de varios miembros, pero nunca en grandes cantidades.

Wilson ha señalado en su artículo sobre las focas del Discovery Natural History Report que la foca de Weddell y la cangrejera, que son las más comunes de la Antártida, han accedido a tener una alimentación y unos hábitos distintos, por lo que pueden compartir el territorio sin problemas. Wilson demuestra que «los dos pingüinos que comparten el mismo territorio se han diferenciado de una manera bastante parecida.» La foca de Weddell y el pingüino emperador tienen los siguientes puntos en común: la distribución litoral, la alimentación basada en el pescado y el hábito sedentario, que los obliga a permanecer durante todo el año tan al sur como se lo permitan las aguas del mar. En cambio las otras dos especies (la foca cangrejera y el pingüino de Adelia) tienen en común costumbres más pelágicas, una alimentación basada en crustáceos y una distribución plenamente migratoria en el caso del pingüino y no tanto en el de la foca, a la que sin embargo una marcada tendencia a mantenerse en contacto con el hielo pelágico impide desplazarse tan al sur como la foca de Weddell.

Wilson opina que quien goza en ambos casos de una situación más ventajosa es «la especie sedentaria y más austral», lo cual incluye a la foca de Weddell y al pingüino emperador. Dudo que Wilson dijera ahora lo mismo. A mí me parece que la lucha por la vida del pingüino emperador, que pesa unos cuarenta kilos, resulta mucho más dura que la del pequeño pingüino de Adelia.

Antes de que el Discovery zarpara de Inglaterra en 1901, la Real Sociedad de Geografía editó un Manual de la Antártida en el que figuraba un resumen de la información reunida hasta la fecha sobre esta región del mundo. Es una lectura interesante, y para el estudioso de la Antártida constituye una prueba de lo poco que se sabía a la sazón en algunas ramas de la ciencia y de los grandes pasos que se dieron durante los años siguientes. Leer lo que se sabía acerca de las aves y los mamíferos de la Antártida y leer a continuación el Zoological Report of the Discovery Expedition de Wilson es toda una lección sobre lo que todavía puede hacer un hombre en una región remota del mundo para aclarar los problemas que se le plantean.

Los dientes de la foca cangrejera «rematan en lo que quizá sea la más compleja disposición de cúspides que se haya encontrado en un mamífero vivo». La boca está dispuesta de manera que los dientes del maxilar superior encajen en los del inferior, y «las cúspides forman una criba perfecta […], una función de la dentadura que no tiene precedentes en ningún mamífero hasta la fecha». Esta foca se alimenta fundamentalmente de eufausiáceos, animales muy parecidos a las gambas, que sin duda retiene en la boca mientras expulsa el agua por entre los dientes, como hacen esas ballenas que criban la comida con unas laminillas córneas situadas en la mandíbula superior.

El desarrollo de estas cúspides en los dientes [de la foca cangrejera] constituye probablemente una adaptación al medio más lograda que la de la cualquier otro mamífero, adaptación que se ha producido a expensas de cualquier utilidad de los dientes en su función molar. La arenilla, que suele formar parte del contenido del estómago y los intestinos, sirve sin duda para moler los caparazones de los crustáceos, de manera que los molares resultan totalmente innecesarios.

La foca leopardo posee una dentadura formidable, que resulta adecuada para su dieta carnívora. La de Weddell, que se alimenta de peces, tiene un conjunto de dientes más sencillo, y es probable que con el paso de los años se le acabe desgastando debido a su hábito de roer el hielo para hacer agujeros, como muestra gráficamente la película de Ponting. Cuando nota que se le acerca la muerte, la foca cangrejera, que tiene tendencia a vivir en compañía de sólo unos pocos miembros de su especie, se vuelve aún más solitaria. Las focas de Weddell se desplazan hasta los glaciares del sur de la Tierra Victoria, lugar donde hallamos varios especímenes muertos. La foca cangrejera llega

aún más lejos, pues abandona la banca de hielo. «En múltiples ocasiones encontramos sus cuerpos a casi 30 millas de la costa y a unos 900 metros sobre el nivel del mar. Resulta difícil explicar un comportamiento tan caprichoso a menos que se considere que un animal enfermo es capaz de recorrer cualquier distancia con tal de alejarse de sus compañeros» (y de sus enemigos, habría que añadir quizá).

A menudo la parte inferior de los bandejones aparecía teñida de un extraño color amarillo. Este fenómeno se debe a unas diminutas plantas unicelulares llamadas diatomeas. La vida flotante en la Antártida es densísima. «Las diatomeas eran tan abundantes en algunas zonas del mar de Ross que las redes grandes para plancton (que tienen 18 mallas por pulgada) quedaban en pocos minutos repletas de ellas y de otras especies de fitoplancton. Es muy probable que en estas regiones las ballenas se alimenten tanto de las plantas como de los animales que componen el plancton.» Ignoro en qué medida frecuentarán las ballenas estas aguas en invierno, pero durante los meses de verano hay tantas que llegan hasta el mismísimo borde del continente. La más común es un tipo de lobo de mar conocido como orea, que mide unos diez metros de largo. Caza en manadas de hasta cien ejemplares y, como ahora sabemos, no sólo ataca a focas y otras ballenas sino también al ser humano, aunque es posible que lo confunda con una foca. Es un mamífero carnívoro, provisto de dientes, y en realidad pertenece a la familia de

ERROR ESCANEADO. FALTAN LAS PÁGINAS 154 Y 155 DE LA EDICIÓN EN PAPEL

EL CICLO PROTOPLASMÁTICO

A los grandes bandejones los rodean otros más pequeños. Pues bien, las diatomeas no podrían valerse sin ellos. Cuarenta millones de quisquüilas se alimentan de ellas, las mismas que engordan a pingüinos, focas y ballenas.

Luego viene la orea y mata a todos los de abajo, mientras la tripulación las ataca desde el barco. Y si un marinero se cae y hace un agujero en el hielo, los bandejones lo aplastan y lo convierten en alimento.

Seguro que pronto pasa a ser un buen fertilizante que fortalecerá a las diatomeas, aunque ellas no lo sepan. Así elprotoplasma completa su eterno ciclo una vez más, como un decimal que se repite y que no tiene final.

En comparación con las expediciones anteriores llegamos pronto a nuestro destino, pero no creo que esto baste para explicar las malas condiciones del hielo que nos encontramos. Es posible que nos halláramos demasiado al este. Avanzábamos muy despacio, y a menudo nos quedábamos atrapados durante varios días seguidos, inmóviles e inamovibles, rodeados de hielo por todas partes. Había que armarse de paciencia. «Desde el tope se distingue agua en distintas direcciones, pero en general lo que se ve sigue siendo un paisaje desolado de hielo montuoso.»'"«Apenas nos hemos movido en todo el día, pero los icebergs, que ya son como viejos amigos nuestros, están desplazándose; uno se ha acercado y ha estado a punto de rodearnos.»

Entonces, sin previo aviso ni razón, el camino volvía a quedar despejado hasta donde

llegábamos con la vista, aparecían amplios canales y lagos negros allí donde antes sólo había nieve y hielo blancos, y avanzábamos unas cuantas millas más; a veces subíamos la presión de las calderas, pero lo único que conseguíamos con ello era llevarnos una nueva decepción. Hablando en términos generales, un cielo negro significa que el mar está despejado, y se llama «cielo de aguas despejadas»; si hay luz en el cielo, significa que hay hielo, fenómeno que se conoce por el nombre de «claridad de los hielos».

Los cambios eran tan repentinos como imprevistos. Así, en la madrugada del día de Nochebuena, unas dos semanas después de habernos internado en la banca de hielo, llegamos «a una zona donde el agua predomina sobre el hielo: aquélla se extiende en grandes balsas irregulares de tres o cuatro millas de ancho o más que comunican con numerosos canales; éste sigue consistiendo en bandejones enormes, lo cual resulta desconcertante; acabamos de pasar uno de al menos dos millas de diámetro […].» Luego Scott añadiría: «¡Qué mala suerte! A las siete de la mañana hemos topado con una placa de hielo compacto que se extiende en todas las direcciones salvo en aquella de la que venimos.»

A Scott siempre le molestaba que nos retrasáramos. Al cabo de cierto tiempo la espera en la banca se hizo casi insoportable. Empezaba a pensar que tendríamos que pasar allí el invierno. Como seguíamos consumiendo nuestras escasas existencias de carbón, al final se anunció que el grupo de Campbell no podría ir a la Tierra del Rey Eduardo VIL A Scott se le hacía sumamente difícil decidir si debíamos mantener el fuego al mínimo, aumentar la presión de la caldera o apagar los hornos. «Apagar los hornos equivale a desperdiciar más de dos toneladas de carbón cuando haya que volver a calentar la caldera. Pero con dos toneladas sólo se puede mantener el fuego al mínimo durante un día, de modo que para períodos de más de veinticuatro horas resulta más económico apagarlo. Cada vez que nos quedamos atrapados, me veo forzado a decidir si va a durar más o menos de veinticuatro horas.» No cabe duda de que Inglaterra debería tener un barco de petróleo para las expediciones polares.

El Terra Nova demostró ser una magnífica embarcación para navegar por el hielo. La guardia de media de Bowers, en concreto, se hizo famosa por la manera en que arrojaba la nave contra el hielo, y Scott se alarmó en más de una ocasión ante las grandes sacudidas y colisiones que esto acarreaba: yo llegué a verle salir a toda prisa de su camarote para poner fin a tales maniobras. Pero Bowers nunca causó desperfectos en el barco, y éste respondió gallardamente siempre que le exigimos algo. Unas veces se trataba de separar dos bandejones; otras, de arremeter contra uno y romperlo. A menudo nos lanzábamos repetidas veces contra un pertinaz pedazo de hielo, retrocediendo y arremetiendo alternativamente, en la medida en que nos lo permitía el espacio que teníamos detrás. SÍ tomaba el impulso suficiente, el barco arrollaba los bandejones más gruesos, alzándose sobre ellos y haciendo fuerza, hasta que de pronto, quizá cuando el borde delantero se encontraba a la altura de la crujía, la presión se volvía tan grande que el hielo se partía debajo de nosotros. En otras ocasiones una grieta diminuta, no más grande que una vena, se abría temblorosa a proa e iba ensanchándoseno más grande que una vena, se abría temblorosa a proa e iba ensanchándose cada vez más hasta que el barco entero pasaba por ella sin dificultad. Uno siempre oía abajo el quejido del hielo que se deslizaba por los costados. Pero era un trabajo lento, y forzábamos los motores. Había días en que no nos movíamos absolutamente nada.

Pocas cosas se me ocurren que puedan poner tan a prueba la paciencia como los largos y baldíos días de espera. Por muy exasperante que fuera ver desaparecer toneladas de carbón cuando llevábamos poquísimas millas recorridas, a uno le quedaba al menos la satisfacción de haber luchado con denuedo y la esperanza de gozar de mejor fortuna. No hay peor situación que esperar con

los brazos cruzados. Cabe imaginarse con qué frecuencia e inquietud subíamos a la cofa y escrutábamos el horizonte. Sin embargo, por extraño que parezca, siempre solía haber algún cambio digno de atención. A unas millas de distancia se abrían misteriosamente canales de agua que luego se cerraban de la misma manera. Enormes icebergs se deslizaban silenciosamente hacia nosotros o por nuestro lado. Observábamos aquellos formidables objetos cada dos por tres con el telémetro y la aguja para determinar su movimiento relativo, a veces sin saber muy bien si lograríamos pasarlos. Cuando navegábamos a vapor los cambios eran aún más marcados. A veces nos adentrábamos en un canal de agua y recorríamos una o dos millas sin encontrar ningún obstáculo; otras, topábamos con grandes capas de hielo fino que se rompían fácilmente cuando eran golpeadas por nuestra proa de hierro, mientras que en ocasiones una fina capa frustraba todos nuestros intentos por romperla; unas veces empujábamos bandejones de gran tamaño con relativa comodidad, mientras que otras uno de pequeño tamaño nos cerraba el paso con tal obstinación que acabábamos por creer que estaba poseído por un espíritu maligno. Había ocasiones en que pasábamos por grandes trechos de hielo húmedo y pastoso que silbaba al deslizarse por los costados del barco, y otras en que el silbido cesaba sin ton ni son y la hélice agitaba el agua inútilmente.

De este modo transcurrieron los días de navegación a vapor en aquel entorno cambiante; ahora los recordamos como una incesante batalla.

El barco se portó de maravilla: ningún otro, ni siquiera el Discovery, lo habría hecho como él. Está claro que el Nimrod jamás habría alcanzado las aguas del sur si se hubiera visto atrapado en una banca de hielo semejante. Por ello he ido cobrándole un extraño apego al Terra Nova. Cada vez que chocaba con un bandejón y sufría una fuerte sacudida, cada vez que aplastaba y trituraba otro para abrirse paso o tenía que hacer una difícil maniobra para evitar a un tercero, parecía un ser vivo librando una formidable batalla. Si tuviera unas máquinas más económicas, sería un barco idóneo en todos los sentidos.

En un par de ocasiones pasamos entre bandejones que se elevaban entre dos y dos metros y medio sobre el agua, con montículos y píeos de hasta ocho metros de altura. El barco no habría tenido ninguna posibilidad de salvarse si hubieran ejercido presión contra él, y al principio sentimos cierta alarma en tales situaciones. Pero la familiaridad genera desdén: no vimos crestas de presión en el hielo grueso, y me inclino a pensar que no vamos a ver ninguna.

El tiempo cambió con frecuencia durante nuestro viaje por la banca. El viento sopló del oeste y del este, el cielo estuvo a menudo encapotado, y tuvimos ventiscas, nieve en copos e incluso llovizna. En todas estas circunstancias nos encontrábamos mejor dentro de la banca que fuera. Ni siquiera el tiempo más riguroso podía hacernos daño. Una buena cantidad de días, empero, hizo un sol radiante, lo cual, aun con temperaturas bastante por debajo del punto de congelación, confería a todo un aspecto alegre y animado. El Sol producía también unos efectos preciosos en las nubes: el cielo, las nubes y el hielo se teñían de unas tonalidades de una delicadeza maravillosa, fenómenos que probablemente uno sólo pueda ver si viaja a regiones remotas. A pesar de nuestra impaciencia, hubiéramos lamentado perdernos muchos de los bellos paisajes que nuestra estancia en la banca nos permitió ver. Ponting y Wilson se han ocupado de capturar estos efectos, pero ninguna forma artística puede reproducir un color como el intenso azul de los icebergs.

Por regla general, el oficial de guardia dirigía el barco desde la cofa, gritando sus órdenes directamente al timonel o al guardiamarina, que se encontraba en el puente y las transmitía a la sala de máquinas. Se trata de una tarea emocionante para el oficial encargado, pues no sólo tiene que resolver el urgente problema de decidir qué témpanos se atreve o no a embestir, sino también

averiguar cuál es el mejor rumbo que hay que seguir, aunque imagino que no tardará en cansarse de ella.

Por aquel entonces Bowers hizo un elaborado dibujo del Terra Nova golpeando un enorme pedazo de hielo. Todos los palos estaban inclinados hacia delante, y de la cofa salían disparados el oficial de guardia, luego unas colillas, unas jarras de cacao y, por último, la paja con la que cubríamos el suelo. En el castillo de proa se veía al granjero Paleto (Oates), mascando una pajita con total serenidad y esperando a que le cayera a los pies para dar de comer a los ponis. Esta cofa, que consistía en un barril amarrado al tope del palo mayor y a la cual se entraba por una trampilla de bisagras, permitía a su ocupante protegerse de buena parte del viento. No estoy seguro de si el timonel tenía el trabajo menos atractivo de todos, pero el cacao caliente es una bebida muy reconfortante, y podíamos tomar todo el que queríamos.

Rennick se ocupaba de hacer sondeos. Las profundidades variaban entre 1.804 y 3.890 brazas, y el fondo presentaba por lo general depósitos volcánicos. La sondaleza mostraba la transición entre las profundidades oceánicas y la plataforma continental. Nelson obtuvo una serie de temperaturas con termómetros de inversión a profundidades de hasta 3.891 metros.

Durante esta parte del viaje el cabrestante con el que se recogía la sondaleza se accionó a mano. Luego lo accionaríamos mecánicamente, que es como se debe hacer, por supuesto, siempre que sea posible. Nos costaba mucho manejarlo, como aquel día en que bajamos a 1.800 metros de profundidad un frasco para recoger muestras de agua: tardamos horas en subirlo, y cuando llegó a la superficie nos encontramos con que todavía estaba abierto. Las muestras de agua también se obtenían a diversas profundidades. Lillie y Nelson se ocupaban de recoger plancton con redes para navegación a toda marcha; Apstein y Nansen lo hacían con redes de 24 y 180 mallas.

No creo que muchas personas pasaran en casa un día de Navidad tan placentero como nosotros. Teníamos una calma maravillosa, y la banca de hielo nos rodeaba por todos lados. A las diez celebramos el oficio religioso y cantamos un montón de himnos navideños, luego decoramos la sala de oficiales con todas las banderas de los trineos. Estas banderas las llevan los oficiales durante las expediciones polares y constan de la cruz de san Jorge, de una prolongación acabada en forma ahorquillada del color heráldico correspondiente al rango de la persona en cuestión, sobre lo cual se borda el emblema. El grueso de la tripulación celebró la comida de Navidad a mediodía. Tomaron cordero fresco, pues aunque tenían pingüino de sobra no lo consideraron lo bastante bueno para una comida de Navidad. En la sala de oficiales se comió pingüino por la noche y, tras brindar por los «amigos ausentes», nos pusimos a cantar: todos los comensales tuvieron que contribuir con dos canciones cada uno. Las canciones para banjo de Ponting obtuvieron un gran éxito, y también The Vly on Tuurmuts de Oates. Meares cantó «una cancioncilla sobre nuestra expedición y los numerosos miembros que van a ir al sur», que había compuesto él mismo. El resultado de todo ello fue que las guardias de aquella noche resultaron un desbarajuste. A las cuatro de la madrugada, Day me susurró al oído que no había nada que hacer, y Pennell me prometió que me avisaría si surgía algo; no me acuerdo de nada más hasta pasadas las seis.

Además el conejo de Crean dio a luz a 16 crías, y alguien dijo que Crean ya había regalado 22.

En Nochebuena nos detuvimos ante un inmenso bandejón mixto y pusimos el fuego de las calderas al mínimo. Estuvimos largo rato observando los minúsculos cambios que se producían en el hielo y el viento y escrutando el horizonte por si veíamos esas manchas negras que indican que más adelante hay aguas navegables. Pero al sur no se veía más que cielo blanco. De pronto, un día advertimos un movimiento casi imperceptible en el mar y oímos un levísimo crujido en el hielo desmenuzado y el susurro de grandes perturbaciones en la lejanía. Pero todo volvió a calmarse, y

nuestras esperanzas quedaron truncadas. Entonces llegó el viento. Estaba tan nublado que no podíamos distinguir mucho, pero incluso en nuestro limitado campo visual habían comenzado a producirse cambios.

Empezamos a movernos entre dos bandejones, recorremos unos doscientos o trescientos metros y entonces damos con la proa contra un gran bloque de hielo. Entre que el barco vira, se aparta y pone rumbo a sotavento, el retraso en una situación como ésta puede oscilar entre los diez y los treinta minutos. Cuando tiene vía libre, el barco sigue adelante como buenamente puede y repite la maniobra. A veces, cuando logra avanzar un poco, parte el hielo que le cierra el paso y lo atraviesa lentamente. Se mueve un oleaje apreciable, un oleaje muy bajo y pausado. Calculo que los intervalos entre ola y ola duran unos nueve segundos. Todo el mundo dice que el hielo está rompiéndose'

El 28 de diciembre remitió la borrasca. Se despejó el cielo y vimos señales de que más adelante había aguas navegables. Hacía frío cuando soplaba viento, pero al sol se estaba de maravilla; nos tumbamos en cubierta y disfrutamos de la agradable temperatura en un ambiente de alegría y despreocupación. Después de desayunar, Scott y Wilson subieron a la cofa a deliberar y decidieron subir la presión de las calderas.

Entretanto realizamos un sondeo y encontramos una depresión volcánica cubierta de lodo a 2.035 brazas de profundidad. El último sondeo daba 1.400 brazas. Habíamos pasado por encima de un bajío.

A las ocho de la tarde alcanzamos la presión suficiente y nos pusimos en marcha. Al principio apenas avanzábamos, pero poco a poco fuimos abriéndonos paso, hasta que los trechos de agua navegable se hicieron más frecuentes. Pronto encontramos un par de grandes lagunas de varias millas de extensión; luego los bandejones se volvieron más pequeños. A partir de entonces ya no veríamos ninguno realmente grande: «Las placas de hielo fino se han dividido en pedazos de forma más o menos regular, ninguno de los cuales supera los treinta metros de ancho aproximadamente.» «Navegamos a vapor entre bandejones de poca superficie con bordes erosionados que evidentemente se han partido a causa del oleaje.»

No podíamos estar lejos del límite austral de la banca. Veinticuatro horas después de subir la presión de las calderas seguíamos avanzando velozmente. Por fin sacábamos rendimiento al carbón que consumíamos. El cielo estaba encapotado, el paisaje que se veía desde el tope del palo mayor era sombrío y monótono, pero cada hora que pasaba resultaba más evidente que nos aproximábamos al umbral de las aguas despejadas. El viernes, 30 de diciembre, a la una de la noche (latitud aproximada 71° 30'; situación a medianoche 72° 17' de latitud sur, 177° 9' de longitud este), Bowers atravesaba la última corriente helada. Atrás dejábamos unas 400 millas de hielo. Faltaban 334 para llegar al cabo Crozier.

4. TIERRA

Más allá de este río un continente helado se extiende oscuro y salvaje, azotado por perpetuas tormentas de torbellinos y horrible granizo que sobre tierra firme no se funde, sino que forma un montón, y ruina parece de antigua mansión. Todo lo demás es profundo hielo y nieve.

MlLTON, El paraíso perdido. Segunda Parte

- Dicen que va a soplar un viento de mil demonios. Vaya y mire el barómetro.

Esto fue lo que me dijo Titus Oates con voz queda pocas horas antes de que abandonásemos la banca de hielo.

Fui, miré y me sentí mareado. Al cabo de unas horas la cabeza me daba vueltas sin parar; pero acabábamos de llegar a la Antártida y aún no nos habíamos dado cuenta de que no teníamos ni idea de cómo funcionaba allí el barómetro. De todos modos, al final no sucedió nada grave. Cuando subí al puente para la guardia de alba, nos encontrábamos en alta mar y el viento soplaba con fuerza. A lo largo del día fue arreciando, y a última hora de la tarde soplaba del sur, con un oleaje fuerte y picado como el del mar de Norte y una temperatura muy buena. Al día siguiente, a las cuatro de la mañana, había mar gruesa, y los perros y los ponis pasaron un mal rato. A la sazón, el encargado de la guardia de alba era Rennick, y yo su humilde guardiamarina.

A las seis menos cuarto avistamos a babor algo parecido a un iceberg. Al cabo de unos tres minutos, Rennick dijo: «Ahí hay un pedazo de banca», de modo que bajé e informé a Evans. Estaba muy nublado, nevaba copiosamente y además había niebla. Para cuando Evans llegó al puente, nos encontrábamos ya bastante cerca del hielo. El iceberg que habíamos visto debía de ser uno de los pedazos que se habían desprendido de él. Recogimos tan rápido como pudimos las velas de proa, que eran las únicas que llevábamos desplegadas, y avanzamos con suma lentitud hacia sotavento sólo con las máquinas. Poco a poco empezamos a distinguir el campo de hielo o su reflejo, que se extendía a babor y estribor. Nos movíamos lentamente a tientas por un gran trecho de agua despejada.

Nos reunimos en el puente un buen número de personas y decidimos seguir adelante y quedarnos al abrigo de la banca de hielo hasta que amainara la tempestad.

En circunstancias normales lo más prudente habría sido virar y poner rumbo al este. Pero en nuestro caso teníamos que arriesgarnos si queríamos llegar a aguas tranquilas y que los ponis estuvieran mejor. Pasamos por una corriente de hielo sobre la cual rompían las olas con fuerza: era evidente que en aquellas aguas resultaba peligroso navegar entre bandejones sueltos. Pero pronto nos encontramos con un grupo más compacto, detrás del cual tuvimos la grata sorpresa de ver aguas relativamente tranquilas. Tras avanzar un poco más, nos detuvimos y nos pusimos a la capa.

Pasamos todo el día a la trinca detrás de aquel enorme bloque. De vez en cuando avanzábamos lentamente hacia sotavento mientras la corriente empujaba el hielo hacia nosotros. Poco antes del anochecer empezó a despejar. Era Nochevieja.

Me acosté, pensando que me despertaría en 1911. Pero no llevaba mucho rato dormido cuando apareció Atkinson a mi lado. «¿Han avistado tierra?», pregunté. «Tápese bien con las mantas y vaya a ver.» Cuando subí a cubierta, estuve un rato sin ver nada. Entonces dijo Atkinson: «Todos los

puntos brillantes que se ven en el cielo son nieve iluminada por el sol.» En efecto, allí estaban: por encima de las nubes asomaban unos picos soberbios, como de satén, únicas manchas blancas en el oscuro horizonte. Ya empezaba a vislumbrarse el continente antártico: eran el monte Sabine y las grandes montañas de la cordillera del Almirantazgo. Se encontraban a 110 millas de distancia. Sin embargo,

unas sobre otras se alzan las montañas heladas

y el aterido marino las ve en lontananza

como un gran banco de nubes informes y blancas'

Así que, la verdad sea dicha, volví a mi acogedora litera. A medianoche, un grupo de alborotadores irrumpió en la «guardería» anunciando el nuevo año con la campanilla del comedor. Yo me imaginaba que me sacarían en volandas, pero lo cierto es que en cuanto Birdie Bowers me hubo dado un codazo en las costillas me dejaron tranquilo.

Bordeamos la Tierra Victoria con un sol resplandeciente. «Esta noche la calma es absoluta y luce un sol radiante. ¡A las once había varios hombres bronceándose! Habían salido a cubierta y estaban leyendo.»

El lunes 2 de enero, a las ocho y media de la noche, divisamos el Erebus a 115 millas de distancia. A la mañana siguiente trepamos casi todos a las vergas para aferrar velas. Nos dirigíamos al cabo Crozier; la cara norte de la isla de Ross se abría ante nuestros fascinados ojos, y al este, en la lejanía, se extendía el frente de la Gran Barrera de Hielo hasta desaparecer detrás del horizonte. En las aguas que surcamos abundaban los pingüinos de Adelia y las oreas.

He visto el Fujiyama, el más delicado y grácil de todos los montes; y también el Kanchinjunga: nadie excepto Miguel Ángel hubiera podido concebir algo tan grandioso. Pero si hablamos de amigos, yo me quedo con el Erebus. Quien creó el Erebus conocía bien el hechizo que poseen las líneas horizontales, y la mayoría de las líneas del Erebus se aproximan más al plano horizontal que al vertical. De ahí que sea la montaña más apacible del mundo y que yo me alegrara al enterarme de que íbamos a construir nuestra cabaña en sus estribaciones. De su cráter siempre salía flotando el perezoso estandarte de una nube de vapor.

Alcanzamos el frente de la Barrera a unas cinco millas al este del punto en que se junta a los acantilados de basalto del cabo Crozier. Desde allí podíamos ver las grandes olas de presión que tanto habían dificultado el camino a los exploradores del Discovery cuando se dirigían al criadero de los pingüinos emperador. El Collado estaba despejado, mientras que la cima del monte Terror aparecía cubierta de nubes. En cuanto a la Barrera, se asemejaba tanto a como nos la habíamos

imaginado y a como aparecía en las ilustraciones y fotografías que habíamos visto que se hubiera dicho que la conocíamos de toda la vida.

Scott ordenó que echáramos al agua un bote, y nos aproximamos a los acantilados. Había un considerable oleaje.

Nuestra intención era ver qué posibilidades había de desembarcar, pero las olas rompían con tal violencia entre los témpanos que flotaban frente al cinturón de hielo y la playa propiamente dicha que el desembarco quedó descartado. Deberíamos haber abandonado el bote y habernos lanzado al agua todos juntos. Te aseguro que estuve tentado de hacerlo, y es que arriba, a casi dos metros sobre nosotros, sobre un sucio fragmento de hielo de bahía de aproximadamente un metro cuadrado, se había quedado atrapada una desconsolada cría de pingüino emperador, cerca de la cual dormía un fiel padre de edad avanzada. Al pequeño pingüino no se le había caído todavía el plumón, aspecto sumamente interesante en el ciclo vital del ave que nosotros ya habíamos adivinado, pero del que nadie había llegado a ver ninguna muestra. Hasta el momento nunca se había visto o recogido un espécimen que se encontrara en esa fase del ciclo, y es que ya tenía las alas prácticamente limpias de plumón y cubiertas de plumas de adulto, y además mostraba en el pecho y la cabeza una franja que también estaba limpia. Aquella ave habría constituido un tesoro para mí, pero no podíamos arriesgar nuestras vidas por ella, de modo que tuvimos que dejarla donde estaba. Llamaba la atención el hecho de que, teniendo todo el hielo limpio como podían desear, aquellos menesterosos derrelictos hubieran preferido permanecer en el único pedazo de hielo joven que quedaba después de que su floreciente colonia se alejara hacia el norte en el hielo de bahía flotante. El pedazo de hielo medía aproximadamente un metro cuadrado y había sido alzado por la presión a unos dos metros sobre el nivel del mar. Los pingüinos debían de preguntarse por qué tardaban tanto en emprender el viaje al norte como participantes en el éxodo general, el cual habría tenido lugar apenas un mes antes. El fenómeno en su conjunto revestía un gran interés y sugería múltiples hipótesis acerca del lento funcionamiento del cerebro de aquellos curiosos animales. Otro punto que llamaba extraordinariamente la atención era que, en la parte de abajo de aquel sucísimo pedazo de hielo marino, cuyo grosor apenas si debía superar el medio metro y que se cernía sobre el agua como una especie de cueva, se veían colgando las patas y la parte inferior de unas crías de emperador; en otro lugar había un adulto muerto. Espero poder hacer un dibujo de este curioso fenómeno, pues a la luz de los conocimientos que ya tenemos (sin los cuales resultaría tan incomprensible como el protagonizado por cualquier grupo de seres animados o inanimados) este rincón constituye una auténtica fuente de información sobre la historia del emperador. Tal y como está, arroja nueva luz sobre el ciclo vital de esta extraña ave primitiva […].

Mientras remábamos junto a aquellos acantilados, empezamos a bromear y comentamos que si en aquel momento se nos caía encima el saliente del acantilado que teníamos sobre nosotros, enseguida se nos quitarían las ganas de reír. Así pues, cuando de pronto oímos un ruido semejante a un trueno y vimos que caía al mar una cosa enorme que formaba una nube de polvo parecida al humo de una explosión, comprendimos que había sucedido precisamente lo que acabábamos de decir, y nos alegramos de haber emprendido el camino de regreso al barco y de habernos adentrado unos doscientos o trescientos metros en mar abierto. En resumen, fue una salida en bote de lo más emocionante pues antes de subir a bordo tuvimos el placer de ver cómo un grueso banco de hielo empujaba al barco hasta los mismísimos acantilados, y llegamos a creer que había tantas posibilidades de que saliera de allí como de que chocara contra las rocas. No tenía ni tiempo ni espacio para virar, pero pudo escapar atravesando el banco de hielo con la popa, aunque recibió

unos violentos topetazos bajo la bovedilla y en el timón, y es que el hielo era muy fuerte y el oleaje abundante.

Al oeste del cabo Crozier la falda del monte Terror desciende hasta el mar, lugar que puede servir de desembarcadero si el tiempo está tranquilo. En verano se transforma en un gran criadero de pingüinos de Adelia, y fue allí donde la expedición del Discovery dejó atada a un poste una nota con la relación de sus movimientos para que el barco de socorro pudiera orientarse al año siguiente. Precisamente durante el viaje de regreso de una expedición que venía de la Gran Barrera de Hielo en busca de este poste se produjo la espantosa muerte de Vince. Mientras bordeábamos la costa pudimos ver el poste claramente que, parecía tan nuevo como el día en que lo levantaron; ahora sabemos que detrás existe una vía de comunicación con la Barrera, y que el criadero no padece las ventiscas que barren el cabo Crozier en dirección al mar. Era por lo tanto un lugar excelente para pasar el invierno, y nos llevamos una gran decepción cuando descubrimos que era imposible desembarcar en él.

Aquélla era la primera vez que veíamos un criadero de pingüinos de Adelia. Si en la orilla se veían cientos de miles de estas pequeñas aves, en las aguas que rodeaban el barco había varios millares más. Cuando supimos más acerca de estos criaderos, empezamos a considerar a estos singulares animales como amigos de toda la vida más que como simples conocidos. Todo lo que hace un pingüino tiene carácter. Muestra a todo el mundo sin tapujos cómo vive, y no puede echarse a volar para salir huyendo. Y como haga lo que haga llama la atención (sobre todo porque ha de afrontar situaciones más adversas que la mayoría de los animales y siempre lo hace con arrojo y gallardía extremas), llega a considerársele un ave distinta de las normales. El pingüino, unas veces solemne, otras gracioso, emprendedor, caballeroso y descarado, es siempre (a menos que uno esté conduciendo un tiro de perros) un amigo cuya presencia resulta grata, y en ciertos aspectos recuerda a la de un ser humano.

Tras descartar el cabo Crozier, buscamos un embarcadero en el estrecho de McMurdo. Lo fundamental era que tuviese acceso a la Barrera y que la vía de comunicación fuera por hielo marino, por cuanto la isla era impracticable en su mayor parte. Mientras nos dirigíamos del cabo Crozier al cabo Bird, el extremo noroeste de la isla de Ross, llevamos a cabo una minuciosa inspección de mantenimiento.

Cuando nos aproximábamos al cabo Bird y a la isla de Beaufort, vimos que había gran cantidad de bancos de hielo en la embocadura del estrecho, pero manteniéndonos pegados a tierra firme evitamos los mayores obstáculos. «Mientras despuntábamos el cabo de Bird, aparecieron ante nuestros ojos dos puntos de referencia de los que me acordaba muy bien: el monte Discovery y las montañas Occidentales, que se veían débilmente en medio de la neblina. Me alegraba de volver a verlos. Después de todo, puede que estemos mejor a este lado de la isla. A uno le hace sentirse como en casa ver un paisaje tan familiar.»

En cuanto se pasa del cabo Crozier al cabo de Royds, la costa se vuelve fría y adusta y presenta en su mayor parte muchas grietas. Al oeste del cabo Bird hay unos pequeños criaderos de pingüinos, y en lo alto de las pendientes heladas se pueden ver algunas rocas de granito gris. Son rocas de acarreo, arrastradas por el hielo de las montañas Occidentales; constituyen un testimonio de épocas más cálidas, épocas en que la Barrera era unos seiscientos metros más alta que ahora y se adentraba en el mar varios cientos de millas más. Pero ahora la Antártida está enfriándose, y por lo tanto la sedimentación de la nieve se produce más al norte, y la formación de hielo más al sur.

Muchos nos quedamos toda la noche mirando cómo se desplegaba este nuevo mundo ante

nuestros ojos, cabo a cabo y montaña a montaña. Atravesamos unos gruesos bandejones y el 4 de febrero, a las seis de la mañana, dejamos atrás el último banco de hielo del estrecho a unas tres millas al norte del cabo Royds. Pusimos rumbo al cabo, convencidos de que el límite de la banca se extendería hacia el oeste. Cuál no sería nuestra sorpresa cuando al doblar el cabo vimos por todas partes aguas despejadas y finas capas de hielo pastoso. Pasamos el cabo Royds, el cabo Barne y el glaciar situado al sur de éste, y por fin bordeamos la isla Inaccesible, a dos millas largas al sur del cabo Royds. Desde el cabo propiamente dicho no había ninguna vía de comunicación hacia el sur.

Podríamos haber continuado, pero el hielo pastoso que quedaba empezaba a aumentar de grosor, y aparte del cabo Armitage no había ningún lugar donde pasar el invierno al que pudiéramos dirigirnos. Nunca he visto el hielo del estrecho en tales condiciones ni la isla tan limpia de nieve. Teniendo en cuenta estos hechos así como lo extraordinariamente alta que era la temperatura ambiente, saqué la conclusión de que había hecho un calor excepcional durante el verano. Llegados a aquel punto, era evidente que disponíamos de un amplio abanico de posibilidades para establecer la base de invierno: podíamos ir a una cualquiera de las islas pequeñas, a tierra firme, a la lengua del glaciar o prácticamente a cualquier sitio excepto la punta de la Cabaña. Lo que yo deseaba fundamentalmente era un sitio que no resultara difícil de ver desde la Barrera, y mis ojos se posaron sobre un cabo situado algo más atrás al que solíamos llamar el Pagalar. Estaba separado de la antigua base del Discovery por dos profundas bahías situadas una a cada lado de la lengua del glaciar. Pensé que estas bahías permanecerían heladas hasta finales de la estación y que el hielo no tardaría en volverse firme cuando volvieran a congelarse. Convoqué una reunión e hice la siguientes propuestas: continuar hasta la lengua del glaciar y pasar allí el invierno, o bien seguir en dirección oeste hasta el hielo de la «lápida» y abrirnos paso hasta un atractivo lugar situado al norte de un cabo al que solíamos llamar el Pagalar. Yo abogaba por el segundo plan, y hablando de ello nos dimos cuenta de que se trataba sin duda del mejor, así que volvimos a rodear la isla Inaccesible y nos dirigimos a toda velocidad al hielo fijo que había junto al cabo. Tras atravesar el estrecho reborde de fino hielo de un bandejón fijo, la proa del barco chocó con fuerza contra una dura plancha de hielo de bahía a milla y media de la costa. Allí teníamos un camino par ir hasta el cabo, y un sólido muelle en el que desembarcar nuestros pertrechos. Aseguramos el barco con anclas para hielo.

Scott, Wilson y Evans echaron a andar por el hielo marino, pero no tardaron en regresar. Nos informaron de que había un lugar excelente para construir una cabaña en una playa en pendiente situada en la cara norte del cabo, que a partir de aquel momento se llamaría cabo Evans en honor a nuestro segundo. Había que comenzar a desembarcar de inmediato.

En primer lugar bajamos los dos grandes trineos de motor que tanto espacio ocupaban en cubierta. A pesar de los cientos de toneladas de agua de mar que les había caído tanto encima como alrededor, cuando los sacamos de sus cajas tenían aspecto de estar «tan limpios y nuevos como si los hubieran embalado ayer». Aquella misma tarde los pusimos en marcha.

Teníamos un remolque para los ponis, que fue lo que bajamos a continuación, si bien hicieron falta toda la habilidad y capacidad de persuasión de Oates para meter a los animales en él. Pronto estuvieron los diecisiete sobre el bandejón, revolcándose y dando coces de alegría; de allí los condujimos al otro lado de la playa, donde los atamos cuidadosamente a una cuerda extendida sobre una cuesta nevada en la que no podían comer arena. Shackleton perdió cuatro de los ocho ponis que tenía cuando todavía no hacía ni un mes que había llegado. Estacó a sus caballos en un terreno pedregoso del cabo Royds, y se comieron la arena porque sabía salada. El cuarto poni murió por

comerse las virutas con que habían embalado los productos químicos. Esto no significa que tuvieran hambre, sino simplemente que los ponis manchúes se comen lo primero que se les cruza por el camino, ya sea un terrón de azúcar o un terrón del Erebus.

Entretanto, los tiros de perros transportaban cargas ligeras entre el barco y la costa.

Si hemos tenido tantos problemas con ellos ha sido por la necedad de los pingüinos. Saltan en grupos sobre nuestro bandejón cada dos por tres. Apenas ponen las patas en el suelo muestran una voraz curiosidad y una terca despreocupación por su seguridad. Se acercan balanceándose y meten la cabeza aquí y allá de esa forma tan absurda en que suelen hacerlo, y eso a pesar de que tienen a toda una manada de perros aullando y haciendo todo lo posible por echarse encima de ellos. «¡Hola! -parecen decir-. Aquí tenemos algo con lo que jugar. ¿Y vosotros qué queréis, espantajos?» Entonces se acercan unos pasos más. Los perros se lanzan sobre ellos hasta donde se lo permiten los arneses y las correas. Los pingüinos no se inmutan lo más mínimo, pero levantan el collar y graznan con aire enojado, exactamente como si estuvieran amonestando a un desconocido maleducado. A juzgar por su actitud, uno podría pensar que están diciendo: «Ah, conque ese tipo de animales sois. Bueno, pues os habéis equivocado de sitio; no vamos a aceptar vuestras groserías y bravuconadas», tras lo cual dan los fatídicos últimos pasos y se ponen a su alcance. Un perro salta, se oye un graznido, se extiende sobre la nieve una horrible mancha roja y el asunto queda zanjado.

Teníamos que recorrer casi milla y media por el hielo marino con el trineo para transportar cada cosa, pero a medianoche, tras diecisiete horas de trabajo ininterrumpido, estábamos sumamente satisfechos. Ya casi habíamos acabado de desembarcar la gran cantidad de madera destinada a la construcción de la cabaña. Los ponis y los perros dormían al sol en la orilla. Una gran tienda verde alojaba a los constructores de la cabaña, y la parcela que había elegido para ella ya habían sido allanada.

Disfrutar de este tiempo en un sitio como éste se acerca más a mi idea de la perfección que las condiciones que he podido tener en cualquier otro lugar. El tibio resplandor del sol y el intenso y tonificante frío es una combinación tan saludable y placentera que resulta difícil de describir; mientras, la dorada luz que tiñe este maravilloso conjunto de montes y hielo satisface cualquier necesidad de magnificencia paisajística que uno pueda sentir. No encuentro palabras para expresar lo imponente que es el maravilloso panorama que se despliega ante nuestros ojos […]. Es magnífico ver por fin el resultado de tantos meses dedicados a prepararlo y organizarlo todo. Mientras escribo esto (son las dos de la noche) oigo los profundos ronquidos de los hombres, que descansan tras una jornada de duro trabajo y se preparan para otra igual mañana. Yo también tengo que dormir. Hace cuarenta y ocho horas que no pego ojo, pero si duermo será para tener felices sueños,

Todos los días nos acostábamos a medianoche y nos levantábamos a las cinco de la madrugada. Gasolina, queroseno, comida para ponis, comida para perros, trineos y equipo correspondiente, muebles para la cabaña, provisiones de todo tipo tanto para la cabaña como para los viajes, carbón, instrumentos científicos y equipo correspondiente, carburo, reservas de medicamentos, ropa… No sé cuántas veces recorrimos en trineo aquella placa de hielo marino, pero puedo asegurar que desembarcamos todo lo imprescindible en seis días. Scott escribiría: «Nunca se ha hecho nada semejante; nada con tanta prontitud y meticulosidad.» Y también: «No tengo palabras para describir el magnífico trabajo que está realizando todo el mundo.»

El transporte se llevó a cabo con todos los medios a nuestro alcance: los dos trineos de motor, los dos tiros de perros, los grupos de acarreo sin animales, y en cuanto Oates los hubo considerado aptos para el trabajo, los ponis. Bowers, que como de costumbre sabía dónde se encontraba

exactamente cada cosa y dónde había que colocarla, contó en el barco con la eficacísima ayuda de Rennick y Bruce. Tanto los grupos de acarrero sin animales como los guías de ponis realizaban normalmente diez viajes al día, lo que supone una distancia de más de 30 millas. Los ponis hacían entre uno y tres o cuatro viajes según su capacidad.

En general nuestros medios de transporte parecían satisfactorios, pero pronto se hizo evidente que el hielo marino era demasiado duro para los patines de los trineos de motor.

Los trineos de motor funcionan bien, pero no todo lo bien que cabria esperar. Las pequeñas dificultades las superarán, pero me temo que no van a poder con las cargas que esperábamos llevar en ellos. Aun así, creo que podemos contar con ellos; además, cuando avanzan zumbando sobre el bandejón, constituyen un elemento de animación e interés. A cierta distancia, y sin los silenciadores, suenan exactamente como una trilladora.

El verdadero problema eran los ponis. Nos imaginábamos que después de una travesía tan larga y fatigosa estarían agotados y serían incapaces de hacer nada. ¡Todo lo contrario! Enseguida empezaron a revolcarse y dar mordiscos y coces a los demás con todas sus ganas. Tras dos días de descanso en la orilla, a 12 se les consideró aptos hacer un viaje, y arrastraron cargas de entre 300 y 450 kilos con comodidad por la superficie del hielo marino. Pero pronto se hizo evidente que formaban un grupo desigual. Por un lado estaban los trabajadores constantes, como Punch y Nohby; y por otro los animales decididamente débiles como Blossom› Blücher y Jehu. Luego había un par de ponis fuertes pero bastante difíciles de tratar. Uno de estos pronto empezó a ser conocido como Willie Cansino. Su apariencia externa engañaba, pues parecía un poni, pero al poco de conocerle me convencí de que se trataba sin lugar a dudas de un cruce de cerdo y acémila. Saltaba a la vista que era un animal fuerte, pero como siempre se movía con la mayor lentitud posible y se detenía todo lo que podía, resultaba sumamente difícil formarse una idea de la carga que era capaz de arrastrar en realidad. Estoy convencido de que a consecuencia de esto acarreó en general una carga excesiva, hasta el funesto día en que le atacó un uro de perros en la Barrera. Fue su colapso definitivo al final del viaje del depósito, lo que obligó a Scott a rezagarse cuando salimos al hielo marino. Pero de esto hablaré más adelante.

Sólo en dos ocasiones ví trotar a Willie Cansino. Llevábamos los ponis como siempre, con ronzales y sin freno, y por tanto no podíamos controlarlos por completo, particularmente en el hielo. Pero no cabe duda de que ahora se sentían más cómodos, sobre todo con el frío, el cual habría hecho difícil, por no decir imposible, usar el freno de metal.

En aquella ocasión acabábamos de llegar al barco tras un penoso viaje de regreso durante el cual yo había tenido la sensación de que tiraba tanto de Cansino como del trineo. Entonces petardeó un motor, dimos un respingo sobre el bandejón y retrocedimos a una velocidad que sorprendió a Cansino incluso más que a mí, puesto que cayó encima del trineo, y yo con él, de tal suerte que durante varios días me sentí como un enorme hematoma negro. La segunda ocasión en que tuvo que espabilarse fue cuando intentó guiarle Gran con los esquís durante el viaje del depósito.

Christopher y Hackenschmidt eran unos ponis imposibles. Como veremos, Christopher murió en la Barrera al cabo de un año, luchando casi hasta el último momento. Hackenschmidt, así llamado «por su mala costumbre de atacar tanto con las patas traseras como con las delanteras a todo aquel que se le acercaba», llevaría una vida aún más violenta, aunque tendría una muerte más tranquila. Ignoro si Oates habría podido domarlo: lo habría hecho de ser posible, ya que manejaba los caballos de maravilla. En cualquier caso, Hackenschmidt enfermó en la cabaña durante nuestro viaje del

depósito y, sin que se lograra averiguar la causa, fue perdiendo fuerzas paulatinamente hasta que al final ya no podía mantenerse en pie y tuvo que ser sacrificado para evitar que siguiera sufriendo.

Hackenschmidt nos dio un disgusto una vez en que echó a galopar por las colinas y las rocas arrastrando un trineo. Debajo de él, sin tener la menor idea de lo que se le venía encima, se encontraba Ponting, ajustando una gran cámara con su habitual minuciosidad. Sobrevivieron los dos. También tuvimos un sinfín de desbocamientos y toda suerte de caídas. Pero estos ponis salían ilesos de golpes de los que a un caballo inglés le habría llevado una semana recuperarse. «No cabe duda de que el problema radica en los tumbos que dan los trineos justo detrás los animales.»

Durante la primera semana que estuvimos desembarcando pertrechos, pasamos dos aventuras que pudieron tener un final más desastroso. La primera fue la de Pontíng con las oreas.

Esta mañana he llegado un poco tarde, por lo que he sido testigo de un espectáculo verdaderamente extraordinario. Unas seis o siete oreas, jóvenes y adultas, bordeaban la orilla del bandejón junto al que está fondeado el barco; parecían agitadas y se zambullían con rapidez, casi rozando el hielo. Estábamos mirando cuando de repente aparecieron a popa, asomando el morro sobre la superficie del agua. Había oído historias extrañas sobre estas bestias, pero nunca había imaginado que pudieran ser tan peligrosas. Cerca de la orilla se extendía el cable metálico de proa del barco, al cual estaban atados nuestros dos perros esquimales. No asocié los movimientos de los cetáceos a esta circunstancia, pero al verlos tan cerca di un grito a Ponting, que se encontraba al lado del barco. Cogió su cámara y corrió a la orilla del bandejón para fotografiar de cerca a los animales, que habían desaparecido momentáneamente. Acto seguido, el bandejón sobre el que se encontraban él y los perros se levantó y resquebrajó por completo. Podíamos oír el estruendoso ruido que hacían las oreas al golpear el hielo por debajo con los lomos. Una tras otra fueron irguiéndose, sacudiendo el hielo con violencia. Por suerte, Ponting mantuvo el equilibrio y logró escapar sano y salvo. De manera también totalmente fortuita, las grietas se abrieron entre los perros y alrededor de ellos, de modo que ninguno de los dos cayó al agua. Entonces se hizo evidente que las oreas estaban tan asombradas como nosotros, ya que una a una fueron alzando rápidamente en el aire sus espantosos cabezones por las grietas que habían practicado. Cuando las levantaban a una altura de dos o tres metros, se podían ver las manchas leonadas de sus cabezas, sus brillantes ojillos y su terrible dentadura, que es con mucho la más grande y aterradora del mundo. No cabe la menor duda de que se asomaron para ver qué había sido de Ponting y los perros.

Éstos tenían un susto de muerte, tiraban de sus cadenas y gemían. Una orea llegó con la cabeza a menos de metro y medio de uno de ellos.

Después de esto no está claro si se aburrieron del juego o si quedaron decepcionadas de no ver a Ponting, pero lo cierto es que las aterradoras criaturas se fueron a cazar a otra parte, de modo que pudimos rescatar a los perros y, lo que es más importante, la gasolina, cinco o seis toneladas de la cual aguardaban sobre un pedazo de hielo que no se había desgajado del bloque principal.

Desde luego sabíamos perfectamente que las oreas no paraban de recorrer la orilla de los bandejones y que sin duda no dejarían escapar a quien tuviera la mala suene de caer al agua; sin embargo, el hecho de que pudieran demostrar semejante astucia, de que fueran capaces de romper una placa de hielo de tal grosor (unos setenta y cinco centímetros por lo menos) y de que pudieran actuar de forma conjunta, constituía una revelación para nosotros. Es evidente que están dotadas de una singular inteligencia, y que de ahora en adelante trataremos con el mayor respeto.

Aquellas oreas volverían a intentar darnos caza.

La segunda aventura fue la pérdida del tercer trineo de motor. Ocurrió el domingo, 8 de enero,

por la mañana. Scott había dado orden de desembarcar el motor con el cabrestante.

Fue lo primero que hicimos, y el motor fue colocado sobre hielo firme. Luego Campbell me contó que uno de los tripulantes del barco había metido una pierna en un trecho de hielo pastoso a aproximadamente doscientos metros del barco. No le di mucha importancia, pues me figuré que el hombre no habría pasado de la superficie con la pierna. A las siete de la mañana bajé a la orilla con la carga de un hombre, dejando a Campbell que se ocupara de encontrar el mejor camino para transportar el trineo de motor.

En mi diario he encontrado una nota que hace referencia a lo que sucedió a continuación:

Anoche el hielo empezó a ablandarse en algunas partes, y me entraron dudas sobre si debía llevar los ponis a un punto del camino de la cabaña situado a medio kilómetro del barco. Durante los últimos días el hielo se ha derretido rápidamente y las temperaturas han sido muy altas para el tiempo que suele hacer en la Antártida. Esta mañana la situación seguía igual, y Bailey se ha hundido hasta el cuello.

Una media hora después de bajar el trineo al bandejón, nos han dicho que lo arrastráramos hasta la zona de hielo firme, ya que el que había junto al barco estaba deshaciéndose. Hemos tomado entre todos una larga sirga y nos hemos llegado hasta la placa de hielo en mal estado. Pero entonces alguien, detrás de nosotros, ha gritado: «¡Fuera de ahí!» Luego todo ha sucedido en un abrir y cerrar de ojos: Williamson se ha hundido directamente en el hielo, y acto seguido hemos sufrido todos una sacudida que nos ha obligado a detenernos. Entonces hemos notado que la cuerda tiraba de nosotros hacia atrás; la popa del trineo estaba metida en el hielo, y el vehículo entero empezaba a hundirse. Poco a poco ha ido sumergiéndose hasta desaparecer, tras lo cual le ha tocado el turno a la cuerda. Hemos hecho todo lo posible para no perderla, pero al final no ha quedado más remedio que soltarla, ya que, por mucho que tirásemos de ella, nos arrastraba hasta el borde del agujero. Entonces nos hemos ido al hielo firme, con lo cual nos hemos quedado aislados del barco por la zona de hielo pastoso.

Pennell y Priestley han ido tanteando hasta el barco, y Day le ha pedido a Priestley que le traiga las gafas de protección. Cuando regresaban, provistos de una cuerda de salvamento y con Pennell al frente, el hielo ha cedido de repente bajo los pies de Priestley, que ha desaparecido por completo y, como hemos podido saber más tarde, se ha encontrado con el hielo al intentar llegar a la superficie, pues se movía una fuerte corriente. Pennell se ha tendido enseguida boca abajo sobre el bandejón, ha metido la mano por debajo del brazo de Priestley y lo ha sacado. Lo único que ha dicho Priestley ha sido: «Day, aquí tienes tus gafas.» Luego hemos vuelto todos al barco, pero durante el resto del día la comunicación con la orilla ha quedado interrumpida, hasta que al final hemos encontrado en otra zona un camino firme que llegaba hasta el mismo barco"

Entretanto, la cabaña iba cobrando forma rápidamente, gracias en gran medida a Virutas Davies, es decir, el carpintero. Davies, brillante y servicial, era un destacado constructor naval en la armada y conocía su oficio a fondo. En el barco, cuando las bombas estaban atascadas por culpa de las bolas de carbón que se formaban en la sentina, vi que le llamaban a todas horas del día y de la noche, y él siempre se presentaba con una sonrisa en los labios. En suma, que se trataba de uno de los miembros más útiles de la expedición. En la tarea de construir la cabaña le ayudaron, entre otros, dos de nuestros marineros: Keohane y Abbott. ¡Empiezo a creer que había más gente trabajando que martillos!

La cabaña era un lugar espacioso, de 15 metros de largo, 7,5 de ancho y 2,75 hasta el alero. El aislante, que dio muy buen resultado, era de algas y estaba sujeto formando un acolchado.

Los costados están provistos de tablas dobles [machihembradas] por dentro y por fuera del armazón, con una capa de nuestro excelente aislante de algas entre las tablas. Si el techo tiene por dentro un entarimado de tablas machihembradas, por fuera tiene otro igual y además una capa doble de fieltro alquitranado y una capa de algas, más un segundo entarimado y una triple cubierta de fieltro alquitranado.

El suelo constaba de una tarima de madera pegada al armazón, una capa de algas, una capa de fieltro sobre la cual iba una segunda tarima, y por último un recubrimiento de linóleo.

Pensábamos que dentro estaríamos abrigados, y así fue. De hecho, durante el invierno, cuando vivíamos veinticinco hombres en ella y estaba en marcha la cocina y quizá también el fogón que había al otro lado, el ambiente se cargaba muchas veces, pese a lo grande que era.

Antes de llegar a la puerta principal había que pasar por la puerta del porche. En éste se encontraban los gasógenos de acetileno, que instaló Day sin ayuda de nadie. También se encargó de la instalación del ventilador, la cocina y el fogón, cuyas tuberías pasaban por medio de la cabaña antes de empalmar con el conducto general de ventilación. Perdíamos poco calor. Las tuberías estaban provistas de reguladores y entradas de aire que se podían abrir y cerrar a voluntad para graduar la ventilación. Aparte del gran ventilador del techo, había asimismo una entrada de aire regulable al pie de la cámara que formaba la unión de las dos chimeneas. Su función era también la de ventilar, pero no funcionó bien.

El mamparo que separaba del resto de la cabaña la habitación de los miembros de la expedición (también llamado comedor) estaba hecho con las cajas de los artículos envasados en recipientes de cristal (entre ellos el vino) que podían congelarse y romperse en el exterior. El mamparo no llegaba hasta el techo. Cuando hacían falta los artículos de una determinada caja, se le quitaba uno de los lados, y la caja vacía se utilizaba como estante.

Empezamos a vivir en la cabaña el 18 de enero, con un calor maravilloso, el gramófono en marcha y todo el mundo contento. Lo cierto es que la mayoría de los miembros del grupo de tierra ya había vivido durante bastante tiempo en la costa en tiendas de campaña. La cabaña era muy cómoda, mucho más de lo que uno podría imaginar si se guiaba únicamente por la idea que se tiene habitualmente de la vida en el polo. Ya casi habíamos acabado de descargar, y sólo quedaban unas pocas cosas por traer del barco.

Soplaba una suave ventisca del sur, y he ido con un trineo hasta el barco, que de vez en cuando quedaba completamente tapado por la cegadora nieve que caía. Llevar un trineo vacío resulta casi tan difícil como arrastrar uno lleno. En el barco hemos tomado té, que ha sido recibido con agrado. Se ha comentado reiteradamente que en el barco hay más comodidades que en la cabaña, aunque en aquel momento la cosa no estaba tan clara pues acababan de poner en funcionamiento el fogón de la sala de oficiales por primera vez. Todos tosían por culpa del humo y había tiznajos por todas partes.

La cabaña propiamente dicha se alzaba a unos tres metros y medio sobre el nivel de mar, y estaba situada en lo que ahora es una playa casi arenosa de lava negra. Creíamos que nos encontrábamos lo bastante arriba como para que no nos alcanzara alguna de las olas que pudieran llegar a un lugar tan resguardado, pero durante el viaje del depósito, como veremos, el oleaje se llevó no sólo millas de hielo y buena parte de la Barrera sino también la punta de la lengua del glaciar, por lo que la suerte de la cabaña acabaría convirtiéndose en un motivo de profunda preocupación para Scott.

Ya no volveríamos a ver la playa pues las tormentas de otoño la cubrieron de gruesas capas de nieve, y el deshielo no llegó a ser lo bastante intenso durante los dos años que pasamos allí como

para eliminarla. No cabe duda de que el deshielo que se produjo aquel año fue algo excepcional. Nunca volveríamos a ver una cascada como la que ahora formaba sobre las rocas antes de caer al mar el agua procedente del lago de los Págalos.

La pequeña colina de 20 metros de altura que teníamos detrás no tardó en recibir el nombre de colina de la Veleta. Allí llevamos también otros instrumentos meteorológicos. Al abrigo de este tipo de elevaciones se forman siempre ventisqueros de nieve y hielo, y el que había al pie de esta colina era tan grande que pudimos hacer en él dos cuevas de hielo. En la primera íbamos a instalar la despensa, destinada sobre todo a guardar la carne de cordero congelada que habíamos traído de Nueva Zelanda en la nevera de cubierta. Sin embargo, el cordero mostraba algunas manchas de humedad, y nunca llegamos a comer mucho de él. La carne que comíamos habitualmente era de foca y de pingüino; el cordero lo considerábamos un lujo.

La segunda cueva, de cuatro metros de largo por metro y medio de ancho, la hicieron Simpson y Wright, y era para el material de investigaciones magnéticas. Descubrimos que las temperaturas que se registraban en las cuevas eran bastante constantes. Por desgracia, éste fue el único ventisquero en el que pudimos abrir túneles; allí no teníamos masas de nieve y hielo como las que uno puede encontrar en la Barrera, las cuales pueden ser excavadas, como hicieron Amundsen y sus hombres.

Las cajas con la mayor parte de los pertrechos las apilamos siguiendo las instrucciones de Bowers en la pendiente que había al oeste de la cabaña, aunque las primeras las colocamos cerca de la puerta de entrada. Los trineos los pusimos encima de éstas, en la falda de la colina. Esta manera de colocar las cosas resultó muy satisfactoria durante el primer invierno, pero las numerosas ventiscas del segundo invierno y la inmensa cantidad de nieve que se acumuló en el campamento nos obligaron a llevarlo todo a lo alto del cerro que había detrás de la cabaña, donde el viento las mantuvo más limpias. A Amundsen le pareció conveniente disponer las cajas en dos largas filas.

Los perros los atamos a una larga cadena o cabo. El establo de los ponis fue construido junto a la pared norte de la cabaña, de manera que quedó protegido de las ventiscas del sur que siempre soplaban allí. Bowers construyó un almacén junto a la pared sur. «No hay día en que no se le ocurra o lleve a cabo un plan para mejorar el campamento.»

«Scott parece muy contento con todo», encuentro anotado en mí diario por aquellas fechas. No era para menos. Difícilmente hubiera podido tener mejores hombres a su servicio. Trabajábamos hasta acabar prácticamente reventados, y luego nos buscábamos otro quehacer y echábamos los bofes. Tanto en aquel período como durante el resto de la expedición, la tripulación de barco y los grupos de tierra trabajaron al máximo.

Si uno puede imaginarse nuestra casa enclavada al pie de esta pequeña colina sobre un largo trecho de arena, con toneladas de cajas de provisiones delante, dispuestas en ordenados bloques, y el mar abajo lamiendo el cinturón de hielo, se hará una idea de cómo son los alrededores de la cabaña. En cuanto a los terrenos que la rodean, sería difícil encontrar palabras lo suficientemente elogiosas para describir su belleza. El cabo Evans es uno de los muchos ramales del Erebus, y también el más próximo a la montaña, por lo que que tenemos al grandioso pico nevado justo detrás de nosotros con su humeante cima. Al norte y al sur se abren unas profundas bahías, tras las cuales se ondulan sobre las pendientes inferiores unos grandes glaciares que introducen sus altos frentes azules en el mar. Ante nosotros se extiende el mar azul, salpicado de brillantes icebergs o bandejones, mientras que al otro lado del estrecho, en la lejanía, aunque tan escarpados y majestuosos que parece que están aquí al lado, se elevan las hermosas montañas Occidentales, con sus numerosos e imponentes picos, su profundo valle glacial y sus empinadas faldas; un paisaje montañoso con el que pocos pueden rivalizan.

Antes de partir de Inglaterra, la gente siempre me decía que, con la poca vida que habría en ella, la Antártida resultaría monótona. Pero ahora disponemos aquí de toda una granja de animales. A medio centenar de metros están los diecinueve ponis, y detrás de ellos los treinta perros, que de vez en cuando aúllan como lobos, dirigidos por Dyk. Los págalos anidan por todas partes y se pelean siempre que pueden por los restos de-las focas que sacrificamos y los pingüinos que matan los perros. Por el campamento deambula la hembra de pastor escocés que hemos traído con fines reproductivos. Delante de mi tienda hay un pingüino, me imagino que porque piensa que va a mudar de piel aquí. Una foca acaba de acercarse a los ponis: las de Weddell son muy abundantes, y también los pingüinos y las ballenas. A bordo tenemos a Nigger y un gatito persa azul, así como conejos y ardillas. Este lugar rebosa de vida.

Franky Drake se ha pasado todo el día buscando por ahí hielo para aprovisionar el barco de agua. Ayer hizo un montón sobre el bandejón, y los hombres querían ponerle una bandera encima, sacarle una foto y ponerle: «Punto más al sur alcanzado por el señor Drake.»

El 25 de enero era la fecha convenida para que doce expedicionarios partiéramos en dirección sur con ocho ponis y dos tiros de perros, con el propósito de montar un depósito en la Barrera para el viaje al polo. Scott opinaba que las bahías que nos separaban de la península de la Cabaña se helarían en marzo, a principios de mes probablemente, y que para entonces ya habríamos regresado al cabo Evans. Por otra parte, los ponis no podían bajar por los acantilados de esta lengua de tierra, así que había que prepararlo todo para que tanto ellos como sus guías pudieran pasar una larga temporada en la punta de la Cabaña. Scott tenía pensado utilizar para este fin la antigua cabaña del Discovery que había en la punta.

El 15 de enero partió con Meares y un tiro de perros en dirección a la punta de la Cabaña, que se encontraba a 15 millas terrestres al sur. Cruzaron la lengua de hielo, donde encontraron un depósito de maíz y forraje prensado de Shackleton. La aguas que se se extendían hacía el oeste llegaban casi hasta la lengua.

Al llegar a la cabaña, Scott se llevó un chasco, pues estaba llena de nieve y hielo. Esto suponía un grave problema; como descubriríamos más adelante, la nieve acumulada se había congelado y el interior de la cabaña era ahora un gran bloque de hielo. En medio de este bloque había una pila de cajas que la expedición del Discovery había dejado a modo de depósito. Como ya sabíamos, estaban llenas de galletas.

«Qué deprimente ha sido encontrar la vieja cabaña en tan pésimo estado. Con el interés que tenía yo en ver la cabaña y todos los accidentes del terreno con el mismo aspecto… Acampar fuera con la sensación de que toda la comodidad y animación de antaño han desaparecido ha sido verdaderamente desgarrador.»

Aquella noche:

Hemos dormido mal y nos hemos levantado por la mañana, es decir, tarde. Tras el desayuno hemos subido a las colinas; soplaba una brisa cortante del sureste, pero brillaba el sol y me ha subido el ánimo. Nunca he visto tan poca nieve en esta zona: la pista de esquí estaba cortada por completo en dos puntos diferentes; el Desfiladero y la colina de Observaciones estaban casi pelados; la falda de los altos de Llegada era una gran pendiente desnuda y en la cima de los altos del Cráter se veía una inmensa altiplanicie pelada. ¡Cuánto nos habría alegrado verlo así la otra vez que vinimos! El hielo de la laguna se ha derretido y las Confervae estaban verdes por el agua dulce. El agujero que hicimos en el montículo de la laguna sigue allí, como ha podido comprobar Meares cuando se ha metido en él hasta la cintura y se ha mojado todo.

Al sur hemos visto las crestas de presión, que se levantaban como antaño al otro lado de la punta del Pram. La bahía de la Herradura estaba tranquila y sin crestas; el hielo marino ha hecho presión contra la punta del Pram y el frente de hielo del Desfiladero; y a unas dos millas de distancia se ha formado una nueva cresta alrededor del cabo Armitage. Hemos visto los viejos tubos de los termómetros de Ferrar, que sobresalían en la pendiente nevada como si los acabaran de colocar. La cruz de Vince también parecía recién colocada de lo limpia que estaba la pintura y lo bien que se leía la inscripción.

Nos acompañaban dos oficiales que habían participado en la expedición de Shackleton de 1908: Priestley, que formaba parte del grupo del norte, y Day, que era el encargado de los trineos de motor. Priestley viajó hasta el cabo Royds con dos hombres, y a él pertenece la siguiente descripción de la vieja cabaña que allí había:

Tras montar la tienda, Levick y yo fuimos a la cabaña a buscar forraje. De camino pasé por la punta de Derrick y me llevé una gran lata de tres kilos de mantequilla mientras Levick abría la cabaña. Dentro estaba muy oscuro, de modo que arranqué las tablas de las ventanas para poder ver bien. Fue muy extraño ver todas las cosas tiradas por allí, tal como las dejamos al salir corriendo cuando remitió la ventisca. Sobre la litera de Marston había un ejemplar económico de la Historia de Bessze Costrell, que evidentemente alguien estaba leyendo y dejó allí abierto. Quizá lo que me recordó a los viejos tiempos más que ninguna otra cosa fue el hecho de que, al salir de la despensa, se me quedara enganchada en la manilla de la caldera la manga del abrigo a prueba de viento y la abriera. Al oír el goteo del agua, di instintivamente media vuelta y cerré el grifo como si esperara oír la ronca voz de Bobs maldiciéndome por mi torpeza.

Quizá lo que me produjo una impresión más profunda fue que todo seguía intacto. En la mesa estaban los restos del pan que nos hizo Bobs, del que sólo consumimos una parte antes de que nos llamaran del Nimrod. Algunos de los bollos mostraban la marca de los mordiscos que les dimos en 1909. Alrededor del pan estaban las salsas, los encurtidos, la pimienta y la sal que solíamos tomar para almorzar. Prueba de la sequedad del clima era una lata a medio abrir de galletas de jengibre, que seguían tan crujientes como el día en que las abrimos.

En el cubículo que había junto a la despensa estaban las latas sueltas que el pobre Armytage y yo pusimos alrededor de la cabaña antes de marcharnos.

En los estantes de mi cuarto siguen apilados las revistas y el papel que trajo el barco de socorro. No ha cambiado absolutamente nada, excepto la compañía. Resulta casi deprimente. Me imagino que entra por la puerta gente que viene de pasear por las colinas de los alrededores.

No tuvimos mucho tiempo para echar un vistazo; Campbell estaba cocinando en la tienda, de modo que metimos en una bolsa unas latas de mermelada, un pudin de pasas, algo de té y galletas de jengibre y regresamos al campamento. Nevaba copiosamente, y siguió haciéndolo después de la cena, de manera que nos acostamos enseguida (a la una y media de la tarde) y nos dormimos. Una cosa que merece la pena mencionar es que en varios ventisqueros se ven nítidamente huellas de cascos, algunas de las cuales parecen tan recientes que cualquiera diría que han sido hechas este mismo año.

El chico [Levick] nos ha dado un susto al anunciarnos de repente que veía un barco muy cerca, y hemos estado un rato en ascuas, pero ha resultado ser el Terra Nova, anclado en el hielo cerca del Pagalar.

El lugar está tan impregnado de vida que resulta sobrecoge-dor. No sólo me ocurre a mí; los demás también tienen la misma sensación. Anoche, al acostarme, habría podido jurar que había gente gritando.

Pensé que había tenido simplemente un ataque de nervios, pero Campbell me preguntó si había oído gritos, porque él los había oído claramente. Debían de ser las focas, que estarían llamándose unas a otras, pero desde luego los gritos parecían casi humanos. Estamos tan alterados que no nos sorprendería ver algún día, mientras paseamos por la playa de la Arena Negra, un asentamiento de japoneses o algo por el estilo. Esta noche el chico nos ha procurado algo de diversión al abrir una lata de leche Nestlé por ambos lados en lugar de hacer los dos agujeros por uno solo. Nos ha explicado que está tan acostumbrado a utilizar dos latas enteras de leche para preparar cacao para catorce personas por la noche que siempre las abre de esa manera.

Debido a esto hemos tenido que dedicar la mayor parte de nuestro tiempo libre a hacer tapones para evitar que se saliera la leche de la lata.

Entretanto, y como cabía esperar, empezaba a evidenciarse la acción de la temperatura anormal que estaba haciendo en el mar aquel verano. Cuando sube la temperatura del agua, el hielo marino empieza a derretirse por abajo. Como se encuentra más cerca de mar abierto, el hielo del norte es aquí el primero en desaparecer, pero paralelamente se forman grandes lagunas de hielo derretido dondequiera que una corriente de agua fluya sobre un bajío, como por ejemplo cerca del cabo Evans, la punta de la Cabaña y el cabo Armitage.

El 17 de enero ya se había desprendido parte del hielo entre la punta de cabo Evans y el Terra Nova, aunque entre éste y la orilla quedaba todavía un camino fijo. El barco comenzó a subir la presión de las calderas, pero aquella misma noche se desprendió rápidamente el hielo fijo. Creo que el Terra Nova tardó tres horas en alcanzar la presión suficiente, cuando por lo general le costaba hasta doce horas. Lo cierto es que lo logró justo a tiempo, pues según nos dijeron quedó a la deriva.

A la mañana siguiente echó el ancla a sólo unos 200 metros del cinturón de hielo del cabo.

Por el momento la situación es sumamente cómoda. Con viento del sur el barco permanecería simplemente sujeto al hielo y gozaría de la excelente protección de la punta del cabo. Con viento del norte podría acercarse demasiado a la orilla, donde los sondeos no han pasado de las tres brazas, pero detrás de semejante trecho de hielo sería difícil que le llegara el oleaje sin previo aviso. Parece un rincón comodísimo, aunque desde luego uno no puede estar seguro de nada en este lugar. Sabemos por experiencia lo engañosas que pueden ser las apariencias cuando se trata de seguridad.

Las dificultades que tuvo el barco obedecieron en su mayor parte a la escasez de carbón. La noche del 20 al 21 de enero volvimos a pasar un momento de angustia.

Como temía que pudiera haber algún problema, salí de la cabaña en plena noche y al punto advertí que se encontraba en una situación apurada. El hielo estaba rompiéndose, había marejada del norte, el viento arreciaba, y el barco se hallaba de sotavento a la orilla. Por suerte, las anclas estaban bien metidas en el bandejón, y algunas todavía aguantaban. Pennell estaba subiendo la presión de las calderas y sus hombres intentaban colocar de nuevo las anclas.

Sacamos a los hombres y les echamos una mano. A las seis ya teníamos presión suficiente, y me alegré profundamente de ver de nuevo el barco a barlovento, de modo que pudimos ir a recoger anclas y guindalezas.

Inmediatamente después de que el barco se hubiera alejado apareció un enorme iceberg y encalló en el mismo lugar donde había estado anclado. El barco regresó por la tarde; parecía estar buscando un fondeadero, y se asomó por detrás del iceberg. Soplaba un viento del norte bastante fuerte. En aquel momento no sabíamos nada de las corrientes y la profundidad de las aguas del cabo de Evans. La corriente avanzaba con fuerza en dirección sur por la franja de agua que separa la isla

Inaccesible del cabo Evans, que mediría dos tercios de milla aproximadamente. El barco retrocedía, pero la corriente y el viento eran demasiado fuertes para él, y acabó encallando, y quedó fijo hasta bastante atrás. Alguien dijo que hasta el palo mayor.

Me imaginaba con una frecuencia espantosa que el barco no podía regresar a Nueva Zelanda y que sesenta personas tenían que quedarse a esperar aquí. El único consuelo que podía obtener de tales ideas era la resolución de seguir con nuestro trabajo en la Antártida tal como lo habíamos hecho hasta entonces. Entretanto, lo mejor que podíamos hacer por el barco era aligerarle la carga con botes en la medida de lo posible, ya que cuando había encallado la marea estaba alta, evidentemente. El panorama no podía ser más desalentador.

Tres o cuatro de nosotros nos quedamos mirando tristemente desde la orilla todo el trasiego que había a bordo. Los tripulantes estaban llevando cargamento a popa; Pennell me ha dicho que trasladaron unas diez toneladas en un abrir y cerrar de ojos.

El primer rayo de esperanza apareció cuando, al mirar con atención, observamos que el barco viraba con suma lentitud; luego, al ver que los tripulantes corrían de un lado a otro, comprendimos que intentaban balancearlo para que saliera. Al principio el balanceo le hizo virar rápidamente, pero luego el barco volvió a quedarse quieto. Sin embargo, esta situación duró muy poco tiempo; las máquinas no habían dejado en ningún momento de empujar la embarcación hacia atrás, y al final advertimos un leve movimiento. Aun así, no nos dimos cuenta de que estaba desencallándose hasta que oímos vítores a bordo y en el bote.

Luego retrocedió y quedó libre. Nosotros sentimos un enorme alivio.

Todo esto costó bastante tiempo, pero Scott volvió con nosotros al interior de la cabaña y siguió metiendo provisiones en bolsas para el viaje del depósito. Se tomaba con mucha filosofía las situaciones realmente desastrosas como aquélla. Todavía no estábamos preparados para sacar los trineos, pero el 23 de enero desapareció todo el hielo de la bahía Norte, y en la bahía Sur empezó a ocurrir lo mismo. Como la ruta que íbamos a seguir para llegar a la Barrera pasaba por allí, de pronto se decidió que había que emprender el viaje del depósito al día siguiente, porque de lo contrario cabía la posibilidad de que no lo emprendiéramos nunca. Ya era imposible pasar del cabo con trineos en dirección sur. Sin embargo, existía la posibilidad de llevar los ponis por tierra hasta una empinada pendiente cubierta de piedras por la que podríamos bajarlos hasta la placa de hielo

marino que aún quedaba. ¿Se la llevaría el agua antes de que llegáramos? Estaba todo en el aire. «Elevo una plegaría para que el camino aguante durante las próximas horas. Un trecho pasa entre un iceberg que flota en el agua y una gran laguna situada junto al frente del glaciar; quizás esté débil en esa parte, y el estrecho istmo puede desprenderse en cualquier momento. Emprendemos este viaje con un margen muy pequeño de segundad.»

5. EL VIAJE DEL DEPÓSITO

La caída del día en el oeste. ROBERT BROWNING

De enero a marzo de 1911

SCOTT

MEARES

CREAN

WILSON

ATKINSON

FORDE

TEN. EVANS

CHERRY-GARRARD

DIMITRI

BOWERS

GRAN

OATES

KEOHANE

Los amigos con imaginación de los trece hombres que salieron del cabo Evans el 24 de enero de 1911 tal vez pensaran que éstos eran unos atletas que habían entrenado durante semanas o meses para soportar el esfuerzo que iban a tener que realizar, que habían dormido sus buenas nueve horas cada noche, que habían comido siguiendo un prudente régimen alimenticio y realizado cada día una tarea específica bajo control científico.

Irían muy descaminados. Llevábamos semanas acostándonos a medianoche, dormíamos vestidos de lo cansados que estábamos y, si nos dejaban dormir hasta las cinco, podíamos considerarnos afortunados. Comíamos cuando podíamos, y entretanto trabajábamos hasta la extenuación. SÍ nos sentábamos en un caja de embalaje, se nos cerraban los ojos.

Además, acabamos marchándonos del lugar al borde del pánico por culpa de las prisas. Como el hielo que teníamos al sur, que era por donde pasaba la ruta que conducía a la Barrera, estaba mermando poco a poco debido al deshielo, los vientos y las mareas, no había manera de bajar los ponis del cabo a la placa de hielo marino. Las aguas del mar se extendían por delante y a la derecha de la cabaña, de modo que no cabía más remedio que llevarlos en dirección sureste, hacia el Fin de la Tierra, por entre los bloques de lava de la escarpadura del Erebus y luego hacerlos bajar por una empinada cuesta cubierta de piedras hasta la placa de hielo que aún quedaba. Sin embargo, este hielo desaparecería al día siguiente.

Pasamos los dos últimos días metiendo provisiones en bolsas a todo correr. Cargamos los

trineos, escribimos cartas apresuradamente, elegimos la ropa que íbamos a llevar y les hicimos toscos arreglos. Scott estuvo ocupado atendiendo sugerencias y disponiéndolo todo con ayuda de Bowers para el año siguiente, ya que el barco iba a encargar las cosas que nos hicieran falta. Oates se encargó de pesar la comida de los ponis para el viaje, de elegir los arneses, y sobre todo de controlar a los ingobernables animales. Muchas fueron las discusiones acerca del valor relativo de un par de calcetines o de su equivalente en tabaco, y es que a cada uno sólo se nos permitía llevar cinco kilos y medio en efectos personales. Por efectos personales se entendía todo aquello que no llevábamos habitualmente encima, por ejemplo:

Unas botas de noche
Unos calcetines de noche
Unos calcetines de día de repuesto
Una camisa
El tabaco y la pipa
Los cuadernos para el diario y el lápiz
Un pasamontañas de repuesto Unos guantes de lana de repuesto
Un costurero con botones, agujas, agujas de zurcir, hilo y lana
Un par de finnesko de repuesto
Unos imperdibles grandes para colgar los calcetines
Un libro pequeño

Lo que mejor recuerdo del día en que emprendimos el viaje es cuando Bowers, sofocado y rojo como un tomate, empezó a retorcerse de dolor por culpa de un mal golpe que se había dado en la rodilla con una roca tras verse arrastrado por su gran poni Tío Bill, que se le había desmandado un momento. Bowers había quedado rezagado en el campamento dando las últimas instrucciones para el almacenamiento de cajas y la administración de provisiones, y había estado a punto de perderse al intentar alcanzarnos por un terreno que en aquel entonces nos era desconocido. Llevaba encima toda la ropa que no había incluido en sus efectos personales, pues consideraba injusto cargar a su poni con más peso. Sufrió una fea contusión en la pierna y acudió a mí durante varios días para que se la vendara. Tenía miedo de que los médicos le prohibieran seguir adelante si dejaba que se la vieran. Hacía tres días que no pegaba ojo.

Aquella primera noche (la del 24 de enero) montamos el campamento con nuestras inexpertas manos a poca distancia de la punta de la Cabaña. Nuestra primera experiencia con los trineos no estuvo exenta de incidentes. Empezamos el viaje sólo con los ponis, a los que llevamos hasta la lengua del glaciar, donde confluían el hielo y el agua, y por el camino vimos cómo pasaba el barco por el estrecho y amarraba en la punta de la lengua. Cruzar la lengua con los ponis resultó complicado debido a las grietas y los agujeros, que, aunque poco profundos, eran numerosos. Sin embargo, al final conseguimos atarlos cerca del Terra Nova, que ya estaba desembarcando los perros, los trineos y el equipo. Luego almorzamos a bordo. Al sur de la lengua se abría en la placa de hielo marino un canal de gran tamaño, lo que nos obligó a pasarnos varias horas arrastrando todos los trineos por la lengua para dar con un camino que nos permitiera bajar a hielo seguro. Luego fuimos con los ponis. «Como se caiga un poni en uno de esos agujeros, voy a sentarme y a echarme a llorar», dijo Oates. No habían pasado tres minutos y el mío ya estaba revolcándose, dejando ver sólo la cabeza y las patas delanteras, en un montón de nieve y hielo desmenuzado, que tapaba una grieta en la placa que evidentemente no iba a tardar mucho en moverse. Le pusimos unas cuerdas y lo sacamos.

¡Pobre Cutsl Quiso el destino que más adelante muriera ahogado. Pero una hora después parecía haberse olvidado por completo del percance y arrastraba su primera carga en dirección a la punta de la Cabaña con la misma gallardía de siempre.

Al día siguiente llevamos más pertrechos del barco al campamento que habíamos montado. Aunque íbamos a dejar parte de este cargamento en el borde de la Barrera, por el momento teníamos que hacer tandas, es decir, llevar una carga y luego volver por otra.

El 26 regresamos al barco con los trineos para recoger el último cargamento y despedirnos en la placa de hielo marino de los hombres con los que durante tanto tiempo habíamos trabajado: de Campbell y sus cinco compañeros, que tantas penalidades iban a pasar, y del risueño Pennell y los tripulantes de su barco.

Antes de partir, Scott dio las gracias a Pennell y a sus hombres por su espléndido trabajo. Se han portado como valientes. Nunca ha navegado en barco alguno un grupo de hombres tan admirables como ellos […]. Daba un poco de pena decir adiós a estos buenos amigos y a Campbell y sus hombres. Confío de todo corazón en que todos tengan éxito en sus empeños, pues no cabe duda de que su desprendimiento y su gran generosidad merecen una recompensa. Que Dios los bendiga.

Cuatro miembros del grupo del depósito no volverían a ver a aquellos hombres, y Pennell, capitán del Queen Mary, caería con su barco en la batalla de Jutlandia.

Dos días después, el 28 de enero, transportamos en trineo nuestras primeras cargas a la Barrera. Sumando la distancia recorrida desde el punto donde había fondeado el barco hasta nuestro campamento de la punta de la Cabaña y la que habíamos recorrido a continuación, ya habíamos andado casi 90 millas haciendo tandas. Aquellos primeros días de viaje fueron maravillosos. Qué recuerdos debieron de suscitar a Scott y Wilson los tan comentados accidentes del terreno, si para nosotros, que nunca los habíamos visto, ya eran casi como viejos amigos. Mientras avanzábamos por el mar helado, no hubo guarida de foca que no despertara nuestro interés ni ráfaga de nieve que no nos pareciera una novedad. El pico del Terror asomó por detrás del cráter del Ere-bus, y tras pasar por delante del peñón del Castillo y la cuesta Peligrosa y doblar el promontorio, vimos la pequeña e irregular punta de la Cabaña, y sobre ella la cruz que habían levantado en memoria de Vince, cruz que seguía igual que siempre. Allí estaba la vieja cabaña de la expedición del Discovery y la bahía donde éste había fondeado. Logró salir de ella en el último momento de forma casi milagrosa, tras lo cual fue a parar al banco de arena que se extiende desde la punta, en cuyo fondo todavía brillan al sol del atardecer algunas latas de aquella época. Rodeando la bahía había unas cimas que conocíamos por los libros: la colina de Observaciones y la colina del Cráter, separadas por el Desfiladero. Por éste corría un viento fortísimo, lo cual no era de extrañar pues se trataba del famoso viento de la punta de la Cabaña.

Desde entonces lo habían barrido centenares de ventiscas, pero daba absolutamente igual, porque allí seguían las estacas que Ferrar había colocado de un lado a otro de los glaciares pequeños para saber cuánto se movían, e incluso las pisadas, que se veían todavía con nitidez en las pendientes.

Por aquel entonces los ponis acarreaban unos 400 kilos cada uno, y aunque no parecía que esto les afectase más de lo que cabía esperar, dos de ellos renqueaban un poco. Esto nos causó cierta inquietud, pero el problema quedó resuelto con un poco de reposo. En general, a pesar de que la superficie era dura, creo que les hacíamos llevar demasiado peso.

El hielo marino que se extendía desde la punta de la Cabaña a la colina de Observaciones ya resultaba peligroso, y si hubiéramos tenido entonces la experiencia y los conocimientos sobre el hielo marino que ahora nos permiten volver la vista atrás, es probable que no hubiésemos dormido

con tanta despreocupación sobre su superficie. Las expediciones que viajen en verano a la cabaña o más lejos deben mantenerse alejadas de la punta y el cabo Armitage. Pero estábamos dándonos toda la prisa posible para transportar las provisiones necesarias a la superficie de la Barrera, donde a nuestro juicio podíamos montar un gran depósito central sin correr ningún peligro. Las crestas de presión que el movimiento de la Barrera había formado en el hielo marino entre el cabo Armitage y la punta del Pram eran grandes, y en los huecos que se abrían entre ellas jugaban un sinfín de focas en el agua. A juzgar por el tamaño de aquellas crestas y por el grosor del hielo al romperse, el hielo al sur de la punta de la Cabaña debía de tener al menos dos años de antigüedad.

Recuerdo bien el día en que subimos la primera de las cargas a la Barrera. Me imagino que estaríamos nerviosos, pues el hecho de poner por primera vez los pies sobre la Barrera es toda una aventura. ¿Cómo estaría la superficie? ¿Qué impresión nos producirían las monstruosas grietas sobre las que tanto habíamos leído? Scott se había adelantado, y, por lo que pudimos observar, no se veía otra cosa que la llanura helada; pero de pronto apareció por encima de nosotros, subiendo por la cuesta de un ventisquero invisible. Al cabo de un minuto los ponis y los trineos ya se encontraban arriba y habían pasado la bisagra. Bajo los pies teníamos una nieve suave y blanda, muy diferente de la dura superficie erosionada del mar helado que acabábamos de abandonar. Lo cierto es que fue una llegada bastante insulsa y prosaica. Pero la Barrera es un lugar que se las trae, y cuesta años llegar a conocerla.

Oates mató aquel día una foca por el camino, o al menos lo intentó. A los de mi tienda nos había prometido unos riñones si nos portábamos bien, y se nos hacía la boca agua de pensar en la comilona que nos esperaba. Habíamos dado la foca por muerta, y cuando de camino al campamento pasamos cerca del lugar del sacrificio, Titus fue a señalar nuestra cena. Al punto vimos a la foca tratando de esconderse en su guarida y a Oates haciendo todo lo posible por clavarle la navaja. La presa logró escapar sin sufrir daños graves, y es que, como descubriríamos más tarde, una navaja no basta para matar a una foca. Oates regresó con un buen corte en la mano, que se había hecho al resbalársele el arma. Habría de pasar mucho tiempo para que le permitiéramos olvidar aquel episodio.

La Barrera, que acabaríamos conociendo muy bien, estaba blanda (demasiado para los ponis) y aparentemente llana. Las únicas elevaciones que se veían eran dos pequeños montículos nevados situados a unos centenares de metros a nuestra izquierda. Sacamos el telescopio que llevábamos, pero no logramos ver nada. Nos quedamos sujetando los ponis mientras Scott iba a mirar, y pronto pudimos verle apartando nieve de algo oscuro. Eran unas tiendas; debían de haberlas dejado allí Shackleton o sus hombres al llegar el Nimrod para llevarse a la expedición del sur de la Barrera. Por fuera estaban completamente tapadas de nieve, y por dentro tenían hielo casi hasta los topes. Nos pusimos a limpiarías, lo cual nos tuvo ocupados hasta la noche. La tela, que estaba totalmente podrida, la quitamos con las manos; las cañas de bambú y los topes, en cambio, se hallaban en perfectas condiciones. Cuando sacamos la tela del suelo, hallamos todo tal como lo habían dejado. Encontramos la olla y un hornillo de queroseno; Scott lo encendió y preparó algo de comida. Más adelante lo utilizaríamos a menudo. También había cacao Rowntree, caldo Bovril, extracto de carne Brand, lengua de oveja, queso y galletas: todo ello en medio de la nieve y en buenas condiciones. Durante varios días nos alimentamos con lo que habíamos encontrado. Las primeras veces causa cierta impresión comer cosas que llevan años a la intemperie.

El sábado, 28 de enero, llevamos nuestra primera carga a un lugar que más tarde sería conocido como el depósito de forraje. Se encontraba en la Barrera, a menos de media milla de distancia. Dos días después trasladamos el campamento un par de millas más allá y montamos el depósito principal, conocido como campamento de seguridad. Lo llamamos de «seguridad» porque suponíamos que

incluso en el caso de que se produjera un desprendimiento de hielo marino extraordinario que se llevara una parte de la Barrera, el campamento seguiría allí. El desarrollo de los acontecimientos demostraría que esta suposición estaba bien fundada. Esta breve caminata por la Barrera con los trineos nos hizo reflexionar a todos pues la superficie era terriblemente blanda y los pobres ponis se hundían en la nieve. Estaba claro que ningún animal aguantaría mucho tiempo en tales condiciones. Sin embargo, Shackleton se las había arreglado para recorrer una gran distancia con los cuatro que tenía.

Como disponíamos de comida en abundancia, ya no teníamos prisa, y hasta que reemprendiéramos la marcha no hacía falta economizar ni apresurarse. Se decidió dar un descanso a los ponis mientras establecíamos el depósito y cambiábamos las cargas de los trineos, lo que hicimos al día siguiente. Llevábamos un par de raquetas para ponis. Consistían en un círculo de alambre a modo de base, un aro de bambú y unas vinateras del mismo material. Al ver las condiciones en que se encontraba la superficie nos decidimos a probarlas, y resultaron un auténtico éxito. La cuestión de las raquetas había sido objeto de largas y angustiosas consideraciones; en el cabo Evans teníamos bastantes para todos los ponis, pero como habíamos desembarcado tan tarde, no les habíamos enseñado a llevarlas, de modo que las dejamos allí.

Scott mandó de inmediato a Wilson y Meares con un tiro de perros a ver si podían ganar el cabo por el hielo marino y volver con las raquetas para los ponis. A la mañana siguiente entrenamos a los animales con el par que ya teníamos para que se acostumbraran a llevarlas. Pero cuando regresó el trineo nos pareció que no tenía sentido seguir intentándolo. La placa de hielo entre la lengua del glaciar y la base de invierno había desaparecido, de modo que habían vuelto con las manos vacías. Informaron de que al final de la lengua se les había abierto una grieta debajo del trineo, el cual había acabado enderezándose después de inclinarse sobre ella. Estas grietas de la lengua de hielo eran poco profundas; más adelante Gran se caería en una y saldría andando al hielo marino por un lado de la placa.

Se decidió reemprender el viaje al día siguiente con provisiones para cinco semanas; avanzar por espacio de catorce días, hacer un depósito con provisiones para dos semanas y regresar. Por desgracia, Atkinson tenía que quedarse al cuidado de Crean. Se había hecho una rozadura en el pie y le supuraba la herida. Muy a su pesar, no le quedaba otro remedio que esperar a que se le pusiera bien. Afortunadamente disponíamos de otra tienda, y además teníamos la olla y el hornillo que habíamos sacado de la de Shackleton. El pobre Crean tendría que dedicar su tiempo libre a traer cargas del depósito de forraje al campamento de seguridad, y hacer un agujero en la Barrera para observaciones científicas, lo que según él era todavía peor.

Partimos a la mañana del día siguiente, 2 de febrero, y tras recorrer cinco millas por una superficie irregular montamos el campamento n.° 4. La temperatura era de unos -18 °C, por lo que Scott decidió esperar a ver si la superficie mejoraba por la noche. En general, no está claro si esto es así: más adelante llegaríamos a la conclusión de que la superficie idónea para tirar de un trineo con esquís es la que está a unos -9 °C. Pero lo que sí es cierto es que los ponis han de trabajar por la noche, cuando las temperaturas son más bajas, y descansar y dormir cuando el sol pega con más fuerza. Así pues, acampamos, nos metimos en los sacos de dormir a las cuatro de la tarde y reanudamos la marcha poco después de medianoche. Anduvimos cinco millas antes de comer y cinco más después; la comida, por extraño que parezca, la tomamos a eso de la una de la noche, una hora excelente pues la luz era débil y deprimente y siempre hacía mucho frío.

Nuestra ruta seguía hacia el este por el estrecho, de aproximadamente 25 millas de ancho y flanqueado al sur por la baja y bastante poco interesante isla Blanca y al norte por las bellas faldas

del Erebus y el Terror. Esta parte de la Barrera está estancada, pero la corriente principal, que se extendía ante nosotros, no se ve obstaculizada por ningún accidente del terreno, por lo que fluye ininterrumpidamente en dirección norte hacia el mar de Ross. Sólo se producen crestas, resquebrajamientos y grietas peligrosas en los lugares donde la corriente ejerce presión sobre el Farallón, la isla Blanca y (lo que es más importante) el cabo Crozier, y roza contra el hielo sobre el que se desplaza, que permanece prácticamente inmóvil. Nuestra intención era avanzar hacia el este hasta cruzar esta línea a cierta distancia al norte de la isla Blanca, y luego poner rumbo al sur.

Resulta sumamente difícil decir si una gran superficie de nieve es llana cuando uno está sobre ella, pero no cabe duda de que en esta zona las grietas grandes abundan en un radio de varias millas, aunque por lo general están bien tapadas. Durante aquella etapa nosotros sólo vimos grietas de pequeño tamaño. Soy de la opinión de que también hay algunas olas de presión de tamaño considerable. Cuando alcanzamos el campamento n.° 5 nos precipitamos en una bolsa de nieve blanda. Los ponis fueron cayendo uno tras otro, metiéndose cada vez más dentro hasta que quedaron hundidos hasta la tripa y ya no pudieron moverse. Supongo que se trataría de una grieta antigua llena de nieve blanda o la depresión de una cresta que se habría llenado de nieve recientemente. Mi poni se las arregló para pasar al otro lado con el trineo, pero yo pensaba que el suelo podía ceder en cualquier momento bajo nuestros pies y que entonces seríamos engullidos por una sima. A los demás ponis hubo que quitarles los arneses para sacarlos. Pusimos el único par de raquetas que teníamos al gran poni de Bowers, que sacó los trineos hundidos en la nieve tirando para atrás. Luego montamos el campamento.

El 3 y el 4 de febrero anduvimos 10 millas y montamos el campamento n.° 6. En las últimas cinco millas pasamos por encima de varias grietas, las primeras que nos encontrábamos, y oí que Oates preguntaba cómo eran. «Negras como el infierno», fue la respuesta. Pero luego ya no vimos ninguna más pues aquella jornada nos había llevado hasta el otro lado de la línea de presión que va de la isla Blanca al cabo Crozier. Como allí giramos y pusimos rumbo al sur, a aquel campamento lo llamamos el del «desvío». A este campamento se hará referencia en repetidas ocasiones a lo largo de relato; se encuentra a 30 millas de la punta de la Cabaña.

A las cuatro de la tarde estalló nuestra primera ventisca en la Barrera. Más adelante descubriríamos que en el campamento del desvío las ventiscas eran casi tan frecuentes como los vendavales en la punta de la Cabaña. Por lo visto, estas borrascas se originan en el Farallón y luego pasan por el cabo Crozier antes de descargar en el mar. El campamento del desvío está a medio camino entre ambos puntos.

Las ventiscas de verano se parecen mucho unas a otras. Sube la temperatura, que nunca es demasiado baja, y dentro de la tienda no hace frío. A veces las ventiscas constituyen una magnífica ocasión para descansar: tras semanas de dura marcha, levantándote cada mañana con gran esfuerzo, sintiéndote como si acabaras de acostarte, y quizá con la tensión mental que conlleva avanzar entre grietas, resulta muy placentero verse obligado a guardar cama durante dos o tres días. Puede que duermas como un tronco la mayor parte del tiempo, que sólo te despereces para las comidas o que de vez en cuando te despiertes para oír desde la suave calidez de tu saco de piel de reno el retumbar de la tienda, que se agita a merced del viento, o que visites amodorrado otras regiones del mundo mientras las ráfagas de nieve susurran junto a tu cabeza al rozar la verde tienda.

Pero fuera reina un verdadero caos. Se ha desatado un temporal con todas las de la ley: cae una copiosa nevada, y el viento impulsa la nieve junto con la que yace sobre la superficie de la Barrera. Si uno logra alejarse unos pasos de la tienda, ésta desaparecerá de vista. Si pierde el sentido de la orientación, nada le indicará el camino de regreso. Si expone la cara y las manos a la acción del

viento, no tardarán en congelársele, y eso que estamos en pleno verano. Imagínese el lector el frío añadido de la primavera y el otoño, o el frío y la oscuridad del invierno.

Los que peor lo pasan son los animales: durante la primera ventisca perdieron fuerzas todos los ponis, y dos de ellos quedaron prácticamente inútiles. Debe tenerse presente que habían pasado cinco semanas bajo una cubierta bamboleante, que habían soportado una violenta tempestad, que habíamos desembarcado en muy poco tiempo y que desde entonces habían recorrido casi 200 millas más arrastrando pesadas cargas. Hicimos por ellos todo lo que estaba en nuestras manos, pero la Antártida sigue siendo un lugar inhóspito para los ponis. Creo que a Scott le afectó su sufrimiento más que a ellos mismos. A los perros en cambio no les afectaba. Aquellas tormentas, que eran bastante templadas, constituían para ellos, sencillamente, una ocasión para descansar. Acurrucados cómodamente en agujeros practicados en el suelo, dejaban que les cubriera la nieve. Bieleglas y Váida, dos hermanos que tiraban juntos, insistían siempre en compartir el mismo agujero, y para estar más abrigados se tendía uno encima del otro. A intervalos de dos horas más o menos cambiaban fraternalmente de lugar.

Aquella ventisca duró tres días.

Ahora marchábamos en dirección sur, con toda la Barrera por delante y el monte Terror y el mar por detrás. Al cabo de cinco días, cuando ya habíamos recorrido 54 millas y nos encontrábamos a la altura de la punta sur del Farallón, montamos un depósito al que llamamos como a éste. Su situación, al igual que la del campamento del desvío, figura en los diarios de Scott.

Lo más destacado de aquella parte del viaje fue el desfallecimiento de dos ponis, Blücber y Blossom, y el desfallecimiento parcial de otro, Jimmy Pigg, pese a que en aquel tramo la superficie se endurecía y pasaba a ser una marmórea serie de crestas y cúpulas azotadas por el viento.

Por lo demás, los nuevos exploradores estábamos aprendiendo a abrigarnos en la Barrera, a montar una tienda y preparar una comida en veinte minutos, y los mil y un trucos que sólo puede enseñar la experiencia. Sin embargo, por mucho que cuidáramos a los pobres ponis, no podíamos hacer prácticamente nada para mejorar su situación.

Pero antes de nada he de confesar que algunos de ellos dejaban mucho que desear. Hay que reconocer que su encargado, Oates, comenzó el viaje con un enorme inconveniente. Fue su consumada habilidad, junto con el cuidado y la gentileza de los guías, lo que permitió obtener de principio a fin resultados que a menudo superaron las pronósticos más optimistas.

Un día, a última hora de la tarde, vimos a Scott sacar de la Barrera bloques de nieve medio desmenuzada para construir al sur de su poni un tosco muro parecido a un escondite para cazar urogallos. Me temo que en nuestro fuero interno veíamos su empeño con escepticismo, y es que no le encontrábamos mucha utilidad, pues no era más que un irrisorio murete en medio de una gran llanura de nieve. Pero en cuanto se levantó un poquitín de viento (que, no se ha de olvidar, sopla casi siempre del sur), supimos por experiencia personal que estos muretes pueden prestar un gran servicio. A partir de entonces no hubo noche de acampada en que los guías no levantaran un muro detrás de sus respectivos ponis, mientras se calentaba la carne desecada, y que no fueran después de cenar a acabarlo antes de acostarse, lo cual no es ninguna tontería si se tiene en cuenta que para no pasar frío durante las horas de descanso uno ha de meterse en el saco de dormir inmediatamente después de haberse tomado el hoosh y el cacao. «¡Bill! Nobhy ha derribado su muro!», se oía de pronto. Y entonces Bill iba y volvía a levantarlo.

Oates quería aprovechar aquel viaje para llevar algunos ponis tan al sur como fuera posible a fin de sacrificarlos y hacer con su carne un depósito de comida para los perros del viaje al polo. Scott se opuso a este plan, y allí mismo, en el depósito del Farallón, decidió que los tres ponis más

débiles, Blossom, Blücher y Jimmy Piggy regresaran con sus guías (es decir: el teniente Evans, Forde y Keohane). Emprendieron el viaje de vuelta a la mañana siguiente (13 de febrero) mientras los demás miembros del grupo proseguíamos la marcha. A medida que nos alejábamos de la ventosa región del Farallón, la superficie fue volviéndose poco a poco más blanda. Ahora llevábamos dos tiros de perros, que conducían Meares y Wilson, y cinco ponis.

Scott con *Nobby*
Oates con *Punch*
Bowers con *Tío Bill*
Gran con *Willie Cansino*
Cherry-Garrard con *Guts*

Scott, Wilson, Meares y yo ocupábamos una tienda; Bowers, Oates y Gran, la otra. Scott intentaba encontrar la manera de que los ponis viajaran en fila, de forma que fuesen todos atados de la rienda a la parte trasera del trineo del siguiente, y en lugar de llevar cada uno a su! animal sólo hicieran falta dos o tres hombres para conducir a todo el grupo.

La noche del domingo, 12 de febrero, partimos del depósito del Farallón, y antes de la comida anduvimos siete millas con mucho viento y nieve en contra. Las temperaturas eran muy bajas, y diez minutos después de abandonar el campamento con los ponis se desató una ventisca. Los tiros de perros aún no se habían puesto en marcha, de modo ' que acampamos y dormimos cinco en la tienda para cuatro, lo que no resultó nada incómodo. Es probable que fuera entonces cuando a Scott se le ocurrió ir al polo con un grupo de cinco hombres. El lunes a última hora de la tarde cesó la tormenta, los perros nos alcanzaron y recorrimos seis millas y media a trancas y barrancas. Cuando nos detuvimos para acampar, el poni de Gran, Willie Cansino, que era un animal perezoso y obstinado, llevaba un gran retraso, como de costumbre. Detrás de él venían los perros. Lo que ocurrió a continuación nunca llegó a aclararse. Por lo visto, el pobre Cansino se encontraba en medio de un banco de nieve y tenía dificultades para avanzar; los perros de uno de los tiros se desmandaron, empujados por el hambre, y en un abrir y cerrar de ojos se abalanzaron sobre el poni tal como lo habría hecho una manada de lobos voraces. Gran y Cansino les opusieron resistencia y lograron repelerlos, pero éste llegó al campamento sin su trineo, bañado en sangre y con muy mal aspecto.

Después de la comida nos detuvimos cuando no llevábamos ni una milla de camino. El poni estaba agotado, lo cual no era de extrañar. Al día siguiente recorrimos siete millas y media con gran dificultad, y tanto Tío Billcomo Willie Cansino anduvieron muy despacio y se detuvieron en repetidas ocasiones. Nos costaba mucho avanzar. Los ponis se quedaban rápidamente sin fuerzas, y saltaba a la vista que aún teníamos mucho que aprender sobre cómo había que utilizarlos en la Barrera. Estaban delgados y muy hambrientos; sus raciones eran insuficientes, y no podían con las temperaturas y los vientos otoñales. Aguantamos un día más con unos -30 °C y brisa suave; entonces, a 79° 29' de latitud sur, se tomó la decisión de montar el depósito, que en adelante sería conocido como «depósito de una tonelada», y regresar a la base. De cara a posteriores acontecimientos, se habrá de tener en cuenta que este depósito contenía comida y queroseno y consistía únicamente en un mojón de nieve sobre el que ondeaba una bandera prendida a una caña de bambú. El campamento de una tonelada se encuentra a 130 millas de la punta de la Cabaña, y desde él no se ve tierra excepto en días muy claros.

Pasamos el día haciendo el montón, que entre el aceite, el forraje prensado, la avena y los demás artículos necesarios para el próximo viaje al polo, contenía aproximadamente una tonelada de

provisiones. Scott quedó satisfecho con el resultado, como no podía ser de otra manera, ya que aquel depósito nos permitiría comenzar el viaje al sur con los trineos cargados.

Allí el grupo volvió a dividirse en dos para emprender el camino de regreso. Scott estaba ansioso por conocer las noticias del desembarco del grupo de Campbell en la Tierra del Rey Eduardo VII, que debía de haber dejado el barco en la punta de la Cabaña al volver. Así pues, decidió tomar los dos tiros de perros (el primero de los cuales sería conducido por Meares y él mismo, y el segundo por Wilson y por mí) y regresar rápidamente, dejando a Oates y Gran con Bowers para que le ayudaran a llevar los cinco ponis a la base, lo que harían poniéndolos en fila.

EL REGRESO DEL GRUPO DE LOS PONIS DESDE EL CAMPAMENTO DE UNA TONELADA

Fragmento de una carta de Bowers

Siendo así que llevábamos un cargamento muy ligero, Titus pensó que para los ponis sería mejor hacer todo el viaje de un tirón, pues de ese modo podrían descansar más tiempo. En consecuencia, decidimos no comer hasta que acampáramos. Como nuestras huellas se veían lo bastante bien como para servir de orientación, nos evitamos tener que guiarnos con la brújula, lo cual es un verdadero engorro, ya que la aguja sólo se detiene cuando llevas quieto alrededor de un minuto. Aquella marcha fue algo extraordinario, pues la neblina que formaba la nieve impedía ver todos los objetos lejanos y hacía que los cercanos parecieran gigantescos. Aunque avanzábamos por una llanura ondulada, era difícil no dejarse llevar por la impresión de que se trataba de un terreno montuoso, bastante empinado en algunos puntos y con profundas hondonadas por los lados. De repente aparecía a lo lejos algo parecido a un rebaño de ganado, y pensabas: «No, es un tiro de perros que se ha soltado y viene hacia aquí a todo correr.» Poco después pasabas por encima de unas manchas negras y observabas que eran unos excrementos de poni y que habían sido ellos la causa de las alucinaciones. Desde entonces han sido muchas las veces en que, con una determinada luz, las apariencias me han engañado por completo; ahora ya han dejado de ser novedad. Las olas de nieve dura que el viento forma en la superficie se llaman sastrugi; rara vez se elevan a más de 30 centímetros del suelo, pero a menudo están tan ocultos que resultan imperceptibles. En aquella ocasión nos daba la impresión de que eran unos cerros inmensos hasta que pasábamos por encima. Tras recorrer unas 10 millas, divisamos un triángulo diminuto de color negro en medio del páramo de nieve mate que se extendía ante nosotros. Se trataba del grupo de los perros, que había acampado para comer. Se encontraban a más de una milla de distancia, pero cuando ya estábamos cerca levantaron el campamento y recogieron todo rápidamente. Me pareció que les daba algo de vergüenza que les hubiésemos alcanzado; era como si se hubiera repetido la historia de la liebre y la tortuga. Pero habíamos marchado a gran velocidad, y Scott se alegró de ver lo bien que se estaba portando Willie Cansino. Luego se fueron a todo correr, y, tras recorrer poco más de 12 millas, llegamos al mojón de la Pagoda, donde habíamos dejado una paca de forraje.

Acampamos y levantamos los muretes tan rápido como pudimos para proteger a los animales del viento frío que soplaba. Cansino estuvo insufrible: se apoyaba contra el suyo a propósito y derribaba toda la estructura. En lo que se refiere a mi poni, tuve que hacer el muro fuera de su alcance, pues su único propósito en la vida era comérselo, y además solía empezar por abajo. Sacaba diligentemente un bloque, y toda la construcción se venía abajo. No merece la pena enfadarse con estos simplotes: Titus dice que los caballos carecen prácticamente de raciocinio y que lo único que se puede hacer es levantar otro muro y volver a la carga.

Por la noche despejó, y al día siguiente, 19 de febrero, reemprendimos la marcha en condiciones idóneas; el sol estaba a punto de ponerse y las señales resultaban fáciles de distinguir. En aquella ocasión pudimos ver claramente un mojón a más de siete millas de distancia, que se elevaba a causa de un espejismo. El único problema que tiene el ver las cosas desde tan lejos es que se tarda muchísimo en alcanzarlas. Los espejismos son aquí moneda corriente, y uno de los fenómenos ópticos más comunes en la Barrera. A menudo a uno se le hace difícil convencerse de que lo que se extiende ante sus ojos no es el mar abierto. Pasamos por el lugar en el que los perros se lanzaron sobre Willie Cansino durante el viaje de ida, y sostuvimos una divertida discusión acerca de un objeto oscuro que se veía delante, en la nieve. Al principio pensamos que se trataba otra vez del grupo de los perros, pero luego resultó ser una lata de galletas vacía. Así de engañosa es aquí la luz. Más tarde avistamos el campamento que montamos durante la ventisca y decidimos utilizar de nuevo los muros. Willie Cansino estaba claramente peor, y el poni al que iba atado tuvo que obligarlo a avanzar literalmente a saltos. Cuando nos faltaba media milla para llegar a los muros, Cansino se negó a seguir y, tras perder el tiempo intentando hacerle avanzar, tuvimos que acampar allí mismo, pese a que sólo habíamos recorrido 10 millas y media. Era una verdadera lástima, pero el hecho de que Titus, que suele ser muy pesimista, no hubiera perdido la esperanza de que llegara vivo a la base me devolvió la confianza. Le servimos una ración más de avena a expensas de los demás ponis, y el mío lo compensó acercando el trineo con la pata atada y metiendo el hocico en nuestra preciada caja de galletas, de la cual comió abundantemente a nuestras expensas. Los trineos pesaban tan poco que ya no podíamos sujetar a los ponis con ellos, de modo que tuvimos que asegurarlos con lo primero que encontramos y reforzarlos con nieve.

A día siguiente (20 de febrero) Cansino estaba mejor, pero antes de salir decidimos parar en el campamento del Farallón, donde habíamos dejado algo de forraje. Distaba sólo unas 10 millas de donde estábamos, pero aun así mi viejo poni al final ya daba muestras de lasitud; sin embargo, no había motivos para preocuparse. Vimos el depósito a unas cinco millas de distancia, lo cual suscitó el interés de los animales, que ven estas cosas y, aun siendo unos simplotes, las asocian de cierta manera a la comida y el descanso. Willie Cansino mostraba una clara mejoría, así que acampamos con la moral alta. El capitán Scott me había pedido que, a ser posible, hiciera algunas observaciones con el teodolito para determinar la situación del campamento del Farallón. El nuestro está mucho más adelante y apartado que el depósito A de la expedición del Discovery, que se encontraba prácticamente en la misma situación que el de Shackleton. Tanto éste como Scott habían evitado alejarse de la costa; ahora, en cambio, como conocemos la existencia del glaciar Beardmore, podemos dirigirnos directamente hacia él, con lo que nos desviamos al menos 15 millas al este del Farallón. Esto supone una ventaja, creo yo, puesto que cerca de este extraordinario promontorio el movimiento de avance de la Barrera, al ser detenido por las colinas fijas, produce un terrible caos de grietas junto a los acantilados del final. Estas grietas miden millas de longitud y entre ellas se abren simas lo bastante grandes como para tragarse al Terra Nova entero. Huelga decir que no se puede atravesar semejante lugar con ponis, razón por la cual hemos seguido esta ruta. Por desgracia no pude

llevar a cabo ninguna observación, ya que se nubló casi de inmediato y más tarde empezó a nevar sin que corriera viento. Esto suele suceder antes de las ventiscas y, como estábamos preocupados por los ponis, y no digamos ya por la escasez de galletas, nos entró un poco de inquietud. A medianoche, cuando abandonamos el campamento, estaba muy oscuro, y es que el sol de medianoche ya había empezado a dar volteretas laterales sobre el horizonte austral (primer indicio del otoño, que sin duda ya había comenzado) y el cielo estaba cubierto por estratos bajos y negros como boca de lobo. Perdimos de vista el mojón casi al instante y seguimos durante un rato los restos de las viejas huellas, pero luego ya no pudimos ver nada por culpa de aquella nevosa oscuridad. Como recordarás, fue en el campamento del Farallón donde Teddy Evans dio media vuelta con los tres ponis débiles, de modo que ahora había abundantes huellas nuestras. Sólo llevábamos cuatro millas cuando observé un pequeño montículo al oeste a poca distancia; al acercarme vi que se trataba de un pequeño mojón, pero no había restos de ningún campamento, lo cual al principio me dejó un tanto desconcertado. Como más adelante volveré a referirme a él, lo llamaré X por comodidad. Seguimos adelante, pero se me hacía sumamente difícil orientarme. En la borrosa nada que se extendía ante nosotros no había ningún punto en el que poder fijar la mirada, y además teníamos que quedarnos quietos cada vez que queríamos consultar la brújula. Las brújulas que llevamos en los trineos son de alcohol, y tan fiables como puede serlo una pequeña de mano. No es preciso que te explique que, debido a la proximidad del polo magnético, la tendencia de la aguja es principalmente hacia abajo. Un peso compensador colocado en el lado norte le obliga a adoptar una posición horizontal, por lo que es lógico que su capacidad para indicar la dirección sea muy limitada. En el barco, debido a la vibración de las máquinas y los motores, fuimos absolutamente incapaces de orientarnos con la brújula cuando nos acercamos a la región del polo magnético.

En aquella ocasión (estábamos a 21 de febrero) anduvimos de un lado a otro en zigzag. Primero me adelanté yo, y Oates me dijo que iba en zigzag, luego se adelantó él, y al punto comprendí lo que sucedía: era imposible caminar en línea recta durante más de dos minutos seguidos. Aun así, avanzamos a trancas y barrancas y deteniéndonos con frecuencia, hasta que se levantó viento; cuando hubimos determinado su dirección, nos orientamos manteniendo la nieve a nuestras espaldas. El viento no era tan fuerte como para que resultara molesto, de manera que la situación mejoró. Habíamos andado unas siete millas por aquel páramo desde el mojón X, cuando de pronto me encontré a sólo unos metros de distancia de otro mojón. Esto significa que a pesar de que no teníamos ni huellas ni accidentes geográficos que nos sirvieran de referencia y que habíamos recorrido siete millas sin ser capaces de ver más allá de 30 metros, habíamos ido a parar precisamente al camino correcto. Se trataba de una coincidencia, por supuesto, aunque hay quien sólo por este motivo se atribuiría una excepcional capacidad para orientarse. El viento arreció y, sabiendo lo que ahora sé sobre ventiscas, habría acampado de inmediato. Pero pensé que sería mejor seguir adelante, puesto que los ponis marchaban de maravilla. El peligro estaba en que por fácil que le resulte a uno marchar con el viento a favor, no puede seguir haciéndolo eternamente, y lo más probable es que se canse antes que el viento. Si acampar con un viento fuerte resulta siempre difícil, y no digamos ya con un vendaval, para tres hombres que tienen que controlar a cinco ponis es prácticamente imposible. Por suerte para nosotros, no se trataba de una auténtica ventisca, aunque le faltó muy poco para serlo. Entonces despejó y pudimos ver el Farallón y la isla Blanca; luego nos vimos rodeados por los huracanados bancos de nieve, que volvieron a dispersarse para aparecer de nuevo poco después.

Al cabo de 17 millas se produjo un recalmón y nos detuvimos inmediatamente a acampar. Lo hicimos con bastante rapidez, y por suerte conseguimos atar los ponis y armar las tiendas antes de que el viento volviera a echársenos encima. Cuando acabamos de levantar los muretes, teníamos

mucha hambre. Como estábamos bastante contentos, comimos todo lo que pudimos, excepto los tres terrones de azúcar que siempre apartaba de mi ración para el bueno de Tío Bill. El vendaval remitió hacia última hora de la tarde, y con una calma y un sol perfectos pude llevar a cabo una espléndida serie de observaciones. El Erebus y el Terror se veían con absoluta nitidez, y calculé un gran número de ángulos para los estudios topográficos de Evans. Reanudamos la marcha como de costumbre, y aquel 22 de febrero, último día de verano, tuvimos la más placentera y también la más larga de todas las jornadas de nuestro viaje de regreso. Recorrimos 18 millas de un tirón con un sol radiante a partir de medianoche. Ahora se escondía tras el horizonte hasta la mitad durante un breve período de tiempo una vez cada veinticuatro horas. Podíamos distinguir todos los viejos mojones a una enorme distancia; en el caso de los grandes, a seis o siete millas como mínimo. El monte Terror se alzaba justo delante de nosotros y se veía con tal claridad que nos resultaba imposible pensar que en realidad estaba a 70 millas de distancia. Al final del trayecto vimos un pequeño mojón detrás del montículo de nuestro octavo campamento. Como nadie levantaría otro mojón tan cerca sin algún propósito, enseguida se me ocurrió la idea de que había muerto un poni. Titus estaba tan seguro de que Blücher no soportaría el viaje de regreso que se había apostado una galleta con Gran. Primero vi una paca de forraje encima del mojón y luego una nota sujeta al alambre. La letra era la de Teddy Evans, y en ella decía que Blossom había muerto, lo cual nos sorprendió. Como Titus estaba seguro de que Blossom iba a aguantar más que Blücher, nos pusimos a hacer memoria, y entonces comprendí el misterio del mojón X. Estaba seguro de que los dos viejos ponis habían muerto y de que Jimmy Pigg había regresado solo. Al día siguiente (23 de febrero) también recorrimos un buen trecho, aunque a última hora se nubló un poco. Anduvimos 14 millas, y es que el hecho de saber que los ponis habían muerto hizo que nos preocupáramos aún más por los nuestros, pese que iban muy bien. Unas ocho millas más adelante llegamos a uno de los campamentos de Evans, y el solitario muro de Jimmy Pigg nos contó su propia versión de la muerte de los otros dos ponis. Debían de haber tenido un regreso espantoso. A 11 millas de allí habían guardado dos pacas de forraje en un depósito; nos faltaban 50 millas para llegar al cabo Armitage, y teníamos comida para algo más de tres días. Por lo tanto bastaba con que hiciéramos un promedio de 15 millas al día. Teniendo en cuenta las ventiscas y demás eventualidades (sobre todo las que se derivasen de nuestra inexperiencia), esto suponía un riesgo estúpido, pero viendo como estaban las cosas decidí asumirlo, y dejé el forraje allí para el año siguiente.

El 24 de febrero volvimos a marchar en medio de una negrura impenetrable. Por suerte, en el campamento del desvío, aunque apenas se veía, no había niebla. Lo inspeccioné por si había alguna nota o señal, y encontré varias. El sol ya se ponía, y si hubiéramos estado más lejos de casa habría viajado de día. Pocos lugares he visto tan desolados como el campamento del desvío aquel oscuro día. Cayó entonces la niebla y reanudamos la marcha en dirección noroeste, a tientas, como si hubiéramos quedado ciegos. A las tres y cuarto de la noche se levantó una ligera brisa del sur; me aterraba pensar que pudiera estallar una vestisca con la poca comida que teníamos para los ponis, y lamenté haber cometido la temeridad de dejar el forraje en el depósito. Al cabo de 12 millas tuvimos que acampar, pues era imposible avanzar en línea recta en medio de aquella neblina blanca. Levantamos cinco muros gigantescos y, confiando en la suerte, nos acostamos. A veces la fortuna no sólo sonríe a los valientes sino también a los imprudentes, y así sucedió en aquella ocasión, pues no hubo ventisca alguna, y eso que todo hacía pensar que estaba gestándose una. El 25 de febrero Willie Cansino fue más despacio, y como la superficie era más difícil tuvimos que acampar tras sólo siete millas de marcha.

En vista del amenazador aspecto del tiempo, me pareció que lo mejor sería descansar seis horas

e ir directamente hasta el campamento de seguridad, que se encontraba a ocho millas de distancia. Cuál no sería nuestro horror cuando descubrimos que a Gran se le había caído en el anterior campamento la cubierta de arriba del hornillo. Ibamos a tener que comer frío.

No obstante, nos las arreglamos para preparar una reconfortante bebida cortando un pedazo de hojalata lo más parecida posible a la cubierta y derritiendo un poco de nieve. Por culpa de los estragos que había causado mi poni, se nos habían acabado las galletas. Antes de acostarme vi unas manchas al norte, así que puse inmediatamente el teodolito sobre el trípode, miré por el telescopio y vi dos tiendas y varios esquís hincados en el suelo. [Se trataba del grupo de Scott, que se dirigía con Jimmy Pigg al campamento del desvío.] Nos imaginamos que sería algún grupo que iría con o sin animales al campamento del desvío. Nos quedamos dormidos, así que no salimos hasta la tarde. El cielo seguía muy nublado y con aspecto amenazador. Me di cuenta de que durante la niebla nos habíamos desviado bastante hacia el sur con respecto a la ruta correcta, por lo que había sido una suerte que no nos encontráramos con grietas cerca de la isla Blanca. Por fin apareció el campamento de seguridad ante nuestros ojos, aunque las últimas cuatro millas se nos hicieron interminables. Antes de emprender la marcha habíamos dado a los animales su última ración, pero aunque no quedaba ni pizca de comida aguantaron hasta el final. Pese a que la superficie era muy mala, en cuanto vieron el campamento ya no se pararon, supongo que porque sabían que faltaba poco. Llegamos a las nueve y media de la noche. Cuando vi el tiempo que hacía y los trineos vacíos di gracias a Dios. Allí estaban los perros, y había una tienda de cúpula [aparte de las tiendas que usábamos en los viajes con trineos, teníamos varias con forma de cúpula], de la cual salieron tío Bill (el auténtico «tío Bill Wilson») y Meares. Protegimos a los ponis con muros y les dimos de comer, pedimos prestado el hornillo y preparamos una comida como Dios manda con carne desecada, galletas y un montón de hígado de foca.

[Fin del relato de Bowers]

EL REGRESO DEL GRUPO DE LOS PERROS

El viaje con los tiros de perros estuvo plagado de incidentes. Marchamos con rapidez, lo que nos permitió recorrer 78 millas en los tres I primeros días y plantarnos cerca del campamento del desvío. Como los perros estaban delgados y tenían hambre, nunca les exigíamos más de lo que podían dar, y nosotros corríamos la mayor parte del tiempo. Scott estaba decidido a atajar, es decir, quería marchar en diagonal, evitando pasar por el campamento del desvío para andar menos que durante la ida. Lo que no nos imaginábamos era que esto nos obligaría a atravesar una peligrosa zona de grietas.

Nos pusimos en marcha el 20 de febrero a última hora de la tarde con una luz muy mala. Hacía un poco de frío, pero no soplaba viento. Al cabo de unas tres millas vi un declive en la Barrera, justo delante del trineo. Di un grito a Wilson para que tuviera cuidado, pero éste había visto a Stareek extender las patas y había saltado ya sobre el trineo (iba corriendo). Era una grieta peligrosa, de unos seis metros de ancho y con agujeros azules a los lados. El trineo pasó por encima de ella, pero nada más llegar al otro lado topó con un «almiar» de presión de gran tamaño. El tiro de Meares, que iba a nuestra izquierda, no observó ninguna señal de presión. La luz era tan mala que no vimos el montículo de hielo hasta que chocamos con él.

Corrimos dos millas más por terreno llano, con Meares y Scott a nuestra izquierda. Evidentemente, estábamos pasando por encima de numerosas grietas. De pronto vimos que los perros de nuestro tiro desaparecían uno tras otro como si estuvieran buscando a otro animal en un agujero.

Scott escribió:

En un momento se cayó todo el tiro; las parejas de perros buscaban desesperadamente un punto de apoyo, pero al final desaparecieron de vista. Osman, el guía, hizo toda la fuerza que pudo y se plantó en el suelo. Había que verlo… El trineo se detuvo y nos apartamos de un salto. Al instante comprendimos qué había sucedido. En realidad avanzábamos sobre el puente [es decir, la cubierta de nieve] de una grieta; el trineo se había parado encima y los perros se habían quedado colgados de los arneses sobre la sima, suspendidos entre el trineo y el primer perro. Nunca sabremos por qué nosotros y el trineo no nos caímos detrás de ellos.

Los que íbamos con el otro trineo nos paramos apresuradamente, amarramos nuestro tiro y fuimos a socorrerlos con una cuerda Alpine. Osman, el fornido guía, se encontraba en una situación muy apurada.

Estaba agachado, aguantando con su enorme fuerza la cuerda de la que colgaba el tiro con sus arneses. Estaba claro que el trineo y los perros se irían al fondo en cuanto le flaquearan las fuerzas.

En primer lugar apartamos el trineo de la grieta y pasamos la estaquilla de amarre v la fusta por las piezas transversales para que se mantuviera firme. A continuación Scott y Meares agarraron la cuerda por la punta que tenía Osman y tiraron de ella, mientras los demás sujetábamos el trineo para evitar que se deslizara hasta la grieta. No consiguieron moverla ni un centímetro. Entonces repartimos el peso en la medida de lo posible con una estaquilla. Entretanto dos perros se habían soltado de los arneses y habían caído a la grieta, aunque podíamos verlos tendidos sobre un saliente de nieve a unos veinte metros de profundidad. Luego se acurrucaron y se quedaron dormidos. Uno de los perros que estaban suspendidos logró apoyarse con las patas sobre la pared de la grieta, pero entonces otros perros se enzarzaron en una pelea, durante la cual los que estaban más arriba utilizaron los lomos de los de abajo como punto de apoyo.

Scott escribió:

Suele costar un rato organizarse en circunstancias tan imprevistas, de ahí que durante unos minutos nuestros esfuerzos resultaran bastante inútiles. No logramos mover ni un centímetro el tirante principal del trineo, ni tampoco la cuerda que servía de rienda, que tenía a Osman apresado sobre la nieve y estaba asfixiándolo. Entonces se nos aclararon las ideas: descargamos nuestro trineo y pusimos los sacos de dormir a resguardo junto con la tienda y la olla. Osman jadeaba de tal manera que teníamos que mitigar lo antes posible la presión a la que estaba sometido. Agarré la cuerda del saco de dormir de Meares, apoyé los palos de la tienda sobre los bordes de la grieta y con ayuda de Meares logré mover unos centímetros la rienda; de este modo quedó liberado Osman, cuyo arnés cortamos de inmediato.

A continuación, tras atar la cuerda Alpine al tirante principal, tiramos todos juntos. Sacamos un perro y lo soltamos, pero para entonces la cuerda se había metido tanto en el borde de la grieta que ya no merecía la pena seguir tirando. Sin embargo, ahora podíamos aflojar el trineo y hacer algo que deberíamos haber intentado desde el principio: cruzar el trineo sobre la sima y realizar la operación desde él. Logramos nuestro objetivo, aunque estuvimos todo el rato con los dedos entumecidos. Mientras Wilson sujetaba el tirante atado, los demás tiramos de la cuerda con todas nuestras fuerzas.

Ésta era muy pequeña, y yo tenía miedo de que se rompiera, de modo que bajamos a Meares cosa de medio metro para que atara la cuerda Alpine a la punta del tirante. Una vez hecho esto, la operación de rescate resultó más fácil. Subimos los animales de dos en dos hasta el trineo y luego les cortamos los arneses de uno en uno. Por extraño que parezca, los últimos perros fueron los más difíciles de sacar, pues se encontraban pegados al borde del agujero, sujetos por la cuerda cubierta de nieve. Al final logramos poner al pobre animal que quedaba sobre nieve firme y respiramos tranquilos. Habíamos rescatado a once de los trece perros.

Los animales habían estado más de una hora colgados, y algunos presentaban síntomas de lesiones internas. Entretanto, los otros dos perros seguían tendidos en el saliente de nieve de la grieta. Scott propuso descender con la cuerda Alpine para recogerlos. Se le habían despertado todos los instintos bondadosos, y no podía aceptar la idea de perder a los dos anímales.

Wilson opinaba que era una idea descabellada y muy peligrosa. Scott insistió, de modo que arrojamos la cuerda Alpine de 28 metros para ver qué distancia había. El saliente se encontraba a unos 20 metros de profundidad. Bajamos a Scott, que se quedó en el saliente mientras subíamos primero a un perro y después al otro. Los animales se alegraron de verle, lo que no es de extrañar.

Pero los perros rescatados, que como no podía ser de otra manera corrían sueltos por la Barrera arrastrando sus destrozados arneses, escogieron precisamente aquel instante para empezar una batalla campal con los perros del otro tiro. Tras avisar rápidamente a Scott de un grito, fuimos a todo correr a separarlos. Para entonces Nougis ya estaba bastante maltrecho, al igual que mi talón, dicho sea de paso. Pero por fin logramos separarlos, y sacamos a Scott a la superficie. Ya no podíamos más, y nuestros dedos presentaban síntomas de congelación.

Aparte de la recuperación de los perros, el interés de Scott por el incidente era de carácter científico. Como en aquel momento estábamos atravesando la línea de fractura, lo lógico hubiera sido que cruzáramos las grietas en ángulo recto, no que marcháramos en línea paralela o a lo largo de ellas, como de hecho había ocurrido. Mientras subía los veintitantos metros que le separaban de nosotros, dijo varias veces entre dientes: «Me pregunto por qué irá en esta dirección; lo lógico sería encontrárselas en ángulo recto.» Y cuando se hallaba en el interior de la grieta, nos dijo que quería ir a explorar, pero le persuadimos de que el saliente de nieve en el que estaba no ofrecía ninguna seguridad, y no era para menos, ya que por los agujeros azules del puente podíamos ver el abismo que se abría al fondo. Otro motivo para lamentarse fue que no tuviéramos termómetro: la temperatura del interior de la Barrera reviste un gran interés, y a aquella profundidad habríamos obtenido datos bastante fiables para calcular la temperatura media anual. En general podíamos felicitarnos de que aquel desagradable episodio hubiera tenido un final feliz. Pensábamos que aún quedaba un trecho de grietas de varias millas; además el viento arreciaba, levantando la nieve en polvo de la superficie como si fuera humo, y al sur el cielo estaba oscurísimo. Montamos la tienda, comimos bien y reparamos los arneses que habíamos cortado sin piedad tras liberar a los perros. No encontramos más grietas, lo que fue una suerte, pues el viento soplaba con fuerza y las labores de rescate habrían resultado difíciles. Aquella noche corrimos todo lo que pudimos, tanto es así que después de comer anduvimos 11 millas, y al acabar la jornada habíamos recorrido 16 en total. Fue un esfuerzo agotador pues en la grieta habíamos estado ocupados dos horas y media, y tanto los perros como nosotros estábamos cansados. Despejó, y cuando acampamos hacía una temperatura bastante buena. Aquella noche reinó en la tienda un ambiente de camaradería aún más agradable que de costumbre. Tal es el efecto que suelen tener este tipo de incidentes.

Alcanzamos el campamento de seguridad al día siguiente (22 de febrero), impacientes por que nos dieran noticias de las actividades del barco, del desembarco del grupo de Campbell y de los

ponis que habían dado media vuelta en el depósito del Farallón. El teniente Evans, Forde y Keohane ya estaban allí, pero sólo con un poni. Los otros dos habían muerto de agotamiento poco después de que nos separáramos, y nosotros habíamos pasado sin saberlo los mojones que marcaban sus tumbas.

La historia de lo sucedido era deprimente. Su viaje de regreso había sido sumamente triste: ambos, primero Blossom y luego Blücber, habían sufrido un desfallecimiento, y la ventisca del 1 de febrero había acelerado sus muertes.

El incidente de la grieta, unido a la noticia de la pérdida de los ponis, supuso un duro golpe para Scott, quien además estaba intranquilo por Atkinson y Crean, a quienes habíamos dejado allí, pero habían desaparecido sin dejar rastro. En el campamento tampoco había noticias del Terra Nova, por lo que concluimos que encontraríamos tanto éstas como a los desaparecidos en la punta de la Cabaña. Tras dormir unas tres o cuatro horas y tomarnos una taza de té con una galleta, tiramos de los trineos y nos pusimos en marcha. Llevábamos una olla para hacer la comida principal en la cabaña y sacos de dormir por si sufríamos algún contratiempo. Avanzamos por el hielo marino hasta el Desfiladero, desde el que vimos que las aguas del mar llegaban hasta la punta, y luego nos abrimos paso hasta la cabaña, donde nos encontramos con un misterio. Alguien había sacado el montón de hielo que habíamos encontrado en su interior, y fuera había una nota con fecha del 8 de febrero que decía: «El correo para el capitán Scott está I en una bolsa dentro de la puerta del sur.» Buscamos con ahínco por i todas partes, pero no encontramos ni rastro de Atkinson y Crean, como así tampoco de ningún correo ni de las cosas que el barco tenía que traer. Se dieron toda clase de teorías descabelladas. Había una cebolla fresca y algo de pan, por lo que estaba claro que el grupo del barco había pasado por allí, pero lo demás resultaba sumamente confuso. Entonces alguien comentó que nos esperaban sobre esas fechas: los desaparecidos se habrían dirigido al campamento de segundad, doblando el cabo Armitage por un hielo marino muy endeble, y nosotros nos habríamos cruzado con ellos camino del Desfiladero. Entonces encontramos unas huellas de trineo que conducían al hielo marino, y nos pusimos de nuevo en marcha llenos de dudas. Scott estaba preocupadísimo, todos nos sentíamos cansados, y parecía que nunca íbamos a llegar al depósito. Hasta que estuvimos a unos 200 metros de ella, no vimos la otra tienda. «¡Gracias a Dios! -le oí decir a Scott entre dientes. Y también-: Creo que esta vez estabas tú más preocupado que yo, Bill.»

Atkinson tenía el correo del barco, que venía firmado por Campbell. «Todos los incidentes del día -escribiría Scott- parecen nimios comparados con el desconcertante contenido de la saca de correo que me ha entregado Atkinson. En ella hay una carta de Campbell en la que cuenta sus peripecias y dice que Amundsen se ha establecido en la bahía de las Ballenas.»

Aunque Scott trata de expresarse con vehemencia, sus palabras no logran transmitir ni cómo se sintió él ni cómo nos sentimos los demás, pese a que estábamos avisados desde que recibiéramos en Melbourne el telegrama enviado por Amundsen desde Madeira. Durante una hora o así se apoderó de nosotros una cólera furibunda, y contemplamos la disparatada idea de ir inmediatamente a la bahía de las Ballenas y resolver aquel asunto con Amundsen y sus hombres de la manera que fuera. Semejante reacción no podía resistir (y de hecho no resistió) ni un momento de reflexión, pero era bastante natural.

Acabábamos de pagar el primer plazo del demoledor esfuerzo que costaba abrir una senda hasta el polo y, por irrazonable que fuera, teníamos la sensación de que nos habíamos ganado el derecho a ser los primeros. Nuestro sentido de la cooperación y de la solidaridad había crecido muchísimo, y nos habíamos olvidado del espíritu de competición hasta tal extremo que su repentina intromisión nos irritaba ahora profundamente. No defiendo nuestra explosión de rabia sino que me limito a dejar constancia de ella como un elemento humano esencial en mi narración. Pasó sin causar daño, y Scott

la describió de la siguiente manera:

Ya sólo pienso en una cosa: lo mejor que podemos hacer ahora, además de lo más sensato, es comportarnos como si nada de esto hubiera ocurrido. Hemos de seguir adelante y hacerlo lo mejor posible por el bien de nuestro país, sin sentir miedo ni pánico. No cabe duda de que el plan de Amundsen constituye una seria amenaza para nosotros. Le separan del polo 60 millas menos que a nosotros. Nunca me habría imaginado que pudiera llevar tantos perros al hielo sin percances. Su idea de desplazarse con ellos parece excelente. Pero, lo que es más importante, puede emprender el viaje al principio de la estación, algo imposible con los ponís.

En la carta también ponía que, tras salir del estrecho de McMurdo, el Terra Nova había remontado la costa en dirección este siguiendo el frente de la Barrera con Campbell y sus hombres, quienes a ser posible desembarcarían en la Tierra de Eduardo VIL El barco examinó el frente de la Barrera mientras se desplazaba del cabo Crozier hasta los 170° de longitud oeste, donde puso rumbo directo al cabo Colbeck, el cual, como afirma Priestley en su diario, «tiene sólo 60 metros de altura según nuestros cálculos, y guarda un parecido extraordinario con una barrera normal y corriente».

Allí toparon con una gruesa banca de hielo y, al no encontrar ningún punto en el acantilado lo bastante bajo como para que Campbell y sus hombres pudieran desembarcar, se vieron obligados a dar marcha atrás. Volvieron a bordear la costa en busca de una rada conocida por el nombre de «ensenada de Globo». Priestley relata lo ocurrido:

1 de febrero de 1911. Después de todo nuestro viaje ha acabado dando fruto, y todas las dudas que abrigábamos sobre la posibilidad de pasar el invierno aquí han quedado despejadas de forma asombrosa. A eso de las diez entramos en una profunda bahía de la Barrera que resultó ser la bahía de las Ballenas de Shackleton, y las observaciones que realizamos durante nuestra última expedición [la de Shackleton] se vieron plenamente corroboradas. Pennell dice que las mediciones y ángulos que hemos obtenido ahora son casi idénticos a los de entonces. Todo el mundo ha acogido siempre con reservas nuestros datos acerca de la bahía de las Ballenas, pero ahora la cuestión ha quedado zanjada definitivamente. No cabe la menor duda de que la ensenada del Globo y la bahía vecina señaladas en la carta de navegación del Discovery han acabado por formar una sola; es más, la ensenada resultante se ha ensanchado desde entonces todavía más; de hecho, parece que desde 1908, que fue la última vez que pasamos por aquí, ha sufrido numerosas transformaciones en la orilla oeste. Por lo demás, continúa igual: sigue teniendo las mismas sombras y cuevas engañosas, que desde lejos parecen afloramientos rocosos, las mismas crestas de presión, las mismas ondulaciones detrás, la misma cantidad de hielo marino e incluso los mismos grupos de ballenas. Espero que antes de irnos tengamos la posibilidad de inspeccionar la ensenada, aunque dependerá del tiempo. Ha supuesto una satisfacción saber que todas nuestras observaciones eran acertadas y que todo el mundo apoyaba a Shackleton, por lo que anoche me acosté con una gran alegría y pensando que el grupo del este tendrá muchísimas posibilidades de establecerse allí, en la Barrera. Será nuestra última oportunidad de inspeccionar la Tierra del Rey Eduardo.

Pero el hombre propone y Dios dispone: a la una de la madrugada me despertó Lillie con la increíble noticia de que en la bahía había un barco anclado al hielo marino. Durante unos minutos reinó la confusión a bordo y todo el mundo subió precipitadamente a cubierta con cámaras y ropa.

No era una falsa alarma pues se encontraba a sólo unos metros de nosotros; es más, los que habíamos leído los libros de Nansen lo reconocimos: se trataba del Fram.

Esta embarcación va aparejada con velas de cuchillo, y como tiene motores de gasolina, no

lleva chimenea. Poco después los hombres que había a proa anunciaron que se veía una cabaña en la Barrera, y los que estaban más nerviosos, que salía un grupo a nuestro encuentro. Así pues, Campbell, Levick y yo bajamos por un lado mientras echaban el ancla y salimos con los esquís en dirección a un punto oscuro que se veía delante. Resultó que no era más que un depósito abandonado, de modo que volvimos al barco, donde Campbell, que en su afán por conocerlos nos había dejado atrás a los novatos, trabó conversación con el guardia nocturno.

Nos informó de que a bordo sólo había tres hombres y de que los demás estaban preparando la base de invierno de Amundsen, situada a la misma distancia del depósito que separaba a éste del barco. Amundsen viene mañana al Fram, y vamos a quedarnos para que Campbell y Pennell puedan entrevistarse con él. Llegaron a la banca de hielo el 6 de enero y el día 12 ya la habían cruzado, de modo que no pasaron tantas dificultades como nosotros. Nos han informado de que Amundsen no tiene intención de atacar el polo hasta el año que viene. Esto es alentador pues significa que el próximo verano habrá una carrera limpia, aunque esta noticia va a tener al grupo del oeste [el principal] sobre ascuas durante todo el invierno.

Ahora hemos de amoldar los planes a las nuevas circunstancias. El protocolo nos impide acercarnos a su base de invierno, pero debemos regresar al estrecho de McMurdo y luego ir a la bahía de Robertson e instalarnos lo mejor que podamos. Mientras aguardamos el desarrollo de los acontecimientos, no hemos parado quietos. Rennick ha realizado un sondeo de 180 brazas; la tripulación ha matado tres focas, una de las cuales era una preciosa cangrejera plateada; LilÜe ha obtenido muestras de agua a 50, 70 y 170 brazas y ha recogido una red con plancton, y Williams está intentando instalar la red de arrastre para recoger muestras mañana si disponemos de tiempo y hace buen día. He sacado un carrete de fotografías y se lo he dado a Drake para que lo lleve a Christchurch a revelar. Contiene fotos del Fram y el Terra Nova juntos, de su depósito, de los acantilados de hielo y del hielo marino, que está sin duda muy mermado pues el oleaje se ha llevado en algunos puntos la gruesa capa de nieve que lo cubría hasta dejar un arrecife de varios metros de ancho casi a flor de agua.

La noche ha resultado tranquila y ha nevado a intervalos.

4 de febrero de 1911. Levick me ha despertado a las siete para pedirme prestada la cámara. Amundsen, Johansen y seis hombres más han llegado al Fram a eso de las seis y media de la mañana y han ido a entrevistarse con Campbell y Pennell. Campbell, Pennell y Levick han ido a desayunar con ellos y se han quedado allí hasta cerca del mediodía, tras lo cual han vuelto para decirnos que iban a visitarnos Amundsen, Nüsen, el teniente primero del Fram, quien será el encargado de pilotar el barco durante el viaje de regreso cuando desembarquen, y un joven teniente cuyo nombre ninguno de nosotros ha memorizado. Después de comer, un grupo de oficiales y tripulantes ha ido a ver a los demás noruegos, a visitar el barco y a despedirse. Yo no he ido, y entretanto he podido enseñarle el Terra Nova al teniente Jensen. A eso de las tres hemos levado anclas y nos hemos alejado del Fram, navegando muy despacio junto al hielo para poder echar la red de arrastre a profundidades entre 190 y 300 brazas. La redada ha sido satisfactoria pues hemos sacado dos montones de lodo del fondo, aunque desde el punto de vista biológico la captura más valiosa ha sido la de dos largos crinoideos, de poco más de medio metro de longitud y en condiciones casi perfectas, que se habían pegado a la red por la parte de afuera.

Ahora nos encontramos junto a la Barrera y continuamos nuestra inspección de la primera ensenada que descubrimos. Luego iremos al cabo Evans y nos quedaremos allí un día, tras lo cual pondremos rumbo al norte para intentar fondear en la costa detrás del cabo Adare.

Durante la mañana, Browning y yo hemos examinado la pared de hielo que forma la cara este de

la ensenada. Hemos observado que consiste en hielo claro de grano de entre uno y seis centímetros de tamaño y lleno de burbujas.

Por el camino he sacado un par de fotografías de algunos de los perros de Amundsen, y una vez allí he fotografiado varias grietas y cuevas de la pared de la Barrera.

Bien, ya hemos dejado a los noruegos. Pensamos mucho en ellos, por no decir demasiado. La impresión que me han dejado es la de un grupo de hombres de marcada personalidad, duros, sin duda habituados a pasar penurias, muy perseverantes y de buen carácter. Esta combinación de cualidades los convierte en unos rivales harto peligrosos, pero a pesar de esta rivalidad, es imposible no tenerles simpatía.

Algo que me ha llamado poderosamente la atención es la forma en que se han abstenido de obtener información de nosotros que pueda serles útil. Las noticias que llevamos van a causar al grupo del oeste tanta intranquilidad como a nosotros; el mundo contemplará con interés la carrera del polo del año que viene, carrera que tanto pueden ganar ellos como nosotros, y que puede decidir la fortuna, o la enérgica obstinación y la tenacidad de cualquiera de las partes.

La base de invierno de los noruegos se encuentra en un lugar peligroso pues el hielo está desgajándose con rapidez de la bahía de las Ballenas (que ellos creen que se halla en la ensenada de Borchgrevink), y están acampados justo delante de una franja claramente endeble. Por otra parte, si logran pasar el invierno sanos y salvos (son conscientes del peligro que corren), cuentan con un sinfín de perros, la energía de una nación tan septentrional como la nuestra y una experiencia en regiones nevadas que ningún grupo del mundo puede superar.

Luego no hay que olvidar el glaciar Beardmore. ¿Podrán cruzarlo sus perros? Y de ser así, ¿quiénes serán los primeros en llegar? SÍ algo sé es que nuestro grupo del sur llegará tan lejos como sea necesario con tal de evitar que le gane alguien; creo que hay muchas probabilidades de que el año que viene alcancen el polo dos expediciones, pero sólo Dios sabe cuál será la primera en llegar.

Entre las cosas que hemos averiguado acerca de los noruegos destacan la siguientes:

- Las máquinas del Fram ocupan sólo la mitad de espacio que ocupa nuestra sala de máquinas, no les ha hecho falta llenar los tanques de gasolina desde que partieron de Noruega y pueden levantar la hélice entre tres hombres. Han traído a la Barrera patatas noruegas. (Algunos de ellos deben de ser irlandeses renegados.) Todos tienen camarote propio en el entrepuente del Fram, por lo que están muy cómodos, y para transportar sus provisiones a la cabaña utilizan ocho tiros de cinco perros cada uno que trabajan en días alternos.

- Para el viaje al polo tienen intención de utilizar tiros de diez perros, que trabajarán un día sí y otro no. Sus perros se detienen al oír un silbido, y si echan a correr de repente, se les puede parar volcando el trineo. El grupo que va a quedarse en la costa está integrado por nueve hombres, y el del barco por diez. El Fram va a regresar a Buenos Aires al mando de Nilson, y dará la vuelta al mundo durante el invierno haciendo sondeos a lo largo de todo el trayecto.

- Este año no van a emprender la carrera hacia el sur, y todavía no saben si van a montar depósitos. Disponen de 116 perros, una decena de ellos hembras, de manera que pueden criar cachorros, algo que ya han hecho con gran éxito durante el viaje de ida. El Fram se comporta como un corcho en el mar: se balancea enormemente, pero nunca hace agua, y durante la travesía tuvieron a los perros sueltos por las cubiertas.

Hay mucha más información de carácter heterogéneo, y puede que la recuerde de forma más coherente más adelante, cuando las principales impresiones del encuentro sean algo más vagas.

Como se verá, Priestley se equivocó en tres puntos. En primer lugar se quedó con la típica aunque muy equivocada impresión de que Amundsen era un tosco marinero noruego que no tenía

absolutamente nada de intelectual. En segundo lugar, pensó que había acampado en el hielo, no en tierra firme. Y en tercer lugar, creyó que iría al polo por la antigua ruta del Beardmore. La verdad es que Amundsen era un explorador de índole marcadamente intelectual, más judío que escandinavo, que había demostrado su sagacidad al descubrir un lugar seguro donde pasar el invierno, sirviéndose exclusivamente de su buen juicio.

Hay que reconocer que en un primer momento todos subestimamos a [Amundsen, y que no podíamos librarnos de la impresión de que nos 'había ganado por la mano.

Pero volvamos al estrecho de McMurdo y a las noticias que llega-íron a la punta de la Cabaña. El Terra Nova desembarcó en el cabo Evans los dos ponis que se le habían asignado a Campbell, pues éste pensaba que le resultarían más útiles a Scott que a él. El desarrollo de los acontecimientos demostraría lo extremadamente valioso que resultaría este gesto de generosidad. El barco navegó a vapor hacia el norte e intentó dejar al grupo de Campbell en las costas más septentrionales de la Tierra Victoria. Pero les quedaba tan poco carbón que probablemente tendrían que regresar de inmediato a Nueva Zelanda. Campbell lamentó no poder ver a Scott, pues suponía que desearía reorganizar los grupos en vista del cambio de situación, y también porque Amundsen le había invitado a desembarcar con su grupo en la bahía de las Ballenas, ofreciéndole la zona que se extendía al este para que la explorara, y no quería aceptar sin obtener antes el permiso de Scott.

Ahora sabemos que el carbón era tan escaso que al final tuvieron que decidir entre dejar apresuradamente a Campbell en la playa del cabo Adare con sus hombres y sus cosas, y llevarlos a Nueva Zelanda. Como diría un miembro de la tripulación: «Explorar está muy bien, pero también es algo que puede conducir con gran facilidad a situaciones extremas.» El barco estaba tan dispuesto a dejarlos como ellos a dejar el barco, así que desembarcaron, metiéndose en las olas hasta la cintura, y el barco llegó sin problemas a Nueva Zelanda.

Scott decidió que mientras esperábamos a que llegara el grupo de los ponis del campamento de una tonelada, dedicáramos el tiempo a transportar provisiones en trineo al campamento del desvío. Pero los tiros de perros estaban agotados. «Los perros se han quedado en los huesos, tienen un hambre feroz y están muy cansados. Esto no debería ser así, en mi opinión, pero es evidente que están mal alimentados. El año que viene habrá que aumentar las raciones, y tenemos que llevar un régimen bien elaborado. Las galletas solas no bastan.» Por añadidura, varios perros no se habían recuperado todavía de las lesiones sufridas en el accidente de la grieta. Quedábamos nosotros y el único superviviente de los tres ponis que habían dado media vuelta en el depósito el Farallón, es decir, Jimmy Pigg.

El grupo se puso en marcha el viernes, 24 de febrero, y viajó de día. Lo formábamos Scott, Crean y yo, que íbamos con una tienda y un trineo, el teniente Evans, Atkinson y Forde, que iban con otro trineo y otra tienda, y por último Keohane, que llevaba a Jimmy Pigg. La segunda noche de trayecto vimos a lo lejos al grupo de los ponis, que se dirigía al campamento de seguridad. En el campamento del desvío, Scott decidió dejar que el grupo del teniente Evans avanzara más lentamente con el poni mientras él se dirigía a toda velocidad al campamento de seguridad conmigo y con Crean. Avanzamos a marchas forzadas hasta bien entrada la noche, con lo que aquel día recorrimos un total de 26 millas, y acampamos a unas diez del campamento de seguridad, adonde ya debía de haber llegado el grupo de los ponis.

Los incidentes que se produjeron a continuación fueron desastrosos, como complicadas fueron las circunstancias que condujeron a la catástrofe que causó la pérdida de buena parte de nuestros mejores animales de transporte, circunstancias que de milagro no desembocaron en la pérdida de varias vidas humanas. En aquel momento (era el 26 de febrero por la noche) había tres grupos en la

Barrera: detrás de Scott se encontraban el poni, Jimmy Pigg, y el grupo del teniente Evans; Scott, por su parte, había acampado conmigo y con Crean a una distancia del campamento de segundad que se podía recorrer fácilmente a paso de marcha; y en el campamento de seguridad, al que acababa de llegar el grupo de los ponis procedente del depósito de una tonelada con cinco animales, en su mayoría delgados, hambrientos y débiles, estaban los dos tiros de perros con Wilson y Meares. Entre el campamento de seguridad y la punta de la Cabaña se extendía el hielo marino, que lo mismo podía romperse como no romperse aquel año, aunque por las observaciones que habíamos realizado unos días antes sabíamos que se encontraba en malas condiciones. La placa de hielo llegaba a unas siete millas al norte de la punta de la Cabaña. Faltaba poco para que acabara la estación: durante las últimas dos semanas habían sido corrientes las temperaturas entre -45 °C o -50 °C, lo que no era nada bueno para los ponis. Habíamos tenido la mala suerte de padecer varias ventiscas fuertes, pero estaba claro que más que las temperaturas bajas y las superficies blandas eran estas ventiscas otoñales lo que no podían soportar los ponis. Scott no veía la hora de meter los animales en el primer lugar abrigado que pudiéramos encontrarles en la punta de la Cabaña.

A la mañana siguiente, 27 de febrero, nos despertamos en medio de una auténtica ventisca de otoño: nevaba copiosamente, soplaban vientos de fuerza 9 y la temperatura era inferior a los -30 °C. Resultaba desalentador, y como nuestros seis ponis seguían en la Barrera, el panorama tampoco era nada halagüeño para ellos. La ventisca remitió a la mañana siguiente. Scott nos cuenta lo que ocurrió durante la primera parte del día:

Hemos recogido a las seis de la mañana y hemos ido hasta el campamento de seguridad. Wilson y Meares no han tenido más que mal tiempo desde que nos fuimos; Bowers y Oates desde que llegaron. La ventisca ha durado dos días. Los animales parecían encontrarse en un estado lastimoso, pero estaban todos vivos. Soplaba un viento del este frío y cortante. Aguardar allí no podía reportarnos nada bueno, por lo que enseguida hemos hecho los preparativos para trasladarnos todos a la punta de la Cabaña. Recoger nos ha costado mucho tiempo. Ha caído una nevada ingente, y los trineos tenían en algunas partes más de un metro de nieve encima. Hacia las cuatro de la tarde han partido los dos tiros de perros sin ningún problema. Luego se ha preparado para salir el grupo de los ponis. Cuando les hemos quitado las mantas a los animales, se han hecho evidentes los estragos causados por la ventisca. Todos sin excepción estaban terriblemente consumidos, y Willie Cansino se hallaba en un estado lamentable.

El plan es que los ponis sigan las huellas de los perros, y que nuestro pequeño grupo salga en último lugar y se ponga delante de los ponis al llegar al hielo marino. El trayecto por el hielo me preocupa mucho pues se han extendido los agujeros de agua.

Los dos tiros de perros partieron con Wilson y Meares poco antes que los ponis. Volveremos a referirnos a ellos más adelante.

El poni de Bowers, Tío Bill, fue el primero en estar preparado, y se puso en marcha. Colocamos los arneses a tres ponis más, Punch, Nobby y Guts, e intentamos ponérselos a Willie Cansino, pero en cuanto tratamos de hacerlo andar, se cayó al suelo.

Scott lo reorganizó todo rápidamente. Nos mandó a Crean y a mí que fuéramos con los tres ponis buenos tras Bowers, que aguardaba a una milla de distancia. Él se quedó con Oates y Gran para intentar ayudar al poni enfermo. En su diario cuenta lo siguiente:

Hemos intentado por todos los medios salvar al pobre animal. Por fin hemos conseguido ponerlo en pie y le hemos dado una papilla de avena caliente. Luego, tras una hora de espera, Oates se ha ido con él, hemos cargado el trineo y los hemos seguido en esquí. A unos 500 metros del campamento, el pobre animal ha vuelto a caerse, y me ha dado la impresión de que ya no daba más

de sí. Hemos acampado y, tras levantar un muro de nieve en torno a él, hemos hecho todo lo posible por ponerlo en pie. Todos los intentos han sido infructuosos, pese a que el pobrecillo hacía penosos esfuerzos. Hacia medianoche lo hemos recostado de manera que estuviera lo más cómodo posible y nos hemos acostado.

Miércoles, 1 de marzo, por la mañana. Nuestro poni ha muerto por la noche. Es lamentable haberle hecho volver hasta aquí para esto. Está claro que estas ventiscas son horribles para los pobres animales. El pelaje que tienen no les sirve, pero incluso sí tuvieran el mejor de los pelajes, está claro que se quedarían sin fuerzas si les sorprendiera una ventisca, y no podemos permitirnos quedarnos sin fuerzas al comienzo del viaje. Esto nos obligará a retrasar la salida el año que viene.

Bien, hemos hecho todo lo posible y hemos adquirido experiencia a un precio muy alto. Ahora debemos centrar todos nuestros esfuerzos en salvar a los demás animales.

Una carta de Bowers a su casa, en la que desde luego no exagera ni sus aventuras ni las de los dos hombres que se adelantaron para reunirse con él, probablemente sea la mejor descripción de los incidentes que se produjeron a continuación. Recuérdese que Crean y yo habíamos salido del campamento de seguridad con tres ponis para reunimos con él, que ya llevaba uno. Empezaba a hacerse de noche, y la luz era escasa, pero desde el borde de la Barrera todavía se podían distinguir a lo lejos los dos puntos negros que formaban los tiros de perros, que se dirigían al cabo Armitage.

La noche del 28 de febrero me adelanté con mi poni y, como no sabía nada del colapso de Cansino, me sorprendió que los demás tardaran tanto en ponerse en marcha. Pasé por el borde de la Barrera y les esperé al pie de la pendiente de nieve. Cuál no sería mi sorpresa cuando ví a Cherry y Gran llevando a Punch, Nobhy y Guts en fila; entonces me enteré de la razón por la que no aparecían Oates y Scott. Mis órdenes eran marchar sin dilación hasta la punta de la Cabaña por el hielo marino y seguir a los perros; previamente me habían dicho que acampara en el hielo si los animales eran incapaces de continuar. Teníamos cuatro trineos bastante pesados, ya que llevábamos a la cabaña víveres y queroseno para seis semanas, además de una gran cantidad del equipo del depósito, comida para ponis, etcétera. Por desgracia, los perros interpretaron mal sus órdenes y, en lugar de dirigir la expedición, salieron corriendo por su cuenta. Vimos los puntitos que formaban a lo lejos, camino de la antigua grieta de las focas. En cuanto la cruzaron, torcieron hacia la derecha, rumbo al cabo Armitage, y desaparecieron en una difusa neblina negra que parecía invadirlo todo en aquella dirección. Después los oímos a un par de millas: algo los había asustado, así que dieron media vuelta, se dirigieron al Desfiladero, donde subieron a la isla alrededor de la medianoche.

Seguí sus huellas a trancas y barrancas, hasta que llegamos a la grieta de las focas, que en realidad era una vieja cresta de presión que se extendía varias millas al suroeste de la punta del Pram. Nos fijamos en el hielo que había detrás de la grieta (por la cual acabábamos de pasar): estaba sólido; era más antiguo que el que había más adelante, pues sin duda se había congelado antes. Una vez cruzada la grieta pusimos de inmediato rumbo al cabo Armitage. Los animales marchaban con dificultad debido a los efectos de la ventisca, y tuvimos que hacer frecuentes paradas. Entonces topamos con hielo en mal estado y nos desviamos aún más hacia el oeste, ya que cerca del cabo siempre hay lugares peligrosos y me parecía preferible dar un buen rodeo. Crean, que había pasado recientemente por el hielo, me dijo que más adelante estaba bien. Sin embargo, tras avanzar una milla empezaron a asaltarme dudas: las grietas eran demasiado frecuentes como para que pudiéramos sentirnos tranquilos, y aunque el hielo era sólido hasta una profundidad de entre metro y medio y tres metros, no resulta agradable oír en ellas el chapoteo de agua, como ocurriría más tarde. Ese ruido es

sinónimo de movimiento, y el movimiento en el hielo marino equivale a desprendimiento. Seguí adelante con la esperanza de encontrar mejor hielo al rodear el cabo, pero acabamos topando con una grieta en movimiento, lo que me decidió a dar media vuelta. No podíamos ver nada a causa de la neblina negra y, aunque la superficie parecía tan sólida como siempre, sabía lo suficiente como para desconfiar del hielo en movimiento por sólido que pareciera. Fue un regreso espantoso: oscuro, triste y deprimente. Los animales estaban cada vez con menos fuerzas y se detenían con tanta frecuencia que llegué a creer que nunca llegaríamos a la grieta de las focas. No obstante, le dije a Cherry que quería evitar cualquier riesgo y que acamparíamos cuando llegáramos al otro lado del hielo viejo por el que habíamos pasado antes. Finalmente, lo conseguimos. Allí la nieve estaba blanda, mientras que en la parte de la grieta que daba al mar estaba dura: ésta era la razón por la que habíamos perdido las huellas de los perros nada más cruzarla. Pero a pesar de que ya estábamos al otro lado, me pareció que lo mejor sería alejarnos todo lo posible. Nos adentramos en la bahía hasta donde nuestros extenuados ponis fueron capaces de arrastrarse, tras lo cual acampamos, levantamos los muros, alimentamos a los animales y nos retiramos a comer. Sólo teníamos el hornillo sin cubierta, por lo que tardamos más de hora y media en calentar el agua; aun así tomamos una taza de carne desecada. Estaba muy oscuro y confundí una pequeña bolsa de curry con la del cacao, y preparé lo que yo creía cacao con él, mezclado con azúcar; Crean se tomó el suyo de golpe antes de notar nada raro. Cuando por fin logramos acostarnos, ya eran las dos de la tarde. Salí y vi todo tranquilo: la neblina seguía flotando al oeste, pero se podía ver a más de una milla de distancia, y todo estaba en calma. Sin embargo, el cielo estaba muy oscuro sobre el estrecho, señal inconfundible de aguas despejadas. Me acosté. Al cabo de dos horas y media me despertó un ruido. Mis dos compañeros roncaban. Me imaginé que habrían sido ellos, pero cuando me disponía a echarme de nuevo, pues no eran más que las cuatro y media, volví a oírlo. Pensé: «¡Mi poni se está comiendo la avena!», y salí.

No puedo describir ni lo que vi ni lo que sentí. Eso lo dejo a tu imaginación. Estábamos en medio de un pedazo flotante de hielo desgajado. Se veían las cimas de los montes, pero abajo sólo flotaba una tenue neblina, y hasta donde llegaba la vista no había nada sólido. El hielo se había resquebrajado del todo, y ahora se balanceaba a merced del oleaje. Por todas partes se extendían largas lenguas de agua negra. El bandejón sobre el que nos encontrábamos se había partido justo por debajo de la cuerda a la que estaban atados los ponis y había cortado en dos el muro del pobre Guts; una oscura franja de agua mostraba el lugar en el que el hielo se había abierto debajo de él. Los dos trineos a los que estaba atada la otra punta de la cuerda se hallaban en el bandejón de al lado y habían sido arrastrados hasta el mismísimo borde. Nuestro campamento se encontraba en un bandejón de no más de 30 metros de ancho. Di un grito a Cherry y Crean y eché a correr en calcetines para salvar los dos trineos; los bandejones se tocaban a poca distancia, de modo que los llevé a rastras hasta ese lugar y los puse sobre nuestro bandejón. En aquel momento se partió en dos, pero nos quedamos todos juntos en uno de los pedazos. Entonces me puse las botas, comentando que habíamos pasado por muchas situaciones apuradas, pero que aquello era el colmo. Luego me dirían que fue una reacción quijotesca no dejarlo todo y ponerme a salvo, pero como comprenderás no consideré ni por un instante la posibilidad de abandonar nada.

Recogimos y pusimos los arneses a los ponis con una rapidez extraordinaria. En cuanto estuviéramos preparados, tenía que decidir en qué dirección íbamos. Estaba claro que no se podía ir al cabo Armitage, ni tampoco hacia el este, pues el viento venía de aquella dirección, y flotábamos ya hacia el oeste, rumbo al estrecho. La única esperanza que nos quedaba era el sur, y hacia allí fuimos. Vimos que los ponis saltaban bien de bandejón en bandejón. Al menos Punch lo hacía, y los otros dos lo imitaban. Mi idea era no separarnos en ningún momento, sino juntarlo todo en un solo

bandejón, y luego aguardar a que tocara o rozara otro en la dirección adecuada y entonces obligar a los ponis a saltar, y arrastrar los cuatro trineos nosotros mismos. De aquella manera avanzamos lentos pero seguros. Todo iba bien si nos manteníamos activos, pero esperar a que se cerrara un canal de agua suponía una auténtica agonía. A veces transcurrían diez minutos o más, pero el hielo se movía tanto que tarde o temprano acabábamos chocando con otro pedazo, y entonces teníamos que espabilarnos. Unas veces se partían, otras rebotaban con tal rapidez que sólo lograba pasar un poni, y entonces teníamos que volver a esperar. Había que dar muchos rodeos, y nos movíamos siempre en dirección oeste con la banca de hielo, aunque también nos desplazábamos hacia al sur.

Apenas hablábamos. Crean, como casi todos los marineros, se comportaba como si ya se hubiera hecho eso mismo en numerosas ocasiones. Al cabo de un par de horas, Cherry, el práctico, sacó durante una de nuestras obligadas esperas unas galletas y algo de chocolate y lo repartió todo. En aquel momento pensé que lo que menos me apetecía era comer, de modo que me guardé mi parte en el bolsillo. Pero no había pasado ni media hora y ya había dado cuenta de ella. Los ponis estaban portándose tan bien como mis compañeros, y saltaban maravillosamente de bandejón en bandejón. Cuando pasábamos a un nuevo bandejón los dejábamos a su aire, y ellos se quedaban mordiéndose unos a otros los arneses o las cuerdas de la cabeza hasta que llegábamos con los trineos y nos hacíamos cargo de ellos. Era conmovedor contemplar la absoluta confianza que depositaban en nosotros. Un trineo de más de tres metros y medio de largo hace perfectamente las veces de puente cuando una apertura es demasiado ancha para saltar. Al cabo de unas horas vimos ante nosotros hielo sólido, y dimos gracias a Dios. Entretanto se produjo otra situación desagradable, pues apareció un gran número de terroríficas oreas. Estaban recogiendo la cosecha de focas entre los pedazos de hielo que se habían desprendido, y surcaban las aguas entre los bandejones mostrando sus inmensas aletas negras y haciendo un estruendo horroroso al resoplar. La orea, conocida popularmente como ballena asesina, es mucho más pequeña que el cachalote y otros cetáceos de gran tamaño, pero es un animal mucho más peligroso. Provistas de una gran quijada de hierro y de unos enormes dientes romos, actúan de forma conjunta y, como recordarás, estuvieron a punto de atrapar a Ponting mientras descargábamos el barco, levantando el hielo desde abajo y resquebrajándolo en todas direcciones.

Nos costó más de seis horas acercarnos al hielo sólido, que resultó ser la Barrera, de la cual habíamos visto desgajarse unos trozos enormes que luego fueron a engrosar la banca. Allí cerca el movimiento era menor debido a que el hielo se acumulaba algo más al oeste. De todos modos nos habíamos alejado del estrecho justo a tiempo pues todo el hielo del centro, que había quedado suelto detrás del cabo Armitage, se dirigió hacia la parte media del estrecho y salió de allí al mar de Ross. Cuando nos aproximamos al borde de la Barrera nos subió el ánimo. Yo me dirigí a un enorme bandejón inclinado con la esperanza de que tocara la pared; en cualquier caso, no creía que fuese a tener ninguna dificultad. Subimos la pendiente a todo correr para ponernos a salvo, sin imaginarnos el espectáculo que nos aguardaba arriba. A lo largo de todo el frente de la Barrera se extendía un canal de agua de entre 10 y 12 metros lleno de pedazos de hielo desmenuzado que se balanceaban a merced de las olas como el contenido de un caldero. Allí desarrollaban las oreas una endemoniada actividad, y el borde de la Barrera era un acantilado de hielo cortado a pico de entre cinco y seis metros de alto. «Tan cerca, y sin embargo tan lejos», como se suele decir en estas situaciones. De repente, nuestro gran bandejón inclinado se partió en dos, por lo que nos batimos en retirada apresuradamente. Escogí un bandejón un tanto alejado de aquel caos: parecía firme, medía al menos tres metros de grosor, era bastante redondeado y tenía la superficie plana. Allí reunimos todas las cosas, y una vez hecho todo lo que estaba en nuestras manos, dimos de comer a los animales y deliberamos.

Cherry y Crean se ofrecieron a hacer lo que fuera necesario con el mismo espíritu que habían mostrado desde el primer momento. Parecía que lo más urgente era comunicarse con el capitán Scott. Yo me imaginaba que debía de estar muy preocupado por nosotros y, como ya habíamos hecho todo lo que podíamos, necesitábamos que nos prestaran auxilio. Se me ocurrió que, avanzando por el frente de la Barrera en la dirección del viento, un hombre podía encontrar un bandejón que estuviera tocando [la Barrera]. Evidentemente, era imposible subir los ponis por ninguna parte, pero un hombre que se pusiera a buscar sí tenía posibilidades de hacerlo. Además, si se mantenía con el viento a favor, siempre podía volver a nuestro bandejón pues el hielo iba en la misma dirección que nosotros. Había que decidir quién iba. Yo estaba totalmente descartado. El problema estaba en si mandaba a mis dos compañeros o sólo a uno. Como mi idea era salvar los animales y el equipo, me pareció que un hombre solo no podría hacer nada en el caso de que se rompiera el bandejón, dado que tendría que preocuparse de ponerse a salvo. Por lo tanto, decidí mandar a un hombre. La persona elegida sólo podía ser Crean, ya que Cherry no vería tan bien como él, puesto que llevaba gafas. Los dos se ofrecieron, pero, como digo, consideré los pros y los contras y mandé a Crean, consciente de que, en el peor de los casos, podría volver con nosotros en cualquier momento. Escribí una nota para el capitán Scott y, tras llenarle los bolsillos de comida, se fue.

Cherry, tan práctico como siempre, sugirió armar la tienda para indicar nuestra situación. Luego monté el teodolito para seguir a Crean con el telescopio. Pero no fue fácil debido al vaivén del bandejón, y sobre todo a un grupo de emperadores pingüinos que apareció de repente y que desde lejos semejaban seres humanos. Por suerte, el sol despejó el humo helado, y cuando amainó el viento frenó nuestro avance hacia el oeste. El oleaje empezó a remitir. Más adelante, en medio del estrecho, el hielo había desaparecido por completo y sólo quedaba agua. Nos encontrábamos en uno de los bandejones sueltos que flotaban junto al borde de la Barrera formando una fila. Crean estuvo moviéndose de un lado a otro durante horas, pero al final tuve la alegría de verle subir a la Barrera, y dije: «Gracias a Dios, al menos uno de nosotros está fuera de peligro.»

No puede decirse que Cherry y yo pasáramos un día agradable. Estábamos totalmente solos en aquel bandejón y éramos conscientes de que bastaba con que se levantara una brisilla del sur para que acabáramos irremediablemente en mar abierto. Aun así, produce satisfacción saber que uno se ha esforzado al máximo, y pensé que si Dios nos había librado hasta el momento de tantos males, no nos abandonaría en el último momento.

Aquel día dejamos que los ponis comiesen todo lo que quisieran. Las oreas mostraban demasiado interés en nosotros como para que pudiéramos sentirnos tranquilos. Tenían la costumbre de alzarse perpendicularmente para mirar por el borde del bandejón a ver si había focas; a veces se acercaban a sólo unos metros de nosotros y nunca dejaban de rodearnos.

Aquellas enormes cabezas negras y amarillas de aborrecibles ojillos se cuentan entre los recuerdos más turbadores que guardo de aquel día. Sus inmensas aletas ya eran bastante peligrosas de por sí, pero cuando empezaban con sus saltos perpendiculares resultaban verdaderamente terroríficas. Al cabo de unas horas, los págalos, considerándonos carroña segura, se posaron cómodamente cerca de nosotros a la espera de acontecimientos. Sin embargo el oleaje era cada vez menor, por lo que la cuestión de si sería el viento o el capitán Scott quien nos alcanzaría antes acabó dependiendo de la velocidad.

Crean se había encaramado a la Barrera con gran riesgo para su vida, según pude deducir más adelante de su escuetísima versión de los hechos. Encontró a Scott poco después de que [éste] se reuniera con Wilson (*Wilson acampó en tierra firme con los dos tiros de perros, y por la mañana nos divisó con los prismáticos flotando en los témpanos. Avanzó por la península hasta que logró*

descender a la Barrera, donde se reunió con Scott). Luego me enteraría de que el capitán estaba muy enojado conmigo por no haberlo abandonado todo y haberme puesto a salvo. Por mi parte he de decir que jamás se me pasó por la cabeza abandonar a los ponis. Tuvo que dar un gran rodeo, pero a las siete de la tarde llegó al borde de la Barrera acompañado de Oates y Crean y se puso enfrente de nosotros. Todo estaba en calma, y durante la última media hora Cherry y yo habíamos tenido ocasión de pasar a hielo firme utilizando el trineo a guisa de escalera. Un gran fragmento volcado se había incrustado en el canal entre un bandejón alto y el borde de la Barrera, y como no soplaba viento, se había quedado allí. Sin embargo, teníamos que pensar en los ponis, de modo que habíamos decidido esperar.

Scott no me reprendió; sintió tal alivio al ver que nos encontrábamos bien que no pudo por menos de alegrarse. Yo le dije: «¿Y qué me dice de los ponis y los trineos?» Y él me respondió: «Al diablo con los ponis y los trineos. Lo que me importa son ustedes; voy a ocuparme de subirlos sanos y salvos a la Barrera antes que nada.» Cherry y yo teníamos todo preparado, de modo que arrastramos los trineos, sacamos de ellos todo el equipo y los utilizamos a guisa de escaleras; uno iba desde el iceberg hasta la parte del hielo que hacía de tope y el otro hasta lo alto de la Barrera, adonde llegamos sin dificultad. El capitán Scott estaba tan contento que no me costó imaginar cómo debía de haberse sentido durante todo el día. Se culpaba de nuestras muertes, y ahora nos tenía delante, vivitos y coleando. «Queridos amigos -nos dijo-, no pueden imaginarse cuánto me alegro de verlos sanos y salvos. Y a usted le digo lo mismo, Cherry.»

Pero yo abogaba por salvar los animales y los trineos, de manera que nos dejó volver y arrastrar los trineos al bandejón más cercano. Primero movimos uno y luego otro, y de paso llevamos los ponis; entretanto, Titus hizo una cuesta en el borde de la Barrera confiando en que pudiéramos subir por ella a los animales. Scott sabía más sobre el hielo que cualquiera de los miembros de la expedición y, apercibiéndose de un peligro del que nosotros no éramos conscientes, insistió en que lo dejáramos todo. Yo defendí enérgicamente mi postura y conseguí que accediera a que recuperáramos las cosas una por una; el hielo siguió sin moverse hasta que subimos todas las cosas a la Barrera, excepto las dos escaleras y los ponis.

Cuál no sería mi decepción cuando vi que en aquel preciso momento el hielo se ponía de nuevo en movimiento. Titus había abierto un paso en el borde de la Barrera, y yo esperaba practicar una cuesta parecida en el bandejón. La nieve amontonada iría a parar al pedazo de hielo azul, y con ella quedaría tapada y allanada la resbaladiza superficie helada. Iba a costamos horas, pero era la única posibilidad de subir a los animales. Cavamos como locos hasta que el capitán Scott nos ordenó en tono apremiante que volviéramos. Corrí por el bandejón, agarré los morrales de los ponis antes de trepar a la Barrera y tiré de los trineos. Llegamos por los pelos. Sólo se movía una levísima brisa del sureste, pero el canal de agua empezaba a abrirse entre los ponis y nosotros, como una negra serpiente. Fue ensanchándose de forma casi imperceptible: primero medio metro, luego metro y medio, luego tres y luego seis. Pese a lo angustiados que estábamos por la situación de los animales, nos alegrábamos de estar en el lado seguro.

Dejamos los trineos un poco más adentro y montamos las dos tiendas media milla más allá, pues continuaban desprendiéndose pedazos de Barrera. Mientras preparábamos la cena (eran aproximadamente las tres de la mañana), Scott y yo volvimos al borde. El viento soplaba ahora del este y todo el hielo estaba en movimiento. A lo largo de la Barrera se extendía un canal de 20 metros de ancho, y las oreas corrían de un lado a otro como caballos de carreras. Nuestros tres desventurados animales se hallaban a cierta distancia, navegando en línea paralela a la Barrera. Regresamos. Nunca como entonces me he sentido tan afligido. Pero mis sentimientos no eran nada en

comparación con lo que el desdichado capitán Scott había tenido que soportar aquel día. Al punto hice referencia al lado lisonjero del tema, y comenté que, contando los dos que le quedaban a Campbell, nos quedaban 10 ponis en la base de invierno. Sin embargo, él me respondió que, tras ver cómo se les habían estropeado los patines cuando los habíamos descargado del barco, no tenía la menor confianza en los trineos de motor. Durante el viaje de regreso su confianza en los perros había quedado muy menoscabada, y ahora acababa de perder a los mejores ponis, que eran la baza más segura que le quedaba para el transporte. Luego añadió: «Por supuesto que en la próxima estación echaremos el resto, pero en lo que al polo se refiere, abrigo muy pocas esperanzas de llegar a él.» La cena estuvo presidida por la tristeza, pero cuando los demás se acostaron, volví a acercarme al borde de la Barrera, avancé en diagonal y llegué a la altura del bandejón de los ponis, que se encontraba a una milla larga de distancia. Se dirigían hacia el oeste a gran velocidad, pero al verme permanecieron apiñados sin inmutarse lo más mínimo, o dudando de que fuéramos a llevarles por la mañana los morrales con el desayuno, como de costumbre. ¡Qué confiados eran aquellos pobres animales! Si hubiera podido, de buena gana los habría matado en aquel mismo momento para no tener que imaginármelos muertos de hambre sobre aquel bandejón en medio del mar de Ross o devorados por las exultantes oreas que surcaban las aguas en torno a ellos.

Después de desayunar, el capitán Scott me mandó a recoger los trineos. Volvía a haber calma chicha. Como la esperanza es lo último que se pierde, miré con los prismáticos hacia el oeste desde el borde de la Barrera. Del hielo no quedaba prácticamente ni rastro, pero un grupo de bandejones había sido arrojado contra un largo saliente de la Barrera situado al oeste, a bastante distancia. Cuál no sería mi alegría cuando vi sobre uno de ellos tres puntos verdes, es decir, las mantas de los ponis. Regresamos los cuatro a todo correr a la tienda para decírselo al capitán Scott. Enseguida nos pusimos en marcha. Había un largo trecho, pero disponíamos de una tienda y de algo de comida. Crean pasó un mal día, ya que le cegaba el resplandor de la nieve y no veía absolutamente nada. Así pues, cuando llegamos a nuestro destino montamos la tienda y le dejamos allí. El lugar en el que se encontraban los ponis era mucho peor que el del día anterior, pero seguía habiendo hielo y además algunos bandejones tocaban la Barrera.

Tras nuestra reciente experiencia, el capitán Scott sólo nos permitía ir a condición de que dejáramos todo y regresáramos a la Barrera tan pronto como él lo ordenara. Yo tenía una prisa febril. Titus y Cherry eligieron una posible ruta, que pasaba por unos seis bandejones y algo de hielo desmenuzado bajo. El salto más difícil fue el primero, aunque no fue nada comparado con lo que los ponis habían hecho el día anterior, de modo que empujamos a Punch para que lo diera. No consigo comprender por qué, pero lo cierto es que titubeó y acto seguido cayó al agua (“*Creo que estaba entumecido después de todas las horas que había pasado de pie.” N.delA.)* Correré un tupido velo sobre el esfuerzo que hicimos para rescatar al valiente animal. No lo logramos, por lo que al final Titus tuvo que poner fin a sus forcejeos con un pico.

Ahora quedaban mi poni y Nohby. Abandonamos aquella ruta, pero el capitán Scott encontró otra más larga que salía directamente a los bandejones. Nos decidimos por ella, aunque antes había que sacar a los animales del bandejón en el que se encontraban, para lo cual tenían que dar un buen salto, fueran por el lado que fuesen. El capitán Scott dijo que, si podía evitarlo, no permitiría que se produjera otra desgracia como la de Punch. Prefería matarlos en el bandejón. Aun así, instamos al viejo Nohby a que saltara, pero se negó. Parecía que no había manera de moverlo, pero volví a intentarlo una y otra vez. Scott abogaba por matarlos [recuérdese que aquel pedazo de hielo podía alejarse de la Barrera impulsado por la corriente con nosotros encima], pero yo no, así que, hice como que no le oía y lo intenté de nuevo. Nobby dio un salto estupendo, y Titus, aprovechando la

oportunidad, empujó a mi poni y obtuvo el mismo resultado. Luego volvimos a la Barrera y marchamos en dirección oeste hasta que encontramos un buen lugar para subir. Scott y Cherry se pusieron a abrir un camino mientras Titus y yo íbamos por el hielo marino a recoger los ponis con un trineo vacío, que podía servirnos de puente o escalera en caso de emergencia. Tuvimos que salvar unos 40 bandejones para llegar hasta los animales. No obstante, el trayecto fue bastante fácil, y fuimos con ellos sin problemas hasta los dos últimos bandejones. En aquel punto el hielo se había quedado encajado.

Nobby acababa de dar el último salto de manera espléndida, cuando de pronto apareció en una laguna que había al lado algo más de una docena de terroríficas oreas. Esto debió de poner nervioso a mi poni, que se disponía a saltar en aquel preciso momento, pues en lugar de lanzarse en línea recta se fue hacia un lado y no alcanzó el bandejón con las patas por muy poco. Era una situación espantosa, pero Scott subió a Nobby precipitadamente a la Barrera al tiempo que Titus, Cherry y yo forcejeamos con el pobre Tío Bill. No sé por qué, las ballenas no se metieron por el hielo para atacarlo; puede que estuvieran ahitas de focas o que les resultara tan interesante vernos encima de aquel bandejón que se les hubiera olvidado mirar por debajo; en cualquier caso, lo llevamos por el hielo fino hasta una zona baja de hielo desmenuzado y lo dejamos sano y salvo [al pie del acantilado de la Barrera].

El capitán Scott tenía miedo de que nos ocurriera algo estando tan cerca de aquellas endemoniadas ballenas, y prefería abandonar el animal allí mismo. En aquel momento yo no tenía ojos ni oídos más que para el poni, de modo que pasé a la delgada capa de hielo desmenuzado y le até la cuerda Alpine a las patas delanteras. Crean veía tan mal que no pudo hacer nada salvo sujetar el poni rescatado en la Barrera, pero los otros cuatro tiramos con todas nuestras fuerzas hasta que conseguimos que el viejo poni saliera de allí y se tumbara de costado. El hielo desmenuzado era tan fino que si hubiera aparecido una orea lo habría dispersado, y habríamos caído todos en el agua en un abrir y cerrar de ojos. Cuando vi que mi poni no podía levantarse se me cayó el alma a los pies. Titus dijo: «Está rendido. Nunca conseguiremos levantarlo vivo.» Entre el agua fría, el susto y todas las desgracias que había sufrido recientemente, aquel valiente ya no podía más.

Traté en vano de ponerle en pie; tres veces lo intentó, y entonces se cayó hacia atrás y volvió a sumergirse en el agua. Pero en aquel momento surgió un nuevo peligro: empezaba a hundirse todo el trozo de Barrera.

Evidentemente, se había roto antes, y en ese momento la marea estaba haciendo el resto. Recibimos orden de subir, orden sin duda oportuna; sin embargo, Titus y yo nos quedamos junto al viejo Tío Bill, que tenía la cabeza fuera del agua. Yo dije: «No puedo dejarlo aquí para que se lo coman vivo esas ballenas.» En el bandejón había un pico. Titus dijo: «Me pondré malo si tengo que matar a otro poni como antes.» No iba a permitir que nadie matara mi poní excepto yo, de modo que agarré el pico y golpeé en el lugar que me indicó Titus. Tras asegurarme de que lo había hecho bien, echamos a correr y saltamos la grieta de la Barrera con un pico manchado de sangre en lugar del poni, al que yo casi había dado por salvado.

Aquella noche (2 de marzo) regresamos a nuestro antiguo campamento con Nobby, el único poni vivo de los cinco que habían salido del depósito de una tonelada. Yo estaba desconsolado por lo que les había sucedido a mi poni y a Punch, pero me sentía mejor que la noche anterior. Sabíamos que no morirían de hambre y que sus desdichas habían llegado a su fin. Antes de cenar fui a dar un paseo por la Barrera con Scott, y al día siguiente emprendimos el viaje de regreso. Dejamos una tienda, dos trineos y una gran cantidad de equipo, pues Nobby sólo podía arrastrar dos trineos ligeros, y nosotros no podíamos acarrear mucho peso estando la superficie en tan mal estado.

Aun así, cuando nos pusimos en marcha llevábamos en el trineo más de 350 kilos. Concurrían varías circunstancias adversas: el brillo del sol era cegador y la superficie estaba blanda y arenosa, de modo que nos costó cinco horas llegar al lugar desde el que habíamos bajado de la Barrera al hielo marino en un primer momento.

Evans y su grupo ya debían de haber llegado del campamento del desvío, y como el capitán Scott quería ver si habían dejado una nota en el campamento de seguridad, me llegué hasta allí mientras preparaban el té. Estaba a una milla y cuarto aproximadamente, y encontré huellas del grupo en la nieve, pero ninguna nota. Me apenó ver los muros que habían utilizado nuestros ponis recientemente, y me alegré de poder irme de allí. La marcha de la tarde se hizo interminable; parecía que nunca íbamos a llegar a la costa. Por fin alcanzamos las crestas de presión de la punta del Pram, donde la Barrera se une a la península al este del cabo Armitage. Las crestas son elevaciones de hielo de hasta seis metros de altura que corren paralelas entre sí, separadas por hondonadas, y hasta donde pudimos ver sólo presentan grietas profundas en los extremos más alejados, aunque se observan grietas más pequeñas por todos lados. Acampamos en una de estas hondonadas hacia las nueve y media. Yo estaba agotado, y creo que los demás también. Nos encontrábamos a una milla del borde del hielo; el problema era cómo conseguir que Nobby subiera por aquellas escarpadas cuestas, pero aquella noche quedó solucionado, cuando llegaron Evans, Atkinson, Forde y Keohane. Nos habían visto desde arriba, y habían bajado a ver qué noticias traíamos. Teddy Evans había llegado un día antes y, tras leer una nota del capitán Scott en que le advertía que se mantuviera alejado del borde de la Barrera, se había dirigido a la isla con su grupo y Jimmy Pigg, el poni. Aproximadamente una milla más al este, casi debajo del peñón del Castillo, encontró un buen camino para subir. Al día siguiente llegó a la punta de la Cabaña con Atkinson y se enteró por Bill Wilson y Meares (que se habían quedado allí para cuidar de sus tiros de perros) de mi desaparición y de la de Cherry y los animales. Hacía tiempo que no veía a Atkinson.

Al día siguiente subimos los trineos por tandas hasta lo alto de la pendiente, que se elevaba a más de 200 metros sobre una pequeña bahía. Era tan empinada que no hubo más remedio que llevar al poní y tuvimos que ponernos crampones para agarrarnos al hielo. Éstos consisten, sencillamente, en una suela de cuero con placas de metal ligero en la planta y el talón, provistas de clavos. [Éstos serían modificados más adelante.] Llevan vinateras de cuero y un cordón entrelazado para sujetarlos a las botas. Nos costó una mañana entera subirlo todo arriba, y entonces se levantó viento. El campamento quedaba perfectamente resguardado. Jimmy Pigg y Nobby volvían a estar juntos tras muchas semanas de separación, y como si quisiera mostrarle su amistad, aquél mordió a éste en la cerviz a modo de saludo. Atkinson, que había ido a la punta de la Cabaña para decirle a Tío Bill que estábamos bien y que se quedara tranquilo, regresó con Gran en el preciso momento en que llegábamos a la cima con el último cargamento. Como el único azúcar que había en la cabaña era el que habían traído los perros, Gran, que estaba bastante fresco, se ofreció a traer un par de bolsas del depósito del campamento de seguridad, que se veía claramente en la Barrera. Nos acercamos todos al borde de la pendiente para verle descender con los esquís. Lo hacía de maravilla, y debió de bajar por la cuesta a la velocidad de un tren expreso, pues en comparación con las horas que nos había costado a nosotros subir el cargamento por aquella misma pendiente, tardó poquísimo tiempo en llegar a la Barrera. Teddy, Titus y Keohane se quedaron en el campamento, donde Crean se reuniría con ellos más tarde. Scott salió para la punta de la Cabaña con su trineo acompañado de Crean y Cherry, y yo le seguí con Forde y Atkinson. Los demás nos ayudaron a subir varias decenas de metros de cuesta y nos dejaron debajo del peñón del Castillo.

Fue allí donde en plena ventisca me equivoqué de camino y perdí a un miembro de la

expedición del Discovery. Aunque abajo hacía buen tiempo, en lo alto corría un viento de mil demonios. Estaba demasiado ocupado para prestar mucha atención a las laderas y los montes nevados que tan bien llegaría a conocer más adelante. El camino directo a la cabaña era de unas tres millas, pero con muchas subidas y bajadas. Desde la última, sin embargo, se tiene una vista panorámica de la bahía, con el cabo Armitage a un lado y la punta de la Cabaña al otro, lugar donde estuvo fondeado el Discovery durante dos años enteros. Desde la cima el espectáculo es magnífico; sería difícil encontrar un paisaje de una grandiosidad tan salvaje y desolada como la de éste: al otro lado del negro estrecho de agua, que está cubierto de una oscura neblina helada, se ven las montañas Occidentales y la gran cúpula del monte Discovery, y aquí y allá se observa un iceberg desplazándose velozmente hacia el mar. Debajo de nosotros, aproximadamente a media milla, se encontraba la pequeña cabaña, y a la izquierda la pirámide de 250 metros de altura de la colina de Observaciones. Todo un caos de montes y volcanes extinguidos delante mismo de uno.

Soplaba un viento de aupa. Dejamos un trineo en lo alto de la pista de esquí, y en el úotro pusimos sólo lo imprescindible, como nuestros sacos y demás. Era la primera vez que iba a bajar en trineo por una pendiente escarpada. En lugar de empujar hacia delante, teníamos que ir frenando y dirigiendo el trineo por la resbaladiza cuesta, intentando que no se escapara a nuestro control y volcara. Fue muy divertido. Pero al llegar a uno de los promontorios de la bahía teníamos que cruzar un trecho bastante peligroso. A un lado había una extensión de nieve y al otro nada, salvo hielo cristalino, y la pendiente acababa en un acantilado de hielo que se elevaba a poca altura sobre el agua. Sujetos como íbamos al trineo, habríamos tenido dificultades si nos hubiésemos visto en la necesidad de nadar, algo que habría podido ocurrir fácilmente si hubiéramos resbalado. Avanzamos con cuidado, y luego bajamos por la nieve y llegamos a la cabaña sin ningún problema. La vieja cabaña había cambiado enormemente desde la última vez que la había visto pues le habían quitado toda la nieve y el hielo que tenía tanto fuera como dentro. Nos saludaron cordialmente dos deshollinadores irreconocibles: Bill y Meares. Los perros aullaron a coro en nuestro honor. Fue como llegar a casa. Una vez dentro de la cabaña descubrimos por qué estaban tan negros: habían encendido una lumbre con grasa de foca, sin chimenea ni conducto de ventilación para el humo. Como llevaba tanto tiempo al aire libre, estuve a punto de asfixiarme, y por primera vez me sentí incapaz de acabar una comida completa. Dormimos todos en fila junto a la pared oeste de la cabaña con los pies hacia dentro.

A la mañana siguiente salí con el capitán Scott, Bill y Cherry en dirección al peñón del Castillo para reunimos con el otro grupo. Soplaba algo de aire procedente del mar, pero el cielo estaba despejado. Sin embargo, cuando llegamos a lo alto de los picos pareció que amainaba un poco. Dos horas después ganamos el gran peñón del Castillo, que es uno de los accidentes geográficos más destacados de la zona. El grupo del campamento de la loma había subido dos trineos en tandas por la pendiente; nosotros los arrastramos hasta la cima mientras ponían los arneses a los ponis y los subían. Quedaban tres trineos en total, de modo que los dos ponis llevaron uno cada uno y nosotros el tercero. Entretanto, el capitán Scott se llegó al escalón del peñón del Castillo para echar un vistazo al estrecho y volvió diciendo que no daba crédito a sus ojos: la mitad de la lengua del glaciar se había desprendido y no se veía por ninguna parte. Aquella enorme lengua de hielo ya se encontraba allí diez años antes, cuando había llegado el Discovery, y desde entonces no se había movido. En ella había un depósito de Shackleton, y Campbell nos había dejado allí su forraje. Durante la accidentada noche del desprendimiento del hielo, al menos tres millas de la lengua, que considerábamos prácticamente como una parte integral de la isla, se habían esfumado tras permanecer allí tal vez siglos. Nos dirigimos a la cabaña; Bill había buscado una ruta para los ponis a fin de evitar las zonas

resbaladizas. Estalló una tormenta de nieve, aunque no lo bastante fuerte como para que no pudiésemos orientarnos. En lo alto de la pista de esquí unos quitaron los trineos a los ponis y los condujeron por una serpenteante ruta sobre las rocas. Los demás pusimos todo lo que necesitábamos en un trineo, y dejamos a los otros allí arriba y bajamos por la cuesta igual que antes. Los dos ponis llegaron antes que nosotros y fueron metidos en la galería.

Desde que montamos el campamento de seguridad, aquella fue la primera noche que nos reunimos todos los miembros del grupo del depósito, excepción hecha de los cinco ponis. Para concluir mi informe para el capitán Scott sobre el incidente del bandejón, que me pidió que redactara mucho después, escribí lo siguiente: «Recapacitando sobre todo lo anterior, he llegado a la conclusión de que resté valor a las señales de peligro que mostraba el hielo marino el 28 de febrero, y que al día siguiente hubiera podido conceder más importancia a la seguridad de mis compañeros. Aun así, parece como si todo conspirase para que la situación resultara inevitable.» No me olvidé de hacer referencia al espléndido comportamiento de Cherry y Crean; en lo que a mí respecta, no tengo remordimiento alguno.

Asumí la responsabilidad de mi falta de experiencia, pero puesto que había hecho todo lo que estaba en mis manos, no debía preocuparme si alguien optaba por criticar mis actos. Soy de la opinión de que tenía que pasar, de que las circunstancias que concurrieron fueron tan engañosas que no pudo tratarse de algo meramente casual. Seis horas antes hubiéramos podido llegar a la cabaña por hielo marino sólido; unas horas después deberíamos haber visto el agua del mar al llegar al borde de la Barrera. La ventisca que dejó agotados a los animales, la muerte de Cansino, el malentendido de los perros, todo contribuyó a que estuviéramos en el hielo marino durante las dos únicas horas de todo el año en que podíamos encontrarnos allí. Quienes crean en las casualidades pueden seguir creyendo en ellas, pero nadie me convencerá de que no hubo algo más. Quizás a la luz de lo que suceda el año próximo comprendamos cuál es el significado de este evidente golpe para nuestras esperanzas. No cabe duda de que emprenderemos el viaje al polo con algo menos de ese insensato espíritu de absurda vanagloria y ridícula y ciega seguridad que nos caracterizaba a algunos cuando salimos de Cardiff.

El pobre capitán Scott tenía ahora un nuevo motivo de preocupación. La base de invierno con los ponis, las provisiones y los trineos de motor estaba situada en una playa baja a menos de 20 metros de la orilla del agua; ahora que el hielo ha desaparecido (recuerda que la cabaña no se elevaba ni a dos metros sobre el nivel del mar), ¿qué suerte habrían corrido durante la tormenta? Éste era un problema que no podíamos resolver a menos que fuéramos a ver. Aunque lográbamos distinguirlo, el cabo Evans nos quedaba tan lejos como Nueva Zelanda hasta que el hielo se congelara. Al capitán Scott se le ocurrió la idea de ir por la ladera del Erebus, pero ésta se hallaba surcada por tal cantidad de grietas que hacer el viaje desde aquel lado resultaba prácticamente imposible. El grupo del profesor David llegó a la cima por el otro lado sin encontrarse con ninguna. El capitán Scott aceptaba estos reveses como un valiente. Yo iba a pasear con él a menudo, y hablábamos de sus planes para la siguiente estación. Se tomaba sus pérdidas con mucha filosofía, y nunca echaba la culpa a ninguno de nosotros.

Así acaba la parte de la carta de Bowers que trata de este suceso. Crean me contaría más tarde cómo llegó a la Barrera. Aunque en un principio se dirigió al Desfiladero siguiendo el mejor sendero que había en el hielo, luego tuvo que volver sobre sus pasos y dirigirse a la isla Blanca, saltando de bandejón en bandejón. Pero entonces «estaba muy animado -me dijo-, y aquel día había un gran número de pingüinos, focas y oreas dando vueltas por ahí».

Crean tenía uno de los bastones de esquiar, lo cual me vino muy bien para pasar por los

bandejones. Era un pedazo inclinado como el vuestro, y estaba casi rozando la barrera, aunque sólo por una esquina. Pues bien, hice un agujero en el frente de la Barrera con el bastón de esquiar para poder meter un pie. Al acabar, separé las piernas y me apoyé con una en el bandejón y con la otra en el frente de la Barrera. Luego agarré el bastón y lo hinqué en lo alto, tomé impulso y apoyé en la parte de arriba la pierna que tenía más atrás. Era un lugar malísimo, pero me pareció que no tenía otra posibilidad.

Me dirigí directamente al campamento de seguridad, donde debieron verme; creo que fue Gran quien salió a mi encuentro con los esquís. Luego vinieron Scott, Wilson y Oates, para lo cual tuvieron que recorrer una larga distancia. Les expliqué lo que había ocurrido. El capitán puso cara de preocupación, pero en ningún momento dijo nada fuera de lo normal. Le dijo a Oates que volviera, encendiese el hornillo y me preparara algo de comida.

No deja de tener interés una descripción pormenorizada del comportamiento de los cientos de ballenas que infestaban los canales de agua entre los bandejones rotos y los icebergs desprendidos. La mayoría eran oreas (Orea gladiator), un gran número de ellas; bufaban y resoplaban, y de vez en cuando se alzaban de manera extraordinaria para echar un vistazo sobre el hielo, descansando sobre el borde de los témpanos la parte anterior de sus enormes cuerpos negros y amarillentos. Disimulaban tan poco el interés que sentian por nosotros y los ponis que estábamos convencidos de que una vez en el agua nuestra muerte sería rápida y cruenta.

Pero recuerdo claramente que no todas las ballenas eran oreas; algunas eran grandes calderones. Esto se me quedó grabado debido a uno de los momentos más dramáticos que pasé aquel día.

Avanzábamos con gran lentitud, y a veces teníamos que esperar veinte minutos a que el bandejón en el que nos encontrábamos tocara otro que se desplazara en la dirección en la que intentábamos ir, pero a lo lejos se extendía ante nosotros un trecho de hielo marino que parecía elevarse gradualmente hasta llegar a lo alto de la Barrera. Al acercarnos observamos que de vez en cuando aparecía una línea oscura entre una y otra. Nos figuramos que sería una grieta en el borde de la Barrera, que se abriría y cerraría a merced del fuerte oleaje, que hacía cabecear todos los bandejones. Comentamos que podríamos hacer pasar a los ponis cuando se cerrara.

Nos aproximamos a la Barrera y subimos a los bandejones inclinados que se habían arrimado al borde y luego a los pequeños icebergs que se habían desprendido de la Barrera propiamente dicha. Bowers y yo dejamos a Crean con los animales y fuimos a explorar, para lo cual nos encaramamos a un iceberg desde el que esperábamos pasar a la Barrera.

Jamás me olvidaré de la escena con la que nos encontramos. Entre nosotros y la Barrera se abría un canal de unos cincuenta metros de ancho que parecía una caldera en ebullición. Los icebergs se desprendían del hielo ante nuestros ojos; se hundían y chocaban con otros, se partían en dos y se desmoronaban.

Las aguas estaban infestadas de oreas. Bajando la mirada entre nuestro iceberg y el siguiente hacia un agujero que no sería más grande que una habitación de pequeño tamaño, vimos al menos seis ballenas. Estaban tan juntas que sólo podían sacar el hocico tumbadas y, por lo que recuerdo, lo tenían puntiagudo. En aquel momento nuestro iceberg se partió en dos y nos retiramos a toda prisa a los bandejones más bajos y seguros.

En el Informe zoológico de la expedición del Discovery, Wilson afirma que la verdadera identidad del gran calderón (Hyperodon rostrata) no ha sido establecida de manera concluyente en los mares antárticos. Pero siendo así que frecuenta las aguas que se extienden hasta los 48° de latitud sur, es probable que, a juzgar por su aspecto, algunas de las ballenas que él y otros miembros de aquella expedición vieron a menudo cerca de la orilla del hielo fueran grandes calderones. En lo que

a mí respecta, y a pesar de que no sé mucho de ballenas, estoy convencido de que las ballenas que vimos a tan sólo seis metros de nosotros pertenecían a dicha especie.

Después de que Scott nos rescatara montamos las tiendas, tal como se ha explicado, a un mínimo de media milla del borde sólido de la Barrera. Durante toda la noche, o para ser más exactos durante la madrugada, las oreas estuvieron bufando y resoplando debajo de la Barrera y a veces también, según parece, debajo de nuestras tiendas. Cada dos por tres salía de la tienda algún expedicionario a ver si avanzaban los desprendimientos de la Barrera, pero no se producían cambios visibles, por lo que es probable que el hielo sobre el que nos encontrábamos, que parecía sólido, se hubiera agrietado por culpa del fuerte oleaje que se movía y por tanto estuviéramos rodeados de canales de agua tapados por puentes de nieve por los que circulaban ballenas en busca de focas.

Al día siguiente ya había desaparecido en el mar la mayor parte del hielo, y creo que ya no había tantas ballenas. Lo que más nos llamó la atención aquel día fue la organización del grupo de ballenas que apareció después de que Tío Bill, el poni de Bowers, cayera entre dos bandejones cuando tratábamos de llevarlo a la Barrera. «¡Dios mío! ¡Fíjense en las ballenas!», dijo alguien. Allí, en una laguna situada detrás del bandejón en el que estábamos maniobrando, una docena de grandes ballenas formaban una fila perfecta de cara al bandejón; delante de ellas había un ejemplar, cual capitán de una compañía de soldados. Cuando nos volvimos, se sumergieron todas a una, dirigidas por el gran ejemplar que iba delante. Naturalmente pensamos que iban a atacar el bandejón en el que nos encontrábamos. Tal vez lo intentaron pero no consiguieron su propósito, pues los bandejones tenían entre cuatro y cinco metros de grosor. Lo cierto es que ya no volvimos a verlas.

Merece la pena recordar otro incidente ocurrido durante aquellos días. «Cherry, Crean, nos dirigimos hacia el mar», fue la sorprendente frase con que Bowers, en calcetines y desde fuera de la tienda, nos despertó aquel miércoles a las cuatro y media de la madrugada. A primera vista, la situación al salir de la tienda parecía realmente desesperada. A mí se me antojaba una locura intentar salvar los ponis y el equipo, pues la única posibilidad que teníamos de salvarnos, al parecer, era salir corriendo inmediatamente hacia la Barrera. Así lo dije. «Bueno, yo voy a intentarlo», fue la respuesta de Bowers, y quijotesco o no, el caso es que hasta cierto punto lo logró. Jamás he conocido a un hombre que reaccione con semejante desdén ante las dificultades.

Entre mis compañeros habrá quienes recuerden la punta de la Cabaña con ese afecto tan especial que el hombre suele cobrar a los lugares en los que ha experimentado grandes alegrías y padecimientos. La punta de la Cabaña posee además una atmósfera propia. No sé a qué se debe. Por un lado está el aspecto estético, pues el mar y las grandes montañas, y los gloriosos efectos de color que suelen producirse en primavera y verano, fascinarían a la persona menos imaginativa; por otro está su misterio, pues la Gran Barrera se encuentra a un paso, durante el día se ve el humo del Erebus y por la noche el telón de la aurora. Luego están las asociaciones del lugar: la antigua cabaña, los viejos accidentes del terreno (que tan familiares resultan a quienes conocen la historia de la expedición del Discovery), las estacas de la nieve, los agujeros que se hicieron en el hielo para abrirle un canal de agua al barco, y la cruz de Vince en la punta… Ahora hay otra cruz: la de la colina de Observaciones.

Sin embargo, la cabaña nos resultó bastante incómoda la primera vez que nos quedamos en ella. Wilson, Meares y Gran ya llevaban unos días viviendo allí; habían encontrado unos viejos ladrillos y una parrilla, y en medio del suelo habían encendido una lumbre con grasa. La cabaña carecía de conducto de ventilación para el humo y el hollín, y era imposible ver a la persona que tenías al lado, hablar sin toser o permanecer mucho rato con los ojos abiertos sin que empezaran a escocerte.

Atkinson y Crean habían limpiado el suelo de hielo en nuestra ausencia, pero el espacio entre el techo superior y el inferior estaba repleto de hielo azul, y el de abajo se combaba en algunos puntos de forma peligrosa. El viento no paraba de aullar, y decir que la cabaña era fría es un manera muy suave de describir la realidad.

Aquella cabaña la habían construido los miembros de la expedición del Discovery (que vivían en el barco, el cual permanecía atrapado en el hielo marino a poca distancia de la costa) para utilizarla como lugar de trabajo y refugio en caso de naufragio. Para algunas cosas les resultó útil, pero era demasiado grande para calentarla con la cantidad de carbón que tenían, y en cierto sentido resultaba un engorro. A este respecto, Scott escribiría que en general esta gran cabaña nos ha sido útil y seguirá siéndolo, pero es poco probable que lo llegue a ser tanto como para que nos resulte indispensable o que acabemos diciendo que las circunstancias han justificado el desembolso que ha supuesto, el espacio que nos ha ocupado o el esfuerzo que hemos tenido que hacer para que tenga la ubicación que tiene. De todos modos, ya está aquí, y aquí permanecerá durante muchos años con las provisiones que necesite para vivir cualquier desafortunada expedición que siga nuestros pasos y se vea obligada a buscar comida y cobijo.

Lo que son las cosas: entre 1910 y 1913 a Scott le resultaría más útil de lo que se imaginaba en 1902. Encontramos la cabaña con la galería entera, los restos de dos casetas para investigaciones magnéticas y un montón de basura. Fue algo increíble lo que sacamos de aquel montón: ladrillos para hacer un hogar de grasa de foca, una plancha de hierro para ponérsela encima y un tramo de tubería que haría las veces de chimenea. Alguien hizo cemento, no sé cómo, colocamos los ladrillos, y con el revestimiento de amianto de una de las casetas para investigaciones magnéticas aislamos la chimenea de la madera del techo. Una vieja puerta serviría de mesa para cocinar, y unas cajas vueltas del revés, de sillas. Las provisiones que había dejado la expedición del Discovery consistían en unas 40 cajas grandes de embalaje llenas de galletas. Las apilamos en medio de la cabaña para formar una especie de mamparo, sacamos de la nieve el viejo toldo de invierno del Disvovery y lo sujetamos encima del muro para que no se produjera pérdida de calor. Por la noche despejamos el suelo y extendimos nuestros sacos.

A los dos preciados supervivientes de los ocho ponis con los que habíamos emprendido el viaje los alojamos en la galería, que estaba protegida del viento y de la nieve. A los perros más agresivos los atamos fuera, y a los más dóciles los dejamos sueltos, pero aun así se pelearon bastante. Teníamos un pobre perrillo llamado Makaka que había sido atropellado durante el desembarco por el trineo del que estaba tirando; luego había sufrido otro percance al caerse en la grieta el tiro de perros, y ahora estaba medio paralítico. Daba pena verlo, pues en el cuarto trasero ya no le crecía pelo, pero era todo un valiente, y ni se le había ocurrido darse por vencido. Meares y yo salimos una noche en que soplaba un fuerte viento, atraídos por unos gemidos. Era Makaka, que se había aventurado a subir a una empinada cuesta y ahora tenía miedo de bajar. Cuando los perros regresaron por fin al cabo Evans, le dejamos que corriera junto al tiro; pero cuando llegamos al cabo, desapareció. Lo buscamos infructuosamente, y unas semanas después abandonamos toda esperanza de encontrarlo. Cuando Gran y Debenham fueron a la punta de la Cabaña un mes después, lo encontraron en la entrada de la cabaña en un espantoso estado de debilidad, pero con fuerzas todavía para ladrarles. Debió de alimentarse de foca, aunque sigue siendo un misterio cómo pudo hacerlo en semejantes condiciones.

Quizás el lector se pregunte cómo es posible que, encontrándonos tan cerca de la base de invierno del cabo Evans, no pudiéramos llegar a ella directamente. El cabo Evans dista unas 11 millas por mar de la punta de la Cabaña, y aunque ambas cabañas se encuentran en la misma isla (la

punta de la Cabaña está al final de la península y el cabo Evans sobre los restos de una corriente de lava que se adentra en el mar), debido a las grandes cascadas heladas que recorren las cuestas del Erebus, la extensión de tierra que los une no ha sido cruzada por ninguna expedición. Si se echa un vistazo al mapa se verá que aunque la punta de la Cabaña está rodeada de mar o de hielo marino por todos lados excepto por el de los altos de Llegada, pasada la punta del Pram la Barrera linda al sur con la península de la Cabaña. Por lo tanto siempre hay una vía de comunicación con la Barrera, que consiste precisamente en la tortuosa ruta por la que acabábamos de llegar nosotros; en cambio el paso hacia el norte permanece cortado hasta que las frías temperaturas del otoño y el invierno congelan las aguas del mar. Alcanzamos la punta de la Cabaña el 5 de marzo. Scott confiaba en cruzar el hielo recién congelado el 21 de marzo, pero hasta casi un mes después el primer grupo no pudo llegar al cabo Evans, y entonces sólo estaban heladas las bahías, pues como los vientos arrastraban el hielo hasta el mar casi tan pronto como se formaba, las aguas del estrecho seguían despejadas.

Además de todas las preocupaciones que le habían acuciado últimamente, Scott temía sobre todo que el extraordinario oleaje que había roto la lengua del glaciar, un accidente del terreno que probablemente llevaba siglos allí, hubiera arrastrado también nuestra cabaña del cabo Evans. Esto llegó a inquietarle tanto que nos dijo a Wilson y a mí que nos preparáramos para formar una expedición con él, pues íbamos a atravesar las cascadas heladas del Erebus para ir hasta el cabo Evans.

Ayer fui con Wilson al peñón del Castillo para ver qué posibilidades había de llegar al cabo Evans. Hacía un día luminoso, y buena temperatura al sol. No hay duda de que la ruta del cabo pasa por la parte más difícil del Erebus. Desde esta distancia (unas siete u ocho millas al menos) se diría que la ladera de la montaña está totalmente surcada de grietas, pero es posible que encontremos una ruta a una altitud de 1.000 o 1.200 metros.1"

Al cabo de unos días se abandonó el proyecto por irrealizable.

El 8 de marzo Bowers dirigió una expedición para traer el equipo y las provisiones que habíamos dejado en el campamento del desastre, es decir, el material que habíamos rescatado del hielo marino. Se ausentaron tres días, y la marcha les resultó muy trabajosa.

La Barrera se torcía en el recodo de la bahía formando unos riscos redondeados que nos costó un par de horas cruzar. Marchamos durante un rato a lo largo de una grieta enorme, que se extendía como una calle junto a nosotros. Me paré a examinarla en un punto en el que mediría unos cuatro metros y medio de ancho, y aunque resultaba imposible ver el fondo a causa de las cornisas de nieve estaba sin duda abierta pues oí una foca resoplando abajo.

En la carta de Bowers se describe cómo subieron por la pendiente la pesada carga al peñón del Castillo.

Tardamos toda la mañana en hacer los dos viajes necesarios para llegar al campamento de la loma con el cargamento. Descubrí que subir un monte escarpado a paso lento y regular sin hacer paradas es mejor y menos agotador que ir rápido y descansar muchas veces. Puse esta teoría en práctica con gran éxito. No sé si había alguien de acuerdo con mí idea de llegar a lo alto sin hacer paradas, pero cuando subimos el segundo trineo, Atkinson dijo: «En general no me cae usted mal, pero hay veces en que le odio profundamente.»

Defoe habría escrito otro Robinson Crusoe utilizando la punta de la Cabaña en lugar de San Juan Fernández. Las provisiones que habíamos traído en trineo estaban en su mayor parte agotadas, por lo que si queríamos tener comida, combustible y luz dependíamos de las focas que lográramos

matar. Parecíamos deshollinadores de lo tiznados que estábamos; habría resultado difícil encontrar un grupo de hombres de aspecto más siniestro que el nuestro. Cuando hacía buen tiempo nos pasábamos el día matando, descuartizando y recogiendo focas o escalando los diversos cráteres y colinas de interés que abundan en la zona, y la noche manteniendo largas discusiones sin apenas sacar nada en limpio. Unos cuidaban de los perros y otros de los ponis; unos recogían muestras geológicas; otros pintaban preciosas puestas de sol; pero lo que hacíamos fundamentalmente era comer y dormir. Cada día nos pasábamos doce horas largas dormidos en nuestros sacos tras las seis horas de marcha en trineo. Y descansábamos. Quizá no sea ésta la idea de diversión que tiene la gente, pero a nosotros nos bastaba.

La foca de Weddell, que frecuenta los mares que bordean el continente antártico, nos permitía cubrir la mayor parte de nuestras necesidades; y es que en caso de apuro no sólo proporciona carne para comer, combustible para la lumbre y aceite para la lámpara, sino también cuero para las botas, además de ser un antídoto contra el escorbuto. Tendida sobre el hielo marino, con su grande y desgarbado cuerpo, nada salvo un auténtico pinchazo le hará prestar atención a un explorador antártico. Pero incluso en tal situación lo más probable es que le bostece a uno en la cara y vuelva a echarse a dormir. El instinto le lleva a evitar el agua cuando se siente alarmada, pues sabe que allí habita su enemiga la orea; pero si uno la obliga a zambullirse, se transformará en un abrir y cerrar de ojos en una criatura bella y grácil, capaz de desplazarse y girar con enorme celeridad y cazar sin problemas los peces de los que se alimenta.

Estábamos de suerte, pues a poco más de dos millas de donde nos encontrábamos, en el punto de unión entre la Barrera, el mar y la tierra a la que Scott había llamado punta del Pram durante el viaje del Disco-very, quedaba todavía una pequeña bahía de hielo marino de una media hectárea.

Durante los meses estivales, la punta del Pram es uno de los criaderos de focas más populosos del estrecho de McMurdo. En esta región, la Barrera, que se desplaza lentamente hacia la península, deforma el hielo marino, dando lugar a crestas de presión. Como sus pliegues se hunden hacia abajo, en verano se forman lagunas de agua marina en las que las focas construyen sus guaridas; se tienden entre las crestas y toman el sol; los machos se enzarzan en peleas y las hembras dan a luz a sus crías, y éstas juegan y tratan de dar caza a sus colas como gatitos. Como el hielo marino ya se había desintegrado, en aquel rincón protegido se podían encontrar muchas focas, bajo los verdes y azules acantilados de hielo de la colina del Cráter.

SÍ uno va a cazar focas necesita un palo grande, una bayoneta, un cuchillo para descuartizar y una chaira. Vale cualquier palo con tal de que sirva para dar un fuerte golpe a la foca en el morro: de esta manera se le aturde, por lo que afortunadamente luego ya no siente nada. La bayoneta (que deberá estar provista de un mango y una pieza transversal que impida que resbale la mano hasta la hoja) ha de medir al menos 35 centímetros de largo sin contar el mango; sirve para alcanzar el corazón de la foca.

Nuestros cuchillos de descuartizar tenían 30 centímetros de largo, mango incluido; las hojas medían 18 centímetros de largo y unos tres centímetros y medio de ancho; algunos eran puntiagudos y otros redondeados, aunque no sé cuáles eran mejores. Los mangos han de ser de madera para que no estén fríos al agarrarlos.

Matar y descuartizar focas es un tarea horrible pero necesaria, y si conviene utilizar los instrumentos adecuados no es sólo por humanidad, sino porque de ese modo se ahorra uno tiempo y esfuerzo. En primer lugar se arranca la piel con la grasa adherida, luego se separa la carne del esqueleto, se limpian las vísceras y se corta con cuidado el hígado. A continuación se ponen todas las partes a congelar sobre la nieve; de ese modo estarán duras como piedras cuando uno vaya a

recogerlas más tarde. La osamenta se puede cortar en pedazos con un hacha cuando sea necesario para dársela a los perros. No se tira nada salvo las visceras.

La iluminación era un tema literalmente candente. Que yo sepa, no había mejor lámpara que una caja de hojalata de las que contienen fósforos alimentada con grasa de foca y provista de pedazos de mecha. No obstante, orgullosos inventores fabricaban toda clase de lámparas grandes y pequeñas, que por lo general emitían algo de luz, aunque no muy brillante. Realizamos pruebas para no tener que utilizar la grasa de foca; la peor fue quizá la de Oates. Encontrar algo de carburo y ocurrírsele a Titus iluminar la cabaña con acetileno fue todo uno. Creo que fue el único que no contempló los preparativos con mal disimulada inquietud. Pero Wilson se hizo cargo de la situación con su habitual tacto. Él y Oates estuvieron varios días concentrados en el plan de la iluminación con acetileno y entonces, sin razón aparente, resultó que no se podía llevar a cabo. Fue una lograda obra del ingenio que ninguna mujer hubiera podido mejorar.

Una mañana en que nos encontrábamos en la colina del Cráter, Bowers, Wilson, Atkinson y yo divisamos una expedición que se aproximaba desde el peñón del Castillo. Tal como nos figurábamos, se trataba del grupo de geólogos, integrado por Griffith Taylor, Wright, Debenham y el marino Evans, que regresaba de las montañas Occidentales. Teníamos las caras tan negras que no lograron identificar a los hombres a los que habían visto por última vez desde el barco en la lengua del glaciar. Espero que Debenham cuente cómo fue su expedición. Sus actividades fueron tema de conversación durante varios días. Tanto desde el punto de vista numérico como desde el intelectual, vinieron a engrosar nuestro grupo, el cual sumaba ahora 16 personas. Taylor, en concreto, casi siempre estaba dispuesto a conversar, y sus comentarios solían ser originales, aunque a veces resultaban groseros. A la mayoría nos gustaba prestar atención cuando se animaban alrededor del hogar las discusiones en las que él llevaba la voz cantante. Scott y Wilson siempre entraban al trapo, y los demás intervenían en función de sus intereses, conocimientos o experiencias. Las afirmaciones vehementes sobre cuestiones objetivas resultaban siempre peligrosas, y es que nuestra pequeña comunidad contaba con tantos especialistas que no tardaban en descubrir los errores. Al mismo tiempo casi no había región del mundo que no hubiera visitado alguno de nosotros al menos en una ocasión. Luego, cuando llegábamos a la pequeña región en que nos encontrábamos, teníamos que recurrir siempre a los libros de consulta para zanjar las polémicas. A tal efecto tienen un valor inestimable en este tipo de expediciones obras como el atlas del Times, una buena enciclopedia e incluso un diccionario de latín. A esta lista añadiría yo alguna publicación en la que aparezcan listas de personas importantes en determinados campos.

De oscuros rincones sacamos ejemplares de los Contemporary Reviews, el Girl's Own Paper y el Family Herald, todos ellos de diez años de antigüedad. También encontramos cubierto de hielo un ejemplar incompleto de Mi señora Rotba, de Stanley Weyman; lo descongelamos con cuidado y lo leímos todos; le faltaba el final, por lo que resultó aún más emocionante.

«¿Quién va a cocinar?», era una de las últimas preguntas que se hacían por la noche, y entonces dos hombres solían ofrecerse para tal menester. No es muy divertido encender una lumbre de carbón normal y corriente en una fría mañana de invierno; pero encender una lumbre de grasa en la punta de la Cabaña cuando el metal helado se te queda pegado a los dedos y hay que conseguir que gotee la grasa helada, es una tarea mucho más ardua. Para cuando se descongelaba el agua, el hogar se había calentado en proporción inversa a los ánimos de uno. El desayuno consistía habitualmente en hígado de foca frito, cacao y un sinfín de galletas Cabin del Discovery; cuando estaba preparado, el prolongado grito de hoosh despertaba a los expedicionarios dormidos, que salían de sus sacos quitándose pelos de reno de los ojos. Creo que fui yo el responsable del desayuno más desastroso de

todos los que tomamos. Ocurrió un día en que freí unas galletas y unas sardinas, de las que sólo teníamos una lata: dejé las galletas haciéndose en la sartén (es decir, la tapa de una olla, que poníamos al fuego para que se calentara) y acabaron como el carbón. Este desayuno fue denominado el «holocausto». El 1 de abril, día de los inocentes, Bowers intentó tomarnos el pelo a dos de nosotros poniendo paja menuda en nuestras jarras y disimulándola sólo con carne de foca. El plan se volvió contra él, pues no le quedó suficiente para los demás y, tal como pude averiguar al cabo de unas semanas, tuvo que dar disimuladamente su hoosh a los inocentes y quedarse él sin nada. Estas eran las pequeñas anécdotas que realmente nos divertían, hasta el punto de que han llegado a quedar grabadas en la memoria como aspectos destacados de nuestra vida.

Después de desayunar se hacía limpieza general: uno de nosotros agarraba el remedo de escoba que teníamos; el calzado de día, las botas de reno, los calcetines de pelo, los calcetines normales o las polainas sustituían a los mullidos calcetines y las botas forradas de piel con las que dormíamos; los encargados de preparar la comida se ponían manos a la obra; alguien iba a buscar el hielo para el agua; cortábamos con un hacha un pedazo congelado de hígado o carne roja de foca del almacén de carne de foca; alguien traía un montón de piel de foca con la grasa adherida, de unos ocho centímetros de grosor, quizá, y lo colocaba sobre el hogar como si fuera un cubo de carbón. Poco a poco la comunidad iba dispersándose en función de los quehaceres o las inclinaciones de cada uno, dejando a algunos expedicionarios limpiando los ventisqueros que se habían formado durante la noche en torno a la puerta y las ventas.

A la hora de la comida ya tenía todo el mundo algo interesante que contar: Wright había hallado una nueva forma de cristal de hielo; Scott había examinado el hielo que rodeaba la punta de la Cabaña y había averiguado que medía 13 centímetros de grosor; Wilson había encontrado nuevas guaridas de foca junto al cabo Armitage, y ahora teníamos la posibilidad de encontrar comida y combustible más cerca; Atkinson había matado un pingüino emperador de más de 40 kilos, que era el peso máximo que se conocía (y el zoólogo adjunto pensaba que tendría que despellejarlo, pese a que no le apetecía); Meares había dado con un lugar excelente para lanzar piedras al mar desde los altos de Llegada; Debenham tenía una nueva teoría que explicaba la existencia de la Gran Roca, nombre de un gigantesco bloque de piedra con estructura distinta de la que poseían los accidentes geográficos de los alrededores; Bowers había concebido un plan para regresar del polo por la planicie en lugar de hacerlo por la Barrera; y a Oates se le podía oír decir que se comería muy a gusto otra torta de pan ácimo. Uno de los pasatiempos favoritos era hacer nudos. ¿Quién es capaz de hacer un ballestrinque con una sola mano?

La tarde sólo se diferenciaba de la mañana en que el sol se ocultaba detrás de las montañas Occidentales. Los efectos otoñales como éste se cuentan entre los fenómenos más hermosos del mundo, de ahí que Wilson eligiera dicha época para hacer los esbozos de muchas de las acuarelas que luego pintaba en la base de invierno. La mayoría los hacía en la cima de la colina de Observaciones, agachado y al abrigo de las rocas sobre las que, casi dos años después, levantaríamos la cruz que ahora conmemora su muerte y la de sus compañeros. Como sólo llevaba mitones, dibujaba rápidamente, trazando los contornos de montes y nubes y apuntando los colores con un lápiz en el lugar correspondiente. Al cabo de un minuto aproximadamente, los dedos se le quedan a uno tan fríos que no puede seguir realizando semejante actividad, por lo que ha de tapárselos de nuevo con los guantes de piel y lana hasta que vuelva a tenerlos lo bastante calientes como para continuar. El lápiz Windsor y el cuaderno de bocetos Newton los llevaba en una cartera manchada de grasa que se ponía en el cinturón. Cuando viajaba, Scott escribía su diario en unos cuadernos del mismo tipo que guardaba en una cartera parecida hecha de lona Willesden y sujeta con un cordón.

A la hora de cenar, el aire en el interior de la cabaña estaba bastante cargado, lo cual tenía sus pros y sus contras. Era bueno para el equipo: los sacos de dormir, las botas, los guantes y los calcetines estaban todos tendidos y secos, algo sumamente necesario después de un viaje e indispensable para la conservación de las pieles. Sin embargo, esto también daba lugar a un goteo infernal del techo. Ya me he referido antes al doble techo que tenía la vieja cabaña de la expedición del Discovery; seguía lleno de hielo sólido, del cual acabó desprendiéndose un buen trozo al cabo de cierto tiempo, aunque por suerte en ese momento no se encontraba nadie en la cabaña. El problema más acuciante era evitar que las gotas cayeran sobre nosotros, la comida, la ropa o los sacos, razón por la cual colgábamos debajo de las goteras todas las latas disponibles y colocábamos canalones para el agua. El goteo cesaba cuando se enfriaba el hogar; en ninguna caverna prehistórica se formaron a tal velocidad tantas estalactitas y estalagmitas como en nuestra cabaña.

El 16 de marzo partió la última expedición rumbo al campamento del desvío con provisiones para completar las que había en el depósito ya existente. El grupo iba al mando del teniente Evans, y lo formábamos Bowers, Oates, Atkinson, Wright y yo, así como dos marineros, Crean y Forde. Entre la ida y la vuelva tardamos ocho días, y para lo que suelen ser los viajes con trineos éste resultó tranquilo. Tuvimos mal tiempo durante varios días, y cuando recorrimos toda la distancia que había hasta el campamento aguardamos a que despejara. Nos encontrábamos a seis millas del depósito, lo cual viene a demostrar lo fácil que es desviarse del rumbo en tales circunstancias y el mérito que tiene una persona que sabe orientarse, lo que a veces hace por instinto más que por destreza.

Pero aquélla fue la primera vez que pasamos frío durante un viaje, lo cual nos vino muy bien. Las temperaturas entre -35 °C y -40 °C no son muy bajas si se comparan con el frío que padeceríamos más adelante. Pero son lo suficientemente bajas para empezar, es decir, para que uno aprenda a cuidar de su calzado, a manejar el metal y a no perder el tiempo. Sin embargo, el sol se mantenía bastante alto durante el día, y esto lo cambiaba todo ya que así era como mejor se secaban la ropa y el equipo. Al mismo tiempo empezamos a percatarnos de las dificultades que acarrean los viajes de primavera, aunque ni nos imaginábamos las penalidades que podía deparar un viaje en pleno invierno, como el que teníamos intención de emprender.

Es fácil hablar a posteriori, pero si uno se para ahora a pensar en la expedición en general y en la tragedia que acabó produciéndose, principalmente como consecuencia del imprevisto frío que hizo en la Barrera en otoño (en febrero se registraron temperaturas de hasta cuarenta y pico grados bajo cero), podría concluir que deberíamos habernos apercibido de que aquellas temperaturas eran más bajas de lo que cabía esperar a mediados de marzo en un lugar tan próximo al mar. Incluso si esto se le hubiera ocurrido a alguien, cosa extraña, dudo que hubiera dado el siguiente paso en el razonamiento, esto es, considerar la posibilidad de que en el interior de la Barrera hiciera mucho más frío de lo que se esperaba en aquella época, como así fue. Al contrario, en varias ocasiones oí mencionar a Scott la posibilidad de que la expedición al polo no regresara hasta el mes abril. También se ha de tener en cuenta que el hecho de transportar la carga con ponis hasta el pie del glaciar Beardmore obligaba a emprender el viaje tarde, ya que después de ver cómo les habían afectado las ventiscas a los animales, era evidente que no podrían soportar el tiempo primaveral en la Barrera. En realidad, dice Scott en su Comunicado para el público, «nadie en el mundo hubiera podido prever las temperaturas y superficies que nos encontramos en aquella época del año».

Al regresar hallamos toda la punta de la Cabaña cubierta de espuma helada. Esto era consecuencia de una ventisca, de la cual en la Barrera sólo nos había tocado la última parte. Scott escribiría lo siguiente a este respecto:

El mar rompía violenta e incesantemente contra el cinturón de hielo. La espuma pasaba por

encima de la punta, cubriéndolo todo y cayendo sobre el techo de la cabaña. La cruz del pobre Vince, que se eleva a unos nueve metros sobre el nivel del agua, se encontraba envuelta en ella. Los perros estaban pasándolo muy mal, como es lógico, de modo que hemos ido y hemos dejado sueltos a dos o tres, con lo que hemos acabado cubiertos de espuma. La ropa a prueba de viento se nos ha quedado empapada. Es la tercera borrasca del sur que tenemos desde que llegamos, es decir, desde hace dos semanas y media. Cualquiera de ellas habría hecho innavegables las aguas de la bahía, por lo que resulta extraordinario que nos libráramos de semejante contratiempo cuando el Discovery fondeó en ella en 1902.

En esta época del año se hace difícil abarcar con la vista grandes distancias en mar abierta, pues debido a la temperatura relativamente alta del agua se forma sobre ésta una bruma conocida con el nombre de «humo helado». Si sopla viento, la bruma es arrastrada sobre la superficie del agua, pero si hay calma se eleva y forma una densa cortina. Desde los altos de Llegada, que constituyen la uña de la península en forma de dedo en la que vivíamos a la sazón, podíamos ver las cuatro islas situadas cerca del cabo Evans y una negra mancha en el frente de los glaciares que descienden del Erebus. Ahora sabíamos que era la escarpada pendiente que había encima del cabo, a la que más adelante llamaríamos Rampa. Sin embargo, en aquel momento habría dado igual que nuestra cabaña se encontrara a miles de millas de distancia para lo que nos servía. Tan pronto como amainaba el viento, el mar se cubría de una delgada capa de hielo que al cabo de veinticuatro horas podía alcanzar un grosor de unos 10 o 12 centímetros, pero que hasta el momento nunca había resultado lo bastante fuerte como para resistir la siguiente ventisca. En marzo el hielo al sur era seguro, y a comienzos de abril parecía que se había formado algo en las dos bahías al pie de las faldas del Erebus.

Tratábamos el hielo recién formado de manera demasiado irrespetuosa. El 7 de abril Scott preguntó si le apetecía a alguien ir por el hielo nuevo en dirección norte, hacia el peñón del Castillo. Habíamos andado dos millas, con el hielo ondulándose bajo nuestros pies y rodeando las lagunas y los canales como buenamente podíamos, cuando Taylor se hundió en al agua por completo. Por suerte consiguió salir sin ayuda de nadie, apoyándose en el hielo, y regresó a la cabaña a toda prisa. Nos preparamos para cruzar aquella extensión helada al día siguiente, pero por la noche desapareció toda. En otra ocasión nos organizamos para emprender otra vez el viaje por la mañana, pero el hielo por el que teníamos que pasar desapareció con el cambio de la marea unas cinco horas antes de la hora a la que teníamos previsto salir.

Scott era de la opinión de que el hielo de las dos bahías del Erebus era firme, e hizo los preparativos para seguir aquella ruta. La primera de estas bahías está formada al sur por el punto de unión de la península de la Cabaña con el Erebus, y al norte por la lengua del glaciar. Cruzando esta lengua, una expedición puede descender a la segunda bahía, que se extiende al otro lado, y cuyo límite septentrional es el cabo Evans.

Las islas Dellbridge, de las cuales el Gran Cerro constituye una línea de comunicación directa entre la lengua del glaciar y el cabo Evans, contribuyen a sujetar el hielo que allí se forma. Nunca se había intentado seguir aquella ruta, pero esperábamos poder encontrar un camino que nos permitiera bajar de la península al mar helado en los acantilados de Hutton, unos afloramientos de roca volcánica surgidos en la irregular pared helada.

Ha salido para la punta de la Cabaña un grupo integrado por Scott, Bowers, Taylor y el marinero Evans, con una tienda, y el teniente Evans, Wright, Debenham, Gran y Crean, con otra. Cuando han llegado a lo alto de la pista de esquí, al sur estaba oscuro y nevaba. Les hemos ayudado a pasar el tercer cráter. El hielo desde la punta de la Cabaña hasta la lengua del glaciar era

intransitable, de modo que han continuado hasta el peñón del Castillo, donde piensan bajar por los acantilados de Hutton a una zona de hielo sólido que parece haber aguantado bastante en su sitio, y luego, una vez cruzada la lengua del glaciar, llegar al hielo marino, que también parece sólido hasta el cabo Evans.

Después de comer, a eso de las cuatro de la tarde, Wilson y yo nos hemos puesto en marcha con algo de ventisca. En los altos de Llegada hacía mucho mejor tiempo, y cerca del Erebus estaba despejado, pero no hemos conseguido ver ni rastro de la expedición en el hielo.

12 de abril. Esta mañana, cuando empezaba a clarear, se ha desencadenado una ventisca y ahora sopla un viento fortísimo. Con todo lo que ha nevado va a formarse una capa de nieve muy espesa. Estamos todos muy preocupados por lo que pueda pasarles al regresar, pues Scott habló de acampar en el hielo marino. El hielo de la bahía de Llegada (situada justo al norte de la punta de la Cabaña) ha desaparecido. Llevan sacos de dormir, víveres para dos comidas y un hornillo lleno para cada tienda.

13 de abril. Estamos muy preocupados por la expedición, sobre todo desde que se ha ido el hielo al norte de la punta de la Cabaña. Esta mañana ha amainado la ventisca; menudo cambio es poder volver a ver la isla Blanca y el Farallón. Atkinson ha venido antes de comer y me ha dicho que desde los altos de Llegada da la impresión de que ha desaparecido el hielo entre la lengua del glaciar y el cabo Evans. Debido a esto la comida no ha sido nada alegre. Luego nos hemos abierto paso hasta el segundo glaciar y hemos visto que el hielo entre los acantilados de Hutton y la lengua del glaciar seguía en su sitio, y a partir de allí hasta el cabo Evans.

Antes de partir, Scott quedó en que haría señales con bengalas a las diez de la noche desde el cabo Evans la primera noche despejada a partir de la tercera. Esta noche es la tercera, y la primera que está despejado. Hemos salido puntualmente y hemos visto cómo se elevaba una bengala, seguida de fuegos artificiales. Al saber que todo iba bien, nos hemos puesto como locos de contento. Meares ha ido corriendo al interior y ha mojado un pedazo de lona con queroseno. Lo hemos levantando para hacerles una señal de respuesta, arrojándolo al aire una y otra vez, hasta que ha quedado hecho pedazos sobre la nieve. Hemos sentido un enorme alivio.

Bowers cuenta del siguiente modo el regreso de la expedición:

Llegamos a lo alto de las crestas, y una vez pasado el peñón del Castillo pusimos rumbo al Erebus. En un primer momento el tiempo mostraba un aspecto bastante amenazador, pero a medida que avanzábamos se fue despejando un poco. Scott es un buen andarín con los trineos y mantuvo un paso rápido y cómodo durante todo el rato. Cuando pasamos los acantilados de Hutton nevaba y había neblina, pero montamos la tienda para comer antes de bajar por la cuesta. Saltaba a la vista que se estaba fraguando una ventisca. Despejó durante la comida, que acabamos sobre las tres y media de la tarde, pues habíamos recorrido un buen trecho por la mañana.

Fue una suerte que se dispersara la niebla, pues la cuesta no sólo estaba agrietada en una dirección sino que remataba en un alto acantilado de hielo. Seguimos avanzando hasta que encontramos un lugar relativamente bajo donde la pendiente tendría unos nueve metros. Por allí bajamos hombres y trineos. Se había levantado viento, y del acantilado salían despedidas ráfagas de nieve en polvo. Utilizamos un par de fuertes bambús machos para bajar al último expedicionario, y dejamos la cuerda Alpine para facilitar el ascenso (es decir, para que pudiera servirse de ella cualquier grupo que regresara a la punta de la Cabaña con comida). Luego reorganizamos la carga de los trineos y comenzamos a cruzar la bahía en dirección a la lengua del glaciar, adonde llegamos de noche sobre las seis de la tarde. El hielo marino joven estaba cubierto de una capa de sal, y daba la

impresión de que arrastrábamos los trineos por una superficie de melaza más que de hielo, de ahí que la marcha resultara muy pesada después de las nevadas tierras altas. La lengua era en su mayor parte de hielo azul duro, que es el más resbaladizo que hay, y presentaba grietas cada pocos metros. La mayoría tenían puentes, pero estábamos medio a oscuras, y cada dos por tres pisábamos en falso con un pie o incluso con los dos. Sin embargo, nadie llegó a quedarse colgado de los arneses.

Cuando llegamos al otro lado, encontramos una hondonada abrigada, donde decidimos acampar para comer un bocado. Eran las ocho pasadas, y yo abogaba por quedarnos allí toda la noche pues me parecía una locura aventurarnos a cruzar una extensión de hielo marino recién formado, estando oscuro como boca de lobo y teniendo una ventisca detrás de nosotros. Por otra parte nos encontrábamos a sólo cinco millas del cabo Evans, claro está, y aunque apenas nos quedaba nada para llevarnos a la boca, ya que no esperábamos encontrarnos con el acantilado ni la capa de sal del hielo marino, y nuestra intención era hacer el viaje en un día, yo pensaba que pasar hambre en un saco de dormir era mejor que acostarse sobre una placa de hielo joven de 30 centímetros de grosor en medio de una ventisca.

Acabamos de comer y reanudamos la marcha a las nueve y media de la noche envueltos en una neblina nevosa en la que no se podía ver absolutamente nada. Pero el tiempo se había calmado de nuevo y por lo menos alcanzábamos a ver el contorno de la más cercana de las islas Dellbridge, el llamado Gran Cerro. Cuando nos aproximamos al Pequeño Cerro la nieve lo cubría todo, tanto es así que una vez encima de él, casi ni pudimos ver la isla propiamente dicha. Era imposible seguir adelante, de modo que al final tuvimos que acampar en el hielo helado. Apenas había nieve para poner sobre la cenefa de protección de las tiendas, la sal estaba húmeda y mojaba los sacos, y además éramos conscientes de que sólo nos separaban de las negras aguas de abajo entre quince y veinticinco centímetros de hielo inestable. En suma, que a la vista de lo inseguro que era el campamento opté por quedarme despierto.

Tal como me imaginaba, la ventisca se nos echó encima poco después de medianoche. El gemido del viento que corría entre las rocas de arriba podría haber resultado muy desagradable si no me hubiera asegurado de que seguíamos cerca de la isla y no nos habíamos desplazado hacia el mar. Huelga decir que comenté que estaba convencido de que el campamento era tan seguro como una iglesia. Al amanecer, Taylor estuvo entrando y saliendo hasta que el viento que se metía por la puerta se llevó la cenefa con el hielo; acto seguido la tienda se cerró sobre nosotros como un paraguas. Nos habría sido imposible levantarla si no hubiera sido por la nieve que se había acumulado alrededor, la cual nos permitió sujetarla al cabo de un par de horas. El aire estaba lleno de espesa nieve, y para que Taylor quemara energías propuse trepar a la isla para buscar el cabo Evans.

La isla surgía directamente del mar formando un ángulo agudo por todos lados, de modo que tuvimos dificultades para subir. Cuando llegamos a la cima comprendimos por qué se llamaba de aquella manera, y es que la cumbre era tan afilada que uno podía ponerse a horcajadas sobre ella como si estuviera sentado sobre una silla de montar. Corría tal viento que resultaba incómodo estar sentado allí, por lo que bajamos sin haber visto nada excepto bancos de nieve y el pico de la isla Inaccesible. Al pie de la isla, a barlovento, encontramos un pequeño resalto totalmente plano aunque lo bastante grande como para que cupieran las dos tiendas pegadas. En aquel lugar la isla formaba una barrera contra el viento y había una calma casi completa, pese a que la ventisca rugía por todos lados. Le insté al capitán Scott a que acampáramos allí, y como Taylor no pensaba más que en ir al cabo Evans, Scott decidió garantizar su seguridad -éstas fueron sus palabras-, y nos dirigimos al resalto. Una vez allí montamos un campamento ideal, con suelo duro y sin viento, y si hubiéramos tenido comida me habría dado lo mismo que la ventisca durara un día o una semana.

Permanecimos dos noches allí, y el 13 por la mañana la borrasca remitió lo suficiente como para que pudiéramos emprender la marcha. Vimos en la colina el observatorio de Jim el Risueño [es decir, Simpson], pero no nos enteramos de qué suerte había corrido la cabaña hasta que rodeamos el cabo y entramos en la bahía Norte. La base de invierno estaba intacta y, aunque la bahía Norte acababa de congelarse, el hielo era lo bastante fuerte como para aguantar nuestro peso sin problemas. Alguien nos vio, y al punto salió precipitadamente de la cabaña el pequeño grupo que vivía en ella, que estaba integrado por Jim el Risueño, Ponting, Nelson, Day, Lashly, Hooper, Clissold, Dimitri y Antón. La cara que puso Ponting cuando se nos acercó fue todo un poema. No nos reconocía a ninguno, por lo que se paró en seco con expresión de perplejidad. Más tarde confesaría que por un instante había pensado que éramos la expedición noruega. Luego nos saludaron con la misma efusividad que si hubiéramos hecho algo de lo que sentirse orgullosos.

Habían tenido que trasladar los trineos de motor y colocar buena parte del equipo en un punto más alto de la playa, pero el agua no había llegado a la cabaña, de forma que todo iba bien. El interior ofrecía un aspecto estupendo, y allí pudimos ver en un espejo por primera vez en tres meses la mugrienta facha que teníamos. No era de extrañar que Ponting no hubiera reconocido a los rufianes que había visto. Nos sacó una fotografía, que hará tus delicias cuando podamos mandar fotos. Comimos con apetito, nos bañamos en agua caliente y nos adecentamos en general. He acabado por llegar a la conclusión de que la cabaña es el lugar más acogedor del hemisferio sur, pese a que al principio me costó acostumbrarme a ella. Echaba de menos dormir en un saco de dormir en medio de la nieve, y el ambiente grasiento de la punta de la Cabaña. Supongo que en el fondo lo que ocurría era que me había separado de todos mis buenos amigos: Bill, Cherry, Titus y Atch.

En el establo de la base de invierno encontramos ocho ponis, ya que Hackenschmidt había muerto. Si contábamos los dos que teníamos en la punta de la Cabaña, nos quedaban diez para empezar el invierno. Enseguida me fijé en el gran siberiano que había formado pareja con mi difunto y llorado poni (eran los únicos ponis siberianos; el resto eran manchúes) y decidí quedármelo si me dejaban los «poderes fácticos».

Dos días después tenía que ir un grupo a la punta de la Cabaña con algunas provisiones, así que pedí ir con él. El capitán Scott había decidido ir él mismo, pero me respondió que le encantaría que le acompañara. Así que salimos el lunes siguiente con buen tiempo. Éramos dos equipos: el capitán Scott, Lashly, Day y Dimitri, que llevaban una tienda y un trineo; y Crean, Hooper, Nelson y yo, que llevábamos lo mismo. Hizo bueno hasta la lengua del glaciar, donde nos pegó en la cara nuestro querido viento del sur; cruzamos la lengua y avanzamos a trancas y barrancas hasta que logramos acampar bajo los acantilados de Hutton, que nos proporcionaron cierto abrigo. Todos teníamos síntomas de congelación en la cara; a mí se me había puesto bastante sensible después de afeitarme y lavarme. Llegar a lo alto del acantilado nos costó cierto trabajo: tuvimos que ponernos de pie sobre un montón de hielo que había caído y echarnos al hombro (o a los hombros de los más altos) un trineo de tres metros, pero apenas conseguimos rozar la cornisa que sobresalía arriba. Las cornisas de nieve son el resultado del amontonamiento de nieve en polvo sobre los bordes afilados: adoptan toda suerte de formas fantásticas, aunque lo normal es que sobresalgan de esta manera. Si se las mira de lado, da la impresión de que van a caerse, pero lo cierto es que suelen ser durísimas. En este caso hicimos con la piqueta unos escalones en el hielo, subidos a nuestra improvisada escalera; los primeros en trepar fuimos el capitán Scott y yo. Con ayuda de una cuerda y la escalera subimos a los que pesaban menos, y al final de todo nos hicimos con el equipo. Con el trineo colgado de una cuerda consiguieron trepar los dos últimos hombres, que también iban sujetos a otra cuerda que sosteníamos nosotros. Pasamos frío haciendo eso, y dos de los nuevos sufrieron congelaciones, uno en un pie y el

otro en un dedo.

El ventarrón nos soplaba otra vez en la cara, pero cuando alcanzamos los altos de Llegada empezó a darnos en parte por detrás. Montamos el campamento para pasar la noche debajo de la punta del Castillo, sobre una pendiente. El viento amainó y quedó una noche preciosa con temperatura baja. Crean y yo nos acostamos cabeza abajo para que Nelson y Hopper (que nunca habían viajado con trineos) estuvieran más cómodos. A consecuencia de ello Crean resbaló y acabó con medio cuerpo fuera de la tienda, dejando entrar por debajo de la cenefa una corriente de aire frío cuyo origen no logré averiguar hasta que por la mañana me lo encontré de aquella guisa y profundamente dormido, por supuesto. El suboficial del capitán Scott no se preocupa si no es por un motivo importante.

Llegamos a la punta de la Cabaña. Allí nos dispensaron una gran acogida, sobre todo por la comida que llevábamos, y en concreto por el azúcar. Antes de irme tomábamos azúcar de parafina, pero incluso éste se había acabado. Al día siguiente nos quedamos para matar focas. Cherry y yo despellejamos una y luego fuimos a dar un paseo por el cabo Armitage. Hacía un viento de mil demonios y bastante frío, dicho sea de paso. Llegamos hasta la punta del Pram, donde dimos media vuelta, y regresamos con el viento a nuestras espaldas. Sólo llevaba un delgado pasamontañas, y tenía las orejas prácticamente congeladas.'"

Entretanto, los que nos habíamos quedado en la punta de la Cabaña con los ponis y los perros fuimos una tarde al campamento de seguridad en busca de algunas pacas más de forraje prensado. El domingo de Pascua lo pasamos en medio de una ventisca huracanada, que por la tarde amainó lo suficiente como para que pudiéramos ver un sol dorado ocultándose tras un mar de nieve y humo helado de color púrpura.

Me consta que aquel día tomamos para desayunar abadejo de lata, preparado por Oates con gran esmero, hoosh de galletas y queso para comer y carne desecada frita para cenar, seguida de cacao con leche azucarada Nestlé, lo que constituía todo un lujo. Por lo demás, nos dedicamos a reparar nuestras finnesko y a leer Casa desolada de Dickens. Meares nos contó que los chinos, cuando estaban en guerra con los lolos (los lolos son una de las dieciocho tribus que habitan las fronteras entre el Tíbet y China), ataban a sus rehenes a un banco y, tras cortarles el cuello, recogían la sangre que goteaba de él. Luego les metían ahí su bandera y les sacaban el corazón y el hígado, que se comían los oficiales mientras sus hombres se daban cuenta del resto. La expedición de socorro llegó el 18 de abril.

Hemos pasado una semana tan feliz los siete solos en la cabaña del Discovery, que aunque nos alegramos de verlos, creo que la mayoría de nosotros habría preferido que nos dejaran tranquilos; además me figuraba que cuando llegaran tendríamos que volver, y así ha sido.

Meares va a estar al frente del grupo que se queda, es decir, Forde y Keohane de los veteranos, y Nelson, Day, Lashly y Dimitri de los nuevos. Cuenta historias con mucha gracia, y salta a la vista que tiene miedo de que la comida que acaba de llegar (el azúcar, la harina con levadura, el chocolate y demás) se la coma precisamente quienes la han traído. De ahí que nos comamos las tostadas sin mantequilla y tomemos el mínimo de chocolate.

El martes, tanto durante el día como por la noche, fue uno de los pocos días fríos que hemos tenido: las temperaturas rozaron los -35 °C. El mar al norte de la punta de la Cabaña, donde había desaparecido el hielo marino, se congeló hasta alcanzar un grosor de casi 12 centímetros el miércoles a mediodía, que fue cuando capturamos las otras tres focas. El jueves, día en que teníamos que ponernos en marcha, Scott estaba evidentemente pensando en la posiblidad de hacer todo el

trayecto por el hielo marino, cuando de pronto y sin previo aviso éste salió flotando silenciosamente hacia el mar.

El 21 de abril fueron al cabo Evans por los acantilados de Hutton las siguientes expediciones: Scott, Wilson, Atkinson y Crean por un lado, y Bowers, Oates, Cherry-Garrard y Hooper por otro. El viento soplaba con fuerza en los acantilados de Hutton, como de costumbre, y sufrimos congelaciones cuando bajamos los trineos al hielo marino. El sol iba a abandonarnos durante los cuatro meses siguientes, pero por suerte aún tuvimos luz para llevar a cabo aquella operación, aunque no para la siguiente comida, que tomamos a toda prisa al pie de los acantilados, ni para el trecho de la lengua del glaciar. Bowers escribió a casa esta carta:

Yo iba con el equipo más ligero y, consciente de lo veloz que es el capitán Scott, me aseguré de quedarme con el trineo nuevo. Nuestro cargamento no pesaba nada, y la única diferencia residía en los patines de los trineos, aunque aquel día esto supuso para nosotros una diferencia fundamental. Scott iba a toda marcha, tal como me había imaginado que haría, y nosotros le seguíamos como si tal cosa. Se mostró sorprendido cuando su equipo, que era más pesado, empezó a notar más que nosotros el efecto del paso que llevábamos. Tras bajar los trineos por los acantilados, recogimos la cuerda que habíamos dejado en el viaje de ida y reanudamos la marcha por el hielo marino. Se notaba tanto que llevábamos buenos patines que tuve que reconocer que mi trineo era mejor y me ofrecí a dejarles a un miembro de mi equipo. Aunque rehusaron, después de cruzar la lengua del glaciar el capitán Scott dijo que le gustaría cambiar de trineo cuando llegáramos al Pequeño Cerro. Podríamos haberlos dejado atrás en cualquier momento durante aquel tramo, pero en cuanto tomaron nuestro trineo empezaron con sus jueguecitos. Ya nos lo esperábamos, y aceleré la marcha como nunca lo había hecho. Llevábamos casi doce horas andando a marchas forzadas, y ahora teníamos que hacer un último esfuerzo parar recorrer dos millas. Si hubiéramos tenido hielo en buenas condiciones, habríamos podido aguantar a pesar de los malos patines y de todo lo demás, pero nos encontramos con una zona de hielo irregular y, como era de noche, todos tropezábamos; yo me di un porrazo que a punto estuvo de dejarme sin sentido. Por suerte no se dieron cuenta, y seguimos pegados a la trasera de su trineo. Yo tenía escalofríos y el estómago revuelto, y pasé por todos los síntomas hasta que al final me recuperé, lo que afortunadamente ocurrió mientras avanzábamos a todo correr. Sin embargo, no tardaron en alejarse; nosotros ya no podíamos más, pese a que estábamos cerca del cabo. Volvió a ocurrirme lo mismo tras otra caída, pero logramos bordear el cabo, y cuando llegaron, sólo nos sacaban medio centenar de metros. Nunca me he sentido tan agotado como entonces, y los miembros de mi equipo tampoco. Está claro que no había necesidad de darse prisa, pero lo hicimos, y volvería a hacerlo en cualquier otra ocasión. Titus sacó una jarra de coñac que había sisado del barco, y todos bebimos con avidez. El otro equipo también estaba molido, así que no creo que nadie tuviera mucho que objetar.

Dos días después el sol brilló por última vez antes de desaparecer durante cuatro meses.

Echando la vista atrás, comprendí dos cosas: por un lado que el transporte en trineo, al menos en verano y en otoño, era una experiencia mucho menos terrible de como la pintaba en mí imaginación; y por otro, que aquellos días en la punta de la Cabaña se contaban entre los más felices de mi vida. Teníamos lo justo para comer y no pasar frío, i nada más: ni adornos ni arreos superfluos. Hay vidas mucho más difíciles y complicadas: las necesidades de la civilización eran lujos para nosotros, y tal como descubrió Priestley en circunstancias que en comparación con la vida que llevábamos en la punta de la Cabaña dejaban mucho que desear, los lujos de la civilización

satisfacen únicamente las carencias que ellos mismos crean.

6. EL PRIMER INVIERNO

El objetivo más alto que puede fijarse el ser humano no es la búsqueda de una quimera, como puede ser la aniquilación de lo desconocido; es sencillamente el incesante empeño por alejar sus límites un poco más de nuestro pequeño ámbito de acción.

HUXLEY

Y así regresamos a nuestra cómoda cabaña. Cualquiera que sea el mérito que tenga el ir a la Antártida, una vez allí no se puede considerar un motivo de orgullo. Que uno pase un año en la cabaña del cabo Evans porque es explorador no es más digno de encomio que permanecer un mes en Davos porque se padece de tuberculosis o pasar un invierno inglés en el hotel Berkeley. Dadas las circunstancias, es la cosa más cómoda y fácil que se puede hacer.

En nuestro caso, lo mejor no estaba nada mal, puesto que en comparación con otras cabañas polares la nuestra parecía un palacio, como el Ritz en comparación con otros hoteles. Por mucho frío y viento que hiciera en el exterior, por muy oscuro que estuviera, dentro nos hallábamos cómodos, abrigados y de buen humor.

Además, teníamos una enorme cantidad de trabajo que hacer, aparte de que nos esperaba un mínimo de dos viajes de primera magnitud.

Cuando Scott se sentó por vez primera detrás de su pequeña mesa de la base de invierno para empezar los complicadísimos cálculos de pesos y promedios para el viaje al sur, su estado de ánimo no era bueno. «Éste es el final de la expedición al polo», me dijo cuando nos sacó de los icebergs tras el desprendimiento del hielo marino. Al ponerse a planear un viaje de 18.000 millas, no resultaba agradable recordar la pérdida de seis de los ocho ponis con los que emprendimos el viaje del depósito, la creciente delgadez y debilidad de los animales de carga durante nuestra marcha por la Barrera, y el aspecto esquelético y de total agotamiento que presentaban los perros tras su rápido regreso.

Por otro lado, nos quedaban diez ponis, aunque dos o tres de ellos eran de una calidad más que dudosa, y resultaba evidente que tanto su alimentación como la de los perros podía y debía mejorarse de forma considerable. En el caso de éstos, el remedio era sencillo: aumentar su ración de comida. En el de aquéllos, sin embargo, el problema no era tan simple. Uno de los principales alimentos que habíamos llevado para ellos era el forraje prensado. En teoría este forraje tenía un excelente valor alimenticio, ya que estaba hecho de trigo verde recién segado. Ignoro si se trataba realmente de trigo, pero no me cabe la menor duda sobre el efecto que tuvo en la nutrición de nuestros ponis. Cuando los alimentábamos con él, acababan quedándose en los huesos. ¡Pobres animales! Daba pena verlos.

Oates era un hombre que había olvidado todo lo que la mayoría de la gente sabe sobre caballos. No fue culpa suya que el forraje fuera inadecuado, ni tampoco que perdiéramos tantos ponis buenos. Oates siempre había abogado por llevar los peores ponis en el viaje del depósito: lo mejor era avanzar por la Barrera hasta donde fueran capaces de llegar, y luego matarlos y guardar su carne en

depósitos. Ahora él estaba a cargo de los diez restantes, de modo que se encontraban en buenas manos. Algunos eran unos espantajos, sobre todo el pobre Jehu, que nunca imaginamos que fuera a emprender viaje alguno, y sin embargo acabó haciendo ocho jornadas después del campamento de una tonelada (lo que equivale a una distancia de 238 millas), arrastrando con gallardía una carga relativamente inferior a la habitual. Otro poni, Christopher, era lo que se dice un homicida; para atarlo al trineo había que echarlo al suelo; hasta el último momento se dedicó a dejar fuera de combate a todos los hombres que cometían la temeridad de ponerse a su alcance, y una vez que lográbamos que emprendieran la marcha (para lo cual era necesario el concurso de cuatro hombres), era imposible detenerle hasta el final de la jornada, de ahí que Oates, sus tres compañeros de tienda y sus ponis correspondientes tuvieran que recorrer 130 millas durante el viaje al sur sin poder pararse a comer.

Oates los adiestraba y alimentaba como si fueran a correr en Epson, y durante el invierno y la primavera los hombres que iban a encargarse de llevarlos durante el viaje los entrenaron siempre que les fue posible. Encontramos un alimento fresco y de calidad en la avena y las tortas de linaza, de las que habíamos llevado una pequeña cantidad para utilizarla durante el viaje al polo. Hicimos por ellos todo lo que aconsejaban la prudencia y la previsión. Es una vida difícil la de los animales, pero al final pudimos decir que, hasta el momento en que estalló la violenta ventisca del Acceso del glaciar, que fue la línea de llegada de aquellos arrojados ponis, comieron todo lo necesario y durmieron y vivieron tan bien como cualquier otro, y mejor de lo que suelen hacerlo la mayor parte de los caballos. «Le felicito, Titus», dijo Wilson cuando nos paramos a la sombra del monte Esperanza una vez que hubieron cumplido su tarea. «Yo quiero darle las gracias, Titus», le dijo Scott.

Titus gruñó, complacido.

Aunque las dificultades que planteaba el transporte para el viaje al polo eran considerables, en todos los demás aspectos las perspectivas! eran halagüeñas. Los hombres que iban a viajar con los trineos habían pasado tres meses fuera de la base de invierno, durante los cuales habían tenido abundantes experiencias con ellos, algunas nada agradables. Los trineos, la ropa, la comida y el equipo eran en general excelentes, y además pudimos realizar los cambios que sugerimos. Sin embargo, no encontramos la manera de llevar a cabo la mejora más deseada: fabricar unas raquetas satisfactorias para los ponis. í El trabajo que ya habíamos efectuado era enorme. Los ponis y los perros podrían recorrer las primeras 130 millas del viaje al polo con poco peso; luego, a partir del campamento de una tonelada, llevarían la carga completa. La ventaja que supone reanudar la marcha con la carga; completa resulta evidente si se tiene en cuenta que la distancia que se recorre depende del peso de la comida que se puede acarrear. Durante el viaje de investigación geológica por el oeste del estrecho, Taylor y su grupo realizaron un abundante y provechoso trabajo en el valle Seco y en los glaciares de Ferrar y Koettlitz, donde efectuaron mediciones precisas para levantar un mapa y se llevó a cabo el primer estudio a manos de un experto fisiógrafo y especialista en hielo. En este viaje se mantuvo la práctica habitual entre todas las expediciones de Scott de hacer observaciones científicas y meteorológicas.

Es más, en el cabo Evans hacía más de tres meses que venía funcionando una base científica que en cuanto a meticulosidad y exactitud podía compararse con cualquier otra base del mundo. Espero poder dar más adelante una relación más pormenorizada de esta ininterrumpida serie de observaciones; todas ellas estuvieron al cuidado de expertos entusiastas, y algunas requirieron la utilización de aparatos sumamente complejos. Baste decir por el momento que quienes al regresar vimos por primera vez la cabaña y sus anexos completamente equipados nos quedamos asombrados,

aunque quizás el artilugio que más nos llamó la atención a todos en un primer momento fue el aparato eléctrico con el que el cocinero, que era el autor del invento, controlaba la fermentación de su excelente pan.

Aunque estábamos contentos de encontrar todo de semejante manera y de poder disfrutar de la comida, los baños y las comodidades que el lugar ofrecía, no nos hacíamos ilusiones con respecto al cabo Evans propiamente dicho. Se trata de un lugar tan carente de interés como puede serlo una lengua baja de lava negra cubierta en su mayor parte de nieve y barrida constantemente por fuertes vientos y nieve en polvo. La lava de kenyaíta que la constituye es una roca extraordinaria que se encuentra en pocas regiones del mundo, aunque una vez que has visto un pedazo ya la has visto toda. A diferencia de la extensa y majestuosa península de la Cabaña, situada a 13 millas al sur, no posee ningún cráter ni colina que destaque, ni ningún accidente geográfico como el peñón del Castillo; y al contrario de los amplios plegamientos del cabo Royds, que se halla a seis millas en dirección sur, no tiene ninguno de los laberínticos caminos y variados lagos donde se encuentra la mayor parte de la escasa vida vegetal que existe en estas latitudes. Además, aunque en él se congregan algunos págalos antárticos, no cuenta con ningún criadero de pingüinos tan interesante como el del cabo Royds en verano. Tampoco presenta una gran placa de hielo como la que antaño llegaba hasta el Erebus, que se extendía sobre el mar de Ross y, al retirarse del cabo Evans, derramaba una enorme cantidad de extraños granitos, doleritas, areniscas y pórfidos como los que cubren la por lo demás monótona superficie de la antigua base de invierno de Shackleton.

El cabo Evans es una punta de lava de baja altura que sobresale algo más de media milla del frente de los glaciares que arropan la vertiente del Erebus. Su forma semeja la de un triángulo equilátero, cuya base mide aproximadamente media milla de ancho. Esta base, que separa al cabo de las faldas del Erebus y los agrietados glaciares y gigantescas cascadas heladas que las envuelven, consiste en una rampa con una pendiente de 30 grados y una altura que varía entre los 30 y íos 45 metros. Desde nuestra cabaña, situada a 400 metros de distancia, parece un enorme muro de contención, detrás del cual se eleva el majestuoso volcán Erebus, con su columna de vapor y humo.

El cabo propiamente dicho no alcanza una altura media superior a los nueve metros, y en cierta manera recuerda el lomo de un cerdo con varias columnas vertebrales. Las hondonadas que se abren entre las crestas están en su mayor parte llenas de nieve y hielo, y en los dos puntos donde se acumula la suficiente nieve se forman unos pequeños glaciares que tras un corto avance quedan reducidos a la nada de forma ignominiosa. Existen dos pequeños lagos, llamados respectivamente el lago de los Págalos y el lago de la Isla. Colinas sólo hay una, que se encuentra prácticamente detrás de la cabaña; se llama la colina de la Veleta porque en su cima instalamos una de nuestras veletas, además de otros instrumentos meteorológicos. En el pequeño glaciar que descendía al abrigo de este monte hicimos dos cuevas que ofrecían un aislamiento excelente y en las que se registraban bajas temperaturas constantes. De ahí que utilizáramos una de ellas para nuestras observaciones magnéticas y la otra como nevera para el cordero que habíamos traído de Nueva Zelanda.

La vertiente norte, sobre la que habíamos construido nuestra cabaña, desciende hasta una pedregosa playa que da a la bahía Norte. Sabíamos que allí había una playa porque habíamos desembarcado en ella, aunque no volveríamos a verla ni siquiera en pleno verano pues las ventiscas formaban en aquel punto un cinturón de hielo de más de un metro de grosor. La otra vertiente remata bruscamente en unos bastiones negros y unos acantilados enanos de aproximadamente tres metros de altura; el vértice del triángulo que forma el cabo propiamente dicho es un farallón de kenyaíta semejante a éstos. En conjunto resulta un lugar peligroso para andar a oscuras, pues la superficie está salpicada de rocas de todos los tamaños y surcada y acanalada por ventisqueros de nieve dura

congelada, de suerte que uno puede encontrarse inopinadamente tendido sobre una resbaladiza superficie de hielo azul. Huelga decir que se trata de un sitio poco adecuado para entrenar muías o ponis asustadizos con viento frío, aunque cuando el hielo marino no ofrece seguridad es el único que hay.

Invito al lector a acercarse a la puerta de la cabaña. Salvo en el punto en el que el cabo se une a la montaña, se encuentra usted rodeado de mar por todos lados. Está de cara al norte, con la Gran Barrera de Hielo y el polo a sus espaldas, y su mirada se derrama por el mar de Ross desde la entrada del estrecho de McMurdo hacia Nueva Zelanda, abarcando una extensión de 2.000 millas de agua, bancas de hielo e icebergs. Es mediodía y, aunque el sol no va a asomarse por el horizonte, se halla lo bastante cerca como para arrojar una tenue luz amarilla sobre las montañas Occidentales. Estas configuran 30 millas de costa a lo lago del estrecho, y cuando desaparecen por el norte se reflejan en el aire y flotan como negras islas en un cielo de color limón. Justo delante de usted no hay nada salvo las negras aguas del mar y un resplandor sobre el horizonte; es la denominada claridad de los hielos, que como ya sabe significa que debajo hay bancas de hielo. Si se fija bien, verá a intervalos una pequeña mancha oscura; esto le desconcertará, aunque al cabo de un rato comprenderá que se trata del espejismo de una montaña lejana o de la isla Beaufort, que protege la embocadura del estrecho contra el tráfico helado que viene en esa dirección apilando los bandejones en la entrada.

SÍ continúa mirando hacia el norte encontrará a media distancia, adentrándose en el mar, un saliente de tierra negro y de baja altura con una elevación. Es el cabo Royds, con la cabaña de Shackleton encima. La elevación es el pico Alto. Esta línea, que es el punto del continente que antes se ve al este del estrecho de McMurdo, constituye en realidad el límite occidental de la isla de Ross. Desaparece bruscamente por detrás de una pared alta; si dirige la mirada hacia su derecha, verá que la pared es un escarpado acantilado de hielo puro de color azul y verde que cae perpendicularmente al mar desde una altura de 60 metros, y que forma con el cabo Evans, sobre el cual nos encontramos, la bahía que se extiende delante de nuestra cabaña, a la cual llamamos bahía Norte. Este enorme acantilado de hielo, con sus grietas, sus torres, sus bastiones y sus cornisas, fue una inagotable fuente de placer para nosotros. Constituye el frente de uno de los muchos glaciares que se deslizan por la vertiente del Erebus; describe suaves pendientes y curvas allí donde la montaña mantiene una forma regular y cubre de impracticables cascadas heladas las partes de la superficie subyacente que están empinadas o fracturadas. Esta corriente de hielo en particular se llama glaciar Barne, y mide unas dos millas de ancho. Toda la región que se extiende a nuestra derecha, de adelante atrás, es decir, de noreste a sureste, la ocupa nuestro gigantesco vecino volcánico, el Erebus. Tiene una altitud de 3.743 metros. Vivimos a su sombra y le profesamos admiración y amistad, sentimientos en ocasiones teñidos de respeto. De todos modos, actualmente no hay indicios de actividad volcánica peligrosa, y nos sentimos bastante seguros, a pesar de que el humo que sale de su cráter forma de vez en cuando densas nubes que se elevan a miles de metros de altura y de que a veces la estela que deja su columna de gases llega a medir más de 100 millas.

Si no le entra frío aquí fuera (no conviene quedarse a la intemperie en el cabo Evans), rodeemos la cabaña y subamos a la colina de la Veleta. Aunque no alcanza los 20 metros de altura, esta colina domina el resto del cabo y es tan escarpada que hay que subirla a gatas incluso cuando no sopla viento, como ahora. Tenga cuidado de no pisar los cables eléctricos que conectan las copas de la veleta que hay en lo alto con el cuadrante de registros de la cabaña. Estas copas dan vueltas a merced del viento, y las revoluciones se registran mediante electricidad: cada cuatro millas llega a la cabaña una señal, y un estilete instalado sobre un cronógrafo registra el paso. En la cima hay también una

estación meteorológica, que tenemos que ir a ver todos los días a las ocho de la mañana, haga el tiempo que haga.

Cuando llegue arriba se encontrará de cara al sur, es decir, en dirección contraria a como estaba antes. Lo primero que le llamará la atención será que el mar está congelado en las bahías pero sigue despejado en el estrecho y llega prácticamente hasta sus pies. Lo segundo, que aunque el mar se extiende a una distancia de casi 20 millas, en el horizonte sólo se ve tierra y hielo, se mire en la dirección que se mire. Para un barco esto constituye un callejón sin salida, como descubrió Ross setenta años atrás. Pero tan pronto como se haya apercibido de esto, toda su atención quedará embargada por la impresionante vista que se ofrece a su izquierda. Allí se encuentra la vertiente sur del Ere-bus, totalmente distinta de la que acaba de contemplar. La del norte desciende describiendo amplias y suaves líneas hasta un majestuoso acantilado que bordea el mar. En cambio, ésta no se podría describir de forma adecuada ni aun utilizando todos los epítetos y adjetivos que denotan caos e inmensidad. Figúrese usted un torrente de 10 millas de largo y 20 de ancho; imagínese que cae sobre rocas montañosas y se precipita sobre sí mismo formando olas gigantescas; imagínese que se detiene, helado y blanco, en un abrir y cerrar de ojos. Un sinfín de ventiscas lo han azotado con su nieve en polvo pero no han conseguido ocultarlo. Y continúa moviéndose. De pie en medio del gélido aire puede que de vez en cuando oiga usted cómo rompe el silencio el repentino estallido que produce al contraerse por el frío o rajarse bajo su propio peso. La naturaleza resquebraja ese hielo como los seres humanos rasgan papel.

El acantilado de hielo no es tan alto en este punto, presenta más irregularidades debido a las grietas y las cuevas, y está más cubierto de nieve. Siguiendo la costa, a unas cinco millas de distancia, la línea blanca queda interrumpida por un farallón y un negro afloramiento rocoso; es el promontorio del Turco, detrás del cual está el bajo saliente de color blanco de la lengua del glaciar, que se adentra varias millas en el mar. Sabemos, pues la hemos cruzado, que detrás hay una pequeña bahía de hielo marino, pero lo único que podemos ver desde el cabo Evans es la base de la península de la Cabaña, con un afloramiento rocoso que a duras penas asoma a la altura de los acantilados de Hutton. La península nos impide ver la Barrera, aunque los vientos procedentes de ésta soplan de continuo sobre ella, como demuestran los bancos de nieve en polvo que se alzan sobre los acantilados. Si seguimos avanzando hacia la derecha, el terreno aparece despejado: el peñón del Castillo se alza como un centinela, y detrás de él los altos de Llegada y los viejos cráteres que tan bien hemos acabado conociendo durante nuestra estancia en la punta de la Cabaña. La cabaña del Discovery, situada a 15 millas y que no se puede ver, se encuentra a la vuelta del empinado recodo rocoso en que remata la península, al sur de donde estamos nosotros.

Queda por describir el cuadrante que se extiende a nuestra derecha de sur a oeste. Si antes hemos dicho que la hilera de las montañas Occidentales desaparece por el norte reflejándose en el aire a la luz del sol del mediodía, ahora vemos la misma hilera de montañas al sur, de las que nos separan muchas millas de mar y Barrera. A unas 90 millas de distancia en dirección sur, formando casi una línea recta con la punta de la Cabaña, se yergue sobre el horizonte el farallón de Minna, detrás del cual hemos instalado el depósito de una tonelada. Desde este punto, SÍ volvemos la vista hacia la derecha, veremos sucesivamente los picos de grandes macizos montañosos (el Discovery, el Morning, el Lister y el Hooker) y los glaciares que los dividen. Se elevan casi sin interrupción a cotas de casi 4.000 metros. De ellos nos separan la Barrera por el norte y el mar por el sur. A menos que haya o amenace ventisca, se distinguen claramente, formando un gigantesco muro de nieve, hielo y roca y delimitando la vista por el oeste, que varía sin cesar merced a los constantes cambios de color de la Antártida. Más allá se extiende la planicie.

Aún no hemos hecho referencia a las cuatro islas que se ven desde donde nos encontramos, en un radio de aproximadamente tres millas. La más importante dista una milla de la punta de cabo Evans y se llama isla Inaccesible, debido a lo inhóspita que es su empinada falda de lava, incluso cuando el mar está helado. Encontramos la manera de subir a la cima, pero no es un lugar muy interesante. Más lejos, al suroeste, se halla la isla Tent. Las otras dos, que más que islas son islotes, se yerguen ante nuestros ojos en la bahía Sur. Se llaman Gran Cerro y Pequeño Cerro, y son afloraciones rocosas con una escarpada cresta en el medio. En la pequeña se encuentra el refugio en el que el grupo de Scott instaló su campamento hace unas semanas cuando se vio sorprendido por una ventisca mientras regresaba al cabo Evans. Todas estas islas son de origen volcánico y de color negro en general, aunque creo que existen pruebas que demuestran que la corriente de lava que las creó procedía del estrecho de McMurdo y no de los cráteres del Erebus, que es de donde cabría pensar que surgió. Su importancia en esta historia reside en que contribuyeron a proteger el hielo marino del embate de las ventiscas del sur, y en más de una ocasión constituyeron útiles puntos de referencia para los hombres que se perdieron de noche y con mal tiempo. En este sentido también fueron sumamente útiles, aparte de interesantes y bellos, varios icebergs procedentes del mar de Ross que encallaron en los bajíos que se extienden entre la isla Inaccesible y el cabo, y también en la bahía Sur. Durante dos años vimos cómo el mar, el sol y el viento erosionaban estas grandes torres de hielo y las dejaban en la misma posición, pero reducidas a un simple montón de ruinas.

En muchos de los lugares del paisaje que hemos examinado se ve roca negra, y el cabo sobre el que nos encontramos a veces muestra más partes negras que blancas. Este hecho siempre desconcierta a quienes han llegado a la lógica conclusión de que la Antártida está completamente cubierta de nieve y hielo. La explicación es sencilla: los fortísimos vientos que predominan en esta región no sólo impiden que la nieve permanezca a barlovento de afloramientos rocosos y acantilados, sino que llegan a erosionar las rocas propiamente dichas. Como los vientos siempre soplan del sur, todas las rocas que sobresalen suelen estar limpias de nieve por ese lado, mientras que la parte norte o de sotavento aparece tapada por una lengua de nieve veteada y extremadamente dura que remata en una punta cuya distancia depende del tamaño de la roca.

Naturalmente, el continente está en su mayor parte cubierto por glaciares y nieve de enorme grosor, de modo que lo único que puede hacer el viento es consolidar la nieve o dejar al descubierto el hielo subyacente. Sin embargo, imaginarse la Antártida como un continente helado constituye un error, pues no sólo asoma gran cantidad de roca allí donde se elevan montañas, islas o cabos, sino que la nieve no suele ser de color blanco. Si uno mira con atención descubrirá que está teñida de muchos colores, pero sobre todo de azul cobalto y graneé, y de toda la gama de lilas y malvas que esta mezcla de colores puede producir. Los días blancos son tan excepcionales que recuerdo una ocasión en que salí de la cabaña o la tienda y me sentí impresionado por el hecho de que la nieve fuera realmente blanca. Cuando a las bellas tonalidades del cielo y los suaves matices de la nieve se suman los intensos colores del mar abierto, y con él los reflejos del cinturón de hielo y los acantilados, todos ellos de azul brillante y verde esmeralda, entonces es posible que un hombre se dé cuenta de lo hermoso y limpio que puede ser este mundo.

Aunque me resulta difícil encontrar la expresión adecuada para mostrar al lector que esta virginal tierra austral posee múltiples regalos que dilapidar entre quienes la cortejan, diré que el más importante de todos es el de su hermosura. Es posible que los más destacados sean después su esplendor e inmensidad, sus gigantescas montañas e ilimitados espacios, que sobrecogerán a los más indiferentes y aterrarán a los menos imaginativos de los mortales. Pero hay un regalo del que hace entrega con ambas manos, un regalo más prosaico aunque quizá más deseable. Se trata del sueño. No

sé si les habrá ocurrido a otros, pero en mi caso no cabe duda de que cuanto más horribles eran las condiciones en que dormíamos, más tranquilizadores y maravillosos eran los sueños que nos visitaban. Algunos dormimos en medio de un infierno de oscuridad, vientos huracanados y nieve arremolinada, sin un techo sobre nuestra cabeza, sin una tienda que nos facilitara el camino de regreso, sin la menor posibilidad de volver a ver a nuestros amigos y sin comida que llevarnos a la boca. Lo único que teníamos era la nieve que se nos metía en los sacos de dormir, que podíamos beber días tras día y noche tras noche. No sólo dormimos profundamente la mayor parte de aquellos días y noches, sino que lo hicimos con una especie de placentera insensibilidad. Queríamos algo dulce para comer, preferiblemente melocotones en almíbar. Pues bien, ésa es la clase de sueño que la Antártida le ofrece a uno en el peor de los casos o cuando falta poco para ello. Si realmente ocurre lo peor (o lo mejor) y la Muerte se le aparece a uno en la nieve, vendrá disfrazada de Sueño, y uno la recibirá como a un buen amigo más que como a un terrible enemigo. Tal es el trato que dispensa cuando uno llega al límite del peligro y la privación. Quizás ahora pueda el lector imaginar los profundos y saludables tragos de reposo que da en verano al explorador cuando, cansado tras una una larga jornada arrastrando el trineo, y después de una buena cena caliente, se mete en su suave, seco y cálido saco de piel con la luz que se filtra por la tela de seda verde de la tienda, el entrañable olor del tabaco que flota en el ambiente y un único ruido: el que hacen los ponis que hay atados fuera mientras mastican su cena a la luz del sol.

Y así sucedió que durante la estancia en nuestra cómoda, abrigada y espaciosa cabaña del cabo Evans dormimos todo lo que pudimos. A las diez, la mayoría de nosotros ya estábamos acostados en nuestras literas, en ocasiones con una vela y un libro, y en otras también con un trozo de chocolate. Como no disponíamos de mucho carburo, la lámpara de acetileno se apagaba a las diez y media, y la habitación quedaba al punto sumida en la oscuridad excepto alrededor del fogón de la cocina, que emitía un cerco de luz, y en un lugar donde un resplandor permitía ver al vigilante nocturno, que estaba preparándose la cena. Algunos roncaban, aunque nadie tanto como Bowers. Otros hablaban en sueños, sobre todo si habían tenido recientemente alguna experiencia desagradable que les hubiera crispado los nervios. Siempre se oía el tictac de muchos aparatos, y a veces el tintineo de una campanilla; todavía sigo sin saber qué significaban aquellos ruidos. Las noches de calma no penetraba en la cabaña ningún sonido salvo, quizás, el gemido de un perro o, de vez en cuando, la coz de un poni en el establo. Los ruidos eran todos responsabilidad del vigilante nocturno. Pero las noches de ventisca fuerte, cuando el viento soplaba sobre la cabaña en dirección al mar rugía y aullaba por el conducto de ventilación del tejado; las rachas más furiosas hacían temblar toda la estructura, y las piedrecillas que el vendaval arrastraba acribillaban la madera de la pared sur produciendo un enorme ruido. El primer invierno no hubo muchas noches así, pero durante el segundo fueron muy numerosas. En una ocasión, una tempestad espantosa duró seis semanas.

El vigilante nocturno hacía su última ronda a las siete en punto, y tenía libertad para acostarse después de despertar al cocinero y avivar el fuego, pero a menudo tenía tanto trabajo que hacer que prefería renunciar al descanso y quedarse levantado. Por ejemplo, sí se avecinaba mal tiempo sacaba su poni a hacer ejercicio lo antes posible, intentaba acabar las listas de provisiones o iba a mirar la trampa de pesca. En suma, que hacía de todo.

El chisporroteo del fuego y el olor de las gachas y el hígado frito de foca anunciaban el desayuno, que se servía en teoría a las ocho en punto y en la práctica bastante más tarde. Una persona dormilona podía ver al meteorólogo saliendo ruidosamente (Simpson siempre pisaba fuerte al andar) a recoger los datos de su cueva de investigaciones magnéticas y echar un vistazo a los instrumentos que tenía instalados en la colina. Volvía al cabo de veinte minutos, la mayor parte de las veces

cubierto de nieve y con el abrigo congelado. Entretanto se lavaban los más reacios, es decir, se frotaban con nieve helada, temblando, y fingiendo que les gustaba. Puede que estuviéramos equivocados, pero les decíamos que lo hacían para lucirse. Yo no sé qué pensar, aunque debería explicar que aunque el hielo abundaba más que el carbón, el agua solía ser escasa.

Un enorme peligro amenazaba todas nuestras comidas en la cabaña: las peloteras. Las peloteras son discusiones, a veces con fundamento pero siempre acaloradas sobre cualquier tema que quepa imaginar. Iban desde el polo hasta el ecuador, y desde la Barrera al cabo de Portsmouth y el promontorio de Plymouth. Comenzaban con modestísimas excusas, continuaban por los caminos más insospechados y no acababan nunca; las dejábamos en el aire, y podíamos retomarlas meses después para distorsionarlas y retorcerlas. ¿Qué causaba los conos de la Rampa? ¿Cómo se formaban de cristales? ¿Cómo se llamaban y en qué orden se encontraban las tabernas de los astilleros de Portsmouth si salía uno por la puerta principal y se dirigía a la del Unicornio (y lograba llegar hasta allí)? ¿ Cuál era el mejor tipo de crampón para utilizar en la Antártida? ¿Y el mejor establecimiento de Londres para comer ostras? ¿Y la manta ideal para ponis? ¿Se sorprendería el sumiller del Ritz si uno le pidiera una pinta de cerveza? Aunque el atlas del Times no llega a un nivel tan elevado como para proporcionar información sobre tabernas ni la enciclopedia Chambers se rebaja a explicar el comportamiento que se observa en nuestros hoteles más lujosos, estas publicaciones permitieron zanjar más polémicas que ninguna otra cosa.

El día del que estoy hablando, aunque todavía pueden oírse murmullos en el cuarto de Nelson, a las nueve y media ya se ha recogido la mesa y todo el mundo está Hsto. Desde este momento hasta las siete, hora de la cena, todos estaremos ocupados realizando alguna tarea, salvo durante la breve pausa de la comida. Con esto no quiero decir, ni mucho menos, que estemos todos sentados como lo puede hacer el empleado de una oficina y andemos a la brega durante nueve horas o más. Hacemos mucho trabajo al aire libre, y el ejercicio tiene para nosotros una importancia capital. Pero, como es natural, cuando salimos cada uno aprovecha la oportunidad para hacer el trabajo que más cerca le toca, ya tenga que ver con el hielo o con las rocas, con los perros o con los caballos, con la meteorología o con la biología, con el mareógrafo o con los globos sonda.

Cuando las ventiscas lo permitían, los ponis eran adiestrados por sus respectivos guías entre la hora del desayuno y mediodía, que era cuando se les daba de comer. El entrenamiento de los animales podía ser una actividad muy agradable o muy endemoniada: todo dependía del poni y del tiempo. El establo era acogedor, ya que había sido construido junto a la pared resguardada de la cabaña, y además manteníamos encendida en su interior una lumbre de grasa de foca. Los animales disfrutaban por tanto de una temperatura bastante buena dentro, pero pasaban frío en cuanto los sacábamos, aun cuando no soplase viento.

Las dificultades para adiestrarlos a oscuras eran tan grandes que, por muy buenas que fuesen nuestras intenciones, resultaba muy difícil darles trabajo suficiente para la buena alimentación que recibían. Añádase a esto que al menos uno de ellos era un auténtico salvaje y que casi todos eran dados a escaparse, y comprenderá el lector que la hora de adiestramiento no carecía de emociones ni siquiera los días en que el tiempo estaba tranquilo y brillaba la luna. Los peores días eran aquellos en que se hacía difícil saber si había que sacar los ponis al hielo marino o no; los nublados eran los que más temíamos, pues si el guía perdía la orientación, luego tenía muchos problemas para volver. El cielo encapotado, la nieve menuda y quizás un suave viento del norte eran por lo general sinónimo de ventisca, pero ésta podía tardar veinticuatro horas en estallar, o bien echársele a uno encima en pocos segundos. Era difícil saber si el poni debía dejar el entrenamiento, si había que recoger la trampa de pesca o si había que aplazar el viaje previsto al cabo Royds. Normalmente corríamos

riesgos, ya que en general es mejor pasarse de atrevido que de prudente; además, uno siempre sentía en su interior algo que le instaba a hacerlo por el mero hecho de que entrañaba un riesgo, y no le hacía gracia desistir. Es muy fácil asustarse del miedo.

Permítame el lector darle un ejemplo: se trata de algo que debía de ocurrimos a muchos habitualmente. El cielo estaba más encapotado que nunca. No había luna ni estrellas, caía una nieve menuda y uno ni siquiera notaba en la cara una suave brisa que le permitiera orientarse. Bowers y yo decidimos sacar los ponis, y cuando llegamos a la bisagra, donde el hielo marino en movimiento se une al hielo fijo del continente, procuramos no alejarnos de los altos acantilados del glaciar Bar-ne. Como todo iba bien, echamos a andar por una pequeña grieta que había en medio de la bahía, donde estaba situada una estación meteorológica. No sin cierta dificultad conseguimos ver, gracias a la luz de una cerilla, la temperatura que marcaba el termómetro y luego emprendimos el camino de regreso. Al cabo de un cuarto de hora aproximadamente caímos en la cuenta de que nos habíamos perdido, pero un iceberg que conocíamos nos indicó que estábamos avanzando en ángulo recto con respecto a nuestro rumbo, por lo que logramos llegar sanos y salvos a la cabaña.

En los días fríos y despejados en los que la luna llena iluminaba los arrecifes, las grietas y los sastrugi, resultaba sumamente agradable ponerse los esquís e irse por ahí sin otro propósito que el de obtener un sano placer. Lo que uno puede hacer es rodear el farallón en que remata el cabo y seguir en dirección sur. Allí puede ir a visitar a Nelson, al que encontrará trabajando con sus termómetros, reómetros y demás instrumentos delante de un agujero circular, que abre todos los días rompiendo la «torta» de hielo recién formado. Está conectado con la cabaña por teléfono, y para protegerse del viento se ha construido alrededor un iglú con nieve y «tortas». Uno también puede cruzarse con Meares y Dimitri, que regresan con los tiros de perros de hacer una visita a la punta de la Cabaña. Un poco más allá reina un silencio absoluto. Pero de pronto el oído capta el roce metálico de unos bastones de esquí sobre el duro hielo; hay otra persona esquiando en las inmediaciones, aunque puede que se encuentre a millas de distancia pues el sonido se mueve aquí de una forma asombrosa. De vez en cuando se oye un estallido seco parecido al de un disparo; es la contracción del hielo de los glaciares del Erebus, que indica que están bajando las temperaturas. El vaho que le sale a uno por la boca forma hielo en la barba y una especie de escarcha blanca sobre la cara; si hace mucho frío, cabe la posibilidad de oír cómo cruje al congelarse en el aire.

Guardo estos días grabados en la memoria como los más placenteros del primer invierno. Los tan temidos (y entre nosotros tan despreciados) horrores de la larga noche invernal resultaban sumamente novedosos. Cuando el aire no aparecía lleno de nieve o de cristales de hielo, estaba limpísimo, y la luz de la luna se derramaba sobre el continente de manera tal que podíamos ver el contorno de la península de la Cabaña e incluso el farallón de Minna en la Barrera, a 90 millas de distancia. Los acantilados de hielo del Erebus semejaban enormes muros oscuros, pero sobre ellos brillaba como la plata el hielo azul de los glaciares, y el humo que salía perezosamente del cráter se alejaba describiendo una larga línea, indicándonos que allá arriba predominaban las brisas del norte, que amenazaban perturbaciones en el sur. A veces parecía que una estrella fugaz caía directamente en el interior de la montaña, y en el cielo fluctuaba la aurora presa de la inquietud.

Prácticamente todo el mundo reconocía la importancia de hacer abundante ejercicio al aire libre. La experiencia nos demostró que los miembros de la expedición que estuvieron más sanos y contentos durante aquel primer año fueron los que pasaron más tiempo en el exterior. Teníamos por norma andar, trabajar y esquiar solos, no creo que porque nos desagradara la presencia de nuestros compañeros, sino más bien por una inclinación general a pasar una pequeña parte del día sin la compañía de nadie. Esto es cierto al menos en el caso de los oficiales; en cuanto a los demás, no

podría asegurarlo. En aquellas circunstancias, el único momento del año en que un hombre podía estar a solas era cuando se iba de la base de invierno a pasear, ya que la cabaña estaba siempre ocupada, naturalmente, y cuando viajábamos con los trineos vivíamos día y noche como en una lata de sardinas.

Esta norma presentaba habitualmente una excepción. Todas las noches, salvo si soplaba una ventisca con todas las de la ley, Wilson y Bowers subían juntos la Rampa «para leer a Bertram». Esta frase resultará un tanto oscura a menos que de una explicación. Como ya he indicado antes, la Rampa era una cuesta escarpada y pedregosa cubierta en parte de nieve y en parte de hielo que separaba el cabo en el que vivíamos de las heladas faldas del Erebus. Tras la agotadora escalada de este muro de contención se llegaba a un terreno agreste salpicado de rocas, del cual surgían unos montículos de forma cónica cuyo origen nos desconcertó durante muchos meses. Por fin, recurriendo a un método tan lógico como el de hacer una sección en uno de ellos, resultó que en el centro tenían bloques sólidos de kenyaíta y que el conjunto se había formado como consecuencia de la erosión de una sola roca. Tras recorrer unos 100 metros por aquel terreno, caminata que en noches oscuras llevaba aparejados múltiples resbalones y caídas, aparecían los primeros indicios de glaciación. Un poco más adelante, aislado en la corriente de hielo, había otro grupo de conos de deyección. Sobre el más grande habíamos colocado la estación meteorológica B, a la que solíamos llamar Bertram. Tanto esta estación como la A (Algernon) y la C (Clarence), que se encontraban en las bahías Norte y Sur respectivamente, las había instalado Bowers, quien pensaba, y con razón, que constituirían un punto hacia el que podríamos dirigir nuestros pasos cuando saliéramos a pasear. Además, las lecturas de las temperaturas máxima, mínima y del momento serían útiles para el meteorólogo, pues podría compararlas con las registradas en la cabaña. Nada más cierto, ya que el cuaderno en que anotábamos estas lecturas muestra que la temperatura ambiente en el hielo marino es muy diferente de la del cabo, y que las temperaturas en las faldas del Erebus a una altura de varias decenas de metros son a menudo varios grados más altas que las registradas a nivel de mar. Soy de la opinión de que el tiempo en esta región del mundo posee un carácter muy local y de que las estaciones meteorológicas sirvieron para obtener datos muy útiles.

Wilson y Bowers subían a la Rampa incluso cuando nevaba con fuerza y había vendaval, de modo que todo lo que veían eran las rocas y los accidentes del terreno más cercanos. Nada impide caminar de esa manera por un lugar conocido, ni siquiera en los momentos en que resulta sumamente imprudente salir al hielo marino, donde no hay puntos de referencia fijos que le permitan a uno orientarse.

Wilson manifestaba en tales ocasiones una simpática presunción, pues, como le hacía sentir cierto orgullo no haber tenido todavía síntomas de congelación, llevaba el pasamontañas subido para que le quedara la cara descubierta. Imagínese el lector nuestro alborozo cuando una noche fría y ventosa entró en la cabaña con dos puntos blancos en las mejillas, tratando infructuosamente de tapárselos con sus guantes de piel de perro.

La comida de los ponis, que se les daba a las doce del mediodía, consistía en nieve para beber y forraje prensado para comer, acompañado de avena o tortas de linaza según el día; la ración se calculaba en función del esfuerzo que fueran capaces de realizar en aquel momento o del que esperábamos que pudieran llevar a cabo en el futuro. Nosotros comíamos poco después. Unos minutos antes se oía decir a Hooper: «La mesa, por favor, señor Debenham», y entonces había que quitar de ella todos los artículos de escritorio, mapas, instrumentos y libros. Los domingos se adornaba con un mantel de color azul marino, pero para el resto de comidas y ocasiones se tapaba con un hule blanco.

Para comer tomábamos un rico plato vegetariano consistente en un sinfín de pan y mantequilla con mermelada o queso, y té o cacao en abundancia. Ésta es sin duda una bebida sumamente práctica en regiones frías. En la cabaña tuvieron lugar furibundas controversias acerca de si era preferible el té o el cacao. Algunos preparábamos tostadas con mantequilla en la lumbre de la cocina; debo confesar que yo tenía debilidad por el queso fundido, y los días en que no tocaba mermelada algunos seguían mi ejemplo y hacían festines de los que, como yo, se sentían no poco orgullosos. Scott se sentaba a la cabecera de la mesa, es decir, en el extremo este, mientras que los demás cambiábamos caprichosamente de lugar de una comida a otra según quisiéramos o no dar conversación y de las sillas que estaban libres cuando llegábamos. Así pues, si uno se sentía locuaz, siempre podía encontrar en Debenham a alguien dispuesto a escucharle; si lo que le apetecía era escuchar, bastaba con que se sentara cerca de Taylor o Nelson; si, por el contrario, lo que buscaba era silencio, probablemente en compañía de Atkinson u Oates encontraría un ambiente afín.

Nunca faltaba conversación, sobre todo porque no contábamos con ella: casi todo el mundo ha vivido la terrible experiencia de quedarse de pronto en blanco al darse cuenta de que por el hecho de compartir la mesa con alguien ha de hablar además, tanto si tiene algo que decir como si no. Pero existía una razón más sencilla: nos encontrábamos en compañía de especialistas, cuyos viajes comprendían la mayor parte de las regiones de la Tierra y cuyos temas de conversación no sólo eran numerosos sino que ofrecían múltiples posibilidades de desarrollo. Añádase a esto que, por la naturaleza de nuestro trabajo, probablemente éramos personas de mentalidad inquisitiva y queríamos llegar al fondo de los problemas que se nos planteaban, por lo que cabía esperar que se entablaran, como de hecho ocurría, conversaciones sumamente interesantes en un ambiente agradable, aunque a veces degeneraban en ruidosas y acaloradas polémicas.

Una vez despachado el asunto de la comida, se encendían las pipas sin más ceremonias. Menciono las pipas únicamente porque aunque disponíamos de una gran provisión de tabaco, regalo del amable señor Wills, nuestra provisión de cigarrillos, que tenía el mismo origen, había sido restringida deliberadamente, por lo que sólo habíamos desembarcado una pequeña cantidad, a la que tenían derecho aquellos miembros de la expedición que así lo desearan. En consecuencia, los cigarrillos eran un artículo de cierto valor, y como nos encontrábamos en un lugar en que el dinero no lo tenía, a menudo utilizábamos para hacer apuestas. «Me apuesto diez cigarrillos» o «me apuesto una cena cuando volvamos a Londres» eran las frases más frecuentes de los jugadores aficionados a polemizar, aunque a veces, cuando el apostador estaba más seguro de lo que decía que de costumbre, ofrecía a cambio un par de calcetines.

A las dos ya habíamos vuelto a dispersarnos para acudir a nuestros diversos trabajos y quehaceres. Si el tiempo era soportable, pronto desaparecía de la cabaña todo el mundo excepto el cocinero y un par de marineros, que se quedaban a lavar los platos. Los demás salíamos a aprovechar al máximo cualquier rayo de luz que nos llegara todavía del sol, el cual permanecía oculto al norte, detrás del horizonte. Llegados a este punto quizá debería explicar que mientras en Inglaterra el sol sale más o menos por el este, se sitúa justo al sur a mediodía y se pone por el oeste, en las regiones antárticas su recorrido es muy diferente. En la latitud en que ahora vivíamos, el sol alcanza su punto más alto a mediodía en el norte y su punto más bajo a medianoche en el sur. Como ya se sabe, permanece totalmente a la vista sobre el horizonte durante cuatro meses en verano (de octubre a febrero) y desaparece por completo tras el horizonte durante cuatro meses en invierno (del 21 de abril al 21 de agosto). Sobre el 27 de febrero, fecha que marca el final del verano, empieza a subir y bajar a medianoche por el sur; al día siguiente inicia su descenso un poco antes y se pone un poco más, hasta que a mediados de abril desaparece por completo excepto a mediodía, en que asoma

brevemente por el norte, su último adiós antes de ponerse de forma definitiva.

A partir del 21 de agosto tiene lugar el proceso contrario. En dicha fecha el sol se asomaba un poco sobre el mar al norte de nuestra cabaña. Al día siguiente salía un poquito más y durante más tiempo, y al cabo de unas semanas salía entero por el este y se ocultaba detrás de las montañas Occidentales. Pero no se detenía allí. Pronto empezaba a salir por el sureste, hasta que durante los últimos días de septiembre no volvía a salir pues ya no se ponía, sino que daba vueltas día y noche alrededor de nosotros. En el solsticio de verano del polo Sur (es decir, el 21 de diciembre), el sol gira durante veinticuatro horas sin perder ni ganar ni un solo grado en su recorrido, mientras que los demás días siempre se eleva hasta mediodía por el norte y luego desciende por el sur hasta medianoche.

A menudo, demasiado a menudo, había ventisca, y era imposible salir a menos que fuera para ir al campamento a efectuar observaciones, cuidar de los perros, recoger hielo para el agua o traer provisiones. En tales circunstancias, incluso una corta excursión de pocos metros había que realizarla con gran prudencia, y desde luego todos evitábamos salir más de lo necesario, aunque sólo fuera para no vernos obligados a quitar de la puerta la nieve acumulada. Hubiera o no ventisca, la mayoría volvíamos a la cabaña poco después de las cuatro, y desde entonces hasta las seis y media nos dedicábamos a nuestros quehaceres de forma ininterrumpida. Cuando se acercaba la hora de cenar, un alma bondadosa se sentaba a tocar la pianola Broadwood, que para nosotros era como una bendición del cielo. De ahí que nos sentáramos a la mesa no sólo con gran apetito, sino también de buen humor.

La cena consistía fundamentalmente en una sopa, que con harta frecuencia sabía a tomate, un plato de foca, pingüino o, dos veces a la semana, cordero de Nueva Zelanda con verdura de lata; y de postre, pudin. Para beber tomábamos zumo de lima y agua, que a veces tenía un sospechoso gusto a pingüino, ya que las sacábamos de las cuestas heladas.

Durante el viaje a Nueva Zelanda en el barco (o como Meares siempre insistía en llamarlo, el vapor), teníamos la grata costumbre de tomar una copa de oporto o licor después de cenar. Lamentablemente, esto acabó en cuanto salimos del puerto: la escasez de espacio nos impedía llevar grandes cantidades de vino en el Terra Nova, pese a que los médicos de la expedición opinaban que en general su consumo no era desaconsejable. Teníamos, sin embargo, unas cuantas cajas para las ocasiones especiales, así como un coñac excelente que llevábamos como bálsamo cuando salíamos de viaje. El oficial que permitía el reparto de este artículo de lujo poco antes del final de un viaje cobraba una enorme popularidad.

Probablemente fuera la falta de vino lo que llevó a la suspensión de una costumbre que se había instaurado en el Terra Nova, a saber, el brindis del sábado por la noche («Por los amores y las esposas: que nuestros amores acaben siendo nuestras esposas y que nuestras esposas sigan siendo nuestros amores»), y el más apropiado, en nuestro caso, brindis del domingo («Por los amigos ausentes»). Sólo unos pocos oficiales estaban casados, aunque he de decir que la mayoría de los supervivientes de la expedición se apresuraron a poner remedio a su soltería en cuanto regresaron al mundo civilizado. Únicamente dos de ellos siguen solteros. Es probable que les vaya bien a casi todos, dado que el buen explorador de los polos tiene la mayoría de los defectos y las virtudes del buen marido.

Encima de la pianola, cerca de la cabecera de la mesa, se encontraba el gramófono; y debajo de uno de los espejos que teníamos, que colgaba del mamparo del cuarto de Scott, había una caja de fabricación casera con baldas en la que guardábamos nuestros discos. Lo habitual era poner el gramófono después de cenar; cabe imaginar el valor que esto poseía para nosotros. Es preciso estar

aislado de la civilización y de todo lo que ésta significa para comprender cabalmente el poder que la música tiene para evocar el pasado, o el hondo significado que alberga para aliviar el presente y dar esperanza para el futuro. También teníamos discos de buena música clásica, y el alma bondadosa que los ponía era recompensada por el grato ambiente hogareño que se extendía por la cabaña. Después de recoger la mesa, algunos se sentaban a leer o jugar. Otros iban a hacer tareas diversas. En lo que a los juegos se refiere, llamaba la atención que, sin motivo aparente, algunos pasaran de moda y dieran paso a otros distintos. Durante unas semanas privaba por ejemplo el ajedrez, que luego daba paso a las damas y el backgammon para después volver a ganar aceptación. Curiosamente, a pesar de que habíamos traído una baraja, nadie parecía tener ganas de jugar con ella. De hecho, no recuerdo haber visto a nadie echar una partida de naipes, salvo durante el viaje de ida.

En cuanto a los libros, estábamos relativamente bien surtidos de narrativa moderna, y muy bien abastecidos de autores como Thacke-ray, Charlotte Brónte, Bulwer-Lytton y Dickens. Con todo el respeto hacia los amables donantes de estos libros, diré que la literatura que más éxito tuvo en el lugar donde realizamos la mayor parte de nuestras lecturas, es decir, en la base de invierno, fue la de los mejores novelistas contemporáneos: Barrie, Kipling, Merriman y Maurice Hewlett. Está claro que deberíamos haber llevado el mayor número posible de obras de Shaw, Barker, Ibsen y Wells, pues los encadenamientos de ideas y las discusiones que habrían inspirado hubieran sido para nosotros una bendición del cielo dada la situación de aislamiento en que nos encontrabamos. El género de libros que más abundaba era el de viajes por el Ártico y por la Antártida. Disponíamos de una biblioteca muy completa, donación de sir Lewis Beaumont y sir Albert Markham. Eran extremadamente populares, aunque quizá sea cierto que uno prefiere leer esta clase de libros al volver, y no cuando lleva una vida parecida a la que describen. Se usaban mucho en discusiones y charlas sobre temas relacionados con el polo, como la ropa, las raciones de comida y la construcción de iglús, y se consultaban continuamente para averiguar datos concretos o cuando se necesitaba un consejo útil acerca de, por ejemplo, el uso del forro de nuestras tiendas o el mecanismo de un hogar de grasa.

Ya he hablado de la importancia de los mapas y los libros de consulta, entre los que deben figurar buenas enciclopedias y diccionarios de inglés, latín y griego. Oates solía quedarse absorto en la lectura de la Historia de la guerra de la independencia española, de Napier, y algunos depositábamos una gran confianza en la Historia de la Inglaterra moderna, de Herbert Paul. Cuando salíamos de viaje, casi todos nos las arreglábamos para meter entre nuestros efectos personales algún libro que no pesara mucho y que, en cambio, diera mucho de sí. Scott tenía uno de Browning para el viaje al polo, aunque sólo le vi leerlo en una ocasión; Wilson se llevó Maud e In Memoriam, de Tennyson; Bowers siempre tenía tantos pesos y observaciones que anotar al volver al campamento que dudo que llevara lectura alguna. Casa desolada fue el libro que más satisfacciones me dio de los que me llevé de viaje, aunque los volúmenes de poesía también venían bien, ya que ofrecían la posibilidad de aprender algo de memoria que luego podía repetir en las horas muertas de la marcha diaria, durante las cuales una mente ociosa es demasiado proclive a pensar en comida si se tiene hambre o en agravios puramente imaginarios que uno puede distorsionar y convertir en auténticos motivos de discordia si está sometido a la anormal tensión que acarrea vivir durante meses acompañado en todo momento por otros tres hombres. Si los acompañantes tienen gustos muy parecidos a los de uno, lo mejor es organizar las cargas colectivamente y escoger un libro que dé amplio pábulo a la reflexión y el debate. Scott y Wilson bendijeron el momento en que se les ocurrió elegir El origen de las especies, de Darwin, para el primer viaje al sur. Éste es el propósito de las lecturas de viaje, aunque muchas veces lo que uno desea es un libro que pueda leer durante media

hora antes de quedarse dormido en la base de invierno, un libro que le hable de esas frivolas trivialidades de la moderna vida social que probablemente ni conozca ni desee conocer, pero sobre las que a menudo es agradable leer, en especial cuando sus encantos son tan remotos que acaban resultando verdaderamente tentadores.

Scott, que siempre me asombraba con la cantidad de trabajo que era capaz de despachar sin realizar en apariencia ningún esfuerzo, era en esencia el alma máter de la expedición: en la cabaña lo organizaba todo con discreción, llevaba a cabo infinidad de cálculos, prestaba gran interés a la labor científica que se realizaba en la base y podía escribir como quien no quiere la cosa un elaborado trabajo de investigación sobre un abstruso problema de la región. Gustaba de fumar en pipa y de leer buenos libros de Browning, Hardy (Tess era uno de sus favoritos) o Galsworthy. Barrie era uno de sus mejores amigos.

Aceptaba sugerencias con entusiasmo si eran viables, y no tenía ningún reparo en analizar las teorías más inverosímiles si se podían desarrollar de manera que sirvieran para el fin deseado. Tenía una mente ágil y moderna que utilizaba concienzudamente para resolver cualquier problema práctico o teórico. Poseía una personalidad atractiva y gustos acendrados, y destacaba ganándose la amistad de sus subordinados con unas palabras de comprensión y elogio. Jamás he conocido a nadie, hombre o mujer, que pudiera resultar más atractivo cuando lo deseaba.

No sé de nadie capaz de llevar con un trineo el paso que él marcaba. Los expedicionarios no lograban hacerse una idea de cómo era hasta que viajaban con él. Cuando subimos el glaciar Beardmore, fuimos a toda marcha durante 17 de las 24 horas que duró el viaje, y cuando nos levantábamos por la mañana nos sentíamos como si acabáramos de acostarnos. A la hora de comer creíamos que sería imposible hacer el mismo esfuerzo que por la mañana. La taza de té y las dos galletas que tomábamos obraban milagros, y las primeras dos horas de marcha de la tarde fueron bastante buenas, tanto es así que recorrimos el trecho más largo de la jornada. Pero al cabo de cuatro o cinco horas empezamos a fijarnos en él para ver si miraba a izquierda y derecha, señal de que estaba buscando un buen lugar para acampar. «¡Alto! -solía gritar, y entonces preguntaba a Oates-: ¿Qué hora tenemos?» Nosotros esperábamos que Titus respondiera, por ejemplo, que eran las siete de la tarde. «Ah, bueno, en tal caso podemos continuar un poco más -decía Scott-. ¡Adelante!» Y entonces teníamos que esperar una hora o más para detenernos e instalar el campamento. A veces las ventiscas constituían un consuelo. Pero Scott no sabía esperar. Por mucho que agradecieran la ventisca nuestros fatigados cuerpos (hablo sólo de los viajes de verano), a él le parecía intolerable cualquier retraso. No es fácil de comprender lo arduo que puede ser para una persona que ocupa un puesto de responsabilidad tener que esperar. Nosotros teníamos la sencilla obligación de obedecerle, levantarnos cuando nos despertaban, tirar de trineo con todas nuestras fuerzas y hacer nuestro trabajo con la mayor meticulosidad y rapidez posibles. Scott, en cambio, tenía que calcular las distancias, los pesos y las raciones de comida, y además realizar el mismo esfuerzo físico que nosotros. En pocas actividades, por no decir en ninguna, la combinación de responsabilidad y el esfuerzo físico es tan extrema como en los viajes polares.

Tenía un carácter complejo, lleno de luces y sombras.

Inglaterra conoce a Scott como héroe, pero del hombre apenas sabe nada. Desde luego, era la persona que más llamaba la atención en nuestra comunidad, que ya era bastante interesante de por sí. Es más, no cabe duda de que su presencia se haría notar en cualquier grupo de seres humanos. Pero pocos de quienes le conocían se daban cuenta de lo tímido y reservado que era, lo cual contribuyó a que se expusiera con harta frecuencia a que le malinterpretaran.

Si a esto se añade que era sensible como una mujer y que su susceptibilidad podía llegar a

resultar desmedida, se comprenderá que para un hombre de tales características ser jefe podía equivaler a un suplicio, y que la confianza tan necesaria entre un jefe y sus subordinados, que ha de basarse por necesidad en la fe y el conocimiento recíprocos, se volviera en sí misma más difícil. Era preciso ser una persona comprensiva para darse cuenta rápidamente de cómo era Scott; los demás llegaron a conocerle gracias a la experiencia.

No era un hombre muy fuerte físicamente; de niño fue debilucho, y llegaron a temer por su vida. Pero estaba bien proporcionado, era ancho de espaldas y recio de pecho, más fuerte que Wilson y menos que Bowers o el marinero Evans. Padecía indigestiones, y en la cima del glaciar Beardmore me dijo que durante la primera parte del ascenso había pensado que no conseguiría llegar.

Era de temperamento débil, y fácilmente podría haber sido un autócrata irritable. En realidad sufría cambios de humor y depresiones que podían durarle semanas, de las cuales hay abundantes testimonios en su diario. Las personas nerviosas acaban las cosas que empiezan, pero a veces lo pasan fatal mientras las hacen. Scott lloraba con más facilidad que ningún hombre de los que he conocido.

Lo que le salvaba era el carácter: estaba hecho de una fibra excelente que recorría su débil persona por dentro y por fuera y le permitía mantenerse entero. Sería estúpido decir que poseía todas las virtudes: tenía poco sentido del humor, por ejemplo, y no sabía juzgar a los hombres; pero basta con leer una sola de las páginas que escribió durante sus últimos días para percibir su sentido de la justicia. Para él la justicia era Dios. En realidad, creo que el lector hará bien en leer todas esas páginas; y si ya las ha leído en una ocasión, es probable que vuelva a leerlas. No le hará falta mucha imaginación para comprobar qué clase de hombre era.

A pesar de las enormes depresiones que le atenazaban, se daba en él la combinación más impresionante de fortaleza de ánimo y fuerza física que yo haya conocido nunca. ¡Y ello se debía precisamente a lo débil que era! Aunque por naturaleza fuera picajoso, irritable, nervioso, taciturno y propenso al abatimiento, en la práctica tenía tanto afán de superación como vitalidad, empuje y determinación, y además poseía encanto y magnetismo personal. Era por naturaleza un hombre holgazán; él mismo ha dejado constancia de ello. Fue pobre en su día, y le aterraba dejar en apuros a quienes dependían de él. El lector encontrará abundantes pruebas de todo esto en sus últimas cartas y comunicados.

Scott pasará a la historia como el inglés que conquistó el polo sur y que murió de la forma más honorable que pueda imaginar. Cosechó muchos triunfos, pero no cabe duda de que el más importante de todos fue el conseguir vencer su debilidad y convertirse en un jefe fuerte al que empezamos obedeciendo y acabamos queriendo.

Aquel año Scott tenía a sus órdenes en el equipo principal a un total de quince oficiales y nueve expedicionarios. A los oficiales cabría dividirlos en tres comandantes y doce científicos, aunque la distinción no es muy exacta, puesto que Wilson era científico y tenía tanta autoridad como cualquiera, y los comandantes también llevaban a cabo muchas labores científicas. Trataré aquí de dar al lector una breve idea de la personalidad y las actividades de estos hombres explicando el trabajo que un día normal realizaban en la cabaña. Téngase en cuenta que no todos los miembros de la expedición estaban allí para realizar viajes. Algunos habían sido elegidos por sus conocimientos científicos y no por su capacidad, física o del tipo que fuera, para arrastrar un trineo. Los oficiales que solíamos viajar con trineos éramos Scott, Wilson, Evans, Bowers, Oates (encargado de los ponis), Meares (encargado de los perros), Atkinson (médico), Wright (físico), Taylor (fisiógrafo), Debenham (geólogo), Gran y yo; Day iba a conducir los trineos de motor durante el viaje al polo hasta donde

aguantaran. Luego estaban Simpson, que era meteorólogo y cuyas observaciones tenían que ser continuas por necesidad; Nelson, que se encargaba de todas las observaciones relacionadas con la biología marina, la temperatura del mar, la salinidad, las corrientes y las mareas; y Ponting, que se ocupaba de la fotografía, y cuyos logros en este arte han sido reconocidos por todo el mundo.

Por muy bien que hable de Wilson, tanto sus numerosos amigos de Inglaterra como las personas que trabajaron a sus servicios en el barco y en la cabaña y la mayoría de las que tuvieron la suerte de viajar con él (ya que no hay prueba más difícil que la de viajar con un trineo por el polo) se sentirán insatisfechos, pues sé que no puedo hacer honor a su valía. Todo el mundo le cobraba simpatía sin poderlo evitar. Bill era la sal de la tierra. SÍ me preguntaran cuál era la virtud que le convertía en una persona tan útil y adorable, yo diría que la de no pensar nunca en sí mismo. En este sentido, Bowers, de quien hablaré enseguida, también era extraordinario, y de paso diré que esta característica es sumamente necesaria para ser un buen explorador de la Antártida. Entre los oficiales y expedicionarios había muchos hombres así, y el éxito de la expedición se debió en gran medida al desprendimiento y la generosidad con que en general las preferencias, los deseos y los gustos se subordinaron al bien común. La conducta de Wilson y Pennell fue un ejemplo de cómo había que anteponer la expedición a todo lo demás, y el resto lo seguimos de buen grado. Fue este ejemplo lo que nos permitió salir de más de una dificultad que hubiera podido dar lugar a roces entre nosotros.

Wilson era un hombre polifacético. No sólo era la mano derecha de Scott y el jefe del equipo científico de la expedición, sino también médico del hospital de San Jorge y zoólogo especializado en vertebrados. Sus estudios sobre ballenas, pingüinos y focas contenidos en el Informe científico de la expedición del Discovery siguen siendo los mejores que se pueden obtener al respecto y constituyen una lectura excelente incluso para los profanos en la materia. Durante el viaje de ida en el Terra Nova estaba todavía escribiendo su trabajo para la comisión investigadora sobre la enfermedad del urogallo, aunque no viviría para verlo publicado. Pero quienes mejor lo conocían es probable que recuerden a Wilson por sus acuarelas más que por cualquier otra de sus múltiples facetas.

De chico, su padre lo mandaba a hacer excursiones con la única condición de que regresara con cierto número de dibujos. Ya he hablado de los esbozos que hacía cuando salíamos de viaje o no disponía del material para pintar, como en la punta de la Cabaña, por ejemplo. A la base de invierno volvió con un cuaderno repleto de estudios y dibujos de colores de las puestas de sol en las montañas Occidentales, las luces que se reflejaban en el mar helado y los invernaderos del cinturón de hielo, las nubes de vapor que salían del Erebus durante el día y la aurora austral que se veía por la noche. Al lado de donde estaba Scott se armó una mesa con dos cajas vueltas del revés, encima de las cuales colocó un tablero de dibujo de aproximadamente medio metro cuadrado. En esa mesa se ponía a trabajar de forma sistemática para pintar los efectos que había visto y apuntado. Pintaba con el papel húmedo, por lo que se veía obligado a trabajar con rapidez. Admiraba a Ruskin, y su deseo era pintar lo que veía de la forma más realista posible. Si no lograba plasmar el efecto que buscaba, rompía la pintura por hermoso que fuera el resultado obtenido. La fidelidad de sus coloraciones está fuera de toda duda: las pinturas recordaban, y siguen haciéndolo, con lujo de detalles los efectos que vimos juntos. En cuanto a la minuciosidad de sus dibujos, bastará con que cite lo que Scott escribió acerca del viaje al sur que hicieron durante la expedición del Discovery:

Wilson es una persona verdaderamente infatigable. Cuando acabamos nuestras agotadoras jornadas, si hace buen día y el cielo está despejado, se pasa dos o tres horas sentado delante de la puerta de la tienda, dibujando todos y cada uno de los detalles de la espléndida costa montañosa que

se extiende al oeste. Sus dibujos son de una minuciosidad asombrosa; he comprobado las proporciones mediante mediciones angulares, y sin duda son correctas.

Aparte de los dibujos de los accidentes geográficos, los bancos de hielo, los icebergs y la Barrera, cuyo fin principal era de índole científica y geográfica, Wilson nos ha dejado varias pinturas de fenómenos atmosféricos que no sólo son científicamente exactos sino que poseen una enorme belleza. Entre ellas cabe destacar sus representaciones de auroras, parhelios, paraselenes, halos lunares, arcos iris en bancos de niebla, nubes iridiscentes, imágenes refractadas de montañas y espejismos en general. Si uno se fija en un parhelio pintado por Wilson, puede tener la seguridad no sólo de que los falsos soles, anillos y rayos son idénticos a los que aparecieron en el cielo, sino también de que el número de grados que hay, por ejemplo, entre el sol y el anillo exterior de luz es proporcional al que hubo en realidad. Al contemplar sus pinturas, uno también puede tener la certeza de que si aparece un cirro lo que había en el cielo era un cirro y no un cúmulo, y si no aparece nada, entonces es que el cielo estaba despejado. Es esta minuciosidad la que confiere a su trabajo un valor excepcional desde un punto de vista científico. También hay que mencionar las pinturas y los dibujos que hacía Wilson siempre que uno de los especialistas de la expedición deseaba una imagen en color de uno de sus especímenes; a este respecto las pinturas de los peces y los diversos parásitos resultan sumamente valiosos.

No estoy especialmente capacitado para juzgar la obra de Wilson desde el punto de vista artístico, pero si lo que se desea es precisión en el dibujo, fidelidad en el color y la reproducción de los suaves y delicados efectos atmosféricos que se dan en esta región del mundo, no hace falta acudir a otra parte. Se diga lo que se diga acerca de la pintura en sentido estricto, es innegable que un artista de estas características posee un valor inestimable para una expedición que vaya a realizar investigaciones científicas y geográficas en una región del mundo poco conocida.

Wilson valoraba poco su capacidad artística. Solíamos hablar de lo que Turner habría hecho en una región como aquélla, en la que los efectos de color son tan hermosos. Si le animábamos a que intentara pintar un efecto concreto y él consideraba que carecía de las facultades para hacerlo, no tenía reparo en negarse. Sus colores eran claros, su pincelada limpia, y el tema de los viajes con trineo lo trataba con el rigor de un profesional que sabía todo lo que había que saber sobre la materia.

Scott y Wilson trabajaban codo con codo para fomentar los trabajos científicos de la expedición. Y es que Scott, aunque no era especialista en ninguna rama, sentía auténtica afición por la ciencia. «La ciencia, sólido cimiento de todo esfuerzo», escribió; y ya hablara con Wright de problemas relacionados con el hielo, de meteorología con Simpson o de geología con Taylor, siempre mostraba no sólo una actitud receptiva y ganas de aprender, sino también unos conocimientos que se traducían rápidamente en sugerencias útiles. Recuerdo que Pennell condenaba todo lo que no fuera saber científico a la hora de abordar los problemas que se nos planteaban. «Nada de conjeturas», era el argumento que esgrimía. Sin embargo, hacía clarísimamente una excepción con Scott, quien tenía el asombroso don de dar con las soluciones. En su diario podemos leer una y otra vez testimonios del interés que concedía a las ciencias puras y aplicadas. En este sentido, dudo que ninguna de las expediciones que ha viajado por las regiones australes o septentrionales haya tenido tanta suerte con su jefe.

El mérito que le corresponde a Wilson en los resultados científicos es obvio, puesto que era el director del trabajo de investigación. Pero ningún informe publicado puede dar una idea cabal de la aptitud que mostró para coordinar los diversos intereses que concurrían en nuestra variada comunidad, ni del tacto que desplegó al intentar resolver las dificultades que surgieron. Por encima

de todo tenía un criterio excelente, y tanto Scott como los demás recurríamos a él en muchísimas ocasiones. En una región donde una decisión equivocada puede acarrear un desastre y la pérdida de vidas, el criterio tiene un valor inapreciable. Buenos ejemplos de esto son las predicciones meteorológicas cuando los cambios de tiempo son sumamente repentinos; y también las decisiones relacionadas con el estado del hielo, la dirección que hay que seguir en un terreno difícil cuando se viaja con trineos, la mejor manera de avanzar por una zona de grietas cuando no queda otro remedio que atravesarla y todas las ideas que contribuyan a combinar el máximo de resultados con el mínimo de riesgos en una región en que la naturaleza constituye a veces un enemigo tan fenomenal que no cabe plantarle cara. Todo esto requiere criterio y, a ser posible, experiencia; Wilson podía ofrecer ambas cosas, pues su experiencia era tan amplia como la de Scott. Fueron muchas las veces en que vi a éste cambiar de parecer tras mantener una conversación con él. Por lo demás, cito a continuación unos fragmentos del diario de Scott:

Ha intervenido en casi todas las charlas que se han dado, y se le ha consultado sobre casi todas las propuestas que se han hecho para solucionar problemas prácticos o teóricos en el polo.

Nunca sé qué decir cuando hablo de Bill Wilson. Creo que es la persona más extraordinaria que he conocido en mi vida: cuanto más estrecha es la relación que uno tiene con él, más motivos encuentra de admiración. No posee ni una sola cualidad que no sea sólida o no inspire confianza. No se puede uno imaginar lo que eso cuenta aquí. Ocurra lo que ocurra, uno sabe que Bill reaccionará con responsabilidad, astucia, sentido práctico, lealtad absoluta y total desprendimiento. Añádase a esto un conocimiento del ser humano y las cosas más amplio de lo que puede parecer a primera vista, una discreta vena humorística y un consumado tacto, y uno podrá hacerse una idea de sus virtudes. Creo que es la persona más popular del grupo, lo que no es poco.

Al final, cuando estaba a punto de morir, Scott escribió a la señora Wilson las siguientes líneas:

No puedo brindarle otro consuelo que el de decirle que ha muerto como vivió: como un valiente, un hombre a carta cabal, un excelente compañero y un amigo fiel.

Scott fue un muchacho débil físicamente, pero acabó siendo un hombre fuerte, de un metro setenta y cinco de estatura, setenta y dos kilos y medio de peso y casi un metro de perímetro torácico. Wilson no era un hombre especialmente fuerte. Cuando zarpó en el Discovery acababa de recuperarse de la tuberculosis, y aun así acompañó a Scott hasta el punto más austral que alcanzó, y ayudó a Shackleton a regresar vivo. Shackleton les debía la vida a los dos. Wilson, de constitución más esbelta y atlética y gran andarín, medía un metro setenta y ocho de estatura, pesaba casi setenta kilos y su perímetro torácico era de noventa y dos centímetros. Tengo la teoría de que no es la fuerza física sino la fuerza de voluntad la que permite a un hombre llegar más lejos allí donde la mente y el cuerpo son sometidas a pruebas extremas. A mi modo de ver, esto se puede demostrar de diversas maneras, aunque el doctor era un ejemplo perfecto de ello. Scott tenía cuarenta y tres años cuando murió; Wilson treinta y nueve.

Bowers era de una constitución muy diferente. Tenía veintiocho años de edad, medía sólo un metro sesenta dos de estatura y más de un metro de perímetro torácico (incluyo esta medida sobre todo para dar una idea general de su físico) y pesaba setenta y seis kilos. Sir Clements Markham se lo recomendó a Scott después de cenar con el capitán Wil-son-Barker en el Worcester, barco en que Bowers estaba recibiendo su instrucción. Acababa de volver de la India, y de pronto surgió el tema de la Antártida. Wilson-Barker se dirigió a sir Clemens y, refiriéndose a Bowers, dijo: «Aquí tiene a

un hombre que algún día dirigirá una de esas expediciones.»

Tuvo una vida difícil tras pasar del Worcester a la Marina Mercante, y dio la vuelta al mundo en cinco ocasiones a bordo del Loch Torridon. De allí pasó a la Marina Real de la India, estuvo al mando de una cañonera en el río írawadí y sirvió en el navío de guerra británico Fox, en el que adquirió gran experiencia, impidiendo el tráfico de armas de los afganos en el golfo Pérsico.

Luego se incorporó a nuestra expedición.

Resulta cuando menos curioso, y quizá también significativo, que Bowers, quien resistía el frío mejor que cualquiera de los miembros de la expedición, se incorporara a ésta nada más volver de una de las regiones más calurosas del planeta. No poseo los conocimientos suficientes para afirmarlo, pero creo que se podría establecer una relación de causa y efecto entre uno y otro hechos, máxime si se tiene en cuenta que lo más común es que se produzca el caso contrario, es decir, que a las personas recién llegadas de la India les parezca duro el invierno inglés. Dejo constancia de este hecho por si tuviera algún interés, y sólo añadiré que el frío del invierno inglés es por lo general húmedo, mientras que el de la Antártida es seco, al menos en lo que a la atmósfera se refiere. Bowers manifestaba siempre una indiferencia absoluta no sólo hacia el frío, sino también hacia el calor, indiferencia que no era la del poseur, como se verá cuando se describan muchas de las experiencias que vivió.

Además, Bowers era por naturaleza una persona que se negaba a aceptar las dificultades. Es más, aunque no llegaba al extremo de acogerlas con agrado, reaccionaba ante ellas con desdén, y al desdeñarlas lograba vencerlas en gran medida. Si Scott creía que las dificultades estaban para superarlas, Bowers creía que era él quien debía hacerlo. La confianza que tenía en sí mismo se basaba en un sentimiento religioso profundo y tolerante que resultaba sumamente convincente. Los marineros tenían una fe ciega en él, tanto a bordo como en tierra. «No es nada malo», decían al juzgar sus dotes como navegante, que eran admirables. «Me gusta estar con Birdie, porque siempre sé dónde estoy», fue el comentario que me hizo un oficial una noche mientras montábamos la tienda. Acabábamos de pasar un rato buscando un depósito que un hombre menos capaz seguramente no habría acertado a ver.

Como fue uno de los dos o tres mejores amigos que he tenido en la vida, me resulta difícil dar al lector una imagen de Birdie Bowers que no resulte extravagante. Había ocasiones en que su optimismo se antojaba forzado y mecánico, aunque no creo que en el fondo fuera así. A veces casi llegaba a odiarle por su condenada jovialidad. A quienes estén acostumbrados a juzgar a las personas con los criterios imperantes en sus encohetados y modernos salones, Bowers les parecería tosco. «A ese hombre no se le podría matar ni aunque se le diese con un hacha», fue el comentario que me hizo un neozelandés durante un baile en Christchurch. Es posible que esta clase de hombres carezca de peso en la vida convencional; pero si estuviera sobre un bandejón nevado en la cresta de una negra ola, en un barco en facha, con un grupo de exploradores tan cansados que ya no pudiesen tirar de los trineos o con uno que acabara de tirar la cena al suelo de la tienda (lo cual viene a ser lo mismo), llamaría a Bowers para que me pusiera a salvo y me diera de comer.

Los hombres que son queridos por los dioses mueren jóvenes. Si es un gesto de benevolencia mostrar a tus favoritos una senda despejada, recta y brillante en la vida, con numerosas adversidades y no poco dolor, pero con escasas dudas y ningún temor, entonces los dioses querían a Bowers. Browning podría estar pensando en él cuando escribió los siguientes versos:

Uno que nunca volvió la espalda y que marchó con el pecho por delante;

nunca dudó que las nubes fueran a disiparse;

nunca soñó, aunque el bien fuera derrotado, que el mal triunfar lograse;

sujetos, caemos y nos levantamos; luchamos mejor tras ser burlados; dormimos para despertarnos.

Se trataba de un hombre sin recovecos, sencillo y transparente, franco y desprendido. Su capacidad para el trabajo era prodigiosa, y cuando casualmente sus tareas le llevaban menos tiempo del que disponía, tenía por costumbre mantenerse ocupado prestando servicios a científicos o entrenando animales. Así pues, solía ayudar a lanzar globos provistos de instrumentos registradores automáticos y a buscar las huellas que conducían a éstos cuando se soltaban. Fue él quien se encargó de instalar las tres estaciones meteorológicas, pese a lo lejos que había que llevarlas, y fue más a menudo que nadie a ver cuánto marcaban. A veces cuidaba de los perros porque en aquel momento daba la casualidad de que la persona encargada no podía, y cobró un gran cariño a uno de nuestros esquimales más fuertes, Kristavitza, nombre que en ruso significa «el más hermoso», según creo. Este cariño surgió porque Kris, era el más agresivo de nuestros salvajes diablillos, recibía numerosos y merecidos castigos, y Bowers no podía dejar de ayudar a ningún ser vivo en apuros, fuera un ser humano o un perro. Como era el hombre más pequeño de la expedición, se las ingenió para que le asignaran el poni más grande tanto para el viaje del depósito como para el del polo. Cuando lo logró, tuvo que hacer experimentos para entrenarlos, ya que sus conocimientos sobre caballos eran tan escasos como intenso su amor por los animales. Empezó a entrenar a su segundo poni (pues el primero lo perdió en los bandejones) montándolo. «No tardaré en acostumbrarme a él», dijo un día después de que Víctor lo depositara en la bisagra. «Y él a mí, por supuesto», añadió bajando la voz.

Era un trabajo al aire libre, y por lo tanto más de su gusto que el que había que hacer dentro de la cabaña. Sin embargo, su labor más importante la realizaba en el interior, y ponía en ella tanto entusiasmo y energía que no le quedaba tiempo libre para la lectura o el reposo.

Se incorporó a la expedición en Londres como oficial de a bordo. Le hicieron responsable de los aprovisionamientos, y la manera en que distribuyó los pesos en el barco despertó incluso la admiración de los estibadores, sobre todo una mañana en que se cayó de la escotilla principal al arrabio de abajo, recuperó el conocimiento al cabo de medio minuto y siguió trabajando durante el resto del día como si nada hubiera pasado.

Durante el viaje de ida se hizo evidente que sus conocimientos sobre las provisiones y su capacidad de trabajo tendrían una gran importancia para el grupo de tierra, por lo que se decidió que

formara parte de él, lo cual le llenó de alegría. Se encargaba personalmente de todos los víveres, tanto para la base como para los viajes; de todos los aprovisionamientos de los trineos y la distribución y carga de los pesos; del consumo de carbón; del tema de la ropa; del pañol de cabos y de los materiales de carpintería. Por cierto que el encargado de las provisiones tenía que conocer bien el contenido exacto de las cajas de embalaje, pues si estaban colocadas en el exterior de la cabaña no tardaban en quedar sepultadas bajo la nieve.

Cuando con el paso del tiempo quedó demostrada su valía, el capitán empezó a dejar cada vez más cosas en sus manos. Scott estaba al mando de un grupo de hombres, y como tal tenía la virtud de delegar tareas en aquellos que demostraban estar capacitados para asumir la responsabilidad. No cabe duda de que Bowers liberó a Scott de una gran cantidad de trabajo, lo cual le permitió disponer de un tiempo para interesarse por la labor científica de la base (algo muy beneficioso para ésta) y escribir gran número de provechosas cuartillas. Durante aquel invierno, Bowers ayudó a Scott fundamentalmente en dos cosas: por un lado en la elaboración de los planes y el cálculo de los pesos para el viaje al sur, de los que se hablará más adelante, y por otro en el funcionamiento habitual de la base, del que era el principal responsable. Ésta marchaba tan bien que soy incapaz de decirle al lector cómo se distribuían las provisiones, cómo se decidía qué íbamos a cenar o qué norma se seguía para organizar los grupos que se ocupaban de recoger el hielo para el agua y de realizar otras tareas análogas en el campamento. Las cosas sucedían sin más, y no sabría explicar cómo. Lo único que sé es que Bowers ocupaba en la cabaña la litera que estaba encima de la mía y que cuando yo me acostaba él solía estar de pie sobre una silla, utilizando su cama a guisa de escritorio, confeccionando probablemente las numerosas listas de provisiones y pesos que ahora tengo en mis manos. Sea como fuere, el caso es que el trabajo acababa haciéndose, y el hecho de que no supiéramos nada al respecto es buena prueba de la eficiencia con que lo llevaba a cabo.

Para él no existían las dificultades, así de sencillo. Nunca he conocido espíritu más viril y optimista. En los escritos de Scott abundan las referencias a la extraordinaria importancia que concedía a su ayuda, y tras las duras experiencias que vivió durante el viaje del depósito y el de invierno, estaba claro que formaría parte de la expedición al polo, como de hecho acabó ocurriendo. Ningún miembro de dicho grupo se merecía más ese puesto. «Creo que es el expedicionario más avezado que ha emprendido nunca un viaje al polo, así como el más imperturbable.»

El listón está alto.

Bowers dio dos de las mejores charlas. La primera fue sobre la evolución de la comida para los viajes con trineo, en la que terminó hablando de los víveres de nuestro viaje del depósito y haciendo sugerencias elaboradas científicamente a los miembros de la expedición al polo. Sus argumentos eran lo bastante sensatos como para desbaratar cualquier oposición e incluso convencer a un científico de los que habían ido a escucharle con la idea de que un hombre sin preparación no podía hablar de un tema tan complejo. La segunda charla, que giró en torno a la evolución de las prendas de vestir en el polo, también fue fruto de un gran trabajo. La conclusión general a la que llegó (téngase en cuenta que la charla se organizó después del viaje de invierno) fue que no se podía mejorar sustancialmente la ropa y el equipo que llevábamos en ningún aspecto, si bien no hay que olvidar que, excepto en las manos y los pies, la expedición no llevaba pieles sino prendas a prueba de viento. Cuando se viaja arrastrando trineos, estoy convencido de que las prendas a prueba de viento son inmejorables, aunque me figuro que para llevar tiros de perros con temperaturas bajas serán preferibles las pieles.

Después de cenar limpiábamos la mesa y tres veces por semana nos sentábamos en torno a ella para las charlas. No eran obligatorias, y los marineros asistían sólo a las que les interesaban especialmente, como aquella en que Meares relató con gran viveza sus andaduras por la zona

fronteriza oriental del Tíbet, es decir, la China. Esta región está ocupada por las «dieciocho tribus», que son los habitantes originales del Tíbet a los que han expulsado los actuales habitantes; Meares nos habló sobre todo de los lolos, que mataron a su compañero Brook tras persuadirle de que eran gente amistosa y deseaban prestarle ayuda.

No disponía de fotografías, y los mapas que tenía eran muy toscos, pese a lo cual nos ha tenido cautivados durante casi dos horas con sus interesantes aventuras. Meares lleva en la sangre el espíritu del trotamundos: sólo es feliz en las regiones salvajes de la Tierra. Nunca he conocido a un individuo tan aventurero como él. Ya está pensando en marcharse él solo a la punta de la Cabaña, cansado como está de nuestro escaso grado de civilización.

En opinión de la mayoría, tres charlas por semana era un número excesivo. Durante el segundo invierno, en el que nuestro grupo era muy reducido, se organizaron dos por semana, lo cual estoy seguro de que supuso una mejora. Sin embargo, ningún oficial ni marinero se hubiera cansado nunca de las charlas de Ponting, que, merced a sus inimitables diapositivas nos permitía asomarnos a múltiples regiones del mundo, de tal suerte que de vez en cuando vivíamos durante un rato en Birmania, India o Japón, en paisajes de árboles, flores y encantos femeninos que constituían la mismísima antítesis de la situación en la que nos encontrábamos en aquel momento, lo cual nos hacía sentir mucho mejor. Ponting también ilustraba los temas de otras charlas con diapositivas caseras de fotografías hechas durante el otoño o extraídas de libros. Pero la mayoría de quienes daban charlas tenían que contentarse forzosamente con dibujos y planos hechos a mano que sujetaban unos encima de otros en un gran tablero de dibujo apoyado sobre la mesa y que arrancaban hoja tras hoja.

Desde el punto de vista práctico, la velada más interesante para nosotros fue una en que Scott presentó el plan del viaje al sur. Puede que el lector se pregunte por qué el plan no estuvo preparado del todo hasta el invierno anterior al viaje propiamente dicho. La respuesta es, naturalmente, que resultaba imposible formarse una idea cabal al respecto mientras no tuviéramos la experiencia de los viajes de otoño en relación con los víveres, el equipo y la fiabilidad de los perros, los ponis y los expedicionarios, así como los cambios e incidentes que se produjesen en nuestra vida y que nos permitieran saber exactamente con qué medios de transporte íbamos a contar en la siguiente estación. De ahí que el 8 de mayo reinara una gran expectación entre los que nos sentamos en torno a la mesa para, a modo de consejo asesor, escuchar y hacer sugerencias sobre el plan que Scott había elaborado durante las primeras semanas del invierno, tras las aventuras del viaje del depósito y la pérdida de los seis ponis.

Una noche de invierno Scott también nos leyó su interesante trabajo acerca de la Gran Barrera de Hielo y el hielo continental, el cual probablemente forme la base de todas las investigaciones futuras en torno a estos temas. Según él, la Barrera tal vez se encontraba a flote, cubría una superficie cinco veces mayor que la del mar del Norte, como mínimo, y tenía un grosor medio de unos ciento veinte metros, si bien sólo había sido posible obtener datos muy generales. A juzgar por el movimiento de un depósito instalado por la expedición del Discovery, en un período de trece meses y medio la Barrera había avanzado 553 metros en dirección al mar de Ross. Hay que reconocer que la inclinación de la placa de hielo no es causa suficiente para que esto ocurra, y la antigua idea de que las corrientes de los glaciares que descienden de la planicie continental proporcionan el ímpetu necesario es inexacta. La teoría de que «la precipitación de nieve sobre la Barrera produce un aumento de peso que da lugar a su expansión» fue obra de Simpson. El inteligente y persuasivo estudio contenía numerosos razonamientos buenos y concluía con algunas ideas acerca de la extensión y naturaleza de la placa de hielo continental, cuya vaguedad fue reconocida por Scott.

Simpson demostró ser un excelente conferenciante y habló de temas que interesaban e incumbían

a todo el mundo y que guardaban relación con la meteorología y el uso de los múltiples instrumentos que atestaban su rincón de la cabaña. Nelson con sus problemas biológicos y Taylor con la fisiografía siempre resultaron interesantes. «Taylor, esta noche he soñado con su charla. ¿ Cómo es posible que haya vivido tanto tiempo en este mundo sin saber nada sobre un tema tan fascinante?», era uno de los comentarios que podía hacer Scott a la mañana siguiente. Wright habló de los problemas del hielo, el radio y el origen de la materia, temas sumamente técnicos que a algunos nos dejaron un! tanto abrumados. En cambio todos los que acudían a las charlas de Atkinson acerca del escorbuto tenían un interés personal en el tema; no era para menos pues antes de que pasaran seis meses uno de ellos sufriría esta pavorosa enfermedad en una fase avanzada. Atkinson se inclinaba por la teoría de Almroth Wright, según la cual el escorbuto se debe a una intoxicación con ácidos de la sangre causada por bacterias. Nos explicó la prueba de tornasol a la que nos sometía todos los meses antes y después de cada viaje. Esta prueba consiste en extraer sangre al individuo y añadirle diversas concentraciones de ácido sulfúrico diluido hasta neutralizarla. Los índices que muestra normalmente una: persona sana varían entre 30 y 50, mientras que los de la persona que j tiene síntomas de escorbuto varían entre 50 y 90, según la fase en la que í se halle la enfermedad. Lo único que frena con seguridad el escorbuto son las verduras frescas; cuando las condiciones de vida son extremas no sirve la carne fresca, como quedó claro en el asedio de París, durante el cual tuvieron abundante carne de caballo para comer. En 1795 los viajes por mar eran un fracaso por culpa del escorbuto, y Anson perdió a trescientos de los quinientos hombres que llevaba, pero aquel mismo año se realizaron los primeros descubrimientos en la materia y Blaine demostró la utilidad del zumo de lima. A partir de aquel momento el escorbuto quedó prácticamente erradicado en la Armada, y en la época de Nelson apenas se dieron casos; pero la razón no está clara, pues según investigaciones modernas el zumo de lima sólo sirve para prevenirlo. Continuó registrándose en la Marina Mercante, y a partir de 1865 ingresaron unos cuatrocientos pacientes en el hospital de Dreadnought en el espacio de una década, mientras que en el período comprendido entre 1887 y 1896 sólo se registraron 38 casos. En el cabo Evans disponíamos de una sal sódica para alcalizar la sangre a modo de experimento si surgía la necesidad. Según Atkinson, la oscuridad, el frío y el exceso de trabajo son importantes causas del escorbuto.

Nansen abogaba por la dietas variadas como remedio contra la enfermedad. Scott recordaba una historia que le había contado el explorador noruego y que no había llegado a comprender. Por lo visto, unos hombres habían comido unas latas de comida contaminada. Unas lo estaban sólo un poco, otras mucho. Dejaron las que estaban en peores condiciones, pero dieron cuenta de las otras. «Cuando deberían haberse comido las que estaban peor, por supuesto», había añadido Nansen.

He preguntado a Nansen por esa historia y me ha dicho que seguramente se referiría a la tripulación del Windward, el barco en el que la expedición de Jackson y Harmsworth viajó a la Tierra de Francisco José entre 1894 y 1897. La tripulación de dicho barco tuvo escorbuto durante la travesía entre el Ártico y la civilización, mientras que el grupo de tierra no tuvo ningún problema de salud. Jackson ha escrito lo siguiente a este respecto:

En el caso de la tripulación del Windward, me temo que se cometió una gran imprudencia al consumir latas de carne contaminadas, pese a que aquellas que estaban realmente mal fueron rechazadas […]. [Los miembros del grupo de tierra] consumimos fundamentalmente carne fresca de oso. La tripulación del Windward también podía comer toda la quisiera, pero prefirió tomar carne enlatada varios días a la semana en lugar de llevar una dieta exclusiva de carne de oso. Además, había tripulantes tan predispuestos en contra de la carne de oso que se negaron en redondo a comerla.

Está claro que no deberían haber comido carne contaminada en absoluto. Según Nansen, si no quedaba otro remedio, deberían haber optado por las latas en peores condiciones, pues la tomaina que causa el escorbuto durante las primeras fases de la descomposición es destruida por el fermento que se forma en fases posteriores.

Wilson creía firmemente que la carne fresca por sí sola podía frenar el escorbuto, puesto que durante la expedición del Discovery la carne de foca lo había curado. A los brotes que se produjeron durante el viaje de Scott al sur les restaba importancia, aunque recuerdo que durante el viaje de invierno llegó a decir que Shackleton sufrió desmayos en varias ocasiones al salir de la tienda, y por lo visto estuvo gravemente enfermo. Wilson se enteró de que tenía escorbuto algo antes de que lo supieran los demás, y es que al principio no se le notaba la decoloración de las encías en la parte delantera. Pensaba que sus perros no tuvieron escorbuto durante ese viaje sino envenenamiento por tomaina debido al pescado que llevaron por el trópico. Además, opinaba que, en la expedición del Discovery, cuando volvían de los viajes con trineo cometían el error de atribuir al escorbuto síntomas como las erupciones cutáneas y la hinchazón de piernas y tobillos, que eran más bien producto del agotamiento. Añadiré que nosotros también tuvimos estos síntomas cuando regresamos del viaje de invierno.

Hay que mencionar también las charlas de Debenham sobre geología; las de Wilson sobre aves y mamíferos, y sobre dibujo, y las de Evans sobre topografía. Pero quizá ninguna charla haya dejado una huella tan nítida en mi memoria como la que dio Oates, a la que nosotros pusimos el título de «El maltrato de los ponis». Está claro que para quienes íbamos a depender de ellos durante la primera etapa de viaje al sur el tema tenía tanto interés como utilidad, pero nuestro interés se centraba sobre todo en el conferenciante, pues como no creíamos que el taciturno de Titus tuviera un pico de oro y nos lo hubiera ocultado hasta entonces, estábamos convencidos de que aquel asunto iba a resultarle harto desagradable. Imagínese el lector nuestro alborozo cuando apareció con un elaborado discurso lleno de notas que nadie le había visto preparar. «He tenido la suerte de disponer de otra noche», comentó para nuestro regocijo, y pasó a darnos una descripción sumamente interesante e inteligente de las facultades físicas y mentales de los caballos en general y de nuestros ponis en particular. Terminó con una anécdota sucedida durante una cena a la que fue invitado, probablemente en contra de su voluntad. Una señorita se retrasaba, y como los invitados ya estaban cansados de esperarla, se sentaron a cenar. La señorita no tardó en llegar, sonrojada y confusa. «Les ruego me disculpen -dijo-, pero ese caballo es el colmo; es un…» «Un cabezón, ¿quizá?», sugirió la anfitriona para echarle una mano. «No, un… es lo que es. Se lo he oído decir al cochero en varias ocasiones.»

Titus Oates era el pesimista más alegre y encantador que uno pueda imaginar. A menudo, cuando acampábamos en la Barrera para pasar la noche y acabábamos de atar y dar de comer a los ponis, nos quedábamos mirando cómo se acercaban los tiros de perros al campamento. «Esos perros no aguantan ni diez días», murmuraba con esa voz que suelen poner algunas personas cuando se enteran de una victoria inglesa. No conozco a tantos dragones como para saber cuáles son sus características generales, pero dudo que muchos tengan unos andares tan desgarbados como él y cenen con un sombrero tan raído que los demás comensales lo tomen por la punta y se lo vayan pasando como una curiosidad.

Se encargaba del cuidado de los ponis y, como el oficial del regimiento de Inniskillings que era, sin duda había tenido una preparación excelente. Pero sus aptitudes llegaban mucho más lejos. Había pocas cosas que no supiera sobre caballos, y fue una pena que no escogiera nuestros ponis en Siberia pues habrían sido muy diferentes del grupo que llevamos. Además de ocuparse de todos ellos, Oates eligió a Christopher, el endiablado animal del que he hablado antes, para adiestrarlo y hacer con él

el viaje al sur. Volveremos a encontrarnos en numerosas ocasiones con Christopher, que parecía haber ido a la Antártida para iniciar a sus mansos habitantes en todos los vicios de la civilización. No obstante, la forma en que Oates manejó a este animal desde el primer momento hasta el último habría podido servir de modelo para cualquier director de manicomio. Su tacto, paciencia y coraje (pues Christopher era un animal muy peligroso) figuran entre los recuerdos más vividos que guardo de este valiente caballero.

Permítaseme añadir, a este respecto, que ningún animal habría podido recibir un trato tan considerado, y a menudo abnegado, como el que recibieron nuestros ponis. Dejando aparte la cuestión de que fuera necesario utilizarlos (en la cual no tengo intención de entrar), se les dio de comer e incluso se les vistió como si fueran amigos y compañeros en lugar de bestias de carga. Nunca se les pegó, circunstancia a la que evidentemente no estaban acostumbrados. Vivieron mucho mejor de lo que habían vivido hasta entonces, y todo ello a pesar de las condiciones en las que nosotros mismos vivíamos. Aunque les cobramos un gran afecto, no podíamos permanecer ciegos a sus defectos. Los caballos tienen una mente muy limitada y dependen casi por entero de la memoria. Rivalizan con nuestros políticos en cuanto a pobreza de intelecto. En consecuencia, cuando un poni se encontraba en un entorno distinto de aquel al que estaba acostumbrado, mostraba una reducidísima capacidad de adaptación. Si a esto se añaden las mantas y los arneses helados, con todas las correas, hebillas y cuerdas, su increíble facilidad para comerse cualquier cosa que tuvieran al alcance (incluidos nuestros escasos víveres, las cuerdas con que los atábamos y los ronzales, los adornos y todas las demás cosas que pudieran llevar sus compañeros), y su tendencia a hacer cualquier cosa excepto el trabajo que les correspondía en aquel momento, se habrá de reconocer que el guía de un poni disponía de multitud de ocasiones para ponerse de mal humor. Aun así, los guías y sus respectivos ponis se llevaban de maravilla (exceptuando, como siempre, a Christopher), lo cual no resulta muy sorprendente si se tiene en cuenta que la mayoría de los guías eran marineros, que suelen profesar un profundo amor hacia los animales.

En la pared norte de la cabaña se construyó un tejado, que luego se cerró con tablas por los lados y la parte de fuera. Esta construcción, reforzada con las briquetas que utilizábamos como combustible y los montones de nieve que formaban las ventiscas, constituía un establo sumamente abrigado e incluso caliente. Los ponis ocupaban unos compartimientos y se ponían con la cabeza hacia la cabaña, de la cual los separaba un pasillo; en las barras que les cerraban el paso estaban colocadas las cajas para el pienso. Apenas se tumbaban pues el suelo estaba muy frío, y Oates opinaba que no les habría servido de nada tenerlo cubierto de paja en el caso de que hubiéramos podido traerla en el barco. El suelo de su cobertizo era de la misma gravilla con la que habíamos construido la cabaña. Puede que con vistas a futuras expediciones merezca la pena plantearse si una tarima contribuiría a su comodidad. Si uno avanzaba por el estrecho y oscuro pasillo y pasaba por el lado de la fila de cabezas, muchas de ellas trataban de darle un mordisco. Al fondo había instalado Oates un hogar de grasa de foca más elaborado que el que habíamos construido nosotros con cosas sueltas en la punta de la Cabaña; pero en principio era igual pues los pedazos de piel de foca con grasa adherida se colocaban sobre la parrilla, y el calor generado hacía que la grasa goteara sobre las cenizas y ardiera la lumbre. Con ésta no sólo calentábamos el establo sino que fundíamos la nieve con la que se obtenía el agua para abrevar a los ponis, y calentábamos el salvado que les dábamos. No me extraña que echaran de menos este lugar tan abrigado y acogedor cuando entrenaban en el frío, oscuro y ventoso hielo marino: siempre que podían intentaban zafarse de su guía, y si lo lograban volvían derechos a la cabaña. Allí eludían a sus perseguidores hasta que se cansaban del juego y entraban tranquilamente en el establo por voluntad propia, donde eran recibidos por sus compañeros

con relinchos y coces triunfales.

Ya he hablado de sus entrenamientos. Su raciones durante el invierno fueron las siguientes:

8 de la mañana: granzas.
12 del mediodía: nieve, granzas, y avena, y tortas de linaza en días alternos.
5 de la tarde: nieve; salvado caliente con tortas de linaza o avena hervida y granzas; por último, una pequeña cantidad de heno.

En primavera los pusimos en forma dándoles comida dura y fría y aumentando cuidadosamente la intensidad del adiestramiento, al final del cual los hacíamos tirar de trineos con cargas muy ligeras.

Por desgracia no dispongo de ningún testimonio acerca de los cambios que habría hecho Oates en su alimentación si hubiera sido posible. Está claro que no deberíamos haber llevado las pacas de forraje prensado, que, como ya he explicado, en teoría era de trigo verde recién cortado, pero en la práctica no valía para nada como alimento, aunque quizá sí como fibra. Es probable que en la base de invierno Titus hubiera utilizado heno para este fin si nuestras reservas no hubieran sido tan limitadas, pero en un barco en el que es importante hasta el último centímetro cuadrado de bodega el heno ocupa demasiado espacio. El pienso con el que zarpamos de Nueva Zelanda pesaba lo siguiente:

Granzas prensadas: 30 toneladas.
Heno: 5 toneladas.
Tortas de linaza: entre 5 y 6 toneladas,
Salvado: entre 4 y 5 toneladas

También llevábamos dos clases de avena, una negra y otra blanca, que era la mejor. El salvado se nos quedó corto. Esta no es la lista completa de alimentos, ya que un poni llamado Snippets comía también grasa de foca, y al parecer le sentaba bien.

Zarpamos de Nueva Zelanda con diecinueve ponis, diecisiete de ellos para el grupo principal y dos para la exploración de la Tierra del Rey Eduardo VII de Campbell. Dos murieron durante la violenta tempestad que sufrimos en alta mar, por lo que cuando desembarcamos en enero en el cabo Evans quedaban quince. De éstos perdimos seis en el viaje del depósito. Hackenschmidt, que era un mal bicho, enfermó y se quedó consumido en nuestra ausencia. No llegamos a descubrir qué le pasaba y al final no hubo más remedio que pegarle un tiro. Así pues, a principios del invierno sólo quedaban ocho de los diecisiete ponis del grupo principal que habían salido de Nueva Zelanda.

Como ya he contado, mientras nosotros realizábamos el viaje del depósito, el barco intentó dejar a Campbell y sus dos ponis en la Tierra del Rey Eduardo VII, pero no logró llegar a ella por culpa de la banca de hielo. Mientras remontaban la costa en busca de un lugar donde fondear, encontraron a Amundsen en la bahía de las Ballenas. En vista de la situación, Campbell decidió no quedarse allí con su grupo sino desembarcar en la costa norte de la Tierra Victoria, lo que al final consiguió. Entretanto, el barco regresó al cabo Evans con la noticia y, como le parecía que los animales no le servirían de nada en dicha región, aprovechó la oportunidad para llevar los dos ponis a nado hasta la costa, que se encontraba a media milla de distancia pues el barco no podía acercarse más y el hielo marino había desaparecido. Por lo tanto, comenzamos el invierno con los dos ponis de Campbell (Jehu y China-man), los dos que habían sobrevivido al viaje del depósito (Nobby y James

Pigg) y los seis con los que habíamos desembarcado en el cabo Evans (Snatcher, Snippets, Bones, Víctor, Michael y Christopher), es decir, un total de diez.

De ellos el único realmente resabiado era el endemoniado Christopher, pero era un poni fuerte, y estaba claro que nos vendría bien si conseguíamos dominarlo. Bones, Snatcher, Víctor y Snippets eran todos animales útiles. Michael era un poni muy bonito, pero se alteraba con facilidad y no parecía que sirviera para mucho. Chinaman parecía que servía todavía para menos, y había veces en que no sabíamos si iba a ser capaz de arrastrar peso alguno. Luego estaban Nobby y Jimmy Pigg, que hicieron con nosotros el viaje del depósito. Nobby era el mejor de los dos; sólo él había sobrevivido al desastre del hielo marino, y si no llegamos a rescatarlo no sé si hubiera podido llevarse a cabo el viaje al polo. Entretanto,/ímm;y Pigg había regresado a trancas y barrancas al campamento del desvío, de modo que también él había logrado salvarse. Era un poni débil pero tuvo un comportamiento excelente durante el viaje al polo. Puede que fuera una coincidencia que estos dos ponis (los únicos que tenían experiencia arrastrando trineos) se portaran mejor que los demás, en proporción a sus fuerzas, pero me inclino a pensar que su familiaridad con las condiciones de la Barrera les vino muy bien y evitó en gran medida que se agotaran y pusieran nerviosos inútilmente.

Se comprenderá por tanto la angustia con que acogíamos las lesiones y enfermedades de nuestros ponis. Las lesiones fueron escasas y de poca importancia, gracias al cuidado con que se les entrenó a oscuras en el hielo, el cual no estaba ni mucho menos exento de irregularidades. Permítaseme de paso señalar que este hielo está casi siempre cubierto de al menos una delgada capa de nieve en polvo y que en su mayor parte no resulta resbaladizo. De vez en cuando oíamos al otro lado de la pared un enorme estrépito en plena noche. El vigilante nocturno salía corriendo, Oates se ponía las botas, y oíamos a Scott agitarse. Normalmente se trataba de Bones o de Chinaman, que estaban dando coces en su compartimiento, quizá para entrar en calor, pero cuando el vigilante llegaba al establo se encontraba con una fila de caras adormiladas parpadeando a la luz de su linterna, todas ellas con expresión de no haber roto nunca un plato.

Sin embargo, las travesuras podían desembocar fácilmente en accidentes, y en más de una ocasión encontramos a un poni dentro de su compartimiento en una posición extraña o incluso tendido en el suelo. Tenían la cabeza atada por ambos lados a los montantes del compartimiento, de modo que, si intentaban tumbarse, podían surgir complicaciones. Más alarmante fue la grave enfermedad que padeció uno ellos, que vino precedida por un caso más leve aunque de índole parecida. Un día, a mediados de junio, Jimmy Pigg sufrió un cólico sin importancia, hasta el punto de que por la tarde ya comía de nuevo con normalidad. Sin embargo, el 14 de julio a mediodía Bones dio muestras de inapetencia y a continuación empezó a sufrir unos intensos espasmos de dolor.

De vez en cuando intentaba echarse, y al final Oates ha pensado que lo más prudente era dejarlo. Una vez tendido, ha ido agachando paulatinamente la cabeza hasta quedarse tumbado cuan largo es, sufriendo cada cierto tiempo unas terribles convulsiones, levantando la cabeza e incluso tratando de ponerse en pie cuando el dolor se acentuaba. Creo que ha sido entonces cuando me he dado cuenta de la pena que puede llegar a dar un caballo en semejante situación; no deja escapar ni un sonido, y lo único que indica su sufrimiento son esos angustiosos espasmos, el silencioso movimiento de su cabeza y esa expresión de paciencia que siempre hace pensar en una súplica.

Hacía medianoche parecía que íbamos a perderlo, y dejando aparte otras consideraciones, comprendimos que si no lográbamos mantener vivos a los demás animales, las probabilidades de que fracasara el viaje que nos disponíamos llevar a cabo aumentarían considerablemente.

Poco después de medianoche me han dicho que el animal parecía más tranquilo. A las dos y media he vuelto al establo y he visto que seguía así; todavía estaba tendido de costado y con la cabeza extendida, pero los espasmos habían cesado, su mirada no reflejaba tanto sufrimiento y levantaba las orejas cuando se producía algún ruido. Mientras lo miraba ha erguido de repente la cabeza y se ha puesto en pie sin esfuerzo; luego, en un abrir y cerrar de ojos, como si acabara de salir de una pesadilla, ha empezado a olfatear el heno y a su vecino. Al cabo de tres minutos ya se había bebido un cubo de agua y estaba comiendo otra vez.

Encontramos la causa de este trastorno en «una pequeña bolsa de heno semifermentado cubierta de mucosas en la que hay solitarias. En un primer momento no nos ha parecido muy grave, pero por desgracia hemos hallado adherida a esa masa una parte de la pared del intestino».

Bones se recuperó y no sufrió ninguna recaída. Dos días después otro poni dio muestras de inapetencia y se tumbó, pero no tardó en ponerse bien.

Aunque hicimos muchas conjeturas sobre la causa de esta enfermedad, no dimos con ninguna respuesta satisfactoria. Unos la achacaron a la falta de ventilación, y en este sentido hay que decir que los dos ponis que enfermaron se encontraban al lado del hogar de grasa. En cualquier caso, instalamos un gran ventilador y dejamos que entrara más aire fresco. Otros pensaron que se debía a la escasez de agua, pues consideraban que comían una cantidad de nieve inferior al agua que beberían normalmente. La manera más fácil de remediar esto era darles agua en lugar de nieve. También les dimos más sal que antes. Fuera cual fuese la causa, no volvieron a producirse cólicos, y los ponis fueron poco a poco mejorando de forma hasta que empezamos a viajar con los trineos de modo continuado.

Todos los ponis recibieron tratamiento para prevenir la solitaria; también descubrimos que tenían piojos, que fueron eliminados al cabo de cierto tiempo lavando a aquéllos con tabaco y agua, aunque no resultó fácil. Sé que Oates deseaba esquilarlos a principios del invierno, pues creía que de ese modo tendrían un pelaje mucho mejor. También quería un establo móvil para cada uno de ellos.

Ninguna descripción de los ponis estaría completa sin una referencia a Antón, el mozo ruso que se ocupaba de ellos. Era bajo pero muy fuerte, con un metro de perímetro torácico.

Creo que tanto Antón como Dimitri (el conductor ruso de los perros) inicialmente sólo venían para cuidar de los animales durante la travesía de Siberia a Nueva Zelanda. Pero resultaron unos muchachos tan simpáticos y útiles que fue un verdadero placer incorporarlos al grupo de tierra. Me temo que Antón, al menos, no era consciente de dónde se había metido. Cuando llegamos al cabo Crozier en el Terra Nova, y vio ante sí los dos grandes picos de la isla de Ross y el acantilado de la Barrera, que se extendía hacia el este formando un muro continuo antes de desaparecer tras el horizonte, se imaginó que había llegado al polo sur y se puso tan eufórico como requería la ocasión. Más adelante, cuando se cerró sobre nosotros la noche invernal, este fenómeno en apariencia antinatural causó tal efecto en su ánimo supersticioso que se apoderó de él un profundo miedo. La línea en que el hielo marino se unía a la isla delante de la cabaña era, claro está, una grieta en movimiento causada por la subida y bajada de la marea; a veces el agua del mar llegaba hasta arriba, y Antón tenía el convencimiento de que las extrañas luces fosforescentes que bailaban en el mar a lo lejos eran demonios. Luego nos enteramos de que, a fin de propiciárselos, había sacrificado su bien más preciado -su reducida porción de tabaco-, que había arrojado literalmente al mar en medio de la oscuridad. Era natural que echara de menos su casa de Siberia y a la mujer coja con la que iba a contraer matrimonio: cuando tuvo la certeza de que íbamos a pasar otro año en el sur, se angustió de tal modo que abordó a Oates y le preguntó: «Si me marcho cuando acabe el año, ¿me desheredará el

capitán Scott?» Como hablaba poco inglés y no sabía cómo expresar esta idea, unos días antes había preguntado: «¿Cómo se dice cuando un padre muere y no deja nada a su hijo?» ¡Pobre Antón!

Estuvo mucho tiempo esperando la llegada del barco, lleno de inquietud, y fue uno de los primeros en cruzar el hielo con el petate al hombro para salir a su encuentro. Solicitó un puesto de trabajo y, cuando se lo concedieron, fue el hombre más feliz a bordo, y ya no bajó hasta que el Terra Nova arribó a Nueva Zelanda. No obstante, siempre estaba trabajando y de buen humor, y su incorporación a nuestra pequeña comunidad resultó sumamente útil.

Todavía tenemos la costumbre de afirmar que un matrimonio lleva una vida conyugal completamente feliz cuando lo que en realidad queremos decir, según me cuenta el señor Bernard Shaw, es que limita sus peleas a los jueves por la noche. Si afirmo entonces que llevamos este tipo de vida durante casi tres años, desde el día en que zarpamos de Inglaterra hasta el día en que regresamos a Nueva Zelanda, sin sufrir roce de ningún tipo, habrá quien piense que se trata de una aseveración convencional que no se ajusta del todo a la verdad. Permítaseme decir que dicha aseveración no tiene en realidad nada de convencional, y que es la pura verdad. Para ser del todo exacto, debo reconocer que una vez vi a un hombre en un estado de ánimo muy irritable. Pero eso fue todo. Se le pasó y, por lo que sé, tenía razones para sentirse así. No sabría decir por qué fuimos más afortunados que la mayoría de los exploradores del polo, pero no cabe duda de que una de las razones fundamentales fue que no disponíamos de horas de ocio, así que no nos quedaba tiempo para pelearnos.

Antes de que zarpáramos rumbo al sur, la gente siempre decía: «Acabarán hartos unos de otros. ¿Qué van a hacer todo el invierno a oscuras?» En realidad lo difícil fue acabar el trabajo. A menudo sucedía que, tras pasarse la noche entera de guardia, los oficiales seguían trabajando durante todo el día siguiente para despachar la tarea que se les había acumulado. Durante el día apenas leíamos o descansábamos y si lo hacíamos era siempre después de cenar. Aunque no habíamos establecido ningún horario, la costumbre general era trabajar durante todas las horas comprendidas entre el desayuno y la cena.

Nuestra pequeña cofradía ponía todo su empeño en obtener resultados. El pesimista más joven y cínico habría tenido motivos para extrañarse si nos hubiera visto: éramos un grupo de hombres sanos y no precisamente indoctos que pugnaba con absoluta determinación por añadir su granito de arena a la suma total de conocimientos científicos y geográficos del mundo, sin proponerse como fin inmediato su utilidad práctica. Tanto legos como científicos estaban decididos a alcanzar los objetivos que se habían marcado.

Creo también que de una forma vaga e indefinible este trabajo era reflejo de un ideal. Este tipo de vida no es en absoluto aconsejable para los hombres que creen que el conocimiento no tiene un valor por sí mismo. La pregunta que nos planteaban una y otra vez en la civilización era y sigue siendo la misma: «¿Para qué? ¿Es que hay oro? ¿Hay carbón?» El espíritu comercial que impera hoy en día es incapaz de ver para qué sirve la ciencia en sentido estricto: el fabricante inglés no está interesado en una investigación que no le dé un rendimiento económico antes de un año; el habitante de la ciudad sólo ve en ello una enorme energía desperdiciada en un trabajo improductivo. Lo que sucede en el fondo es que están atados a la rueda de la vida convencional.

Pues bien, a menos que crea que ésta es una opinión equivocada, un hombre no pinta nada «allí abajo, en el sur». Supongo que nuestra labor en materia de magnetismo y meteorología tiene una influencia casi directa en el comercio y el transporte; por lo demás, no se me ocurre ninguna otra rama de nuestro trabajo que sirva actualmente para otra cosa que no sea aumentar el caudal de conocimientos no aplicados. Los miembros de esta expedición creían que merecía la pena descubrir

formas de vida y territorios nuevos, alcanzar el polo Sur de la Tierra y realizar minuciosas observaciones meteorológicas y magnéticas, amplios estudios geológicos y trabajos en todas las demás ramas de la de investigación para los que estábamos equipados. Se hallaban preparados para soportar situaciones muy adversas, y algunos de ellos murieron por sus creencias. Sin semejantes ideales, el espíritu que sin duda reinaba en nuestra pequeña comunidad habría sido imposible.

Aunque el hecho de que nuestra vida doméstica fuera tan feliz obedece en gran medida al entusiasmo y la capacidad de adaptación de los miembros de nuestra pequeña comunidad, dudo que hubiéramos podido evitar los roces, que hicieron que la convivencia en otras expediciones resultase menos cómoda de lo conveniente, si no llega a ser por las cualidades de algunos de nuestros hombres, quienes instauraron la costumbre de trabajar de firme sin pensar por un instante en el beneficio propio.

Pese a todos sus inconvenientes, es una buena vida. Volvimos de la Barrera diciéndonos unos a otros que aborrecíamos aquel lugar y que nada en el mundo nos haría regresar a él. Pero ahora la Barrera vuelve a nosotros, con su limpia vida al aire libre, el olor de la olla, y su sueño profundo y tranquilo. Buena parte de los problemas de este mundo se deben a los recuerdos, y es que sólo nos acordamos de la mitad de las cosas.

Nos hemos olvidado (o poco ha faltado para ello) de que la pérdida de una migaja de galleta abría una herida que tardaba una semana en cerrarse; de que los mejores amigos se crispaban tanto los nervios unos a otros que se pasaban días sin dirigirse la palabra por miedo a pelearse; de cuánto nos enfadábamos si al cocinero se le quedaba corta la ración semanal; de las náuseas que nos entraban cuando podíamos comer todo lo que nos daba la gana después de un largo ayuno; y de la angustia que sentíamos cuando un hombre enfermaba a varios cientos de millas de la base, llevábamos dos semanas de mal tiempo y teníamos que encontrar los depósitos si no queríamos morir de hambre. Nos acordamos del grito de «¡Campamento!», que precedía a la taza de té y significaba que habíamos recorrido cinco millas más aquella tarde, de la camaradería que se respiraba cuando acabábamos de cenar después de cruzar sanos y salvos una zona de grietas peligrosas, del pedacito de pudín de pasas con que celebrábamos el día de Navidad, de las salomas que cantábamos en la Barrera mientras tirábamos de los ponis.

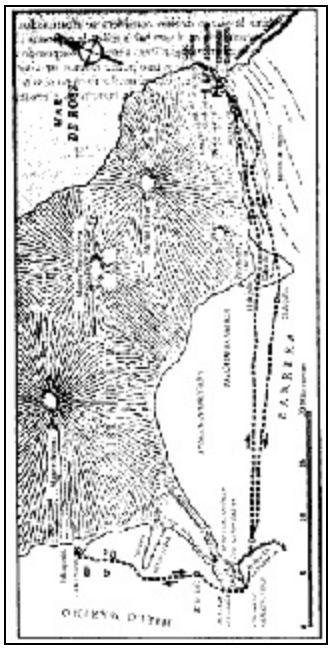
Viajamos en pro de la ciencia. Si nos esforzamos tanto por conseguir los tres pequeños embriones del cabo Crozier, los pesados fósiles de la isla Buckley y la enorme cantidad de material, que aunque menos impresionante fuimos reuniendo hora tras hora exactamente con el mismo cuidado en medio del viento, la nieve, la oscuridad y el frío, fue para que el mundo ganase un poco en conocimientos y para que se desarrollara sobre la base de lo que sabe, no de lo que piensa.

Algunos de nuestros hombres eran ambiciosos, unos querían dinero, otros fama, unos un empujón para ascender en el escalafón de la ciencia, otros para ser miembros de número de la Academia de las Ciencias Británica. ¿Porqué no? También teníamos hombres a los que el dinero y la fama les importaban un bledo. No creo que a Wilson le importara enterarse de que Amundsen había alcanzado el polo unos días antes que él; o no mucho, al menos. Pennell se habría aburrido muchísimo si le hubieran concedido el título de sir. Y lo mismo cabría decir de Lillie, Bowers, Priestley, Debenham, Atkinson y muchos otros.

Pero la clase de personas que llevan a cabo semejante tarea y las autoridades que se ocupan de sus colecciones no tiene nada que ver entre sí. Me acuerdo de una conversación que mantuvimos en la cabaña durante el último y difícil invierno. Algunos hombres se pusieron a discutir vehementemente sobre si desde el punto de vista profesional su estancia en el sur les causaba un gran perjuicio, si iban a retrasarse con respecto al trabajo que estaban realizando en aquel momento, si

estaban perdiendo oportunidades y cosas por el estilo. No les faltaba razón. Luego la conversación derivó hacia el tema de la publicación de resultados y la manera en que a ellos les gustaría hacerlo. Fulano decía que no iba a entregar su trabajo a tal o cual organismo para que se lo estropearan; Mengano que no iba a permitir que el suyo quedara arrinconado en las estanterías de un museo y nadie lo leyera, y Zutano que él publicaría encantado sus resultados en las revistas científicas. ¡Seguro que aquella noche les zumbaron los oídos a los científicos de salón que iban a ocuparse de los especímenes y las observaciones que tanto esfuerzo nos había costado conseguir!

En aquel momento me sentí un tanto indignado. Me parecía que aquellos nombres hubieran debido considerarse afortunados por el mero hecho de encontrarse en el sur: había miles de personas a las que les habría gustado estar en su lugar. Pero ahora les comprendo mucho mejor. La ciencia es algo grande si uno puede realizar un viaje de invierno por tal motivo sin tener que lamentarlo. Pero no sé si no es aún más grande si uno puede tener tratos con científicos y proseguir su senda.



7. EL VIAJE DE INVIERNO

Ah, pero el propósito de un hombre ha de quedar fuera de su alcance,
si no, ¿para qué hay un cielo?
R. BROWNING, Andrea del Sano

Para mí, y para todos los que hemos permanecido aquí, el resultado de este empeño es un acicate para nuestra imaginación pues constituye uno de los capítulos más audaces de la historia polar. Que unos hombres se adentren en lo más profundo de la noche polar para soportar el frío más acerbo y los vendavales más furiosos es algo nuevo; que hayan persistido en su empeño durante cinco semanas enteras a pesar de todas las adversidades es algo heroico. Para nuestra generación constituye una gesta que espero no quede en meras palabras.

SCOTT, fragmento del diario escrito en el cabo Evans

La siguiente lista de los pesos que íbamos a llevarlos tres en los trineos en el viaje de invierno forma parte de los cálculos realizados por Bowers antes de nuestra partida:

Provisiones fungibles----------Kilos Totales
Galletas «antárticas» ----------61
Tres cajas para galletas ----------5
Carne desecada ----------50
Mantequilla ----------10
Sal ----------1,5
Té ----------2
Queroseno ----------27
Repuestos del hornillo y fósforos --------1
Papel higiénico ----------1
Velas ----------4
Embalaje ----------2,5
Alcohol ----------4

Total fungibles ----------169

Provisiones no fungibles----------Kilos
Dos trineos de 2,75 m y 18,59 kg
cada uno ----------37
Una olla completa ----------6
Dos hornillos llenos de queroseno ----------4
Una tienda doble completa ----------16
Una pala de trineo ----------1,5
Tres sacos de reno de 5,44 kg cada uno ----------16
Tres edredones de 1,81 kg cada uno ----------5,5
Cuerda Alpine ----------2,5

Bolsa con materiales de reparación y
bolsa con herramientas de reparación ----------2,5
Tres bolsas de efectos personales con
6, 80 kg de ropa de repuesto, etc. ----------20,5
Caja de lámparas con cuchillos,
chaira, etc., para focas y pingüinos ----------10
Maletín médico y de trabajo ----------18
Dos piquetas de 1,36 kg cada una ----------3
Tres arneses para hombres ----------1,5
Tres arneses de acarreo ----------1,5
Tela para el techo y la puerta del refugio ----------11
Caja del instrumental ----------3
Tres pares de esquís y bastones
(desechados) ----------15
Un pico ----------5
Tres crampones de 0,98 kg cada uno ----------3
Dos bambús para, a ser posible,
medir la marea, de 4,26 m cada uno ----------2
Dos bambús macho ----------2
Tabla para el dintel de la puerta
del refugio ----------1
Una bolsa de saennegrass ----------0,5

Provisiones no fungibles ----------Kilos Totales
Seis pequeñas puntas de bambú
hembra y un cuchillo para cortar
bloques de nieve para hacer refugios ----------2
Embalaje ----------4

Total no fungibles ----------194
Total fungibles + no fungibles ----------363

La mencionada caja de lámparas contenía los siguientes objetos:

Una lámpara para quemar grasa
Una lámpara para quemar alcohol
Una palmatoria para la tienda
Una olla de grasa
Un soplete

Siendo así que en el último momento se decidió dejar los esquís y los bastones que se indican en la lista, el grupo de tres hombres tenía que arrastrar 348 kilos al comienzo del viaje.

Era imposible cargar todo ese peso en un trineo de 3,65 metros de largo, por lo que llevamos 2,65 metros enganchados uno detrás del otro con un fiador. Aunque esto facilitaba en gran medida guardar y manejar el equipo, prácticamente doblaba la superficie de rozamiento sobre la que tendrían que tirar los expedicionarios.

22 de junio, noche del solsticio de invierno. Hace una noche severa. El cielo está despejado y de un color azul tan intenso que parece negro. Las estrellas semejan puntas de acero. La nieve susurra y produce un ruido sordo cuando la pisas. El hielo cruje debido a la bajada de la temperaturas, y la bisagra gime cada vez que sube el agua. Y encima de todas las cosas, de cada ola y de cada plegamien-to, pende el telón de la aurora. Mientras uno la contempla se desvanece, y entonces resplandece de repente un rayo enorme y alcanza rápidamente el cénit describiendo un arco de clarísimos tonos verdes y naranjas y dejando una cola de oro encendido. Vuelve a descender, desvaneciéndose entre los enormes reflectores que se elevan por detrás del humeante cráter del monte Erebus. Y de nuevo se corre el velo espiritual:

Aquí, en el ruidoso telar del Tiempo

tengo yo mi menester

y para Dios tejo las vestiduras

que lo dejan entrever.

Dentro de la cabaña reina el jolgorio. Estamos muy animados, pero ¿por qué no íbamos a estarlo? Esta noche el sol da la vuelta para regresar con nosotros, y sólo hay un día como éste al año.

Después de cenar hemos pronunciado unas palabras. Sin embargo, Bowers, en lugar de hablar, ha aparecido con un maravilloso árbol de Navidad hecho con bambús partidos y un bastón de esquiar; en las puntas de las ramas ha atado unas plumas y también velas, golosinas, frutas en conserva y unos juguetes realmente absurdos que eran suyos. A Titus le han dado tres cosas que le han complacido enormemente: una esponja, un silbato y una pistola de juguete que se disparaba al apretarle la culata. Luego se ha pasado el resto de la velada preguntándonos a todos si estábamos sudando. «No.» «Sí, sí que lo está», decía, y le secaba a uno la cara con la esponja. «Si quiere darme una auténtica alegría, tiene que caerse al suelo cuando le dispare», me ha dicho, y luego se ha ido a disparar a todo el mundo. De tanto en tanto tocaba el silbato.

Han bailado los lanceros con Antón, y Antón, que bailando eclipsa al mismísimo ballet ruso, no ha parado de pedir disculpas por no hacerlo lo suficientemente bien. Ponting ha dado una charla con las diapositivas que ha hecho desde que llegamos, muchas de ellas coloreadas por Meares. Cuando salía una de éstas, alguno de nosotros preguntaba en voz alta: «¿Quién ha coloreado eso?» Y otro exclamaba: «Meares.» Y entonces se armaba un alboroto de cuidado, y a Ponting le era imposible

seguir hablando. Hemos tomado ponche de leche, y entonces Scott ha brindado por los miembros de la expedición del este, y Clissold, el cocinero, por la «buena leche de toda la vida». Luego Titus ha disparado la bolita de su pistola. «Se la he tirado al cerúleo… ¿Cómo lo dice Homero? El cerúleo azur. Es decir: al Erebus.» Cuando hemos ido a acostar nos, me ha preguntado: «Cherry, ¿es usted responsable de susactos?» Y cuando le he dicho que sí, ha tocado el silbato con fuerza; lo último que recuerdo es que ha despertado a Meares para preguntarle si era libre como el viento. Ha sido una juerga fenomenal.

Han pasado cinco días. Tres hombres, de los cuales al menos uno está un tanto asustado, se detienen en pleno estrecho de McMurdo jadeando y sudando. Tienen dos trineos, uno atado detrás del otro, en los que se amontonan los sacos de dormir y el equipo de campamento, las provisiones para seis semanas y una caja llena de material científico para conservar muestras con ácido. Llevan además un pico, dos piquetas, una cuerda Alpine, un gran pedazo de lona impermeable Willes-den de color verde y una tabla. La pregunta que nos ha hecho Scott con cara de asombro hace un par de horas al ver nuestros trineos («Bill, ¿adonde van con tanto queroseno?»), mientras señalaba unas latas sujetas a la bandeja del segundo trineo, estaba teñida de mordacidad. El peso que llevamos en este viaje es enorme: 116 kilos cada uno.

Es mediodía, pero está oscuro como boca de lobo, y no hace calor.

Mientras descansábamos, me acordé de una conversación que había mantenido con Wilson quince meses atrás en una oficina sombría y polvorienta de Victoria Street. «Quiero que venga-me dijo. Y luego añadió-: Quiero ir al cabo Crozier en invierno a investigar la embriogenia del pingüino emperador, pero no deseo hablar mucho sobre el tema; puede que nunca llegue a realizarse.» Pues bien, aquello era mejor que Victoria Street, donde los médicos estuvieron a punto de prohibirme que participara en el viaje porque a las personas de la acera de enfrente las veía como borrosas manchas en movimiento. Luego Bill habló del tema con Scott, y dijeron que podía ir si estaba dispuesto a aceptar el riesgo añadido que esto implicaba. En aquel momento habría aceptado cualquier cosa.

Cuando volvimos a la punta de la Cabaña tras el viaje del depósito, mientras paseábamos por aquel horrendo cinturón de hielo resbaladizo en pendiente por el que siempre imaginé que acabaría deslizándome hasta el fondo del mar, Bill me preguntó si quería acompañarlo y a quién elegiría como tercer compañero. Estaba claro a quién elegiríamos los dos, y aquella misma noche preguntamos a Bowers si quería venir. Evidentemente, acabamos por convencerlo. Y allí estábamos en ese momento. «Este viaje de invierno es una empresa nueva y osada -escribió Scott aquella noche en la cabaña-, pero la han acometido los hombres idóneos.»

Yo no estoy tan seguro. Con respecto a Bill y Birdie no cabía la menor duda; y en cuanto al tercer miembro de la expedición, es probable que Lashly hubiera sido la persona ideal. Sin embargo, Bill no veía con buenos ojos que un marinero realizara un viaje de tales características. «No se preocupan lo suficiente de sí mismos, y no se cuidan la ropa.» Pero Lashly era maravilloso. ¡Ojalá Scott hubiera formado un grupo de cuatro hombres para ir al polo y hubiera incluido a Lashly en él!

¿En qué consistía aquella empresa? ¿Por qué era el embrión del pingüino emperador tan importante para la ciencia? ¿Qué podía impulsar a tres exploradores cuerdos y con sentido común a arrastrar dos trineos en plena noche invernal hasta un cabo al que sólo se había llegado de día y tras enormes dificultades?

El emperador es un ave que no puede volar, se alimenta de peces y nunca pisa tierra firme. Pone sus huevos en pleno hielo y lleva a cabo todo el proceso de incubación cerca del hielo marino, colocando el huevo sobre las patas y apretándolo contra la parte inferior del abdomen. Pero si la

investigación de su embriogenia resulta tan importante es porque se trata, probablemente, del ave más primitiva que existe. El embrión muestra vestigios del desarrollo de un animal en épocas y fases antiguas; resume sus vidas anteriores. El embrión de un emperador puede servir para demostrar la existencia del eslabón perdido entre las aves y los reptiles de los que surgieron.

Hasta la fecha sólo se conocía un criadero de pingüinos emperador, que se hallaba en el hielo marino de una pequeña bahía situada en el punto del cabo Crozier que limita con la Barrera, y protegida por millas de crestas de presión, algunas de las cuales se contaban entre las más grandes de la Antártida. Se habían encontrado algunos polluelos en septiembre, por lo que Wilson calculaba que debían de poner los huevos a principios de julio. De ahí que emprendiéramos después del solsticio de invierno la expedición de búsqueda de huevos de ave más extraña que se haya realizado jamás.

Pero se nos estaba helando el sudor en la ropa, de modo que proseguimos la marcha. Lo único que podíamos ver era una mancha negra a nuestra izquierda. Era el promontorio del Turco. Cuando desapareció supimos que habíamos pasado la lengua del glaciar, la cual, aunque no la veíamos, ocultaba las rocas de detrás. Luego acampamos para comer.

El primer campamento permanece en mi memoria por la simple razón de que constituyó el comienzo de nuestro aprendizaje en materia de acampadas en la oscuridad. Si no llega a ser por la insufrible temperatura que tuvimos…

Soplaba el viento suficiente como para que no nos durmiéramos en los laureles… Primero nos quitamos los arneses y cada uno toma una correa del trineo; vamos a extender rápidamente la tela del suelo, y luego pondremos encima los sacos para sujetarla, y colocaremos las cañas de bambú y la cubierta interior de la tienda; aguántelas, Cherry. Ahora vamos a echar la cubierta exterior; y cuando pongamos la nieve sobre el reborde, que entre el cocinero con la vela y la caja de fósforos…

Así la montábamos; ésta era la forma en que estábamos acostumbrados a hacerlo, día tras día y noche tras noche, en primavera, verano y otoño, cuando el sol estaba todavía en el cielo o a punto de ponerse, y tirábamos de los trineos por la Barrera, nos quitábamos los guantes si era necesario y teníamos tiempo de sobra para entrar luego en calor. Era la época en que nos enorgullecíamos de tener el té hirviendo antes de que pasaran veinte minutos desde que nos quitábamos los arneses, la época en que se tenía por lento a quien quería trabajar con los guantes de piel puestos.

Pero ahora no nos salía. «Vamos a tener que hacerlo un poquitín más despacio -dijo Bill-, así nos iremos habituando a trabajar a oscuras.» Recuerdo que entonces todavía intentaba ir con las gafas puestas.

Aquella noche la pasamos en el hielo marino porque nos habíamos acercado demasiado al peñón del Castillo, y no llegamos a comer a la punta de la Cabaña hasta después de mediodía. Hablo de día y noche, pero en realidad eran prácticamente la misma cosa. Más adelante, cuando vimos que los días de veinticuatro horas se nos quedaban cortos para recorrer la distancia convenida, decidimos seguir adelante como si semejante convención no existiera, lo que en realidad era cierto. Ya nos habíamos percatado de que cocinar en tales condiciones iba a ser una tarea ardua, y de que el plan habitual de establecer turnos de una semana para tal fin no iba a haber quien lo aguantara, así que acordamos que cocinaría uno cada día. Para comer sólo llevábamos carne desecada, galletas y mantequilla; para beber teníamos té, y antes de acostarnos tomábamos agua caliente para entrar en calor.

Cuando aquella tarde salimos de la punta de la Cabaña, arrastramos con relativa facilidad las pesadas cargas que llevábamos en los dos trineos de 2,75 metros. Era el primer buen «arrastre» que hacíamos y también, aunque todavía no lo sabíamos, el único. Para un explorador que viaja con

trineos, un buen arrastre equivale a un arrastre fácil. Doblamos el cabo Armitage y proseguimos en dirección este. Sabíamos que el borde de la Barrera se extendía ante nosotros y también que los desprendimientos de hielo marino habían dejado el frente como un acantilado bajo cortado a pico. Por lo tanto teníamos que encontrar un lugar en el que la nieve hubiera formado un ventisquero. Nos topamos con uno inmediatamente, y de pronto nos vino encima un viento cortante que bajaba como siempre de la fría Barrera al hielo marino, y que estaba templado en comparación con ésta. La temperatura era de -44 °C, así que cometí una estupidez al quitarme los guantes para tirar de las cuerdas y subir los trineos. Cuando nos encaramamos a la Barrera y reanudamos la marcha, tenía congelados los diez dedos de las manos. No se me desentumecieron hasta que nos metimos en la tienda para cenar, y al cabo de unas horas me salieron en todos ellos dos o tres grandes ampollas de un par de centímetros de largo que me hicieron un daño atroz durante varios días.

Aquella noche acampamos a media milla del borde de la Barrera. La temperatura rozaba los -49 °C. Pasamos una noche bastante mala, y a la mañana siguiente (29 de junio) nos alegramos enormemente de poder salir de nuestros heladores sacos. Empezábamos a abrigar la sospecha (que más adelante se vería ampliamente confirmada) de que el único momento agradable del día era el del desayuno, ya que, con algo de suerte, no teníamos que meternos otra vez en los sacos de dormir hasta pasadas diecisiete horas.

Habría que repetir la experiencia para darse cuenta cabal de lo horrorosos que fueron los diecinueve días que nos costó ir desde el cabo

Evans hasta el cabo Crozier, y la persona que volviera a realizar el viaje sería una estúpida. Es imposible describirlo. Las semanas siguientes fueron placenteras en comparación, pero no porque las condiciones fueran mejores (fueron mucho peores), sino porque nos habíamos vuelto insensibles. Sin ir más lejos, yo había llegado a un grado de sufrimiento tal que en el fondo me daba igual morir si no sentía mucho dolor. Quienes hablan del heroísmo de los moribundos no saben lo que dicen. Sería tan fácil morir… Bastaría con una dosis de morfina, una grieta acogedora y un plácido sueño. El problema es seguir adelante-Ademas de la oscuridad. Creo que de día las temperaturas inferiores a los -55 °C no serían tan malas, pues uno podría ver hacia dónde va, dónde está pisando, donde están las correas del trineo, la olla, el hornillo y la comida; podría ver sus huellas, que al estar recién impresas en la blanda nieve le permitirían encontrar el camino de regreso al resto de la carga; podría ver las cuerdas de las bolsas de víveres; podría consultar la brújula sin mirar en tres o cuatro cajas diferentes para encontrar un fósforo seco; no tendría que buscar el reloj a tientas en la nieve para ver si ha llegado el feliz momento de salir del saco; ni tardaría cinco minutos en atar la puerta de la tienda, ni cinco horas en ponerse en marcha por la mañana…

Pero en aquella época no hubo día en que transcurrieran menos de cuatro horas desde el momento en que Bill exclamaba «¡Hora de levantarse!» hasta el momento en que nos poníamos los arneses. Para que uno pudiera ponerse el suyo se precisaba el concurso de los otros, y si lo lográbamos era haciendo un esfuerzo ímprobo, pues la lona y la ropa estaban congeladas, hasta el extremo de que a veces ni siquiera entre dos conseguíamos ponerlas de la forma adecuada.

El problema era el sudor y el aliento. Nunca me hubiera imaginado cuánto segrega el cuerpo por los poros de la piel. Los días más aciagos, aquellos en que teníamos que acampar para desentumecernos los pies tras hacer una jornada de sólo cuatro horas, se debían probablemente a todo lo que habíamos sudado. Y todo aquel sudor, en lugar de pasar por la porosa lana de nuestra ropa para que poco a poco pudiéramos secarnos, se congelaba y acumulaba. Salir de nuestra piel y transformarse en hielo era todo uno: cada vez que nos cambiábamos de calzado, sacábamos de dentro de los pantalones una enorme cantidad de nieve y hielo. También hubiéramos podido sacar el que

teníamos en la camiseta y entre ésta y la camisa, pero no podíamos quitarnos tanta ropa, claro está, aunque cuando nos metíamos en el saco de dormir, si teníamos suerte, generábamos durante la noche el calor suficiente para fundirlo: una parte se quedaba en la ropa, otra empapaba la piel de los sacos, y entre las dos no tardaban en formar una auténtica armadura. En cuanto al aliento, durante el día no causaba más complicación que la de cubrirnos de hielo la parte inferior de la cara y soldarnos el pasamontañas herméticamente a la cabeza. No servía de nada intentar quitárselo a menos que el hornillo llevara un buen rato encendido, momento en que uno podía expulsar el aire por todos lados si le apetecía. Los problemas de verdad surgían en el saco de dormir, y es que hacía demasiado frío como para mantener un agujero abierto por el que respirar. En consecuencia, el aliento se nos quedaba pegado a la piel durante toda la noche, y nuestra respiración iba acelerándose a medida que se enrarecía el aire dentro del saco, hasta el extremo de que resultaba imposible encender un fósforo en su interior o, en el mejor de los casos, mantenerlo encendido.

Claro que no nos quedamos congelados de inmediato: soportamos varios días en estas condiciones antes de pasar auténticos apuros en este sentido. Me di cuenta de lo que nos aguardaba un día en que salí de la tienda por la mañana, listo para cargar el trineo: después de desayunar, nos las habíamos apañado para calzarnos y nos habíamos armado de valor dentro de la tienda, donde se estaba relativamente abrigado. Una vez fuera, alcé la cabeza para mirar alrededor, pero entonces descubrí que no podía bajarla. Llevaba allí unos quince segundos, y la ropa se me había quedado rígida, por lo que me pasé unas cuatro horas arrastrando el trineo con la cabeza levantada. A partir de entonces tuvimos cuidado de agacharnos para ponernos en posición de arrastre antes de que se nos helara la ropa.

Ya nos habíamos percatado de que debíamos cambiar por completo el procedimiento que solíamos seguir cuando viajábamos con trineos: teníamos que hacerlo todo despacio, llevar los guantes de piel sobre los de lana siempre que fuera posible, y dejar lo que estuviéramos haciendo tan pronto como notáramos que se nos congelaba una parte del cuerpo y esperar a que se restableciera la circulación. En lo sucesivo no sería extraño que uno de nosotros diera pisotones en la nieve, agitase los brazos y tratara de desentumecer alguna parte afectada mientras los demás seguían con las labores del campamento. Pero así no lográbamos restablecer la circulación de nuestros pies; la única manera era acampar y beber algo de agua caliente antes de descalzarnos. La dificultad residía en averiguar si se nos habían quedado los pies helados o no, ya que lo único que sabíamos con seguridad era que habíamos perdido la sensibilidad en ellos. Aquí entraban en juego los conocimientos como médico de Wilson, quien en múltiples ocasiones hubo de decidir por los síntomas que le describíamos si acampábamos o proseguíamos la marcha una hora más. Una decisión equivocada podía acarrear un desastre, porque si uno de nosotros quedaba impedido, el grupo entero se vería en un difícil trance. Si hubiera ocurrido tal cosa, probablemente habríamos perecido todos.

El 29 de junio la temperatura fue durante todo el día de -45 °C y sopló una leve brisa que nos heló la cara y las manos. Debido al peso de los dos trineos y el mal estado de la superficie, avanzábamos a paso de tortuga, y cuando acampamos para comer, Wilson presentaba síntomas de congelación en el talón y la planta de un pie, y yo en los dos dedos gordos. Bowers nunca tuvo problemas en los pies a causa del frío.

Aquella noche la temperatura descendió a -54 °C; el 30 de junio, a la hora del desayuno, el termómetro marcaba -48 °C. A los sacos de dormir no les habíamos puesto los edredones para que se mantuvieran secos el mayor tiempo posible. A mí el saco de piel me quedaba grande, y durante todo aquel viaje resultó más difícil de descongelar que los otros dos; por otro lado, nunca se me rajaba, como le ocurría a Bil con el suyo.

Estábamos entrando en la fría bahía que se extiende entre la península de la Cabaña y la punta del Terror. Desde la expedición del Discovery se sabía que en aquel punto los vientos de la Barrera se desviaban y salían al estrecho de McMurdo (que se encontraba a nuestras espaldas) y al mar de Ross (que estaba delante) por el cabo Crozier. En consecuencia, los vientos nunca barren, endurecen y pulen la nieve de la superficie como en otras partes. La nieve se había convertido en una masa de cristales diminutos y durísimos, y con temperaturas bajas resultaba tan difícil arrastrar los trineos por ella como por un arenal. Ya he hablado anteriormente de las superficies de la Barrera y de cómo, cuando hace mucho frío, los patines de los trineos no pueden fundir las puntas de cristal, por lo que avanzan haciéndolas girar unas sobre otras. Este es el tipo de superficie que nos encontramos durante aquel viaje; si la nieve es blanda, el efecto se acentúa. Cada vez que dábamos un paso, el pie se nos hundía a gran profundidad.

Así pues, cuando el 30 de junio intentamos ponernos en marcha, nos encontramos con que no podíamos mover los dos trineos a la vez. No quedaba otro remedio que arrastrar uno en primer lugar y luego volver por el otro. Esto lo habíamos hecho muchas veces de día, cuando el único riesgo que se corre es que se levante de pronto una ventisca y borre las huellas. Pero ahora, como era de noche, resultaba más complicado. Desde las once de la mañana hasta las tres de la tarde tuvimos luz suficiente para ver los enormes agujeros que hacíamos con los pies, de modo que nos dedicamos a tirar de un trineo y volver trabajosamente sobre nuestros pasos para recoger el otro. Bowers enganchaba y desenganchaba los arneses cuando cambiábamos de trineo. Como es lógico, haciendo tandas de esta manera recorríamos tres millas por cada una que avanzábamos, y es que incluso arrastrar un solo trineo resultaba sumamente arduo. A la hora de comer hacía una temperatura de -52 °C. Después de la comida desapareció la poca luz que había, y cuando íbamos a recoger el segundo trineo llevábamos una simple vela encendida. Formábamos la procesión más extraña que quepa imaginarse: tres hombres congelados y un pequeño foco de luz. Por lo general nos orientábamos por Júpiter, y ahora cada vez que lo veo no puedo evitar recordar las muestras de amistad durante aquellos días.

íbamos muy silenciosos; hablar no resultaba fácil, aunque arrastrar trineos es siempre una actividad silenciosa. Recuerdo una larga discusión sobre las olas de frío que comenzamos precisamente por aquellas fechas: ¿eran ésas las condiciones habituales en la Barrera o se trataba sólo de una ola de frío? ¿Qué constituía una ola de frío? La discusión duró aproximadamente una semana. Hacer las cosas con lentitud, siempre con lentitud: tal era la carga que soportaba Wilson como jefe. De vez en cuando surgía la pregunta: «¿Seguimos?» Y él respondía que sí. «Creo que no hemos de preocuparnos mientras tengamos apetito», decía. Siempre paciente, sereno e imperturbable, Wilson era, en mi opinión, el único hombre en el mundo que podía dirigir semejante viaje.

Aquel día anduvimos tres millas y cuarto, para lo cual tuvimos que recorrer diez. El termómetro marcaba -54 °C cuando acampamos, y ya estábamos prácticamente congelados. Aquélla fue la última noche en que estuve acostado (iba a poner que dormí) en mi gran saco de reno sin el edredón que cada uno de nosotros llevaba. Para mí fue una noche espantosa, pues sufrí una serie de tiritonas que me vi completamente incapaz de dominar. Cada vez que me daba una, atenazaba mi cuerpo durante varios minutos, hasta que llegué a pensar que se me iba a romper la espalda de la fuerza con que se estremecía. Para que luego hablen del castañeteo de dientes: cuando uno pasa frío de verdad le castañetea todo el cuerpo. Esas sacudidas sólo puedo compararlas con las que sufre un enfermo de tétanos, algo que he tenido la desgracia de ver con mis propios ojos. Tenía congelado uno de los dedos gordos de los pies, pero ignoro desde cuándo. Wilson estaba bastante cómodo en su saco, que era más pequeño, y Bowers roncaba con fuerza. La temperatura mínima que marcó el termómetro

aquella noche debajo del trineo fue de -56 °C, y encima de él, -59,5 °C.

El 1 de julio volvimos a hacer tandas, pero el arrastre nos resultó aún más difícil, y mover sólo un trineo nos costó Dios y ayuda. A partir de aquel momento Wilson y yo empezamos a sufrir una curiosa ilusión óptica cuando regresábamos a recoger el otro trineo. (A Bowers también le ocurrió, aunque en menor medida.) Ya he dicho antes que buscábamos el camino de vuelta siguiendo nuestras huellas con ayuda de una vela. Pues bien, en nuestras fatigadas mentes esos agujeros dejaron de ser depresiones y se transformaron en elevaciones; de pronto eran montículos sobre los que teníamos que pasar, levantando los pies con gran dificultad y dolor. Luego nos dábamos cuenta de lo que hacíamos, nos decíamos que éramos unos tontos y nos obligábamos durante un rato a atravesar las fantasmales colinas. Sin embargo, ésta no fue una solución duradera, y al cabo de unos días comprendimos que debíamos resignarnos a aquel disparate, ya que no podíamos hacer nada para remediarlo. Pero acabó con nuestras fuerzas, claro está.

Durante aquellos días las ampollas que tenía en los dedos me dolieron sobremanera. Mucho antes de que se me quedaran las manos heladas (o cualquier cosa menos frías), lo cual era desde luego algo normal, lo que tenía dentro de aquellas grandes ampollas, que me cubrían los dedos y sólo separaba una delgada piel, se transformó en hielo. Manejar los utensilios de cocina o las bolsas de la comida era un suplicio; encender el hornillo, peor aún. Cuando un día después de la cena conseguí por fin reventar cinco o seis de ellas y sacar el líquido que contenían, sentí un enorme alivio. A partir de entonces todas las noches hice lo mismo con las que pude, hasta que poco a poco fueron desapareciendo. A veces se hacía difícil no soltar un grito.

No hubo ni una sola hora del día durante aquella temporada en que no me entraran ganas de ponerme a dar gritos. Pero para evitarlo me inventé una fórmula, que me repetía una y otra vez. Recuerdo que me resultaba útil sobre todo al final de la marcha, cuando con los pies congelados, el corazón latiéndome lentamente, el ánimo de capa caída y el cuerpo aterido de frío, agarraba la pala para echar nieve sobre el reborde de la tienda mientras dentro de ella el cocinero trataba de encender el hornillo. «Vas a llevarte una buena. Aguanta, aguanta… Vas a llevarte una buena», era el estribillo que me repetía una y otra vez. Necesitaba todo el aliento que pudiera proporcionarme. De pronto me oía a mí mismo repetir: «Aguanta, aguanta, aguanta, aguanta», y luego: «Vas a llevarte una buena.» Uno de los placeres de los viajes de verano es que uno puede echar a volar la imaginación durante semanas. Oates solía aprovisionar su pequeño yate (iba a llevar arenque en vinagre), y yo me inventé una pequeña estantería giratoria que ocupaba poquísimo espacio; pero no iba a poner libros en ella, sino carne desecada, chocolate, galletas, cacao y azúcar, y también una olla encima, y además iba a tenerla siempre preparada para así poder quitarme el hambre en cuanto llegara a casa. También íbamos a restaurantes, teatros y a cazar urogallos, y pensábamos en una chica bonita, o en varias y… Pero ahora todo eso era imposible. La situación no nos daba tregua: no había manera de pensar en otra cosa. No teníamos respiro. Consideré preferible no pensar ni en el pasado ni en el futuro: tenía que vivir exclusivamente para la tarea que hubiera que hacer en aquel momento y obligarme a pensar sólo en la manera de llevarla a cabo con eficacia. Y es que en cuanto uno dejaba volar la imaginación…

Aquel día (1 de julio) también nos molestó un desagradable vientecillo que nos pegaba en la cara. Estábamos a -54 °C, y a tal temperatura el efecto de una simple brisa ligera es demoledor, pues congela de inmediato cualquier parte descubierta del cuerpo. Pero nos pusimos alrededor del pasamontañas los pedazos forrados de piel que habíamos confeccionado en la cabaña con nuestras prendas de abrigo. Así llevábamos la nariz tapada, lo cual resultaba sumamente agradable. Nuestro aliento hallaba en las telas otros lugares donde congelarse, de suerte que la parte inferior de la cara

no tardaba en cubrirse de placas de hielo macizo, lo que constituía de por sí una protección añadida. Esto ocurría de forma habitual, y no resultaba incómodo: la barba evitaba que se nos formara hielo en la piel, y en lo a mí respecta, hasta el momento en que me quitaba el pasamontañas para beberme el hoosh, prefería tener hielo a no tenerlo. Sólo recorrimos dos millas y cuarto, y nos llevó ocho horas.

Aquella noche soplaron vientos de fuerza 3, hizo una temperatura de -54 °C y se levantó algo de nieve en polvo. Era un tiempo bastante malo, pero por suerte a la mañana siguiente (2 de julio) el viento ya había remitido y soplaba flojo cuando reanudamos la marcha. El termómetro marcaba-51 °C, y así se mantuvo durante todo el día, hasta que bajó a última hora de la tarde. A las cuatro vimos que a la izquierda se formaba un banco de niebla sobre la península, y al mismo tiempo observamos que se nos descongelaban los guantes en la manos y se desdibujaba el perfil de la isla que nos mostraban las estrellas. Recorrimos dos millas y media haciendo las tandas de costumbre y acampamos a las ocho de la tarde con una temperatura de -54 °C. Fue una marcha realmente espantosa; a la hora de comer tenía congeladas partes de los dos píes, y después de cenar me reventé seis o siete de las peores ampollas, lo cual me produjo un alivio considerable.

Me resulta divertido oír decir a la gente cosas como: «Oh, en Canadá tuvimos temperaturas inferiores a -45 °C, y a mí no me pareció que fuera para tanto» o «En Siberia llegué a estar a cincuenta y pico bajo cero». Uno se entera luego de que llevaban ropa seca en buen estado, de que dormían profundamente toda la noche en una cama confortable y ventilada y de que lo único que hacían era salir unos minutos después de comer de una cabaña abrigada o de un tren con la calefacción demasiado fuerte. Y lo consideran una experiencia digna de ser recordada. ¡Bueno…! Como experiencia con el frío, eso sólo puede compararse con tomarse un helado de vainilla con crema de chocolate caliente tras una excelente cena en el Claridge. En cambio nosotros, teniendo en cuenta la situación en que nos encontrábamos en aquel momento, empezábamos a considerar las temperaturas por encima de -45 °C un luj o poco frecuente.

Aquella noche vimos que la luna estaba en creciente y decidimos renunciar a nuestra vela. Habíamos emprendido el viaje antes que la luna a propósito aunque, como se verá, nos proporcionó poca luz. No obstante, gracias a ella logramos escapar en una ocasión a una muerte violenta.

Ocurrió poco después, cuando nos encontrábamos entre unas grietas, con el Terror a la izquierda, elevándose sobre nosotros, aunque invisible, y las crestas de presión de la Barrera a la derecha. Estábamos perdidos en la oscuridad y lo único que sabíamos era que íbamos descendiendo, ya que el trineo casi nos daba en los tobillos. Llevábamos todo el día sin luz; la luna estaba tapada por las nubes, y no la veíamos desde el día anterior. De pronto, un trecho de cielo despejado se deslizó sobre su cara, por así decirlo, y tres pasos más adelante nos mostró una enorme grieta en la que sólo había una brillante cubierta helada no más gruesa que un pedazo de vidrio. Si no llega a ser por ella nos habríamos caído, y sin duda el trineo se habría deslizado detrás de nosotros. Después de aquello pensé que teníamos alguna posibilidad de salir adelante: Dios no podía ser tan cruel como para habernos salvado y luego prolongar nuestra agonía.

Pero por el momento no teníamos por qué preocuparnos de las grietas, pues no habíamos llegado al largo trecho en que la Barrera en movimiento, con el peso de varios cientos de millas de hielo a sus espaldas, choca contra las faldas del monte Terror, que se eleva a una altura de 3.350 metros. Seguíamos andando a trancas y barrancas por aquella zona abrigada, donde los pies se nos hundían hasta los tobillos en la blanda nieve arenosa. Parecía no tener fondo, y como la nieve estaba prácticamente a temperatura ambiente, los pies, al igual que el resto del cuerpo, fueron quedándosenos fríos mientras avanzábamos. Normalmente, cuando uno tira de un trineo empieza a

entrar en calor al cabo de un cuarto de hora, pero en aquel caso sucedía justo al revés. Todavía me sorprendo dando golpes inconscientemente con los dedos del píe derecho contra el talón del izquierdo, costumbre que adquirí en aquel viaje, pues lo hacía cada vez que nos deteníamos. Bueno, no lo hice todas las veces, pues hubo una en que simplemente nos tendimos boca arriba y fijamos la vista en el cielo, donde, según los otros, brillaba la aurora más maravillosa que habían visto en su vida. Yo no la vi, porque no podía llevar gafas por culpa del frío. Cuando íbamos en dirección este, siempre teníamos la aurora ante nosotros, más bella que cualquiera de las que pudieron ver las expediciones anteriores que pasaron el invierno en el estrecho de McMurdo, donde el Erebus debía de tapar los espectáculos más vistosos. Ahora el cielo estaba cubierto en su mayor parte de cortinas balanceantes que se fundían en lo alto en un magnífico remolino de color amarillo limón, verde y naranja.

Aquella noche la temperatura mínima fue de -54 °C, y durante el 3 de julio osciló entre -46 °C y -50 °C. Anduvimos sólo dos millas y media, y para entonces yo ya había llegado a la conclusión, en mi fuero interno, de que no teníamos la más remota posibilidad de llegar a donde se encontraban los pingüinos. Estoy seguro de que Bill lo pasó muy mal durante aquellas noches, aunque no se trata más que de una impresión, ya que nunca dijo nada en ese sentido. Sabíamos que dormíamos, pues nos oíamos roncar mutuamente, y también que teníamos sueños y pesadillas; pero apenas éramos conscientes de ello, y ya empezábamos a quedarnos adormilados cada vez que hacíamos un alto en el camino.

Los sacos de dormir se encontraban en muy malas condiciones, y nos costaba mucho descongelarlos para meternos en ellos por la noche. Bill extendía el suyo en el centro, Bowers el suyo a la derecha y yo el mío a la izquierda. Siempre insistía en que empezara a meter yo las piernas en el mío antes que él, y es que después de cenar caliente nos quedábamos fríos enseguida, de modo que era un gesto harto generoso de su parte. Luego nos pasábamos siete horas temblando, y lo primero que hacíamos tan pronto como salíamos de los sacos por la mañana era meter nuestros efectos personales en la abertura de los sacos antes de que se congelaran; de este modo formaban un tapón que, cuando los quitábamos, dejaba un agujero helado por el que podíamos empezar a meternos por la noche.

Nos quedábamos atrapados de formas extrañas cuando tratábamos de meter las extremidades en el saco, y de resultas de ello sufríamos unos calambres espantosos. Esperábamos y luego frotábamos, pero introducirnos en ellos y quedársenos las piernas atenazadas era todo uno. Los retortijones de tripas también constituían un suplicio, sobre todo para Bowers. Empezamos a dejar el hornillo un rato encendido después de la cena (que era lo único que nos permitía seguir adelante), y cuando la persona que lo sostenía sufría un retortijón, nos apresurábamos a tomárselo de las manos hasta que se le pasaba el espasmo. A veces era horrible ver a Birdie sufrir dolores de tripa: no cabe duda de que eran mucho más intensos que los que sufríamos Bill y yo. Yo tuve mucha acidez de estómago, sobre todo por la noche, en el saco de dormir; la causa debía de ser la gran cantidad de grasa que comíamos. Cometí la estupidez de no decir nada al respecto durante mucho tiempo. Luego, en cuanto Bill se enteró de lo que me pasaba, me dio algo de su botiquín y me sentí mejor.

Siempre era Birdie quien encendía la vela por la mañana, lo cual era toda una heroicidad. Bastaba con mirarlos para que los fósforos se cubrieran de humedad. Supongo que esto obedecía en parte al hecho de que la tienda estaba relativamente caliente cuando entrábamos con ellos, y en parte a que nos metíamos las cajas en los bolsillos. A veces para encender uno era necesario intentarlo antes con cuatro o cinco cajas. La temperatura de las cajas y los fósforos era de -55 °C, y en cuanto rozábamos el metal con la piel desnuda, teníamos síntomas de congelación. Si uno no se quitaba los

guantes apenas notaba nada, máxime si se le habían encallecido ya las yemas de los dedos. Encender la luz por la mañana suponía pasar un frío horroroso, y resultaba aún más duro porque no sabíamos si era ya hora de levantarse. Bill insistía en que teníamos que permanecer acostados en el saco siete horas todas las noches.

En el mundo civilizado a los hombres se les acepta tal y como son porque existen muchas formas de disimulo, y además hay muy poco tiempo y puede que incluso muy poca comprensión. Esto no ocurre en el sur. Estos hombres hicieron el viaje de invierno y sobrevivieron; luego hicieron el viaje al polo y murieron. Eran de oro de ley, relucientes y puros. No puedo expresar con palabras lo buenos compañeros que eran.

No hubo ni un solo momento en aquellos días ni durante los siguientes (que en su oscura severidad diría que fueron los peores que haya podido vivir un ser humano) en que saliera de sus labios una sola palabra irreflexiva o airada. Cuando más adelante tuvimos la seguridad de que íbamos a morir (en la medida en que uno puede estar seguro de algo), se mostraron animados, y a mi juicio sus canciones y palabras de aliento fueron totalmente naturales. Tampoco sintieron zozobra en las situaciones de emergencia sino que siempre reaccionaron con toda la rapidez que permitían las circunstancias. Resulta difícil aceptar que a menudo sean hombres como éstos los primeros en morir cuando quedan otros mucho menos dignos.

Hay quien ha escrito acerca de las expediciones polares como si fueran la cosa más fácil del mundo. Sospecho que confían en que el público diga: «¡Qué hombre tan admirable! Sabemos los horrores que ha soportado, pero hay que ver qué poca importancia concede a todas las dificultades y adversidades que ha sufrido.» Otros han caído en el otro extremo. No sé de qué sirve intentar impresionar a un lector no iniciado haciendo que una temperatura de -28 °C parezca algo formidable. Yo no quiero hacer ni una cosa ni la otra. Sólo pretendo decir que fue un viaje pavoroso y que, si resulta soportable e incluso agradable de recordar, es gracias a las cualidades de mis dos difuntos compañeros. Por otra parte, no deseo que parezca más horrible de lo que lo fue en realidad: el lector debe tener la seguridad de que no exagero.

Durante la noche del 3 de julio la temperatura descendió a -54 °C, pero a la mañana siguiente, cuando despertamos (aquella mañana despertamos de verdad), sentimos un gran alivio. El termómetro sólo marcaba -33 °C, el viento soplaba a unas 15 millas por hora y nevaba copiosamente. Aquello sólo duró unas horas, y sabíamos que fuera de la zona de calma en la que nos encontrábamos en aquel momento debía de estar descargando una temporal huracanado, pero tuvimos tiempo de dormir y descansar, y de descongelarnos de arriba abajo, mojarnos y entrar en calor en los sacos de dormir. Aquella suave tormenta supuso un gran alivio, para mí al menos, pese a que éramos conscientes de que el equipo estaría peor que nunca cuando empezara a hacer frío de nuevo. Ponernos en marcha era totalmente imposible. Durante el transcurso del día la temperatura descendió a -42 °C. Por la noche llegó a-48 °C.

Debido a la blanda nieve que había caído, la superficie estaba casi impracticable al día siguiente (5 de julio). Hicimos tandas como de costumbre, y conseguimos arrastrar los trineos durante ocho horas, pero sólo avanzamos una milla y media. La temperatura oscilaba entre -48 °C y -51 °C. En una ocasión se levantó una brisa bastante fuerte que tuvo un efecto paralizador. La luna mostraba un enorme halo y un rayo vertical, y se veían lunas falsas. Confiábamos en estar subiendo el largo cabo nevado que señala el comienzo del monte Terror. Aquella noche la temperatura alcanzó -59 °C; a la hora del desayuno teníamos -56,5 °C, y a mediodía -60 °C. Aquel día permanece en mi memoria como el día en que descubrí que no merece la pena tomar datos. Cuando Bowers miró el termómetro marcaba -60,8 °C, que supongo es todo el frío que uno está dispuesto a soportar a

oscuras y con la ropa y el equipo congelados. La temperatura más baja que registró la expedición del viaje de primavera del Discovery fue de -55,4 °C, (*En la Real Sociedad de Geografía se conserva un termómetro que registró -60,5 °C en la base de invierno del buque británico Alert. Ignoro si se encontraba dentro de una estación meteorológica.*) y en aquella época viajar con trineos durante catorce días era mucho tiempo para una expedición de primavera, y eso a pesar de que viajaban con luz de sol. Nosotros llevábamos diez días de marcha y confiábamos en estar seis semanas de viaje.

Por suerte, no tuvimos viento. La vela no dejó de arder en ningún momento cuando volvimos por el otro trineo, pero bastaba con que rozáramos un instante con los dedos desnudos un pedazo de metal para que se nos congelaran. Si ya era difícil abrochar las hebillas de la correa para tirar del trineo cargado, aún lo era más manejar la olla, las tazas, las cucharas, el hornillo o la lata de queroseno. Ignoro cómo se las apañó Bowers con los instrumentos meteorológicos, pero tomó todos los datos a la perfección. Sin embargo, si uno respiraba cerca del papel, éste se cubría al punto de una película de hielo que el lápiz no podía penetrar. Manejar cuerdas siempre equivalía a pasar frío, pero con aquellas temperaturas era algo espantoso. Enganchar los arneses al trineo del que íbamos a tirar, desengancharlos al acabar un tramo, atar los sacos de dormir por la mañana y sujetar la olla encima de la caja del instrumental eran tareas difíciles, pero no tanto como atar las cuerdas más pequeñas, que eran como cordones de hielo. Una de las peores era la de la bolsa de la comida de la semana, aunque las de las bolsas de mantequilla, té y carne desecada que había dentro eran aún más delgadas. Pero la más endiablada de todas era la de la puerta de la tienda: semejaba alambre, y aun así había que apretarla bien. Si uno tenía que salir durante las siete horas que pasábamos en los sacos de dormir, tenía que atar una cuerda rígida como una barra de hierro y derretir el hielo de un saco duro como una tabla. El punto de inflamación del queroseno que teníamos era adecuado para temperaturas bajas y sólo estaba algo lechoso: era muy difícil partir trocitos de mantequilla.

Aquella noche la temperatura fue de -59,9 °C; no voy a negar que esto me convenció de que Dante estaba en lo cierto cuando situó los círculos de hielo por debajo de los círculos de fuego. Aun así, de vez en cuando lográbamos dormir y nos pasábamos todas las noches siete horas acostados. Bill no dejaba de preguntarnos si queríamos regresar, y siempre respondíamos que no. Aun así, nada me habría gustado más que eso: estaba plenamente seguro de que era un auténtico disparate soñar con que llegaríamos al cabo Crozier. Aquel día anduvimos milla y media esforzándonos al máximo y haciendo tandas como de costumbre. No estaba nada mal, sobre todo si se tiene en cuenta que el cabo Crozier distaba 67 millas del cabo Evans.

En más de una ocasión durante mi corta vida me ha impresionado la importancia que tienen las personas que permanecen ciegas a lo que a otras con sentido común les parece cierto: son ellas las que logran lo imposible. Nunca comentábamos lo que nos pasaba por la cabeza: hablábamos de la Edad de Piedra que se avecinaba, durante la cual construiríamos nuestro acogedor y abrigado refugio de piedra en las laderas del monte Terror, alimentaríamos la lumbre con grasa de pingüino y conservaríamos crías de emperador en un ambiente cálido y seco. Éramos personas bastante Inteligentes, y debíamos de saber que no íbamos a ver los pingüinos y que era una locura continuar. Sin embargo, con serena perseverancia, unidos por una sólida amistad y comportándose casi con dulzura, aquellos dos hombres siguieron adelante. Yo sólo hacía lo que me decían.

Es aconsejable que el cuerpo trabaje, se alimente y duerma siguiendo un horario regular, algo que se olvida con demasiada frecuencia cuando se viaja con trineos. Pero fue precisamente entonces cuando comprendimos que las veinticuatro horas del día no nos daban para marchar durante ocho horas y permanecer siete más metidos en los sacos de dormir: las condiciones eran tales que nos costaba más de nueve horas hacer el trabajo rutinario del campamento. En consecuencia, dejamos de

regirnos por la imaginaria diferencia entre el día y la noche, y cuando nos pusimos en marcha el viernes, 7 de julio, ya era más de mediodía. El termómetro marcaba -55 °C y había una espesa niebla blanca: en general tuvimos una idea sumamente vaga de nuestra situación, y acampamos a las diez de la noche tras recorrer sólo una milla y tres cuartos en todo el día. Pero fue un auténtico alivio. En lugar de sacar fuerzas de flaqueza, nuestros corazones palpitaban de una forma más normal. Acampar fue más fácil, teníamos algo de sensibilidad en las manos y los pies no se nos habían entumecido. Birdie consultó el termómetro y vio que marcaba sólo -48 °C. «Si decimos a la gente que estar a sólo -48 °C puede constituir un enorme alivio, no nos creerá, así de sencillo», recuerdo que dije. Puede que el lector no me crea, pero así fue. Aquella noche escribí: «Después de todo, hacer algo que no se ha hecho nunca no está nada mal.» Y es que la situación empezaba a mejorar.

Nuestros corazones estaban portándose como valientes. Hacia el final de la jornada ya casi no podían más y tenían dificultades para bombear sangre hacia las extremidades. Fueron pocos los días en que a Wilson y a mí no se nos congeló alguna parte de los pies. Sospecho que cuando acampábamos, nuestros corazones ya estaban débiles y latían con relativa lentitud. No podíamos hacer nada hasta que preparábamos una bebida caliente: té para comer y agua caliente para cenar. Apenas nos poníamos a beber, el efecto era maravilloso: según Wilson, era como apoyar una botella de agua caliente sobre el corazón. Los latidos se volvían muy rápidos y fuertes, y uno notaba que el calor se extendía hacia fuera y hacia abajo. Entonces nos quitábamos el calzado: las polainas (cortadas por la mitad y recogidas sobre los bajos de los pantalones), las botas, elsaennegrass, los calcetines de crin y los dos pares de calcetines de lana. Luego nos calentábamos los pies y tratábamos de convencernos de que estábamos contentos: si a uno se le congela una parte del cuerpo, no siente dolor alguno hasta que empieza a descongelarse. Luego salen las ampollas, y a continuación los trozos de piel muerta.

Bill estaba preocupado. Por lo visto Scott había salido a pasear con él en un par de ocasiones durante el invierno para intentar convencerle de que no fuera, pero al final había accedido, aunque había puesto como condición que nos trajera ilesos. Bill respetaba enormemente a Scott, tanto es así que más adelante, cuando nos disponíamos a lanzarnos a la aventura de regresar a la base por la Barrera y nuestra situación era desesperada, le preocuparía más dejar material en el cabo Crozier que nuestra propia situación; le preocupaba incluso abandonar material científico, que no nos iba a servir para nada y del que teníamos mucho más en la cabaña. «Scott nunca me perdonará si dejo el equipo aquí», dijo. Es un buen principio para los viajes con trineos, y quienes no lo respetan o dejan parte del cargamento en un sitio para volver más tarde a recogerlo no suelen formar un buen grupo de expedicionarios. Eso sí, también es un principio del que se puede abusar.

Ahora Bill se sentía terriblemente responsable de nosotros. No cesaba de decir que lo lamentaba, pero no se había imaginado ni por un instante que las condiciones pudieran ser tan malas. Tenía la sensación de que, al habernos pedido que lo acompañáramos, en cierto modo se le podía considerar culpable de nuestros problemas. Cuando un jefe tiene esa sensación con respecto a sus hombres, se obtienen resultados mucho mejores si los hombres son buenos; si los hombres son malos o incluso mediocres, intentarán aprovecharse de lo que, a su modo de ver, constituye una debilidad.

La noche del 7 de julio la temperatura alcanzó los -50 °C.

El 8 de julio vimos la primera señal de que podíamos estar llegando al final de aquella zona de nieve blanda y pulverulenta en forma de granos de tapioca. Arrastrar los trineos por ella suponía un esfuerzo ímprobo; de vez en cuando nuestras botas atravesaban una fina «costra» y se hundían. Esto significaba que soplaba algo de viento, y en ocasiones nuestros pies caían sobre una superficie dura y resbaladiza debajo de la blanda nieve. Estábamos rodeados de niebla, que parecía avanzar con

nosotros, y sobre la techumbre del cielo brillaba una luna lejana. Orientarse era tan difícil como arrastrar los trineos: por la mañana, tras pasarnos cuatro horas bregando, recorrimos únicamente milla y cuarto; por la tarde sólo recorrimos una. La temperatura era de -49 °C y soplaba brisa. Fue algo horroroso.

A primera hora del día siguiente empezó a nevar; la niebla era espesa, y al levantarnos no pudimos ver nada por ningún lado. Al cabo de cuatro horas, que era lo que generalmente nos costaba prepararnos por la mañana, llegamos a la conclusión de que resultaba imposible hacer tandas pues nunca conseguiríamos encontrar nuestras huellas cuando fuéramos a recoger el otro trineo. Cuál no sería nuestra alegría al descubrir que podíamos mover los dos trineos a la vez; creo que esto se debió sobre todo a que la temperatura había ascendido a -38 °C.

Como hacía ya cuatro días que teníamos niebla, aparte de la oscuridad habitual, pensamos que no podíamos encontrarnos lejos de tierra firme. Cerca de allí estaría la punta del Terror, y la niebla debía de causarla el aire húmedo y caliente procedente del mar que subía entre las grietas y las crestas de presión, pues se cree que la Barrera flota sobre las aguas.

Ojalá pudiera llevar al lector a la Gran Barrera de Hielo una tarde tranquila a última hora, cuando el sol empieza a esconderse tras el horizonte en plena noche, y enseñarle las tonalidades otoñales de la isla de Ross. Voy a echar una última ojeada antes de acostarme; hoy ha sido una buena jornada y me siento a gusto porque tengo en el estómago una buena cantidad de sustanciosa carne desecada; percibo el acogedor olor a tabaco que sale de la tienda, noto el suave y agradable roce de las pieles y sé que pronto me entregaré a un profundo sueño. Sobre la nieve se extienden los colores más delicados que ha creado Dios; al oeste, sobre el Erebus, cuya nube de humo apenas logra agitar el viento; y al este, sobre el Terror, a menos altura y con una forma más regular. Qué tranquilo está todo, y qué majestuoso es.

Esto es lo que habría podido ver el lector cuatro meses antes sí hubiera salido a la llanura de la Barrera. Al pie del monte, a la derecha, en el punto más oriental de la isla, asoma entre los grandes ventisqueros la negra silueta de una roca: es el Collado. Más allá se yerguen los acantilados del cabo Crozier; el Collado parece muy bajo, y los acantilados se ocultan a la vista, pese a que forman un escarpado precipicio de casi 250 metros que da directamente al mar.

A la altura del cabo Crozier se une a la isla el borde de la Barrera, un acantilado de hielo de 400 millas de largo y 60 metros de alto. La Barrera avanza sobre la isla a una velocidad que a veces llega a la milla al año. Quizás el lector consiga imaginar los estragos que esto produce: se levantan unas crestas de presión a cuyo lado las olas del mar semejan los caballones de un campo labrado. En el cabo Crozier son aún peores, pero se extienden a lo largo de la falda sur del Terror, en línea paralela a la isla. Las irregularidades que causa el cabo en el terreno se hacen patentes en el campamento del desvío, a unas 40 millas de distancia, por las grietas que uno se encuentra y las crestas que ha de cruzar de vez en cuando.

Los expedicionarios del Discovery descubrieron una pequeña bahía formada por la presión que ejercía la Barrera en su punto de unión con el cabo de Crozier. En el hielo marino encontraron el único criadero de pingüinos emperador que se había visto nunca. Las ventiscas que despejaban el mar de Ross no se llevaban el hielo acumulado en aquel punto, aunque era fácil llegar a mar abierto desde él y encontrar canales de agua. Gracias a ello, los emperadores tenían un lugar donde poner los huevos y la posibilidad de encontrar comida. Así pues, teníamos que andar a lo largo de las crestas de presión hasta alcanzar el Collado y luego cruzar las crestas para llegar a la bahía de los emperadores. Y todo ello a oscuras.

La punta del Terror, a la que nos acercábamos envueltos en niebla, dista 20 millas

aproximadamente del Collado y remata en una larga lengua de nieve que se adentra en la Barrera. Los miembros del Discovery habían recorrido aquella ruta de día en numerosas ocasiones, y

Wilson sabía que entre el monte y las crestas que se levantaban paralelas a éste corría un estrecho sendero exento de grietas. Pero caminar de día por un corredor es una cosa, y otra muy distinta intentar hacerlo de noche, sobre todo si en lugar de paredes uno sólo dispone de grietas para corregir el rumbo. En cualquier caso, la punta del Terror no podía encontrarse muy lejos, y ante nosotros se distinguía vagamente el saliente de nieve que se interponía entre la Barrera y el monte, único punto por el que podíamos avanzar.

Como los ojos ya no nos servían prácticamente para nada, empezamos a darnos cuenta de lo mucho que podíamos hacer con los pies y el oído. La impresión que produce caminar con finnesko es muy semejante a la que uno sentiría si llevara guantes en los pies, y la sensibilidad que se tiene sólo se puede comparar a la que se posee cuando se anda descalzo. Por lo tanto, podíamos notar todas las irregularidades de la superficie, todas las costras que rompíamos al andar y todos los trechos duros que había debajo de la nieve blanda. Pronto empezamos a servirnos cada vez más del ruido que hacíamos al pisar para saber si nos encontrábamos en la zona de las grietas o en terreno firme. A partir de entonces marchamos casi ininterrumpidamente entre grietas. Aborrezco las grietas en pleno día, cuando uno puede hacer muchas cosas para evitarlas pero si cae en una al menos se puede ver dónde están las paredes, hacia dónde van y cuál es la mejor manera de salir; los compañeros pueden ver el trineo al que va atado el arnés de uno, pueden encontrar la manera más segura de sujetarlo una vez que lo han parado, y si uno está colgado a cinco metros de profundidad decidir cómo han de maniobrar cerca del borde de la grieta para subirle a la superficie; además, por lo general la ropa que uno lleva sigue guardando cierta semejanza con la ropa normal. Las grietas son algo pavoroso incluso en condiciones idóneas, es decir, con buena luz, temperaturas altas y viento en calma, tanto si uno arrastra los trineos por una superficie de nieve llana y uniforme, sin saber si va a precipitarse en un abismo sin fondo, como si va corriendo a por la cuerda Alpine y el trineo para ayudar a un compañero que ha desaparecido. A veces sueño con los malos días que pasamos en el glaciar Beardmore y en otras partes, días en que algunos hombres se cayeron en grietas y quedaron enganchados de los arneses y los fiadores varias veces en una hora. En una ocasión, en el glaciar Beardmore, un hombre que tiraba de mi trineo se cayó de cabeza, y otro se quedó colgado del arnés ocho veces en veinticinco minutos. Uno siempre se preguntaba si el arnés aguantaría cuando se produjera el tirón. Pero aquella temporada fue una delicia en comparación con los días que pasamos entre las grietas del cabo Crozier, durante los cuales parecía que estábamos jugando a la gallinita ciega con los pingüinos emperador.

Nuestras dificultades aumentaron en gran medida por el estado en que se encontraba nuestra ropa. Incluso vestidos con plomo nos habría resultado más fácil mover los brazos, el cuello y la cabeza. Si se hubiera extendido a las piernas la misma cantidad de hielo que llevábamos en las demás extremidades, creo que todavía nos encontraríamos allí, de pie e incapaces de movernos, pero afortunadamente podíamos separar las perneras de los pantalones. Ponernos los arneses de lona era cosa de locos; esta dificultad se nos planteó casi desde el principio del viaje, y como tontos decidimos dejárnoslos puestos para comer; dentro de la tienda se descongelaban y luego, cuando se volvían a helar, se ponían duros como tablas. La ropa se ponía igual de rígida y formaba todos los ángulos y pliegues que quepa imaginar. Colocar una tabla sobre otra requería el concurso de quien pretendía llevarlos y de sus dos compañeros, operación que había que repetir dos veces al día con cada uno de nosotros. Dios sabe cuánto tardábamos en hacerlo, pero dudo que pasáramos menos de cinco minutos dando golpes.

Mientras nos acercábamos a la punta del Terror en medio de la niebla, tuvimos la impresión de que subíamos y bajábamos por varias elevaciones. Ora notábamos una nieve dura y resbaladiza bajo los pies, ora atravesábamos una costra de la superficie. De repente surgió ante nosotros algo borroso, indefinible, monstruoso. Recuerdo que tuve la sensación de que estábamos rodeados de fantasmas cuando desenganchamos los arneses, los atamos unos a otros y, sujetos de aquella manera, subimos por aquella extensión de hielo. La luna mostraba en lo alto una tremenda cumbre montañosa envuelta en niebla; cuando llegamos arriba advertimos que nos encontrábamos sobre una cresta de presión. Nos detuvimos, nos miramos los unos a los otros y de pronto oímos un estallido justo debajo de nuestros pies. Luego oímos más, y también crujidos y gemidos, y es que el hielo se movía, y estaba resquebrajándose como si fuera de cristal. Por todos lados se abrían grietas, algunas de las cuales llegaban a medir cientos de metros. Aunque acabaríamos acostumbrándonos a ello, en un primer momento el efecto que nos causó fue sobrecogedor. Aquel viaje fue desde el principio hasta el final de lo más variado, y no tuvo nada de esa monotonía que resulta inevitable en verano cuando se recorren con los trineos largas distancias por la Barrera. Lo único que se nos hizo monótono de verdad fueron las ininterrumpidas tiritonas que sufríamos cada vez que nos metíamos en nuestros horrorosos sacos de dormir. Más adelante tendríamos congelaciones incluso metidos en ellos. Cuando esto sucede, es que las cosas no van nada bien.

En lugar de la luna sólo se veía una luz difusa. Nos quedamos quietos en medio de la niebla, iluminados por aquella claridad que bastaba para ver el borde de una cresta delante de nosotros y el de otra a nuestra izquierda. Estábamos totalmente desconcertados. El profundo fragor del hielo continuaba; puede que la marea tuviera algo que ver con ello, aunque nos encontrábamos a muchas millas de distancia del cinturón de la costa. Regresamos, volvimos a enganchar los trineos y avanzamos en la dirección que consideramos correcta, sin dejar de tener la sensación de que la tierra podía abrirse bajo nuestros pies en cualquier momento, que es lo normal cuando se está en una zona de grietas. Pero sólo nos encontrábamos con nuevos montículos y bancos de nieve y hielo, que veíamos justo a tiempo para no chocar con ellos. Estaba claro que nos habíamos perdido. Era casi medianoche, y escribí lo siguiente: «Tanto podemos estar en las crestas de presión como en el Terror; no hay manera de saberlo. Creo que nos va a resultar imposible movernos hasta que despeje. Cuando hemos llegado aquí íbamos en dirección noreste; luego hemos regresado en dirección suroeste, hasta que nos ha parecido que nos hallábamos en una depresión del terreno y hemos acampado.»

Desde las once de la mañana la temperatura había subido de -38 °C a -33 °C. Nevaba, y no se veía absolutamente nada. Por debajo de la tienda entraba un ruido como el que podría hacer un gigante al golpear una enorme cisterna vacía. Todo indicaba que estaba gestándose una ventisca, y así fue: acabábamos de cenar y estábamos metiéndonos poco a poco en los congelados sacos de dormir, cuando empezó a soplar viento del sur.

Antes de que estallara la tormenta alcanzamos a ver algo de roca negra y comprendimos que debíamos de estar en el punto en que las crestas de presión rozan el monte Terror.

Con gran sorpresa descubro al consultar mis datos que la ventisca duró tres días, y que el segundo día (11 de julio) por la mañana la temperatura subió a -12 °C y corrieron vientos de fuerza 9. El tercer día (12 de julio) por la mañana tuvimos temporal, es decir, vientos de fuerza 10. Por lo tanto, la temperatura había subido 26 grados.

Aquellos días no fueron desagradables. Tuvimos humedad y calor. Merced a las altas temperaturas, se deshizo todo el hielo que llevábamos encima, y cuando nos acostábamos echábamos vapor, nos mojábamos de una manera deliciosa y a veces nos preguntábamos qué pasaría cuando se

nos congelara de nuevo el equipo. Pero sospecho que no nos preguntamos muchas más cosas. Lo que hicimos fue dormir. En este sentido, las ventiscas eran una bendición de Dios.

También revisamos las raciones de comida. Desde el momento en que comenzamos los preparativos para aquel viaje, Scott nos pidió que hiciéramos unos experimentos en vistas de la etapa de la planicie del viaje al polo que íbamos a emprender el verano siguiente. Se suponía que la etapa de la planicie iba a ser la parte realmente ardua del viaje, y a la sazón nadie imaginaba que las condiciones en marzo en medio de la Barrera pudieran ser peores que en febrero en la planicie, a 3.000 metros más de altitud. Pensando en las extremas condiciones que sabíamos que íbamos a encontrar durante el viaje de invierno (mucho más duras en lo que se refiere al tiempo que las que pudieran darse durante el viaje al polo), habíamos decidido simplificar al máximo nuestros víveres. Sólo llevábamos carne desecada, galletas, mantequilla y té, aunque el té no es un alimento sino, sencillamente, un estimulante agradable que da calor. La carne desecada, que procedía de Beauvais, Copenhague, era excelente.

La principal ventaja de esto era que teníamos que manejar menos bolsas para cada comida. Si la temperatura ambiente es de -55 °C, entonces prácticamente todo lo que se encuentra en contacto con el aire está también a esa temperatura. Basta con que uno intente desatar la cuerda de una bolsa a -57 °C, con los pies helados y los dedos recién desentumecidos tras haber intentado encender un fósforo para la vela (para lo cual es necesario probar con varias cajas, y por lo tanto tocar metal), para que comprenda que se trata de una ventaja.

La principal desventaja era que no teníamos azúcar, la necesidad de la cual se fue haciendo cada vez más apremiante. ¿Sabe el lector lo que significa sentir unas ganas incontenibles de tomar azúcar, incluso cuando se está dormido? No resulta nada grato. Las ganas de comer cosas dulces no llegaron a preocuparnos seriamente durante aquel viaje; nuestras galletas debían de contener algo de azúcar y, cuando las partíamos y mojábamos, endulzaban agradablemente el té de mediodía y el agua caliente que tomábamos por la noche. Estas galletas las fabricó especialmente para nosotros la casa Huntley y Palmer; la composición fue idea de Wilson y el químico de la empresa, y es un secreto. Probablemente se trate de las mejores galletas que se hayan hecho nunca, y dudo que se puedan mejorar. Las había de dos tipos, las antárticas y las de emergencia, aunque no creo que se diferenciaran en nada excepto en el horneado. Las galletas muy horneadas sentaban bien durante los viajes si la comida era abundante; pero cuando uno tenía mucha hambre eran mucho mejores las poco horneadas.

Tomando cada uno cantidades diferentes de galletas, carne desecada y mantequilla, logramos calcular de forma aproximada el porcentaje de proteínas, grasas y carbohidratos que necesita el ser humano en condiciones tan extremas. Bill iba a tomar grasas sobre todo, y empezó con 240 gramos de mantequilla, 360 de carne desecada y sólo 360 de galletas. Bowers me dijo que él iba a tomar proteínas (480 gramos de carne desecada y otros tantos de galletas) y me sugirió que tomara todos los carbohidratos que pudiera. Aunque la idea no me hacía gracia, pues sabía que me harían falta grasas, durante el viaje se podían modificar las raciones según las necesidades, y no perdía nada con probar, así que empecé tomando 600 gramos de galletas y 360 de carne desecada al día.

Bowers se encontraba perfectamente, como de costumbre, pero no se comía toda la carne desecada suplementaria. Bill, aunque no lograba comerse toda la mantequilla suplementaria, tenía suficiente. Yo pasaba hambre, sufría sin duda más que ellos los efectos de las congelaciones v andaba falto de grasas. Además tenía ardor de estómago. No obstante, antes de tomar más grasas, aumenté a 720 gramos la ración de galletas.

Pero seguía falto de grasas. Bill y yo decidimos seguir el mismo régimen: él me dio a mí 120

gramos de la mantequilla que no podía comer y yo le di a él 120 gramos de galletas, que no satisfacían mis necesidades. En consecuencia, nos pusimos a tomar cada uno 360 gramos de carne desecada, 480 gramos de galletas y 120 gramos de mantequilla al día, aunque no siempre lo acabábamos todo. Ésta es una ración sumamente buena, y tuvimos comida de sobra durante la mayor parte del viaje. No cabe duda de que sin ella no habríamos logrado resistir las condiciones en el exterior.

No voy a decir que tuviera el ánimo totalmente tranquilo mientras tratábamos de capear el temporal cerca de la punta del Terror. Ignoro cómo se sentirían los demás. Puede que esto obedeciera en parte al inquietante estrépito que oíamos debajo de nosotros. Pero nos habíamos perdido en las crestas de presión, y salir de allí a oscuras podía resultar una tarea endemoniada. En lugar de soplar recto como de costumbre, el viento formaba remolinos. La tienda estaba cubierta por una enorme cantidad de nieve, y hacía tiempo que el trineo había desaparecido de vista. Nuestra situación no era nada halagüeña.

El martes por la noche y el miércoles corrieron vientos de fuerza 10 y la temperatura subió de -21 °C a -16°C. Más tarde empezó a remitir y a soplar viento racheado. El jueves, 13 de julio, a las tres, el viento ya había cesado prácticamente del todo, la temperatura estaba descendiendo y las estrellas brillaban entre nubes dispersas. Al punto nos pusimos a tomar el desayuno, que consistió en té, como siempre, carne desecada y galletas. A continuación intentamos sacar el trineo y la tienda de debajo de la nieve, tarea muy ardua que nos llevó varias horas. Por fin nos pusimos en marcha. Con esa forma tan brusca con la que todavía me las ingeniaba todas las noches para garabatear unas pocas frases en mi diario, escribí:

Hoy hemos andado siete millas y media; todo un progreso, diría yo. En el Terror nos hemos caído varias veces de las crestas. Por la tarde nos hemos encontrado de repente con unas grietas gigantescas en una de ellas. Pero ya estábamos muy arriba en el Terror. Nos hemos salvado gracias a la luna. Podríamos habernos caído con trineo y todo.

Andar siete millas en un día, distancia que antes nos había costado casi una semana recorrer, era muy alentador. La temperatura osciló durante todo el día entre -29 °C y -35 °C, lo que también constituía una buena señal. Al cruzar las ondulaciones que iban desde la ladera hasta las crestas a nuestra derecha, descubrimos que el viento procedente del monte que luego corría por lo alto de la ondulación en ambas direcciones formaba una brisa del noreste por un lado y una brisa del noroeste por otro. Daba la impresión de que se movía viento en las capas altas y de que la ventisca no se había alejado tanto como habríamos deseado.

Si logramos seguir adelante durante aquel período fue porque para cocinar quemamos más queroseno del que nos podíamos permitir. Después de preparar la comida, dejábamos el hornillo encendido durante un rato y calentábamos la tienda. Seguidamente nos desentumecíamos los pies congelados y hacíamos todas las chapuzas necesarias. Lo habitual, sin embargo, era que permaneciéramos sentados y diéramos una cabezada, y si uno se quedaba profundamente dormido, los demás lo despertaban. Pero de aquella manera se nos estaba gastando el queroseno. Habíamos empezado el viaje con seis latas de cuatro litros (las mismas por las que Scott nos había criticado), y ya habíamos consumido cuatro. En un principio habíamos dicho que teníamos que guardar al menos dos para volver, pero ahora había que reducir las previsiones a una lata y dos hornillos llenos. Los sacos de dormir eran algo horrible. Pese al poco tiempo que llevábamos de viaje, entre tirones, golpes y calambres a mí me costaba todas las noches una hora descongelar el mío para poder meterme en él. Pero permanecer acostado en su interior era todavía peor.

Aunque sólo hizo -37 °C, tuvimos «una noche muy mala», según mi diario. Tardamos poco en ponernos en marcha, pero pasamos un día atroz, y yo acabé desquiciado porque no conseguíamos encontrar el estrecho y recto sendero que pasaba por medio de las grietas. Cada dos por tres veíamos que el terreno se hundía bruscamente bajo nuestros pies, lo que nos indicaba que nos habíamos desviado del rumbo. Nos asomábamos, y entonces surgía la pregunta: «¿Estamos demasiado a la derecha?» Nadie sabía qué decir. «Vamos a probar más cerca de la montaña.» Y así una y otra vez.

Esta mañana hemos recorrido dos millas y media a trancas y barrancas. Luego nos hemos adentrado en una gran penumbra, pero de pronto se ha levantado y nos hemos encontrado al pie de una enorme cresta de presión, que estaba negra a causa de la sombra. Hemos seguido adelante, torciendo hacia la izquierda, y entonces Bill se ha caído y se le han metido los brazos en una grieta. Hemos cruzado primero ésta y luego otra, y al cabo de un rato hemos subido a una elevación y tanto Bill como yo hemos metido el pie en una grieta. Hemos tanteado el terreno y, al ver que se trataba de una depresión, hemos llevado el trineo hasta el fondo y todo ha salido bien.

Una vez dentro de la zona de crestas de presión nos costó bastante salir de ella. Ahora Bill se adelantaba con la cuerda Alpine, algo que después haría más a menudo, y así encontraba las grietas mucho antes que nosotros y el trineo, lo cual nos resultaba muy cómodo, no como a él. Si hay algo que crispa los nervios en la oscuridad son las grietas en el hielo.

Cuando nos pusimos en marcha a la mañana siguiente (15 de julio), vimos a la izquierda, irguiéndose ante nosotros, el Collado, una colina de gran tamaño cuyos escarpados acantilados forman el cabo Crozier. Sus faldas descendían en nuestra dirección, y presionando contra sus acantilados de hielo había millas y millas de crestas, las mismas que habíamos recorrido y que ahora nos cercaban. El monte Terror se elevaba a tres mil y pico metros de altura a nuestra izquierda, y estaba unido al Collado por un enorme ventisquero de nieve pulida por el viento. La falda de esta masa de nieve en forma de taza se extendía suavemente hasta el sendero por el que habíamos arrastrado los trineos, de modo que giramos y empezamos a tirar de los trineos pendiente arriba. No había ninguna grieta sino únicamente el gran vestiquero, cuya nieve estaba tan dura que tuvimos que utilizar los crampones como si fuera hielo, y tan pulida como las paredes de porcelana de la gigantesca taza que semejaba. Subimos tres millas a duras penas; ya sólo nos quedaban 150 metros para llegar al saliente de la morrena en el que íbamos a construir nuestro refugio de piedras y nieve. La morrena se hallaba encima de nosotros, a la izquierda, y los picos gemelos del Collado se elevaban al otro lado de la taza, a nuestra derecha. Allí, en la ladera de la montaña, a 250 metros de altura, montamos nuestro último campamento.

Habíamos llegado.

¿Cómo íbamos a llamar a nuestro refugio? ¿Cuándo podríamos poner a secar la ropa y las bolsas? ¿Cómo funcionaría el fogón de grasa? ¿ Estarían los pingüinos en el cabo?

Demasiado bueno para ser cierto. Diecinueve días de viaje. Seguro que nadie se ha mojado nunca tanto como nosotros; prácticamente no podemos meternos en los sacos, y las prendas de abrigo son como neveras. El pasamontañas especial de Birdie parece de hierro. Es increíble cómo se nos han quitado las preocupaciones.

La tarde ya estaba avanzada, pero teníamos tantas ganas de ponernos manos a la obra que fuimos derechos al cerro situado sobre nuestro campamento, donde las rocas asomaban por encima de la nieve. Vimos que la mayoría eran de allí mismo, aunque había muchos cantos rodados y algo de grava, y luego estaban, por supuesto, la nieve helada que descendía hasta nuestra tienda y las grandes crestas de presión, que se elevaban a una milla de distancia. Más adelante descubriríamos que entre

nosotros y las crestas se alzaba un enorme acantilado de hielo. A nuestros pies se veían las crestas y la Gran Barrera, que se extendía detrás de éstos; y la orilla del mar de Ross, a tan sólo cuatro millas de distancia. Los emperadores debían de encontrarse pasando el saliente del Collado que tapa el cabo Crozier propiamente dicho.

Teníamos pensado construir un refugio de paredes de piedra reforzadas con nieve, utilizando un trineo de 2,75 metros a modo de caballete y una gran lona impermeable verde a modo de techo. También habíamos traído una madera para el dintel de la puerta. Gracias al fogón, que alimentaríamos con la grasa de los pingüinos, dispondríamos de una acogedora y abrigada base de operaciones para nuestras excursiones al criadero, que debía de encontrarse aunas cuatro millas de distancia. Ibamos a probar a bajar con la tienda hasta el criadero y llevar a cabo nuestros trabajos científicos allí mismo, por lo que podríamos ausentarnos del refugio una noche o más. Este era nuestro plan.

Aquella misma noche empezamos a cavar debajo de un gran pedrusco en lo alto de la colina con la esperanza de que formara una parte importante de una de las paredes del refugio, pero enseguida encontramos roca y tuvimos que dejarlo. A continuación elegimos una extensión relativamente llana de morrena situada a unos tres metros y medio de distancia, justo debajo del llano de la cima de la colina, con la esperanza de que allí, al abrigo del cerro, pudiéramos librarnos de buena parte de los tremendos vientos que, como sabíamos, soplaban habítualmente en aquella parte. Birdie recogió rocas del otro lado de la colina; nada era demasiado grande para él. Bill amontonó nieve fuera a modo de refuerzo mientras yo construía la pared con cantos. Las rocas estaban bien; la nieve en cambio era casi hielo a causa del viento. Con el pico no lográbamos avanzar casi nada, y la única solución era desgajar poco a poco grandes bloques con la pala pequeña. Había poca grava, pero la que encontramos era buena. En general, las perspectivas parecían muy halagüeñas cuando regresamos a la tienda, que se hallaba a unos 150 metros de distancia pendiente abajo; habíamos hecho más o menos la mitad de una de las paredes largas.

La vista a 250 metros de altura era espléndida. Yo sacaba las gafas cada dos por tres para mirar por ellas después de quitarles el hielo. Al este se dilataba un gran campo de crestas de presión, y a la luz de la luna hubiérase dicho que unos gigantes habían estado labrándolo con un arado capaz de abrir surcos de quince a veinte metros de profundidad; éstos llegaban hasta el borde mismo de la Barrera, tras el cual se divisaba el helado mar de Ross, liso, blanco y tranquilo como si las ventiscas fueran allí algo desconocido. Al norte y el noreste se elevaba el Collado. Detrás de nosotros estaba el monte Terror, en cuya falda habíamos acampado, y por encima de todo aquello la gris e infinita Barrera parecía extender el conjuro de una inmensidad fría, imprecisa y plomiza, venero de vientos, nieves y sombras. ¡Dios, qué lugar…!

La luna y el sol ya apenas si arrojaban luz, pero durante las cuarenta y ocho horas siguientes aprovechamos la claridad al máximo. Permanecimos levantados día y noche, y a menudo seguimos trabajando cuando resultaba harto difícil ver nada. Al cabo de dos días ya habíamos levantado las paredes y sólo nos faltaban por reforzar entre treinta y sesenta centímetros de arriba. Teníamos que asegurar la lona del tejado antes de reforzar la parte que quedaba. La gran dificultad que planteaba reforzar las paredes era que la nieve estaba muy dura, y por lo tanto resultaba imposible llenar las rendijas entre los bloques, que se parecían a adoquines más que a otra cosa. La puerta era la entrada triangular de la tienda, cuyos faldones laterales pusimos por dentro de la pared, fijándolos con nieve y rocas. La parte superior se doblaba sobre una tabla y la inferior quedaba metida en el suelo.

Birdie se quedó preocupado al ver que no íbamos a acabar todo aquel mismo día; casi se

enfadó, pero todavía quedaba mucho por hacer y estábamos agotados. A la mañana siguiente (martes, 18) nos levantamos temprano para intentar terminar el refugio, pero soplaba mucho viento. Cuando llegamos arriba movimos algo de nieve, pero nos fue totalmente imposible poner la cubierta superior, y tuvimos que dejarlo. Aquel día advertimos que el viento era mucho más fuerte en lo alto de la pendiente que donde estaba nuestra tienda. Por la mañana hizo arriba un frío helador, corrieron vientos de fuerza 4 y 5 y la temperatura fue inferior a -35 °C.

El tema del queroseno nos tenía muy preocupados. Ya habíamos consumido buena parte de la quinta lata, y estábamos economizando todo lo posible, hasta el punto de que sólo comíamos caliente dos veces al día. Teníamos que hallar la manera de bajar al criadero y conseguir algo de grasa para hacer funcionar el fogón que nos habían fabricado para el refugio. El 19, el día se presentaba tranquilo y con buen tiempo, y nos pusimos en marcha a las nueve y media con un trineo vacío, dos piquetas, la cuerda Alpine, arneses y utensilios para desollar.

Wilson había realizado el viaje entre las crestas de presión del cabo Crozier varias veces durante la expedición del Discovery. Pero entonces tenían luz y lograron encontrar un camino transitable al pie de los acantilados que se interponían entre nosotros y las crestas.

Cuando nos acercamos al píe de la montaña, más al norte de donde habíamos llegado previamente, tuvimos que andar con cuidado a causa de las grietas, pero no tardamos en alcanzar el borde del acantilado, que bordeamos hasta el punto en que se confundía con la Barrera. Doblamos hacia la izquierda y pusimos rumbo al hielo marino, conscientes de que nos separaban del cabo Crozier propiamente dicho unas dos millas de crestas de presión. Recorrimos aproximadamente media milla sin problemas; tuvimos que rodear los grandes montículos que levantaba la presión, pero nos las ingeniamos para avanzar en todo momento por el llano y sin alejarnos del acantilado de hielo, el cual no tardó en elevarse a una enorme altura a nuestra izquierda. La intención de Bill era mantenernos cerca del pie de aquel acantilado y seguir el camino del Discovery al que me he referido antes. Aquella vez no lograron llegar a tiempo de ver los huevos, pues los polluelos ya habían salido del cascarón. No estábamos en absoluto seguros de que fuera a haber huevos ahora, ni tampoco de que fuésemos a encontrar emperadores.

No tardamos en vernos en apuros. Empezamos a encontrarnos con grietas cada pocos metros, y estoy convencido de que cruzamos muchas otras sin saberlo. Aunque nos mantuvimos pegados a los acantilados en la medida de lo posible, acabamos encima de la primera cresta de presión, que estaba separada por una profunda brecha de la pendiente de hielo que queríamos alcanzar. Luego llegamos al amplio valle que flanqueaban la primera y segunda crestas: nos metimos entre enormes montones de hielo comprimido que se erguían hacia uno y otro lados adoptando todo tipo de formas y que presentaban grietas en todas las direcciones; nos deslizamos por cuestas de nieve y nos arrastramos por crestas de ventisqueros, tratando de acercarnos a los acantilados. Pero siempre íbamos a parar a lugares intransitables y teníamos que dar media vuelta. Bill iba al frente con la cuerda Alpine sujeta al enganche del trineo; Birdie llevaba el arnés de la misma manera, y yo llevaba el mío atado a la parte trasera. El trineo nos fue muy útil como puente y escalera.

En un par de ocasiones intentamos bajar por las pendientes de hielo hasta el camino al pie de los acantilados, que era relativamente llano, pero estaba demasiado lejos. Debido a la escasa luz, las proporciones resultaban engañosas: algunos de los obstáculos que conseguimos sortear con ayuda de las piquetas parecían auténticos precipicios y, si uno patinaba, al fondo siempre se encontraba grietas. Durante el regreso me caí en una de ellas, pero mis compañeros me sacaron con la cuerda desde la pared que tenía encima.

Por fin conseguimos llegar a la depresión que se abría entre las dos primeras crestas grandes, y

creo que también a lo alto del segundo. Allí la altura de las crestas oscilaba entre los quince y los veinte metros. Después no sé adonde fuimos. Nuestros mejores puntos de referencia eran ciertos tramos de grietas, que a veces llegaban a sumar tres o cuatro en una distancia de pocos pasos. Las temperaturas eran bastante bajas (de -38 °C), y yo no podía llevar gafas, lo que constituía una tremenda dificultad para mí y un inconveniente para el grupo: si Bill encontraba una grieta, nos la indicaba, y Birdie la cruzaba; en cambio yo, metía cada dos por tres el pie justo en medio de la abertura al intentar pasar por encima o trepar por el trineo. Aquel día me caí al menos seis veces; en una ocasión, cuando ya estábamos cerca del mar, caí rodando en una de ellas, salí de la misma manera y a continuación resbalé por una cuesta empinada, hasta que al final Birdie y Bill me subieron con la cuerda.

Fuimos dando tumbos hasta llegar a una especie de gran callejón sin salida, que debía de ser el final de las crestas, es decir, el punto en que empalmaban con el hielo marino. A la izquierda se erguía el gigantesco acantilado del cabo Crozier, pero no sabíamos si nos separaban de él dos o tres crestas de presión más, y, aunque probamos al menos cuatro caminos diferentes, no hallamos la manera de seguir adelante.

Fue entonces cuando oímos la llamada de los emperadores.

Sus graznidos provenían del hielo marino, que debía de encontrarse al otro lado de un laberinto de unos 400 metros. Los acantilados nos devolvían su eco, pero nosotros permanecíamos parados, presos de la impotencia y la frustración. Comprendimos que no quedaba otro remedio que dar media vuelta, pues aunque era pleno día, la poca luz que teníamos disminuía por momentos, y quedar atrapados allí, totalmente a oscuras, era una idea espantosa. Empezamos a desandar el camino recorrido, y casi de inmediato resbalé y caí rodando por una cuesta a una grieta. Birdie y Bill lograron mantener el equilibrio, y volví trepando hasta donde estaban. Las huellas eran casi imperceptibles, por lo que no tardamos en empezar a perderlas de vista. Bill era el mejor rastreador que he conocido en mi vida, y siempre terminaba dando con ellas. Pero al final también él dejó de verlas. Acordamos seguir adelante, y al final acabamos encontrándolas de nuevo. Aunque para entonces ya habíamos salido de la parte más difícil, nos alegramos de ver la tienda.

A la mañana siguiente (jueves, 20 de julio), empezamos a trabajar en el refugio a las tres y nos las arreglamos para colocar la lona a pesar del viento, que estuvo mortificándonos durante todo el día. No podíamos imaginarnos lo que nos iba a hacer pasar aquella cubierta cuando la aseguramos con los bloques de nieve y la extendimos sobre el segundo trineo, que colocamos transversalmente sobre la parte media de las paredes largas. El extremo que quedaba a barlovento (al sur) caía directamente al suelo, de modo que lo atamos bien a unas rocas y luego lo aseguramos. En los otros tres lados teníamos más de medio metro de pared suelta, por lo que lo atamos todo a rocas con cuerdas a intervalos de medio metro. Lo difícil era la puerta, y dejamos la tela temporalmente echada sobre las piedras, formando una especie de pórtico. Lo aseguramos todo por dentro y por fuera con trozos de nieve dura, aunque carecíamos de nieve blanda para rellenar las rendijas entre los bloques. Pensamos no obstante que nada tiraría el refuerzo de la cubierta, y posteriores acontecimientos demostrarían que estábamos en lo cierto.

Fue una tarea ingrata, sobre todo si se tiene en cuenta que eran las tres de la mañana y no habíamos desayunado, y nos alegramos de regresar a la tienda a comer pues nuestro propósito era intentar llegar aquel mismo día a donde estaban los pingüinos. En cuanto vimos un mínimo de luz, salimos camino del criadero.

Pero sabíamos un par de cosas respecto a aquellas crestas de presión que ignorábamos veinticuatro horas antes; por ejemplo, que las condiciones habían cambiado mucho desde la

expedición del Discovery y que la presión era mayor. Estábamos en lo cierto, ya que después se ha demostrado con fotografías que las crestas se adentran en el mar casi una milla más que diez años antes. También sabíamos que si entrábamos en la zona de las crestas por el punto en que los acantilados de hielo descendían a la misma altura que la Barrera, tal como habíamos hecho el día anterior, no podríamos ni penetrar hasta el criadero ni llegar al pie de los acantilados, donde antaño se había encontrado una posible ruta. Sólo quedaba la solución de ir por encima del acantilado, que era lo que nos proponíamos hacer.

Ahora bien, los acantilados tienen una altura de unos 60 metros, y yo me sentía intranquilo, sobre todo porque avanzábamos a oscuras. Sin embargo, el día anterior, durante el camino de regreso, habíamos observado en el acantilado una brecha en la que se había formado un vestisquero. Quizá pudiéramos bajar por ella.

Así pues, enganchados con los arneses al trineo, con Bill en cabeza atado a una larga cuerda, Birdie y yo detrás atentos al trineo, comenzamos a bajar por la pendiente que acababa en el acantilado, el cual no podíamos ver, por supuesto. Cruzamos varias grietas pequeñas, y enseguida comprendimos que debíamos de estar a punto de llegar. Por dos veces nos aproximamos infructuosamente al borde del acantilado, pero a la tercera dimos con la cuesta. Es más, descendimos por ella sin grandes dificultades y salimos justo donde queríamos: entre los acantilados de la isla y las crestas de presión.

Entonces dio comienzo la escalada más emocionante entre crestas de presión que quepa imaginar. En un principio la jornada discurrió prácticamente igual que la anterior: nos encaramamos a crestas solos o con ayuda de los demás; nos deslizamos por pendientes, caímos en grietas y agujeros de todo tipo, salimos de ellos como buenamente pudimos y avanzamos por debajo de los acantilados, que ganaban en altura a medida que nos aproximábamos a los negros precipicios de lava que forman el cabo Crozier propiamente dicho. Nos movimos a horcajadas por lo alto de una cresta de nieve con borde en hfrma de cerro, sosteniendo el trineo entre todos al tiempo que tratábamos de mantener el equilibrio; a la derecha se abría un precipicio de gran profundidad con grietas al fondo; a la izquierda había otro, más pequeño, pero también con grietas. Avanzamos con lentitud, y puedo asegurar que el hacerlo a oscuras le añadió emoción. Al final había una serie de cuestas surcadas de grietas, y por fin llegamos al pie de la roca, junto a la morrena, donde tuvimos que dejar el trineo.

Formamos una cordada y marchamos como buenamente pudimos por debajo de los acantilados, que ya no eran de hielo sino de roca y que se elevaban a una altura de 250 metros sobre nosotros. En aquel punto la masa de crestas se alzaba sin orden ni concierto. Las 400 millas de hielo en movimiento que tenían aquellos gigantes a las espaldas los habían zarandeado y retorcido de tal manera que ni el mismísimo Job habría encontrado palabras para-reprocharle nada al Creador. Subíamos y bajábamos trabajosamente, sujetándonos con las piquetas y haciendo agujeros para apoyarnos allí donde no podíamos pisar con los crampones. No nos apartamos ni por un momento del camino que conducía a los emperadores, y cuando ya empezábamos a creer que esta vez íbamos a conseguirlo, topamos con un muro de hielo. Nos bastó echarle un vistazo para comprender que nunca lograríamos salvarlo. Una de las crestas más grandes había sido empujada desde atrás contra el acantilado. El camino parecía cortado, pero entonces Bill encontró un agujero negro, semejante a la madriguera de un zorro, que se perdía en las entrañas del hielo. Nos quedamos mirándolo. «Bueno, allá voy», dijo. Metió la cabeza y se esfumó. Bowers hizo lo mismo. Había bastante distancia, pero uno podía arrastrarse por él sin problemas, de suerte que poco después me encontré con que había llegado al otro lado y estaba asomado a un profundo barranco, con el muro de piedra a un lado y el hielo al otro. «Apoye la espalda contra el hielo y los pies contra la piedra y muévase sosteniéndose

de esa manera», dijo Bill, que ya estaba sobre hielo firme al fondo de un pozo de nieve. Para salir de aquel agujero hicimos unos quince escalones. A aquellas alturas ya nos embargaba la emoción, y además estábamos disfrutando de lo lindo, por lo que avanzamos más fácilmente hasta que llegó de nuevo a nuestros oídos la llamada de los pingüinos y nos detuvimos ante el territorio de los emperadores como tres golfillos paralizados. Estaban allí, de eso no cabía duda, y ya no nos faltaba nada. Pero ¿dónde estaban los millares de ejemplares de los que habíamos oído hablar?

Nos encontrábamos sobre un cinturón de hielo, o para ser más exactos, sobre un acantilado enano de entre unos tres o cuatro metros de alto ante el cual se extendía el hielo marino salpicado por un buen número de bloques de hielo. El acantilado estaba cortado a pico, mostraba un pequeño saliente y sobre él no se había acumulado nieve. Puede que esto se debiera a que el mar se había congelado recientemente, pero fuera cual fuere la razón, lo cierto era que íbamos a tener muchas dificultades para subir de nuevo a él por nuestros propios medios. Decidimos que uno de nosotros se quedase en lo alto con la cuerda Alpine. Me tocó a mí, claro está, pues como no podía ponerme las gafas porque se me empañaban, era con mucho el miembro menos idóneo del grupo para realizar el trabajo que teníamos entre manos. Si hubiéramos llevado el trineo, habríamos podido utilizarlo a modo de escalera, pero lo habíamos dejado al principio de la morrena, a millas de distancia.

Vimos a los emperadores todos apiñados debajo del acantilado de la Barrera, a varios cientos de metros de distancia. La poca luz que había estaba yéndose con rapidez, y nos sentíamos mucho más nerviosos porque faltaba poco para que se hiciera completamente de noche y se avecinaba viento del sur que por haber logrado nuestro propósito. Tras sufrir tremendas adversidades y realizar un esfuerzo ímprobo, estábamos presenciando una maravilla del mundo natural, y además éramos los primeros en hacerlo. Teníamos a nuestro alcance material que podía resultar de enorme importancia para la ciencia, y cada observación que hiciéramos serviría para convertir teorías en hechos. Sin embargo, apenas disponíamos de un segundo.

Los agitados emperadores graznaban con sus curiosas voces metálicas, haciendo una bulla tremenda. No cabía duda de que tenían huevos, pues arrastraban las patas por el suelo intentando que no se les cayeran. Pero cuando se les apuraba perdían muchos de ellos y los dejaban sobre el hielo. Algunos eran recogidos rápidamente por los que no tenían, que probablemente llevaban mucho tiempo aguardando aquella oportunidad. Diríase que el instinto maternal ha eclipsado las demás funciones vitales en estas pobres aves; su lucha por la vida es tal que sólo pueden sobrevivir gracias a este instinto desmedido, y sería interesante averiguar si semejante existencia conduce a la felicidad y la satisfacción.

Los hombres del Discovery descubrieron ese criadero en el mismo lugar en el que lo encontramos nosotros. Realizaron expediciones al comienzo de la primavera, pero en ninguna de ellas llegaron a tiempo de encontrar huevos, y sólo vieron progenitores y polluelos. Concluyeron que el emperador es una clase excepcional de ave que, por la razón que sea, anida en pleno invierno antártico con temperaturas inferiores a -39 °C y en medio de ventiscas que azotan sin cesar sus entregados lomos. También descubrieron que sostienen sobre sus grandes patas los preciosos polluelos, los cuales aprietan maternal o paternalmente (ambos "sexos se pelean por este privilegio) contra una parte descubierta del abdomen. Y cuando al final no les queda otro remedio que ir a comer a los canales de agua cercanos, dejan la cría en el hielo, y una veintena de emperadores sin polluelos corren a recogerla. Luchan por quedársela, tirando de ella de tal manera que en ocasiones llegan a matarla. A veces la cría se arrastra hasta una grieta de hielo para escapar a tantas atenciones, y allí muere congelada. Pero algunas sobreviven, y entonces llega el verano; y cuando se avecina una gran ventisca (estas aves lo saben todo sobre el tiempo), los progenitores recorren millas de hielo

marino con sus crías hasta llegar a las aguas del mar. Allí se quedan hasta que llega el viento, se levanta oleaje y se desprende el bandejón; entonces se alejan en medio de la cegadora tormenta de nieve para engrosar la banca de hielo con un yate privado para ellos solos.

No se puede negar que un ave de estas características es interesante. Cuando siete meses antes navegamos en barca al pie de aquellos enormes y negros acantilados, cerca del cabo Crozier, y encontramos una desconsolada cría de emperador todavía con plumón, tuvimos la prueba definitiva del motivo por el cual esta ave tiene que anidar en pleno invierno. Y es que si una cría nacida en junio sigue sin plumas a principios de enero, el progenitor que tenga otra en verano la dejará, en la práctica, sin protección para el invierno siguiente. Por lo tanto, el pingüino emperador se ve obligado a hacer frente a todo tipo de adversidades, pues sus crías insisten en desarrollarse con suma lentitud, lo que crea un vínculo muy parecido al que establecemos los hombres en nuestras relaciones humanas por el mismo motivo. Resulta interesante que un ave tan primitiva tenga una infancia tan larga.

Sin embargo, por mucho interés que pudiera presentar el ciclo vital de estas aves, no habíamos viajado durante tres semanas para verlas sentadas sobre sus huevos. Queríamos embriones, y los queríamos recientes y sin congelar, y tan jóvenes como fuera posible para que a nuestro regreso los especialistas pudieran cortarlos en secciones microscópicas y sacar datos de la historia de las aves a lo largo de todas las etapas evolutivas. Así pues, Bill y Birdie tomaron rápidamente cinco huevos, los cuales esperábamos transportar sanos y salvos en los guantes de piel hasta nuestro refugio del monte Terror, donde podríamos conservarlos en el alcohol que habíamos llevado para tal fin. Como también necesitábamos combustible para el fogón de grasa, mataron y despellejaron tres aves. (Un emperador llega a pesar 40 kilos.)

El mar de Ross estaba helado, y no había ninguna foca a la vista. Sólo se veían unos cien emperadores, mientras que en 1902 y 1903 había unos dos mil. Bill calculó que habría un huevo por cada cuatro o cinco aves, pero se trataba sólo de una cifra aproximada pues no queríamos molestarlos innecesariamente. El escaso número de aves era un misterio, aunque desde luego no parecía que el hielo se hubiera formado hacía mucho. ¿Eran esos pingüinos los primeros en llegar? ¿Acaso se había llevado la corriente a un primer grupo y aquéllos constituían una segunda tanda? ¿Empezaba aquella bahía de hielo a ser un lugar peligroso?

Los exploradores que descubrieron a los emperadores con sus crías observaron que los pingüinos que no podían conseguir uno vivo criaban polluelos muertos y congelados. También encontraron huevos descompuestos que posiblemente habrían incubado cuando ya estaban congelados. Pues bien, nosotros vimos que estas aves estaban tan deseosas de empollar que entre las que no tenían huevos había algunas que incubaban hielo. Cuando fueron a recoger huevos, Bill y Birdie se encontraron en varias ocasiones con pedazos de hielo redondeados, sucios, duros y más o menos del mismo tamaño. En una ocasión, a un ave se le cayó un huevo de hielo mientras la observaban, y entonces apareció otra y se lo guardó, hasta que le ofrecieron uno de verdad.

Entretanto, toda una procesión de emperadores rodeó el acantilado sobre eJ que me encontraba. Ya había muy poca luz, y fue una suerte que mis compañeros volvieran pronto pues teníamos que hacerlo todo muy deprisa. Subí los guantes con los huevos (que nos pusimos al cuello sujetos con mechas) y luego las pieles, pero a Bill no pude prestarle ninguna ayuda. «Tire», me gritó desde abajo. «Estoy tirando», le respondí. «Pero si la cuerda está floja», exclamó. Al final consiguió llegar arriba subiéndose a los hombros de Bowers, y entonces nos pusimos a tirar con todas nuestras fuerzas de éste, pero la cuerda seguía floja en sus manos. Tan pronto como la poníamos tensa, se introducía en el hielo y quedaba trabada, algo muy habitual cuando se trabaja entre grietas.

Intentamos infructuosamente deslizaría por una piqueta, y entonces las cosas empezaron a ponerse feas. Birdie, que había metido una pierna en una grieta con agua mientras reconocía el terreno, encontró un punto en el que el acantilado no sobresalía. Hizo unos escalones en el hielo, tiramos de él y por fin logramos reunimos todos arriba. Sin embargo, Bowers tenía el pie envuelto en un bloque de hielo macizo.

Regresamos tan rápido como pudimos: íbamos con cinco huevos en los guantes, Birdie llevaba dos pieles y andaba a duras penas, y yo llevaba una. Habíamos formado una cordada, y subir a las crestas y pasar por los agujeros nos resultó muy difícil. En un momento dado perdí la piqueta a medio camino mientras bajábamos por una escarpada pendiente de nieve y piedras; estaba tan oscuro que no distinguíamos los escalones que habíamos hecho antes con las piquetas; yo no veía nada, así que me deslicé a ciegas, abandonándome al azar. Dando muestras de una paciencia infinita, Bill me dijo: «Cherry, a ver si aprende a utilizar la piqueta.» Pasé el resto del viaje con la ropa de abrigo hecha unos zorros.

Tardamos en encontrar el trineo más de lo conveniente. Nos quedaban tres huevos, más o menos intactos. Los dos que yo llevaba se habían reventado dentro de los guantes: el primero lo tiré y el segundo lo dejé dentro para meterlo en la olla; no llegué a hacerlo, pero durante el viaje de regreso mis guantes se descongelaron mucho más fácilmente que los de Birdie (Bill no llevaba ninguno), y creo que la grasa del huevo les vino bien. Cuando llegamos a las depresiones que se extendían por debajo de la cresta que teníamos que cruzar, estaba tan oscuro que no nos quedó otro remedio que avanzar a tientas. Así pasamos por muchas grietas, encontramos la cresta y trepamos a ella. Aunque arriba se veía mejor, no tardamos en perder las huellas, pero seguimos adelante a pesar de los pesares, y por suerte encontramos la cuesta por la que habíamos subido en el camino de ida. Durante todo el día había corrido un desagradable viento frío, con temperaturas entre -29 °C y -35 °C que nos afectaron mucho. Pero lo malo no había hecho sino empezar. El tiempo estaba cada vez más revuelto, y cuando emprendimos la subida para buscar nuestra tienda aquello no tenía muy buena pinta. Pronto empezaron a soplar vientos de fuerza 4, y no tardamos en perdernos. Llegamos a un punto situado justo encima de la zona de rocas que señalaba el lugar donde se encontraba nuestro refugio, pero nos costó un buen rato dar con él.

He oído hablar de un oficial inglés que en los Dardanelos se quedó ciego en tierra de nadie entre las trincheras inglesas y turcas. Moviéndose sólo de noche, y sin nada que le indicara cuáles eran sus trincheras, fue blanco de los disparos de turcos e ingleses mientras avanzaba a tientas de un lado a otro. En aquella espantosa situación se pasó varios días, hasta que una noche, mientras se arrastraba hacia las trincheras inglesas para ser blanco de sus disparos como de costumbre, alguien le oyó decir: «¡Dios mío! ¿Qué puedo hacer?», y fue rescatado.

Es imposible imaginar mayor sufrimiento: puede que la locura o la muerte proporcionen alivio. Pero me consta que durante aquel viaje empezamos a considerar la muerte como a una amiga. Mientras aquella noche buscábamos a tientas el camino de regreso, sin haber dormido, helados y muertos de cansancio en medio de la oscuridad, el viento y la nieve, una grieta se me antojaba casi como el regalo de un amigo.

«La situación tiene que mejorar-dijo Bill al día siguiente-. Creo que anoche tocamos fondo.» Pero estábamos muy lejos de haberlo tocado.

Ocurrió de la siguiente manera.

Nos trasladamos al refugio porque teníamos que utilizar el fogón de grasa para ahorrar queroseno si pretendíamos que nos quedara algo para el viaje de regreso a la base. Además, queríamos evitar que la tienda se cubriera con la grasienta mugre negra que siempre aparece cuando

se emplea grasa de pingüino. El vendaval sopló durante toda la noche, y acabamos envueltos en la nieve que entraba por los cientos de rendijas del refugio. Se trataba de un lugar muy ventoso, y no habíamos podido encontrar nieve blanda para rellenar los huecos entre los bloques de nieve dura. Mientras quitábamos la grasa a una de las pieles de pingüino, la nieve en polvo cubrió todo lo que teníamos.

Por incómodo que resultase, no era motivo para preocuparse más de la cuenta. Parte de la nieve que la ventisca arrojaba sobre nosotros se acumularía al socaire del refugio y de las rocas bajo las cuales había sido construido, y de ese modo quedaría más protegido de la intemperie. Luego, con grandes dificultades, conseguimos encender el fogón de grasa, del que saltó una gota de aceite hirviendo que fue a parar al ojo de Bill. Se pasó el resto de la noche tumbado, totalmente incapaz de ahogar los gemidos, sintiendo, como es lógico, un gran dolor; despues nos diría que pensaba que había perdido el ojo. Nos las arreglamos para preparar la comida, y luego Birdie mantuvo el fogón encendido, aunque era completamente inútil intentar calentar el refugio. Salí y corté la lona verde que había fuera de la puerta para meter la tela del techo bajo las piedras, y luego la aseguré con nieve como buenamente pude para evitar que entrara tanto polvo como antes.

Resulta extraordinario comprobar cuan a menudo los buenos y los tontos se comportan de igual manera en esta vida, y nunca he llegado a saber qué fuimos nosotros durante aquel viaje. Jamás oí una palabra de enojo, y sólo en una ocasión oí una de impaciencia. (Fue aquel mismo día, cuando no podía subir a Bill a lo alto del acantilado del criadero de pingüinos.) Los gemidos que soltó aquella noche fueron lo más parecido a una queja que llegó a proferir. Cualquier otra persona habría dado alaridos. Tratándose de Bill, «creo que anoche tocamos fondo» es una frase vehemente. «Estuve incapacitado durante un breve período de tiempo», dice en su informe para Scott. Durante aquel viaje la resistencia fue puesta a prueba en unas condiciones únicas, y aquellos dos hombres, que tenían que soportar toda la responsabilidad que no pesaba sobre mí, manifestaron en todo momento la única virtud de la que acaso pueda decirse con seguridad que contribuye a alcanzar el éxito: el dominio de uno mismo.

El día siguiente (21 de julio) lo pasamos recogiendo toda la nieve blanda que logramos encontrar y metiéndola en las rendijas que había entre los bloques de nieve dura. Fue una cantidad tan pequeña que daba pena, pero cuando acabamos ya no se veía ninguna grieta. A fin de contrarrestar la tendencia del viento a levantar la cubierta del techo, cortamos unos grandes bloques planos de nieve dura y los colocamos sobre la lona para sujetarla al trineo que hacía las veces de caballete. También montamos la tienda delante de la puerta del refugio. Así, tanto uno como otro estaban ahora a unos 250 o tal vez 270 metros de altura y debajo de un afloramiento rocoso a partir del cual la montaña describía a nuestras espaldas una abrupta caída hacia la Barrera, que era la dirección de la que venían las ventiscas. Ante nosotros, la cuesta descendía una milla o más hasta los acantilados de hielo, azotada por vientos tan fuertes que era preciso llevar crampones para caminar por ella. Aunque la mayor parte de la tienda estaba al abrigo del refugio, su punta quedaba por encima, y una sección sobresalía por detrás de una de las paredes.

Aquella noche metimos en la tienda buena parte del equipo y encendimos el fogón de grasa. Siempre desconfié de aquel fogón, y constantemente temía que fuera a lanzar una llamarada y quemar la tienda.

Pero merced a la doble cubierta de ésta, era considerable el calor que irradiaba cuando ardía con fuerza.

Salvo por una costumbre que nunca logramos mantener, daba igual que empezáramos a descongelar los sacos para meternos en ellos a las cuatro de la mañana como que lo hiciéramos a las

cuatro de la tarde. Creo que aquel viernes debimos de acostarnos por la tarde, dejando la olla, las botas, buena parte del calzado, la bolsa con los enseres de Bowers, y muchas otras cosas en la tienda. Supongo que también dejamos allí el fogón de grasa, ya que en aquel momento era completamente inútil tratar de calentar el refugio. La tela del suelo de la tienda se encontraba debajo de nuestros sacos de dormir, en el refugio.

«La situación tiene que mejorar», dijo Bill. Al fin y al cabo había mucho por lo que dar las gracias. Dudo que alguien hubiera podido hacer un refugio mejor que el nuestro con bloques de nieve dura y rocas, que era todo lo que teníamos; ya habría tiempo para dejarlo hermético. El fogón de grasa funcionaba, y disponíamos de combustible para alimentarlo. Además, habíamos encontrado la manera de llegar al criadero y teníamos tres huevos intactos, aunque congelados. (Los dos que había metido en los guantes se habían roto porque no podía llevar gafas y me había caído.) Por último, la tenue luz que arrojaba el sol a mediodía desde detrás del horizonte tardaba cada vez más en extinguirse.

Pero nuestro viaje de invierno duraba ya más del doble que el más largo de los realizados en primavera. Los participantes en éstos no habían tenido oscuridad, como nosotros, sino sol; nunca habían soportado temperaturas tan bajas, y rara vez habían operado en un terreno tan difícil. Durante casi un mes sólo habíamos disfrutado de algo mínimamente parecido a un sueño reparador cuando había habido ventisca y las temperaturas habían permitido que el calor de nuestros cuerpos deshiciera parte del hielo de la ropa y los sacos de dormir. La fatiga mental que sufríamos era enorme y estábamos ciertamente más débiles. Contábamos con poco más de una lata de queroseno para la vuelta y sabíamos qué condiciones habíamos tenido que soportar durante el viaje por la Barrera: incluso a pesar de que íbamos frescos y con equipo nuevo habían resultado poco menos que insufribles.

Así pues, tardamos más de media hora en meternos en los sacos. Por encima de las estrellas se deslizaban cirros procedentes del norte, y daba la impresión de que al sur el cielo estaba neblinoso y cargado, aunque a oscuras siempre resulta difícil decir qué tiempo hace. Se movía poco viento y la temperatura era inferior a los -30 °C. Nada nos inquietaba especialmente. La tienda estaba bien sujeta al suelo, y además tenía sobre el reborde unas rocas y el pesado tanque del trineo, que habíamos colocado como medida adicional de seguridad. Teníamos la sensación de que ninguna fuerza de la naturaleza sería capaz de mover las gruesas paredes de nuestro refugio, ni llevarse la lona del muro de contención al que estaba sujeta y atada.

«La situación tiene que mejorar», dijo Bill.

Ignoro qué hora era cuando desperté. El tiempo estaba en calma y reinaba ese profundo silencio que puede resultar sumamente relajante o terrible según lo dicten las circunstancias. Entonces se oyó el gemido del viento, y todo volvió a sosegarse. A los diez minutos escasos soplaba un vendaval que parecía como si el mundo entero sufriera un ataque de histeria. La tierra había estallado hecha pedazos. Resulta imposible de imaginar el indescriptible furor y estruendo de aquella tremenda tormenta.

«Bill, Bill, la tienda ha desaparecido», recuerdo que oí a continuación. Era Bowers, que nos gritaba una y otra vez desde la puerta. Son siempre estas impresiones de madrugada las que a uno le llegan más hondo: nuestras lentas cabezas sugerían que aquello podía equivaler a una forma de muerte particulamente prolongada. Birdie y yo realizamos repetidas veces un denodado esfuerzo por recorrer los escasos metros que separaban el refugio de donde estaba la tienda. Nunca he llegado a comprender por qué quedaron allí tantos artículos del equipo que habíamos guardado en ella; los había incluso al abrigo del refugio. El lugar en que la habíamos montado estaba lleno de cosas;

luego, cuando hicimos recuento, vimos que teníamos todo excepto la pieza de abajo de la olla y la tapa. No volvimos a verlas. Lo más extraordinario de todo fue que nuestras botas se hallaban en el mismo sitio en que las habíamos dejado, que casualmente era la parte de la tienda que quedaba al socaire del refugio, en el suelo. También encontramos allí la bolsa de efectos personales de Birdie y una lata de caramelos.

Birdie había traído dos latas de caramelos. Con una celebramos nuestra llegada al Collado; ésta era la segunda, de la que no sabíamos nada, y estaba reservada para el cumpleaños de Bill, que era al día siguiente. Sin embargo, empezamos a dar cuenta de los caramelos el sábado; más adelante la lata le sería de utilidad a Bill.

Para recuperar el equipo tuvimos que luchar contra auténticas cortinas de nieve negra que se extendían sobre nosotros y trataban de arrojarnos pendiente abajo. Pero una vez en marcha ya nada podía detenernos. Vi a Bird caído en el suelo en una ocasión, pero se agarró justo a tiempo y logró regresar. Después de darle a Bill todo lo que habíamos logrado encontrar, volvimos al interior del refugio y empezamos a ponerlo todo en orden, incluidas nuestras embotadas cabezas.

No cabía duda de que nos encontrábamos en una situación endemoniada. Y no era del todo culpa nuestra: habíamos tenido que situar el refugio más o menos cerca de donde podíamos encontrar rocas para construirlo. Como es natural, habíamos protegido tanto la tienda como el refugio para evitar en la medida de lo posible que le diera el viento de lleno; sin embargo, ahora resultaba que nos hallábamos en peligro no porque estuvieran expuestos al viento sino porque no lo estaban lo suficiente. Los vientos más fuertes del huracán, desviados por el cerro de detrás, corrían sobre nuestras cabezas y por lo visto producían un efecto de succión que abajo causaba un vacío. La tienda había sido absorbida de esta manera, o bien había sido arrastrada a otra parte, ya que en el aire sólo flotaba una parte de ella. La cubierta del refugio subía y bajaba con violentas sacudidas; la nieve entraba en él a raudales, pero no por ser empujada desde fuera, sino porque era absorbida desde dentro: la peor pared no era la que quedaba a la intemperie, sino la resguardada. Ya estaba todo sepultado bajo unos 15 o 20 centímetros de nieve.

Pronto empezamos a alarmarnos por el refugio. La lona del techo se mantuvo un rato en su sitio gracias a los pesados bloques de nieve que habíamos colocado encima de ella. Pero parecía que el huracán los estaba desplazando paulatinamente. La tensión llegó a extremos casi insoportables: la espera en medio de aquel fragor era enloquecedora. Fueron pasando los minutos y las horas, los bloques de nieve salieron despedidos, y la tela del techo empezó a agitarse violentamente de arriba abajo; ninguna lona podía soportar aquello de forma indefinida.

El sábado por la mañana comimos por última vez en mucho tiempo. Como el queroseno era tan importante para nosotros, intentamos utilizar el fogón de grasa, pero tras una serie de convulsiones debió de fundirse alguna soldadura, pues se nos hizo añicos en las manos. Casi me alegré, pues el aparato ofrecía más peligro que utilidad. Terminamos de preparar la comida con el hornillo. Como el viento se había llevado dos piezas de la olla, tuvimos que ingeniárnoslas para sostenerla sobre el hornillo. Luego decidimos aguantar el mayor tiempo posible sin comer, dada la escasez de queroseno. En realidad, fue Dios quien decidió por nosotros.

Hicimos todo lo que estuvo en nuestras manos para cerrar los sitios por donde entraba nieve, y tapamos los agujeros con calcetines, guantes y otras prendas. Pero no sirvió de nada. Nuestro refugio era un vacío y no paraba de llenarse: cuando no entraba nieve, un fino polvo negro de morrena lo cubría todo, incluidos nosotros. Esperamos veinticuatro horas a que la cubierta saliera despedida; las cosas estaban tan feas que no nos atrevíamos a soltar la cuerda de la puerta.

Bill nos había dicho hacía ya muchas horas que si perdíamos el techo lo mejor que podíamos

hacer era rodar con los sacos de dormir hasta las aberturas y quedarnos tendidos allí hasta que nos congeláramos y nos tapara la nieve.

La situación empeoraba por momentos. La distancia entre la tensa lona y el trineo sobre el que tenía que descansar era cada vez mayor, debido quizás al estiramiento de aquélla y a la pérdida de los bloques de nieve de arriba, ya que la tela aguantaba en la pared. Los golpes que daba cada vez que caía y salía disparada hacia fuera iban en aumento, al igual que la nieve que entraba por las paredes, pese a que en los peores sitios habíamos puesto todos los guantes, calcetines y prendas de pequeño tamaño que no llevábamos encima: las chaquetas del pijama las habíamos metido entre el techo y las rocas de encima de la puerta. Éstas se levantaban y movían de tal manera que llegamos a pensar que iban a caerse.

Hablábamos a gritos; un rato antes uno de nosotros había propuesto salir y echar la cuerda Alpine encima de la lona. Pero Bowers había dicho que con semejante viento era absolutamente imposible. «A los tripulantes de un barco jamás se le pediría que intentaran hacer tal cosa», había explicado. Cada dos por tres se levantaba de su saco e iba a tapar agujeros y a sujetar partes del techo para evitar que diera golpes. Estuvo magnífico.

Entonces se soltó.

Birdie se encontraba junto a la puerta, donde la lona, que habíamos doblado sobre la tabla del dintel, estaba menos segura que en ninguna otra parte. Bill se encontraba prácticamente fuera del saco de dormir, apretando algo con una especie de palo largo. No sé qué estaba haciendo yo, pero tenía la mitad del cuerpo dentro del saco y la otra mitad fuera.

En la parte de arriba de la puerta se abrieron unas pequeñas rajas y la lona impermeable verde quedó hecha jirones en un instante. Se oyó un fragor indescriptible. Incluso en medio del salvaje bramido de aquel ventarrón de la montaña pudo oírse el latigazo de la lona cuando quedó hecha trizas. Las rocas que habíamos colocado en la parte más alta de las paredes cayeron sobre nosotros, y entró en el refugio una cortina de nieve.

Birdie se lanzó a por su saco de dormir y consiguió meterse en él junto con una ingente cantidad de nieve. Bill también, aunque a él le fueron mejor las cosas. Yo ya estaba medio metido en el mío y me encontraba bien, así que me volví para echar una mano a Bill. «Métase en el suyo -me gritó, y cuando insistí en ayudarle, se inclinó sobre mí y me dijo al oído con una voz teñida de angustia-: Cherrv, por favor» Sé que se sentía el responsable de habernos conducido a aquella situación tan pavorosa.

De pronto vi aparecer la cabeza de Bowers delante del cuerpo de

Bill. «No tenemos por qué preocuparnos», gritó, y nosotros respondimos que sí. Pese a que éramos conscientes de que lo hacíamos únicamente porque teníamos motivos de sobra para preocuparnos, nos vino bien decirlo. Entonces dimos la vuelta a los sacos en la medida de lo posible de manera que la parte de abajo quedara para arriba y las solapas más o menos hacia abajo. Y así permanecimos, tendidos y pensando; de vez en cuando cantábamos.

Supongo, escribiría Wilson, que todos intentamos idear algún plan para regresar sin la tienda. Lo único que nos quedaba era la tela del suelo sobre la que estábamos tendidos. En aquel momento no podíamos hablar, por supuesto, pero más tarde, cuando cesó la ventisca, hablamos de la posiblidad de hacer todas las noches un agujero en la nieve y taparlo con la tela. Dudo que creyéramos realmente que podíamos regresar de semejante modo con la temperatura que hacía y con el hielo en tales condiciones, pero nadie insinuó nada en ese sentido. Birdie y Bill cantaron un buen número de canciones e himnos, de los cuales me llegaban de vez en cuando fragmentos al oído, y entonces les acompañaba, aunque me figuro que sin muchas fuerzas. Nos encontrábamos

prácticamente sepultados en la nieve, por supuesto. «Estaba decidido a mantenerme abrigado -escribiría Bowers-, y debajo del guiñapo con el que estaba tapado agitaba los pies y cantaba todos los himnos y canciones que sabía para pasar el rato. De vez en cuando daba un golpe a Bill para ver si aún se movía y asegurarme de que seguía vivo. ¡Menudo cumpleaños tuvo el pobre!» Birdie estaba más cubierto de nieve que nosotros, pero todos teníamos que incorporarnos de tanto en tanto para quitárnosla del saco. Si abríamos las solapas, podíamos tomar un poquitín de nieve blanda, y entonces la apretábamos y nos la metíamos en la boca para que se deshiciera. Cuando nos reaccionaban las manos, tomábamos más, y de ese modo evitábamos pasar más sed de la necesaria. En el muro que teníamos encima de la cabeza aún quedaban unos cuantos jirones de tela, que restallaban hora tras hora como descargas de pistola. La lona no se salió ni un centímetro del muro. El viento hacía exactamente el mismo ruido que produce un tren expreso al pasar por un túnel a gran velocidad, cuando uno va con las ventanillas bajadas.

Creo firmemente que ninguno de mis compañeros perdió ni por un instante la esperanza. Debieron de pasar miedo, pero nada perturbó su ánimo. En lo que a mí respecta, nunca abrigué esperanza alguna, y cuando desapareció el techo me figuré que ya todo había acabado. ¿Qué otra cosa cabía pensar? Tardamos días en alcanzar aquel lugar, y lo hicimos de noche y con un frío como nunca había experimentado un ser humano. Pasamos cuatro semanas viajando en unas condiciones que ningún hombre había soportado anteriormente durante más de unos días. Si dormimos algo durante aquel tiempo fue por puro agotamiento físico, como se puede dormir en un potro de tortura; y en todo momento luchamos por conseguir lo indispensable para sobrevivir, y todo ello a oscuras. Salimos adelante cuidándonos muchísimo los pies, las manos y el cuerpo en general, quemando queroseno y tomando abundante comida y grasa caliente. Ahora estábamos sin tienda y sólo disponíamos de una de las seis latas de queroseno y de una parte de la olía. SÍ teníamos suerte y no hacía mucho frío, casi podíamos extraer agua de la ropa que llevábamos, y tan pronto como salíamos de los sacos de dormir quedábamos cubiertos por una armadura de hielo macizo. Cuando las temperaturas eran bajas y disfrutábamos de todas las ventajas que comportaba tener una tienda sobre la cabeza, los sacos estaban tan helados y nos costaba tanto tiempo descongelarlos que teníamos que hacer un esfuerzo ímprobo y padecer calambres durante más de una hora para meternos en ellos. No, sin la tienda no había salvación.

Parecía que no contábamos con la menor posibilidad de ver de nuevo nuestra tienda. Nos encontrábamos a 275 metros de altura y el viento soplaba tan fuerte como puede hacerlo en alta mar. En primer lugar había una cuesta empinada, tan dura que casi no se podía ni clavar un pico en ella, y tan resbaladiza que si uno iniciaba el descenso con las botas ya no podía frenar de ninguna manera. Además, remataba en un gran acantilado de hielo de varias decenas de metros de altura, más allá del cual se abría un laberinto de varias millas de extensión lleno de crestas y grietas en el que tanto daba buscar una tienda como una margarita. Y luego estaba el mar abierto. Lo más probable era que el viento hubiera arrastrado la tienda y la hubiese dejado caer mar adentro, en dirección a Nueva Zelanda. Estaba claro que la habíamos perdido.

Cuando uno se enfrenta cara a cara con la muerte no piensa ni en las cosas que atormentan a las malas personas, según dicen los tratados, ni en las que llenan de dicha a las buenas. Puede que especulara sobre mis posibilidades de ir al cielo, pero francamente me daba igual. No hubiera sido capaz de llorar ni aunque lo hubiese intentado. No tenía ningún deseo de pasar revista a las maldades de mi pasado. Eso sí, me pareció que había desaprovechado un poco mi vida. SÍ el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones el del cielo lo está de oportunidades perdidas.

Quería recuperar aquellos años. Cómo me divertiría entonces. ¡Me divertiría de lo lindo! Era

una lástima. Con razón dicen los persas que cuando estamos a punto de morir, al acordarnos de que Dios es misericordioso, nos remuerde la conciencia de pensar en las cosas que no hemos hecho por miedo al día del Juicio Final.

Y además me apetecía comer melocotones en almíbar. Me moría de ganas. Teníamos melocotones en la cabaña, más dulces y suculentos de lo que quepa imaginar. Y es que llevábamos un mes sin tomar azúcar. Sí, lo que más me apetecía era el almíbar.

Así de impíamente me dispuse a morir; decidí que no intentaría mantenerme abrigado, que quizá no costara mucho, y pensé que si las cosas se ponían muy feas me quedaba el recurso de la morfina del botiquín, aunque no tuviera nada de heroico. Sí, lector, que tan cómodo y abrigado estás: el ser humano no tiene miedo a la muerte; tiene miedo al dolor de morir.

Entonces, de forma completamente natural y sin duda decepcionante para quienes leerían gustosamente algo acerca de mí agonía (porque, ¿quién no desea deleitar con su muerte?), me quedé dormido. Supongo que la temperatura fue bastante elevada durante aquella violenta ventisca (cualquier temperatura cercana a los -17 °C era muy alta para nosotros), lo cual, unido a la nieve que nos caía encima, convirtió el interior de nuestros sacos de dormir en una suerte de agradable pantano. Estoy seguro de que todos dormitamos durante un buen rato. Era tanta nuestra ansiedad que de nada servía preocuparse. Además, estábamos cansadísimos y teníamos hambre, pues no habíamos comido desde el día anterior por la mañana. Pero el hambre no era muy acuciante.

Así que nos pasamos las horas tendidos de aquella manera, mojados y bastante calientes, mientras el viento bramaba alrededor, soplando sin parar con la fuerza de una borrasca y alcanzando una violencia indescriptible cuando racheaba. La borrasca equivale a vientos de fuerza 11, y los de 12 son los vientos más violentos que se pueden registrar. Bowers registró vientos de fuerza 11, pero tenía tanto miedo a pasarse que tendía a restar importancia a los datos. Yo creo que sopló un huracán en toda regla. Ya estuviéramos despiertos o adormilados, no pasamos muy mal rato, por lo que yo recuerdo. Sabía que las expediciones que habían ido al cabo Crozier en primavera habían tenido ventiscas de hasta ocho o diez días de duración, pero creo que esto le preocupaba más a Bill que a Bowers y a mí. Además yo estaba aturdido. Recordaba vagamente que Peary había sobrevivido a una ventisca a la intemperie, pero ¿no era verano cuando ocurrió aquello?

Fue el sábado de madrugada (22 de julio) cuando descubrimos que habíamos perdido la tienda. Tomamos la última comida en algún momento de la mañana. La lona desapareció el domingo a mediodía aproximadamente, y entretanto no comimos nada porque nos quedaba muy poco queroseno. Por otro lado, no podíamos salir del saco a menos que fuera absolutamente necesario. El domingo por la noche ya llevábamos treinta y seis horas sin comer.

Las rocas que cayeron sobre nosotros cuando perdimos la lona no nos hicieron daño, y aunque nos fue imposible salir de los sacos para moverlas, pudimos ponernos cómodos entre ellas sin dificultad. Más peligrosa era la nieve que empezaba a acumularse tanto encima como alrededor de nosotros. Nos ayudaba a mantenernos abrigados, claro está, pero al mismo tiempo, debido a las temperaturas relativamente altas que hacía, contribuía a que nuestros sacos se empaparan aún más de lo ya lo estaban. Si no encontrábamos la tienda (para lo cual tendría que ocurrir un milagro), los sacos y la tela del suelo de aquélla (sobre la cual estábamos tumbados) serían lo único que nos quedaría para realizar el penoso viaje de regreso por la Barrera. En tales condiciones, supongo que éste sólo habría podido tener un desenlace.

Entretanto había que esperar. Estábamos a 70 millas de la base, y nos había costado casi tres semanas llegar hasta allí. En los momentos más amargos pensábamos en maneras de regresar, pero no me acuerdo mucho de ellos. La mañana del domingo dio paso a la tarde sin solución de continuidad,

luego a la noche y luego a la mañana del lunes. Hasta el momento la ventisca había rugido con una furia monstruosa; allí estaban todos los vientos del mundo, y se habían vuelto locos. Aquel año tuvimos malos vientos en el cabo Evans, y aún los tendríamos peores en el invierno siguiente, durante el cual las aguas del mar llegarían hasta nuestras puertas. Pero nunca había oído, sentido ni visto un viento como aquél. Me preguntaba por qué no se llevaba la tierra por delante.

El lunes de madrugada hubo algún que otro indicio de calma. De ordinario, durante una ventisca fuerte de invierno, cuando uno lleva ya varios días con semejante estruendo en los oídos, los recalmones resultan más desquiciantes que el ruido: es «la sensación de no sentirlo». Ahora no recuerdo haber notado eso. Pasaron siete u ocho horas más y, aunque seguía soplando viento, no nos costaba mucho esfuerzo que nos oyeran los demás. Hacía dos días y dos noches que no comíamos.

Decidimos salir de los sacos y buscar la tienda. Así lo hicimos, transidos de frío y en un estado deplorable, aunque no creo que se le notara a ninguno. Apenas podíamos ver nada en la oscuridad, y menos aún rastros de la tienda. Regresamos con el viento en contra, desentumeciéndonos la cara y las manos, y decidimos preparar la comida como fuera. No creo que haya habido nunca otra como aquélla en todo el planeta. Tiramos de la tela del suelo por debajo de los sacos, nos metimos en ellos y nos tapamos la cabeza con la tela. Entre todos conseguimos encender el hornillo y sostuvimos la olla con las manos encima de él a pesar de que que le faltaban dos piezas. La llama parpadeaba a merced de las ráfagas de viento. La nieve de la olla se derritió muy lentamente, echamos una buena cantidad de carne desecada y el olor que despidió nos supo a gloria. Al cabo de un rato ya teníamos el té y la carne desecada, que aunque estaba llena de pelos procedentes del saco, plumas de pingüino, suciedad y detritos, sabía deliciosa. La grasa que quedaba en la olla acabó quemándose, por lo que el té tomó gusto a quemado. Ninguno de nosotros podría olvidar aquella comida: yo disfruté de ella como si de un festín se tratara, y el sabor a quemado siempre me la traerá a la memoria.

Como era todavía de noche volvimos a meternos en los sacos. Pero pronto empezó a brillar un luz difusa y salimos de nuevo a buscar la tienda. Birdie se nos adelantó. Torpe de mí, me llevé el edredón totalmente empapado con los pies y acabé sacándolo del saco. Era imposible ponerlo de nuevo en su sitio, así que dejé que se congelara, no tardó en ponerse como una piedra. Al sur, el cielo estaba todo lo negro y amenazador que podía estar. Daba la impresión de que la ventisca estallaría de nuevo sobre nosotros en cualquier momento.

Seguí a Bill pendiente abajo. No logramos encontrar nada. Sin embargo, mientras estábamos buscando oímos un grito en un lugar situado debajo de nosotros, a la derecha. Llegamos a una cuesta, resbalamos y nos deslizamos por ella, totalmente incapaces de detenernos hasta que topamos con Birdie y la tienda, que todavía tenía la cubierta exterior sobre las cañas de bambú. Nos habían arrebatado la vida y nos la habían vuelto a dar.

Nos sentimos tan agradecidos que no dijimos nada.

La tienda debía de haber salido disparada hacia arriba, cerrándose al subir por los aires. Las cañas, con la cubierta interior atada a ellas, se habían enredado en la cubierta exterior, y todo junto había salido volando como un paraguas cerrado. Era nuestra salvación. Si se hubiera abierto en el aire, nada habría podido evitar que resultase destruida. Con todo el hielo que se había acumulado encima de ella debía de pesar unos 50 kilos. Había caído a media milla de distancia, al pie de una cuesta empinada, y había ido a parar a una depresión, sin abrirse. La corriente principal de aire había pasado por encima de ella, y allí estaba, con las cañas y las cuerdas torcidas y las puntas de dos palos rotas, pero con la seda intacta.

Si la tienda volvía a desaparecer, nosotros correríamos la misma suerte. Regresamos con ella por la pendiente, llevándola con solemnidad y reverencia, como si fuera tan valiosa como un objeto

venido de otro planeta. La clavamos en el suelo como jamás se ha clavado tienda alguna, no junto al refugio, sino más abajo, donde la habíamos colocado nada más llegar. Y mientras Birdie se ocupaba de ello, Birdie y yo volvimos al refugio y levantamos, raspamos, sacudimos y sacamos toda la nieve de dentro hasta que encontramos prácticamente todo nuestro equipo. Es algo asombroso que perdiéramos tan pocas cosas cuando desapareció el techo. La mayoría estaban colgadas del trineo que formaba parte del techo o las habíamos metido en los agujeros del refugio para impedir que entrara nieve; el viento del sur y la contracorriente del norte debían de haber arrojado las cosas al fondo del refugio, donde luego habían quedado cubiertas de nieve. Naturalmente, algunos guantes y calcetines habían sido arrastrados por el viento y se habían perdido, pero lo único importante eran los guantes de piel de Bill, que estaban metidos en un agujero entre las rocas del refugio. Cargamos el trineo y lo empujamos pendiente abajo. No sé cómo se sentiría Birdie, pero yo estaba tan débil que me costó un esfuerzo descomunal. Parecía que la ventisca se hallaba justo encima de nosotros.

Volvimos a comer, y es que nos hacía falta. Mientras el buen hoosh nos recorría los pies y las manos y nos subía a las mejillas, las orejas y la cabeza, hablamos de lo que íbamos a hacer a continuación. Birdie propuso que visitásemos de nuevo a los pingüinos. El bueno de Birdie… Nunca reconocía que estaba molido… aunque tal vez nunca lo estuvo. «Creo que [Wilson] pensaba que nos había metido en un buen lío y estaba decidido a volver directamente a la base, aunque yo estaba a favor de acercarnos de nuevo al criadero. Sin embargo, me había puesto a sus órdenes para aquel viaje voluntariamente, de modo que emprendimos el camino de regreso al día siguiente.» En realidad, ninguna persona con sentido común lo hubiera dudado: debíamos volver. Los sacos de dormir se habían convertido en algo tan espantoso que no teníamos nada claro que consiguiéramos meternos en ellos si las temperaturas seguían bajando.

No sé cuándo fue, pero recuerdo que descendí por aquella cuesta (ignoro por qué, quizá para buscar la pieza de abajo de la olla) y que pensé que no había nada en la tierra que un hombre en aquellas circunstancias no estuviera dispuesto a dar con tal de poder dormir bien en un lugar abrigado. Daría todo lo que poseyera. Daría… ¿cuántos años de su vida? ¿Uno? ¿Dos? ¿Cinco quizá? Sí, yo daría cinco. Recuerdo los sastrugui, la vista del Collado, y abajo, en la lejanía, la tenue y neblinosa mancha negra del mar; recuerdo los jirones de lona verde que se agitaban a merced del viento sobre la nieve; la acerba frialdad que transmitía todo aquello y la debilidad que corroía mi corazón.

Birdie llevaba días instándome a que utilizara su edredón, su precioso forro seco del mejor plumón. Nunca lo había metido en su saco de piel, pero yo había rehusado, pues me parecía despreciable aceptar su ofrecimiento.

Cargamos el tanque para ponernos en marcha por la mañana y nos acostamos completamente rendidos. Aquella noche sólo hizo -25 °C, pero el dedo gordo del pie derecho se me congeló dentro del saco, que siempre me quedaba grande y en el que pretendía dormir sin el forro de plumón. Debí de pasarme horas golpeando un pie contra otro hasta que conseguí hacerlo reaccionar. Cuando nos levantamos (algo que hicimos cuando pudimos, como todas las noches, ya que los sacos eran algo insoportable), soplaba un viento bastante fuerte y parecía que iba a haber ventisca. Teníamos mucho que hacer; entre cargar los trineos y montar en un rincón del refugio un depósito con las cosas que no necesitábamos, tardamos dos o tres horas. Dejamos el segundo trineo y una nota atada al mango del pico.

Comenzamos a bajar por la cuesta a -26 °C y con un viento cada vez más fuerte. Mi labor consistía en mantener el trineo en equilibrio por detrás. Estaba tan agotado que dudo que hubiera servido de nada que tirase de él. Birdie era con mucho el que más fuerte estaba de todos. La tensión y

la falta de sueño estaban pasándome factura, y Bill tenía muy mal aspecto. Al pie de la cuesta giramos hacía la Barrera y dimos la espalda a los pingüinos, pero al cabo de una milla aproximadamente el cielo tenía al sur un aspecto tan amenazador que acampamos a toda prisa en medio de un fuerte viento. La superficie estaba plagada de durísimos sastrugui barridos por el viento, de modo que nos costó mucho tiempo: había poquísima nieve en polvo y teníamos miedo de que los bloques de nieve helada rasparan la tienda. Birdie ató la lata entera de galletas a la puerta para evitar que la tela diera golpes, y luego rodeó el tope con lo que él llamaba la «cargadera de la tienda» y lo ató a su saco de dormir con él dentro: sí la tienda desaparecía, él desaparecería con ella.

Como ya no podía más, acepté el edredón de Birdie. Fue un maravilloso gesto de abnegación por su parte; no tengo palabras para expresarlo. Me sentí como un animal al tomarlo, pero iba a acabar siendo un inútil como no durmiera un poco, y mi enorme saco me lo impedía. Bill y Birdie me decían una y otra vez que no hiciera tantas cosas, que trabajaba más de la cuenta, pero creo que lo que pasaba era que estaba cada vez más débil. Birdie parecía conservar todas sus fuerzas. Dormía durante casi toda la noche; lo difícil para él era meterse en el saco y no quedarse dormido. Tomaba datos meteorológicos incansablemente, aunque hubo alguna noche en que no pudo hacerlo por culpa del sueño. Solía quedarse dormido con la jarra de metal en la mano, por lo que acababa cayéndosele; a veces en lugar de la jarra tenía el hornillo.

El saco de Bill ya estaba para tirarlo: era demasiado pequeño para el forro de plumón, se le estaba rajando por todas partes y tenía unos agujeros grandes y largos. Se pasó varias noches con la sensación de que no dormía nada; pero algo durmió, porque nosotros le oímos roncar. Excepto aquella noche y la siguiente, en que el edredón de Birdie se mantuvo bastante seco, no dormí nada, que yo sepa, aunque he de decir que durante cinco o seis noches seguidas desperté por culpa de la misma pesadilla: nos quedábamos atrapados en la nieve, y Bill y Birdie metían el equipo en mi saco, y para hacerlo tenían que romperlo o algo así. Yo no sabía que estaba dormido, en absoluto.

Bowers escribió:

Apenas llegamos al pie de la bajada, se levantó de nuevo un furioso viento y tuvimos que acampar. Durante toda la noche la tienda dio golpes e hizo el mismo ruido que una descarga de mosquetes; la razón era que dos de los palos tenían las puntas rotas y no encajaban bien. Pensé que lo solucionaría definitivamente atándolo todo de la mejor manera posible y sujetando la punta a mi saco con una cuerda. El viento amainó al cabo de día y medio; reanudamos la marcha y, tras recorrer cinco o seis millas, nos vimos rodeados de grietas.

Estuvimos todo el día (26 de julio) marchando sin parar con una luz espantosa, avanzando con esfuerzo entre crestas de presión y subiendo por las laderas del Terror. La temperatura bajó de -29 °C a-43 °C.

En varias ocasiones nos metimos en grietas cubiertas de una frágil capa de hielo liso barrido por el viento. Sin embargo, continuamos abriéndonos paso a tientas, manteniéndonos siempre alejados de las cuestas de hielo duro y andando por las costras de nieve profunda que caracterizan las depresiones de las crestas de presión, en las cuales creía que habíamos vuelto a perdernos. No teníamos luz ni puntos de referencia para orientarnos salvo las borrosas cuestas de perfil impreciso que había delante, a una distancia y de una naturaleza imposibles de determinar. Nunca sabíamos si nos aproximábamos a una cercana pendiente escarpada o a una larga cuesta del Terror situada a millas de distancia. Acabamos orientándonos por el oído y por la impresión que nos producía la

nieve al pisarla, pues tanto el sonido como el tacto resultan muy útiles para saber qué probabilidades tiene uno de encontrar grietas y de seguir la marcha sin percances. Así que seguimos avanzando en medio de la oscuridad con la esperanza de ir al menos en la dirección correcta.

Tras meternos en un buen número de grietas, completamente perdidos, decidimos acampar, Bill dijo: «Creo que por lo menos hemos salido de las crestas.» Pero nos pasamos la noche oyendo los chasquidos que causaba la presión del hielo; era como si alguien estuviera golpeando una tina vacía.

Al día siguiente, lo que nos causó problemas fue el ornamentado sombrero de Birdie. «¿Qué opinión le merece este sombrero, señor?», oí que le preguntaba a Scott pocos días antes de comenzar el viaje, exhibiéndolo como haría una joven con su último modelo parisiense. Scott se quedó un rato mirándolo en silencio, y luego dijo: «Le responderé cuando regrese, Birdie.» Era un sombrero complicado, provisto de todo tipo de botones, cordones y protecciones para la nariz. Bowers pensaba que iba a poder colocárselo según soplara el viento, como si se tratara de las velas de un barco. Antes de aquel y de otros viajes estuvimos mucho tiempo ocupados con nuestros costureros, y es que todo el mundo tiene sus propias teorías sobre cuáles son los mejores arreglos que puede hacer en su ropa. Cuando acabamos, unos estaban correctos, como Bill; a otros les quedaba la ropa holgada, como a Scott y al marinero Evans; otros parecía que llevaban un apaño, como Oates y Bowers; y los había a quienes lo del apaño se les quedaba corto, aunque no voy a dar nombres. En cualquier caso, en cuanto a Birdie se le congeló el sombrero, se demostró que era una prenda inapropiada.

Cuando por la mañana dispusimos de algo de luz, observamos que nos habíamos desviado un poco de los dos trechos de morrena del Terror en dirección norte. Aunque no lo sabíamos, nos encontrábamos en el punto en que la Barrera ejerce presión contra el monte, y apenas podíamos ver el obstáculo que teníamos justo delante. Tratamos de salvarlo, pero pronto topamos con una enorme cresta que nos tapaba la morrena y medio monte, el cual se elevaba como una gran colina a nuestra derecha. Bill dijo que no quedaba más remedio que seguir adelante y confiar en que hubiera alguna parte más baja. Pero teníamos el presentimiento de que nos separaba de la montaña un número cada vez mayor de crestas. Al cabo de un rato intentamos cruzar aquélla, pero tuvimos que dar media vuelta por culpa de las grietas, después de que Bill y yo metiéramos la pierna en una. Continuamos durante unos veinte minutos y encontramos una parte más baja. Giramos, subimos por ella en diagonal y llegamos arriba del todo. En cuanto pasó la cima, Birdie se cayó en una grieta lo bastante ancha como para caber entero en ella. Desapareció de vista y se quedó colgado en un punto al que no podíamos llegar desde la superficie. Bill fue por su arnés y yo me dirigí a la parte delantera del trineo. Bill me dijo que agarrara la cuerda Alpine y Birdie nos indicó desde abajo qué teníamos que hacer. No podíamos subirlo tal como estaba, pues las paredes de la grieta estaban blandas y él no podía valerse por sí mismo.

Bowers escribió:

El sombrero se me había congelado de tal manera que tenía la cabeza envuelta en un bloque de hielo macizo y no podía mirar hacia abajo sin inclinar el cuerpo entero. A consecuencia de ello Bill acabó con un pie dentro de una grieta, yo metí los dos [en el preciso momento en que daba un grito de aviso]," el puente cedió y me caí. Por suerte, los arneses del trineo estaban fabricados para resistir esta clase de cosas, de manera que me quedé colgado en un pozo sin fondo y con unas paredes cubiertas de costras de hielo tan próximas que me hubiera sido muy fácil apoyarme en ellas si hubiera podido ver. Bill preguntó: «¿Qué quiere que hagamos?» Le pedí que me echara la cuerda

Alpine con un as de guía para el pie. Me sacaron tirando primero de la cuerda y luego del arnés.

Entretanto, en la superficie, yo me eché al borde de la grieta y di la cuerda a Birdie, quien metió el pie en la lazada y lo levantó para que la cuerda quedara floja. Yo la sujeté, y él se alzó sobre el pie para que el arnés no estuviera tirante. Seguidamente Bill sujetó el arnés, con lo cual permitió que Birdie levantara el pie y me dejara la cuerda floja otra vez. Lo subimos centímetro a centímetro y, como la temperatura era de -43 °C, se nos congelaron los dedos. Más adelante emplearíamos a menudo este sistema para sacar a los hombres que se caían en grietas. Fue inventado de forma improvisada, que yo sepa, por lo que resulta admirable el aplomo que mostró su autor, dado que estaba muerto de frío y colgado precisamente dentro de una grieta.

Delante de nosotros podíamos ver otra cresta e ignorábamos cuántas más habría detrás de ella. Las perspectivas no eran nada halagüeñas. Bill se adelantó un buen trecho con la cuerda Alpine y salvamos sin problemas el obstáculo que teníamos en aquel momento. Convinimos todos en que el método de que el jefe del grupo se adelantara con una cuerda larga resultaba muy útil. A partir de aquel momento cambió nuestra suerte y nos fue todo bien hasta el final. Cuando salimos al hielo marino, la aventura llegó a su fin en pocos días; teníamos la punta de la Cabaña siempre a la vista, y había luz. Siempre sentí que todo aquel cúmulo de acontecimientos se había producido a causa de una extraordinaria serie de accidentes, y de que a partir de determinado momento ya no estaba en nuestras manos dirigir su curso. Cuando camino del cabo Crozier apareció de pronto la Luna por detrás de una nube y nos mostró una grieta enorme que nos habría tragado con trineo y todo, pensé que después de aquello ya no podíamos sufrir ninguna desgracia en aquel viaje. Cuando perdimos la tienda y permanecimos metidos en los sacos de dormir a la espera de que cesara la ventisca, pensé que probablemente no la encontraríamos jamás, y que estábamos librando un largo combate con el frío del que no conseguiríamos salir vivos. No encuentro palabras para describir la sensación que se apoderó de mí cuando pensé que no podríamos valemos por nosotros mismos, y la que tuve más adelante al ver cómo salíamos de aquella terrible serie de experiencias. Cuando emprendimos el camino de regreso, me pareció que la situación no podía sino mejorar, y aquel día tuve el convencimiento de que viviríamos otra mala experiencia y que luego cabría ver las cosas con optimismo.

Andando por la depresión logramos salir de la zona de crestas, después de lo cual seguimos todo el día subiendo y bajando, pero no nos encontramos con ninguna grieta. Creo que aquel día se extendió desde el cabo Crozier un maravilloso resplandor por el borde de la Barrera: abajo era del carmesí más vivo que quepa imaginar. Luego, conforme subía, iba pasando por todas las tonalidades del rojo hasta transformarse en verde claro, tras lo cual se veía el intenso azul del cielo. Es el rojo más vivo que he visto nunca en el cielo.

Por la noche estuvimos a -45 °C, y salimos temprano con una temperatura de -44 °C. A mediodía subimos a la punta del Terror. El Ere-bus no tardó en alzarse ante nosotros, y disfrutamos del primer día de auténtica luz, pese a que el sol aún tardaría otro mes en aparecer tras el horizonte. No puedo describir el alivio que aquella luz nos proporcionó. Cruzamos la punta por la parte de fuera de la primera ruta que habíamos seguido y vimos a nuestra derecha la zona de crestas en la que una ventisca nos había obligado a detenernos tres días durante el viaje de ida.

Al día siguiente por la noche la temperatura mínima fue de -54,5 °C. Nos encontrábamos de nuevo en la ensenada abrigada de la Barrera, con su nieve blanda, sus temperaturas bajas, sus nieblas y brumas y los continuos hundimientos de las costras subyacentes. El sábado y el domingo (29 y 30

de julio) avanzamos con tremendo esfuerzo por aquel páramo, helados como de costumbre, pero viendo que el peñón del Castillo iba aumentando de tamaño. Aunque a veces daba la impresión de que iba a haber niebla o viento, el tiempo siempre acababa calmándose. Estábamos cada vez más débiles (aunque no sabríamos en qué medida hasta más tarde), pero a pesar de lo despacio que íbamos, avanzábamos a buen paso. Durante aquellos días hicimos jornadas de 4,5, 7,25, 6,75, 6,5 y 7,5 millas respectivamente; al pasar por aquella zona durante el viaje de ida habíamos hecho tandas y andado milla y media al día. La superficie que tanto temíamos no estaba tan arenosa o blanda como la vez anterior, y los hundimientos eran más acusados. Estos se producen cuando cede una costra bajo nuestros pies. Por lo general la zona afectada es de unos 20 metros a la redonda: la superficie cae por un hueco de entre cinco y ocho centímetros, produciendo un suave crujido que en un primer momento puede hacerle pensar a uno que hay grietas en las inmediaciones. En la región por la que avanzábamos en ese momento eran mucho más pronunciados que en otras: un día, mientras Bill encendía el hornillo dentro de la tienda, metí el pie en un agujero que había hecho. Esto produjo un gran hundimiento: caímos unos 30 centímetros con el trineo, la tienda y todo lo demás, y el ruido que hizo se extendió a varias millas de distancia. Nos quedamos escuchándolo hasta que nos entró frío. Debió de durar tres minutos como mínimo.

En las paradas que hacíamos durante la marcha permanecíamos con los arneses puestos, y sus cuerdas se extendían, flojas, sobre la nieve en polvo. Nos quedábamos jadeando con la espalda apoyada contra la gigantesca masa helada del equipo que arrastrábamos. No soplaba viento y, si lo hacía, no era más que una ligera brisa: nuestro aliento producía un susurro al helarse. No manteníamos ninguna conversación a menos que fuera necesario: ignoro por qué no se nos heló nunca la lengua, pero los dientes, cuyos nervios estaban muertos, se me hicieron añicos. Cuando llevávamos unas tres horas de marcha desde la comida, Bill preguntó: -¿Cómo tiene los pies, Cherry? -Muy fríos.

- No se preocupe. Yo los tengo igual.

No nos molestábamos en preguntar a Birdie: desde el comienzo | del viaje no se le habían congelado los pies ni una sola vez.

Seguimos andando, y al cabo de media hora Bill repitió la pregunta. Le dije que había perdido la sensibilidad. Él aún se notaba uno de los pies pero en el otro la había perdido por completo, así que decidió que lo mejor era acampar. Nos esperaba otra noche de sufrimiento.

Mientras nosotros nos librábamos de los arneses, Bill, antes de hacer cualquier otra cosa, se quitaba los guantes de piel, daba forma cuidadosamente a todas las partes blandas mientras se helaban (pese a que, en general, los guantes no se nos descongelaban en las manos) y los dejaba delante de sí sobre la nieve, donde parecían dos puntos oscuros. Había perdido sus guantes de piel cuando salió volando el techo del refugio; aquéllos eran los que llevábamos de recambio, y tenían un fino forro de piel de perro que daba gusto ver y tocar cuando estaba nuevo; si se hallaban secos, iban de maravilla para dar vueltas a los tornillos del teodolito, pero eran demasiado delicados para las correas y las cuerdas. Cuando ahora lo pienso, no sé qué hubiera hecho Bill sin ellos.

Trabajando con los mitones y los guantes de lana en todo momento, y con los de piel encima de éstos cuando era posible, poco a poco conseguíamos desabrochar las hebillas y extender sobre la nieve la lona verde del suelo de la tienda. La lona también se podía utilizar como vela, aunque durante aquel viaje no nos habría sido posible aparejar una vela en ningún momento. Encima de la carga llevábamos la pala y las cañas de bambú atadas a una cubierta (que estaba a su vez cubierta de hielo), y que dejábamos en la nieve hasta que nos hicieran falta. A continuación teníamos que poner uno a uno los tres sacos de dormir sobre la tela del suelo; aquellos obstinados ataúdes de que

dependían nuestras vidas la tapaban por completo e incluso se salían por los lados… Para entonces uno de nosotros ya se había parado y estaba desentumeciéndose los dedos. Luego desatábamos la olla de encima de la caja del instrumental (algunas piezas las guardábamos en las bolsas con el hornillo, la lata de alcohol metílico, los fósforos y demás; otras las dejábamos para llenarlas más tarde con nieve) agarrábamos sendas cañas de la tienda con las manos y las poníamos sobre todo lo que habíamos sacado. «¿Listos? ¡Abajo!», decía Bill, y entonces las introducíamos en la blanda nieve suavemente, para que no se hundieran demasiado. El hielo de la cubierta interior se formaba fundamentalmente a causa del vapor de la olla. Hasta el momento no habíamos logrado quitarlo ni golpeándolo ni picándolo, y lo cierto era que ya nos daba igual. Habíamos atado el pequeño ventilador del techo, ideado para expulsar dicho vapor, para no perder nada de calor. A continuación poníamos la cubierta exterior, y entonces le tocaba a uno de nosotros comenzar la tercera tarea del día en el orden de trabajos desagradables. La peor de todas era meterse en el saco; la segunda o equivalente permanecer tumbado en él durante seis horas (las habíamos reducido a seis); la tercera encender el hornillo y preparar la comida.

Si a uno le tocaba cocinar, tomaba el armazón metálico roto, lo que quedara de la palmatoria y se metía como podía en el embudo que formaba la puerta. En el espacio cerrado de la tienda parecía hacer mucho más frío que en el exterior. Uno intentaba encender los fósforos de tres o cuatro cajas, pero no había manera; al borde de la desesperación, pedía que le dieran otra caja del trineo y conseguía encender un fósforo porque aún no había estado expuesto al calor (por llamarlo de alguna manera) de la tienda. La vela permanecía colgada de un alambre sujeto al tope de la tienda. Resultaría aburrido contar lo mal que lo pasamos intentando encender el hornillo y desatar las cuerdas de la bolsa de la comida semanal. Probablemente para entonces los otros dos ya habían ajustado y asegurado la tienda en el exterior, llenado y pasado la olla al cocinero, colocado el termómetro debajo del trineo, etcétera. Además, siempre tenían un par de chapuzas que hacer, aunque puedo asegurar que entraban en la tienda tan pronto como oían silbar el hornillo y veían el resplandor de la luz dentro de la tienda. Con una lata de galletas vacía Birdie hizo un fondo para la olla a fin de sustituir la pieza que se había llevado el viento. En general fue un éxito, aunque teníamos que sujetar la olla para que no se cayera sobre el saco de dormir de Bill (que estaba extendido junto con los otros dos sacos helados y ocupaba todo el suelo). Cocinar nos llevaba cada vez más tiempo. Mientras uno sacaba las galletas a golpes, el cocinero echaba la carne desecada en la olla de dentro, que para entonces ya estaba medio llena de agua. Cuando teníamos una oportunidad, nos quitábamos el calzado que habíamos llevado durante el día y nos poníamos el de noche (unos calcetines afelpados de pelo de camello y unas botas de piel). A pesar de la escasa luz que había, nos mirábamos los pies a ver si presentaban síntomas de congelación.

Dudo que tardáramos menos de una hora en llevarnos comida caliente a la boca: tomábamos carne desecada y luego agua caliente, en la cual mojábamos las galletas. Para comer tomábamos té y galletas; para desayunar, carne desecada, galletas y té. No nos habría sido posible llevar más bolsas de comida: con tres ya teníamos más que suficiente, y las cuerdas con que estaban atadas todas las cosas semejaban alambres. La peor, sin embargo, era la de la puerta de la tienda, y ésa había que atarla bien, sobre todo si soplaba viento. Al principio nos esmerábamos para quitar el hielo de la tienda antes de guardarla, pero hacía tiempo que habíamos desistido de hacerlo.

El hoosh nos calentaba los pies, pero aun así tratábamos de desentumecernos las partes congeladas. Como nos poníamos el calzado seco antes de cenar, teníamos mucho menos frío. Luego intentábamos meternos en los sacos.

A Birdie el saco le quedaba como un guante, aunque quizá con el edredón dentro le hubiera

resultado algo pequeño. Debía de ser menos sensible al frío que los demás, pues nunca tuvo problemas graves con los pies; en cambio, Bill y yo siempre presentábamos síntomas de congelación. No sabría decir cuánto dormía, pero está claro que más que nosotros, incluso durante los últimos días. Daba gusto oír sus ronquidos mientras uno se pasaba prácticamente toda la noche en vela. Durante el viaje puso en numerosas ocasiones el saco del revés, cambiando el pelo por la piel y la piel por el pelo, para eliminar buena parte de la humedad que salía en forma de nieve o trozos de hielo. Si queríamos poner los sacos del revés, teníamos que hacerlo en cuanto salíamos de ellos, e incluso así había que darse prisa, porque se helaban enseguida. Si alguien salía de la tienda por la noche, tenía que volver a todo correr para poder meterse de nuevo en el saco antes de que se endureciera. Naturalmente, esto ocurría cuando las temperaturas bajaban más.

Aunque no podíamos permitirnos quemar los sacos, intentábamos meter en ellos el hornillo encendido para descongelarlos, pero eso no siempre daba buenos resultados. Al principio, cuando hacía mucho frío, encendíamos el hornillo por la mañana, cuando todavía estábamos acostados, y por la noche lo dejábamos en marcha hasta que empezábamos a abrir la parte superior de los sacos o incluso cuando ya lo habíamos logrado. Pero durante el viaje de regreso, la escasez de queroseno nos impidió disfrutar de tales lujos hasta los dos últimos días.

Dudo que un hombre, por muy enfermo que esté, llegue a pasarlo mucho peor de lo que lo pasamos nosotros con aquellos sacos, y es que temblábamos tanto de frío que casi se nos rompía la espalda. Uno de los problemas añadidos que nos plantearon durante el viaje de regreso fue que las manos se nos humedecían por la noche, por lo que teníamos que llevar guantes o mitones, que acababan chorreando. Cuando nos levantábamos por la mañana, teníamos las manos como una lavandera: blancas, arrugadas y húmedas, lo cual no era una manera muy sana de empezar la jornada. Nos habrían venido bien unas bolsas de saenne-grass, pues ofrecen la enorme ventaja de que se puede sacudir la humedad de ellas. Pero sólo disponíamos de bolsas para nuestros maltrechos pies.

El recuerdo que conservo de los horrores del viaje de regreso es tan poco claro como el efecto que tuvieron en mi cuerpo. Creo que cabría decir lo mismo de los demás, pues todos estábamos enormemente débiles e insensibles. El día en que llegamos al criadero de pingüinos a mí me daba igual caerme en una grieta o no. A aquellas alturas ya nos había pasado prácticamente de todo. Sé que nos quedábamos dormidos por el camino, porque yo despertaba al chocar con Birdie, y él lo hacía al chocar conmigo. Creo que Bill, que iba delante dirigiendo la marcha, se las ingeniaba para mantenerse despierto. Sé que nos quedábamos dormidos con el relativo calor que daba el hornillo encendido dentro de la tienda mientras aguardábamos con las jarras o el hornillo mismo en las manos. Sé que los sacos de dormir tenían tanto hielo que no nos importaba derramar agua o hoosh cuando estaban colocados sobre la tela del suelo, y cocinábamos encima de ellos con la desvencijada olla. Se encontraban en tan mal estado que cuando nos levantábamos por la mañana nunca los enrollábamos de la manera habitual, sino que los abríamos todo lo posible antes de que se congelaran y los poníamos sobre el trineo prácticamente extendidos. Los levantábamos entre los tres, y semejaban ataúdes aplastados, aunque probablemente fueran mucho más duros. Sé que si sólo hacía -40 °C cuando acampábamos para pasar la noche nos sentíamos muy agradecidos, porque eso significaba que no íbamos a pasar frío, y que si la temperatura era inferior a los -50 °C cuando nos levantábamos a la mañana siguiente, no preguntábamos qué marcaba el termómetro. La marcha del día era una maravilla en comparación con el descanso nocturno, aunque las dos cosas eran horribles. Estábamos en las peores condiciones en que puede encontrarse un hombre que aún es capaz de seguir viajando; pero nunca oí una palabra de queja ni un juramento, y vi que la abnegación superaba todas las pruebas.

Estábamos cada vez más cerca de la base y avanzábamos a buen paso. íbamos a conseguirlo; sólo teníamos de aguantar unos cuantos días más: seis, cinco, cuatro… tres quizá, si no se nos echaba encima una ventisca. La cabaña principal se encontraba detrás del risco aquel donde siempre se formaba neblina, y allí se alzaba el peñón del Castillo. AI día siguiente podríamos ver incluso la colina de Observaciones, y detrás de ella estaría la cabaña de la expedición del Discovery, amueblada y en buen estado, y además habrían mandado del cabo Evans sacos de dormir secos para darnos allí la bienvenida. Nos figurábamos que nuestros problemas acabarían cuando llegáramos al borde de la Barrera, y éste no debía de encontrarse muy lejos. «Vas a llevarte una buena. Aguanta, aguanta… Vas a llevarte una buena», me repetía mentalmente una y otra vez.

Y aguantamos. Qué buenos recuerdos guardo de aquellos días; me acuerdo de las bromas que hacíamos con el sombrero de Birdie, de las canciones que habíamos memorizado, de las palabras de ánimo que uno recibía al instante cuando descubría que se le habían congelado los pies, de las generosas sonrisas con que se acogían los chistes malos, y de las alusiones a la cama caliente que nos aguardaba. No nos olvidábamos de pedir las cosas por favor ni de dar las gracias, lo cual significa mucho en tales circunstancias, ni de todos los pequeños vínculos con la dignidad y la civilización que todavía podíamos mantener. Juro que aún nos quedaban modales cuando llegamos tambaleándonos a la base. Y no perdimos la calma, ni siquiera con Dios.

Cabía la posibilidad de que alcanzáramos la punta de la Cabaña aquella misma noche; ya quemábamos más queroseno, pues aún nos duraba la lata de cuatro litros, y también más velas, aunque en un momento dado temimos que se nos acabaran. Pasamos una mañana infernal: -49,5 °C era una temperatura muy baja para el estado en que nos encontrábamos. Pero el tiempo estaba en calma, y ya no podía faltar mucho para llegar al borde de la Barrera. La superficie iba endureciéndose: había surcos barridos por el viento, y cada vez se hundían menos las costras. El trineo se deslizaba con más facilidad; siempre habíamos sospechado que la Barrera describía una cuesta descendente por aquella zona. La nieve dura cubría la superficie, asomando a ella como grandes hondonadas invertidas sobre las que resbalábamos, y el que no nos hundiéramos en la nieve blanda hacía que se nos enfriasen menos los pies. De pronto vimos un destello en la línea de oscuridad que cruzaba nuestro camino. Era el borde de la Barrera; ya no teníamos por qué preocuparnos.

Dejamos caer el trineo por un ventisquero hasta el hielo marino, por el que soplaba la misma corriente de aire frío que me había destrozado las manos cinco semanas antes. Nos alejamos de allí, acampamos y comimos: la temperatura ya había subido a -42 °C. Casi pudimos notar cómo disminuía el frío cuando, una vez doblado el cabo Armitage, recorrimos las últimas tres millas. Nos las ingeniamos para subir el trineo por el cinturón de hielo, y quitamos la nieve que se había acumulado ante la puerta. Nos dio la impresión de que en la vieja cabaña hacía una temperatura bastante agradable.

íbamos a llegar al día siguiente por la noche, pero Bill estaba convencido de que no era conveniente que entráramos en la abrigada cabaña del cabo Evans de inmediato: debíamos acostumbrarnos al calor de forma paulatina, para lo cual podríamos alojarnos durante un par de días en una tienda en el exterior o en el anexo. No obstante, estoy seguro de que nunca consideramos seriamente la posibilidad de hacer tal cosa. La estancia en la punta de la Cabaña no nos predispuso a favor de semejante sacrificio. Se hallaba tal y como la habíamos dejado, y además no nos habían llevado nada: ni sacos de dormir, ni azúcar. Pero había queroseno de sobra. Dentro de la cabaña montamos una tienda seca que estaba allí desde el viaje del depósito, encendimos dos hornillos en su interior, dormitamos en los sacos y tomamos un cacao sin azúcar tan espeso que a la mañana

siguiente nos sentíamos empachados. Estábamos contentísimos, y nos quedábamos dormidos entre trago y trago. Al cabo de unas horas nos pusimos a hablar de cómo evitar meternos en los sacos. Sin embargo, alguien tenía que ocuparse de que no se apagara el hornillo para impedir que nos congeláramos, y no nos fiábamos de que fuéramos a mantenernos despiertos. Bill y yo intentamos cantar a dos voces. Al final nos metimos en los sacos a pesar de la humedad. No los soportamos más que tres horas, y gracias a Dios nos levantamos a las tres de la noche. Cuando ya estábamos listos para partir, oímos que se levantaba viento. No merecía la pena salir, de modo que nos quedamos sentados en la tienda y volvimos a quedarnos dormidos. El viento cesó a las nueve y media, y a las once nos pusimos en marcha. Cuando salimos, había en el exterior algo parecido a un resplandor. Hasta el año siguiente no comprendí que buena parte de la claridad que hay durante la última parte del invierno nos la habían tapado los montes alrededor de los cuales habíamos viajado. Ahora, al no interponerse nada entre nosotros y el horizonte septentrional (detrás del cual se ocultaba el sol), podíamos ver como no lo hacíamos desde hacía meses. Las nubes iridiscentes de aquel día fueron preciosas.

Tiramos de los trineos con todas nuestras fuerzas y alcanzamos una velocidad de casi dos millas por hora. Pasamos un trecho de dos millas con una superficie de sal en bastante mal estado y luego una zona de sastrugi duros y ondulados, tras lo cual avanzamos sin problemas. Nos dormimos por el camino. A las cuatro de la tarde ya habíamos recorrido ocho millas y pasado la lengua del glaciar. Comimos allí.

Cuando empezamos a recoger el equipo por última vez, Bill dijo con voz queda: «Quiero darles las gracias por lo que han hecho. No hubiera podido encontrar mejores compañeros que ustedes dos. Es más, nunca los encontraré.»

Me siento orgulloso de ello.

La exploración de la Antártida no suele ser tan ardua como cabe imaginar, ni siquiera como parece; pero ese viaje había sido algo indescriptible: no teníamos palabras para expresar los horrores que habíamos pasado.

Avanzamos trabajosamente varias horas más, y se hizo muy de noche. Deliberamos sobre dónde podía estar el cabo Evans. Por fin lo doblamos; debían de ser las diez o las once, y es posible que alguien nos viera cuando pusimos rumbo a la cabaña. «Si nos separamos bien -dijo Bill-, verán que somos tres.» Pero bordeamos el cabo, cruzamos la bisagra y subimos por la orilla hasta la mismísima puerta de la cabaña sin percibir ruido alguno. No se oía nada en el establo, ni tampoco ningún ladrido en los ventisqueros que teníamos delante. Nos detuvimos y tratamos de quitarnos los arneses helados, ayudándonos mutuamente, una labor costosa, como de costumbre. Entonces se abrió la puerta. «¡Dios mío! ¡Ya está aquí el grupo del cabo Crozier!», exclamó alguien, y desapareció.

Así acabó el peor viaje del mundo.

Y ahora el lector se preguntará qué fue de los tres huevos de pingüino por los que tres hombres habían arriesgado sus vidas trescientas veces al día y llevado sus cuerpos al mismísimo límite de la resistencia humana.

Dejemos la Antártida por un instante e imaginemos que estamos en el año 1913, en el Museo de Historia Natural de South Kensington. Yo había escrito para avisarles que iba a llevar los huevos. Estamos allí presentes yo, Cherry-Garrard, único superviviente de los tres miembros de la expedición, y el Primer Conservador de los Huevos Sagrados o el Conservador de la Portería. No escribí al pie de la letra las palabras con que me recibió, pero cabría expresar lo que me dijo de la siguiente manera:

PRIMER CONSERVADOR: ¿ Quién es usted? ¿ Qué desea? Esto no es una huevería. ¿Quién le

manda a usted toquetear nuestros huevos? ¿Quiere que llame a la policía? ¿Es el huevo de cocodrilo lo que anda buscando? Yo no sé nada de huevos. Será mejor que hable con el señor Brown; es él quien repasa los huevos.

Acudo al señor Brown, quien me conduce a la presencia del Conservador Jefe, hombre de aspecto científico, con dos formas de comportarse: una afable y cortés para la Persona Importante con la que está conversando (que debe de ser un Rothschild de las ciencias naturales como mínimo), y otra para mí, sumamente ofensiva incluso para un hombre de ciencia con cargo oficial.

Me presento con la debida modestia como el portador de los huevos de pingüino y se los entrego. El Conservador Jefe los toma para guardarlos sin pronunciar una sola palabra de agradecimiento y se vuelve hacia la Persona Importante para hablar sobre ellos. Aguardo. Empieza a hervirme la sangre. La conversación continúa durante un rato, se diría que considerable. De pronto el Conservador Jefe repara en mí presencia y pone cara de sentirse molesto.

CONSERVADOR JEFE: No es preciso que espere.

EXPLORADOR HEROICO: Quisiera un recibo por los huevos, si no le importa.

CONSERVADOR JEFE: No es necesario, no se preocupe. No es preciso que espere.

EXPLORADOR HEROICO: Quisiera un recibo por los huevos.

Pero el Conservador Jefe ya presta toda su atención a la Persona Importante. Al darse cuenta de que si continúa oyendo la conversación puede cometer una falta de delicadeza, el Heroico Explorador abandona la sala educadamente y toma asiento en una silla de un pasillo sombrío, donde se entretiene preparando mentalmente las palabras con las que va a reconvenir al Conservador Jefe cuando se marche la Persona Importante. Pero no parece que la Persona Importante vaya a irse, y las ideas e intenciones del Explorador se tornan cada vez más siniestras. Según avanza el día, van pasando por delante de la Presencia funcionarios de categoría inferior que la miran con recelo y le preguntan qué asunto le trae por allí. La respuesta es siempre la misma: «Estoy esperando a que me den el recibo por unos huevos de pingüino.» Por fin se hace patente por la expresión del Explorador que en realidad no está esperando a recoger su recibo sino a cometer un asesinato. Cabe suponer que la víctima es informada de ello; sea como fuere, el caso es que al final le entregan el recibo y el Explorador se marcha con él, pensando que se ha comportado como un auténtico caballero, pero tan insatisfecho con este triste consuelo que durante varias horas sigue imaginándose lo que le hubiera gustado hacerle al Conservador para enseñarle modales (sobre todo con las botas).

Poco tiempo después visité el Museo de Historia Natural con la hermana del capitán Scott. Tras sostener una pequeña discusión con un conservador auxiliar, le convencimos de que entre los especímenes traídos de la Antártida por la expedición no se encontraban las mariposas que habíamos encontrado comiéndose algunos de ellos, y la señorita Scott expresó su deseo de ver los huevos de pingüino. El conservador auxiliar se apresuró a negar categóricamente que tales huevos estuvieran en poder del museo e incluso que existieran. Pero la señorita Scott era hermana de su hermano, y estaba tan poco dispuesta a aceptar por las buenas semejante respuesta que me alegré de poder llevármela de allí sin que ocurriera nada más grave que el que yo lanzara y acompañara de blasfemias la amenaza de que, si no recibíamos antes de veinticuatro horas un documento que garantizara mínimamente la seguridad de los huevos, aquel incidente tendría repercusiones en toda Inglaterra.

El ultimátum surtió efecto, y nos enviaron la garantía correspondiente a su debido tiempo. Sin embargo, no conseguí quedarme tranquilo hasta más tarde, cuando me enteré de que los huevos habían sido confiados al profesor Assheton para que llevara a cabo los necesarios exámenes microscópicos. Pero el profesor murió antes de que lograra iniciar la tarea, y los huevos pasaron a manos del profesor Cossar Ewart, de la Universidad de Edimburgo.

Su informe es el siguiente:

INFORME DEL PROFESOR COSSAR EWART

Para el doctor Wilson supuso un gran desencanto el hecho de que no se pudieran obtener embriones de pingüino emperador durante la travesía del Discovery. Pero si bien es cierto que los embriones brillaban por su ausencia en los huevos de emperador traídos por la Expedición Nacional a la Antártida, conviene recordar que los naturalistas que iban a bordo del Discovery realizaron muchos descubrimientos acerca de los hábitos de reproducción del miembro vivo más grande de la antigua familia de los pingüinos. Entre otras cosas se estableció, en primer lugar, que tanto en el caso del emperador como en el del pingüino rey, el huevo descansa durante el período de incubación sobre la superficie superior de los pies y es protegido y sostenido por un pliegue de piel situado en el abdomen inferior; y en segundo lugar que en el caso del emperador todo el proceso de incubación se lleva a cabo en el hielo marino durante los meses más oscuros y fríos del invierno antártico.

Tras dedicarse durante largo tiempo al estudio de los pingüinos, el doctor Wilson llegó a la conclusión de que los embriones del emperador arrojarían nueva luz sobre el origen y la historia de las aves, y decidió que si lograba regresar a la Antártida realizaría un denodado esfuerzo por llegar a un criadero de emperadores durante la época de cría. En El viaje de invierno se relata gráficamente cuándo y en qué condiciones se logró llegar al criadero del cabo Crozier y se obtuvieron huevos de emperador. La pregunta que se plantea ahora es la siguiente: ¿ha supuesto «la expedición de búsqueda de huevos de ave más extraña que se haya realizado nunca» un aumento considerable de nuestros conocimientos sobre las aves?

Está admitido que las aves descienden de reptiles bípedos existentes hace millones de años, reptiles de constitución semejante a la del canguro. Gracias ú Archaeopteryx del período jurásico sabemos que las aves primitivas tenían dientes, tres dedos con garras en cada mano y una larga cola parecida a la de un lagarto provista de casi veinte pares de plumas definitivas bien formadas. Pero, por desgracia, ni esta ave de cola de lagarto ni ningún fósil de ave de los que se han encontrado hasta el momento en América arrojan luz sobre el origen de las plumas. Tanto los ornitólogos como los otros especialistas que se han dedicado durante largo tiempo al estudio de las aves han supuesto, por regla general, que las plumas provenían de las escamas, que las escamas situadas a lo largo del margen de la mano y el antebrazo y de los lados de la cola se fueron alargando, desgarrando y modificando para formar las plumas de las alas y la cola, y que más tarde otras escamas se transformaron para proporcionar un revestimiento capaz de impedir la pérdida de calor. Pero, curiosamente, el estudio del desarrollo de las plumas no ofrece ningún indicio de que éstas provengan de las escamas. En los embriones jóvenes de ave no hay ni rudimentos de escama ni plumas. El más joven de los tres embriones de emperador presenta, sin embargo, rudimentos de pluma en la región de la cola (el embrión debía de tener unos siete u ocho días); pero los otros dos embriones presentan un sinfín de rudimentos de pluma, esto es: prominencias diminutas conocidas como papilas.

Los pingüinos, al igual que muchas otras aves, presentan dos tipos distintos de papilas de pluma, a saber: un tipo de papilas relativamente grandes que se transforman en prepenas, precursoras de las alas definitivas (pennae), y un tipo de papilas pequeñas que se transforman en preplumulae,

precursoras del plumón definitivo (plumulae).

Al estudiar el origen de las alas, no nos interesan las alas definitivas (pennae), sino las alas durante la cría (prepennae), y sobre todo las papilas que luego se transforman en prepennae. Lo que queremos saber es: ¿corresponden las papilas que en las aves se transforman en la primera generación de alas a las papilas que en los lagartos se transforman en escamas?

El fallecido profesor Assheton, encargado de la tarea de examinar parte del material que trajo el Terra Nova, llevó a cabo un estudio especial de las papilas de ala de los embriones de pingüino emperador del cabo Crozier. Realizó dibujos para indicar el número, el tamaño y el momento de aparición de las papilas de ala, pero, por desgracia, en las notas que dejó el distinguido embriólogo no se indica si tomó las papilas de ala por papilas de escama modificadas o por nuevas creaciones resultantes de la aparición de factores especiales para la formación de alas en el plasma germinal.

Cuando los tres embriones de pingüino emperador llegaron finalmente a mis manos y pude comparar sus rudimentos de ala con los rudimentos de ala de otras aves, observé que en los embriones de emperador las papilas de ala aparecían antes que las papilas de escama. Prueba de ello era sobre todo el embrión más grande, que había alcanzado prácticamente la misma etapa de desarrollo que un embrión de ganso de dieciséis días.

En el embrión de emperador más grande las papilas se extienden por los cuartos traseros y las patas, y llegan a poca distancia de la articulación del tarso. Más allá de la articulación del tarso no había, ni siquiera en el embrión más grande, ningún indicio de que fueran a producirse las papilas que en embriones de pingüino más viejos representan y acaban transformándose en el recubrimiento de escamas del pie. La ausencia de papilas en el pie significaba que las papilas de escama eran radicalmente diferentes de las de ala, o que el desarrollo de las papilas destinadas a dar lugar a las escamas del pie se había retrasado por algún motivo. No hay indicios, al menos que yo sepa, de que en los lagartos modernos las papilas de escama de la parte superior de la articulación del tarso aparezcan antes que las papilas de escama de la parte inferior.

La ausencia de papilas por debajo de la articulación del tarso en los embriones de emperador, así como el hecho de que en muchas aves todas las papilas de pluma vayan acompañadas de dos o más pequeñísimas papilas de pluma, me llevó a estudiar las papilas de las extremidades de otras aves. Los resultados más sorprendentes los obtuve al estudiar los embriones de ganso chino, cuyas patas son relativamente más largas que las de los pingüinos. En un embrión de ganso de trece días, toda la piel de debajo de la articulación del tarso, así como la que hay inmediatamente por encima de ella, es muy suave, mientras que la piel del resto de la pata está salpicada de papilas de pluma. Por otro lado, en un embrión de ganso de dieciocho días en el que las papilas de pluma de las patas se han transformado en filamentos (los cuales están provistos cada uno de una pluma bastante bien formada), las papilas de escama se dan no sólo en el piel por debajo de la articulación del tarso e inmediatamente por encima, sino también entre las raíces de los filamentos de las plumas, entre la articulación del tarso y la de la rodilla. Y lo que es aún más importante: en un embrión de ganso de veinte días, algunas papilas situadas entre los filamentos de las plumas de la pata estaban transformándose nada menos que en escamas, y cada una de ellas recubría la raíz de una pluma (cálamus) tal como las escamas recubren las plumas de las patas en el urogallo y otras aves de patas emplumadas.

Como en los embriones de ave no hay indicios de que las papilas de pluma lleguen a transformase en escamas o que las papilas de escama, lleguen a transformarse en plumas, cabe suponer que las papilas de pluma sean radicalmente diferentes de las papilas de escama y que la diferencia se deba a la presencia de factores especiales en el plasma germinal. Del mismo modo que

a los armadillos les salen pelos por debajo de las escamas, es probable que el recubrimiento de las aves primitivas, al igual que el de las patas de algunas aves modernas, consistiera en plumas y escamas, pero que con el paso del tiempo, tal vez por la interrupción del crecimiento de la escamas, el recubrimiento de las aves, en lugar de consistir por entero en escamas bien desarrolladas y pequeñas y discretas plumas, se compusiera casi por completo de un sinfín de plumas aterciopeladas, y que sólo se conservaran escamas bien desarrolladas debajo de la articulación del tarso.

SÍ las conclusiones acerca del origen de las plumas a las que se ha llegado gracias al estudio de los embriones de pingüino emperador tienen razón de ser, el peor viaje del mundo, cuyo fin era servir a los intereses de la ciencia, no fue realizado en vano.

8. PRIMAVERA

Dentro reinaba el caos. Casi todos los expedicionarios se habían metido en la cama, y recuerdo vagamente gente en pijama y bata sujetándome y tratando de arrancarme del cuerpo la armadura en que se había convertido mi ropa. Finalmente la cortaron y la arrojaron al pie de mi litera, haciendo una pila de forma angular. A la mañana siguiente los restos de las prendas formaban una masa húmeda de casi 11 kilos de peso. Tomamos pan con mermelada y cacao; y nos hicieron un sinfín de preguntas. «¿Saben que éste es el viaje más difícil que se haya hecho nunca?», dijo Scott. Un disco rayado de George Robey que sonaba en el gramófono nos hizo reír tanto que, pese al estado de debilidad en que nos encontrábamos, tuvimos dificultades para parar. No me cabe duda de que salí peor librado del viaje que Wilson: por lo que me han contado, tenía la boca abierta cuando entré. Luego me metí bajo las cálidas mantas de mi litera y logré mantenerme despierto el tiempo suficiente para pensar que el paraíso no debía de ser muy distinto de aquello.

Dormimos mil millones de años, y al despertar nos encontramos con todo el mundo sentado a la mesa del desayuno. Luego pasamos un día maravilloso, haraganeando, medio adormilados y completamente felices, oyendo las noticias y respondiendo preguntas.

Nos miran como si fuéramos seres venidos de otro mundo. Esta tarde me he afeitado tras mojarme bien la cara con una esponja caliente, y luego me he bañado. Lashly ya me había cortado el pelo. Bul parece muy delgado, y todos tenemos cara de sueño, de lo poco que hemos dormido. No siento mucho apetito, y tengo la boca sequísima y la garganta irritada por culpa de una tos perruna que no me ha dejado en todo el viaje. He perdido paladar. Nos están mimando de mala manera, pero la cama es el summum del placer.

Pero esta situación no duró mucho:

Otro día de felicidad sin hacer nada. Tras quedarme traspuesto en un par de ocasiones, me he ¡do a la cama, he leído Kim y me he dormido. No han pasado más que dos horas desde la última comida, y ya tenemos todos ganas de comer de nuevo; anoche, después de una cena tremenda, volvimos a comer antes de acostarnos. Ya he recuperado el paladar, pero tenemos todos los dedos inútiles, y si no fuera por el hormigueo que notamos en ellos (y también en los pies) diría que son de plomo. Tengo los dedos de los pies cubiertos de bultos y se me están cayendo algunas uñas. El talón del pie izquierdo es una enorme ampolla reventada. He salido directamente de una cama caliente al exterior, donde un fuerte viento ha estado a punto de tirarme al suelo. Me sentía muy débil, y me he tranquilizado pensando que no era más que un problema de nervios. Pero el viento ha empezado a soplar de nuevo y he tenido que volver a la cabaña a toda prisa. Birdie no deja de hacer planes para realizar otra vez el viaje el año que viene. Bill dice que de noche resulta demasiado arriesgado, y no quiere ni oír hablar de ello, aunque opina que quizás en agosto sea posible hacerlo.

Y luego, al cabo de un par de días:

Me ha salido un sarpullido rojo que me produce bastante picor. Tengo las rodillas y los talones hinchados, pero los pies no me duelen tanto como a Bill y Birdie. Las manos me pican un poco. Debemos de estar muy débiles y agotados, aunque creo que Birdie es quien más fuerte se encuentra de los tres. Parece que se está recuperando con gran rapidez. Bill sigue muy cansado y bastante demacrado. Todos nos muestran tal amabilidad que serían capaces de mimar hasta a un ángel.

Cito estas experiencias personales de mi diario porque constituyen el único testimonio de aquellos días que poseo. Por esas fechas, Scott anotó en su diario lo siguiente:

El grupo del cabo Crozier regresó anoche tras soportar durante cinco semanas las peores condiciones de viaje de la historia. Jamás he visto a nadie tan maltrecho. Tenían la cara surcada de cicatrices y arrugas, los ojos sin brillo, las manos blancas y arrugadas de todo el tiempo que las habían tenido expuestas a la humedad y el frío, pese a lo cual presentaban muy pocas cicatrices de congelaciones […]. Hoy, después de una noche de descanso, nuestros exploradores muestran otro aspecto y más agilidad mental.

«Atch se ha perdido en una ventisca», fue la noticia que recibimos tan pronto como fuimos capaces de comprender algo. Desde entonces ha estado un año en el mar del Norte en tiempo de guerra, ha sido testigo de la campaña de los Dardanelos y de abundantes enfrentamientos en Francia y ha volado por los aires en un monitor. Pues bien, dudo que estas experiencias le parezcan peores que la de aquella noche. Debe de haber quedado hecho trizas en varias ocasiones, pero siempre reaparece como si fuera una resistente bola de caucho, algo abollado, pero mostrando esa dura elasticidad que se niega a ceder. Luego, con la misma voz queda de siempre, se ofrece de nuevo voluntario y te cuenta lo fabuloso que ha estado todo el mundo excepto él.

Se referían a la ventisca del 4 de julio, la que nos había obligado a detenernos en la ensenada abrigada de la Barrera cuando íbamos camino del cabo Crozier. Nosotros nos habíamos figurado que estaría afectando a toda la zona; por lo menos sopló en el cabo Evans, aunque por la tarde amainó, y Atkinson y Taylor subieron por la rampa a ver qué temperatura indicaban los termómetros que había arriba. Regresaron sin mayores dificultades, y por lo visto se pusieron a deliberar sobre la posibilidad de ir a ver los termómetros de las dos estaciones del hielo marino. Atkinson dijo que él iría a ver los del la bahía Norte, y Gran que él iría a ver los de la bahía Sur. A las cinco y media de la tarde emprendieron la marcha, cada uno por su lado. Gran volvió al cabo de hora y cuarto. Había caminado unos 200 metros.

Atkinson no había recorrido mucho más cuando decidió que era mejor dejarlo. Dio media vuelta y, como tenía el viento en contra, resolvió que para no perderse andaría siempre con el aire en la cara. Más tarde descubriríamos que en la punta del cabo el viento no sopla exactamente en la misma dirección que en el punto justo donde se encuentra la cabaña. Quizá fuera ésta la razón; aunque también es posible que avanzase más con la pierna izquierda que con la derecha o que empezara a notar el efecto adormecedor que tienen las ventiscas en el ser humano. Lo cierto es que Atkinson no sabía dónde estaba, y que en lugar de llegar al cabo, que era lo que realmente tenía delante, acabó junto a una vieja trampa para peces, que, como bien sabía, se encontraba en el hielo marino a unos 200 metros de distancia. Hizo un denodado esfuerzo por corregir el rumbo, pero cualquier persona que se haya visto sorprendida por una ventisca comprenderá lo difícil que es hacer esto. La nieve caía con furia y formaba un manto en torno a él, y además era noche cerrada. Siguió andando, pero no encontró nada.

Lo demás resulta impreciso. Pasaban las horas y él seguía tambaleándose de un lado a otro. Sufrió graves congelaciones en la mano; se encontró con una cresta de presión; tropezó y se arrastró por ella a gatas. Dio tumbos y traspiés, fue sacudido por el incesante azote del viento, recorrió millas de nieve implacable, aunque al parecer consiguió mantener la calma. Encontró una isla, pensó que era la Inaccesible, se pasó una eternidad bordeándola, la perdió de vista, topó con otra cresta y se arrastró por ella. Aguardó un rato protegido por unas rocas. Aunque se había puesto las prendas de

abrigo, llevaba ropa ligera y calzaba unas botas normales y no las calientes finnesko, lo que podía tener consecuencias terribles si la situación no cambiaba. Allí también hizo un agujero con los pies en un ventisquero para tener alguna posibilidad de sobrevivir si se veía obligado a tumbarse. Y es que si un hombre se pierde en una ventisca y se queda dormido, no tiene nada que hacer. Aunque él no lo sabía, ya llevaba más de cuatro horas dando vueltas.

Si la ventisca continuaba, las cosas se le pondrían muy difíciles, pero recuperó la esperanza cuando, en un momento de relativa calma, vio que aparecía la luna. Es realmente prodigioso que estuviera lo bastante despierto como para comprender la importancia que aquello tenía: rebuscando en la memoria, descubrió que se acordaba de la situación en que se encontraba la luna desde el cabo Evans cuando se había acostado la noche anterior. La cabaña debía de estar por allí cerca. ¡Y ésta debía de ser la isla Inaccesible! Se alejó de la isla y siguió en aquella dirección, pero la ventisca siguió soplando con renovadas fuerzas y la luna desapareció de vista. Intentó regresar a la isla, pero sin éxito; luego dio con otra, quizá la misma, y esperó. La ventisca volvió a amainar, y se puso de nuevo en marcha. Anduvo sin parar hasta que vio a mano izquierda la isla Inaccesible. Evidentemente, estaba al pie del Gran Cerro, que se encuentra a unas cuatro millas del cabo Evans. Todavía había luna, de modo que siguió andando, hasta que por fin vio una llama.

En la cabaña no se percataron de la prolongada ausencia de Atkinson hasta que prácticamente habían acabado de cenar, es decir, a las siete y cuarto, cuando ya llevaba dos horas fuera. Aunque el cielo estaba encapotado, en el cabo Evans había cesado el viento, y no se preocuparon mucho. Unos salieron y se pusieron a dar gritos; otros echaron a andar en dirección norte con un farol, y Day se encargó de encender una señal de queroseno en la colina de Observaciones. Atkinson no disfrutó de aquel momento de calma, y tras ver cómo barren las ventiscas el estrecho incluso cuando en la costa hace un tiempo relativamente despejado y tranquilo, no me extrañaría nada que la tuviera encima en todo momento. Estoy convencido de que la mayor parte de estas ventiscas son de ámbito local. El grupo que había partido en dirección norte regresó a las nueve y media sin noticias, y Scott empezó a alarmarse de verdad. Entre las nueve y media y las diez salieron seis expediciones de rescate. Pero el tiempo pasaba y Atkinson ya llevaba más de seis horas fuera.

La luz que vio era la señal que había hecho Day con estopa y queroseno en el cabo Evans. Corrigió el rumbo y no tardó en llegar al pie de una roca sobre la que se podía ver a Day moverse como un diablo larguirucho salido de los infiernos de Dante. Atkinson se puso a dar gritos pero no logró atraer su atención, por lo que al final fue andando hasta casi la mismísima puerta de la cabaña, donde lo encontraron dos hombres que estaban batiendo el cabo. «Fue todo culpa mía, maldita sea -diría más tarde-; pero Scott no me reprendió en absoluto.» Francamente creo, y el lector estará de acuerdo conmigo, que todos deberíamos haber sido igual de comprensivos.

Y eso fue todo, aunque habría que decir que tuvo una suerte perra.

El sol volvió a salir el 23 de agosto, en teoría, pero en la práctica no apareció ante nuestros ojos otra cosa que una nieve cegadora. Un par de días después lo vimos asomarse. Al decir de Scott, la luz del día se nos echó encima «precipitadamente». Había previstos dos viajes de primavera, y entre los preparativos para el viaje al polo y el trabajo habitual de la base, todo el mundo estaba ocupadísimo.

El teniente Evans, Gran y Forde se ofrecieron a ir al campamento del desvío y al de seguridad para sacar los dos depósitos de la nieve. Partieron el 9 de septiembre y aquella noche acamparon en el hielo marino, detrás del cabo Armitage y con una temperatura mínima de -40 °C. A la mañana siguiente sacaron de la nieve el depósito del campamento de seguridad y prosiguieron la marcha en dirección al campamento del desvío. Aquella noche la temperatura mínima superó los -52 °C. Al día

siguiente acamparon por la tarde porque se avecinaba una tormenta; el termómetro marcaba a la misma hora -37 °C. Por la noche la mínima fue de -40 °C. Se trata de una tempertura bajísima para una ventisca. Al día siguiente (12 de septiembre) reanudaron la marcha a primera hora de la tarde con un viento muy frío y acamparon a las ocho y media. Por la noche hizo un frío atroz: cuando miraron el termómetro, se encontraron con que la temperatura mínima había sido de -58,5 °C. Evans desaconseja en su informe el uso del edredón y de la cubierta interior de la tienda, aunque en este punto ninguno de los participantes en el viaje de invierno se mostró de acuerdo con él.

El 13 de septiembre se pasaron la mayor parte del día sacando de la nieve el campamento del desvío, del cual se marcharon a las cinco de la tarde con intención de alcanzar la punta de la Cabaña sin detenerse excepto para comer. Marcharon durante toda la noche, haciendo dos paradas para comer, y llegaron a la punta de la Cabaña a las tres de la tarde del 14 de septiembre tras haber recorrido una distancia de 34,6 millas terrestres. Al día siguiente alcanzaron el cabo Evans, tras una ausencia de seis días y medio.

Durante este viaje Forde sufrió graves congelaciones en la mano, lo que le obligó a regresar en el Terra Nova en marzo de 1912, pese alo mucho que le había mejorado gracias al hábil tratamiento a que le sometió Atkinson.

Wilson siguió con la cara pálida y macilenta durante algunos días, y yo no me encontraba en muy buena forma. En cambio, Bowers se mostraba infatigable. Poco después de regresar del cabo Crozier nos enteramos de que Scott iba a ir a las montañas Occidentales; no sé como lo consiguió, pero lo cierto es que le persuadió de que lo llevara, y el 15 de septiembre emprendieron en compañía del marinero Evans y Simpson lo que, según Scott, fue «un viajecito de primavera sumamente agradable e instructivo» y, según Bowers, un alegre picnic.

Los participantes en este «picnic» partieron de la cabaña con una temperatura de -40 °C y una carga de 63 kilos por cabeza, compuesta principalmente de provisiones para la expedición de investigación geológica del verano. Se adentraron hasta la isla Dunlop, dieron media vuelta el 24 de septiembre y alcanzáron el cabo Evans el 29, tras recorrer 21 millas terrestres con fuertes vientos en contra, ráfagas de nieve de vez en cuando y una temperatura de -26,5 °C. Y aun así se retrasaron un poco, ya que se les echó encima una tormenta de nieve y se vieron obligados a acampar. Levantar una tienda en el hielo marino nunca es tarea fácil, pues la nieve que cubre el hielo resulta escasa: en aquella ocasión tuvieron que soltar la cubierta interior, que estaba sujeta a las cañas, para poder sostener las cañas de bambú, y si lograron poner la cubierta exterior fue porque lo hicieron muy despacio. A las nueve de la noche dejó de nevar, pero el viento seguía soplando con la misma fuerza de antes, y decidieron dirigirse al cabo Evans. Llegaron a la una y cuarto de noche, tras una de las jornadas más agotadoras que Scott recordaba, lo que ya es decir. ¡Había que ver la cara que tenía Simpson! Durante su ausencia Griffith Taylor pasó a ser el meteorólogo jefe. Era un científico afanoso y, además, manejaba la pluma con soltura. En consecuencia, su obra durante el año y medio que pasó con nosotros fue abundante, y abarcó desde los resultados de los dos excelentes viajes de investigación científica a las montañas Occidentales que dirigió hasta su trabajo durante la segunda mitad de septiembre. Fue un colaborador muy estimado del South Polar Times, y tanto su prosa como su poesía estaban teñidas de una mordacidad que nunca lograría igualar ninguno de nuestros periodistas aficionados. Cuando dejaba la pluma arremetía verbalmente, y las polémicas que sostuvo fueron innumerables. La cabaña fue un lugar más alegre gracias a su presencia. Cuando hacía buen tiempo se le podía ver dando zancadas sobre las rocas sin importarle el efecto que esto pudiera tener en su ropa: desgastaba las botas más rápidamente que cualquier persona que he conocido, y hubo que remendar sus calcetines con bramante. También le interesaban la erosión y el movimiento del hielo, y

casi no había día en que no dedicara algo de tiempo a estudiar las cuestas y los enormes acantilados de hielo del glaciar Barne, así como otros lugares de interés. Con idéntica furia desaparecía tras las cortinas de su litera, empujado por el aburrimiento, y salía para tomar parte en alguna polémica que estuviera perturbando la tranquilidad de la mesa. Su diario debía de ser tan largo como los informes sobre sus exploraciones geográficas que escribía para Scott. El bueno de Griff tomaba notas como un poseso y tenía la manía de ir equipado de manera conveniente para realizar cualquier observación que surgiera, de manera que en un viaje podía llevar todos los bolsillos llenos de cuadernos de notas, y colgando por todas partes un reloj de sol, una brújula topográfica, un podómetro, una cámara, un aneroide y otros instrumentos de medición, así como las gafas y los guantes. En la mano solía llevar una piqueta, que utilizaba durante el camino por si podía contribuir con ella al desarrollo de la ciencia, aunque lo único que conseguía con ello era que reinase el desorden entre sus compañeros.

Su vitola de hombre adusto e indómito quedaba compensada por el halo de cordialidad que flotaba sobre su cabeza. Estoy tan seguro de que era una persona demasiado desordenada para desear tenerlo en la tienda, como lo estoy de que sus compañeros habrían lamentado que se fuera de ella. Su equipo ocupaba más espacio del que en rigor le correspondía, algo que también cabría decir de sus pensamientos. Nunca pasaba inadvertido, y cuando se reincorporó a su trabajo para al Gobierno australiano, que nos lo había prestado para las dos primeras temporadas de viajes, notamos su ausencia en el grupo.

Scott estaba animadísimo desde que habíamos vuelto del cabo Crozier. Nuestro regreso le había quitado un peso de encima, el hecho de que disfrutáramos nuevamente de luz de sol suponía un estímulo para todo el mundo, y para un hombre de temperamento impaciente e impetuoso como él, el final de un largo período de espera constituía una liberación. Además, todo iba bien. El 10 de septiembre da un suspiro de alivio y escribe en su diario que los minuciosos planes para el viaje al sur están por fin terminados.

Bowers, que me ha prestado un ayuda enorme, ha comprobado todos los números. Si funcionan bien los trineos de motor, llegaremos al glaciar sin dificultad, y si van mal llegaremos de todos modos a poca suerte que tengamos. Avanzar con tres unidades de cuatro hombres a partir de ese punto requiere una cantidad nada despreciable de provisiones, pero si llevamos la adecuada, tendríamos que sufrir muchos contratiempos para no poder cumplir nuestro objetivo. He intentado tomar en consideración todo tipo de desgracias y organizar los grupos de forma que estén preparados para afrontarlas. No quiero pecar de optimista, pero teniendo en cuenta todos los pros y los contras creo que contamos con muchas posibilidades.

Luego añade:

De todos los motivos que hay para pensar que las perspectivas son halagüeñas, el más importante es la salud y la moral de los miembros de la expedición. Sería imposible encontrar una comunidad más vigorosa que ésta, y no parece que haya un solo punto débil entre los «doce hombres justos» que han sido elegidos para ir al sur. Todos tenemos ahora experiencia con los trineos y estamos unidos por vínculos de amistad sin precedentes en circunstancias como éstas. Gracias a estos hombres, y sobre todo a Bowers y al marinero Evans, no hay ni un solo detalle relacionado con el equipo que no haya sido comprobado con el máximo cuidado y conforme a las lecciones que hemos aprendido con la experiencia.

En efecto, Bowers le fue utilísimo a Scott a la hora de hacer esos preparativos. No sólo se sabía al dedillo todos los detalles relacionados con las provisiones, sino que había pensado en la ropa y la comida que había que llevar al polo, tenía un sinfín de planes diferentes y, lo que es mejor, se negaba

a dejarse vencer por ninguno de los problemas que se presentaban. La distribución real de pesos entre perros, trineos de motor y ponis por un lado, y entre los distintos ponis por otro, dependía en buena medida de él. Teníamos la seguridad de que cuando llegara el día de la partida y diéramos a nuestros ponis la orden de ponerse en marcha, los trineos estarían preparados, cada uno con la carga y el peso adecuados. Para el jefe de una expedición, un hombre como ése vale su peso en oro.

Pero ahora Scott estaba preocupado y descontento. Andábamos muy apurados en lo que a medios de transporte se refiere, y durante el último mes habíamos empezado a tener un percance tras otro, lo cual nos había causado enormes disgustos. Tres hombres estaban prácticamente incapacitados: Forde, porque tenía una mano congelada, Clis-sold, porque había sufrido una conmoción al caerse de un iceberg, y Debenham, porque se había lesionado gravemente una rodilla jugando a fútbol. Uno de los ponis,«, era tan penco que habíamos decidido no llevárnoslo, y Chinaman no nos inspiraba confianza. Además, otro perro había muerto de una enfermedad misteriosa. «Resulta difícil -escribe Scott-, pero ya nada me desanima. Las cosas han de seguir su curso.» «Si esta espera se prolonga mucho, me parece que todos vamos a acabar como una auténtica recua de pencos.»

Y para colmo, la víspera de la salida un trineo de motor tuvo un grave accidente, y se estropeó un eje.

Esta noche había que sacar los trineos al bandejón. Por culpa de los ventisqueros el camino era muy irregular, y al primero de los trineos, que era el mejor, se le ha salido la cadena; se la hemos cambiado y el vehículo ha seguido avanzando, pero justo antes de llegar al bandejón ha pasado por un saliente y se ha quedado muy inclinado, y los dientes han vuelto a salirse de la cadena. Esta vez Day ha tenido la mala suerte de resbalar en el peor momento y, sin querer, ha apretado el acelerador hasta el fondo. Hemos parado el motor, pero debajo del eje trasero ha aparecido un reguero de aceite que no presagiaba nada bueno. Mientras lo examinábamos hemos descubierto que el revestimiento del eje (que es de aluminio) estaba partido. Hemos quitado el revestimiento y lo hemos llevado a la cabaña; tal vez podamos arreglarlo de alguna manera, pero el tiempo apremia. Todo esto viene a demostrar que nos falta experiencia y que tenemos que organizar más talleres. En mi fuero interno estoy convencido de que los trineos de motor no van a servirnos de mucho, pese a que todo lo que les ha ocurrido hasta el momento ha sido inevitable. Con un poco de cuidado y previsión podrían convertirse en unos espléndidos aliados nuestros. El problema es que, si nos fallan, nadie se lo creerá.

Entretanto, Meares y Dimitri fueron en un par ocasiones desde la punta de la Cabaña hasta el campamento del desvío con dos tiros de perros. La primera vez hicieron el trayecto de ida y vuelta en dos días, y regresaron el 15 de octubre; el segundo viaje, que fue muy parecido al primero, lo realizaron antes de que acabara el mes.

El grupo que tenía que salir en primer lugar era el motorizado, pero hubo de retrasar la partida hasta el 24 de octubre. Tenían que esperarnos a 80° 30 de latitud, y arrastrar algunas cargas si les fallaban los motores. Los dos técnicos eran Day y Lashly, y sus dos ayudantes, que iban a ir delante tirando de una cuerda, eran el teniente Evans y Hooper. Scott tenía un enorme interés en «que estos tractores cumplan su función, aunque no nos sirvan de mucho en el viaje al sur. A poco éxito que alcancen quedará demostrado que tienen posibilidades y que pueden revolucionar el transporte en el polo».

Lashly, como posiblemente sepa ya el lector, era fogonero jefe en la Armada y había acompañado a Scott en el viaje de la planicie durante la expedición del Discovery. El siguiente resumen de la accidentada historia de los trineos de motor pertenece a su diario. Nunca le agradeceré

lo suficiente que me diera permiso para reproducir aquí dicho resumen, así como el relato de las aventuras que vivió el segundo grupo de regreso, que constituye una narración de una viveza y una sencillez extraordinarias.

El 26 de octubre de 1911, cuando hacía ya dos días que los trineos de motor habían salido por el hielo marino camino de la punta de la Cabaña, Lashly escribió lo siguiente:

Nos hemos puesto en marcha a las nueve y media; el motor no ofrecía problemas, y la superficie aún menos. Se nos ha caído a cada uno una lata de gasolina y de lubricante. Hemos comido a unas dos millas de la punta de la Cabaña. El capitán Scott ha venido del cabo Evans con el grupo de apoyo para ayudarnos a pasar por el hielo azul, pero no hacía falta. Hemos reanudado la marcha después de comer, pero nos hemos retrasado porque el otro trineo no conseguía avanzar. Viendo cuánto les cuesta marchar por el hielo marino, yo diría que los trineos no son lo bastante potentes para este trabajo. Quizá mejoren las cosas en la Barrera. Parece que vamos a tener problemas con los motores debido a que se recalientan: no han recorrido ni una milla y necesitan por lo menos media hora para enfriarse. Luego hay que esperar unos minutos a que se caliente el carburador, porque de lo contrario la gasolina no se evapora. No hay día que pase sin que tengamos alguna experiencia nueva. Tras llegar a la punta de la Cabaña hemos continuado en dirección al cabo Armitage, pero ha empezado a nevar copiosamente, de modo que hemos montado la tienda y nos hemos puesto a esperar a que nos alcanzara el otro vehículo. Ha ido con retraso toda la tarde y no ha avanzado gran cosa. A las seis y media han llegado el señor Bowers y el señor Garrard y nos han dicho que regresáramos a la punta de la Cabaña a pasar la noche, donde hemos disfrutado de un buen hoosh y una agradable velada con todos los expedicionarios.

27 de octubre de 1911. Como ha amanecido con buen tiempo hemos vuelto adonde estaban los vehículos y hemos conseguido ponerlos en marcha, aunque no sin dificultades. La temperatura era algo fría y el mío avanzaba estupendamente. Parece que la superficie está mejorando; resulta más fácil deslizarse por ella, aunque es muy desigual. Además, el problema del recalentamiento todavía está pendiente y, tal como veo las cosas, no parece probable que vaya a resolverse. Justo antes de llegar a la Barrera, el motor de mi vehículo ha empezado a hacer ruido, pero con ayuda del grupo que nos acompaña he conseguido subir a la Barrera. El otro vehículo ha ascendido maravillosamente por la cuesta y ha esperado a que subiera yo. Como mi motor seguía dando problemas, hemos decidido acampar para comer y ver qué ocurría. Al abrir la cámara de la biela nos hemos encontrado con que los cojinetes estaban hechos añicos, así que no nos ha quedado otro remedio que poner los de recambio. Naturalmente, el señor Day y yo hemos pasado mucho frío haciendo este trabajo, y es que manejar metal en la Barrera no es plato de gusto. En fin, el caso es que el teniente Evans y Hooper han levantado una pantalla para protegernos un poco y nos hemos puesto manos a la obra. A las 10 de la noche ya habíamos acabado y estábamos listos para seguir adelante, pero debido a la bajísima temperatura resultaba muy difícil arrancar los motores, así que hemos decidido acampar y pasar la noche aquí.

28 de octubre de 1911. Después de levantarme he intentado de nuevo arrancar los motores, lo que me ha costado bastante debido otra vez a las bajas temperaturas. Nos hemos puesto en marcha, pero los problemas han seguido acompañándonos: los motores se han recalentado, y la superficie es tan mala y el avance tan difícil que me parece que vamos a pasarlo mal. Estamos continuamente esperándonos unos a otros, y cada vez que nos paramos hay algo que hacer. Mi ventilador se ha atascado y nos ha hecho retrasarnos un rato, pero he conseguido repararlo. El señor Evans ha tenido que volver a por las piezas de recambio porque alguien se las había dejado por equivocación. Ha sido una buena caminata, pues nos encontramos a unas 15 millas de la punta de la Cabaña.

29 de octubre de 1911. Hemos vuelto a ponernos en marcha, pero no nos habíamos alejado mucho cuando el otro vehículo ha empezado a causar problemas. He ido de nuevo a ver qué ocurría; parece que la gasolina está sucia, debido quizás al nuevo bidón que hemos puesto. El caso es que hemos acampado para comer. Después de comer hemos reanudado el viaje, y cuando todo parecía ir bien, al vehículo del señor Day se le han estropeado los cojinetes de la biela como al mío. A ver qué hacemos ahora.

30 de octubre de 1911. Esta mañana, antes de arrancar el trineo, hemos tenido que reorganizar las cargas, porque el vehículo del señor Day se ha estropeado definitivamente y ya no sirve para nada. Ahora disponemos de un vehículo para cuatro personas; parece que las cosas van bastante bien, pero seguimos preocupados por el recalentamiento del motor, ya que nos obliga a dedicarle la mitad de nuestro tiempo. No hace falta tener mucha imaginación para saber que dentro de poco tendremos que ponernos los arneses. Hemos recorrido siete millas y luego hemos acampado para pasar la noche. Nos encontramos a unas seis millas del campamento del desvío.

31 de octubre de 1911. Hoy hemos tenido dificultades para ponernos en marcha. Estábamos a punto de llegar al campamento del desvío cuando el tiempo se nos ha puesto en contra y nos hemos visto forzados a acampar temprano. Hemos conseguido traer una buena cantidad de comida para ponis y la mayor parte de los víveres, pero los trineos de motor han resultado un fracaso.

1 de noviembre de 1911. Tras pasarlo tan mal como de costumbre, nos hemos puesto en marcha y enseguida hemos llegado al campamento del desvío, donde hemos dejado una nota para el capitán Scott en la que le explicamos la causa de las averías. Le he pedido al señor Evans que ponga que este trineo está en las últimas. Tras alejarnos aproximadamente una milla de campamento del desvío, el motor de mi vehículo se ha parado definivamente. Así pues, éste es el final de los trineos de motor. No voy a decir que lo lamento, pues no sería cierto, y, además, creo que los demás son de la misma opinión que yo. Teníamos que hacer un esfuerzo enorme para tirar de los pesados trineos cada vez que se nos paraban, lo que sucedía con bastante frecuencia, y aunque ahora vamos a tener que arrastrar nosotros el cargamento, no estaremos mucho más cansados de lo que hemos estado estos días cuando acabemos la jornada por la noche. Bien, ahora toca arrastrar: tras reorganizar nuestro trineo y cargar todos los víveres que podemos llevar, nos hemos puesto en marcha con 86 kilos por cabeza. Debido al fuerte viento en contra que soplaba, la caminata ha resultado un tanto desagradable, pero de todos modos hemos logrado recorrer unas tres millas, tras lo cual hemos acampado para pasar la noche. Como la superficie no es muy buena, el avance ha sido un poco difícil.

Tras arrastrar el trineo durante tres días, Lashly escribió:

5 noviembre de 1911. Hemos andando unas 14 millas y media; si la superficie se mantiene como hasta ahora, no tendremos problemas para avanzar. Pensamos en los ponis que han emprendido el viaje, y esperamos que tengan mejor suerte que nosotros con los trineos de motor, aunque, tal como veo las cosas, van a pasarlo mal.

6 de noviembre de 1911. Hoy hemos trabajado de firme y recorrido una gran distancia: 12 millas. La superficie es irregular, pero resbaladiza. Parece que todo va bien, aunque cuando hemos acampado ya casi no podíamos más.

7 de noviembre de 1911. Hoy también hemos avanzado mucho, pero la luz era muy mala; a veces no podíamos ver ni a dónde íbamos. He estado buscando algunos de los mojones que hizo el

grupo del depósito el año pasado y esta tarde he conseguido dar con uno, a unas 20 millas del depósito de una tonelada, de modo que a la velocidad a la que estamos viajando deberíamos llegar, aproximadamente, mañana por la noche. Hoy la temperatura ha sido bastante baja, pero ya empezamos a acostumbrarnos.

8 de noviembre de 1911. Hemos comenzado a buen ritmo, pero cada día que pasa la superficie se vuelve más blanda y hace que nos duelan las piernas. Hemos llegado al campamento de una tonelada y acampado; luego hemos procedido a sacar algunas provisiones de la nieve, pues hemos de cargar con la mayor cantidad de víveres que podamos. Qué aspecto más desolado tiene este lugar. No hemos visto ninguna señal de los ponis.

9 de noviembre de 1911. Hoy hemos comenzado la segunda etapa de nuestro viaje. Tenemos orden de avanzar un grado hacia el sur desde el campamento de una tonelada y aguardar a que se reúnan con nosotros los ponís y los perros. Como hemos recorrido largas distancias todos los días, es poco probable que el grupo principal se nos adelante, pero hoy nos hemos dado cuenta de que la carga es mucho más pesada de lo que pensábamos, y nos cuesta arrastrarla. Cada uno de nosotros lleva algo más de 90 kilos, y hemos tenido que detenernos en varias ocasiones. Para reanudar la marcha era necesario tirar de la cuerda con todas las fuerzas. De todos modos hemos recorrido 10,5 millas, lo que, bien mirado, es toda una hazaña.

10 de noviembre de 1911. De nuevo hemos emprendido la marcha con mucho brío, pero el trabajo ha sido enorme, y el esfuerzo empieza a hacerse notar. Hoy la superficie ha estado cubierta de unos cristales blandos que no facilitan nada las cosas. Hooper está molido esta noche, pero ha aguantado bien, y espero que siga así. El señor Evans, el señor Day y yo mismo deberíamos comer más, puesto que hemos empezado a apretarnos el cinturón. Hemos recorrido 11,25 millas; ahora estamos construyendo mojones por todo el camino, uno cada tres millas aproximadamente, y también uno a la hora de comer, otro por la tarde y otro por la noche. Esto nos mantendrá ocupados.

11 de noviembre de 1911. Hoy hemos echado el resto. La superficie es malísima y estamos todos bastante hartos, y no de comida precisamente. Arrastrar un cargamento por la nieve es sin duda una de las cosas más arduas que uno puede hacer; no es de extrañar que los trineos de motor no aguantaran. He estado pensando en las pruebas para vehículos de motor que presencié en la fábrica de Wolseley, en Birmingham; eran muy duras, pero no tenían nada que ver con el esfuerzo que supone arrastrar un cargamento pesado por la superficie de la Barrera.

12 de noviembre de 1911. La jornada de hoy ha sido parecida a las dos anteriores, pero hemos tenido poca luz y ha nevado, lo cual no ha contribuido a mejorar el estado de la superficie. Hemos recorrido casi 10 millas; más que suficiente, ya que estábamos todos cansados cuando ha llegado el momento de acampar.

13 de noviembre de 1911. Parece que cambia el tiempo. No me sorprendería que pronto se desatara una ventisca, aunque naturalmente nadie lo desea. Da la impresión de que Hooper está reventado, pero aguanta bien. El señor Day sigue adelante como buenamente puede; su única queja es que le gustaría tener algo más para comer.

14 de noviembre de 1911. Cuando esta mañana nos hemos puesto en marcha, el señor Evans ha dicho que teníamos que andar unas 15 millas para llegar al punto convenido. El arrastre ha sido prácticamente igual que otros días, aunque el tiempo ha mejorado un poco y la ventisca se ha alejado. Hemos recorrido prácticamente 10 millas y luego hemos acampado; todavía no hemos visto ni rastro del grupo principal, pero no nos extrañaría encontrárnoslo en cualquier momento.

15 de noviembre de 1911. Tras andar cinco millas hemos acampado donde quedamos [a 80° 32' de latitud]; ahora tenemos que esperar a que lleguen los demás. El señor Evans se siente muy

orgulloso de pensar que hemos logrado que no nos alcancen. Aunque no creemos que tarden mucho, no tenemos nada de lo que avergonzarnos, ya que hemos recorrido todos los días una buena distancia. Esta tarde hemos levantado un mojón de gran tamaño antes de acostarnos. Hace frío, pero el tiempo es excelente.

El grupo de Lashly esperó seis días a que llegara el grupo de los ponis, y luego dejó en el mojón el depósito norte de la Barrera (también llamado monte Hooper).

9. EL VIAJE AL POLO (I)

Adelante, amigos míos, no es demasiado tarde para buscar un mundo más nuevo. Partid y, sentados en orden, aplastad los sonoros surcos, pues tengo el propósito de navegar más allá del crepúsculo y de las aguas de todas las estrellas del oeste hasta que muera. Acaso nos engullan los abismos, acaso lleguemos a las islas afortunadas y veamos al gran Aquiles, a quien conocemos. Por mucho que se nos arrebate, mucho permanecerá; y aunque ya no somos aquella potencia que antaño movió cielo y tierra, somos los que somos. Todos con la misma disposición, la de unos corazones heroicos debilitados por el tiempo y el destino, pero resueltos a luchar, buscar, encontrar y no rendirse jamás.

TENNYSON, Ulises

Bien mirado, es maravilloso que se alcanzara el polo Sur poco después de que se conquistara el polo Norte. Desde el cabo Columbia hasta el polo Norte hay en línea recta 413 millas, y Peary, que llevó en su expedición 246 perros, recorrió esta distancia en treinta y siete días. La punta de la Cabaña dista del polo Sur 1.532 millas, y sólo la distancia que hay hasta la cima del glaciar Beardmore es de un centenar de millas más que la que hubo de recorrer Peary para llegar al polo Norte. Scott tardó setenta y cinco días en ir desde la punta de la Cabaña hasta el polo Sur, y ciento cuarenta y siete días en regresar del polo a su último campamento, es decir, un período de cinco meses.

APSLEY CHERRY-GARRARD

LA ETAPA DE LA BARRERA

La salida del cabo Evans, que lúe el 1 de noviembre a las once de la noche, la describe Griffith Taylor, quien dos días después emprendería el segundo viaje de investigación geológica con su propio grupo:

El 31 de octubre salieron los grupos de los ponis. Se mandó en primer lugar a dos ponis débiles conducidos por Atkinson y Keohane, y yo los acompañé una milla aproximadamente. El poni de Keohane tenía el orgullo de llamarse Jimmy Pigg, y marchaba mucho mejor que su compañero de sucinto nombre, Jehu. Nos enteramos por teléfono de que habían llegado a la punta de la Cabaña sanos y salvos.

A la mañana siguiente el grupo del sur terminó de escribir sus cartas y las echó a la caja de embalaje que hace las veces de buzón, la cual estaba colocada encima de la litera de Atkinson. A las once de la mañana ya estaba preparado el último grupo para emprender el viaje al polo. Habían

cargado los trineos por la noche, y llevaba cada uno nueve kilos en efectos personales. El «jefe» me preguntó qué libro podía llevarse. Quería algo que le «llenara». Le recomendé Glaciares, de Tyndall, a ver qué tal le sentaba. No le hizo mucha gracia, así que le dije: «¿Por qué no lleva algo de Browning, como yo?» Al final creo que es lo que se ha llevado.

El primer poni que engancharon al trineo fue el de Wright. Chinaman, que compite con Jehu por el último lugar; es fácil de enganchar, lo cual no deja de ser un consuelo. El marinero Evans conducía a Snatcher, que se echó a correr y se puso en primer lugar tan pronto como lo engancharon. Cherry llevaba a Michael, un animal de paso regular, y Wilson guiaba a Nohby, el poni al que salvaron en marzo de las oreas. Scott llevó a Snippets hasta los trineos y lo enganchó al de delante con ayuda del pequeño Antón, pero resultó que era el vehículo de Bowers. Sin embargo, lo cambió al cabo de pocos minutos y salió rápidamente en dirección al sur. Christopher, como de costumbre, se portó como un demonio. En primer lugar hubo que atarle con fuerza la pata delantera por debajo de la espaldilla, y luego costó cinco minutos echarlo a suelo. Trajeron el trineo y lo engancharon mientras le sujetaban la cabeza contra el hielo. Finalmente se levantó, apoyándose todavía con tres patas, y se alejó al galope como buenamente pudo. Después de dar varias coces con violencia, se le soltó la pata delantera, y tras sacudir las patas traseras como un resorte se puso a andar a un paso bastante regular. Una vez que emprendió la marcha, Titus fue incapaz de detenerlo, y es probable que tuviera que andar más de 15 millas de un tirón.

El bueno de Titus… Éste es el último recuerdo que guardo de él. Imperturbable como siempre, en lugar de perder la calma o enfadarse, lo que hacía era tranquilizar a aquel mal bicho, decidido como estaba a sacar lo mejor de los animales menos prometedores en su empeño por cumplir con su deber.

Bowers fue el último en ponerse en marcha. Su poni, Victor, que era un animal nervioso pero no tenía resabios, no tardó en seguir las huellas de los demás. Fui corriendo hasta la punta del cabo y me quedé mirando cómo la pequeña cabalgata, que ya se había estirado formando unidades en la lejanía, desaparecía rápidamente en aquel solitario páramo blanco en dirección sur.

Por la noche hablé por teléfono con Wilson, que se encontraba en la cabaña del Discovery: fue la última comunicación que mantuve con aquellos cinco valientes.

Los ponis llegaron a la punta de la Cabaña antes de las cuatro de la tarde, justo a tiempo para evitar un fuerte vendaval. A tres los metimos con nosotros en la cabaña, y a los demás los pusimos en la galería. Aquella marcha puso de manifiesto que el cargamento les obligaba a ir a velocidades tan distintas que algunos animales no tardaban en alejarse varias millas de los demás. «Me ha hecho pensar en una regata o en una flota de barcos un tanto desorganizada que navegaran a velocidades muy diferentes.»

Decidimos viajar por la noche, y al día siguiente, a última hora de la tarde, nos pusimos de nuevo en marcha en el siguiente orden (que era el que íbamos a mantener por el momento): en primer lugar salieron los tres ponis más lentos, es decir, Jehu con Atkinson, Chinaman con Wright, y James Pigg con Keohane. A este grupo lo llamábamos la flota del Báltico.

Dos horas más tarde salió el grupo de Scott, a saber: Scott con Snippets, Wilson con Nobby y yo con Michael.

Estos dos grupos acamparon para comer a medio de camino. Una hora más tarde los cuatro hombres restantes se pusieron a enganchar a Christopher al trineo; cuando consiguieron que echara a andar, engancharon los demás ponis lo antes posible y salieron detrás de él. Marcharon sin parar durante toda la noche, lo que no era nada bueno ni para los ellos ni para los animales. Pero con Christopher era imposible acampar a medio camino. Este grupo lo formaban Oates y Christopher,

Bowers y Víctor, el marinero Evans y Snatcher, y Crean y Bones.

Cada grupo podía valerse por sí mismo, ya que llevaba una tienda, una olla y una bolsa con víveres para una semana; las horas de salida se establecían de manera que los tres grupos acabaran el trayecto más o menos al mismo tiempo.

Cuando doblamos el cabo Armitage para enfrentarnos con la Barrera y el futuro, corría un fuerte viento en contra y se movía nieve en polvo a baja altura. Probablemente fueron pocos los miembros del grupo que no se preguntaron cuándo volveríamos a ver aquel lugar tan familiar para nosotros.

El grupo de Scott acampó en el campamento de seguridad mientras la flota del Báltico reemprendía la marcha. Poco después apareció Ponting con un trineo tirado por perros y un cinematógrafo. Se nos hizo muy raro ver el aparato.

Lo ha montado a tiempo para registrar la llegada de la veloz retaguardia, que cuando ha aparecido daba la impresión de encontrarse en plena forma. Snatcher iba al frente y tenía que detenerse cada dos por tres. Qué animal más maravilloso […], Christopher ha causado problemas con los arneses, como de costumbre, pero evidentemente la superficie de la Barrera le ha calmado los ánimos. Sin embargo, les ha parecido poco aconsejable detenerlo, de manera que han salido volando detrás del grupo de delante.

Acto seguido, el grupo de Scott recogió las cosas. «Adiós y buena suerte», dijo Ponting. Nos despedimos levantando la mano que teníamos libre (con la otra sujetábamos a nuestros juguetones ponis) y abandonamos nuestro último enlace con la cabaña. «Que sea lo que Dios quiera. No se me ocurre nada que no hayamos hecho para merecer el éxito.»

El plan general era recorrer una media diaria de 10 millas marinas (es decir, 11,5 millas terrestres) desde la punta de la Cabaña hasta el depósito de una tonelada con los ponis poco cargados. Desde el campamento de una tonelada hasta el Acceso era preciso hacer una media diaria de 13 millas marinas (15 millas terrestres) para llevar hasta el pie del Beardmore 24 unidades semanales de comida para cuatro hombres. Esta era la etapa del viaje correspondiente a la Barrera, que comprendía una distancia de 369 millas marinas (425 millas terrestres) según el contador de nuestro trineo. Las 24 unidades semanales de comida eran para que el grupo del polo y los dos grupos de apoyo pudieran llegar lo más lejos posible y luego regresaran al pie del glaciar Beardmore, donde teníamos que dejar tres unidades más en un depósito.

Todo fue bien durante el primer día de marcha por la Barrera, y los alentadores mensajes que encontramos en los bidones de gasolina vacíos nos permitieron saber que los trineos de motor seguían su camino sin dificultad. Pero al día siguiente nos topamos con cinco bidones de gasolina abandonados. Esto significaba que había problemas; luego, a unas 14 millas de la punta de la Cabaña, nos enteramos de que a Day se le había roto la cabeza del segundo cilindro del motor. Al cabo de media milla encontramos el trineo, cubierto de nieve y con el lamentable aspecto de un vehículo siniestrado. Al día siguiente por la mañana (domingo, 5 de noviembre) llegamos al campamento del desvío. Durante la jornada se les hundieron las piernas en una grieta a varios expedicionarios, pero no ocurrió nada que hubiera que lamentar.

Desde el campamento vimos al sur una mancha en la nieve que no auguraba nada bueno. Confiábamos en que no fuese el segundo trineo de motor, pero lo era: «Se le ha partido la cabeza del primer cilindro; por lo demás, la máquina está en perfectas condiciones. Evidentemente, los motores no están preparados para funcionar en este tipo de climas, pero es un problema que sin duda se puede remediar. Una cosa ha quedado demostrada: el sistema de propulsión es plenamente satisfactorio.» «Es una pena. Esperaba que las máquinas respondiesen mejor al llegar a la superficie de la Barrera.»

Scott había depositado toda su ilusión en el buen funcionamiento de los trineos de motor. Había circulado con ellos en Noruega y Suiza, y habíamos hecho todo lo que aconsejaban la prudencia y la precaución. Estoy seguro de que, en su fuero interno, lo que deseaba era evitar la crueldad que necesariamente conlleva el uso de ponis y perros.

A poco éxito que tengan quedará demostrado que tienen posibilidades y que pueden revolucionar el transporte en el polo. Si me paro a pensar en cómo se han portado hoy los vehículos [cuando salían del cabo Evans] y en que todos los defectos que han mostrado hasta el momento son meramente mecánicos, me es imposible no sentirme convencido del valor que tienen. Pero los defectos mecánicos sin importancia y la falta de experiencia ponen de manifiesto el riesgo que supone eliminar las pruebas. Puede que la única diferencia entre el éxito y el fracaso sea disponer de tiempo para hacer experimentos y tener cerca un pequeño taller.

Aunque no creo que Scott pusiera muchas esperanzas en ellos, los trineos de motor constituían una oportunidad para ayudar a quienes siguieran sus pasos, que era algo que él siempre procuraba hacer.

¿Fueron un éxito o un fracaso? Está claro que a nosotros no nos sirvieron de mucho: el trineo que llegó más lejos transportó un cargamento pesado hasta poco más allá del campamento del desvío. De todos modos, 50 millas terrestres no es una distancia en absoluto despreciable, y el hecho de que pudiera recorrerla supuso un enorme avance. En el trecho que salvó había superficies tanto blandas como duras, y más adelante, cuando en verano se cayeron los puentes de nieve, descubriríamos que este trineo había cruzado anchas grietas sin ningún problema. Además, los vehículos circularon con temperaturas de hasta -35 °C. Todo eso suponía un adelanto, ya que ningún vehículo de motor había circulado por la Barrera hasta entonces. El plan general parecía acertado; lo único que hacía falta ahora era experiencia. Como experimento, los trineos de motor constituyeron un éxito en el sur, pero Scott nunca fue consciente de sus auténticas posibilidades, y es que aquellos trineos fueron los antepasados directos de los «tanques» de Francia.

Marchar por la noche tiene sus pros y sus contras. Los ponis arrastraban la carga durante las horas frías del día y descansaban cuando las temperaturas subían, lo cual estaba bien. El pelo se les secaba al sol sin problemas, y al cabo de unos días ya se habían acostumbrado a las nuevas condiciones y comían y dormían con relativa comodidad. Por otro lado, la superficie sobre la que tenían que arrastrar la carga era indudablemente mejor cuando salía el sol y hacía más calor. Poniéndolo todo en la balanza, para los ponis era más conveniente sin duda marchar por la noche. De todos modos, rara vez, por no decir nunca, intentamos arrastrar nosotros mismos el cargamento.

En aquel momento las condiciones diurnas eran asombrosamente diferentes a las nocturnas. A medianoche intentábamos hacerlo todo en el menor tiempo posible y teníamos que desentumecernos los dedos tras abrochar los arneses con temperaturas inferiores a los veinte grados bajo cero y desapacibles vientos fríos; a la mañana siguiente, a la hora de cenar, nos quedábamos sentados en los trineos, escribiendo en nuestros diarios, apuntando los datos meteorológicos o incluso dando golpéenos en el suelo con los dedos de los pies desnudos, aunque no durante mucho tiempo, claro está. Y es que el abanico de padecimientos es muy amplio. Qué diferente era todo aquello de lo que habíamos pasado recientemente. La comodidad de aquel viaje por la Barrera de principios de verano no dejó en ningún momento de asombrarme. Se me había olvidado que una tienda podía ser un lugar abrigado y que un saco de dormir podía estar seco: las impresiones eran tan contrapuestas que sólo la experiencia de primera mano resultaba convincente.

El calor es sofocante, el aire irrespirable, y el resplandor intenso. Uno acaba perdiendo de vista el hecho de que la temperatura es baja [-30 °C] y mentalmente trata de hacer comparaciones con una

calle soleada y caliente de aceras abrasadoras. Sin embargo, hace seis horas tenía el pulgar congelado. Todos los inconvenientes que causan el calzado helado y la ropa y los sacos de dormir húmedos han desaparecido por completo.

Era lógico que al pasar por la ventosa región del campamento del desvío tuviéramos algo de mal tiempo. La superficie mejoró gracias a las corrientes de viento, y los ponis aceptaron sin problemas cargas más pesadas; sin embargo, el cielo empezó a encapotarse al sureste y el viento arreció casi de inmediato cuando montamos el siguiente campamento. Levantamos apresuradamente unos muros de protección para los ponis, y cuando acabamos de cenar ya corrían vientos de fuerza 5 (6 de noviembre por la mañana, campamento 4). Durante el día sopló frescachón y cayó algo de nieve en polvo, y por la noche el viento aumentó a fuerza 8 y trajo algo más de nieve. Era imposible marchar. A la mañana siguiente la nieve remitió un poco y aparecieron Meares y Dimitri con dos tiros de perros y acamparon detrás de nosotros. Esto se ajustaba al plan de que los tiros de perros se pusieran en camino después de nosotros y luego nos alcanzasen, ya que iban más rápidos que los ponis.

Debido a la ventisca hemos tenido que quitarles la nieve a los ponis una y otra vez para mantenerlos resguardados del viento. Los muros ofrecían una protección excelente, pero algunos de los trineos situados en los extremos estaban completamente sepultados y, como teníamos la tienda relativamente cerca de la parte desprotegida de nuestro muro, nos daba la contracorriente y la nieve no paraba de amontonarse sobre la puerta. Snatcher ha tirado su parte del muro, y Jehu también, aunque más veces de lo que es habitual en él. Todos los ponis tenían un aspecto bastante lamentable y, a pesar de los muros de protección, estaban tapados hasta los ojos; la nieve se congelaba, y para quitarla había que hacer un esfuerzo enorme.

Hacia última hora de la tarde dejó de nevar, pero seguía soplando un viento de fuerza 4 con una regularidad desconcertante. Finalmente el grupo de Atkinson salió a medianoche. «Todavía se ve el peñón del Castillo, pero quedará tapado durante la siguiente marcha por la punta norte de la isla Blanca. Entonces tendremos que despedirnos de nuestros conocidos puntos de referencia para muchos días.»"

Al día siguiente (8 y 9 de noviembre):

Nos hemos puesto en marcha a medianoche y hemos pasado una jornada muy placentera. No hay duda de que viajar con este tiempo es una delicia. El monte Discovery y el Morning tenían un aspecto magnífico, en medio de aquel paisaje montañoso, cuando nos hemos aproximado a ellos.

Ya estamos casi a la altura de la punta norte del Farallón. Esta mañana nos hemos reunido todos para acampar juntos: parecíamos una jauría de perros de caza, tanto es así ¡que Jehu ha salido huyendo!

La siguiente jornada fue justo lo contrario. Soplaron vientos de fuerza 5 y 6, y nevó.

La superficie resulta muy resbaladiza en algunos tramos, y al pasar por los sastrugi de nieve dura no hemos hecho más que caernos y tropezar una y otra vez. La luz era tan escasa y se veía tan mal que uno se imaginaba que estaba caminando entre nubes, y eso que sólo caía una nieve ligera. El Farallón estaba totalmente tapado, y los habituales indicios de ventisca eran cada vez más claros.

Después de comer, Scott ha levantado el campamento y nos ha seguido. Una hora y media después hemos pasado el campamento de Atkinson. No lo hemos lamentado, pues además de marchar con un fuerte viento del sur en contra, teníamos que forzar la vista para seguir las huellas debido a la

luz.

Aquel día recorrimos en total un poco más de ocho millas. Tuvimos que soportar aquellas condiciones tan deprimentes durante tres jornadas más, es decir, hasta el 13 de noviembre por la mañana. La superficie era espantosa, el tiempo horroroso y la nieve incesante: centímetro a centímetro y milla a milla, todo iba quedando cubierto de suaves y aterciopelados copos. En los diarios se percibe muestras de desaliento: «Como esto sea la norma, vamos a tener una suerte pésima. En el campamento reinan el silencio y el desánimo, señal de que las cosas van mal.» «Hemos tenido un tiempo horroroso: cielo encapotado, oscuridad y nieve. Me he quedado muy desmoralizado.» «Me imaginaba que estas jornadas presentarían cierta dificultad, pero no tanta como la de hoy.» La incertidumbre era lo que más le hacía perder la paciencia a Scott; cuando ocurría un auténtica calamidad se mantenía más animado que la mayoría de nosotros. Cuando el barco estuvo a punto de hundirse a causa de la tempestad del sur, y también cuando perdimos en el hielo marino uno de nuestros trineos de motor más preciados, la suya fue una de las caras más animadas que vi. Ni siquiera cuando el barco encalló cerca del cabo Evans se apoderó de él el desaliento. Pero este tipo de cosas le irritaban. Bowers escribió por aquellas fechas lo siguiente:

Entre el mal tiempo, las penosas condiciones del terreno y la indisposición de Chinaman, las perspectivas que tenemos ante nosotros no son muy lisonjeras, y al llegar [al campamento] no me ha sorprendido que Scott tuviera motivos de queja. En su opinión, cuando organizamos el consumo de forraje, su unidad no se vio favorecida con la misma reducción que nosotros, y ha llegado al extremo de acusarme de sobrecargar a sus tres ponis para salvar al mío. Después de comer hemos comprobado minuciosamente los pesos y, tras una pequeña discusión, hemos decidido seguir como hasta ahora. Puedo entender perfectamente que se sienta así: tras la experiencia del año pasado, los días malos como hoy le hacen temer que los animales vayan a fallarnos. La gente de talento [es decir, los médicos] han examinado a Chinaman, que empieza a presentar síntomas de cansancio. Pobre viejecito: debería estar jubilado en lugar de acabar sus días haciendo un trabajo de este upo. Jehu también parece bastante maltrecho, pero si se tiene en cuenta que no esperábamos que llegara a la lengua del glaciar y que ya ha recorrido más de 100 millas desde el cabo Evans, uno ya no sabe qué esperar de estas criaturas. Naturalmente, Titus repite lo que siempre ha dicho: que son la recua de animaluchos más inútiles e incapaces que podríamos haber juntado.

Difícilmente habríamos podido imaginar que el tiempo sería tan nefasto: hoy han soplado vientos del este de fuerza 5, ha nevado copiosamente y la superficie estaba horrorosa. La nieve recién caída formaba en el suelo una gruesa capa sobre la que se movía una cosa pulverulenta que bañaba casi por completo a los desgraciados ponis. Si sólo tuviéramos que preocuparnos de nosotros me daría igual, pero ver que nuestros mejores animales lo están pasando tan mal cuando no hemos hecho más que empezar, resulta verdaderamente angustioso. Una jornada como la de anoche debe de restarles varios días de vida; sólo llevamos dos semanas de viaje, apenas hemos recorrido una tercera parte de la distancia que hay hasta el glaciar, y todos los ponis muestran síntomas de cansancio. En comparación con el aspecto que tenía hace dos semanas, Víctor parece ahora un animal flaco y desgarbado.

Pero entonces los ponis empezaron a marchar mejor, y fue más o menos por aquellas fechas cuando a Jehu le apodaron el Prodigio de la Barrera y a Chinaman el Rayo. «Nuestros cuatro ponis son los que más han sufrido», escribe Bowers.

No estoy de acuerdo con Titus en que lo mejor es que hagan todo el camino de un tirón sin acampar para comer. Saltaba a la vista que estaban cansados, y además no comían como es debido. Por suerte para ellos, ha hecho calor y buen tiempo por la mañana (del 13 de noviembre); el termómetro marcaba -9,5 °C, que es la temperatura más alta que hemos tenido hasta el momento. Por la tarde han empezado a caer unos grandes copos como los que se suelen ver en casa. Es la primera vez que veo aquí nieve de este tipo, que pone la superficie muy difícil para los trineos. Los ponis tenían las crines y las mantas cubiertas de pequeños nudos de hielo.

La siguiente jornada (13 y 14 de noviembre) fue bastante mejor, aunque todos los ponis presentaban un aspecto muy desmejorado y nos hundíamos en la nieve a gran profundidad, por lo que la marcha resultó muy trabajosa. Durante el día hizo un calor delicioso, los animales se quedaron adormilados tomando el sol, y detrás de nosotros pudimos ver tierra firme por primera vez desde hacía muchos días. El 15 de noviembre alcanzamos el depósito de una tonelada tras haber recorrido 130 millas desde la punta de la Cabaña.

Los dos trineos que habíamos dejado hincados en el suelo seguían en pie, y una bandera hecha jirones ondeaba en lo alto del mojón principal. En una lata de sal atada a la caña de bambú que servía de mástil había una nota del teniente Evans, en la que decía que había proseguido la marcha con el grupo motorizado y que continuarían arrastrando ellos mismos el cargamento hasta los 80° 30' de latitud sur, donde se detendrían para esperarnos. «Ha recorrido más de 30 millas en dos días y medio: eso sí que es avanzar.» Quitamos la nieve del mojón, que encontramos igual que como lo habíamos dejado. La única diferencia era que se había formado una larga lengua de nieve que por el lado protegido del viento llegaba a la misma altura que el mojón y se extendía 150 metros hacia el noreste, lo que indicaba que el viento predominante en aquel punto es de suroeste. Nueve meses antes habíamos esparcido un poco de avena por la superficie con la esperanza de calcular el incremento de nieve que se producía en invierno. Por desgracia, no conseguimos encontrar la avena, aunque otros indicios nos revelaron que la acumulación de nieve era muy escasa. Un termómetro de mínimas atado con gran cuidado a un bastidor marcaba -58,3 °C. Tras las temperaturas que habíamos tenido en la Barrera en invierno y primavera, ésta se nos antojó sorprendentemente alta, sobre todo si se tiene en cuenta que las temperaturas mínimas las tomamos debajo del trineo, lo que significa que el termómetro estaba protegido de la radiación, mientras que el termómetro del campamento de una tonelada estaba al aire libre. Durante el viaje de invierno descubrimos que un termómetro protegido marcaba -56 °C, mientras que otro al aire libre marcaba -59,5 °C, es decir, una diferencia de tres grados y medio. Todas las provisiones que habíamos dejado allí estaban en perfectas condiciones.

Entonces se celebró un prolongado «consejo de guerra». Los consejos de guerra eran las reuniones que organizaba Scott en nuestra tienda con Bowers y quizá también con Oates cuando acabábamos de cenar por la mañana. No sé por qué, pero siempre tenían un tono en parte serio, en parte cómico. En aquella ocasión el tema de que trataron fue, como de costumbre, los ponis. Se decidió que, puesto que había comida de sobra, esperaríamos allí un día para que descansaran. La discusión principal se centró en la cantidad de forraje que había que llevar a partir de aquel punto, para lo cual había que tomar en consideración el estado en que se encontraban los animales, el peso que eran capaces de arrastrar y la distancia que podían recorrer.

Oates piensa que los ponis aguantarán, pero que han perdido fuerzas antes de lo que esperaba. Si se tiene en cuenta que habitualmente suele adoptar una actitud pesimista, esto debe interpretarse como una respuesta esperanzadora. Yo soy mucho más optimista. Creo que la mayor parte de ellos se encuentra en mucho mejor estado que cuando emprendieron la marcha, y que no hay necesidad de

alarmarse por los demás, dejando aparte a los débiles, por supuesto, que nunca nos han inspirado mucha confianza. Bueno, habrá que esperar a ver cómo van las cosas.

Se tomó la decisión de llevar la comida suficiente para que los ponis llegaran al glaciar, aunque se contaba con que antes habría que matar a unos cuantos. Saltaba a la vista que Jehu y Chinaman no podrían llegar muy lejos, y además era necesario sacrificar a alguno para alimentar a los perros. Los dos tiros de perros llevaban forraje para una semana aproximadamente, pero a partir del depósito de una tonelada serían incapaces de andar más de dos semanas si no matábamos algún poni.

Esta decisión venía más o menos a significar que Scott había abandonado la idea de subir por el glaciar con los ponis, lo cual suponía un gran alivio, ya que, según la descripción de Shackleton, la parte baja del glaciar estaba surcada de grietas, por lo que la idea nos parecía un auténtico disparate. Nos pasamos todo el invierno devanándonos los sesos para encontrar una manera que nos permitiera conducir a los ponis desde atrás y soltar el trineo en el caso de que el animal que lo llevaba cayese en una grieta, aunque confieso que parecía poco probable que tal cosa llegara a ocurrir.

Por lo que pudimos ver del glaciar, estoy convencido de que es prácticamente imposible subir con ponis por él y de que sólo se puede bajar con perros si se ha examinado el camino concienzudamente durante la ida y ¡os animales no se apartan de él al regresar. Tengo la certeza de que, en una situación de incertidumbre como ésta, la tensión mental que sufre el jefe del grupo es menor que la de sus hombres. El jefe sabe perfectamente lo que merece o no merece la pena arriesgar. En este caso, es probable que Scott pensara desde el principio que no merecía la pena subir con los ponis al glaciar; en cambio, los guías de los ponis sólo sabían que tenían que contar con esa posibilidad. Todavía recuerdo el alivio que sentimos cuando nos enteramos de que no entraba dentro de los planes que Wilson llegara hasta el Acceso con Nobby, que era el poni más fuerte de todos.

Hasta aquel momento Christopher había hecho honor a su reputación, como revelan los siguientes fragmentos del diario de Bowers:

Tres veces le hemos obligado a tumbarse, pero se ha levantado y nos ha arrojado en todas las direcciones, y los cuatro hemos tenido que sujetarnos como si nos fuera la vida en ello. En una ocasión he estado a punto de acabar debajo de él. Da la impresión de que tiene una fuerza descomunal, pero es una lástima que desperdicie tanta energía […]. Como de costumbre, a Christopher le hemos atado tres patas, y luego se ha puesto de rodillas. Cada vez es más astuto, y si no consigue pronto darle un mordisco o una coz a alguien, no será por falta de ganas. Ha descubierto que la nieve blanda no le hace daño en las rodillas como el hielo marino, de manera que se arroja sobre ella a su antojo. Con las botas de reno uno resbala tanto que resulta difícil emplear todas las fuerzas al agarrarlo: hoy ha tirado a Oates al suelo y se ha escapado limpiamente. Por suerte, la cuerda que tenía en la cuarta pata ha aguantado, y hemos podido sujetarlo cuando se ha reunido con los demás animales. Finalmente se ha tumbado, pensando que nos había derrotado, pero para entonces ya habíamos enganchado el trineo, y cuando se ha levantado le hemos empujado hacia delante antes de que tuviera tiempo de soltarse de los tirantes […]. Dimitri ha venido a echarnos una mano. Tres de nosotros nos hemos sujetado a él mientras los otros dos enganchaban el trineo. Hemos estado forcejeando durante más de veinte minutos, y se las ha ingeniado para pisarme, aunque no me ha hecho daño […]. Hemos pillado a Chris con una artimaña. Titus ha prescindido de la correa del lomo, y ha estado a punto de agarrarlo por sus propios medios sin que se diera cuenta de que estaba sujeto al odioso trineo. Por desgracia no ha tardado en reaccionar, y ha salido corriendo con sólo un

tirante puesto. Esto le ha obligado a girar hacia la derecha y ha arremetido contra la fila. Yo creía que se iba a armar una buena, pero se ha detenido junto al muro que había entre Bones y Snatcher. Lo hemos dejado y nos hemos alejado del trineo antes de intentarlo otra vez. Poniendo los tirantes a un lado del trineo en vez de delante, hemos vuelto a pillarle desprevenido, y lo hemos agarrado antes de que le diera tiempo a comprender qué sucedía […]. Hemos vuelto a tener problemas con Chris. Se acordaba de que ya le habíamos engañado antes, y no quería acercarse al trineo por nada del mundo. Se ha soltado en tres ocasiones, pero por suerte en lugar de salir a la Barrera ha vuelto todas las veces con los demás ponis. Al final hemos tenido que tumbarlo. Como estaba cansado de tanto forcejeo, lo hemos agarrado bien y hemos conseguido engancharlo tras un intento frustrado.

Por el momento, sin embargo, no eran tanto las dificultades que teníamos para arrastrar los trineos como las deprimentes e inmisericordes condiciones en que a menudo se desarrollaba la marcha lo que nos causaba tantos quebraderos de cabeza. Las cosas cambian mucho según las costumbres que se tengan en una tienda. En la de Scott se vivía con comodidad, y siempre me alegraba cuando pasaba a formar parte del grupo que dormía en ella, y me entristecía tener que dejarla. Scott, por su parte, era rapidísimo, y su grupo nunca perdía el tiempo al armar y levantar el campamento. Se esmeraba muchísimo (algunos decían que en exceso, aunque a mí no me lo parece) para que todo estuviera ordenado y limpio. Durante el viaje del depósito nos pidió que nos sacudiéramos hasta el último copo de nieve de la ropa y las botas antes de entrar en la tienda; si había ventisca, teníamos que hacerlo dentro y luego limpiar cuidadosamente la nieve de la tela del suelo. Posteriormente, todas las tiendas estarían provistas de un cepillo para realizar esta labor. Además de otras ventajas, esto contribuía en gran medida a mantener secos los sacos, las botas y la ropa en general, y en consecuencia a prolongar la vida de las pieles. «Después de todo -dijo Wilson un día, después de cenar-, el mejor explorador es aquel que mira qué hay que hacer, y lo hace sin decir esta boca es mía.» Scott se mostró de acuerdo, así que si viajabas con el jefe tenías que mantener los ojos bien abiertos para hacer todas las cosas que surgían, hacerlas rápidamente y no decir esta boca es mía. No hay nada más irritante que una persona que se pasa el día contando a todo el mundo que ha reparado su trineo, ha levantado un muro de protección, ha llenado la olla o se ha remendado los calcetines.

La primera vez que dormí en la tienda de Scott fue a mitad del viaje de invierno, y me sentí enormemente impresionado por lo cómodo que se estaba cuando se seguían estas normas. A la hora de cenar reinaba un ambiente muy acogedor y, aunque acampar en plena noche para comer siempre resulta bastante triste, nunca hubo la menor señal de negligencia. Algo que me impresionó aún más si cabe fue la forma de preparar la comida. Tomaban exactamente la misma ración que la tienda de la que yo venía, como no podía ser de otra manera. Yo tenía hambre, y se lo dije. «Eso es por cocinar mal», respondió Wilson, lacónico. Estaba en lo cierto, al cabo de dos o tres días mi hambre se había apaciguado. Wilson y Scott se sabían un buen número de trucos de cocina, gracias a lo cual en lugar de preparar la misma comida un día sí y otro también, el inteligente cocinero se las ingeniaba para que la ración semanal pareciera variada. Unas veces había carne desecada sin más o carne espesada con algo de tapioca; otras poníamos una galleta y media cada uno y preparábamos un hoosh seco, es decir, galletas fritas con carne desecada y algo de agua, seguido de una buena taza de cacao.

Además, con las comidas secas se ahorraba queroseno. El cacao y el té permitían introducir todo tipo de variantes y, lo que es mejor, preparar «té con cacao», que combinaba las estimulantes cualidades del primero con el valor nutritivo del segundo. También se podían hacer muchas cosas con la cucharilla diaria de pasas que nos correspondía a cada uno. Empapadas de té sabían bien, pero quizá como mejor estaban era cuando las poníamos secas con galletas y carne desecada. «Como

siga así no tardará en ganarse mi eterno agradecimiento, Cherry», fue el comentario de satisfacción que me hizo Scott una noche en que preparé «hoosh de chocolate» con una parte de la ración diaria de cacao, tapioca, azúcar y pasas de mis compañeros, que había guardado sin que ellos se dieran cuenta. Pero me temo que a la mañana siguiente tuvo indigestión. Había comidas durante las cuales manteníamos interesantes conversaciones. A este respecto encuentro en mi diario la siguiente anotación: «Hoy hemos tenido una comida de lo más animada hablando de escritores. Scott es amigo íntimo de Barrie y Galsworthy, entre otros. Una vez le dijeron a Max Beerbohm que se parecía al capitán Scott, y se dejó barba de inmediato, o al menos eso asegura él.»

Al cabo de tres semanas de viaje, sin embargo, nuestros temas de conversación empezaban a resultar manidos. A partir de entonces a menudo pasaban días enteros sin que cruzáramos más palabras que las rutinarias: «¡A acampar! ¿Todos listos? ¡A recoger! ¡Alto!» Esta última se decía tras unas dos horas de arrastre. Cuando llevábamos nosotros mismos los trineos, nos poníamos a tirar tan pronto como desmontábamos la tienda, cargábamos los trineos y teníamos los arneses y los esquís puestos. Al cabo de un cuarto de hora aproximadamente empezábamos a notar los efectos de la marcha en las manos y los pies: primero se nos calentaban y luego parecía que los guantes y las botas empezaban a derretirse. Entonces nos deteníamos el tiempo suficiente para ajustamos los esquís y la ropa, tras lo cual continuábamos quizás un par de horas o más antes de hacer otra parada.

Como se había decidido aligerar los pesos de los ponis, la noche del 16 al 17 de noviembre dejamos un mínimo de 45 kilos de forraje en el depósito de una tonelada antes de comenzar nuestra primera jornada de 13 millas. Fue una mejora considerable: en lugar de los 312 kilos con que habían salido del campamento del desvío los ponis fuertes, ahora sólo arrastraban 281.Jehu llevaba 204 kilos y Chinaman, 201. Los tiros de perros llevaban entre los dos 387 kilos de comida para ponis; según los planes, tenían que llevar entre los dos 706 desde el campamento de una tonelada. En estos pesos se incluían los trineos, con las correas y los herrajes, que pesaban unos 20 kilos.

Parecía que el verano tardaba en llegar, pues marchábamos con un considerable viento en contra y la temperatura era de -28 °C. Oates y el marinero Evans presentaban múltiples síntomas de congelación. Le indiqué a Meares que su nariz tenía mal aspecto, pero él le restó importancia diciendo que estaba cansado del tema y que no tardaría en descongelarse. Los ponis andaban mejor gracias al descanso que habían tenido. Al día siguiente marchamos por una superficie de nieve helada cubierta por una capa de nieve en polvo, hizo una temperatura de -29 °C y pasamos frío. Hacia el final de la jornada Scott se asustó porque pensaba que los ponis no andaban todo lo bien que debían. Se organizó otro consejo de guerra y se decidió que teníamos que hacer una media de 13 millas diarias a toda costa, que dejaríamos allí otro saco de forraje, y que en caso de necesidad reduciríamos más adelante las raciones de los ponis. Oates se mostró de acuerdo, pero dijo que se encontraban mejor de lo que esperaba. Estaba prácticamente seguro de que Jehu y Chinaman podrían aguantar tres días más, quizás incluso una semana. Bowers seguía mostrándose contrario a dejar forraje por el camino. Entretanto, Scott escribió: «No está nada claro que vayamos a llegar al glaciar; por el momento vamos tirando.»

Según Índica Bowers, Christopher se llevó aquella mañana el contador de su trineo en una de sus espantadas:

Me he llevado el contador del trineo a la tienda después de desayunar y he improvisado una estrambótica amarra con unas correas de cuero sin curtir para que quede lo más seguro posible. Los cristales de hielo han producido un parhelio espectacular. Circundaba el sol un halo de 22° [es decir, un halo situado a 22° de la imagen del sol], con cuatro soles falsos de los colores del arco iris, alrededor del cual se extendía otro halo multicolor. Estos dos halos rozaban los arcos de otros dos

círculos que se abrían por encima del sol, y a los lados se distinguían a duras penas los arcos del enorme círculo que lo rodeaba todo. Debajo se distinguía un resplandor blanco en forma de cúpula que contenía un desmesurado sol falso, tan deslumbrante como el sol mismo. En resumidas cuentas, un buen ejemplo de algo que aquí abajo es un fenómeno muy común.

Al día siguiente escribiría: «Hemos visto la imagen invertida del grupo de delante a cierta distancia de sus cabezas.»

Durante las tres jornadas siguientes recorrimos las 13 millas al día previstas, en general sin mayores problemas. Pero el pobre Jehu se encontraba mal y se detenía cada pocos centenares de metros. Para los guías de aquellos pobres caballos fue una jornada muy desalentadora. A aquellas alturas del viaje, Atkinson, Wright y Keohane tenían muchas más dificultades que la mayoría de nosotros, y si sus ponis se portaron satisfactoriamente fue sobre todo gracias a su paciencia y cuidado. Por cierto que durante el camino a los ponis se les formaron en el morro unos carámbanos enormes, y Chinaman utilizó la chaqueta de Wright a guisa de pañuelo.

Durante la última de aquellas jornadas, es decir, durante la mañana del 21 de noviembre, vimos ante nosotros un mojón descomunal y nos encontramos con los miembros del grupo motorizado: el teniente Evans, Day, Lashly y Hooper. El mojón se encontraba a 80° 32' de latitud; se llamaba monte Hooper y formaba el depósito norte de la Barrera. Allí dejamos tres raciones de la cima, dos cajas de galletas de emergencia y dos cajas de queroseno, lo que constituía tres unidades semanales de víveres para los tres grupos que iban a continuar a partir del pie del glaciar Beardmore. Esta comida les permitiría regresar desde los 80° 32' de latitud hasta el campamento de una tonelada. Acampamos todos para pasar la noche tres millas más adelante: 16 hombres, 5 tiendas, 10 ponis, 23 perros y 13 trineos.

Los miembros del grupo sin animales llevaban seis días aguardando y, como esperaban que llegásemos antes, habían empezado a preocuparse. Nos dijeron que tenían mucha hambre y Day, que ya era bastante alto y delgado de por sí, estaba desmejorado. Les dimos unas galletas de nuestra tienda y nos lo agradecieron. A los que conducíamos perros o ponis la ración de la Barrera seguía pareciéndonos satisfactoria.

Llevábamos tres semanas de viaje, habíamos recorrido 192 millas y nos habíamos formado una idea muy clara de lo que podíamos esperar de los ponis. Aquellos caballos se habían portado de maravilla:

Esperamos que Jehu aguante tres días; de todos modos, para entonces ya estará acabado y será pasto de los perros. Resulta divertido ver las ganas que tiene Meares de que llegue el momento de dar de comer a sus animales; lleva días esperándolo. Por otro lado, Atkinson y Oates están deseando llegar con el pobre bicho al lugar en que Shackleton mató a su primer animal. Los informes sobre Chinaman son muy favorables, y realmente parece que los ponis van a hacer lo que se espera de ellos.

Nobby, al que habíamos rescatado del bandejón, fue de principio a fin el poni más fuerte, y el cargamento que arrastraba ahora pesaba por lo menos 22 kilos más que el de cualquier otro. Era un animal satisfecho y de buena hechura que no respondía a la idea que uno tiene de un poni. De hecho, entre nuestros animales había algunos tan grandes que no se ajustaban a esta descripción. Aunque era evidente que Christopher estaba cansándose mucho más rápido que los demás, todos habían perdido mucho peso, y eso que que comían avena y tortas de linaza a más no poder. Bowers escribió lo siguiente acerca de su poni:

A Víctor, mi poni, le ha dado por abrir la marcha, justo al revés que la última estación. Anda a paso regular y es manso como una ovejita. Ahora se me hace difícil entender por qué me daba tanto trabajo hace sólo un mes, cuando hacía falta el concurso de cuatro personas para engancharlo al trineo, y luego dos de nosotros teníamos que sujetarlo con todas nuestras fuerzas para impedir que pegara una espantada en cuanto estuviera enganchado. Incluso al principio del viaje resultaba casi tan ingobernable como el peor de los animales, y mostraba tal impetuosidad que tenía tendencia a salir corriendo. Ahora, tras tres semanas de anodina marcha por la Barrera, está más tranquilo. Ha perdido su corpulencia, como todos los demás ponis, y se ha transformado en un animal anguloso y patilargo, y muy feo para lo que son los caballos, pese a lo cual no lo cambiaría por ningún otro.::"

Durante las paradas de la comida y la cena eran los guías quienes se encargaban de alimentar a los ponis; durante la parada de la noche había que hacerlo unas cuatro horas antes de que reanudáramos la marcha, y de ello se ocupaban Oates y Bowers. Varios adoptaron la molesta costumbre de quitarse los morrales: algunos lo hacían tan pronto como se los poníamos, y otros en su afán por alcanzar la avena que quedaba todavía al fondo del saco. En consecuencia, tuvimos que atárselos a la cabezada. «Víctor agarró ayer su ronzal y lo devoró, y eso que no tiene hambre, pues ahora ni siquiera se come toda la comida que le corresponde.»

El plan original era que Day y Hooper dieran media vuelta al llegar a los 80° 30' de latitud, pero se decidió que los cuatro miembros de su grupo siguieran juntos durante unos días y se constituyeran en una avanzadilla ligera sin animales para indicar el camino.

El tiempo era mucho más agradable. Ahora veíamos el sol casi todos los días, y desde que salimos del campamento de una tonelada la temperatura sólo bajó de -29 °C en una ocasión. Algunos días los ponis tenían que recorrer distancias agotadoras, pero no les hacíamos trabajar en exceso y disponían de toda la comida que podían comer. Sabíamos que la parte más penosa aún estaba por llegar, aunque no nos imaginábamos ni por asomo en qué medida iba a serlo. Desde que habíamos salido del depósito norte de la Barrera, la mayoría de los ponis llevaba menos de 225 kilos, y confiábamos en llegar al glaciar sin grandes dificultades. Todo dependía del tiempo, que en aquel momento era soberbio. Los ponis avanzaban todos juntos a paso regular, aunque a Jehu, que era el penco más penco que quepa imaginar, se lo llevaron el 24 de noviembre por donde habíamos venido y lo sacrificaron después de que llegara a un punto situado unas 15 millas más lejos del lugar en que Shackleton mató a su primer poni. Si se tiene en cuenta que no creíamos que lograra siquiera emprender el viaje, hay que reconocer que esto constituyó un triunfo para Oates y Atkinson, que eran los encargados de los ponis, aunque ninguno tuvo tanto mérito como el propio Jehu, que en el fondo debía de tener muchos redaños para ser capaz de arrastrar su pobre cuerpo hasta tan lejos. «Un año de cuidados y buena alimentación, tres semanas de entrenamiento en buenas manos, un peso razonable, una buena ración de comida, y una muerte indolora. «Si alguien considera esto una crueldad, no lo entiendo ni estoy de acuerdo -afirma Bowers, quien luego añade-: El reflejo del sol de medianoche en la nieve ha empezado a quemarme la cara y los labios. Me pongo extracto de Hamamelis antes de acostarme y compruebo que me alivia. Gracias a las gafas ya no tengo ningún problema con la vista. El capitán Scott dice que hacen que lo vea todo de color de rosa.»

A la mañana siguiente nos despedimos de Day y Hooper, quienes pusieron rumbo al norte y emprendieron el camino de regreso a casa (*Scott mandó al cabo Evans la siguiente nota: «Estimado Simpson: Le envío esto con Day y Hooper, que regresan a la base. Avanzamos a buen paso y los ponis están respondiendo bastante bien. Confío en que lleguemos al glaciar sin dificultad, aunque por si acaso voy a ir con los tiros de perros mis lejos de lo que tenía pensado en un principio. Puede que los perros tarden en volver, que no estén en condiciones para seguir trabajando, o*

sencillamente que no vuelvan [...]). En la Barrera, los grupos de dos hombres no son plato de gusto. Day había hecho sin duda todo lo que estaba en sus manos con los trineos de motor, y los dos nos habían ayudado a recorrer el tramo en malas condiciones que no habíamos encontrado al principio. Aquella noche Scott escribió lo siguiente en su diario: «Dentro de unos pocos días sabremos ya con seguridad si vamos a alcanzar nuestra meta.» Durante la parada de la comida del 26 de noviembre, a 81° 35' de latitud, establecimos el depósito central de la Barrera, que al igual que el monte Scott mandó al cabo Evans la siguiente nota: «Estimado Simpson: Le envío esto con Day y Hooper, que regresan a la base. Avanzamos a buen paso y los ponis están respondiendo bastante bien. Confío en que lleguemos al glaciar sin dificultad, aunque por si acaso voy a ir con los tiros de perros mis lejos de lo que tenía pensado en un principio. Puede que los perros tarden en volver, que no estén en condiciones para seguir trabajando, o sencillamente que no vuelvan […].

Hooper contenía provisiones para una semana para todos los grupos de regreso, lo cual suponía una reducción de 90 kilos de peso. Aquel día la marcha fue muy dura. «Siempre resulta bastante deprimente avanzar por una gran llanura de nieve cuando el cielo y la superficie forman juntos un manto absolutamente blanco, pero es alentador ir tan bien acompañado y saber que todo va sobre ruedas.»

No había duda de que los animales ya estaban muy cansados; además, «un hombre que va con un animal cansado también acaba cansándose, creo yo». Al día siguiente (28 de noviembre) la situación no mejoró: «Hemos tenido el comienzo más deprimente que quepa imaginar. El cielo está completamente encapotado, nieva, se ha levantado nieve en polvo, y sopla un viento cortante del sur.»

Bowers anotaría: «Hemos avanzado todo un grado de latitud sin disfrutar de un solo día bueno. No hemos tenido más que nubes, niebla y viento del sur con nieve en polvo.» Algunas jornadas fueron muy difíciles, en efecto, y lo peor era que sabíamos que estábamos dando eses y que durante el camino de regreso tendríamos que localizar los depósitos de alguna manera. Bowers describe en su diario una típica mañana mala:

Las cuatro primeras millas fueron para mí un auténtico infierno, pues Víctor, fuera por lasitud o porque no le gustaba tener que marchar con el viento en contra, iba tan lento como el caballo de un coche fúnebre. Había una luz tan mala que era absolutamente necesario llevar gafas de protección, pero se llenaban de nieve en el mismo tiempo que tardaba uno en limpiarlas. Me he retrasado mucho con respecto al grupo principal, y a veces casi no podía ni verlos en medio de la nieve, pero el temor a que fuera precisamente Víctor entre todos animales el que sufriera un desfallecimiento era como una pesadilla. Estoy acostumbrado a ponerme en marcha cuando los demás ya han recorrido un cuarto de milla y a alcanzarlos más tarde. Al llegar al mojón de las cuatro millas ya no podía más, pero apenas he abierto la boca, porque estaban todos tan furiosos por el tiempo y la situación en general que he visto que no era el único que se sentía disgustado. Luego Víctor se ha portado de maravilla: ha apretado el paso y se ha puesto al frente como de costumbre. Iba a buen ritmo si se tiene en cuenta lo mala que era la superficie, y a cada paso que daba yo me iba animando y poniendo de buen humor. Por la tarde ha vuelto a marchar estupendamente, y ha acabado revolcándose en la nieve cuando le he quitado el arnés, algo que llevaba 10 o 12 días sin hacer. Desde luego no parecía que estuviera agotado.

Efectivamente, durante aquellos días nos costó un gran esfuerzo terminar las jornadas. A Chinaman lo matamos aquella misma noche. Parecía estar en las últimas y, aunque llegó a menos de 90 millas del glaciar, esto no le sirvió de consuelo.

Avanzábamos tal como lo habíamos hecho durante la última ventisca: a tientas y dando tumbos, por lo que no estábamos preparados para el espectáculo que vimos al día siguiente. El 29 de noviembre el cielo se despejó parcialmente sobre la gran cadena de montañas que se extendía al oeste, la misma que no tardaría en cerrarnos el paso en nuestro camino hacia el sur. Parecía que nos encontrábamos delante mismo de los tres picos del monte Markham. Tras 300 millas de gris y monótona Barrera, aquello constituía un espectáculo verdaderamente prodigioso. Por la noche acampamos a 82° y 21' de latitud, cuatro millas más lejos del punto más austral que había alcanzado Scott en 1902. Entonces tuvieron la enorme suerte de disfrutar de buen tiempo y de cielos despejados, las mismas condiciones que, según Shackleton, tuvo su expedición en aquella etapa de su viaje al sur.

Resulta curioso ver el tono de abatimiento que teñía todos nuestros diarios cuando predominaba este tiempo tan malo y la rapidez con que nos animábamos cada vez que salía el sol. No cabe duda de que esto producía en los ponis un efecto similar. Lo cierto es que la tensión mental a la que se vieron sometidas las personas responsables durante aquellos primeros días fue enorme, y el entorno ofrecía pocos elementos de interés que permitieran mitigarla. La superficie de cristal que ayer era una alfombra invisible se transforma hoy en una radiante lámina multicolor; y las irregularidades que le hacían a uno caerse tantas veces se ven ahora con claridad y uno puede pisarlas o pasar por encima de ellas sin pensarlo. Si a esto se añade el paisaje más maravilloso del mundo, resulta difícil recordar en medio de la dicha del momento lo irritable y cansado que se sentía uno sólo veinte horas antes. El susurro del trineo, el silbido del hornillo, el olor del hoosh y los suaves pliegues del saco de dormir: qué placenteras pueden llegar a ser todas estas cosas, y qué placenteras resultaban por lo general.

Ojalá sentarme pudiera

otra vez junto al hornillo,

oír su suave estribillo

y sentirme lleno de fuerzas.

En lugar de soportar las cadenas de seda

y la monotonía de la vida casera,

desearía estar en las llanuras nevadas,

con el arnés puesto, avanzando con firmeza.

Andando suavemente con las botas de reno,

acarreando noventa kilos por cabeza,

sin hoosh suficiente, sin carne y sin galletas…

¡Ya hemos llegado! ¡A descansar, compañeros!

Desde luego, durante las dos jornadas siguientes (30 de noviembre y 1 de diciembre), mientras bordeábamos aquellas montañas cordillera tras cordillera, no se nos ocurrió que tuviéramos muchos motivos de queja. Cuando llegamos al final nos encontrábamos a 82° 47' de latitud sur. En aquel punto establecimos nuestro último depósito en la Barrera, el denominado depósito sur, y dejamos una ración semanal para cada grupo de regreso, como de costumbre. «Con estos víveres los cuatro miembros de cada grupo tendrán comida suficiente para una semana durante el viaje de regreso; el siguiente depósito es el central, que se encuentra a 73 millas al norte. Como lo lógico es que en el viaje de regreso recorramos más de 100 millas por semana sin dificultades, es poco probable que nos falten provisiones si todo va bien.» Esto mismo pensábamos todos… hasta que encontramos al grupo del polo. Era el vigesimoséptimo campamento que montábamos, y llevábamos un mes de viaje.

Ahora lo importante era que hiciera buen tiempo y el cielo se mantuviera despejado cuando nos acercáramos a tierra firme durante los días siguientes. En su anterior viaje al sur, una sima enorme había impedido a Scott ganar la cadena de montañas que corría a nuestra derecha. Este fenómeno recibe el nombre científico de «grieta de deslizamiento» y se produce cuando un glaciar se desplaza, alejándose del terreno que lo limita. En este caso, una masa de varios cientos de millas de Barrera se había separado de las montañas, y en consecuencia se habían producido grandes irregularidades. Shackleton ha relatado cómo se acercó al Acceso, nombre que dio al paso situado entre el monte Esperanza y tierra firme por el que logró llegar al glaciar Beardmore. Mientras él y sus compañeros exploraban el camino, se toparon con una sima enorme, de 25 metros de ancho y 90 de profundidad, que les impedía seguir adelante. Avanzaron hacia la derecha y encontraron un lugar en el que la sima estaba llena de nieve, y por allí cruzaron a tierra firme, que se hallaba unas millas más adelante. Calculábamos que desde el depósito sur de la Barrera al Acceso habría unas 45 millas, y esperábamos estar acampados junto a tierra firme tres jornadas más tarde.

Christopher fue sacrificado en el depósito. Fue el único poni que no murió al instante. Puede que Oates no estuviera tan tranquilo como de costumbre, y es que por muy violento que fuera, Chris seguía siendo su poni. En el preciso momento en que Oates disparó, el animal se movió, y luego se abalanzó hacia el campamento con la bala en la cabeza. Fue difícil agarrarlo, ya que estuvo a punto de morder a Keohane, pero le obligaron a volver y lo remataron. Nos quitamos un peso de encima, pues cuando tenía fuerzas se rebelaba, y una vez que la Barrera lo hubo amansado (algo que nosotros no logramos), no llegó a arrastrar mucha carga. Hubiera podido aguantar varios días más, pero no había comida suficiente para seguir adelante con todos los ponis. Empezábamos a preguntarnos si habíamos hecho bien al dejar tanta por el camino. Con un poni los tiros de perros podían comer durante cuatro días, y con algunos incluso más. Además, tenían mucha grasa, incluso Jehu. Esto era un consuelo para nosotros, pues demostraba que no eran tan grandes las privaciones que padecían. Incorporamos la tapa del muslo a nuestro menú: estaba muy buena, aunque disponíamos de poco queroseno para prepararla.

Comenzamos a ponernos en marcha cada vez más tarde para que la transición de la noche al día fuese paulatina, y es que nuestra intención era viajar de día cuando empezáramos a subir por el glaciar. Para entonces ya que no quedaría ningún poní y no tendríamos que detenernos para que descansaran. Así pues, se podría decir que la siguiente jornada fue la del 2 de diciembre.

Antes de ponernos en marcha, Scott se acercó a Bowers. «He tomado una decisión que le va a disgustar.» Víctor tenía que cerrar la marcha porque empezaba a escasear la comida para ponis. Al acabar la jornada, Birdie escribiría lo siguiente:

Ha hecho una jornada espléndida y se ha mantenido delante durante todo el día. Como de costumbre, ha entrado en el campamento el primero, arrastrando más de 200 kilos sin ningún problema. Me ha parecido una verdadera pena tener que sacrificar a un animal fuerte y grande como él; para mí ha sido una ironía del destino, pues he sido censurado por sobrecargar los ponis con comida innecesaria, y las fuertes reducciones se han realizado a pesar de que yo me he opuesto enérgicamente a ello hasta el último momento. No produce ninguna satisfacción saber que tenía razón, ahora que mi poni está muerto. El bueno de Víctor… Siempre le daba una galleta de mi ración, y se ha comido la última antes de que la bala acabara con él. Mi segundo poni ha muerto a 83° de latitud sur, de una forma menos trágica que el primero, que murió cuando se desprendió el hielo marino. Aun así, me da pena el animal, pues ha sido un compañero fiel y ha estado a mi cuidado durante mucho tiempo. De todos modos, ha cumplido su cometido en la expedición: ojalá cumpla yo el mío igual de bien cuando me ponga el arnés.

Ha empezado a nevar sobre el desolado lugar donde se encuentra su tumba; parece que va a haber ventisca. El cielo está oscuro y tiene aspecto amenazador, como de tormenta.

Efectivamente, había sido una marcha penosa y ahora nos encontrábamos ante un muro absolutamente blanco. Los ponis se hundían en la nieve una y otra vez, dejando agujeros de 30 centímetros de profundidad. La temperatura era de -8 °C y los copos de nieve se fundían al posarse sobre las oscuras manchas de nuestras tiendas y nuestras pieles. Cuando terminábamos de levantar los muros de protección para los ponis, el agua se deslizaba sobre nuestras prendas de abrigo.

Por aquellas fechas escribí: «La carne de poni nos sienta bien y nos acostamos muy satisfechos.» A pesar de que sólo podíamos calentarla mezclándola con la carne desecada, nos parecía dulce y rica, aunque dura. El grupo sin animales lo formaban el teniente Evans y Lashly, que se habían quedado sin sus trineos de motor, y Atkinson y Wright, que se habían quedado sin sus ponis. Empezaban a pasar mucha hambre; casi todos deseábamos que llegara la hora de comer, y si podíamos nos guardábamos una galleta en las bolsas para más tarde. La carne de poni nos vino, por tanto, muy bien. Creo que deberíamos haber dejado más en los depósitos, pero lo que hicimos fue dar la que sobraba a los perros. SÍ hubiera dispuesto de algunas latas más de queroseno y de un depósito con carne de poni, es probable que el grupo del polo se hubiera salvado.

El 3 de diciembre nos despertamos a las dos de la mañana. El cielo estaba encapotado y parecía que iba a nevar. Mientras desayunábamos, estalló una ventisca del sureste, que no tardó en soplar con fuerza 9, lo que equivale a un auténtico temporal, y a levantarse abundante nieve en polvo. «El viento más fuerte que he visto nunca aquí en verano.» No podíamos ponernos en marcha, de modo que salimos al exterior, y, en medio de una fuerte nevasca, aseguramos los muros de protección de los ponis; uno de ellos fue derribado en tres ocasiones. A la una y media de la tarde ya brillaba el sol y se veía tierra firme con claridad.

Nos pusimos en marcha a las dos; teníamos el monte Esperanza ante nosotros, o al menos eso pensábamos, pero pronto empezó a formarse un banco de nubes cargadas de nieve, y pasadas dos horas caminábamos en medio de una profunda oscuridad que nos hacía difícil ver el camino marcado por el grupo sin animales. Para cuando alcanzamos el mojón, que había sido levantado a cuatro millas de distancia, corría un fuerte viento del nornoroeste, el punto más inverosímil de la brújula. Bowers y Scott iban con los esquís.

Me he puesto la chaqueta de abrigo. Cuando llevaba dos millas intentando adivinar el camino, he topado de repente con la tienda de la avanzadilla. Han acampado porque les resultaba muy difícil orientarse con este tiempo tan malo. Sin embargo, los ponis, como iban con el viento a favor, marchaban estupendamente y Scott ha decidido que lo mejor era seguir adelante. Así pues, hemos continuado cuatro millas más, lo que equivale a diez en total, es decir, más de la mitad del trayecto, y luego hemos acampado. Con los esquís íbamos volando, aunque éramos incapaces de ver nada. Como teníamos el viento a favor y la nieve de la superficie estaba dura gracias al viento, nos deslizábamos limpiamente. Acampar nos ha resultado más difícil, pues para entonces ya se había levantado un vendaval. Ahora estamos todos metidos en nuestros sacos con una buena comida caliente en el estómago, y por mucho viento que sople hay peores sitios que un saco de reno.

Aunque los esquiadores no tenían problemas (lo cual no dejó de molestarnos un poco), la situación no era nada fácil para los ponis, que en algunos trechos se hundían a gran profundidad, ni para nosotros, que empezábamos a hundirnos casi hasta las rodillas. Aquel día comenzamos a atravesar las grandes ondulaciones de la Barrera. Estas irregularidades, con sus cimas separadas por millas de distancia, indican en este punto la cercanía del continente. Habíamos levantado muros al

norte para proteger a los ponis en el campamento, pues el viento soplaba de esa dirección, pero a la hora del desayuno del 4 de diciembre, soplaba una fuerte ventisca del sureste. Aquellos extraordinarios cambios climatológicos empezaban a desconcertarnos y a exasperarnos un poco. Tuvimos que volver a retrasar la salida y a sacar los trineos y los ponis de la nieve para llevarlos al otro lado de los muros de protección, que fue necesario reconstruir parcialmente. «¡Qué no daría yo por la sencilla vida de quien viaja sin animales! -era lo que pensábamos. Y también-: ¡Pobres animales, qué indefensos están! Este no es lugar para ganado.» La nieve era tan copiosa que ya ni veíamos las tiendas vecinas. La situación resultaba aún más difícil porque las puertas de las tiendas, que habíamos montado de manera que nos protegieran del fuerte viento norte que soplaba al principio, estaban ahora situadas de cara a la ventisca, y cada vez que entraba alguien en una de ellas entraba con él una enorme cantidad de nieve. El grupo que viajaba sin animales nos alcanzó justo antes de que estallara la tempestad. Los perros estaban cómodos ellos solos, sepultados bajo la nieve que iba amontonando el viento. Los marineros empezaron a discutir sobre quién sería el gafe. Decían que era por culpa de las cámaras. La gran ventisca estaba fraguándose justo encima de nosotros.

Pero a mediodía, como si se hubiera corrido un telón, se levantó la densa niebla, amainó el viento y una enorme montaña apareció casi encima de nosotros. Aguzando mucho la vista conseguimos distinguir a lo lejos, al sureste, un gran desnivel en el horizonte de la Barrera: se trataba de otra montaña, muy alta, y según nuestros cálculos debía de encontrarse al menos a 86° de latitud. Las cordilleras se extendían en aquella dirección, pico tras pico, cordillera tras cordillera, hasta donde abarcaba la vista.

Las montañas superan todo lo que he visto hasta el momento: al lado del más pequeño de estos gigantes, Ben Nevis sería un simple montículo, y sin embargo son tan inmensas que se eclipsan unas a otras. Cada dos por tres están cortadas por glaciares imponentes, cascadas heladas y valles de nieves permanentes que resultan indescriptibles. Estaba todo tan nítido que parecían destacarse todas y cada una de las rocas, y cuando el sol apareció (entre las montañas y nosotros), quedó aún más realzada la belleza del paisaje.

Aquel día recorrimos en total 11 millas y acampamos justo delante del Acceso, que debía de encontrarse a unas 13 millas de distancia, según nuestros cálculos. No vimos grietas, aunque cruzamos una docena de ondulaciones de gran tamaño, cuyas depresiones medirían entre tres y seis metros. El monte Esperanza era más grande de lo que nos imaginábamos, y detrás de él, dilatándose por la Barrera hasta donde alcanzábamos a ver, había una gran línea blanca con cortes irregulares: era el laberinto de crestas de presión que formaba el inmenso glaciar al chocar con el hielo de la Barrera, el cual parece inmóvil a su lado.

Mi poni, Michael, fue sacrificado después de acampar. Era uno de los animalillos más interesantes que teníamos. Pesaba poco, de modo que las superficies blandas le resultaban fáciles, pero como tenía cascos pequeños se hundía en la nieve más que la mayoría; en el diario de Scott veo que el 19 de noviembre los ponis se hundían hasta media caña, y que Michael se hundió casi hasta el corvejón en un par de ocasiones. Era un animal brioso y bullidor que cuando tenía un día malo no podía parar quieto, se detenía continuamente a comer nieve y luego echaba a correr para alcanzar a los demás ponis. La vida nunca dejaba de darle motivos de asombro, y no había ningún movimiento en el campamento que no captara su atención. Cuando todavía llevábamos poco tiempo en la Barrera, adquirió malas costumbres: empezó a comer cuerdas y a roer los adornos de los otros ponis, que era como llamábamos a las borlas de colores que les poníamos sobre los ojos para que no les cegara la

nieve. Sin embargo, él no era el único culpable ni mucho menos, ya que Nohby empezó a comerle los suyos al principio del viaje. Y no es que pasara hambre, ya que nunca acababa su ración. En cualquier caso, disfrutó de sus últimos días de vida, pues cada vez que ocurría algo erguía las orejas y se alteraba, y por la mañana, cuando ya estaba amarrado y se iba a dormir, la llegada de los tiros de perros daba abundante pábulo a sus sueños. Debo decir que su guía también soñaba con bastante regularidad. Michael fue sacrificado el 4 de diciembre, delante mismo del Acceso, justo antes de que estallara la gran ventisca, la cual, aunque nosotros lo ignorábamos, estaba a punto de descargar sobre nosotros. Hasta el último momento estuvo desatándose la manta y royendo todo lo que pudo.

Se ha tomado la decisión después de acampar, cuando ya tenía el morral puesto. Meares ha anunciado que ya no le quedaba comida para los perros. Se ha alejado y se ha revolcado en la nieve, algo que no había hecho al llegar. Se ha comportado en todo momento como un niño travieso, y se llevaba a todos detrás. Ha sido un buen amigo y ha dejado un buen historial: 82° 23' de latitud sur. Hoy estaba agotado: la ventisca le había dejado sin fuerzas. El pequeño Michael era un valiente.

Cuando nos metimos en los sacos, se movía tal cantidad de nieve en polvo que apenas se veían las cumbres. Necesitábamos un día despejado para cruzar la sima: los ponis sólo tenían que hacer una jornada corta y entonces habrían cumplido su labor. Casi no nos quedaba comida para ellos. Aquella noche Scott escribió: «Prácticamente ya hemos terminado la primera etapa de nuestro viaje.»

Martes, 5 de diciembre. Campamento 30. Mediodía. Esta mañana nos hemos levantado en medio de una furiosa ventisca. En los vendavales que ha habido hasta el momento no se movía la finísima nieve en polvo que caracteriza las ventiscas. Pues bien, la de hoy vale por todas. Si uno se pasa un par de minutos a la intemperie acaba cubierto de la cabeza a los pies. La temperatura es alta, de manera que a uno se le queda la nieve pegada, tanto si cae como si es impulsada por el viento. Los ponis tienen cubiertas de hielo la cabeza, la cola, las patas y todas aquellas partes que no llevan protegidas con las mantas. Los animales están semihundidos en la nieve, los trineos ya casi ni se ven, y sobre las tiendas se forman enormes ventisqueros. Después de desayunar y rehacer los muros de protección, hemos vuelto a meternos en los sacos. No vemos la tienda de al lado, y no digamos ya tierra firme. ¿Cómo es posible que haga este tiempo en esta época del año? Me parece el colmo de la mala suerte, aunque todavía es posible que cambie […].

Once de la noche. El viento ha soplado con fuerza durante todo el día y ha caído la nevada más grande que recuerdo. La temperatura era de -3 °C antes de mediodía, y por la tarde ha subido a -0,5 °C, así que ahora la nieve se funde en cuanto toca cualquier superficie que no tenga ya nieve encima. Esto ha hecho que se formen charcos de agua por todas partes. Las tiendas están caladas, al igual que las prendas de abrigo, las botas de noche, etcétera. El agua gotea de los palos y la puerta de la tienda, se acumula en el suelo, empapa los sacos de dormir y deja todo en un estado lamentable. Como venga una ola de frío antes de que tengamos tiempo de secar las cosas, vamos a estar incómodos a más no poder. De todos modos, la situación sería bastante cómica si no fuera por lo grave que resulta el retraso: no podemos permitírnoslo, y desde luego es mala suerte que nos haya ocurrido precisamente ahora. Aunque todo apunta a que el viento va a remitir, la temperatura no desciende, la nieve está más húmeda que nunca, y no parece que haya indicios de que vaya a mejorar.

Miércoles, 6 de diciembre. Campamento 30. Mediodía. Esto es verdaderamente espantoso. Hemos acampado en el «abismo de la desesperación». La tempestad continúa con toda su furia. La temperatura ha subido a -0,5 °C; la tienda está completamente empapada. Los que vuelven del exterior tienen la misma pinta que si les hubiera caído encima un violento chaparrón, y encharcan el

suelo. La nieve no deja de subir y de cubrir muros, ponis, tiendas y trineos. El aspecto de los ponis es de absoluto abandono. Resulta abrumador, y eso que estamos a sólo 12 millas del glaciar. Se apodera de mí una desesperación tal que no sé cómo librarme de ella. ¡Qué enorme paciencia hace falta en estas ocasiones!

Bowers describe la situación de la siguiente manera:

Sopla tal ventisca que uno acaba pensando que somos víctimas de los poderes del mal. Sería interesante describirla, pues se trata de mi primera ventisca caliente. En lo que a temperaturas se refiere, en el futuro espero tener que soportar sólo frías, o templadas cuando menos.

Esta mañana, cuando he mirado el termómetro, no daba crédito a mis ojos, pero no había lugar a dudas: la temperatura era de -0,5 °C, y todo debido a los rayos directos del sol. Es la primera vez desde que estamos aquí que la temperatura supera el punto de congelación. Nadie alcanza a comprender qué significa esto. Tratamos de tomárnoslo como una broma de mal gusto, pero las pésimas condiciones en que nos encontramos sólo resultarán divertidas cuando leamos más adelante lo que hayamos escrito al respecto. Estamos calados hasta los huesos, las tiendas están mojadas y los sacos, que son los objetos que más cuidamos, pues de ellos dependen nuestras vidas, también. Los pobres ponis están empapados y tiemblan mucho más de lo que suelen hacerlo con temperaturas treinta grados más bajas. Los trineos (es decir, las partes que hemos sacado de la nieve), la comida, todo, absolutamente todo, está tan mojado como nosotros y nuestra fría y pegajosa ropa. Por los palos de las tiendas corren hilillos de agua que no se transforman en carámbanos hasta que entran en contacto con la nieve del suelo. Con el calor de nuestros cuerpos se han formado en el suelo una bañeras de nieve en las que podemos tumbarnos y que constituyen pozos de recogida de aguas en los que afluyen diversos arroyuelos antes de congelarse. Esto no es posible cuando un ser humano caliente está tendido en la bañera, de modo que el agua de los arroyuelos permanece en estado líquido y es absorbida por los complacientes sacos. Cuando salimos a cumplir con nuestras obligaciones cotidianas (llenar la olla para la siguiente comida, quitar la nieve a los ponis, darles de comer o lo que sea), quedamos rebozados de nieve. Pero no se trata de la arenosa nieve en polvo a la que estamos acostumbrados, sino de grandes copos medio derretidos que se convierten inmediatamente en agua y se deslizan por nuestros cuerpos. Los ventisqueros son tremendos, y el resto del espectáculo indescriptible. Lo lamento sobre todo por los desdichados animales, y me alegro de que el bueno de Víctor se haya librado de esto. Hoy he remendado un par de mitones, y en lugar de dos comidas tenemos tres. Como no vemos la hora de reanudar la marcha, a la mayoría se nos hace muy difícil esta inactividad, aunque al capitán Scott debe de sentarle aún peor. Me alegro de que tenga en la tienda al doctor Bill [Wilson]; Bill tiene algo que resulta siempre tranquilizador, sobre todo en las situaciones adversas.

Jueves, 7 de diciembre. Campamento 30. Continúa la tormenta, y ahora la situación es grave. Mañana a los ponis ya sólo les quedará una pequeña ración de comida, así que tendremos que marcharnos o sacrificarlos. Pero esto no es lo peor; con ayuda de los perros podríamos seguir adelante, de eso no cabe duda; lo grave es que esta mañana hemos comenzado las raciones de la cima, es decir, la comida que teníamos previsto dejar en el depósito del glaciar. A partir de hoy el primer grupo de apoyo sólo podrá avanzar durante dos semanas como mucho.

Aquel día hizo el mismo calor que los anteriores, aunque más húmedo, mucho más húmedo. El termómetro marcaba 1,8 °C, y nuestros sacos eran como esponjas. Todo estaba tapado por enormes

ventisqueros, incluida la mayor parte de las tiendas, los muros de los ponis y los trineos. De vez en cuando nos abríamos paso entre la nieve, sacábamos a los desgraciados ponis y volvíamos a ponerlos encima de ella.

A partir de ahora nuestra ración completa será de 480 gramos de chocolate, 360 de carne desecada, 15 de cacao, 90 de azúcar y 24 de té. Esta es la ración de la cima, que pesa en total 969 gramos, aunque hay que añadir un poco de cebolla en polvo y sal. Yo estoy completamente a favor; el marinero Evans y otros lamentan profundamente tener que renunciar al chocolate, las pasas y los cereales. Durante la primera semana en el glaciar tendremos que comer una galleta menos, porque si no a Meares no le quedarán provisiones para el camino de regreso. El grupo motorizado hizo depósitos demasiado grandes, y él ya ha recorrido una distancia mucho mayor que la que se le había ordenado recorrer. Originariamente debía regresar a la punta de la Cabaña el 10 de diciembre. Los perros, en cambio, están comiendo toda la carne de poni que necesitaban y se encuentran en muy buen estado físico. Meares tiene que hacer durante la vuelta una media de 24 millas diarias. Michael ya es ajeno a todo esto: nos lo estamos comiendo. Estaba en excelentes condiciones y sabe muy bien, aunque está duro.

Ahora apenas dormíamos cuando nos acostábamos en los sacos. Generalmente, estas ventiscas acaban en tres días, por lo que habíamos depositado grandes esperanzas en el viernes, 8 de diciembre. Pero a las diez de la mañana, mientras desayunábamos (estábamos acostumbrándonos al horario diurno), el viento y la nieve soplaban con la misma monotonía de siempre. La temperatura subió a 1,3 °C. Tanto estas temperaturas como las que registró Meares durante el viaje de regreso debían de ser máximas para el interior de la Barrera, pero a nosotros nos daba exactamente igual si hacía cinco grados o si hacía uno. Aquella mañana las perspectivas no eran nada halagüeñas.

A mediodía tuvimos un ligerísimo alivio. Tan pronto como amainó el viento salimos de las tiendas y empezamos a dar vueltas trabajosamente de un lado a otro, siempre hundidos hasta las rodillas en la nieve blanda y a menudo mucho más arriba. Primero movimos las tiendas, quitándoles la nieve con sumo cuidado para no rasgarlas con la pala. Las cenefas estaban cubiertas de hielo compacto a causa del agua que se había acumulado en ellas. Luego nos pusimos a buscar los trineos, que se encontraban a más de un metro de profundidad. Al sacarlos vimos que todo lo que tenían dentro estaba hecho una sopa. Asomó un rayo de sol, pero enseguida volvieron la nieve y la oscuridad. Sin embargo, empezamos a hacer experimentos con los arneses. Cuatro esquiadores consiguieron mover un trineo en el que iban sentados cuatro hombres. A Nobby le obligaron a andar, pero se hundió hasta el vientre. En lo que a los ventisqueros se refiere, en un momento dado vi a Oates de pie detrás de uno: sólo asomaba su cabeza, y el montón era de nieve suelta.

Después de tomar un té nos hemos quedado todos sentados; es mucho mejor que meterse en el saco. Me extrañaría mucho que los ponis fueran capaces de seguir, aunque Titus opina que mañana podrán ponerse en marcha. Se ha acabado toda la comida y hoy se han comido lo que ayer se negaron a tomar del morral. Van a tener una muerte terrible: no queda más remedio que sacrificarlos debido a la falta de comida. Después los descuartizaremos. Pobres bichos… Silar Wright me ha cambiado el Little Minister por el Infierno de Dante.

El continuo golpeteo de la nieve sobre las tiendas resultaba deprimente cuando nos acostamos, pero la temperatura había descendido por debajo del punto de congelación.

Al día siguiente (sábado, 9 de diciembre), nos levantamos a las cinco y media de la mañana, estaba nublado y amenazaba nieve. A las ocho media ya habíamos llevado los trineos a cierta distancia del campamento y empezamos a tirar de los ponis. «Apenas podían moverse, se hundían

hasta el vientre y luego se tumbaban. Hemos tenido que atarlos y obligarlos a avanzar. Ha sido muy penoso.»

El recuerdo que tengo de aquel día es que avanzamos a tientas, pues Bowers y yo teníamos que abrir la marcha con un trineo ligero y ante nosotros se extendía un borroso muro blanco. Primero se congregó un confuso grupo de hombres alrededor del poni del primer trineo para empujarle: el pobre animal casi no podía ni salir de los agujeros que hacía cuando se lanzaba hacia delante. A los demás los obligaron a seguirle, y cuando se pusieron en marcha, el grupo sin animales volvió a recoger su cargamento. Ninguno de los hombres que estábamos allí hubiera sido capaz de hacer daño a una mosca, pero ¿qué otra cosa cabía hacer? No podíamos dejar nuestro depósito de ponis en aquella ciénaga. Avanzamos con enorme esfuerzo durante horas: no nos atrevíamos a detenernos para comer, porque sabíamos que nos sería imposible reanudar la marcha. Tras cruzar múltiples ondulaciones, de repente surgieron por todos lados unas crestas gigantescas. Subimos a una escarpada elevación, y a nuestra derecha apareció la sima que bordeaba la costa. Era una depresión de gran tamaño y estaba cuajada de enormes crestas. A Scott le preocupaban las grietas, como es natural, y aunque sabíamos que existía un camino, era sumamente difícil encontrarlo en medio de la oscuridad. Nos movimos en zigzag durante un par de horas, avanzando, es cierto, pero sumidos en un profundo desconcierto. Al menos en una ocasión estuvimos a punto de quedarnos estancados. Scott se reunió con nosotros y nos quitamos los esquís para buscar las grietas y, a ser posible, un camino de nieve dura que nos permitiera pasar. A cada paso que dábamos nos hundíamos 40 centímetros, y a veces nos metíamos hasta el muslo. Entretanto, Snatcher evitaba el desastre tirando de la fila de ponis con unas raquetas. Snippets metió las patas traseras en una grieta de tamaño considerable y a punto estuvo de caer en ella. Sin embargo, y pese a las dificultades, lograron desengancharlo y lo sacaron.

Ignoro cuánto tiempo llevábamos andando cuando Scott decidió avanzar a lo largo de la sima. Encontramos una gran hondonada con hielo duro al fondo, y probablemente fue allí por donde cruzamos. Ahora podíamos ver a nuestras espaldas el anillo de crestas de presión. Poco nos faltó para hacer un depósito allí, pero los ponis, dando muestras de un gran valor, seguían tirando, pese a que había que obligarles a ello. Scott decidió continuar hasta donde fueran capaces de llegar. Se portaron maravillosamente. Pensábamos que no aguantarían ni una milla, pero estuvieron once horas marchando lentamente sin hacer ni una sola parada larga, y según nuestros cálculos recorrieron una distancia de unas siete millas. Ahora bien, los contadores de los trineos no eran de fiar, ya que se quedaban atascados con la nieve blanda, y más adelante llegaríamos a la conclusión de que la distancia no había sido tan grande: probablemente no recorriéramos más de cinco millas. Alcanzamos un punto situado a unas dos millas del amontonamiento de nieve que tapaba el Acceso y acampamos. Dimos gracias a Dios por el descanso, pero sobre todo porque ya no íbamos a volver a empujar a los fatigados ponis. Pronto descansarían definitivamente. Fue algo espantoso, por lo que aquel lugar recibió el nombre de campamento de la carnicería.

Oates se acercó a Scott, que se encontraba a la sombra del monte Esperanza.

- Le felicito, Titus -dijo Wilson.

- Yo quiero darle las gracias, Titus -dijo Scott.

Y allí acabó la etapa de la Barrera.

10. EL VIAJE AL POLO (II)

El viaje al polo constituye el objetivo más importante de nuestra expedición [...]. Uno no puede permitirse cerrar los ojos a la realidad: el público interesado en la ciencia, al igual que el público en general, evaluará el resultado del trabajo científico de la expedición principalmente en función del éxito o fracaso en la consecución del objetivo principal. En caso de éxito, todos los caminos quedarán despejados y todos los trabajos serán estudiados como corresponde. En caso de fracaso, es posible que incluso el trabajo más brillante sea desatendido y olvidado, al menos durante cierto tiempo.

SCOTT

EL GLACIAR BEARDMORE

Los ponis habían arrastrado 24 unidades semanales de comida para cuatro hombres a una distancia de unas cinco millas del pie del glaciar, pero íbamos con retraso. Llevábamos varios días comiendo de las raciones de la cima, es decir, la comida que no había que tocar hasta que estableciéramos el depósito del glaciar, y aún estábamos a una jornada de camino del punto en que teníamos que establecerlo. Por supuesto, el retraso se debía a la ventisca, que nadie se esperaba en diciembre, ya que solía ser uno de los meses más tranquilos. Aún más preocupante era la profunda nieve que se extendía como una capa de plumón sobre la superficie; a nosotros nos cubría generalmente hasta la rodilla, y los trineos se hundían en ella poco a poco hasta que al final los travesaños abrían un surco en la superficie. Scott se lamentaba de lo que sin duda había sido mala suerte, y es que Shackleton tuvo buen tiempo y encontró hielo azul en la parte baja del glaciar.

El 10 de diciembre a mediodía terminamos de hacer los reajustes necesarios para arrastrar nosotros mismos las cargas. En el depósito dejamos tres trineos de tres metros, uno de 3,65, un buen número de prendas de vestir y arreos, y carne de poni tanto para los perros como para nosotros. Emprendimos la marcha tres equipos de cuatro hombres, cada uno de los cuales tenía que acarrear durante las primeras millas una carga de 225 kilos. Los equipos estaban formados por los siguientes expedicionarios:

1) Scott, Wilson, Oates y el marinero Evans.
2) El teniente Evans, Atkinson, Wright y Lashly.
3) Bowers, Cherry-Garrard, Crean y Keohane.

Los miembros del segundo equipo llevaban varios días arrastrando juntos, y dos de ellos, el

teniente Evans y Lashly, llevaban haciéndolo desde que se había averiado el segundo trineo de motor en el campamento del desvío.

Como es natural, no se encontraban en tan buen estado físico como los de los otros dos. Luego estaban los dos tiros de perros, que habían realizado una labor magnífica y ahora llevaban 270 kilos del peso total además de las provisiones para el depósito norte del glaciar, que pesaban 90 kilos. Empezaba a resultar evidente que Amundsen había elegido el medio adecuado de transporte.

El Acceso es un desfiladero, una puerta lateral, por así decirlo, que permite pasar al Beardmore, un glaciar grande y caótico. A la hora de comer ya estábamos en lo alto del promontorio de nieve, pero nos costó seis horas de duro arrastre recorrer la milla que medía la cuesta. Seguimos con los esquís todo lo que pudimos, pero llegamos a un punto en el que ya no había manera de mover los trineos con ellos. En cuanto nos los quitamos, nos hundimos en la nieve hasta las rodillas, y los trineos empezaron a abrir un surco en la superficie, pues pesaban demasiado. Pero la fuerte luz del sol estaba secando el equipo, extendíamos las sacos cada vez que teníamos ocasión y los grandes y picudos acantilados de granito rojo constituían un regalo para los ojos tras las 425 millas terrestres de nieve que habíamos recorrido. El Acceso estaba tapado por un gigantesco ventisquero flanqueado a nuestra izquierda por el monte Esperanza y a nuestra derecha por tierra firme. Por el libro de Shackleton dedujimos que el Beardmore era un glaciar realmente difícil. Comimos al llegar a lo alto del promontorio de nieve, y a última hora de la tarde descendimos. A medianoche acampamos al borde del glaciar, que, tal como temíamos, se hallaba cubierto por una cantidad de nieve blanda tan grande que no se veía ni rastro del hielo que había encontrado Shackleton en aquel mismo punto. «Hemos acampado con abundante nieve y viento de tormenta, que espero siga soplando, ya que cada hora que pasa barre centímetros de esta nieve pulverulenta en la que llevamos hundiéndonos todo el día.»

El 11 de diciembre, antes de ponernos en marcha, establecimos el depósito norte de glaciar, donde dejamos tres unidades semanales para la cima, dos cajas de galletas de emergencia (equivalentes a tres raciones semanales) y dos latas de queroseno. Calculábamos que con estas provisiones los tres grupos de regreso podrían llegar hasta el depósito sur de la Barrera.

También dejamos una lata de alcohol para encender el hornillo, una botella de coñac para uso médico y algunos objetos personales y artículos de repuesto que no nos hacían falta. En los trineos cargamos 18 unidades semanales para la cima, así como las tres bolsas que habíamos preparado con las raciones de aquella semana y el suplemento de galletas, es decir, las 10 cajas que llevábamos además de los tres paquetes de galletas que estaban comiéndose los tres grupos. Cargamos asimismo 18 latas de queroseno, dos latas de alcohol y unas cuantas viandas que Bowers había empaquetado para Navidad. Todas las raciones habían sido concebidas para que con ellos pudieran alimentarse cuatro hombres durante una semana.

Durante aquel tramo de nieve profunda se nos averiaron los contadores de los trineos y nos vimos obligados a calcular por nuestros propios medios la distancia que recorríamos cada día.

Ha sido una caminata tremenda, pero creo que después de hoy las perspectivas son más halagüeñas. Hemos tardado dos horas en hacer el depósito antes de ponernos en marcha, y luego nos hemos metido directamente en medio de las crestas de presión. Los perros venían detrás de nosotros con las 10 cajas de galletas y arrastraban el cargamento sin problemas. No hemos tardado en divisar un gran bloque, y Bill y yo hemos hecho una cordada y hemos ido a ver. Era una roca de granito muy basto, casi igual al neis, con grandes cristales de cuarzo, mohosa por fuera, surcada de vetas de cuarzo y bastante sonrosada, como hemos podido ver cuando la hemos picado. Era demasiado grande

para llevarla por el hielo y parecía típica de la zona. En lugar de mantenernos cerca del gran acantilado en el que Shackleton dejó su depósito, hemos ido en dirección al monte Kyffin, es decir, hacia el centro del glaciar, hasta la hora de comer. Para entonces ya habíamos recorrido dos o tres millas. Se abrían grietas por todas partes, pero nos las hemos ingeniado para avanzar con los esquís. Nadie se ha caído, y los perros se han salvado gracias a la profunda capa de nieve.

Los tiros de perros corrieron sin duda un gran peligro aquella mañana. Después de comer dieron media vuelta, pues habían llegado mucho más lejos de lo que estaba previsto en un principio. Ya tenían que haber regresado a la punta de la Cabaña, y no les quedaba comida para seguir adelante. Puede que esperásemos demasiado de ellos, como revelan estas palabras de Bowers: «Los perros se encuentran en un estado físico magnífico y van a llevar a Meares y Dimitri a casa volando. Si recorren 30 millas al día, imagino que para Navidad ya habrán llegado.» Sin embargo, cuando regresamos a la cabaña, Meares nos contó que los perros habían tenido un viaje nada fácil.

Han emprendido el arduo camino de regreso con muchas prisas y en medio de un gran ajetreo. No he podido verlos porque me cegaba la nieve, pero cuando se han marchado he oído las órdenes de costumbre. Eran los últimos animales de carga que nos quedaban.

Durante los cuatro días siguientes aumentaron nuestras dificultades, y es que la mitad de los hombres tenían problemas de vista debido al resplandor de la nieve. La noche en que alcanzamos el glaciar, Bowers escribió:

Me temo que me va costar caro no haberme puesto gafas ayer mientras llevaba los ponis. El ojo derecho se me ha cerrado y el izquierdo lo tengo bastante delicado. Si me quedo ciego, no se me pasará hasta dentro de tres o cuatro días, y esta vez no podré hacer nada para evitarlo. Me hace daño mirar este papel, y los ojos me escuecen como si alguien me hubiera echado arena a la cara.

Luego añadiría:

Llevo cuatro días sin escribir en este diario, pues he tenido un dolor de ojos infernal, y además he estado haciendo el trabajo más demoledor de mi vida […]. No veía tres en un burro, y Keohane, que forma parte de mi grupo, estaba igual que yo. Cherry tiraba a mi lado, y Crean y Keohane iban detrás. He puesto escayola en las gafas excepto en el centro, donde he dejado un puntito limpio para poder ver parte del cielo sin que me dé la luz. Pero las lentes estaban siempre empañadas a causa del sudor, no paraba de lagrimear y no podía secarme porque tenía las manos ocupadas con los bastones. Además, nuestra carga pesaba tanto [arrastrábamos también la de los perros], que si cualquier miembro del grupo aflojaba el paso, el trineo se detenía. El cacharro se hundía de tal manera que acababa abriendo un surco en la blanda nieve, por lo que sólo lográbamos avanzar a intervalos cortos de unos cuantos cientos de metros. Ponerse de nuevo en marcha era peor que arrastrar el trineo, pues era necesario dar entre diez y quince fortísimos tirones del arnés para que se moviera un mínimo.

Aparte de Bowers eran muchos los que tenían problemas de vista. Esto obedecía en parte al esfuerzo realizado durante la última jornada con los ponis y en parte a que aún no nos habíamos percatado de que durante las marchas de día había que tomar precauciones, ya que el sol era mucho más potente. Las pastillas de sulfato de cinc y cocaína que llevábamos eran excelentes, pero también descubrimos que las hojas de té, que solíamos tirar tras hervirlas dos veces, aliviaban el dolor si uno se las ponía sobre los ojos con algodón, ya que el ácido tánico actuaba como astringente. Además, cuando a uno le ciega la nieve no puede ver prácticamente nada, de modo que no importa mucho si lleva atado un pañuelo sobre los ojos.

Glaciar Beardmore. Te escribo una breve nota aprovechando que vuelven los perros. La situación no es tan lisonjera como desearíamos, pero mantenemos la moral alta y nos decimos que nuestra suerte tiene que mejorar. Te mando esto para decirte únicamente que creo que puedo seguir el ritmo de los demás tan bien como antaño.

Era la primera vez que acarreábamos en cada trineo 360 kilos, que era la carga máxima que podíamos llevar. Incluso Bowers preguntó a Scott si intentaría transportarla sin hacer tandas. Aquella noche Scott escribió en su diario la siguiente anotación:

A eso de las cuatro y media, cuando nos disponíamos a reanudar la marcha después de comer, reinaba una gran inquietud. ¿Podríamos transportar la carga máxima o no? Mi grupo ha sido el primero en salir. Cuál no sería mi alegría cuando he visto que avanzábamos sin muchas dificultades. De vez en cuando, al llegar a una zona de nieve blanda el trineo se hundía, lo que nos obligaba a detenernos, pero hemos aprendido a tomarnos con calma este tipo de situaciones. Nos poníamos aun lado del trineo y lo sacábamos; Evans (el marinero) se quitaba los esquís para poder agarrarlo mejor. Lo importante es evitar que el trineo se detenga. En una hora o más ha habido docenas de momentos críticos en los que ha estado a punto de quedársenos parado, y no pocos en los que se nos ha detenido del todo. Estos últimos resultan desquiciantes y muy fatigosos.

En conjunto fue un día esperanzador y, por lo que pudimos calcular, anduvimos unas siete millas. En general no fue el equipo de Scott el que tuvo las cosas más difíciles durante aquella etapa del viaje, aunque el 12 de diciembre se vio en más apuros que cualquiera de nosotros. En efecto, fue una jornada demoledora, pues la superficie estaba peor que nunca y eran muchos los hombres que tenían problemas de vista. Por la mañana, tras cinco horas de marcha, sólo habíamos recorrido media milla aproximadamente. Nos encontrábamos en un mar de presión, las olas nos venían por estribor y la distancia entre las crestas no era muy grande. Si no llega a ser por los esquís, no habríamos logrado avanzar nada: «Si uno va a pie, se hunde hasta la rodilla, y si está tirando del trineo hasta el muslo.»

El 13 de diciembre:

Los trineos se hundían 30 centímetros en la nieve, y tanto el equipo como las piezas transversales actuaban como frenos. Los tirones que dábamos y el número de veces que teníamos que quitarnos los esquís para enderezar el trineo no eran nada al lado del denodado esfuerzo que era necesario hacer con todos y cada uno de los músculos y los nervios para evitar que se parara aquel lastre una vez que nos poníamos en marcha. Pero entonces se quedaba atascado, y había que empezar otra vez desde el principio. Puede que hayamos recorrido media milla antes de mediodía. Como esperábamos encontrarnos con una superficie mejor por la tarde, nos hemos llevado un buen chasco. Teddy [Evans] ha salido media hora antes para buscar un camino, y el capitán Scott ha probado un truco con los patines de repuesto [los ató debajo del trineo para impedir que los travesaños se metieran en la nieve], lo que nos ha supuesto una hora de trabajo. Teníamos que dar la vuelta a los patines cada dos por tres para quitarles el hielo, pues con estas temperaturas suelen calentarse, y entonces funden la nieve que se les acumula encima, la cual se congela formando unos bloques de hielo que tienen el mismo efecto que una lija o unos clavos. Animados por el éxito de la mañana, hemos salido en segundo lugar con mucho brío pero, como se suele decir, «más dura será la caída».

Nos hemos quedado atascados a unos diez metros del campamento, y en nueve horas sólo hemos avanzado media milla. Nunca he visto un trineo que se hundiese tanto como éste. He sudado la gota gorda: he tirado una y otra vez con todas mis fuerzas del cinturón de lona que llevaba alrededor de mí pobre tripa, y a punto he estado de quedarme con el estómago aplastado contra la columna vertebral. Todos lo hemos pasado igual de mal.

Veía a Teddy forcejear delante de nosotros y a Scott detrás, pero éramos nosotros los que peor estábamos, ya que el primer equipo había llegado a lo alto de la cuesta y yo veía tan mal que no encontraba un camino mejor. Estábamos al borde del agotamiento, y al final hemos tenido que arrojar la toalla y hacer tandas. Hemos avanzado una media milla con la mitad de la carga; luego la hemos dejado y hemos vuelto por el resto. Mi equipo se sentía tan agotado que casi no podía arrastrar la mitad del peso. El equipo de Teddy ha hecho lo mismo, mientras que el de Scott ha continuado arrastrando la carga entera. Hemos acampado prácticamente a la vez tras haber andado tres veces la misma distancia. Seguimos teniendo el monte Kyffin delante, a mano izquierda; parece como si nunca vayamos a llegar a él. Scott ha decidido que si mañana no podemos mover la carga entera empezaremos a hacer tandas de forma sistemática. Es una perspectiva sumamente desalentadora tras una jornada de trabajo tan agotadora como la de hoy.

Durante aquellos días sudamos la gota gorda, aunque normalmente sólo llevábamos una camiseta, unos calzoncillos y unos pantalones de abrigo.

En cuanto nos deteníamos, nos enfriábamos rápidamente. A la hora de comer aparecieron dos págalos, probablemente atraídos por la carne de poni que había más abajo, pese a que esto les obligaba a recorrer una gran distancia desde el mar. El jueves, 14 de diciembre, Scott escribió: «He estado parte de la noche en vela debido a la indigestión y a que tenía la ropa empapada. Además, el extraordinario esfuerzo que estamos haciendo nos causa fuertes calambres. Tenemos los labios en carne viva y cubiertos de ampollas, pero me alegro de poder decir que los miembros del grupo están mejor de la vista. Emprendemos la marcha sin muchas esperanzas.»

Nuestros esfuerzos, sin embargo, dieron aquel día resultados mucho mejores:

Al llegar al centro del glaciar hemos puesto rumbo al Forma-nubes, y a la hora de cenar ya nos habíamos alejado bastante del monte Kyffin. Según nuestros cálculos, hemos subido unos 600 metros y recorrido unas 11 o 12 millas terrestres. Pero lo más alentador de todo ha sido ver que el hielo azul se encuentra cada vez más cerca de la superficie: a la hora de comer estaba a algo más de medio metro de profundidad, y cuando hemos acampado para cenar a unos 30 centímetros. Mientras montábamos la tienda, Crean se ha caído en una grieta que pasa a unos 30 centímetros de la puerta; delante de la de Scott hay otra. Hemos arrojado una lata de aceite y el eco ha durado una eternidad.

La mañana del 15 de diciembre la pasamos cruzando un laberinto de grietas, aunque todas tenían buenos puentes. Creo que este primer tramo del glaciar estaba surcado de grietas, pero la gruesa nieve y los esquís impidieron que nos cayéramos en ellas. Entre los equipos existía una gran competencia, lo que quizás era inevitable, aunque probablemente también una lástima. Así reza una anotación del diario de Bowers correspondiente a este día: «He hecho una salida espléndida con los esquís, tanto es así que he dejado a Scott plantado y he acabado adelantando al grupo que ha salido en primer lugar. Hemos ido durante toda la mañana a un paso firme y regular. Así da gusto.» Aquel mismo día, sin embargo, Scott escribiría lo siguiente: «El de Evans es sin duda el grupo más lento, aunque el de Bowers no va mucho más rápido. Nosotros mantenemos el ritmo y adelantamos a los dos con facilidad.» El equipo de Bowers pensaba que era bastante bueno, pero ambos se sentían

satisfechos considerándose superiores. En realidad, el más rápido era el de Scott, lo cual no es de extrañar, pues sus componentes eran claramente los más fornidos.

Hemos tenido durante todo el día muy poca luz. Después de comer ha empezado a empeorar, y a las cinco estaba nevando con fuerza y no se veía nada. No obstante, hemos continuado casi una hora más, orientándonos por el viento y los sastrugui que se distinguían. Luego, Scott ha acampado, aunque de muy mala gana. Ahora la situación parece más prometedora. La superficie está mucho más dura y erosionada, y el hielo se halla a unos 15 centímetros de profundidad. Hemos empezado a hablar de la Navidad. Estos días estamos pasando mucha sed debido a las altas temperaturas: lo notaremos más arriba, cuando sintamos el frío en los poros abiertos, las manos quemadas y los labios agrietados. Esta noche voy a ponerme un emplasto en la piel. Ahora mantenemos el siguiente horario: nos levantamos a las cinco y media; comemos a la una y acampamos a las siete; dormimos ocho horas escasas, aunque estamos tan agotados que podríamos dormir hasta la tarde del día siguiente. Las jornadas son de unas nueve horas y media. El té de la comida es una auténtica bendición del cielo. Estamos ascendiendo por el sur sin dificultades, y ahora nos encontramos a unos 750 metros de altura y a unos 84° 8' de latitud sur.

Al día siguiente, 16 de diciembre, Bowers escribió:

Hemos disfrutado de una jornada realmente agradable, salvo al final de la tarde. Al salir por la mañana mi trineo se ha retrasado un poco, y Scott se ha ido alejando de nosotros paulatinamente. Sabía que podía plantarle cara, pero durante las primeras dos horas hemos ido rezagándonos hasta que nos ha sacado varios centenares de metros. Por mucho que intentaba animar a los de mi equipo, no conseguíamos ganar terreno. Al examinar los patines, hemos descubierto la causa enseguida: tenían una delgada película de hielo. Después hemos corrido sin problemas. Lo que hay que evitar es tocarlos con la mano o el guante, pues cualquier cosa húmeda hace que se forme hielo sobre ellos. Normalmente tumbamos el trineo de lado y raspamos los patines uno por uno con el lomo del cuchillo para no hacerles ningún tipo de corte o muesca. Por la tarde, no sé si por el té o por la mantequilla que hemos tomado para comer, estábamos tan fuertes que hemos estado a punto de dar alcance al otro equipo.

Por culpa de la condenada tormenta llevamos seis días de retraso con respecto a Shackleton, así que tenemos que apretar el paso todo lo que podamos. Por el momento, desde que hemos entrado en esta zona de irregularidades, no hemos visto grietas tan peligrosas como las que esperábamos encontrar. No hay duda de que los perros habrían podido llegar hasta aquí arriba.

Durante la comida, después de haber recorrido más de cinco millas, hemos visto unas enormes crestas de presión delante de nosotros. Poco después, tras avanzar un poco, hemos llegado a una zona muy mala. Hemos continuado, pero a las cuatro y media hemos visto que ya no podíamos seguir con los esquís, de modo que los hemos puesto sobre los trineos y hemos echado a andar. Enseguida hemos empezado a hundirnos en la nieve: dábamos un paso sobre hielo azul y luego se nos hundían la piernas hasta medio metro de profundidad. Parecía que las crestas de delante se adentraban directamente en un gran glaciar situado al este del glaciar Keltie, de modo que hemos corregido el rumbo y nos hemos dirigido hacia la pequeña punta de un farallón que se extendía al pie del Formanubes, a dos tercios de distancia. Íbamos a acampar a las seis, pero como nos hemos pasado la última hora y media en medio de grandes crestas, no hemos podido hacerlo hasta las seis y media. Hemos tenido que cruzar olas de hielo de todos los tamaños y centenares de grietas que íbamos

encontrando. Ahora estamos acampados en plena zona de crestas, aunque nos ha costado un enorme esfuerzo encontrar una parte despejada lo suficientemente grande como para levantar la tienda. Nos hemos alejado bastante del glaciar Keltie, que es un enorme caos de hielo. Delante hay una larga fila de cascadas heladas, y creo que mañana nos espera una dura jornada pues tendremos que pasar por medio de esas crestas, que deben de ser enormes. Ya no podemos desviarnos más hacia tierra firme porque nos encontramos al pie del extremo norte del Formanubes, una soberbia montaña que se eleva vertiginosamente sobre nosotros.

Domingo, 17 de diciembre. Hemos andado casi 11 millas y tenemos una temperatura de-10,8 °C. Estamos a unos 1.100 metros de altura. Hoy ha sido un día emocionante: esta mañana parecía que teníamos delante el pintoresco paisaje que se ve desde el ferrocarril de Earls Court. Nos hemos metido directamente entre las crestas de presión y hemos puesto rumbo al montículo de piedra que hay al pie del Formanubes. Subir a las olas de hielo ha sido muy difícil: hemos tenido que detenernos en numerosas ocasiones y no nos ha quedado otro remedio que cambiar de dirección varias veces para mantener el rumbo. Lo emocionante era bajar por el otro lado: la única manera consistía en poner derecho el trineo, sujetar las correas, darle un pequeño empujón y bajar corriendo por la cuesta, que en algunos tramos era tan empinada que el trineo salía volando. A veces no había forma de frenarlo, así que teníamos que subirnos a él y bajar a toda velocidad con el viento silbándonos en los oídos. Al cabo de tres horas el terreno se ha vuelto a nivelar un poco. Hemos subido a lo alto de una ola y hemos avanzado por ella en dirección sur sobre hielo azul. A la derecha se elevaban unas enormes crestas de presión, causadas en su mayoría, creo yo, por el glaciar Keltie. Luego hemos ascendido por una cuesta cubierta de nieve y grietas y hemos acampado delante de unas grandes crestas ante nosotros. Hemos andando casi cinco millas.

Por la tarde hemos tenido superficie dura. Scott se ha puesto en marcha a gran velocidad, seguido de Teddy [Evans] y de mí. Yo no sabía si fallábamos nosotros o el trineo, pero nos costaba un esfuerzo ímprobo mantener el paso. Aunque hemos aguantado el tirón, nos hemos llevado una alegría cuando al cabo de dos horas y media Scott se ha detenido a descansar un rato. He decidido cambiar de arneses, y Cherry y yo hemos vuelto a agarrar el tirante largo, que por la mañana habíamos descartado temporalmente. Estábamos los dos sin aliento y teníamos la sensación de que nos encontrábamos en inferioridad de condiciones. Pero el cambio ha sido un acierto, y el resto de la jornada ha resultado un placer en lugar de una lucha desesperada. Nos hemos detenido en un campo de hielo azul ondulado con crestas afiladas y unas cuantas zonas de nieve alejadas unas de otras. Ahora estamos todos acampados en una pequeña extensión de nieve situada en medio de un mar ondulado de color azul pálido, a unos 1.100 metros sobre el nivel del mar y con el Formanubes a nuestra espalda, lo que significa que hemos llegado a la mitad del glaciar.

Habíamos recorrido 12,5 millas (terrestres).

El glaciar Beardmore es el doble de largo que el Malaspina de Alas-ka, que era el glaciar más grande que se conocía hasta que Shackleton descubrió éste. Quienes conocían el Ferrar manifestaron que el Beardmore les resultaba poco interesante; a mí, en cambio, me parecía impresionante. Sin embargo, su inmenso tamaño tendía a empequeñecer el paisaje que lo circundaba, y los grandes glaciares y cascadas de hielo tributarios, que en cualquier otra parte habrían despertado admiración, pasaban casi inadvertidos ante aquella corriente, que en algunos tramos medía 40 millas de orilla a orilla. Hasta que montamos el teodolito no nos dimos cuenta de lo enormes que eran las montañas que nos rodeaban: según nuestros cálculos, una de ellas superaba los 6.000 metros de altitud, y había muchas otras que debían de medir algo parecido. El teniente Evans y Bowers realizaban mediciones

siempre que tenían ocasión, y Wilson se sentaba en un trineo con su saco de dormir y hacía bosquejos.

El 18 de diciembre por la mañana, antes de ponernos en marcha, descargamos tres unidades para media semana e hicimos un depósito que señalamos con una bandera roja y una caña de bambú hincada en un pequeño montículo. Desgraciadamente, por la noche empezó a nevar y no tomamos la situación hasta la mañana siguiente, cuando sólo se veía el pie de las montañas del lado oeste. Pensamos que podríamos tener dificultades para localizar aquel depósito, como así fue, en efecto. Las tuvimos todos.

Ayer hizo muy mal tiempo. Por la mañana había estratos a poca altura y caían grandes cristales de nieve. Los calcetines y las botas, que dejamos tendidos para que se secaran, estaban cubiertos de unos cristales preciosos que parecían plumas. Cuando hace calor uno acaba prácticamente bañado en sudor por el camino, y el calzado está siempre húmedo, salvo la parte de fuera, la cual, según la temperatura que haga, suele estar congelada. Al terminar la jornada me lo cambio por el de noche en cuanto montamos la tienda; por lo general, me pongo también la chaqueta de abrigo, porque uno se enfría en un abrir y cerrar de ojos tras hacer el esfuerzo de arrastrar un trineo pesado durante horas. Los píes se enfrían enormemente cuando acampamos para comer, pero esto queda solucionado tan pronto como uno se mete en el cuerpo algo de té caliente. Por lo general, los calcetines, y las demás cosas se secan si sopla algo de aire, incluso cuando nieva. Por la mañana están siempre hechos un pedazo de hielo, y la mejor manera de descongelarlos es meterlos debajo del jersey durante el desayuno. Cogen una temperatura aceptable incluso estando húmedos, y uno se los puedo poner.

Cuando nos pusimos en marcha, la superficie del terreno estaba dura, y era ondulada y de color azul, igual que un mar que se hubiera quedado helado por completo mientras el viento jugaba con él. Pero empeoró enseguida, y para que el trineo no resbalase tuvimos que sujetarlo con una mano y a veces con las dos. Resultaba bastante fácil avanzar por ella, claro está, pero el suelo era muy irregular y los trineos se volcaban una y otra vez, lo cual tampoco resultaba bueno para los patines. Había pocas grietas.

Marchamos durante todo el día con el cielo nublado. Apenas veíamos tierra y sólo abarcábamos con la mirada un pequeño trecho de glaciar. Por la tarde se dispersaron un poco las nubes y pudimos ver las montañas Adam. La superficie mejoró para los trineos; no así para nosotros, puesto que había un sinfín de cortes y pequeñas grietas en las que metíamos la pierna a cada paso y nos pelábamos las espinillas. Con el sol de la tarde empezamos a sudar a chorros, y resultaba imposible mantener las gafas limpias. La superficie era tan resbaladiza e irregular que se hacía difícil mantener el equilibrio. No obstante recorrimos 12,5 millas y al acampar teníamos la sensación de que habíamos hecho una jornada muy buena. A última hora el cielo no estaba lo bastante despejado como para realizar mediciones, de modo que agarré el contador del trineo y me estuve hasta medianoche intentando arreglar el desperfecto que le había causado Chrisptopher Al final le hice un arreglo del que estoy muy orgulloso, pero no me atreví a mirar la hora, así que no sé cuántas horas de sueño he perdido.

No cabe duda de que Scott sabe cómo moverse en un glaciar. Fue precisamente aquí donde Shackleton pasó algunas de los peores jornadas de su viaje; el laberinto de grietas era tal que a menudo un simple resbalón podía significar la muerte de toda la expedición. Scott evita los laterales y no se acerca a la nieve: a menudo va derecho a zonas aparentemente intransitables, pero por la razón que sea, cuando parece que hemos llegado a un callejón sin salida, encontramos un camino abierto.

Sin embargo, todos pasamos apuros al volver.

A la derecha tenemos una vista bastante buena de las montañas Adam, Marshall y Wild, y de su curiosísima estratificación horizontal. Wright ha encontrado entre los detritos arrastrados por el viento una muestra de arenisca y un poco de basalto negro. Tenemos que averiguar más cosas sobre la geología de la zona antes de abandonar definitivamente el glaciar.

19 de diciembre. -14 °C. Altura máxima: 1.770 metros. Shackleton recorrió 13 millas (terrestres) durante su última jornada, por lo que sí tenemos en cuenta que hemos subido 335 metros y que hoy hemos andado unas 17 o 18 millas (terrestres), podemos decir sin lugar a dudas que las cosas están mejorando. A las seis menos cuarto, cuando hemos despertado, el cielo seguía encapotado, pero gracias a un fuerte viento del sur no ha tardado en despejarse, y hemos podido ver la isla Buckley y la porción de tierra que asomaba en lo alto del glaciar. Hemos salido tarde porque Birdie quería reparar nuestro contador. Nos ha costado hacerlo funcionar, pero por la tarde ya marchaba bien. Al principio hemos vuelto a encontrarnos con muchas grietas, pero pronto hemos llegado a una zona de hielo azul, y durante dos horas el arrastre ha sido sumamente agradable. Luego hemos subido por una cuesta bastante empinada que unas veces era de hielo azul y otras de nieve. Ha sido de las mañanas más placenteras del viaje, y hemos recorrido ocho millas y media.

A la hora de comer hemos calculado ángulos y realizado algunas observaciones. Estamos haciendo una reorganización general del equipo, pues sabemos que quienes sigan adelante no tendrán muchos días más de temperaturas altas. En una ocasión me ha parecido que Scott se proponía ir por la derecha del nunatak, pero mientras subíamos hemos visto claramente que era imposible pues bajando hay una enorme cantidad de crestas de presión. Desde aquí da la impresión de que la cordillera Dominion es también un nunatak. Algunas de estas montañas, que no tienen aspecto de ser muy grandes, en realidad son enormes, pues hay que sumarles los 1.825 metros que hemos subido. Muchas de ellas resultan verdaderamente impresionantes. El glaciar Mili es algo inmenso, y está surcado de grandes crestas de presión. También parece que entre la isla Buckley y la cordillera Dominion hay toda una larga serie de cascadas heladas. Scott quiere dirigirse mañana hacía allí y meterse por el medio.

Esta tarde el arrastre ha sido bastante duro, pero no hemos sufrido contratiempos. Poco a poco hemos ido dejando atrás el hielo azul y ahora avanzamos principalmente sobre neviza. Gran parte del hielo es blanco. He estado apuntando ángulos y horas para Birdie y tomando estas notas en las paradas. A Scott vuelve a molestarle el talón [«Tengo fuertes contusiones en la rodilla y el muslo.»], y hemos tenido que sacar el botiquín para las rozaduras y las dolencias de poca importancia. Ahora sopla un viento del sur cortante. Cada día hace un poco más de frío, y ya empezamos a notarlo en la cara y las manos, que se nos han quemado con el sol.

Acerca de las grietas que nos encontramos por la mañana, Bowers escribió lo siguiente:

Hasta el momento nadie se ha quedado colgado del arnés, como me ocurrió a mí durante el viaje a cabo Crozier. En el hielo azul las grietas resultan bastante fáciles de ver y, como están casi todas cubiertas de puentes, lo más aconsejable es pasar por las franjas de nieve. Como tengo las piernas cortas he tenido que hacer un gran esfuerzo, sobre todo porque el peso del trineo me obligaba a detenerme de golpe antes de levantar la pierna para salvar la grieta, y acto seguido tenía que tirar del trineo para evitar que se parara. Si el trineo se para, las consecuencias son funestas ya que nadie espera a los rezagados, y luego uno tiene que recuperar a marchas forzadas el terreno perdido. Claro que a menudo uno se ve en tales apuros que los demás han de detenerse y echarle una mano.

20 de diciembre. Hoy ha sido una gran jornada: hemos andado unas dos millas por hora, y en general hemos subido mucho. Al poco de ponernos en marcha nos hemos encontrado con una

preciosa superficie helada, que salvo por algunas grietas y zonas de nieve (la mayoría de las cuales eran evitables), estaba totalmente Usa. Hemos avanzado a gran velocidad.

Lo más interesante ha sido ver que el glaciar Mili no es un tributario como se suponía, sino probablemente un emisario de este glaciar, y además de gran tamaño. Sin embargo, no ha tardado en cubrirse de negros nubarrones, y tanto debajo como a nuestras espaldas se han formado densos bancos de nubes.

A la hora de comer, Birdie ha hecho un terrible descubrimiento: a su contador se le ha caído el cuadrante registrador. Se le ha salido un tornillo debido a los desniveles en el hielo, y se le caído el mecanismo. Esto es grave, pues significa que uno de los tres grupos de regreso tendrá que arreglárselas sin contador, por lo que le será mucho más difícil orientarse. Birdie está muy contrariado, sobre todo porque se ha tomado muchas molestias con el aparato y se ha pasado un buen número de horas intentando arreglarlo. Después de comer él y Bill han andado casi dos millas siguiendo nuestras huellas, pero no lo han visto. Soplaba viento del norte y el cielo empezaba a encapotarse.

Parece que hay ventisca en el glaciar, aunque al sur está despejado. El viento del norte ha levantado una contracorriente de nieve que no ha tardado en cubrirnos por completo, pero hemos logrado volver siguiendo las huellas de los crampones que había en el hielo azul, tras lo cual hemos levantado el campamento y nos hemos marchado.

Hemos salido camino de la parte oriental de la isla, donde parece que se encuentra el único paso entre las cascadas de hielo que se extienden de un lado a otro. El cielo se ha despejado, y ahora estamos acampados con la isla justo a mano derecha, donde se ven claramente unos largos estratos de carbón. Delante mismo tenemos el escarpado camino que atraviesa las cascadas. Hoy hemos recorrido 23 millas (terrestres) y arrastrado 72 kilos cada uno.

Esta noche me he quedado consternado. Me encontraba detrás de la tienda, poniendo las botas encima de los esquís, cuando se me ha acercado Scott y me ha dicho que lamentaba tener que darme una mala noticia. Ya sabía qué iba a decirme, naturalmente, pero me he quedado de piedra al enterarme de que vuelvo mañana por la noche. En el grupo de regreso vamos a ir Atch, Silas, Keohane y yo.

Scott estaba muy disgustado. Me ha dicho que lo ha meditado mucho, pero que ha llegado a la conclusión de que le van a hacer falta personas con conocimientos especiales como los marineros, me imagino que para reconstruir el trineo. Wilson me ha contado que la duda estaba entre Titus y yo. Si así es, creo que Titus le será de más ayuda que yo. Le he dicho todo lo que se me ha ocurrido porque parecía muy contrariado, y además cree que en cierto sentido esta decisión es dura sobre todo para mí. Yo le he respondido que espero no haberle defraudado. Él me ha dicho: «No, no, no…» Si es así, bien está. Me ha contado que cuando estábamos al pie del glaciar creía que ni siquiera él iba a ser capaz de seguir adelante. No sé qué le ocurre pero tiene molestias en el pie, y creo que indigestión también.

Scott sólo dice esto en su diario: «Me espantaba verme en la obligación de elegir; nada resulta más desgarrador.» Luego resume la situación: «Tengo planeado emprender la marcha a 85° 10' de latitud con 12 unidades de comida y ocho hombres. Deberíamos llegar a dicho punto mañana por la noche. Tras todos los enojosos contratiempos que hemos sufrido, no puedo por menos de sentir satisfacción ante tal perspectiva.»

21 de diciembre. Depósito sur del glaciar. Nos hemos puesto en camino con viento frío del suroeste, pero también con un sol radiante. Si uno tiene la nariz y los labios agrietados y en carne viva debido a los bruscos cambios de temperatura, una brisa en la cara constituye un auténtico suplicio hasta que se entra en calor. De todas formas, esto no tarda mucho en ocurrir cuando se arrastra un trineo, así que, a menos que corra un viento muy fuerte, al cabo de aproximadamente un cuarto de hora ya se han pasado las molestias.

Nos hemos dirigido al único lugar por el que parece posible cruzar la masa de crestas de presión causadas por el choque del glaciar con la planicie que se aprietan entre el nunatak [la isla Buckley] y la cordillera Dominion. Scott ha llegado en algún momento a considerar la posibilidad de subir por el lado occidental del nunatak, pero este lado parece más caótico que el otro. Hemos puesto rumbo a la cuesta que se extiende junto a la punta de la isla o nunatak. Por aquí también debió de subir Shackleton, y es que si se mira desde un punto que permita dominar toda la zona, salta a la vista que se trata del único lugar por donde se puede pasar. No nos hemos acercado a las montañas tanto como Shackleton y, por lo tanto, nos hemos visto en menos aprietos que él. Scott posee una facilidad asombrosa para elegir rutas, gracias a lo cual hemos podido evitar dificultades y peligros innecesarios durante todo el trayecto. En esta ocasión hemos tenido una buena marcha, aunque nos hemos topado con infinidad de grietas, y nos hemos caído en ellas repetidas veces. Casi siempre metíamos sólo un pie, pero con frecuencia también el otro; en alguna ocasión nos hemos caído enteros, y ha habido quien se ha quedado colgado del arnés, por lo que hemos tenido que sacarle con la cuerda Alpine. La mayoría se podían distinguir por la franja de nieve que cubría el hielo azul. Sin embargo, a menudo eran demasiado anchas para saltar, y la única opción era plantar los pies en el puente y no pisar con fuerza. Por norma general, el lugar más seguro es el centro del puente, y el peor, el borde. Hemos tenido que pasar docenas saltando directamente al otro lado. Cuando se hunde uno bajo tus pies te llevas un buen susto, pero los estupendos arneses que llevamos están hechos para que uno pueda confiarles la vida. Sólo Dios sabe lo hondas que serán esas simas; parecen perderse en un vacío de color negro azulado que se extiende a miles de metros de profundidad.

Antes de llegar a la cuesta hemos tenido que subir y bajar por varias pendientes; llegábamos a la cima con la lengua fuera y luego, al descender, nos atropellaban los trineos. En el nunatak hemos visto la estratificación que Shackleton confundió con una veta de carbón; también había mucha arenisca y granito rojo. Me habría gustado curiosear entre esas rocas; puede que tengamos ocasión de hacerlo durante el viaje de regreso. Cada vez que llegábamos a lo alto de una cuesta, encontrábamos otra delante, y así sucesivamente.

Hacia mediodía se nos han echado encima unas nubes y nos hemos visto rodeados de niebla; como nos encontrábamos en una hondonada surcada de grietas, nos hemos tenido que parar. Por suerte hemos visto un trecho de nieve donde se podían montar las tiendas, pero incluso allí nos hemos encontrado con grietas bajo los pies. No obstante, hemos disfrutado de una abundante comida, y yo he aprovechado para preparar las raciones del depósito sur del glaciar.

A las tres de la tarde ha despejado, y hemos podido ver el monte Darwin, un nunatak situado al suroeste de los otros. Nos hemos dirigido hacia allí, y a unas dos millas de distancia el hielo azul se ha cubierto de nieve, por lo que nos ha resultado mucho más difícil arrastrar los trineos. Scott estaba bastante animado y ha seguido andando. Cada cuesta parecía avivar en él el deseo de llegar a la cima de la siguiente, detrás de la cual siempre había otra más alta. Cuando hemos acampado a las ocho de la tarde estábamos todos bastante cansados, pero hemos alcanzado una altura de 450 metros y andado más de 11 millas en dirección suroeste. Nos encontramos al sur del monte Darwin, a 85° 7' de latitud

sur, y la altitud corregida ha resultado ser de 2.130 metros sobre el nivel de la Barrera. He estado ocupado hasta muy tarde preparando las provisiones del depósito, pesando y repartiendo las raciones para el grupo de regreso, colocando las provisiones y distribuyendo los pesos de los dos grupos que siguen adelante. La temperatura ha descendido a casi -18 °C, que es la más baja en mucho tiempo desde que comenzó el verano.

Esta noche se respira una profunda tristeza entre quienes siguen adelante y quienes regresan. Bill ha entrado a despedirse cuando estaba cocinando. Me ha dicho que está seguro de que va regresar con el siguiente grupo, pues salta a la vista que Scott va elegir a los hombres más fuertes, quizás a tres marineros. Sería una gran decepción que Bill no siguiera adelante.

A los que iban a seguir adelante les dimos todo el equipo del que podíamos prescindir. En mi diario encuentro la siguiente anotación:

He intentando repartir las cosas que me sobraban entre las personas que más las necesitaban: he dado las botas a Birdie, el pantalón del pijama a Bill, una bolsa de tabaco a Bill para que se la dé a Scott el día de Navidad, algo de tabaco a Titus, los calcetines marca Jaeger y media bufanda a Crean, y unos pañuelos a Birdie. Esta noche estoy muy cansado.

Scott escribió lo siguiente:

Seguimos adelante a pesar de los contratiempos que hemos sufrido. El tiempo es un motivo constante de preocupación, pero por lo demás todo marcha tal y como estaba planeado.

Ya estamos casi en la cima y hasta la fecha vamos bien de provisiones, así que deberíamos llegar a nuestro destino.

11. EL VIAJE AL POLO (III)

Acaso siga existiendo gente que crea que explorar las regiones polares desconocidas carece de importancia. Esto es una muestra de ignorancia, por supuesto. No hace falta señalar aquí lo importante que es explorar estas regiones meticulosamente. La historia del género humano es una pugna continua por salir de la oscuridad hacia la luz. Por consiguiente, no tiene ningún sentido hablar de la utilidad del saber: ningún hombre quiere saber, y cuando deja de hacerlo, deja de ser un hombre.

NANSEN

LA PLANICIE DESDE EL MONTE DARWIN

HASTA LOS 87° 32' DE LATITUD SUR

Primer trineo Segundo trineo
Scott Teniente Evans
Wilson Bowers
Oates Lashly
Marinero Evans Crean

Durante la primera semana en la planicie Bowers escribió un diario completo, que cito a continuación. A partir del 28 de diciembre las notas son poco menos que fragmentarias hasta el 19 de enero, día en que la expedición emprendió el camino de regreso desde el polo. A partir de dicha fecha hasta el 25 de enero, Bowers escribió por extenso; luego dejó el diario hasta el 29 de enero y finalmente escribió algunos fragmentos más hasta «el 3 de febrero, creo». Ésta es la última anotación que hizo.

Pero esto no es de extrañar, ni siquiera en el caso de un hombre de la energía de Bowers. El tiempo que un hombre puede dedicar a la escritura en tales condiciones es muy escaso, y Bowers tenía demasiadas cosas que hacer como para pensar en un diario, por ejemplo, apuntar datos en el cuaderno de meteorología, hacer mediciones para determinar la situación y realizar cálculos de tiempo en función de ellas, y ocuparse de todo el trabajo habitual relacionado con los pesos, las provisiones v los depósitos. En el polo no escribió nada en su diario, pero mientras estuvo allí no sólo hizo mediciones, sino que redactó un minucioso informe meteorológico. Lo que resulta extraño

es que aún le quedara tiempo para llevar un diario.

DIARIO DE BOWERS

22 de diciembre. Solsticio de verano. Hemos tenido un día radiante con una temperatura de unos -18 °C y sin nada de viento. En suma, un tiempo estupendo. Tras el desayuno he montado el depósito sur del glaciar. Hemos guardado dos unidades de media semana para el regreso de los dos grupos, y también todos los crampones, el equipo para el glaciar (varías piquetas, una palanca, una cuerda Alpine de recambio, etcétera), efectos personales y material médico. En realidad, todas las cosas de las que podemos prescindir. Yo he dejado para la vuelta mis botas viejas, el pantalón de abrigo y otras cosas que me sobraban, todo ello dentro una bolsa.

El cargamento de las dos avanzadillas suma 86 kilos por persona. En él se incluyen entre otras cosas los pesos permanentes, comida y queroseno para doce semanas y patines de repuesto para los trineos. Nos hemos despedido del primer grupo de regreso y le hemos dado paquetes y carretes de fotos para que los lleve. El grupo lo forman Atch, Cherry, Silas y Keohane. Ha sido emocionante decir adiós a nuestros compañeros. Nos han deseado suerte, v Cherry, Atch y Silas me han dejado apabullado.

Luego nos hemos puesto en marcha. El equipo del jefe lo forman las mismas personas que antes: el doctor Bill, Titus y Evans [el marinero], [El teniente] Teddy Evans y Lashly se han acercado a mi trineo y a mi tienda y se han incorporado al grupo que formamos Crean y yo. Hemos dejado el mojón del depósito marcado con dos patines de tres metros de repuesto y con una gran bandera negra sobre uno de ellos. El trecho de la mañana no ha sido tan largo como de costumbre porque nos hemos entretenido montando el depósito, pero hemos recorrido cinco millas cuesta arriba, tirando del cargamento con más facilidad que ayer, y eso que pesaban más. La superficie ha mejorado gracias al descenso de la temperatura. Además hemos lijado los patines para arreglar los desperfectos que sufrieron en el glaciar. Esto cambia muchísimo las cosas. Si a la distancia de la mañana sumamos el trecho de la tarde, hemos recorrido un total de 10,6 millas en dirección suroeste.

Vamos rumbo suroeste para así evitar las cascadas heladas que se encontró Shackleton. Hemos topado con muy pocas grietas; eran anchas como una calle, y para cruzarlas hemos subido a los puentes el grupo entero con trineo y todo. Sólo cedían por los bordes, y lo más grave que ha sucedido es que en alguna ocasión se nos han hundido los pies. La superficie es ahora toda de nieve, con neviza y sastrugm duros, lo que parece indicar que aquí predominan vientos fuertes del sudsudeste.

Nos hemos alejado de tierra firme y hace una noche preciosa. Acabo de tomar seis fotografías de la cordillera Dominion. Se ven muchas montañas nuevas. Según las observaciones, nuestra situación es de 86° 13' 29" latitud sur, 16°54'45" longitud este.

23 de diciembre. Nos hemos levantado a la hora de costumbre, las seis menos cuarto de la mañana. Esta semana me toca cocinar en nuestra tienda. Después de desayunar hemos levantado dos mojones para indicar el lugar en que estábamos y nos hemos largado de aquí a las ocho menos cuarto.

Hemos empezado a subir por una gran cuesta en dirección sudoeste para evitar las crestas de presión que se extendían de un lado a otro de nuestro camino hacia el sur. Ha sido una subida de lo más provechosa, aunque en un momento dado parecía que la cuesta no iba a acabar nunca. Tras dos horas y media de dura marcha nos hemos detenido cinco minutos para echar un vistazo. Una hora y

media más tarde llegábamos a lo alto, desde donde hemos podido ver a lo lejos las montañas que nos han acompañado hasta hace poco. Empiezan a tener un aspecto magnífico. La cima de la gran cresta de presión corría más o menos en dirección sureste y noroeste: era una sucesión de crestas que probablemente cubriría una extensión de 50 o 60 millas cuadradas. Shackleton se las encontró en esta región a 86,5° al sur. En lo alto de la cresta se abrían enormes grietas en las que fácilmente hubiera cabido el Terra Nova. Sin embargo, los puentes eran firmes (excepto por los bordes), aunque nos hemos dado varios traspiés en el techo del invernadero, por así decirlo. Hemos pasado los trineos por ellos a todo correr sin sufrir ningún percance. Teníamos que desviarnos más hacia el oeste para evitar la zona de irregularidades, y en un momento dado hemos ido en dirección oeste-noroeste.

Cuando hemos acampado para comer habíamos andado ya ocho millas y media, y por la tarde, con un superficie mejor, hemos recorrido seis y media más en dirección suroeste. La rutina diaria consiste en arrastrar los trineos durante nueve horas: cinco por la mañana, de siete y cuarto a una del mediodía, y cuatro por la tarde, de dos y media a seis y media. Ahora nos levantamos a las seis menos cuarto.

El cargamento sigue siendo muy pesado, aunque dadas las circunstancias, la superficie es extraordinariamente buena. Hacia el final de la jornada, uno empieza a sentirse profundamente cansando. No hay músculo que no se me haya agarrotado en algún momento. Por culpa de estas elevaciones se me están resintiendo los de la espalda, pero mañana me dolerán menos y al final ya no notaré nada, que es lo que ha acabado ocurriéndome en las piernas y en otras partes después de tener dolores.

24 de diciembre. Nochebuena. Esta mañana hemos salido en dirección sur pues nos encontrábamos a muchas millas al oeste del rumbo de Shackleton y pensábamos que ya nos habíamos alejado de las cascadas heladas y las crestas. Claro que como por aquí nunca ha pasado un ser humano no podían ser más que suposiciones. Luego ha resultado que no nos hemos alejado de ellas en absoluto, y hemos tenido que desviarnos bastante para evitar las irregularidades y unas crestas descomunales con laberintos de grietas en la cima. Las cimas son de nieve helada y, como está bastante dura, los trineos se deslizan por ella con facilidad; esto es como estar de vacaciones después de subir por cuestas de superficie blanda nuestras pesadas cargas, que suman 85 kilos por persona.

Señalamos el campamento de noche con dos mojones, y los de la comida con uno solo. No es muy seguro, sin embargo, que consigamos localizarlos con todas estas crestas, aunque en realidad no importa, ya que tenemos una superficie excelente para llegar al depósito sur del glaciar. Hemos recorrido un total de 14 millas y nos hemos acostado muy cansados, como de costumbre.

25 de diciembre. Día de Navidad. He pasado una Navidad extraña y agotadora. Prácticamente no he tenido un momento de descanso y no he visto más que nieve alrededor. La brisa que nos sopló ayer en la cara durante todo el día hoy ha sido más fría y ha levantado nieve en polvo a ras de suelo. Al principio me cortaba la nariz y la cara, pero luego he entrado en calor. Hemos tenido que ponernos las chaquetas de abrigo. Aunque mientras andábamos manteníamos el cuerpo caliente, corría un viento tan penetrante que los brazos se nos entumecían por muy enérgicamente que los moviéramos. Luego está el problema de que no podemos detener al resto del grupo por el camino para ponernos o quitarnos ropa, así que es mejor aguantar hasta el final y pasar calor en lugar de ocasionar retrasos. Durante el desayuno hemos comido también un poco de carne de poni para celebrar la festividad. Esta semana me toca cocinar en nuestra tienda.

Hemos puesto de nuevo rumbo al sur. Nos hemos vuelto a encontrar con nuestras amigas las grietas y estamos subiendo crestas otra vez. A eso de media mañana casi todos nos habíamos caído

alguna vez, aunque la peor caída de mi equipo ha sido la de Lashly. Se ha quedado colgado del arnés y del tirante. Menos mal que hace unos días advertí que tenía la cuerda bastante desgastada y le di una nueva. Nos ha tumbado a Crean y a mí de espaldas y, como el arnés de éste se encontraba enganchado debajo del trineo (que estaba medio cruzado sobre un puente de dos metros y medio), no podía hacer nada. Por un momento he temido que fuéramos a caernos todos con el trineo, pero afortunadamente la grieta corría en diagonal. A Lashly no podíamos verlo porque tenía encima un gran saliente de hielo. Teddy Evans y yo hemos soltado a Crean, y entre los tres hemos sacado a Lashly con la cuerda Alpine incrustada en los bordes de nieve que asomaban al agujero. Luego hemos puesto el trineo a salvo.

Hoy ha sido el cumpleaños de Lashly. Está casado y tiene hijos. Ha cumplido cuarenta y cuatro años y tiene derecho a pensión por sus servicios. Está tan fuerte como la mayoría de nosotros y es todo un caballero. En su condición de fogonero jefe de la Marina Real, en un principio su trabajo consistía en cuidar de uno de los malhadados trineos de motor.

Cito a continuación el relato del propio Lashly:

Hoy es Navidad, y el día no ha estado nada mal. Hemos caminado 15 millas por una superficie muy cambiante. Al principio estaba surcada de grietas en muy malas condiciones; muchas veces no sabíamos cómo salvarlas. He tenido la mala suerte de caerme en una de ellas, pero, tras sufrir un tirón, me he quedado suspendido del arnés. No ha sido una sensación agradable, por supuesto, sobre todo si se tiene en cuenta que hoy es Navidad y mi cumpleaños. Como estaba dando vueltas en el vacío, he tardado unos segundos en aclararme las ideas y hacerme cargo de dónde estaba. Ciertamente no se trataba del país de las hadas. Cuando me he serenado, he oído que alguien gritaba desde arriba: «¿Está usted bien,

Lashly?» Lo estaba, en efecto, pero no me hacía ninguna gracia encontrarme suspendido en el aire de un pedazo de cuerda, sobre todo cuando miraba alrededor y veía la clase de lugar en que me encontraba. Parecía tener 15 metros de profundidad aproximadamente, 2,5 de ancho y unos 35 de largo. He dispuesto de tiempo de sobra para obtener esta información mientras permanecía colgado allí abajo. El ancho he podido calcularlo con los bastones, que llevaba sujetos a las muñecas. Creo que ya había pasado un buen rato cuando he visto bajar la cuerda por mi lado con un as de guía para que metiera el pie y consiguieran sacarme. No me gustaría volver a tener esta experiencia muchas veces más: dentro de la grieta me he quedado frío y he tenido un principio de congelación en las manos y la cara, por lo que me ha resultado aún más difícil valerme por mí mismo. En fin, el caso es que el señor Evans, Bowers y Crean me han sacado con la cuerda. Éste me ha felicitado por mi cumpleaños y yo le he dado las gracias cortésmente, por supuesto. Todos se han reído y se han alegrado de ver que, dejando aparte un pequeño susto, no me he hecho ningún daño. Lo gracioso del caso es que cuando han gritado a los miembros del otro equipo que parasen, ellos no han oído nada y han seguido caminando, y luego han mirado hacia atrás en el preciso momento en que yo llegaba a la superficie. Entonces nos han esperado. El capitán ha preguntado si me encontraba bien y si podía seguir adelante. Yo le he respondido sinceramente que sí. Por la noche, cuando nos hemos parado para cenar, tenía tanta hambre que me hubiera comido cualquier cosa. Luego nos hemos dado un atracón. La cena ha consistido en carne desecada, galletas, pastelillos de chocolate, pudín de pasas, jengibre confitado y cuatro caramelos para cada uno. Después no nos podíamos ni mover.

A la hora de comer ya habíamos recorrido más de ocho millas. En la Barrera me las ingenié para apartar de las raciones la comida suficiente para que ahora podamos permitirnos tomar una barra de chocolate para comer y dos cucharillas de pasas con el té. Por la tarde nos hemos alejado de

las grietas bastante pronto, pero a última hora el capitán Scott se ha animado, y parecía que no iba aparar nunca.

La brisa ha remitido; las gafas no dejaban de empañárseme con el vaho, y la ropa de abrigo nos daba un calor insoportable. En general la situación era muy desagradable. Al final se ha detenido y hemos comprobado que llevábamos 14,75 millas. «¿Qué les parecería recorrer 15 millas el día de Navidad?», ha preguntado, y hemos reanudado la marcha gustosamente. Cualquier cosa cierta es mejor que una caminata incierta.

Gracias a la comida que he mantenido escondida y que no he incluido en los pesos oficiales desde que salimos de la base de invierno, hemos disfrutado de un auténtico festín a base de un sustancioso hoosh de carne de poni y galletas molidas, y un hoosh de chocolate hecho con agua, cacao, azúcar, galletas y pasas, y espesado con una cucharada de tapioca. (Éste es el dulce más pesado que quepa imaginar.) Luego cada uno de nosotros ha tomado una porción de algo más de 15 centímetros cuadrados de pudín de pasas acompañada de una buena taza de cacao. Aparte de esto cada uno ha dado cuenta de cuatro caramelos y otras tantas raciones de jengibre confitado. Yo he sido incapaz de comerme mi parte y me he acostado sintiéndome como un animal. Luego me he puesto a escribir en mi diario. En realidad, me habría gustado que alguien me llevara a la cama.

26 de diciembre. Hemos visto muchas cordilleras nuevas hacia el sureste de la cordillera Dominion. Sin embargo, están muy lejos, y evidentemente deben de ser las cimas que delimitan la Barrera. Sólo se pueden ver desde lo alto de las crestas; son como olas que no dejan de levantarse. Según el hipsómetro, la altura que alcanzamos ayer fue de 2.440 metros. Ésta es la última observación que vamos a hacer con el hipsómetro, ya que he tenido la mala suerte de romper el termómetro. El hipsómetro era una de mis mayores fuentes de placer, y a nadie le disgusta más que a mí que se haya roto. De todos modos, disponemos del aneroide para calcular la altitud. Vamos subiendo poco a poco. Como cabía esperar, tras la comilona de la noche pasada hoy reinaba en el grupo una lasitud considerable a la hora del desayuno. Cuando nos hemos puesto en marcha, lo que menos me apetecía era colocar el arnés sobre mi pobre tripa. Como de costumbre, soplaba un fuerte viento del sur en contra, y el termómetro marcaba -21 °C. Sin embargo, y por extraño que parezca, no hemos sufrido congelaciones. Supongo que será por la vida al aire libre.

Ahora no sabría decir si me se me ha congelado alguna parte de la cara, pues la tengo cubierta de escamas, al igual que los labios y la nariz. Una abundante cantidad de pelos rojos se esfuerza por taparlo todo. Hemos cruzado varias crestas y, una vez que se nos han pasado los efectos del empacho, hemos andado un trecho de 13 millas, lo que no está nada mal.

[Se acabaron las Navidades, de modo que también se han acabado los grandes booshes.]

27 de diciembre. No sé si el problema éramos nosotros o el trineo, pero el caso es que nos ha costado Dios y ayuda mantener el ritmo de los otros. Le he preguntado al doctor Bill y me ha dicho que su trineo va muy bien. El nuestro no es más que un horroroso lastre que nos obliga a detenernos una y otra vez para recuperar fuerzas y poder seguir adelante. Lo hemos conseguido, qué duda cabe, pero estoy seguro de que no vamos a poder aguantar así mucho tiempo. Hemos recorrido 13,3 millas, y esta noche todos estamos extenuados.

Nuestra salvación se encuentra en las cimas de las crestas, donde predominan la neviza y los satrugui duros. La superficie es muy resbaladiza, por lo que nos deslizamos con rapidez y recuperamos fácilmente el terreno perdido. Cuando hay nieve blanda, el otro equipo siempre toma la delantera; resulta bastante descorazonador ver que uno está dejándose la vida en ello hora tras hora mientras ellos avanzan sin esfuerzo aparente.

28 de diciembre. Los últimos días han estado completamente despejados, y hemos disfrutado de

sol durante las veinticuatro horas del día. Dicho así parece muy agradable, pero la temperatura nunca rebasa los -17 °C, y lo que Shackleton denominó «el implacable y creciente viento de la gran planicie» sigue soplando a todas horas procedente del sur. Es incesante: por la noche silba sin parar alrededor de nuestras tiendas y durante el día nos pega en la cara. A veces corre de sursureste, otras de sureste a sur y otras incluso de sur a oeste, aunque es siempre del sur y suele ir acompañado de nieve a ras de suelo, que por la noche forma ventisqueros bastante grandes alrededor de los trineos. Ya esperábamos encontrarnos con este viento, así que no deberíamos quejarnos. Será muy divertido correr con los trineos cuando sople a favor. En lo que al tiempo se refiere, aquí arriba, en la ilimitada planicie de nieve, estamos teniendo días formidables. Me gustaría saber qué hay debajo de nuestros pies. ¿Serán montañas y valles nivelados con hielo simplemente? Cada dos por tres topamos con irregularidades en el terreno que sólo pueden ser debidas a los picos de las montañas cubiertas de hielo, o al menos eso creo yo. No cabe duda de que algunas cascadas de hielo tienen el mismo origen que las grietas. Aunque avanzamos hacia al oeste, no hemos conseguido alejarnos de ellas, ya que hemos visto muchas irregularidades en esta dirección, a muchas millas de distancia. No obstante, van disminuyendo, y ahora no son más que monótonas elevaciones, y no parece que tengan grietas. Las primeras dos horas de arrastre de hoy…[…]

DIARIO DE LASHLY

29 de diciembre de 1911. Sopla un desagradable viento en contra con nieve a ras de suelo que se acumula a trechos y complica enormemente la marcha. Hemos tenido que alargar la jornada para recorrer la distancia convenida.

30 de diciembre de 1911. Arrastramos los trineos con dificultad; la superficie y el viento siguen como ayer. Esta noche hemos guardado nuestros esquís en un depósito, es decir, el grupo regresa mañana, en cuanto acabemos el primer trecho y acampemos para cambiar los patines por los de tres metros. Hemos recorrido 11 millas, pero estamos un tanto entumecidos.

31 de diciembre de 1911. Tras recorrer siete millas hemos acampado y cambiado los patines, lo que nos ha tenido ocupados hasta las once. Para entonces ya estaban sepultados en la nieve. Luego hemos montado un depósito, nos hemos despedido de este año y hemos celebrado la llegada del nuevo. Todos nos hemos preguntado dónde estaremos el próximo día de Año Nuevo. Reinaba una gran calma y todo estaba silencioso; el cielo ha estado gris y encapotado durante toda la noche. Lo cierto es que apenas hemos visto el sol últimamente. Qué gusto daría ver algún rayo de vez en cuando. El sol siempre anima.

Enero de 1912. Día de Año Nuevo. Hoy hemos marchado como de costumbre, aunque hemos salido a las nueve y media, lo cual supone cierto retraso. No es habitual que nos retrasemos tanto. La temperatura y el viento siguen resultando muy molestos. Ya vamos por delante de Shackleton, y hemos pasado el paralelo 87, de modo que sólo faltan 180 millas para el polo.

2 de enero de 1912. El arrastre sigue resultando muy difícil, y da la impresión de que no paramos de subir. Nos encontramos ya a más de 3.000 metros sobre el nivel del mar. Esto complica las cosas, pues no conseguimos calentar la comida lo suficiente y cuesta preparar el té. Todo se enfría rápidamente y el agua hierve a unos 91 °C

Durante las dos primeras semanas en la planicie el diario de Scott revela el enorme empuje que

tenía este hombre. Apuraba las jornadas hasta el último minuto y exigía a sus compañeros que se esforzaran al máximo. Además, siempre tenía prisa. Si no hubiese sido por la ventisca que se desató justo antes de que llegara al Acceso y por el mal estado en que quedó la superficie del primer tramo de glaciar como consecuencia de ello, no se habría retrasado tanto. Uno puede imaginárselo repasando mentalmente los promedios: si hoy hemos recorrido tantas millas, mañana tendremos que recorrer tantas más. ¿Cuándo se acabarán estas crestas? ¿Podemos seguir todo recto o vamos a tener que desviarnos más hacia el oeste?

Además, no hay que olvidar las grandes olas de presión, con senos de ocho millas de ancho, y las montañas sepultadas, que producían remolinos en el hielo. ¡Qué enormes eran! ¡Y qué molestas! Y la monótona marcha, la necesidad de mantenerse concentrado para salvar las irregularidades del terreno, el alivio de poder avanzar sin interrupciones cuando la superficie mejoraba, y la aparición de nuevas crestas y grietas. Siempre había que seguir tirando; siempre faltaba por recorrer un pequeño trecho más… El 30 de diciembre escribe: «Hemos adelantado a Shackleton.»

Avanzaban a un paso formidable, y hasta el 4 de enero, fecha en que dio media vuelta el segundo grupo de regreso, hicieron una media diaria de casi 13 millas terrestres. El 26 de diciembre Scott escribe: «Resulta asombroso sentirse decepcionado con una jornada de casi 13 millas cuando antes pensaba que no íbamos a recorrer más de 18 con la carga completa.»

El último grupo de regreso volvió con la noticia de que Scott no debería tener ningún problema para llegar al polo. Parecía casi una certeza, y sin embargo se trataba de una impresión errónea, como ahora bien sabemos. Los planes de Scott se basaban en las medias que había establecido Shackleton en aquella misma región. Pero entonces se le vino encima aquella ventisca y sufrió un enorme retraso. A pesar de ello, alcanzó a Shackleton. No hay duda de que la opinión generalizada por aquel entonces era que Scott iba a tener muchos menos apuros de los que preveía. Ciertamente, creo que nadie, ni siquiera el propio Scott, era consciente del enorme sacrificio que se había hecho.

De los tres equipos de cuatro hombres que partieron del pie del Beardmore, el de Scott era con mucho el más fuerte. Fue éste el equipo que, tras una incorporación, siguió hasta el polo. El grupo del teniente Evans llevaba ya mucho tiempo arrastrando trineos sin ayuda de animales; sus miembros pasaban hambre, y creo que empezaban a fallarle las fuerzas. El equipo de Bowers estaba fresco y, en general, se las ingeniaba para mantener el ritmo, pero al acabar la jornada ya no podía más. El de Scott avanzaba con relativa facilidad. A partir de la cima del glaciar prosiguieron dos equipos durante dos semanas, período al que acabamos de referirnos. El primero estaba integrado por los mismos hombres que habían subido por el glaciar con Scott. El segundo creo que lo formaban los hombres que, en opinión de Scott, estaban más fuertes; dos de ellos pertenecían al equipo de Evans y los otros dos al de Bowers. Los miembros del equipo de Scott estaban relativamente frescos, ya que habían empezado a arrastrar la carga sin ayuda de los animales al pie de glaciar. Pero dos miembros del otro equipo, el teniente Evans y Lashly, llevaban arrastrando trineos desde el 1 de noviembre, fecha en que se había averiado el segundo vehículo de motor. Habían recorrido unas 400 millas terrestres más que los demás arrastrando trineos. El viaje de ida y vuelta entre el campamento del desvío y los 87° 32' de latitud sur que realizó Lashly arrastrando trineos constituye una de las grandes hazañas de la historia de la exploración polar.

El grupo de Scott avanzaba con rapidez y decisión, con lo cual el otro grupo empezó a quedarse sin fuerzas. Mientras unos marchaban con facilidad, los otros se las veían y deseaban para avanzar, y a veces quedaban muy rezagados. Durante aquellas dos semanas subieron, según las observaciones corregidas, desde una cota de 2,145 metros (depósito sur del glaciar) a otra de 2.817 (depósito de los tres grados). Las condiciones de la planicie (el aire enrarecido, los vientos fríos y las bajas

temperaturas, que durante el día llegaban a -20 °C y por la noche oscilaban entre -23 °C y -25 °C) y las marchas forzadas empezaban a hacer mella en el segundo equipo. Esto queda patente en el diario de Scott, y también en los de los demás. Pero hubo que esperar a que el último grupo de regreso diese media vuelta para que se pusiera de manifiesto que el primer equipo también estaba quedándose sin fuerzas. El grupo de Scott, que había remontado el glaciar con enorme empuje y había llevado a cabo unas jornadas asombrosas en la planicie, se vino abajo de forma imprevista, y en cierto sentido brusca, a partir del paralelo 88.

El marinero Evans fue el primero en desmoronarse. Era el hombre más musculoso y corpulento de la expedición, lo que quizá permita explicar lo sucedido, ya que tomaba la misma cantidad de comida que los demás. Pero durante aquellas dos primeras semanas en la planicie ocurrió, por lo visto, un percance que contribuyó a que se viniera abajo. El 31 de diciembre cambiaron los viejos y rayados patines de 3,75 metros con los que habían subido por el glaciar por otros nuevos de tres metros que llevaban con ese fin. Esta tarea la realizaron los marineros, y, al parecer, Evans sufrió algún tipo de accidente en la mano, al cual se hace referencia posteriormente en varias ocasiones.

Entretanto, Scott tenía que decidir a quién se llevaba al polo, ya que empezaba a hacerse evidente que lo más probable era que él lo alcanzase: «Espero que, en medio de todos los castillos que pueda uno construir ahora en el aire, logremos llegar al polo», escribió un día después de que se fuera el grupo de apoyo. Según los planes, la última etapa del viaje al polo tenían que hacerla cuatro hombres. Estábamos organizados en unidades de cuatro expedicionarios; las raciones habían sido pensadas para que pudieran comer cuatro hombres durante una semana; en las tiendas cabían cuatro personas, y las ollas contenían cuatro tazas, cuatro jarras y cuatro cucharas. Cuatro días antes de que el grupo de apoyo diera media vuelta, Scott ordenó que los cuatro miembros del segundo equipo guardaran sus esquís en un depósito. En mi opinión, es evidente que en aquel momento su intención era que la expedición del polo la formaran cuatro hombres. Creo que no cabe ninguna duda de que él se contaba entre ellos: «Entre nosotros, te diré, además, que me encuentro en una excelente forma física y que puedo ir con los mejores expedicionarios», escribió en la cima del glaciar.

Scott cambió de parecer y siguió adelante con un grupo de cuatro hombres: Wilson, Bowers, Oates y el marinero Evans. Estoy seguro de que deseaba llevar al polo al mayor número de hombres posible. Hizo volver a tres: al teniente Evans (que fue al mando del grupo) y a dos marineros, Lashly y Crean. La historia de estos tres hombres, que el 4 de enero dieron media vuelta a 87° 32' de latitud, la cuenta Lashly en el siguiente capítulo. Scott mandó a la base las palabras siguientes: «Por fin puedo escribir una nota en una situación esperanzadora. Creo que no va a haber ningún problema. El equipo que sigue adelante es excelente, y los preparativos van sobre ruedas.»

Diez meses después encontraríamos sus cadáveres.

12. EL VIAJE AL POLO (IV)

EL DIABLO: ¡Y éstas son las criaturas en las que usted encuentra una supuesta fuerza vital!
DONJUAN: Sí, y es que ahora llega la parte más sorprendente de todo el asunto.
LA ESTATUA: ¿Y de qué se trata?
DONJUAN: Pues se trata de que uno puede conseguir que cualquiera de estos cobardes sea un valiente, metiéndole una idea en la cabeza, simplemente.
LA ESTATUA: ¡Bobadas! Como veterano que soy, admito la cobardía: es tan habitual como marearse, y su importancia igual de escasa. En una batalla lo único que necesita uno para luchar es un poco de sangre caliente y saber que es más peligroso perder que ganar.
DONJUAN: Puede que ésta sea la razón de que las batallas resulten tan inútiles. Pero el hombre nunca supera de verdad el miedo hasta que imagina que está luchando por una causa universal. Por una idea, como se suele decir.
BERNARD SHAW, Hombre y superhombre

LOS GRUPOS DE REGRESO

El 11 de diciembre de 1911 dieron media vuelta al pie del glaciar Beardmore dos tiros de perros, guiados por Meares y Dimitri. Alcanzaron la punta de la Cabaña el 4 de enero de 1912.

El primer grupo de apoyo (integrado por Atkinson, Cherry-Garrard, Wright y Keohane) dio media vuelta el 22 de diciembre a 85° 15' de latitud sur. Alcanzó la punta de la Cabaña el 26 de enero de 1912.

El último grupo de apoyo (integrado por el teniente Evans, Lashly y Crean) dio media vuelta el 4 de enero de 1912 a 87° 32' de latitud sur. Alcanzó la punta de la Cabaña el 22 de febrero de 1912.

De los tres equipos que emprendieron la subida del glaciar Beardmore, el primero en regresar se llamaba primer grupo de apoyo, y dio media vuelta dos semanas después de empezar las raciones de la cima. El segundo en regresar se llamaba último grupo de apoyo, y dio media vuelta un mes después de empezar las raciones de la cima. Los dos tiros de perros dirigidos por Meares llegaron más lejos de lo que estaba planeado en un principio. Más adelante hablaré de ellos.

No voy extenderme sobre el viaje del primer grupo de regreso, que formábamos Atkinson, Wright, Keohane y yo. Al mando iba Atkinson, y antes de que nos pusiéramos en marcha Scott le dijo que saliera con los tiros de perro al encuentro del grupo del polo si, como parecía probable, Meares regresaba a la base. Atkinson era médico de marina; como podrá comprobar el lector, en el diario de Lashly a este grupo se le llama «el del doctor».

Ha sido triste decir adiós. Cuando hemos acabado de montar el depósito hacía mal tiempo, nevaba y se movían nubes en el cielo. Luego hemos emprendido el camino de regreso. La última vez que los hemos visto ha sido al poner el trineo en dirección norte, y no eran más que un puntito negro a punto de desaparecer tras una cresta. Tenían delante una gran ola depresión […]. Scott ha dicho unas bonitas palabras cuando nos hemos despedido. De todos modos, sólo tiene que hacer una media de

siete millas al día para llegar al polo con las raciones completas. No hay prácticamente ninguna duda de que lo va a conseguir. Espero que se lleve a Bill y Birdie. El paisaje de las cascadas heladas y las crestas de presión próximas al glaciar Mili que se ve desde lo alto de las cascadas es una de las cosas más impresionantes que he contemplado en mi vida. Atch nos está tratando a cuerpo de rey.

Ningún viaje de 500 millas por el glaciar Beardmore y la Barrera está exento de incidentes, ni siquiera en pleno verano. Tuvimos las mismas jornadas de aburrimiento, el mismo mal tiempo y los mismos temores y preocupaciones que los demás grupos. Sufrimos los mismos brotes de disentería y las mismas náuseas, nos caímos en las mismas grietas, disfrutamos de los mismos consuelos navideños (un pedazo de pudín de pasas con el cacao y unas rocas procedentes de una morrena del Formanubes); nos vimos obligados a buscar a tientas las mismas huellas y los mismos mojones; tuvimos los mismos casos de ceguera y fatiga, las mismas pesadillas, los mismos sueños sobre comida… ¿Qué necesidad hay de repetirlo? Comparado con los demás, fue un viaje de poca monta, y eso que la distancia desde el cabo Evans hasta la cima del glaciar Beardmore es de 1.164 millas terrestres. El viaje al sur de Scott de 1902-1903 fue de 950 millas terrestres.

Sólo merece la pena recordar un día. Al pie de Formanubes nos adentramos en la misma zona de crestas de presión por la que habían pasado los otros dos grupos. Pero si ellos se desviaron hacia el este para evitarla, nosotros nos desviamos hacia el oeste. La sugerencia fue de Wright, quien opinaba que ésa era la dirección adecuada. Si me acuerdo de aquel día fue por los apuros que pasó Keohane. En veinticinco minutos se cayó en ocho grietas, y en todas ellas se quedó colgado del arnés. No es de extrañar que pareciera un tanto aturdido. Además, Atkinson se cayó en una sima de cabeza. Era la peor grieta que yo haya visto nunca, pero por suerte su arnés aguantó el tirón y le sacamos prácticamente ileso. Los tres grupos que regresaron de la planicie contrajeron una deuda de gratitud con Meares, quien, durante el viaje con los dos tiros de perros, reconstruyó los mojones que había destruido la fuerte ventisca entre el 5 y el 8 de diciembre.

Los muros de protección estaban tan cubiertos de nieve que apenas se distinguían de la superficie, así que también él pasó malos ratos al intentar orientarse. Las huellas también nos vinieron muy bien: los perros se hundían en la nieve a gran profundidad y les resultaba muy difícil avanzar. Lo que nos contaba Meares en las notas de los depósitos de la Barrera acerca de su viaje era bastante deseo razonador. Antes de llegar al depósito sur de la Barrera tuvo temperaturas sumamente altas y una superficie muy blanda. Además, los mojones estaban tapados, y resultaba difícil distinguirlos. En el depósito central de la Barrera encontramos una nota fechada el 20 de diciembre.

Se ha retrasado a causa del tiempo y las ventiscas; en una ocasión ha perdido el camino y ha tenido que alejarse del campamento para buscar las huellas. Están bastante bien, aunque tienen la vista algo cansada de tanto buscar mojones. Meares ha tomado un poco de mantequilla de cada bolsa [me refiero a las unidades semanales guardadas en el depósito]; de esta manera tendrá suficiente para llegar al próximo depósito con raciones reducidas.

En el depósito sur de la Barrera [monte Hooper], el mensaje de Meares estaba fechado en Nochebuena:

Los perros avanzan con lentitud, aunque a paso regular. Ha tenido una superficie muy blanda, sobre todo durante los dos últimos días. Empezaba a escasearle la comida. Sólo le quedaban unas migas de galleta, té, algo de harina de maíz y media taza de carne desecada, de ahí que haya tomado

50 galletas y las provisiones de un día para dos hombres de cada una de nuestras unidades. En uno de los últimos campamentos ha matado a un perro americano. SÍ tiene que matar a uno más, elegirá a Kristavitza, que según dice es el más gordo y perezoso de todos. Vamos a tomar 30 galletas menos.

Meares debería haber dado media vuelta a 81° 15' de latitud, pero Scott le hizo seguir hasta los 83° 35' aproximadamente. Los perros podían alimentarse con carne de poni, y nosotros habíamos guardado una galleta todos los días durante la subida al Beardmore para compensar la escasez de víveres. Pero los perros tardaron más de lo previsto en volver, y sus provisiones resultaron insuficientes. Era evidente que los tiros llegarían con retraso y demasiado cansados para cargar con la comida que había que llevar al campamento de una tonelada para los tres grupos de la planicie. No estaba claro que el grupo sin animales encargado de llevar parte de esta comida fuera a llegar al depósito antes que nosotros. Cabía la posibilidad de que tuviéramos que recorrer 130 millas desde el depósito de una tonelada hasta la punta de la Cabaña con los pocos víveres que había ahora en el depósito, y previendo esta eventualidad habíamos reducido las raciones para guardar comida. Imagínese el lector nuestra alegría cuando llegamos al campamento de una tonelada el 15 de enero a última hora de la tarde y encontramos tres de las cinco raciones extra de la cima que necesitaban los tres grupos. Las había llevado un grupo sin animales integrado por Day, Nelson, Hooper y Clissold. En una nota decían que las grietas que había cerca del campamento del desvío estaban abiertas y resultaban peligrosas. Day y Hooper habían llegado al cabo Evans el 21 de diciembre procedentes de la Barrera y el 26 de diciembre habían vuelto a salir para montar el depósito.

Por lo general, una persona que tiene hambre se pone enferma después de comer mucho. Atkinson no se sintió nada bien durante el viaje de regreso a la punta de la Cabaña, adonde llegamos el 26 de enero sin dificultades.

Cuando buscaba datos acerca del regreso del último grupo de apoyo (sobre el cual no hay nada publicado), escribí una carta a Lashly y le pregunté si podíamos vernos para que me contara todo lo que recordaba al respecto. Aceptó de buen grado. Añadió que en alguna parte debía de tener un diario, y que quizá me sirviera de ayuda. Le pregunté si podía enviármelo y recibí unas manoseadas hojas de papel. Esto es lo que leí en ellas:

3 de enero de 1912. La marcha de hoy ha sido muy dura. Ésta es la última noche que vamos a pasar juntos puesto que mañana regresamos. Pero antes haremos el trecho de la mañana con el grupo elegido para ir al polo, es decir, el capitán Scott, el doctor Wilson, el capitán Oates, el teniente Bowers y Taff Evans. El capitán ha dicho que está convencido de que nos encontramos todos en buena forma y que seríamos capaces de hacer el viaje, pero que sólo pueden seguir adelante unos pocos, por lo que su deseo es que el señor Evans, Crean y yo volvamos. Luego ha añadido que es consciente de que tenemos una tarea muy difícil por delante, pero le hemos respondido que no nos importa, siempre y cuando él piense que pueden llegar el polo con la ayuda que les hemos prestado. Hoy me he enterado de que el año que viene van a traer muías para facilitarnos las cosas. Iba a ofrecerme a quedarme en la punta de la Cabaña para estar disponible en caso de que hubiera que echar una mano, pero el capitán me ha dicho que es su deseo y el del capitán Oates que si llegan las muías me ocupe yo de cuidarlas hasta que ellos vuelvan. Pero si no llegan, no hay razón para que no vaya a la punta de la Cabaña y aguarde su regreso. Hemos mantenido en nuestra tienda una larga conversación con el jefe [Scott] sobre todo tipo de cosas, y da la impresión de que está bastante seguro del éxito de la expedición. Parece que tiene miedo de que nos veamos en algún atolladero pero, como él mismo ha dicho, disponemos de un excelente oficial de derrota, y confía plenamente en que nos saque de apuros. También nos ha dado las gracias de corazón por la ayuda que hemos

prestado durante el viaje, y ha dicho que lamenta que tengamos que separarnos. Nos llevamos el correo, por supuesto, pero aún falta mucho para que lleguemos y podamos mandarlo. Estamos casi en el punto que alcanzó Shackleton en su viaje. Voy dejarlo por esta noche, hace demasiado frío.

4 de enero de 1912. Hemos acompañado al grupo del polo unas cinco millas. Como todo parecía ir bien, el capitán Scott ha dicho que esperaba poder arrastrar la carga sin problemas y que no hacía falta que continuáramos. Así pues, nos hemos parado, y en poco tiempo hemos hablado de todo lo que hemos podido. Les hemos deseado un buen viaje y todo el éxito del mundo, y les hemos preguntado a todos si podíamos hacer algo por ellos cuando llegáramos, pero estaban convencidos de que no habían dejado nada pendiente. Ha llegado, por lo tanto, el momento de darnos el último apretón de manos y despedirnos. Creo que todos lo hemos sentido mucho. Luego nos han deseado un viaje rápido y sin percances y se han puesto en marcha. Los hemos vitoreado y nos hemos quedado mirándolos hasta que ha empezado a entrarnos frío. Entonces hemos dado media vuelta y nos hemos puesto en camino. Enseguida los hemos perdido de vista. Aprovechando el buen tiempo hemos marchado durante un buen rato, pues tenemos que mantener un buen ritmo debido a las raciones. No conviene demorarse mucho. Una cosa positiva desde que nos alejamos del monte Darwin es que ha hecho buen tiempo para viajar, aunque últimamente no hemos visto mucho el sol. Según los cálculos que hemos podido hacer con los mojones, hemos recorrido unas 13 millas. No disponemos de contador en el trineo, así que vamos a tener que guiarnos por conjeturas durante todo el camino.

[Como en el glaciar Beardmore se había estropeado uno de los contadores, uno de los tres grupos tuvo que viajar sin él durante el camino de vuelta. El contador indica al oficial de derrota las millas recorridas, como la corredera de un barco. Si una expedición se ve privada de él en un páramo de nieve sin accidentes geográficos que le permitan orientarse, sus dificultades y sus preocupaciones aumentan enormemente.]

5 de enero de 1912. Esta mañana hacía buen tiempo cuando nos pusimos en marcha, aunque la superficie sigue prácticamente igual y la temperatura continúa siendo baja. Tuvimos que cambiar las posiciones de arrastre. Como Crean fue hoy al frente, ahora tiene problemas de vista, así que mañana seré yo quien realice esa tarea, pues al parecer el señor Evans se queda sin vista con bastante rapidez, y si yo voy delante y él me dirige desde atrás, no tiene por qué haber dificultades. Espero no tener problemas con los ojos. Hemos recorrido más de 17 millas y luego hemos acampado.

6 de enero de 1912, Avanzamos a buen ritmo para la superficie con la que tenemos que lidiar. Hemos tomado con el depósito de los tres grados poco después de mediodía, lo cual significa que vamos bien de tiempo. Hemos cogido provisiones para una semana. Tenemos que alcanzar el depósito del monte Darwin, que se encuentra a 120 millas de distancia y contiene provisiones para siete días. También hemos tomado los esquís y hemos acampado para pasar la noche. Nos preguntamos si los demás habrán tenido el mismo viento que nosotros. Si es así, les dará en plena cara puesto que a nosotros nos da en la espalda, lo cual es una delicia en comparación. Crean tiene esta noche los ojos en bastante mal estado. La ceguera que causa el resplandor de la nieve es una dolencia espantosa, y puedo asegurar que a nadie le hace la menor gracia cuando empiezan sus síntomas.

7 de enero de 1912. Ha sido un día muy bueno en lo que a la marcha se refiere: hemos ido con el viento a favor, lo cual nos viene muy bien. Es la primera vez que vamos todo el día en esquí, lo

cual no está mal, pues ir a pie acaba sacándole a uno de quicio al cabo de unos días. Crean tiene los ojos algo mejor, pero aún le falta mucho para recuperarse. La temperatura es bastante baja. Esto no contribuye a mejorar la superficie para el arrastre, aunque da la impresión de que avanzamos bastante bien. Como no disponemos de contador, tenemos que guiarnos por conjeturas. El señor Evans dice que hemos andado 17,5 millas, pero yo calculo que hemos andando 16,5. No pienso excederme en el cálculo de la distancias, y además voy a hacerme cargo de las galletas para que no abusemos. Nos hemos puesto todos de acuerdo en hacerlo así para saber a qué podemos atenernos exactamente todos los días. Sigo de guía y, como la luz es mala, no resulta muy agradable. Hemos visto fugazmente algo de tierra al este, pero puede que sólo fuera un espejismo.

8 de enero de 1912. Al levantarnos esta mañana nos hemos encontrado con que se había desatado una ventisca. Hemos estado a punto de quedarnos en el campamento, pero después de pensarlo mejor hemos llegado a la conclusión de que lo mejor era marcharse, porque tal como andamos con la comida no podemos demorarnos. Me pregunto si al grupo del polo le habrá ocurrido lo mismo. Si así es se habrán visto obligados a detenerse pues les habrá dado el viento en contra, no como a nosotros, que lo tenemos a favor. Hemos perdido las huellas que indican el camino de regreso, así que hemos decidido dirigirnos al monte Darwin describiendo una línea recta, la cual pasará por el camino que siguió Shackleton, si nos atenemos a su diario y al de Wild.

[Los tres grupos que remontaron el glaciar Beardmore llevaban partes de los citados diarios. Wild fue la mano derecha de Shackleton durante su viaje al sur de 1908.]

9 de enero de 1912. Resulta muy difícil avanzar; la luz es mala y continúa la ventisca. Con este tiempo no habríamos podido seguir los mojones. Esta noche calculo que habremos recorrido 12 millas. El tiempo se ha calmado algo, y se diría que va a mejorar un poco. De vez en cuando vemos tierra firme.

10 de enero de 1912. La luz sigue siendo muy mala y se mueve mucha nieve en polvo, pero hay que seguir adelante, pues aún falta mucho para nuestro depósito. De todos modos, esperamos alcanzarlo antes de que se nos acaben las provisiones. No les quito ojo de encima. Crean ya tiene bien la vista.

11 de enero de 1912. Hoy las cosas han mejorado un poco. Hemos visto tierra firme sin dificultad, y ahora sabemos hacia dónde encaminarnos. Es muy agradable tener algo adonde dirigir la mirada, pero creo que va a costamos alcanzar el depósito antes de que empiecen a escasear las provisiones. Guardo una pequeña parte de cada comida para que no nos quedemos sin nada sí nos retrasamos. Hemos andado unas 14 millas.

12 de enero de 1912. Hemos tenido un día plagado de aventuras. Para empezar, hemos entrado en una zona muy irregular en la que había numerosas grietas. Hemos tenido que quitarnos los esquís y devanarnos los sesos, porque al poco de ponernos en marcha nos hemos encontrado en lo alto de unas cascadas heladas

(probablemente sean las mismas de las que habla Shackleton). Hemos visto que había que descender entre 180 y 200 metros o bien dar un gran rodeo, de modo que hemos decidido bajar al valle, pues lo otro nos habría costado mucho tiempo y nos habríamos retrasado enormemente, algo que no podemos permitirnos en este preciso momento. Como no teníamos crampones, puesto que los dejamos en el depósito del monte Darwin, nos ha resultado difícil, pero al cabo de un rato lo hemos

conseguido agarrando el trineo por los lados y dejando que chocara con un gran montículo de presión, lo cual sabíamos que entrañaba cierto peligro. No hemos llegado al valle hasta la hora de comer, pero al acampar hemos sentido todos un gran alivio pues habíamos alcanzado nuestro objetivo sanos y salvos y sin ningún perjuicio para nosotros ni para el trineo. Eso sí, hemos perdido uno de los bastones de Crean. Algunas de las grietas que hemos cruzado medían entre 30 y 60 metros de ancho y, aunque tenían buenos puentes en el medio, los bordes eran verdaderamente peligrosos. Aquí es donde la nieve y el hielo empiezan a descender por el glaciar. Al reanudar la marcha nos hemos encontrado otra vez con que teníamos que subir por la colina.

Esta noche la situación tampoco parece muy halagüeña. No creo que estemos a más de una jornada del depósito, pero no sorprendería que la alcanzáramos mañana por la noche. En caso contrario tendremos que reducir las raciones, puesto que ya casi se nos han acabado las nuestras; no nos hemos entretenido, pero cuando salimos ya sabíamos que teníamos que hacer una media de 15,5 millas al día para llegar a tiempo.

13 de enero de 1912. Entre las cascadas heladas y las grietas hemos pasado un día muy malo. Esta noche estamos todos hartos. El esfuerzo que tenemos que hacer algunos días es tremendo. Hemos acampado, pero no en el depósito, aunque esperamos dar con él mañana. La temperatura es tan baja que va a ser un placer alejarse de la cima. Suponemos que la expedición llegó ayer al polo, siempre y cuando haya tenido un mínimo de suerte.

[Scott alcanzó el polo el 17 de enero de 1912.]

14 de enero de 1912. Hoy domingo hemos llegado a las dos de la tarde al depósito del monte Darwin y hemos acampado para comer. Hemos tomado lo indispensable. A esto lo llamo yo apurar al máximo. Nos hemos llevado nuestra parte para tres días y medio, con lo cual no deberíamos tener problemas para recorrer las 57 millas que nos separan del depósito del Formanubes. Lo conseguiremos si continuamos con las mismas fuerzas que en este momento tenemos. Hemos dejado una nota en el depósito para informar al capitán de que hemos llegado sanos y salvos y desearle al grupo un estupendo viaje de regreso. Esta noche estamos muy animados: hemos ordenado las cosas del depósito, donde hemos visto que el azúcar estaba expuesto al sol. Ha empezado a deshacerse, pero lo hemos arreglado todo antes de marcharnos. Hemos recogido nuestros crampones y nos hemos ido tan pronto como hemos podido. Sabemos que vamos con el tiempo justo. Estamos empezando a descender rápidamente. Esta noche hace una temperatura bastante alta, y el té y la comida están más calientes. Las cosas van bastante bien. Esperamos realizar buenas jornadas cuando descendamos por el glaciar. Para subir con el trineo algunas de las cuestas empinadas que nos encontramos durante el camino de ida hemos tenido que hacer un esfuerzo ímprobo. Después de cada pendiente había una suave bajada de dos y tres millas de largo. Ya reparamos en ello durante el viaje de ida y lo comentamos, pero al volver hemos visto que arrastrar el trineo cuesta arriba durante tanto tiempo resulta muy duro.

15 de enero de 1912. Hoy hemos tenido una buena jornada. Aunque el hielo era muy irregular y tenía muchas grietas, gracias a las crampones hemos avanzado muchísimo. No queríamos detenernos, pero no nos ha parecido conveniente forzar la máquina porque aún nos queda un largo camino por delante.

16 de enero de 1912. Hoy hemos vuelto a adelantar mucho, pero al llegar la noche hemos

acampado en una zona de crestas de presión y hielo muy irregular. Nos da la impresión de que nos hemos desviado un poco del rumbo correcto, pero el señor Evans opina que de todos modos no podemos habernos alejado demasiado y, tras ver los accidentes del terreno, Crean y yo opinamos lo mismo. En cualquier caso, esperamos salir de aquí por la mañana y llegar al depósito del Formanubes por la noche. Entonces podremos respirar tranquilos, aunque tampoco parece que esta noche vaya a hacer buen tiempo. Por el momento no hemos tenido que detenernos por este motivo. Nos preguntamos si el grupo del polo habrá tenido tanta suerte con el tiempo como nosotros. Ya debería haber emprendido el camino de vuelta. Como la temperatura aquí abajo es mucho mejor, ahora disponemos de más oportunidades para escribir. Esta noche hemos estado hablando de cómo habrán llegado los perros a la base y también de cuánto habrá avanzado el grupo del doctor [Atkinson]. Ya deben de encontrarse cerca de la base. Luego hemos calculado el tiempo que nos va a costar llegar al paso que ahora vamos.

17 de enero de 1912. Hoy nos ha pasado algo que esperamos no le vuelva a suceder nunca a ninguno de nosotros. No tengo palabras para describir ni el laberinto en que nos hemos metido ni las desesperadas situaciones de las que hemos tenido que salir. Este día no se nos olvidará en la vida. Cuanto más intentábamos alejarnos de las crestas de presión, más peligrosas se volvían; a veces nos parecía casi imposible seguir adelante, y cuando salvábamos un obstáculo, no nos quedaba otro remedio que retroceder. Así pues, hemos estado horas luchando por salir de allí, pero daba la impresión de que lo teníamos todo en contra. Yo iba delante con un tirante largo para atravesar las crestas por las que nos parecía posible pasar con el trineo sin que éste nos arrastrara al fondo de alguno de los insondables abismos que se abrían a los lados, los cuales eran tan numerosos que lo mejor era no pararse a pensar en ellos. Cada dos por tres veíamos agujeros en los que se habría podido arrojar el barco más grande del mundo. Así nos hemos pasado el día. Hemos acabado todos muy nerviosos; el señor Evans está bastante desanimado y piensa que ha sido él quien nos ha metido en este agujero, pero yo le he dicho que no es culpa suya, puesto que al bajar por el glaciar es imposible ver lo que hay delante, y que deberíamos dar gracias por no haber sufrido ningún accidente todavía. El sitio en el que nos encontramos esta noche parece estar mejor. Hemos acampado sin lograr llegar al depósito, aunque estamos seguros de que ya no puede encontrarse lejos. Espero que no volvamos a tener muchos días como éste.

18 de enero de 1912. Nos hemos puesto en marcha muy animados y confiando en llegar al depósito con tiempo de sobra, pero apenas nos hemos alejado un poco hemos topado con unas crestas mucho peores que las de ayer. ¡Dios mío! ¡Vaya día hemos pasado! No tengo palabras para describir lo que hemos vivido hoy, pues nadie se creería que hayamos salido sanos y salvos. Ojalá hubiéramos tenido la cámara, porque habríamos sacado unas fotos que habrían sorprendido a cualquiera. Como llevamos día y medio de retraso, no hemos comido prácticamente nada hasta que hemos dejado atrás las crestas. (Si ahora puedo decir «atrás» es porque estoy escribiendo esto en el depósito, al que ya hemos conseguido llegar.) Sin embargo, tenía algo de té guardado, y unas cuantas galletas, y lo hemos tomado para hacer un último esfuerzo. Hemos llegado al depósito a las once de la noche, tras pasar uno de los días más duros de mi vida. El 17 y el 18 de enero de 1912 no se me olvidarán jamás. Esta noche Evans se queja de los ojos; los problemas no nos abandonan.

19 de enero de 1912. Tras ordenar el depósito y reorganizarlo todo, hemos salido en dirección al depósito norte del glaciar. Esta mañana el señor Evans tenía los ojos en muy mal estado, pese a lo

cual hemos empezado a muy buen ritmo. Hoy he recogido unas cuantas rocas que tengo intención de llevar a la base, y es que ésta ha sido la única oportunidad que hemos tenido hasta el momento de recoger alguna. Me ha llamado la atención una cosa: parecía como si alguien hubiera picado ya la roca de la que he tomado los pedazos. Me pregunto si habrá pasado por allí el grupo del doctor, aunque no he visto ninguna huella de su trineo. De todos modos, esto tiene su explicación, puesto que la superficie era toda de hielo azul, y es poco probable que hayan dejado rastros. Tras avanzar un trecho nos hemos encontrado con la misma cresta por la que anduvimos durante el viaje de ¡da y hemos pasado por un sitio que parecía el campamento de Navidad del doctor. Poco después hemos entrado en una zona de nieve blanda, y hemos decidido acampar para comer. El señor Evans tiene los ojos muy, pero que muy mal, por lo que tenemos que valemos por nosotros solos. Yo voy delante y le indico el camino que sigo, es decir: le describo las características de las montañas, aunque de momento vamos a continuar un trecho por esta cresta. Hoy, después de comer, hemos decidido acampar a pesar de lo poco que hemos avanzado; la superficie es tan mala y el señor Evans tiene los ojos en tan mal estado que hemos pensado que a todos nos vendría bien un descanso. Anoche dejamos una nota para el capitán Scott, pero en ella no decimos gran cosa sobre las dificultades que hemos tenido justo antes de llegar al Formanubes. Será mejor contárselo cuando lo veamos.

20 de enero de 1912. Hoy no hemos salido a muy buen paso, pero como la superficie estaba muy blanda hemos decidido ir esquiando. Al señor Evans siguen molestándole los ojos, y mucho, además. Tras ponerle los esquís, le hemos abrochado el tirante para que nos ayude a arrastrar, pues pensábamos que ya faltaba poco para las crestas que nos encontramos durante el viaje de ida, pero por extraño que parezca no hemos visto ninguna, y la superficie, aunque blanda, era la mejor por la que he arrastrado nunca un trineo. Hemos creído ver las crestas a la izquierda (es decir, al oeste); por lo visto hemos conseguido evitarlas por completo. Aunque el señor Evans estaba completamente ciego, hemos adelantado muchísimo; según nuestros cálculos, hemos recorrido 20 millas, por lo menos. Hoy hemos pasado por uno de los campamentos que ha montado el doctor de camino a la base y hemos podido seguir sus huellas durante cierto tiempo, pero al final las hemos perdido. Después hemos acampado para pasar la noche. Tenemos todos la confianza de alcanzar el depósito mañana por la noche, si el tiempo sigue bien.

Domingo, 21 de enero de 1912. Nos hemos puesto en camino como de costumbre, con los esquís, y también con tiempo favorable. El señor Evans sigue con los ojos mal, pero ya está recuperándose. Cuando los tenga mejor, todo irá a pedir de boca. Esta mañana, poco después de salir, he encontrado el camino que seguimos durante el viaje de ida y le he preguntado al señor Evans si debía ir por ahí, pues de ese modo se ahorraba el trabajo de indicarme el rumbo. Por otro lado, no hemos cruzado ninguna grieta durante el camino, y eso que hoy he visto muchas con aspecto de ser muy peligrosas, y los puentes de dos que cruzamos con los trineos [durante el viaje de ida] se han caído. Hemos hecho el trecho entre el Formanubes y este depósito en tres días. Nos sentimos todos muy orgullosos de nuestro rendimiento. Esta noche el señor Evans se encuentra mucho mejor, y el bueno de Tom nos ha cantado una canción mientras cubría la tienda de nieve. Hemos reorganizado el depósito y dejado la nota de costumbre para el capitán Scott, en la que le expresamos nuestro deseo de que regresen lo antes posible. Mañana esperamos ver y alcanzar la Barrera, y alejarnos del Beardmore de una vez para siempre. A ninguno de nosotros le importa haber tenido que realizar semejante esfuerzo para lograr los resultados que hemos alcanzado hasta el momento. Como dice Crean, es por el bien de la ciencia. Hemos llegado al depósito a las 18.45.

22 de enero de 1912. Esta mañana hemos salido a buen paso. Además, el señor Evans tiene los ojos muy bien, de modo que la situación parece algo más prometedora. Una vez en marcha no hemos tardado en doblar la esquina que va de los pilares de granito hasta al punto situado entre el monte Esperanza y tierra firme. Luego hemos avanzado por la cuesta que sube entre ésta y la montaña y, en cuanto hemos divisado la Barrera, Crean ha proferido un grito tan fuerte que los ponis podrían haberse levantado de sus tumbas del susto. Después de esto ya no pienso volver al glaciar Beardmore. Cuando hemos comenzado el descenso hacia la Barrera, ha bastado con una persona para arrastrar el trineo, y así hemos llegado a menos de una milla del depósito de los ponis y los trineos. Luego hemos cambiado el trineo tal como estaba planeado, hemos tomado una pequeña cantidad de carne de poni y hemos aparejado una caña de bambú igual que un mástil para usarla como una vela cuando el viento sople a favor. Una vez hecho esto, hemos proseguido la marcha por la Barrera. Nos faltan 360 millas para llegar a la punta de la Cabaña. Cuando estábamos fuera de la tienda, el señor Evans me ha dicho que tiene las piernas agarrotadas por la parte de atrás, en las corvas. Le he preguntado a qué puede deberse, en su opinión, y me ha dicho que no le encuentra explicación, de modo que si no se recupera pronto voy a tener que mirar a ver qué le ocurre. Por experiencia y por lo me han contado, sé que los síntomas del escorbuto son dolor e hinchazón en las corvas y los tobillos; aflojamiento de los dientes y encías ulceradas. Esta noche he intentado verle las encías, y estoy convencido de que le ocurre algo. Se lo he comentado a Crean, pero parece que él no se ha percatado de nada. De todos modos, le he pedido que esperemos un poco a ver si se produce alguna novedad. Parece que se nos presentan nuevos problemas; confiemos en que la suerte nos acompañe.

23 de enero de 1912. La salida ha resultado bastante satisfactoria, y hemos recorrido unas 14 millas por una superficie bastante buena, así que ha sido una buena jornada. Hemos pasado por el campamento de la ventisca, lo cual ha sido un placer. Hoy también hemos visto grietas a las que se les han derrumbado los puentes. Menos mal que no se derrumbó ninguno cuando pasamos por ellos, pues con lo anchos que son nos habríamos caído con trineo y todo. Además se han derrumbado precisamente por donde pasamos: en todos se distinguían claramente las marcas de los trineos. Parece que hoy el señor Evans se siente mejor.

24 de enero de 1912. Hoy la superficie ha sido buena, y hemos andado un buen trecho. Ha hecho bastante calor. Esta noche no tengo mucho que escribir, ya que todo va bien.

25 de enero de 1912. Nos hemos puesto en marcha con un tiempo bastante revuelto. La temperatura es muy alta, y hemos tenido nieve húmeda durante todo el día. Los esquís se nos quedaban pegados, y ha resultado muy difícil arrastrar los trineos. A última hora ha sido aún peor. Después de comer hemos tenido viento a favor durante una hora, pero luego ha estallado una ventisca y ha estado a punto de llover. De vez en cuando veíamos el depósito a lo lejos y hacíamos un esfuerzo por llegar, pues creemos que se avecinan varios días como los que tuvimos cerca de tierra firme durante el viaje de ida. En suma, que ya estamos aquí, aunque por culpa de la humedad y la poca luz hemos tenido que realizar un esfuerzo descomunal. Me he quitado los esquís y he recorrido la última media milla llevándolos al hombro. La ventisca ha remitido cuando ya estábamos acostados y teníamos el campamento montado. He mirado el termómetro y marca un grado.

26 de enero de 1912. Hoy ha sido un día extraordinario en lo que a superficies se refiere. Esta mañana, cuando nos pusimos en marcha, el termómetro marcaba 1 °C, una temperatura demasiado

alta para arrastrar trineos. Llevábamos los esquís, pero era tal la cantidad de nieve que se quedaba pegada a ellos que parecía que íbamos con zancos. No sé qué habríamos hecho sin ellos, pues la nieve era tan blanda que cuando intentábamos ir a pie nos hundíamos de inmediato. Por suene, teníamos el viento a favor, lo que nos ha permitido utilizar la vela. De esta manera hemos acabado haciendo una buena jornada. Hemos recorrido 13 millas, ocho de ellas después de comer. Esta mañana no me encontraba bien cuando salí de la tienda: estaba débil y me mareaba, pero se pasó rápidamente y ya no volví a sentirme mal en todo el día.

27 de enero de 1912. Hoy hemos ido con la vela y hemos avanzado mucho. Para mantenerla derecha bastaba con una persona, y no era necesario tirar en absoluto. Eso sí, ha hecho mucho calor, y se podía andar sin llevar nada de ropa. La verdad es que las temperaturas son muy altas para esta región del mundo, aunque es muy probable que pronto bajen. Hemos recorrido 14,5 millas. Resulta agradable ver las huellas y los mojones que hicimos durante el viaje de ida. Nos sentimos satisfechos cuando hacemos una buena jornada y llegamos con tiempo de sobra. El señor Evans tiene ahora descomposición de vientre. Crean también tuvo un poco hace unos días, pero ahora se encuentra totalmente bien.

24 de enero de 1912. Hoy ha resultado muy difícil arrastrar el trineo. La nieve sigue estando muy blanda y el sol calienta tanto que quema la cara. Estamos casi negros y tenemos el pelo largo y casi blanco, porque con esta luz pierde su color. Me alegro de poder decir que esta noche hace más fresco en general. Hoy hemos recorrido 12,5 millas. El señor Evans sigue con descomposición de vientre; esto nos ha obligado a frenar la marcha, claro está, puesto que hemos tenido que detenernos en varias ocasiones. Esperamos estar cómodamente alojados en la punta de la Cabaña o el cabo Evans dentro de pocas semanas. Llevamos noventa y siete días de viaje.

29 de enero de 1912. Gracias a la vela hoy hemos hecho otra buena jornada. Una vez más hemos podido turnarnos los tres cada dos horas para sostenerla. Sigue haciendo mucho calor; la temperatura ha descendido nuevamente hasta -6°C. Hemos recorrido 16,5 millas; sólo faltan 14 para el siguiente depósito. El señor Evans sigue con las mismas molestias, y ha decidido dejar de tomar carne desecada, pues opina que tiene algo que ver con su indisposición. Sea como fuere, vamos a probar. Le he dado un poco de coñac y está tomando unas pastillas de opio y carbonato calcico para ver si se le pasa. Estamos plenamente convencidos de que se trata de escorbuto, porque cada vez tiene las piernas peor. En cualquier caso, están saliéndole manchas moradas y de otros colores también.

30 de enero de 1912. Aunque la luz ha sido muy mala, hemos ido con el viento a favor, y a última hora de la tarde hemos localizado el depósito. Hemos recorrido 14 millas en poco tiempo. Después de recoger nuestra comida hemos visto que nos faltaba queroseno y hemos recogido la cantidad que, a nuestro modo de ver, nos va a permitir llegar al próximo depósito. Parece que se ha producido una fuga en la única lata que hay, aunque no nos explicamos cómo, y le hemos dejado una nota al capitán Scott en la que le explicamos cómo la hemos descubierto. De todos modos, tendrán bastante para llegar al siguiente depósito. Sin embargo, aunque todos sabemos que la cantidad de queroseno asignada para el viaje es suficiente, si se produce alguna pérdida hay que tomar más precauciones al manejarlo. El señor Evans sigue sin comer carne desecada, y aunque al parecer se encuentra algo mejor del vientre, no está ni mucho menos tan bien como debiera. Sólo nos faltan dos

depósitos por localizar.

31 de enero de 1912. Hoy hemos realizado otra jornada muy buena, pero como la luz era muy mala hemos tenido que detenernos cada dos por tres para orientarnos con la brújula. Esto no es tarea fácil, sobre todo si uno no se puede servir del viento para mantener el rumbo. Pero esta noche ha vuelto a despejar; las temperaturas son superiores a -6 °C durante el día y a -12 °C por la noche. Hemos andado 13 millas. El señor Evans ha empezado a comer un poco de carne desecada, y es que el trabajo es duro y en esta región del mundo es necesario comer algo caliente para conservar las energías.

1 de febrero de 1912. Hemos tenido un día muy bueno, y aunque arrastrar el trineo ha sido muy difícil, hemos recorrido 13 millas. El señor Evans y yo cumplimos hoy cien días de viaje. He tenido que cambiarme nuevamente de camisa. Es el último lado limpio que me queda; llevo dos camisas, y como les doy la vuelta todos los meses, éste era el último lado al que le faltaba cumplir su deber por dentro. No hay duda de que les he sacado provecho; en esto estamos los tres de acuerdo. El señor Evans está cada vez peor; no debemos cerrar los ojos a este hecho. Todavía falta mucho camino por recorrer, así que tenemos que seguir adelante como sea.

2 de febrero de 1912. Hoy hemos vuelto a tener una luz malísima, no hemos conseguido avanzar mucho. Sólo hemos recorrido 11 millas, pero deberíamos considerarnos afortunados, porque no hemos tenido que interrumpir la marcha y no nos hemos retrasado. Es más, hemos tenido el viento a favor, por no decir otras cosas. Si no hubiera sido así, habríamos tenido que parar. El señor Evans no sólo no mejora sino que parece sufrir fuertes dolores. Sin embargo, me alegro de poder decir que se mantiene muy animado.

3 de febrero de 1912. Esta mañana nos hemos visto obligados a ponerle los esquís y la correa al señor Evans para engancharlo, porque no podía levantar las piernas. He vuelto a mirárselas, y por lo que he podido ver, le están empeorando rápidamente. La situación es grave en este sentido. Aunque hemos intentado convencerle de que se va a poner bien, el señor Evans está empezando a perder las esperanzas. Tal vez si logramos llegar al campamento de una tonelada y cambiamos de comida sienta alivio. Es un valiente; muestra una gran entereza, y uno no puede por menos de admirarle por ello. Hoy hemos tenido una luz espantosa, y creo que ha habido momentos en que me he desanimado un poco pues era incapaz de ver nada que me permitiera saber si seguía el rumbo correcto o no, y al señor Evans no conseguía arrancarle ni media palabra. Me he apartado del rumbo a propósito para ver si alguien reparaba en ello pero, para mi sorpresa, me ha dicho rápidamente que me estaba desviando. Es lo que me imaginaba, pero quería saber si estaba atento, y así era. Después de acampar ha estallado una ventisca. Mañana por la noche deberíamos llegar al monte Hooper.

4 de febrero de 1912. Nos hemos puesto en marcha con un tiempo espléndido, pero la superficie estaba en malas condiciones y arrastrar el trineo ha sido muy difícil. No obstante ha ido mejorando conforme avanzaba el día, y hemos llegado al depósito a las 19.40. Ahora nos encontramos a 180 millas de la punta de la Cabaña, y esperamos que este domingo por la noche sea el antepenúltimo que pasamos en la Barrera. El señor Evans no presenta ninguna mejoría; es más, se encuentra mucho peor. Hemos sacado nuestra comida y hemos dejado aquí casi toda la carne desecada; no nos hace falta, y como a ninguno de nosotros le gusta, vamos a dejársela a los demás. Puede que a ellos les haga falta. Hemos redactado una nota y les hemos deseado toda la suerte del mundo en el viaje, pero

hemos decidido que lo mejor es no decir que el señor Evans está enfermo o que tiene escorbuto. El viejo mojón ha aguantado el mal tiempo y sigue siendo una cosa descomunal.

5 de febrero de 1912. Hemos tenido un tiempo muy bueno, y la luz ha sido abundante durante todo el día, lo cual anima mucho. No hemos salido hasta las nueve, pero hemos recorrido 11,5 millas. Cada vez hace más frío. El señor Evans está empeorando; hoy ha tenido descomposición de vientre. Va a tener que dejar de tomar carne desecada.

6 de febrero de 1912. Otro día con buen tiempo, aunque ha hecho mucho calor, lo cual nos ha hecho sudar mucho. Pero como estamos acostumbrados a este tipo de cambios, no nos importa. Pronto tendremos tierra a la vista: el monte Discovery o bien el Erebus. Nos faltan 155 millas para llegar a la punta de la Cabaña. Hemos vuelto a recorrer 13,5 millas, lo que significa que vamos a muy buen paso, máxime si se tiene en cuenta que cada vez que reanudamos la marcha el señor Evans tiene que ir muy despacio hasta que se le pasa el agarrotamiento de las piernas. Pero está sufriendo mucho, y además en silencio; nunca se queja, y eso que no duerme gran cosa. Todos nos alegraremos cuando lleguemos al depósito de una tonelada, pues allí podremos cambiar de comida. La carne desecada resulta excesiva, sobre todo cuando hace calor.

7 de febrero de 1912. Ha hecho un día excelente, pero la marcha ha sido difícil. Cada vez se ve más cerca tierra firme. Ha sido una jornada francamente buena y hemos recorrido 12 millas. Nuestro paciente sigue igual y camina sin decir esta boca es mía. Hemos tenido que ayudarle a entrar y salir de la tienda, pero hemos estado deliberando y está decidido a seguir hasta el final, el cual sabemos que no está lejos, puesto que le resulta difícil mantenerse en pie. Es la valentía personificada, aunque vamos a tener que llevarle en el trineo cuando ya no pueda seguir más.

8 de febrero de 1912. Hoy ha hecho un día muy bueno, y hemos tenido un tiempo muy favorable. Como soplaba brisa, hemos izado la vela después de comer. Si mañana hace buen día, esperamos llegar al campamento de una tonelada. Hoy el señor Evans ha orinado una gran cantidad de sangre, de modo que las perspectivas no son nada halagüeñas. Ahora tengo que hacerle prácticamente todo.

9 de febrero. Ha hecho un día muy bueno y bastante caluroso. Hemos llegado al depósito a las 17.05 y nos hemos dado una buena panzada de avena. ¡Dios mío! ¡Cambiar de comida es toda una bendición! Hemos recogido comida suficiente para nueve días, y si mantenemos el paso que llevamos ahora nos permitirá llegar hasta la punta de la Cabaña. No podemos llevar un cargamento muy pesado, puesto que el trineo lo arrastramos sólo entre dos, y ésta es nuestra última escala antes de alcanzar la punta de la Cabaña. Sin embargo, la situación no parece muy prometedora, puesto que nuestro jefe está más débil cada día que pasa. Le resulta prácticamente imposible andar, y todavía nos faltan 120 millas para llegar a la base.

10 de febrero de 1912. Hemos realizado una buena jornada a pesar del malísimo tiempo que hace. Ya hemos acampado, y lamento tener que decir que el señor Evans se encuentra en un estado muy grave. Si se trata de escorbuto, compadezco a todo aquel que lo tenga. Vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos para que llegue vivo. A pesar de lo enfermo que se encuentra, se muestra de excelente humor, lo cual está muy bien, y hace todo lo posible por ayudarnos. Pensamos que la comida, ahora que la hemos cambiado, puede contribuir a su mejoría. Me alegro mucho de poder decir que Crean y yo estamos en un excelente estado de salud, por lo que ambos nos sentimos

agradecidos.

11 de febrero de 1912 . Hoy hemos levantado un mojón y hemos dejado en él todo el equipo del que podemos prescindir, ya que ahora nos es imposible arrastrar toda la carga. Creemos que el señor Evans estará bien mientras pueda mantenerse en pie. Hemos tenido muy mala luz durante todo el día, y esta noche ha estallado una ventisca encima de nosotros, de manera que hemos acampado temprano. Hoy hemos recorrido 11 millas. En este momento nos faltan 99 millas para llegar la base.

12 de febrero de 1912 . A causa del mal tiempo no hemos podido salir hasta las diez. Pero antes le hemos colocado los esquís al señor Evans, que se ha puesto en marcha lentamente. No no gusta que salga con antelación, pero es mejor así, pues estamos seguros de que vamos a tener que llevarlo en trineo. Se ha desmayado dos o tres veces, pero ha podido seguir adelante después de beberse un trago de coñac. De todos modos, resulta muy arriesgado con la temperatura tan baja que hace. Tenemos miedo de que sufra alguna congelación. Avanzamos muy despacio, la luz es muy escasa y vemos tierra firme en contadas ocasiones.

13 de febrero de 1912. Hemos salido a la hora, pero avanzábamos con lentitud y el señor Evans ya no podía más, de modo que hemos estado deliberando un rato y hemos llegado a la conclusión de que lo mejor era ponerle en el trineo pues de lo contrario es posible que no aguante. Así que hemos acampado y hemos decidido tirar todas las cosas que no nos hacían falta, por lo que ahora sólo tenemos los sacos de dormir, la olla y la pequeña cantidad de comida y queroseno que nos queda. No es una carga muy grande, pero llevar al señor Evans en el trineo nos supone a los dos un gran esfuerzo. De todos modos, dice que ahora está cómodo. Esta mañana quería que lo dejáramos allí, pero ni se nos ocurriría hacer semejante cosa. Vamos a estar a su lado hasta el final, diga lo que diga. Ahora mandamos nosotros, y tiene que hacer lo que le digamos. Esperamos sacarle de ésta. Esta mañana, cuando estábamos guardando todo el equipo, me he cambiado de calcetines y me he encontrado con que tenía graves síntomas de congelación en el pie. Lo único que cabía hacer era reanimarlo. A pesar de lo mal que se encuentra, a Evans se le ha ocurrido que lo apoyara sobre su estómago para desentumecerlo. Yo no quería correr semejante riesgo, pues está muy, pero que muy débil, pero hemos probado y gracias a su gentileza me ha reaccionado el pie. Jamás olvidaré la amabilidad que ha mostrado conmigo en este momento tan crítico del viaje, aunque creo que cualquiera de nosotros haría lo que fuera con tal de auxiliar a los demás. En momentos y lugares como éste hay que confiar en un poder superior para salir adelante. Ahora, cuando recogemos las cosas para marcharnos, hemos de prepararlo todo antes de intentar mover la tienda, pues a nuestro jefe le es imposible mantenerse en pie, y por lo tanto tenemos que acomodarle antes de hacer lo demás. Luego ponemos el trineo al lado de su bolsa, lo subimos y le sujetamos con una correa. Resulta doloroso y, aunque él pone buena cara, no podemos evitar hacerle daño, y es que la nieve está tan blanda y hay tan poca luz que resulta difícil subirlo. Pero él no se queja. Sólo le oímos apretar los dientes.

14 de febrero de 1912. Tras los preparativos de costumbre hemos vuelto a tener una buena salida; no hay mucho que recoger, pero nos cuesta cierto tiempo preparar a nuestro inválido. Aunque la superficie está en muy mal estado y avanzamos muy lentamente, nos hemos propuesto alargar las jornadas para intentar recorrer la distancia convenida, siempre y cuando nosotros también aguantemos.

15 de febrero de 1912. Esta mañana hacía buen tiempo cuando hemos salido, pero no ha tardado en estropearse y el avance se ha hecho más lento. Teníamos que mirar la brújula cada dos por tres pues no soplaba ningún viento que nos permitiera orientarnos, pero al cabo de un rato ha asomado el sol, se la levantado viento y hemos podido izar la vela, con lo cual al final hemos realizado una buena jornada.

16 de febrero de 1912. Hoy nos ha resultado muy difícil arrastrar el trineo. Además, la luz ha sido muy mala, pero hemos tenido la satisfacción de ver el peñón del Castillo y la colina de Observaciones. Hemos destapado al señor Evans para que pudiera echar un vistazo. Hemos reducido las raciones a la mitad, dado que nos va a resultar imposible llegar a la punta de la Cabaña en menos de cuatro días, y eso contando con que todo vaya bien.

17 de febrero de 1912. Hoy ha hecho mal tiempo. Esta mañana, poco después de ponernos en marcha, hemos visto algo que se parecía a la tienda de los perros [se refiere a los dos tiros de perros que salieron al encuentro del grupo del polo]. Estamos buscándolos para que nos presten auxilio, pero al llegar nos hemos encontrado con que no era más que un trozo de una caja de galletas colocado a modo de señal donde antes había un campamento. Esto muestra lo engañosas que son aquí las cosas. Cabe imaginarse las ilusiones que teníamos y el chasco que nos hemos llevado cuando hemos visto de qué se trataba. Hemos visto tierra firme en alguna ocasión, y esta tarde, durante uno de los descansos, hemos divisado el trineo de motor. ¡Qué alegría nos hemos llevado! Hemos destapado nuevamente al señor Evans para que pudiera mirar y, tras tres horas más de dura marcha, nos hemos parado junto a él y hemos acampado para pasar la noche. Ahora estamos a poco más de 30 millas de la punta de la Cabaña. Ojalá viéramos acercarse los perros, pero creemos que deben de haberse cruzado con nosotros cuanto hacía mal tiempo. El señor Evans empeora por momentos; está tan débil que casi nos da miedo dormir por la noche. Como siga bajando la temperatura, nos va a costar trabajo mantenerlo abrigado. En el trineo de motor hemos encontrado unas galletas; es todo lo que hay, pero nos vendrán muy bien durante el camino. Hoy la jornada ha sido muy ardua, y esta noche estamos muy cansados. Creo que ya no tenemos el empuje de antes, pero hay que hacer un esfuerzo y seguir adelante.

18 de febrero de 1912. Esta mañana, cuando he empezado a mover al señor Evans, de pronto se ha desplomado y ha perdido el sentido. A Crean esto le ha afectado muchísimo y ha estado a punto de echarse a llorar, pero le he dicho que no servía de nada hacer una escena, que había que poner al mal tiempo buena cara e intentar ayudar. Creo sinceramente que pensaba que el señor Evans estaba muerto, pero hemos conseguido reanimarlo. Hemos acabado todo el coñac que quedaba. Al cabo de un rato le hemos subido al trineo y hemos proseguido como de costumbre, pero la superficie estaba en tan malas condiciones que éramos incapaces de ir a más de una milla por hora, por lo que nos hemos detenido y hemos decidido acampar. Le hemos contado al señor Evans nuestro plan, que era el siguiente: como hacía un día espléndido, Crean seguiría a pie hasta la punta de la Cabaña para conseguir ayuda a ser posible. Esto lo hemos decidido entre los dos. He sugerido que él aguarde aquí y yo haga el viaje, pero Tom ha dicho que prefería que me quedara yo, y los tres nos hemos mostrado de acuerdo con el plan. Como ya habíamos acampado, lo que había que resolver a continuación era el problema de la comida. Teníamos provisiones para un día aproximadamente, así como las galletas del trineo de motor y un poco de queroseno que nos llevamos del mismo sitio, de manera que le

hemos dado a Crean la comida que él pensaba que iba a necesitar para recorrer las 30 millas que hay hasta la punta de la Cabaña. Le hemos ofrecido algo para beber, pero no ha aceptado. Ha sido una lástima que no tuviéramos unos esquís, pero nos deshicimos de ellos para reducir peso. Así pues, Crean se ha marchado con paso decidido y un tiempo espléndido para intentar conseguir ayuda. He pasado todo el día un tanto preocupado y he estado levantado hasta bastante después de la medianoche porque quería ver cómo evolucionaba el tiempo. Tenía miedo de que se estropeara, pero sigue despejado, y me imagino que si Crean no ha llegado ya a la punta de la Cabaña se encontrará a poca distancia. También es posible que se haya caído en una grieta, pero eso hay que dejarlo en manos de la fortuna. De todos modos, esto es tan angustioso como la posibilidad de que estalle una ventisca, y es que el tiempo es muy traicionero por estos lares. Después de marcharse Crean, he dejado solo al señor Evans y he ido al campamento del desvío, que se encuentra aproximadamente a una milla de distancia, para ver si quedaban provisiones que nos pudieran servir de algo. He encontrado un poco de mantequilla y queso, y la melaza que trajimos para los ponis. Luego me he llegado hasta el trineo de motor y he conseguido algo más de queroseno aprovechando el buen tiempo. También he encontrado un gran pedazo de tela; lo he atado a una larga caña de bambú y he colocado una gran bandera en el trineo para que nos pueda ver el que pase por aquí. En el campamento del desvío he encontrado una nota del señor Day en la que dice que entre este punto y el hielo marino hay una gran número de grietas peligrosísimas. Esto me ha producido una gran desazón pues como es natural he pensado inmediatamente en Crean. Como va a pie, existen más probabilidades de que caiga que si fuera con unos esquís. Al señor Evans no le he contado nada sobre las grietas; me ha parecido que lo mejor era ocultárselo, y le he dicho simplemente que había una nota y que todo iba bien.

19 de febrero de 1912. Hoy parece que el señor Evans se encuentra algo mejor y que está más animado; el descanso le sentará bien y le permitirá recuperar fuerzas. Hemos estado preguntándonos cuándo llegará la ayuda, pero no podemos esperar nada hasta dentro de uno o dos días como mínimo. Ha amanecido muy nublado, y además ha hecho mucho frío. La temperatura está bajando rápidamente. La tienda ha aparecido hoy cubierta de escarcha, señal clara de que va a hacer mal tiempo. Esta manaba el cielo estaba muy encapotado. Ha ido despejándose conforme avanzaba el día, aunque no hemos podido ver la punta de la Cabaña. Me pregunto si el bueno de Tom habrá llegado sano y salvo. Aparte de las galletas, ahora disponemos de muy poca comida, aunque estamos mejor de queroseno. Quedan algo más de dos litros, y si la ayuda tarda en llegar y se nos acaba todo lo demás, podremos calentar agua. He pensado un plan por si acaso no vienen a socorrernos, aunque, naturalmente, hemos tenido en cuenta todas las posibilidades, por lo que debemos confiar en la suerte. Sé, por supuesto, que no vale la pena pensar que el señor Evans vaya a poder avanzar algo más, pues ni siquiera es capaz de mantenerse en pie; lo que pasa es que podríamos no haber visto los perros, en cuyo caso todavía cabría la posibilidad de que quedara alguien en la punta de la Cabaña. Me ha entrado frío, y ya no puedo escribir por esta noche. Ahora nos quedamos sin sol a medianoche. Si todo hubiera ido bien, ya estaríamos en casa.

20 de febrero de 1912. Hoy es martes, y no ha sido un buen día. Se ha movido nieve a ras de suelo durante toda la mañana, y de vez en cuando arreciaba y soplaba con fuerza de ventisca. Hemos tenido que quedarnos todo el día en la tienda para intentar no pasar frío. El señor Evans sigue prácticamente igual, aunque está de muy buen humor. Hemos analizado el viaje una y otra vez, y así se nos han pasado estos tres días. Nos preguntamos cómo les irá allá arriba; hemos hecho cálculos, y

a poca suerte que hayan tenido ya deberían estar en la Barrera. Hemos hecho apuestas sobre el estado del hielo y sobre cuándo va a quedar el mar despejado alrededor de la punta de la Cabaña; y también sobre las noticias de casa. Ésta es una de las cosas en las que más pensamos, aunque prácticamente sólo aludimos a ella para hablar de lo que vamos a comer cuando lleguemos. Creo que hemos apuntado en nuestra lista todas las cosas ricas. Naturalmente, Nueva Zelanda tendrá que hacerse cargo de buena parte de ellas: vamos a comer muchas manzanas y también un buen pastel casero, aunque no ha de ser muy pesado para que podamos comer más. Me pregunto si habrán llegado las muías. Como Antón debe de haberse ido ya a casa, o en cualquier caso ya le faltará poco, voy a ser yo el que se ocupe de ellas hasta que regrese el capitán Oates. Tendremos que darnos prisa porque el barco zarpa el 2 de marzo y no es prudente permanecer por más tiempo en esta región. Tengo tanto frío que no puedo escribir. Además, no me siento nada tranquilo, y fuera sigue haciendo tan mal tiempo que no cabe esperar que aparezca nadie esta noche. «¡Escuche!», decimos los dos. «Sí, son los perros, que ya están aquí.» «Por fin llega la ayuda. ¿Quién vive?» No me lo pienso dos veces y salgo de la tienda. «Nosotros, señor. No se preocupe.» Son el doctor y Dimitri. «¿Cómo nos han visto?» «Por la bandera, Lash», dice Dimitri. El doctor pregunta: «¿Cómo se encuentra el señor Evans?» «Bien, aunque está débil.» Pero esto le ha producido un buen efecto. Hemos montado su tienda en unos minutos, y acto seguido me he puesto a preparar comida para todos con los víveres que nos han traído. El señor Evans no puede comer carne desecada, pero el doctor le ha traído todo lo que le puede sentar bien: unas cebollas para hervir y varias cosas más. Además, Dimitri ha traído un buen pedazo de pastel: esto es Jauja. Esta noche, después de que el doctor examinara a mi paciente, hemos hablado sobre todo lo habido y por haber, pero especialmente sobre las noticias de casa, los grupos de regreso, el barco y las personas que van en él. Nos hemos enterado de que, por desgracia, no ha logrado acercarse mucho, de que han llegado las muías y de no sé qué más. Nos hemos instalado cómodamente para pasar una buena noche. Parece como si estuviéramos en otro mundo: se me ha quitado un gran peso de encima y vuelvo a ver un rayo de esperanza para todos nosotros. Las sombras se han disipado. Fuera arrecia la ventisca, y el doctor y Dimitri se han ido a acostar; yo voy a intentarlo otra vez, aunque me va resultar totalmente imposible dormir.

21 de febrero de 1912. Hace muy mal tiempo y no nos queda más remedio que esperar a que mejore. Vamos a marcharnos en cuanto escampe; la temperatura ha sido muy baja y hemos tenido que quedarnos dentro en los sacos. Pero las cosas van bien, y ahora tenemos comida de sobra. Nos hemos acostado todos, y fuera sigue rugiendo la tormenta.

22 de febrero de 1912. El viento ha remitido a eso de las nueve de la noche, de modo que nos hemos puesto manos a la obra y a las diez ya estábamos listos para ponernos en marcha. Nuestra intención es hacer el viaje en dos etapas. A los pobres perros les ha costado mucho avanzar, y lo hemos organizado todo para que el señor Evans vaya en el trineo de Dimitri y el doctor y yo en el otro. Nos encontramos más o menos a mitad de camino, y hemos acampado para que los animales también puedan descansar. Hemos recorrido 16 millas con enorme esfuerzo. El doctor y yo nos hemos turnado: primero iba uno en el trineo y el otro andaba o corría detrás de los perros, y luego nos cambiábamos. A veces nos hundíamos en la nieve hasta las rodillas, pero seguíamos tirando. Las piernas son ahora la parte más fuerte que tengo, pero estoy cansado y me alegraré cuando esto acabe. Ahora tengo que echarme, porque mañana volvemos a salir temprano para la punta de la Cabaña. De todos modos, la superficie ha empezado a mejorar a partir de la isla Blanca, y ahora vemos tierra firme con toda nitidez. El peñón del Castillo y nuestro querido monte Erebus tienen un aspecto

verdaderamente majestuoso con esas volutas de humo que le salen. Está todo tan despejado, tranquilo y plácido… Cómo ha cambiado el paisaje con respecto a unos días atrás, y cómo ha cambiado nuestra situación también. El doctor y Dimitri han hecho por nosotros todo lo que estaba en sus manos.

22 de febrero de 1912. Nos hemos puesto en marcha después de dejar que descansaran los perros. A la una de la tarde hemos llegado a la punta de la Cabaña, donde vamos a poder descansar tranquilamente durante una temporada. Dimitri y Crean van a ir al cabo Evans; no se ve el barco por ninguna parte. El señor Evans está bien, y ahora duerme. Vamos a ver si hay correo. Resulta curioso que desde que estamos a salvo no hayamos parado de buscar otras cosas.

[Fin del diario de Lashly]

Crean me ha contado su viaje a la punta de la Cabaña de la siguiente manera:

Se puso en marcha el domingo a las diez de la mañana. «La superficie era buena; muy buena, a decir verdad». Al cabo de unas 16 millas se detuvo. Hacía buen tiempo y el cielo estaba despejado. Llevaba tres galletas y dos barras de chocolate. Se paró unos cinco minutos; se sentó en la nieve, se comió dos galletas y el chocolate y se guardó en el bolsillo la galleta que le quedaba. No tenía ni frío ni sueño.

Siguió caminando. Al cabo de cinco horas pasó por el campamento de seguridad, que se encontraba a mano derecha. Cree que serían las 12.30 del lunes cuando alcanzó el borde de la Barrera. Estaba cansado, sentía frío en la espalda y parecía que el tiempo iba a estropearse. Detrás tenía sol, pero empezaban a acumularse nubes sobre el Farallón, y la isla Blanca estaba tapada, aunque todavía se podía ver el cabo Armitage y el peñón del Castillo. Resbaló varias veces en el hielo marino y se cayó de espaldas. Cada vez estaba más nublado. SÍ en el borde de la Barrera soplaba un aire suave, ahora nevaba, corría un viento fuerte y se movía nieve en polvo. Puso rumbo al Desfiladero, pero en un primer momento no pudo subir. Para evitar cansarse, empezó a rodear el cabo Armitage, pero pronto notó que le entraba nieve derretida en las botas (no llevaba crampones), por lo que puso de nuevo rumbo al Desfiladero. Trepó por la izquierda, y luego subió por una de las vertientes de la colina de Observaciones para evitar el hielo resbaladizo. Cuando llegó a la cima, el cielo estaba todavía bastante despejado, por lo que pudo ver el borroso contorno de la punta de la Cabaña. Sin embargo, no vio perros ni trineos. Se sentó al abrigo de la colina y se acabó la galleta con un poco de hielo: «Tenía la boca muy seca.» Se deslizó por la vertiente de la colina y, como no llevaba gafas y tenía la vista cansada, al principio pensó que abajo había agua. Sin embargo, al aproximarse al cinturón de hielo descubrió que era hielo marino brillante, y fue hasta la cabaña por debajo del cinturón. Cuando ya estaba cerca, vio los perros y los trineos en el hielo marino. Soplaba una ventisca fortísima. Entró y encontró al doctor y a Dimitri. «Primero me dio una copita y luego un plato de gachas, pero lo vomité todo. No me había ocurrido nunca en la vida, y seguro que fue por culpa del coñac.»

13. SUSPENSE

Todo el pasado dejamos atrás; salimos a un mundo más nuevo y poderoso, a un mundo variado; fuertes y frescos el mundo tomamos, un mundo de trabajo, y la marcha,

¡pioneros, oh pioneros!

Mandamos destacamentos sin cesar por los precipicios, los desfiladeros, las montañas escarpadas, conquistando, resistiendo, arriesgándonos, aventurándonos, sobre la marcha, por caminos desconocidos,

¿pionero, oh pioneros!

WALT WHITMAN

Volvamos al cabo Evans tras el regreso del primer grupo de apoyo.

Hasta la fecha habíamos tenido suerte con nuestros viajes, que en su mayoría habían resultado agradables. Scott iba a alcanzar el polo, probablemente sin mucha dificultad, pues cuando le dejamos al borde de la planicie sólo tenía que hacer una media de siete millas diarias para llegar con las raciones completas. Nosotros, sin ir más lejos, habíamos hecho una media de más de 14 millas diarias durante el viaje de regreso al depósito de una tonelada, y no parecía haber motivos para suponer que los otros dos grupos no fueran a tener la misma suerte. Además, si hacían jornadas tan buenas tendrían comida de sobra. De ahí que nos sintiéramos satisfechos cuando paseábamos por el cabo o nos sentábamos en una roca a disfrutar de los rayos del sol y observar los pingüinos que se bañaban en el lago que se había formado en el hielo marino entre la cabaña y la isla Inaccesible. Se oían por todos lados los graznidos de los págalos que reñían entre sí, y cuando descendían en picado sobre alguno de nosotros que se había acercado demasiado a sus nidos durante el paseo, percibíamos el susurro de sus alas. Abajo, sobre el empapado y peligroso hielo marino, había tendidas varias focas. A diferencia de los roncos chillidos que emitían los pingüinos de Adelia, los burbujeos, silbidos y gorgoteos que salían de sus gargantas sonaban melodiosamente. La bisagra del hielo suspiraba y crujía sin cesar, lo que resultaba muy apacible tras el silencio de la Barrera.

Entretanto, habíamos visto el Terra Nova a lo lejos, pero no podía acercarse debido al estado del hielo marino. Hasta el 4 de febrero no conseguimos establecer contacto con él ni recibir el ansiado correo y las noticias de lo que había ocurrido en el mundo durante el año anterior. Nos enteramos de que habían recogido al grupo de Campbell en el cabo Adare y que lo habían dejado en las caletas de Evans. El 9 de febrero empezamos a descargar, trabajo que nos tuvo ocupados hasta el 14 del mismo mes: había unas tres millas de hielo entre el barco y la orilla, por lo que tuvimos que hacer más de 20 millas diarias. En lo que se refiere a los expedicionarios que habían recorrido largas distancias arrastrando trineos, y que probablemente tendrían que volver a hacerlo, esto fue una equivocación. Durante los últimos días el hielo empezó a deshacerse, y el barco se marchó el día 15 a la costa occidental del estrecho de McMurdo para recoger al grupo de investigación geológica. Pero se encontró con enormes obstáculos; su diario de a bordo Índica que su travesía por el litoral

durante aquel año constituyó una pugna constante con los bancos de hielo y que, cuando ya estaba avanzada la estación, tuvieron que soportar vientos muy fuertes. El 13 de enero el hielo sólido de la entrada del estrecho de McMurdo se extendía hasta el extremo sur de la península de Bird; diez días después encontraron hielo sólido a 30 millas de distancia del promontorio del puerto de Granito. Antes de que acabara la estación intentaron una y otra vez entrar en las caletas de Evans para recoger a Campbell y sus hombres, pero al final el hielo empezó a rodearles por todas partes. La hélice se les quedó totalmente atascada en los bloques de hielo en numerosas ocasiones.

En un principio se pensó que la expedición duraría dos años a partir de la fecha de salida de Inglaterra, pero en enero de 1911, cuando ya nos encontrábamos en el cabo Evans y todavía no se había marchado el barco, empezó considerarse la posibilidad de prolongarla un año más, por lo que se hicieron pedidos de pertrechos a Inglaterra y se encargaron nuevos animales de carga. Y así sucedió que el barco desembarcó no sólo nuevos trineos y pertrechos para viajar, sino también 14 perros de Kamchatka y siete muías, con su comida y equipo correspondientes. Los perros eran grandes y gordos, pero los únicos que realmente servían para arrastrar trineos eran Bullett y un bonito perro blanco llamado Snowy. Fue Oates quien pensó que las muías resultarían mejores animales de carga para la Barrera que los ponis. De ahí que Scott escribiera a sir Douglas Haig, que a la sazón era comandante en jefe en la India, para explicarle qué pensaba hacer si no llegaba al polo en el verano de 1911-1912:

Mi intención es hacer un segundo intento durante la siguiente estación, siempre y cuando se puedan traer animales de carga frescos. Debido a las circunstancias, hay que contar con la posibilidad de sacrificar a los que empleemos en cada intento.

Antes de ordenar que traigan más ponis, he analizado la situación minuciosamente con el capitán Oates, quien me ha indicado que las muías son más apropiadas para nuestra labor que los ponis, y que unas muías de carga indias entrenadas serían perfectas. Resulta evidente que nuestros ponis no andan a paso regular, y aunque son unos animales sumamente útiles, nos causan problemas por otros motivos.

El Gobierno indio no sólo mandó siete muías, sino que las entrenó y equipó con gran esmero, como pudimos comprobar cuando llegaron. En la India estuvieron a cargo del teniente George Pulleyn, quien no hubiera podido dispensarles mayores atenciones y cuidados. Por otro lado, el equipo era sumamente bueno y adecuado para las condiciones del lugar, y además ya habían sido previstas e incorporadas la mayoría de las mejoras que nosotros habíamos hecho tras un año de experiencia. Las muías se llamaban Lal Jan, Gulab, Begum, Ranee, Abdullah, Pyaree y Jan Sahib, y eran unos animales preciosos.

Atkinson pronto tendría que reanudar sus viajes. Antes de que nos despidiéramos de él en la cima del glaciar Beardmore, Scott le dio orden de que saliera en dirección sur con los dos equipos de perros en el caso de que, como parecía probable, Meares tuviera que regresar a Inglaterra. El fin de este viaje no era ni mucho menos el de prestar auxilio. Scott dijo que no contaba con los perros, y que como al año siguiente se iban a realizar nuevos viajes, había que evitar ponerlos en peligro. Aunque se acordó que unos miembros de la expedición se quedarían y otros volverían a Nueva Zelanda, Scott y varios de sus compañeros dejaron para el último momento la decisión de si ellos también iban a permanecer en el sur un año más. En el supuesto caso de que Scott decidiera regresar a Inglaterra, el hecho de que llegara a tomar el barco o lo perdiese podía depender de los tiros de perros. Yo había hablado con Wilson sobre este tema en más de una ocasión, y él era de la opinión de que los asuntos administrativos de la expedición exigían que Scott regresara. Por lo que a él se refería, Wilson se inclinaba a pensar que él se quedaría sí lo hacía Scott. Tengo para mí que la

intención de Oates era regresar; en cambio, estoy seguro de que Bowers quería quedarse. Es más, acogió la idea del tercer año de una manera que dudo que pueda compararse con la de ningún otro miembro de la expedición. Aunque en un principio nos habíamos enrolado para dos años, la mayoría prefería quedarse hasta el final que volver a casa si había que permanecer otro año más.

Espero haber dejado bien claro que el principal objetivo de este viaje con el tiro de perros era acelerar el regreso de Scott y sus compañeros a la base para que pudieran llegar a tiempo de tomar el barco, a ser posible antes de que éste se viera forzado a abandonar el estrecho de McMurdo al acabar la estación. Pero si Scott estaba tan ansioso por comunicarse con el barco antes de que la estación obligara a éste a abandonar el estrecho, también era porque deseaba enviar noticias a Inglaterra. Por los numerosos comentarios que hizo y también por las conversaciones que se mantuvieron en la cabaña durante el invierno, era evidente que consideraba de suma importancia que la noticia de la llegada al polo (en caso de que llegáramos a él) fuera comunicada al mundo antes de que pasara otro año. Naturalmente, también deseaba enviar lo antes posible a esposas y familiares la noticia de que su grupo había regresado sano y salvo. Es necesario hacer hincapié en el hecho de que el fin de los tiros de perros era adelantar el regreso de la expedición polar, no formar una expedición de socorro.

Pero en ese momento Atkinson se encontraba en una posición bastante difícil. Cuando llegamos a la cabaña escribí lo siguiente en mi diario: «Scott debería habernos dado instrucciones para el grupo de los perros, pero parece que se olvidó de ello.» Sin embargo, puede que Scott considerase que ya había dado dichas instrucciones a Atkinson durante una conversación que había mantenido con él en la cima del glaciar Beardmore, en la que le había dicho: «Venga hasta donde pueda con [la comida para perros de] el depósito que se ha montado.»

Según los planes para el viaje al polo, los víveres que necesitaban las tres avanzadillas sin animales para volver desde el depósito de una tonelada hasta la punta de la Cabaña tenían que ser transportados a aquél durante su ausencia. Estos víveres consistían en cinco unidades semanales de las denominadas «raciones extra de la cima». También se había dispuesto que, a ser posible, se montara de paso un depósito de galletas para perros. Éste es el depósito al que se refiere Scott en la antedicha conversación con Atkinson. Según el plan inicial, si los tiros de perros volvían durante la primera mitad de diciembre, se ocuparían ellos de transportar las cinco unidades de comida y las galletas para perros al depósito de una tonelada. Si no regresaban a tiempo para hacer esto, tendría que encargarse de ello un grupo sin animales.

Ya hemos visto que durante el viaje al polo los tiros de perros llegaron más lejos de lo que se pretendía en un principio; en concreto fueron llevados desde los 81° 15' de latitud, que era donde debían dar media vuelta, hasta los 83° 35'. Por añadidura, no hicieron el viaje de regreso tan rápidamente como se esperaba, y los conductores se quedaron prácticamente sin comida y se vieron obligados a llevarse parte de las provisiones destinadas a satisfacer las necesidades de quienes iban detrás de ellos. Los tiros de perros no llegaron al cabo Evans hasta el 4 de enero (*los tiros de perros llegaron a Hut Point el 4 de enero, y al cabo Evans el 5 de enero. Es decir, llegaron unas tres semanas más tarde de lo que pretendía Scott en un principio y diecisiete días después de la última fecha que él había dado, que era el 19 de diciembre*).

Entretanto, un grupo sin animales formado por Day, Nelson, Clissold y Hooper había transportado ya al depósito tres de las cinco raciones extra de la cima, conforme a lo planeado. El peso que llevaban les impidió transportar las otras dos raciones y la comida para perros. De ahí que cuando Atkinson se puso a hacer planes para salir en dirección al polo con los perros, se encontrara con que no había comida para ellos al sur del campamento del desvío y con que aún había que

transportar las raciones que necesitaba el grupo del polo para regresar del depósito de una tonelada. Es decir, el depósito de comida para perros del que Scott había hablado no existía. No obstante, en el depósito de una tonelada todavía quedaba comida suficiente para que el grupo del polo regresara con raciones reducidas. Esto significaba que los tiros de perros no podían hacer gran cosa, sobre todo si se tiene en cuenta lo que habrían podido hacer si hubiera sido posible transportar la comida para los animales al depósito de una tonelada. Además, a la carga que llevaran había que añadir el peso de los víveres para el grupo del polo.

Era una tarea sumamente difícil calcular, siquiera aproximadamente, en qué fecha llegaría una expedición a un determinado punto tras un viaje tan largo cuando las condiciones meteorológicas eran inciertas y el número de días de marcha una incógnita. Las únicas referencias que teníamos en este sentido eran la media de millas diarias que había hecho nuestro grupo de regreso y la media que hiciese el segundo grupo de regreso en el caso de que llegara antes de que salieran los tiros de perros. Desde luego, una semana de más o de menos no constituía un gran margen. Bastaba con que estallaran un par de ventiscas para que se produjera el mismo retraso.

En los planes para el viaje al sur, Scott, basándose en las medias de Shackleton, menciona el 27 de marzo como fecha posible para el regreso a la punta de la Cabaña y deja siete días para recorrer el trecho entre el depósito de una tonelada y la base. No obstante, durante el viaje de ida le oí hablar de la posibilidad de regresar en abril, y el grupo del polo tenía comida de sobra para hacer este viaje con raciones completas.

Atkinson y Dimitri salieron con los dos tiros de perros en dirección a la punta de la Cabaña el 13 de febrero; el hielo marino empezaba a deshacerse, y en aquel momento constituía nuestra única vía de comunicación entre estos dos puntos y, por lo tanto, con la Barrera. La intención de Atkinson era salir de la punta de la Cabaña con rumbo a la Barrera una semana más tarde aproximadamente. El 19 de febrero apareció Crean a las 3.30 con unas noticias increíbles: el teniente Evans se hallaba entre la vida y la muerte y estaba siendo atendido por Lashly cerca del campamento del desvío; el último grupo de apoyo estaba formado únicamente por tres expedicionarios, posibilidad que nunca se había contemplado; y habían dejado a Scott, marchando con rapidez y haciendo buenas medias, a sólo 148 millas del polo. El capitán Scott había avanzado tanto que parecía que iba a regresar mucho antes de lo previsto.

La misma ventisca que estaba gestándose sobre la Barrera y que había soplado en la punta de la Cabaña durante el solitario viaje de Crean (y que luego había remitido en el momento de su llegada), estalló en aquel momento con toda su virulencia. Mientras no amainara lo suficiente como para que los tiros estuviesen en condiciones de viajar, no podrían hacer nada por Evans. Pero mientras tanto Crean necesitaba urgentemente comida, reposo y abrigo. Mientras se le proporcionaba todo esto, Atkinson se enteró poco a poco de la historia del salvamento de Evans, relatada gráficamente por Lashly en su diario (que reproducimos en el capítulo anterior), y reconstruyó la solitaria caminata de 35 millas terrestres realizada por Crean con los detalles que éste le facilitó. No hay que olvidar que Crean hizo este esfuerzo tras acabar un viaje de tres meses y medio y por un terreno sumamente peligroso a causa a las grietas, de las cuales un hombre solo no tenía ninguna posibilidad de salir en el caso de sufrir un accidente. Estuvo dieciocho horas andando, y, al igual que sus compañeros, tuvo suerte de que la ventisca que estalló media hora después de su llegada no se desatara antes, pues nadie en este mundo hubiera podido salvarle, y él no habría podido transmitir la noticia de la delicada situación de Evans.

La ventisca se prolongó hasta la mañana siguiente, de modo que no pudieron hacer nada. Sin embargo, el día 20 por la tarde las condiciones meteorológicas mejoraron, y Atkinson y Dimitri

salieron a las 16.30 con los dos tiros de perros, pese a que todavía soplaba un fuerte viento y el cielo estaba muy encapotado. Acamparon a las cuatro y media de la tarde del día siguiente tras hacer un alto en el camino para que los perros descansaran. Sin embargo, las condiciones meteorológicas eran tan nefastas que estuvieron la mayor parte del tiempo sin saber muy bien cuál era su situación, tanto es así que en una ocasión llegaron nada menos que hasta la isla Blanca. Cuando acamparon por segunda vez pensaron que se encontraban cerca de la tienda de Lashly, y durante un breve claro vieron la bandera que éste había colocado sobre el trineo. Evans seguía vivo, y Atkinson pudo darle de inmediato la verdura fresca, la fruta y la carne de foca que necesitaba su organismo. Atkinson nunca ha sabido cómo expresar la admiración que le produce el cuidado y la atención que Lashly le dispensó.

La ventisca continuó hasta el día siguiente, por lo que les fue imposible ponerse en marcha. Hasta las tres de la noche del día 22 no lograron salir en dirección a la punta de la Cabaña. A Evans lo llevaron en el trineo metido en su saco de dormir. Lashly ha relatado cómo llegaron a la base.

En el cabo Evans no sabíamos nada de estos acontecimientos, los cuales hacían inevitable una reorganización. Estaba claro que Atkinson, siendo como era el único médico disponible, tendría que quedarse con Evans. Éste se encontraba muy grave, tanto es así que, según me contó el propio Atkinson, sólo habría podido aguantar un día más o, a lo sumo, dos. De ahí que nos lleváramos una enorme sorpresa cuando el 23 de febrero a mediodía Dimitri y Crean llegaron al cabo Evans con un tiro de perros y una nota de Atkinson en la que nos decía que, en su opinión, lo mejor era que él se quedara con el teniente Evans y que emprendiera otra persona el viaje con los perros. Sugería que nos los lleváramos Wright o yo. Ésta fue la primera noticia que tuvimos de que los perros no habían salido en dirección al sur.

Wright y yo salimos hacia la punta de la Cabaña aquel mismo día a las dos de la tarde. Cuando llegamos, Atkinson decidió que me llevara los perros. Debido a la temprana partida de Simpson, nuestro meteorólogo, Wright tenía que permanecer en el cabo Evans, ya que por sus conocimientos estaba capacitado para encargarse del importante trabajo que aquél estaba realizando. Dimitri pasó una noche en el cabo Evans para que descansara su tiro de perros y alcanzó la punta de la Cabaña el día 24 por la mañana.

La distancia media diaria que tenía que recorrer cada uno de los grupos de cuatro expedicionarios para hacer el viaje de ida y vuelta entre la punta de la Cabaña y el lugar en que dieran media vuelta sin tener que reducir las raciones en ningún punto del trayecto era de sólo 8,4 millas. Desde la punta de la Cabaña hasta el lugar en que los expedicionarios vieron a Scott por última vez (es decir a 87° 32' de latitud sur), éste había hecho una media de más de 10 millas diarias.

En vista de lo alta que era la latitud (87° 32') en que el segundo grupo de regreso se había despedido de Scott, y de las excelentes medias diarias que estos dos grupos habían hecho en la planicie hasta dicho punto (12,3 millas al día), y considerando además que el primer grupo de regreso había hecho una media de 14,2 millas al día al volver desde los 85° 3' de latitud sur hasta el depósito de una tonelada, y que el segundo grupo de regreso había hecho una media de 11,2 millas desde los 87° 32'de latitud sur hasta el mismo lugar llevando a un hombre enfermo, supusimos que el grupo del polo se habría adelantado a todas las fechas en que estaba previsto su regreso, y que por tanto habíamos perdido la posibilidad de llegar al campamento de una tonelada antes que él. Entretanto, las raciones completas que tenían que permitirles recorrer las 140 millas terrestres que había desde el depósito de una tonelada se encontraban todavía en la punta de la Cabaña.

Las órdenes que me dio Atkinson de palabra fueron las siguientes:

1. Tenía que llevar la comida de veinticuatro días para mí y para Dimitri, y la comida de veintiún días para los dos tiros de perros, así como la comida del grupo del polo.

2. Tenía que llegar al depósito de una tonelada lo antes posible y dejar la comida allí.

3. Si Scott no había ya llegado al depósito de una tonelada, tenía que decidir yo mismo qué hacía.

Atkinson me hizo, además, las siguientes observaciones:

1. Scott no dependía en absoluto de los perros para regresar.

2. Scott había dejado instrucciones precisas de que evitáramos poner en peligro a los perros, ya que había planes de realizar nuevos viajes al año siguiente.

Si se toman en consideración las imprevistas circunstancias que se habían dado, y se tiene en cuenta que hasta entonces había resultado imposible llevar al depósito de una tonelada la comida para perros junto con el resto de las raciones para el grupo del polo, y que, además, este viaje con los tiros de perros no era indispensable, dado que su único fin era acelerar el regreso del último grupo, no creo que hubiese podido recibir mejores instrucciones que las que me dio Atkinson.

Mi intención era partir tan pronto como descansara el tiro de perros que había venido del cabo Evans, pero una ventisca me lo impidió. El 25 por la mañana hacía un tiempo de mil demonios, pero por la tarde despejó bastante y pudimos cargar los trineos; cuando nos metimos en los sacos de dormir se podía ver la colina de Observaciones. Nos pusimos en marcha aquella misma noche a las dos.

Confieso que no las tenía todas conmigo. Nunca había conducido un perro, y menos aún un tiro completo; no sabía cómo orientarme, y el depósito de una tonelada se encontraba en medio de la Barrera, a 130 millas de distancia y lejos de cualquier accidente geográfico. De ahí que aquella noche, mientras nos abríamos paso en medio de la nieve y el viento, pensara que era más conveniente fiarse de la suerte que de mí mismo. No obstante avanzamos sin problemas: Dimitri iba delante con su tiro de perros (algo que haría durante la mayor parte del viaje) y localizaba las huellas con facilidad gracias a su buena vista. Yo tenía que llevar gafas, pero como hacía mucho frío se me empañaban, y no me valían prácticamente para nada. Nos llevamos tres cajas de galletas para perros del campamento de seguridad y otras tres cajas de un depósito situado aló millas de la punta de la Cabaña. Hicimos una parada de seis horas en la cabaña para que pudieran descansar los perros y reanudamos la marcha a las seis de la tarde. Durante todo el día tuvimos una luz espantosa y viento fuerte, pero tras seis horas más de marcha encontramos el campamento del desvío, y yo pude dar un profundo suspiro de alivio. Mientras que la bandera se veía sin ningún problema, a un centenar de metros de distancia no se distinguía nada del mojón. Éste era el último punto del camino en el que había comida para perros, por lo que los animales pudieron comer abundantemente después de las 34 millas (terrestres) que habían recorrido durante la jornada. Era más de lo esperábamos. Lo único que nos inquietaba era que los dos contadores que llevábamos en los trineos funcionaban mal; no obstante parecía que por el momento el que estaba en mejores condiciones de los dos marcaba la distancia total con bastante precisión, si bien las manecillas que indicaban la información más detallada no eran nada fiables. No llevábamos termómetro de mínimas, aunque la temperatura en aquel momento era de -20 °C.

27 de febrero. El monte Terror se ha portado hoy como un amigo, pues la ladera situada justo

encima del Collado se ha mantenido despejada cuando todo lo demás estaba nublado, y nos ha permitido orientarnos, pese a que la teníamos detrás. Cuando nos hemos puesto en marcha se movía nieve a ras de suelo, por lo que nos ha parecido que no íbamos a localizar ninguna señal. Pero hemos tenido buena suerte (si así se le puede llamar) y hemos encontrado todas: primero el trineo de motor y luego, unas 10 millas más adelante, los muros de protección, donde nos hemos detenido para tomar una taza de té. Mi intención era andar 15 millas, pero al final hemos recorrido 18,5, y es que hemos tenido la mejor superficie para trineos que haya visto nunca. Después de comer hemos llegado a un mojón; 20 metros más adelante ya no alcanzábamos a verlo y, sin embargo, hemos podido distinguirlo en el horizonte austral sobre una delgada franja de cielo azul desde mucho más lejos. Hemos acampado justo a tiempo para montar la tienda antes de que se nos viniera encima una tormenta de nieve que veíamos acercarse por el cielo. Ahora sopla una suave ventisca. No esperaba poder hacer en dos días 48 millas. A ver si continúa nuestra buena suerte. Los perros avanzan sin problemas y no se cansan más de la cuenta.

28 de febrero. Hoy, nada más salir, he dado mi primera vuelta de campana. El trineo se me ha volcado sobre un enorme sastruga que se parecía a la Rampa. Dimitri me había sacado mucha distancia, y detrás de mí hacía muy mal tiempo. Como no podía darle la vuelta solo, he tenido que descargarlo. En el preciso momento en que lo ponía bien, los perros se han desmandado. He perdido la fusta, pero he subido al trineo sin ninguna esperanza de detenerlos y me han llevado una milla en dirección sur, dejando en el suelo cuatro cajas de comida para perros, la bolsa de provisiones para la semana, la olla y los palos de la tienda. Los perros se han detenido cuando han alcanzado al tiro de Dimitri, y para entonces el equipo ya ni se veía. Hemos vuelto por él, y al final hemos recorrido 16,75 millas por una superficie espléndida. El sol se ha puesto a las 11.45 horas (10.15 horas en el Atlántico), y se veía reflejado en el cielo totalmente plano. Cuando ha desaparecido del todo, parecía que ardía una enorme hoguera detrás del horizonte. Ahora estamos a -30 °C; es la primera vez que utilizamos una vela.

29 de febrero. Depósito del Farallón. Si alguien me hubiera dicho que íbamos a alcanzar en cuatro días el depósito del Farallón, que se encuentra a casi 90 millas de distancia, no le hubiera creído. Los perros están algo cansados.

Tres jornadas más y estaríamos ya en el depósito de una tonelada. El día en que nos marchamos del depósito del Farallón, que habíamos montado hacía algo más de un año durante el viaje del depósito (cuando se mandaron a la base a algunos de los ponis), pero ya no contenía provisión alguna, recorrimos 12 millas. La luz era buena, y las temperaturas subieron todo lo que cabe esperar en marzo. Por la noche hizo frío y no pegamos ojo. Al día siguiente (2 de marzo) recorrimos nueve millas; el termómetro marcaba -31 °C, soplaba una suave ventisca del noroeste y el cielo estaba bastante nublado. La noche del 3 de marzo alcanzamos el depósito de una tonelada, con un viento bastante fuerte en contra y una temperatura de -31 °C. Éstos fueron los dos primeros días en que tuvimos temperaturas bajas, pero no había por qué preocuparse, y desde luego no hacía más frío del que cabía esperar en aquella época del año.

Al llegar al depósito de una tonelada la primera sensación que tuve fue de alivio, pues el grupo del polo no había pasado todavía por allí, lo que significaba que habíamos llevado las provisiones a tiempo. El problema de lo que íbamos a hacer en el futuro inmediato se resolvió por sí solo: durante cuatro de los seis días que permanecimos en el depósito de una tonelada el tiempo fue tan malo que,

aunque hubiéramos salido en dirección al sur (lo que era prácticamente imposible, entre otros motivos porque el viento soplaba en contra), las probabilidades de ver al otro grupo habrían sido nulas. Durante los dos días restantes podría haber hecho un viaje de ida y vuelta en una jornada, pero entonces habría corrido el peligro de no ver a la expedición por el camino. Decidí quedarme en el depósito, donde no había duda de que acabaríamos encontrándonos.

Al día siguiente de llegar al depósito de una tonelada (4 de marzo), Dimitri se me acercó y me dijo que había que dar más comida a los perros porque no podían más y estaban perdiendo pelo. Los perros habían realizado ya un enorme esfuerzo aquel año con los trineos, de eso no cabía duda. Dimitri poseía una larga experiencia como conductor de perros, y yo no tenía ninguna. Pensé que él estaba en lo cierto, y lo sigo pensando. En consecuencia, aumenté su ración, con lo que nos quedó comida para trece días más, contando a partir del 4 de marzo.

En el depósito de una tonelada tuvimos muy mal tiempo. Cuando soplaba viento la temperatura solía mantenerse relativamente baja, y cuando no soplaba descendía considerablemente. En mi diario tengo apuntadas temperaturas de -36 °C y -38 °C a las ocho de la tarde. Como no contábamos con un termómetro de mínimas, ignorábamos las temperaturas que hacía por la noche. Por otro lado, encuentro en mi diario la siguiente anotación: «Hoy es el primer día realmente bueno que tenemos; sólo ha hecho -23 °C y brilla el sol. Además hemos cambiado la tienda de sitio, los sacos y el equipo se han secado mucho y hemos estado ocupados todo el día haciendo cosas diversas.» Pero por aquel entonces, cuando estábamos en el campamento de una tonelada, yo pensaba que aquellas condiciones meteorológicas obedecían a una ola de frío pasajera: entonces no había razón para suponer que aquél era el tiempo normal en el mes de marzo en medio de la Barrera, donde nadie había estado en aquella época del año. Ahora creo que sí lo era. A pesar en nuestro informe meteorológico, Simpson sostiene que ésas no eran las condiciones habituales en la Barrera en aquella época del año.

Como en el campamento de una tonelada no había un depósito de comida para perros, no era posible avanzar hacia el sur (salvo en el día mencionado) sin matar algún animal. En este sentido, las órdenes que había recibido eran perfectamente claras. No veía razón para desobedecerlas. Es más, daba la impresión de que nos habíamos equivocado al darnos tanta prisa en ir al depósito y adelantarnos a la fecha en que Scott había calculado que volvería, pues parecía que el grupo del polo iba a llegar, efectivamente, en la fecha prevista en un principio y no en la fecha en que nosotros habíamos calculado que lo haría, a tenor de los datos que nos había proporcionado el último grupo de regreso.

Por la información que hemos proporcionado, se comprenderá que no sospechase que el grupo del polo podía necesitar comida. De acuerdo con nuestros cálculos de provisiones, los cinco miembros de la expedición tenían comida de sobra tanto en el trineo como en los depósitos, y además disponían de una gran cantidad de carne de poni almacenada en el depósito central del glaciar. Por otro lado, aunque nosotros no lo sabíamos, la muerte de Evans al pie del glaciar Beardmore permitió a los otros cuatro expedicionarios aumentar sus raciones. Todo el queroseno necesario para preparar esta comida había quedado almacenado en los depósitos. Sin embargo, ahora sabemos algo que entonces ignorábamos: que una parte se había evaporado. De estos temas hablaremos con mayor detenimiento cuando contemos el regreso del grupo del polo y en el último capítulo.

Así pues, yo no estaba muy preocupado por el grupo del polo. Quien empezaba a inquietarme era mi compañero. Al poco de llegar al depósito de una tonelada, se hizo evidente que a Dimitri le sentaba mal el frío. Primero le dolió la cabeza y luego empezó a sentir molestias en el costado y el en brazo derecho, momento a partir del cual se vio cada vez menos capaz de hacer nada con el lado

derecho. Aun así yo no estaba muy preocupado, y la decisión que tomé en relación con nuestros movimientos no estuvo influida por esta complicación. Decidí guardar para el viaje de regreso comida para ocho días, lo que significaba que debíamos ponernos en marcha el 10 de marzo.

10 de marzo. Ha hecho una noche muy fría. A las ocho de la mañana, cuando nos hemos levantado, estábamos a -36 °C. Ha hecho mucho frío mientras recogíamos el equipo y preparábamos a los perros después de los seis días que hemos pasado aquí. Hemos salido con una temperatura inferior a -35 °C y con el viento en contra. Los perros estaban fuera de sí; tenían la mirada pérdida, como si estuvieran locos de remate. El tiro de Dimitri me ha estropeado el contador del trineo, y lo he tenido que dejar en el suelo a una milla del depósito. No nos ha quedado más remedio que agarrarnos al trineo y dejarles correr. No había forma ni de regresar ni de obligarles a dar media vuelta ni de conducirlos. A Dimitri se le ha roto la fusta, y mis perros se han peleado mientras corrían. En una ocasión me han arrastrado con el pie metido bajo la fusta, que se había quedado a su vez trabada en la arandela. Varias veces he tenido que agarrarme donde buenamente he podido para no caerme. Han estado así cinco o seis millas y luego se han tranquilizado.

El contador que nos quedaba no era muy de fiar, pero a juzgar por los puntos en que habíamos acampado y por las huellas que habíamos dejado durante el camino de ida (que tuvimos que seguir porque hacía muy mal tiempo y el cielo estaba muy nublado), calculamos que habíamos recorrido unas 24 millas terrestres, lo que significaba que habíamos hecho una excelente jornada. Cuando acampamos, la temperatura era de sólo -25 °C. Sin embargo, por la noche bajó mucho, y cuando nos levantamos hacía un tiempo tan malo que decidimos aguardar. El 11 de marzo a las dos de la tarde vimos algo de cielo azul y, guiándonos por él, seguimos adelante. Poco después empezó a soplar una suave ventisca y nos detuvimos. Según mis cálculos, habíamos recorrido ocho millas, orientándonos por el aire que me daba en el oído, aunque creo que estuvimos dando vueltas la mayor parte del tiempo. Por la noche sopló viento fuerte e hizo mucho frío. El 12 de marzo, cuando nos despertamos por la mañana, la temperatura era de -36 °C y había ventisca. Paulatinamente fue remitiendo, y a las diez de la mañana Dimitri dijo que veía el Farallón: estábamos en tierra firme, y por lo tanto, en medio de las crestas de presión. La situación era alarmante, pero más adelante se despejó un poco el cielo y me tranquilicé. No obstante, Dimitri estaba convencido que durante la primera parte de la jornada me había desviado considerablemente hacia el este. Aquel día recorrimos entre 25 y 30 millas, tuvimos nieve e hizo una temperatura de -33 °C.

Para entonces Dimitri ya empezaba a preocuparme de verdad. Parecía que estaba mucho peor, y cada vez podía hacer menos cosas. Al día siguiente tuvimos el viento en contra y -34 °C, condiciones en las que se pasa mucho frío si uno va sentado en un trineo. Cuando nos levantamos se veía tierra firme con claridad, y advertí que nos habíamos desviado mucho de nuestro camino, pero se nubló casi de inmediato. Nos acercamos bastante a tierra firme y, tras recorrer una distancia considerable, acampamos. Pero entre que el contador no funcionaba, que había hecho muy mal tiempo durante los últimos días y que nos habíamos guiado por el tenue resplandor del sol que se veía en la niebla, yo tenía una idea muy vaga de dónde nos encontrábamos. Justo después de montar la tienda, Dimitri señaló de pronto un punto negro que parecía agitarse. Nos imaginamos que sería la bandera del trineo de motor que había quedado abandonado cerca del campamento del desvío, que yo creía que se encontraba a una distancia de entre 10 y 15 millas. Esto suponía un enorme alivio. Consideramos la posibilidad de recoger las cosas e ir hasta allí, pero al final decidimos quedarnos donde estábamos.

El 14 de marzo amaneció bastante despejado, lo cual fue una suerte, pues ahora era evidente que

nos encontrábamos a varias millas de distancia del campamento del desvío y demasiado cerca de tierra firme. La bandera que habíamos visto debía de ser el espejismo de una cresta. Fue providencial que no nos llegáramos hasta allí, porque nos habríamos visto en más apuros de los que pasamos en realidad. Por mucho que lo intenté, no logré evitar que mi tiro de perros, que iba delante, se desviara aquella mañana hacia el oeste. Por fin vi algo parecido a un mojón, pero advertí justo a tiempo que se trataba de un «almiar» (es decir, un montículo de presión) y que a uno de sus lados se abría una gran grieta en la que se había derrumbado un puente de unos 50 metros. Recorrimos varias millas sabiendo que estábamos pasando por encima de grietas de gran tamaño pues el hielo sonaba a hueco. Sentí, por lo tanto, un profundo alivio cuando divisé al este el trineo de motor y el campamento del desvío, a dos o tres millas de donde nos encontrábamos.

Dimitri ha dejado allí su cuerda Alpine. También me habría gustado traer el trineo de Evans, pero esto habría supuesto andar cinco millas más, así que lo he dejado. Espero que Scott no piense que nos hemos perdido cuando vea que no hemos dejado ninguna nota.

Dimitri parecía encontrarse cada vez peor, pero continuamos la marcha y al final acampamos para pasar la noche a sólo 15 millas de la punta de la Cabaña. Mi mayor preocupación era saber si se había deshecho el hielo marino que se extendía entre nosotros y la punta, pues me figuraba que subir los perros por la península y llegar hasta el otro lado suponía un esfuerzo que no estábamos en condiciones de realizar. Delante de nosotros las aguas del mar se reflejaban en el cielo, lo cual no presagiaba nada bueno.

El 15 de marzo una fuerte ventisca nos obligó a permanecer parados durante todo el día. Sin embargo, a la ocho de la mañana del día siguiente pudimos ver la silueta de la isla Blanca. Yo estaba muy preocupado. Por un lado Dimitri me había dicho que había estado a punto de desmayarse, y por otro creía que teníamos que seguir adelante, pues existía la posibilidad de que el hielo marino no se hubiera desprendido todavía. Dimitri permaneció dentro de la tienda el mayor tiempo posible, y yo me animé mientras preparaba los trineos al ver que empezaba a despejarse el cielo sobre la isla. El espejismo que se veía en el borde de la Barrera desde el campamento de seguridad resultaba alarmante, pero cuando nos aproximamos solté un suspiro de alivio, pues el hielo marino seguía en su sitio, y lo que habíamos tomado por humo helado no era más que un banco de nieve sobre el cabo Armitage.

Nos abrimos paso entre la nieve y, tras doblar el cabo, vi a Atkinson en el hielo marino y a Keohane detrás, en la cabaña. Al cabo de unos minutos ya nos habíamos contado, en líneas generales, lo que había ocurrido. El barco había intentado repetidas veces llegar a las caletas de Evans, donde se encontraban Campbell y sus cinco hombres, pero no lo había conseguido, y al final, el 4 de marzo, se había marchado del estrecho de McMurdo. Iba a intentarlo otra vez antes de volver a Nueva Zelanda. Evans se encontraba mejor e iba a regresar Inglaterra. Entretanto, en la punta de la Cabaña nos encontrábamos cuatro personas, y no podríamos comunicarnos con nuestros compañeros del cabo Evans hasta que se helara el estrecho. Y es que las aguas lamían ya el pie de la cruz de Vince.

En aquel momento el grupo del polo no nos preocupaba demasiado, pero empezamos a hacer preparativos por si era necesario efectuar otra salida. Habíamos descartado sacar de nuevo los perros, pues estaban extenuados. Las muías y los nuevos perros se encontraban en el cabo Evans. «Atkinson tiene intención de salir de nuevo en dirección sur dentro de cuatro o cinco días para ver qué podemos hacer sin ayuda de los animales si no ha llegado el grupo del polo. Estoy de acuerdo

con él en que en este preciso momento no sirve de nada ir en dirección oeste para reunirse con Campbell. Si nosotros podemos ir hacia el norte, ellos también pueden venir hacia el sur, y además salir los dos grupos al hielo marino joven supone el doble de peligro.»

17 de marzo. Hoy ha sido día de ventisca, pero sólo han soplado vientos de fuerza 5 y 6. No creo que hayan tenido problemas para avanzar por la Barrera. Atkinson piensa salir el 22. Yo calculo que, con un margen de tres semanas y cuatro días para la cima y diez días más de retraso por el mal tiempo, llegarán sanos y salvos cinco semanas después que el último grupo de regreso (es decir, el 26 de marzo). Empezamos a preocuparnos, aunque creo que no hay que alarmarse hasta que llegue esa fecha. Podrían llegar bastante más tarde incluso, y además en buenas condiciones.

Si saliéramos ahora sólo tendríamos alguna posibilidad de encontrarlos desde aquí hasta unas 10 millas al sur del campamento del desvío. A partir de ahí sería inútil buscarlos por mucho que nos esforzáramos, porque no existe ninguna ruta definida. Por lo tanto, yo saldría el 27 de marzo, ya que entonces tendríamos muchas posibilidades de encontrarlos en ese tramo si han tenido algún problema. Se lo he dicho a Atkinson, aunque haré de buen grado lo que él decida. He estado descansando, porque me siento bastante cansado. La idea de hacer un viaje duro, sintiéndome como me siento, no me resulta muy agradable. Francamente no creo que haya motivos para alarmarse.

18 y 19 de marzo. Estamos muy preocupados, pese a que el grupo del polo todavía podría retrasarse. Además, me siento agotado, más aún de lo que pensaba en un principio. Lamento tener que decirlo, pero veo difícil que pueda hacer otro viaje, aunque hoy me siento mejor y he salido a dar un pequeño paseo. Descanso todo lo que puedo.

20 de marzo. Anoche hubo una ventisca muy fuerte: soplaron vientos de fuerza 9, cayó una gran nevada y se movió nieve en polvo. Esta mañana había ventisqueros delante de todas las puertas y ventanas, y hemos estado a punto de no poder salir. Además había entrado en la cabaña una enorme cantidad de nieve. Yo estaba hecho unos zorros; he pensado que salir y limpiar la ventana y la puerta me sentaría bien, de modo que lo he hecho, pero he vuelto en medio de una fuerte ventolera y me he cruzado con Atkinson al entrar. Entonces he notado que me desmayaba, y recuerdo que he empujado la puerta a ver si podía abrirla. No me he enterado de nada hasta que he recuperado el sentido y me he dado cuenta de que estaba tumbado en el suelo por la parte de dentro de la puerta. Me he roto algunos tendones de la mano derecha al caerme.

Dos días después, a la hora del desayuno, oímos aullar a los perros: solían hacerlo cuando se acercaba alguna expedición, incluso si todavía estaba lejos, y lo hicieron cuando Crean llegó a la punta de la Cabaña procedente del campamento de desvío. Nos alegraron los aullidos. Sin embargo, no apareció ninguna expedición. Más tarde nos explicaríamos lo ocurrido al ver una foca en el hielo joven de la bahía de Llegada. Atkinson decidió ir con Keohane a la Barrera el día 26. Estaba claro que yo no podía ir con ellos. Después me diría que al verme llegar con los tiros se había dado cuenta de que seguramente no podría emprender otro viaje.

25 de marzo. Ayer por la tarde se levantó viento, primero del suroeste y luego del sureste, y aunque no tenía mucha fuerza, trajo nubes. Esta mañana nos hemos llevado una sorpresa al descubrir que podíamos ver las montañas Occidentales. Creo que ha hecho buen día en la Barrera, aunque sigue soplando viento y se mueve nieve a ras de suelo. Según mis cálculos, el grupo del polo debería

llegar cualquier día de éstos. Ruego a Dios que no me equivoque. Atkinson y yo solemos cruzarnos la mirada; tiene cara de preocupación, sentimiento que comparto. Dice que no cree que tengan escorbuto. Me parece que, en comparación, los dos nos sentimos bastante tranquilos con respecto a Campbell. Lo único que ha de hacer es tener cuidado, y si algo mostró en el barco fue precisamente eso, cuidado. Están frescos y disponen de carne de foca en abundancia. Campbell habló con Pennell sobre la posibilidad de que naufragaran y no pudieran ir a recogerles, razón por la cual desembarcó raciones para un mes más y las guardó en un depósito. También pensó en la idea de alimentarse de carne de foca. Sabe de la existencia del depósito de la mantequilla y también que un grupo ha viajado por esa zona, y aunque no sabe nada de los depósitos que éste dejó en el cabo Roberts y el cabo Bernacchi, éstos se encuentran en las mismas puntas, y Taylor dice que resulta imposible no verlos si se baja por la costa.

Aquel día Atkinson creyó ver al grupo de Campbell cerca de la punta, y al día siguiente Keohane y Dimitri entraron en la cabaña diciendo, con gran entusiasmo, que los habían visto. Salimos a la punta y al hielo marino en medio de la nieve y estuvimos largo tiempo esperando.

Anoche, cuando llevábamos unas dos horas acostados, oímos cinco o seis golpes en la ventanilla que teníamos encima de la cabeza. Atkinson gritó: «¿Sí?», y luego exclamó: «Cherry, ya están aquí». Keohane preguntó: «¿Quién cocina?» Alguien encendió una vela y la dejó en un rincón de la cabaña para que tuvieran luz, y salimos a todo correr. Pero no había nadie. Parecía cosa de fantasmas. Supongo que fue algún perro que duerme junto a esa ventana; se movería y daría un golpe en la ventana con la cola. ¡Y pensar que Atkinson creyó oír pasos!

El miércoles, 27 de marzo, Atkinson salió en dirección a la Barrera con sólo un compañero, Keohane. Las temperaturas fueron bajas durante todo el viaje, y apenas durmieron, lo que les permitió descubrir que una tienda es un lugar muy frío cuando sólo duermen dos hombres en ella. Los dos primeros días recorrieron nueve millas cada jornada; el 29 de marzo tuvieron muy mal tiempo, pero siguieron tirando y recorrieron 11 millas; entonces despejó y descubrieron que se encontraban en medio de las crestas de presión de la isla Blanca. El 30 de marzo llegaron a un punto situado al sur del campamento del desvío.

En vista del tiempo, las temperaturas, la época del año y la imposibilidad de encontrar al grupo en cualquier lugar que no fuera un depósito, decidí dar media vuelta allí mismo. Almacenamos en un depósito las provisiones de una semana para que pudiesen llegar a la punta de la Cabaña en el caso de que alcanzaran aquella posición. En el día de la fecha tuve la convicción moral de que los miembros de la expedición habían fallecido. Luego resultó que el capitán Scott hizo la última anotación en su diario el 29 de marzo, 11 millas al sur del depósito de una tonelada.

Volvieron el 1 de abril. Atkinson y Keohane llegaron ayer a las seis y media de la tarde. Aunque aquí estaba nublado y soplaba mucho viento, en la Barrera tuvieron un buen día. Han ido hasta el campamento del desvío y luego han avanzado ocho millas más. Seis días después tenían los sacos en mal estado y la ropa en peor estado aún. Deben de haber soportado temperaturas de -40 °C. Tenían la convicción moral de que seguir adelante no iba a servir para nada; además, siendo sólo dos, esto suponía un riesgo innecesario. Han hecho bien en volver. ¡Pobrecillos! Necesitan dormir ya mismo. Espero que Atkinson se ponga a descansar; tiene cara de estar destrozado. Keohane ha aguantado bien y se encuentra en buenas condiciones. Ayer recorrieron más de 15 millas, y han traído el trineo del segundo grupo de regreso, el mismo que tanto les costó arrastrar cuando se lo llevaron. No han dejado de viajar ni un solo día. Aquí ha habido vientos fuertes y nieve en polvo durante la mitad del

tiempo que han estado ausentes […].

Unos días después añadiría lo siguiente:

Tenemos que aceptarlo. No hay ninguna probabilidad de que vuelva el grupo del polo. Además, nosotros ya no podemos hacer nada. El siguiente paso es ir al cabo Evans lo antes posible. Allí hay hombres frescos, o por lo menos frescos en comparación con nosotros.

Atkinson era el único oficial de rango superior que quedaba y, a menos que Campbell volviera con su grupo, el mando del grupo principal recaía en él. No era una posición envidiable, ni siquiera estando fresco y en buenas condiciones físicas. Pero a pesar de todas las preocupaciones y las responsabilidades que tenía, Atkinson me atendió con paciencia y cuidado extremos. Yo estaba tan débil que a veces me resultaba difícil mantenerme en pie: tenía las glándulas de la garganta inflamadas, de suerte que prácticamente no podía hablar ni tragar nada, me daban palpitaciones y sentía muchos dolores. En aquel momento no era más que un incordio, pero su gentileza y la habilidad que mostró con los pocos medicamentos con que contábamos fueron extraordinarios.

Durante aquellas días fueron muchas las ocasiones en que alguien creyó ver que llegaba alguno de los grupos desaparecidos. Aunque luego siempre resultaba ser un espejismo, una foca, una cresta de presión o cualquier otra cosa, nunca llegábamos a persuadirnos de que semejantes noticias carecían de fundamento, y siempre recuperábamos la esperanza. Por lo demás, había un asunto de importancia capital: el estado del hielo en las bahías que nos separaban del cabo Evans. Era absolutamente necesario que nos prestaran auxilio. Entre el 30 de marzo y el 2 de abril los vientos barrieron todo el hielo del centro del estrecho; al día siguiente Atkinson subió a los picos de Llegada para ver qué aspecto ofrecía el hielo que quedaba.

El hielo de las dos bahías que hay antes del cabo Evans es totalmente nuevo. Supongo que se habrá formado esta mañana junto con el resto que se ve en el estrecho. Entre la lengua del glaciar y el cabo Evans hay canales navegables que pasan por la línea que une las puntas de ambos. Entre la lengua y las islas existe un iceberg de gran tamaño y otro tabular cerca del cabo Evans.

Durante los siguientes días tuvimos temperaturas heladoras. El 5 de abril hice la siguiente anotación en mi diario:

Esta tarde hemos probado el hielo. Naturalmente, está viscoso y tiene sal, pero a unos centenares de metros del hielo viejo mide unos 15 centímetros de grosor. Es probable que éste sea el grosor medio por todo el estrecho.

Luego se desató una fuerte ventisca, por lo que tuvimos que esperar cuatro días para poder subir de nuevo a los picos y abarcar hasta cierta distancia con la mirada. Por lo que se podía ver, el hielo de las dos bahías se mantenía firme. Estas bahías son las que forman la lengua del glaciar con la punta de la Cabaña al sur, y el cabo Evans y las islas al norte.

El 10 de abril Atkinson, Keohane y Dimitri salieron en dirección al cabo Evans con intención de bordear la península hasta los acantilados de Hutton y cruzar a continuación el hielo marino de las bahías si veían que era transitable. Había muy poca luz, y faltaba una semana para que desapareciera el sol y empezara la estación invernal. Al llegar a los acantilados de Hutton, donde soplaba el vendaval de costumbre, bajaron inmediatamente al hielo marino con el trineo y se llevaron la grata sorpresa de ver que estaba muy resbaladizo.

Izamos la vela con un fuerte aire a favor y, sentados todos encima del trineo, llegamos a la lengua del glaciar en veinte minutos. Pasamos por encima de la lengua y, como seguía soplando viento y la suerte no nos abandonaba, recorrimos las siete últimas millas en una hora y alcanzamos el

cabo Evans sentados en el trineo.

Una vez allí reuní a todos los miembros de la expedición y les expliqué la situación. Les conté qué habíamos hecho y qué me proponía hacer seguidamente, y les pedí consejo ante el penoso trance en que nos encontrábamos. La opinión fue casi unánime: ya se había hecho todo lo que cabía hacer. Como el año estaba ya muy avanzado y era muy poco probable que pudiéramos remontar la costa para salir al encuentro de Campbell, un par de miembros de la expedición sugirió que se hiciera otro viaje al campamento del desvío. Consciente del tiempo que había predominado últimamente en la Barrera, asumí la responsabilidad de decidir acerca de la utilidad de este plan.

Todo iba bien en el cabo Evans. Habían tenido vientos fuertes y temperaturas altas. (Existía un marcado contraste entre éstas y las que habíamos registrado nosotros en la punta de la Cabaña, cuya media era unos 10 °C más baja que la del año anterior.) Las siete muías estaban bien, pero habían muerto tres perros nuevos. La misteriosa enfermedad que aquejaba a los animales no dejaba de preocuparnos.

Antes de que el barco zarpara con rumbo a Nueva Zelanda subieron a bordo los siguiente miembros de la expedición: Simpson, que tenía que reincorporarse a su trabajo en la India (*Scott indicó en su diario que tenía la certeza de que Simpson iba a quedarse un año más. Sin embargo, la noticia de una enfermedad que afectaba a los miembros de la oficina de meteorología de la India le obligó a regresar*); Griffith Taylor, a quien el Gobierno australiano sólo había dado permiso para un año; Ponting, que había terminado su labor como fotógrafo; Day, cuyo trabajo con los trineos de motor había llegado a su fin; Meares, que tenía que regresar a casa por asuntos familiares; Forde, que no había llegado a recuperarse de los efectos de las congelaciones que había sufrido durante la primavera; Clissold, que había padecido una conmoción al caerse en un iceberg, y Antón, cuya labor con los ponis ya había terminado. El teniente Evans volvía a casa por invalidez.

Archer desembarcó para ocupar el puesto de Clissold como cocinero. También desembarcó otro marinero para ocupar el puesto de Forde; se trataba de Williamson, quien sería el único compañero fresco que tendríamos en nuestros viajes con trineo. Después de él, probablemente el hombre que se encontraba en mejores condiciones físicas fuera Wright. Aparte de ellos, no había nadie a quien, en circunstancias normales, hubiéramos podido considerar apto para hacer nuevos viajes con trineo, y menos aún en unas fechas como aquellas en que el sol se disponía a abandonarnos para dar paso a la estación invernal. Estábamos cansados de tanto arrastrar trineos.

Los siguientes días los dedicamos a hacer los preparativos para un nuevo viaje, y el 13 de abril se puso en marcha un grupo con intención de llegar a la punta de la Cabaña por los acantilados de Hutton. Atkinson, Wright, Keohane y Williamson iban a intentar remontar la costa occidental para socorrer a Campbell. Gran y Dimitri se quedarían conmigo en la punta de la Cabaña. La superficie del hielo marino era ahora sumamente viscosa y no ofrecía las condiciones adecuadas para viajar con trineos, puesto que el hielo había empezado a expulsar sal. Se les echó encima una ventisca y tuvieron que ir corriendo a guarecerse a la isla del Pequeño Cerro. Cuando despejó avanzaron hasta la lengua del glaciar, donde acamparon para pasar la noche y vieron que tenían síntomas de congelación. A la mañana siguiente tuvieron algunas dificultades para subir a la península por el acantilado de hielo, pero Atkinson, utilizando su cuchillo para sostenerse mientras cuatro hombres aguantaban el trineo con los brazos extendidos como si fuera una escalera, logró encontrar finalmente los puntos de apoyo necesarios para trepar.

Entretanto, yo me encontraba solo en la punta de la Cabaña, donde periódicamente estallaban

ventiscas que arrancaban a la vieja cabaña los crujidos y gemidos de costumbre. Cuando mis compañeros emprendieron la marcha hacia el cabo Evans, cometí la estupidez de acompañarles hasta el pie de la pista de esquí. Al despedirme de ellos me di cuenta de que la nieve y el hielo estaban tan resbaladizos que no podía mantenerme en pie, por lo que sufrí varias malas caídas y acabé torciéndome un hombro. Este golpe, sumado a las tristes condiciones en que me encontraba, contribuyó a que me quedara aún más maltrecho y débil de lo había estado en mucho tiempo. Algunos de los días que estuve solo en la punta de la Cabaña me sentí tan débil que únicamente pude moverme a gatas por la cabaña. Tenía que ir a por grasa de la puerta para alimentar el fuego y trocear carne de foca para comer yo, para cocinar y para alimentar a los perros, que estaban en su mayoría atados en la galería o entre la puerta de la cabaña y la cruz de Vince, aunque también había algunos sueltos. Al estar yo solo, en la cabaña hacía un frío glacial, y si no llega a ser por la morfina que había entre las provisiones del cabo Evans no sé qué habría hecho.

Los perros advirtieron que podían tomarse libertades que en otras circunstancias no se atreverían a tomarse. Gemían, gruñían y se peleaban entre sí día y noche. Siete u ocho veces al día tenía que arrastrarme por el suelo para intentar atrapar al cabecilla. Estaba seguro de que era Dyk, pero nunca le sorprendí in fraganti, y aunque lo azoté para curarme en salud, el resultado no fue alentador. Me da vergüenza decirlo, pero en aquel momento hubiera matado a todos de buen grado. Me quedaba tumbado en el saco de dormir, y el suelo de la cabaña se hundía, o bien las paredes desaparecían en la lejanía y luego retornaban; de tanto en tanto despertaba e iba a echar grasa al fogón.

La noche del 14 de abril, cuando llegó el grupo de socorro, me sentía como si acabaran de sacarme del infierno. Había pasado cuatro días solo; creo que si hubiera estado más, habría acabado mal de la cabeza. Me trajeron varias cosas, pero las que más alegría me causaron fueron mis cartas, unos ejemplares del Weekly Times, un par de zapatos de fieltro y… un peine.

El plan de Atkinson era emprender el viaje el 7 de abril por el hielo viejo que se extendía al sur y el suroeste de la punta. Iba a llevarse a Wright, Keohane y Williamson, y su intención era alcanzar la punta de la Mantequilla y remontar la costa oeste a partir de ese punto. SÍ había hielo marino y veían a Campbell avanzar por él, podrían prestarle una gran ayuda. Pero incluso en el caso de que no lo vieran, podrían señalar más claramente algunos de los depósitos que habían montado nuestras expediciones de investigación geológica por donde él debía pasar y de cuya existencia no tenía conocimiento, como ya he indicado antes. Estos depósitos se encontraban en el cabo Roberts, cerca del puerto de Granito, y en el cabo Bernacchi, al norte del puerto Nuevo. También había un depósito en la punta de la Mantequilla, pero Campbell ya lo conocía. Además, podían dejar instrucciones en este sentido en lugares donde él las viera. No cabía duda de que este viaje entrañaba un gran riesgo. No sólo se acercaba el invierno y la luz era escasa, sino que el hielo marino por el que tenían que avanzar era extremadamente peligroso. En esta época del año el hielo marino suele desaparecer en alta mar tan pronto como se forma, o sencillamente queda flotando a merced de la marea. Estaba claro que la cantidad de hielo viejo que restaba del verano era muy escasa, y que la placa de hielo nuevo era sumamente delgada y podía llevárselos en cualquier momento. Sin embargo, teníamos que hacer todo lo estuviera en nuestras manos.

Antes de que se fueran, dejamos preparados algunos cohetes y bengalas para hacer señales desde la punta de la Cabaña en el caso de que llegara Campbell. También se habían dispuesto señales entre la punta de la Cabaña y el cabo Evans en previsión de lo que pudiera suceder. En mi opinión, nos habría venido bien tener algún tipo de heliógrado para establecer comunicación entre la punta de la Cabaña y el cabo Evans cuando hubiera sol, y también algún aparato que pudiera

emplearse como lámpara de señales durante el invierno.

El grupo de Atkinson se puso en camino a las diez y media de la mañana del miércoles, 17 de abril. El sol, que apenas asomaba por el horizonte septentrional a mediodía, desaparecería por completo seis días más tarde, aunque, naturalmente, quedaba todavía por delante un largo crepúsculo. Para unos hombres frescos habría sido muy fácil hacer aquel viaje por hielo viejo, pero que lo hicieran unos hombres agotados, por una costa en la que el hielo probablemente se congelaba y era arrastrado hacia alta mar de forma aleatoria, constituía un acto de valentía.

Durante los dos primeros días les resultó difícil arrastrar el trineo, y la temperatura mínima fue de -42 °C la primera noche y de -43 °C la segunda. En consecuencia, pronto empezaron a quedarse helados. No obstante, encontraron hielo viejo, anduvieron unas 25 millas, y el día 18 a última hora de la tarde acamparon a cuatro millas aproximadamente de los Eskers. A la mañana siguiente soplaba viento de ventisca, pero se adentraron en el hielo joven y recorrieron las cuatro millas que había entre los Eskers y su campamento nocturno. Contentos de haber alcanzado tierra firme sin que el hielo se los hubiera llevado a alta mar, pusieron rumbo al depósito de la punta de la Mantequilla, pero se vieron obligados a acampar a causa de la ventisca, que estalló con auténtica virulencia. Gracias a la subida de las temperaturas (que llegaron a -17 °C), se les deshelaron los sacos de dormir y la ropa, pero no llegaron a secárseles mucho, pues el sol no era muy fuerte. A la mañana siguiente alcanzaron el depósito de la punta de la Mantequilla, aunque

tuvieron dificultades para encontrarlo, ya que no había ninguna bandera en pie. En el preciso momento en que empezaban a montar el campamento, vieron que el hielo que tenían al norte se desprendía y salía a alta mar.

No quedaba más remedio que dar media vuelta, pues ni ellos podían avanzar hacia el norte en dirección a Campbell, ni Campbell podía avanzar hacia el sur para salir a su encuentro. Wright le dijo entonces a Atkinson que había estado en contra de hacer aquel viaje desde el primer momento. «Participó en aquella salida plenamente convencido de que la expedición se había perdido, y, sin embargo, no puso ningún reparo ni expresó ninguna opinión desfavorable. No existen palabras para expresar el agradecimiento que se merecen tales personas.»" Arreglaron el depósito de la punta de la Mantequilla, lo señalaron lo mejor que pudieron por si llegaba Campbell y le dejaron provisiones para dos semanas. Más no podían hacer.

Regresaron a los Eskers aquel mismo día y, sumamente inquietos, esperaron a que la aurora les mostrara el estado en que se encontraba el hielo marino joven que habían cruzado durante el viaje de ida. Se alegraron al comprobar que aún quedaba una parte, y se dispusieron a salvar las cuatro millas que les separaban del hielo marino viejo. Las dos primeras las recorrieron con la vela izada, pero luego tuvieron que arrastrar el trineo, lo que supuso un gran esfuerzo. Entonces vieron unos pingüinos emperador, lo que les hizo pensar que más adelante debía de haber agua. Sin embargo, lograron pasar sin problemas, y cuando acabaron la jornada habían recorrido una decena de millas. El lunes, 22 de abril: «Ha habido ventisca por la mañana, de modo que hemos salido tarde. Hemos puesto rumbo al hielo pinacular y nos hemos encontrado con que nuestra pequeña bahía de hielo ha desaparecido por completo. Por suerte alrededor del hielo pinacular quedaba una especie de cinturón, y después de recorrer siete millas hemos conseguido pasar.»

Martes, 21 de abril. Atkinson y su grupo han llegado aproximadamente a las siete de la tarde. Han tenido muy mal tiempo durante todo el día y les ha costado mucho arrastrar el trineo. Se encuentran exactamente en el mismo estado en que estaría una expedición después de un viaje de primavera con temperaturas bajas: tienen la ropa y los sacos de dormir empapados, y los jerséis, las

chaquetas del pijama y las demás cosas llenos de nieve. Atkinson da la impresión de estar totalmente agotado; tiene las mejillas chupadas y el cuello consumido. Wright también está agotado, y salta a la vista que en general han dormido poco. Menos mal que han vuelto, porque han tenido un viaje difícil y peligroso. Es una suerte que no hayan sufrido ningún percance, pues en esa zona el hielo marino se rompe continuamente, y cuando viajaban por él no sabían si iban a quedar aislados de la costa. Cada dos por tres se abrían canales, incluso en hielo de 30 centímetros de grosor y con poco viento. De todos modos, incluso si el hielo hubiese permanecido fijo en la costa, dudo que hubieran podido quedarse muchos días más.

Aquel día el sol salió por última vez antes de desaparecer durante cuatro meses.

Cuando nos despertamos el 28 de abril hacía muy buen tiempo, y Wright, Keohane y Gran pudieron emprender el camino de regreso al cabo Evans antes de las diez de la mañana. En aquel momento se veía la silueta de la isla Inaccesible, y daba la impresión de que el hielo del estrecho estaba bastante firme. Así pues, decidieron ir por el hielo marino que se extendía debajo del peñón del Castillo en lugar de bordear la península hasta los acantilados de Hutton. Poco a poco el tiempo se fue estropeando después de que se pusieran en marcha, y a las once y media soplaba ya una moderada ventisca, y había descendido la temperatura. Nos invadió una gran inquietud, que aumentó cuando arreció la ventisca y la temperatura bajó a -35 °C, lo que nos impidió ver si el hielo estaba aguantando. Al cabo de dos días despejó. Aquella noche, a la hora convenida, encendieron una bengala en el cabo Evans, señal que nos permitió saber que habían llegado sanos y salvos. Más adelante nos enteraríamos de que, al empeorar el tiempo, decidieron seguir por tierra, ya que no veían otra cosa. Pronto advirtieron que el estado del hielo distaba de ser tan bueno como creían: se habían formado lagunas de agua, y parte del hielo se balanceaba bajo su peso cuando pasaban por él. En una ocasión a Gran se le metió el pie en el agua. Posteriormente Wright se adelantó con la cuerda Alpine, pues el hielo era azul, el arrastre resultaba fácil y soplaban vientos de fuerza 4 y 5. El hielo que se extendía hasta la isla de la Tortuga acababa de formarse, mientras que el que había después era más viejo. En el cabo Evans se les echó encima una ventisca y estuvieron perdidos durante cierto tiempo, pero al final llegaron a la cabaña sanos y salvos. Una de las lecciones de esta expedición es que tuvo muy poco cuidado al transitar por hielo marino.

El 1 de mayo Atkinson, Dimitri y yo salimos en dirección al cabo Evans con los dos tiros de perros. Tan pronto como nos pusimos en marcha se hizo evidente que la superficie estaba en muy malas condiciones. Incluso el hielo que rodeaba la punta de la Cabaña, que era relativamente viejo, ofrecía dificultades a los perros. No habíamos recorrido ni una milla cuando entramos en una zona de hielo recientemente formado, y los trineos se deslizaron sobre una fina capa de sal cubierta de nieve. El camino hasta el peñón del Castillo se nos hizo muy largo, pues tuvimos que avanzar pegados a tierra firme por culpa del espantoso tiempo que hacía: si al salir apenas alcanzábamos a ver la silueta de la isla Inaccesible, en ese momento la bruma y la penumbra ocultaban el horizonte. Decidimos continuar hasta la isla de la Tortuga y cruzar la lengua del glaciar para llegar al hielo viejo lo antes posible. Los perros empezaban a dar muestras de agotamiento: Manuki Noogis, que habíamos enganchado en el puesto de cabeza porque Rabchick había desertado durante la noche, ya no podía más, de modo que se tumbó y se negó a continuar. No tuvimos más remedio que soltarlo y esperar que nos siguiera. Al cabo de un rato surgió la isla de la Tortuga en medio de la oscuridad, pero nos costó un esfuerzo ímprobo llegar hasta allí con los perros, pues nos vimos obligados a tirar y empujar los trineos para ayudarlos. Avanzábamos ya por hielo viejo, y arrastrar el trineo era más fácil, de modo que alcanzamos el cabo Evans sin más incidentes. Al llegar nos encontramos con Rabchick. En cambio a Manuki Noogis ya no volveríamos a verlo.

Cuando estábamos cerca del cabo, Atkinson se volvió hacia mí y me preguntó: «¿A quién iría usted a buscar el año que viene? ¿A Campbell o al grupo del polo?» «A Campbell», respondí. En aquel momento me parecía inconcebible abandonar a unos hombres vivos para buscar a otros que estaban muertos.

14. EL ÚLTIMO INVIERNO

La gente normal y corriente se arrima a Dios como un lebrato perdido en un páramo helado se arrima a un tigre siberiano [...].H. G. WELLS

1. Cinco hombres muertos

SCOTT

OATES

WILSON

EL MARINERO EVANS

BOWERS

2. Nueve hombres que regresan a casa para el tercer año

EL TENIENTE EVANS

DAY

FORDE

SIMPSON

CLISSOLD

ANTON

TAYLOR

PONTING

MEARES

3. Dos hombres que desembarcan

ARCHER

WILLIAMSON

4. Trece hombres que se quedan en el cabo Evans

ATKINSON
LASHLY
APSLEY CHERRY- GARRARD
CREAN
KEOHANE
WRIGHT
DEBENHAM
HOOPER
DIMITRI

GRAN

WILLIAMSON

NELSON

ARCHER

El espacio que se dedica en Scott's Last Expedition al relato de Atkinson del último año que los supervivientes pasamos en la Antártida, que fue el peor de todos, es desproporcionadamente pequeño. Alguien debería obligarlo a escribir, ya que no lo hace si puede evitarlo. Los problemas que se nos plantearon fueron algo excepcional en la historia de la exploración polar, y las condiciones meteorológicas que tuvimos que soportar durante el último invierno nunca se habían dado en el estrecho de McMurdo. El grupo de hombres asignado para los viajes con trineo había realizado últimamente salidas de mucha envergadura (un hombre había participado en cuatro de ellas, nada menos), y ahora estaba completamente agotado. Si en algo había tenido éxito la expedición era en el triunfo de la buena administración y el compañerismo. El consuelo que teníamos era que, en lo que referente al alojamiento, la comida, la calefacción, la ropa y la vida doméstica en general, estábamos espléndidamente abastecidos. Al norte, a varios cientos de millas de distancia, los seis hombres del grupo de Campbell debían de estar luchando por su vida en unas condiciones iguales o peores que las nuestras, a menos que hubieran perecido ya durante el camino de regreso. Aunque nos figurábamos que debían de encontrarse en un trance muy difícil, lo más probable era que estuvieran vivos. Al sur, en algún lugar situado entre el cabo Evans y el polo, había cinco hombres. Éstos sabíamos que estaban muertos.

El problema más inmediato que se nos planteaba era cómo utilizar de la mejor manera posible los recursos que nos quedaban. A casa habían vuelto nueve hombres sin tener la más remota idea de que se había producido una tragedia; pero habían desembarcado dos nuevos, de manera que el último año íbamos a ser 13. Entre éstos había uno, Debenham, que casi con toda seguridad no podría volver a tirar de un trineo debido a una herida en la rodilla; Archer había venido a cocinar, no a viajar, y con respecto a mí, la cosa tampoco estaba clara. De hecho, los hombres con que contábamos para viajar durante el último verano eran cinco oficiales y seis expedicionarios, es decir, un total de 11.

En lo que se refiere al transporte, estábamos bien provistos, pues disponíamos de las siete muías enviadas por el Gobierno indio, que eran unos animales excelentes, y de los primeros tiros de

perros que habíamos traído. A excepción de dos, los perros nuevos que habían venido en el barco no servían para arrastrar trineos. Por otro lado, nuestros tiros de perros habían recorrido unas 1.500 millas sólo por la Barrera, a lo que había que añadir la labor que habían realizado entre la punta de la Cabaña y el cabo Evans. Además, aunque en aquel momento no nos diéramos cuenta de ello, estaban hartos, y ya nunca mostrarían el brío que habíamos esperado de ellos.

Lo primero que acordamos con relación al invierno que teníamos por delante era que todo continuara como de costumbre en la medida de lo posible. Las labores científicas debían proseguir, por supuesto, y luego había que cuidar de los perros y las muías. Había que establecer una guardia nocturna, realizar las observaciones meteorológicas y tomar notas sobre las auroras. Como éramos pocos, iba a hacernos falta la ayuda de los marineros para llevar a cabo estas tareas. Además, teníamos que editar otro número del South Polar Times el día del solsticio de invierno. Todos teníamos claro lo importante que era evitar que el desánimo presidiera la vida cotidiana. Como veremos, esto se hizo aún más necesario cuando nos vimos obligados a permanecer dentro de la cabaña durante varias semanas seguidas a causa de las incesantes ventiscas. Incluso si hacía buen tiempo no teníamos prácticamente otro remedio que quedarnos en el rocoso cabo para pasear y hacer nuestros ejercicios, pues cuando había hielo marino el salir entrañaba un enorme peligro.

Al mando estaba Atkinson, que también se ocupaba de los perros con ayuda de Dimitri. Muchos de éstos (tanto los que ya habían hecho arrastres como los que acababan de llegar) se encontraban en muy malas condiciones, por lo que no tardamos en improvisar un hospital para ellos. En aquel momento nos quedaban 24 perros del año anterior, a los que había que sumar los 11 que acababa de traer el barco, tres de los cuales ya habían muerto. Lashly estaba a cargo de las siete muías, que fueron asignadas a otros tantos hombres para que las adiestraran, Nelson proseguiría sus trabajos de biología marina y Wright se ocuparía de las investigaciones de meteorología, química y física. Las provisiones correrían por cuenta de Gran, quien también ayudaría a Wright con sus observaciones meteorológicas. Debenham se encargaría de los trabajos de geología y fotografía. Yo recibí orden de descansar durante una buena temporada, aunque podía realizar los trabajos de zoología, ocuparme del South Polar Times y redactar el Informe Oficial de la Expedición todos los días. Del equipo y los suministros de los trineos se encargaba Crean. Archer era el cocinero, y Hooper, nuestro doméstico, quedaba a cargo del funcionamiento de la planta de acetileno. Para los otros dos marineros, Keohane y Williamson, había trabajo de sobra entre las tareas diarias del campamento y los preparativos para la estación de viajes que se avecinaba.

La ventisca que llevaba amenazando desde el 1 de mayo, día en que habíamos salido de la punta de la Cabaña, estalló poco después de nuestra llegada. El hielo de la bahía Norte, que se había formado hacía ya bastaste tiempo, fue arrastrado a alta mar el primer día de tormenta, y sólo quedó una pequeña franja a lo largo de la costa. El resto desapareció al día siguiente por la tarde; el viento seguía arreciando y soplaba a rachas de hasta unas 90 millas por hora. Lo curioso era que el cielo había permanecido despejado desde el primer momento.

Esto ocurrió el segundo día de ventisca. Al anochecer el viento soplaba con la misma virulencia, empezó a nevar copiosamente y el cielo se nubló por completo. De tres a cuatro de la mañana el viento sopló con tanta fuerza que en la pared de la cabaña oímos un incesante ruido de arena y piedras. El mecanismo del anemómetro estuvo atascado la mayor parte del tiempo debido a la constante nieve que caía. A las cuatro de la mañana Debenham, que era el encargado de la guardia aquella noche, pasó un mal rato intentando limpiarlo. Mientras estuvo funcionando el aparato registró una ráfaga de viento a más de 90 millas por hora, pero cuando estaba estropeado sopló una mucho más fuerte que arrojó una andanada de piedras contra la pared y nos despertó a casi todos. A la

mañana siguiente observamos el anemómetro en lo alto de la colina durante tres minutos y vimos que el viento corría a una media de 104 millas por hora Más tarde comprobamos que soplaba a una media de 78 millas por hora. La ventisca aún continuaba al día siguiente; sin embargo, el 6 de mayo hizo uno de esos preciosos días despejados en que resulta difícil imaginar que pueda estallar alguna vez otra ventisca, y vimos los daños que la tormenta había causado en el hielo marino. El centro del estrecho estaba limpio de hielo, y al suroeste las aguas se extendían hasta la isla Tent. Aunque en aquel invierno tuvimos que soportar muchas ventiscas peores, aquella tormenta fue importante porque se desató en un momento crítico para la congelación del mar, de tal suerte que, una vez disperso, el hielo ya no lograría alcanzar de nuevo el grosor suficiente como para soportar los vientos que iban a predominar a partir de aquel momento en la zona.

De ahí que encuentre en mi diario la siguiente anotación con fecha del 8 de mayo:

Hasta ahora nunca habíamos considerado la posibilidad de que en invierno el mar no se quedara helado de manera permanente en esta zona y en la parte oeste del estrecho. Pero aquí seguimos con agua, y parece muy probable que este año no haya nada de hielo permanente, al menos al norte de la isla Inaccesible y de este cabo. Aunque la bahía Norte está ahora cubierta, el hielo, que por la noche ha sido arrastrado a alta mar y luego ha vuelto al interior, sólo está unido al cinturón por una franja de hielo recién formado.

Durante aquel invierno el hielo de la bahía Norte se desprendió del cinturón en un sinfín de ocasiones con total independencia del viento que soplara. Yo lo observaba atentamente en la medida en que me lo permitía la oscuridad. Había veces en que la parte sur del hielo marino no sólo se alejaba de tierra firme en dirección norte, sino también del frente del glaciar en dirección sur. En ocasiones el hielo se acumulaba contra el glaciar al noreste. Daba la impresión de que la placa entera de hielo estaba sujeta a un movimiento circular cuyo origen se hallaba en un punto cercano a la isla Inaccesible. Como consecuencia de esto a menudo nos encontrábamos con una serie de canales de hielo recientemente formado, cada uno de una antigüedad diferente, que se extendían unos cuarenta metros hasta un pedazo de hielo viejo. Se trataba de un fenómeno interesante desde el punto de vista de la formación del hielo marino, el cual aparecía de vez en cuando cubierto de bellísimas flores de los hielos. Pero era peligroso para los perros, que a veces no advertían que los canales no eran lo bastante fuertes como para soportar su peso. Un día Váida se sumergió en el agua, aunque se las arregló para salir por el lado más alejado, y consiguieron que volviera a tierra firme justo antes de que toda la placa de hielo sobre la que se encontraba saliera a alta mar. Noogis, el buen perro guión de Dimitri, desapareció durante el invierno en varias ocasiones, y parece ser que por lo menos en una de ellas fue arrastrado por un pedazo de hielo, pero logró volver a tierra firme a nado, pues cuando llegó al campamento tenía el pelo cubierto de hielo medio derretido. Al final desapareció definitivamente. Todos los intentos que hicimos para encontrarlo fueron infructuosos, y nunca logramos averiguar qué había sido de él.

Váida, un animal fuerte e irascible que debía de pesar el doble que cuando regresamos del campamento de una tonelada, acabó aquel invierno convirtiéndose prácticamente en un perro doméstico: aguardaba en la puerta para que los hombres le dieran una palmadita al salir y a veces entraba en la cabaña durante la guardia nocturna. Pero no le gustaba que lo despertaran por la mañana; a mí particularmente no me gustaba tener que hacerlo, porque podía ponerse desagradable. Aquel año dejamos a muchos perros sueltos, y a veces, cuando uno de nosotros estaba tranquilamente de pie sobre una roca del cabo, pasaban por su lado tres o cuatro de ellos como sombras en la oscuridad, buscando afanosamente focas en el cinturón de hielo. Éste era el problema de darles tanta

libertad, y lamento tener que decir que encontramos un buen número de focas y emperadores muertos. Había un perro nuevo, llamado Lion, que a veces me acompañaba a lo alto de la Rampa para ver en qué condiciones estaba el hielo del estrecho. Parecía tan interesado en ello como yo, y mientras yo miraba por los prismáticos de noche, él se sentaba y extendía la mirada sobre el mar, el cual, según la antigüedad del hielo, era de color blanco o negro. Por supuesto, también teníamos un perro llamado Peary y otro llamado Cooke. Peary fue sacrificado en la Barrera porque se negaba a tirar del trineo. En cambio, Cooke continuó con nosotros. Por lo visto, sus compañeros le hacían el vacío, situación que, por alguna razón perversa, le gustaba. Por la noche le perseguían los perros sueltos, y cuando aparecía, y había otros por los alrededores, solían emprender entre todos la típica carrera de obstáculos. También él me acompañó un día hasta lo alto de la Rampa, pero a medio camino dio de repente media vuelta y huyó hacia la cabaña a todo correr. Tres perros salieron de detrás de las rocas y comenzaron una persecución. Daba la impresión de que todos estaban divirtiéndose de lo lindo.

La cuestión de qué convenía hacer durante la siguiente estación debíamos de tenerla en la cabeza todos. ¿A cuál de los dos grupos de desaparecidos debíamos ir a buscar? La posibilidad de hacer un viaje de invierno para socorrer a Campbell y sus cinco hombres estaba totalmente descartada. Dudo que fuera posible ir a las caletas de Evans con un grupo de hombres en buenas condiciones físicas, pero, en cualquier caso, para nosotros se trataba de algo inimaginable. Además, no cabía duda de que, si nosotros podíamos hacer el viaje de ida y vuelta, Campbell también podía hacer el de vuelta. Por si fuera poco, todo indicaba que al pie de las montañas Occidentales no había hielo marino, aunque esto no pesó mucho en nuestro ánimo a la hora de tomar la decisión.

El problema, tal y como se nos planteaba, era el siguiente: cabía la posibilidad de que el Terra Nova hubiera recogido al grupo de Campbell. Pennell se proponía intentar de nuevo llegar a las caletas antes de regresar a Nueva Zelanda, y era probable que por culpa del hielo el barco no lograra comunicarse otra vez con el cabo Evans. Por otra parte, también existía la posibilidad de que el barco no hubiera logrado socorrerlo, y en vista de las condiciones del hielo marino tampoco parecía probable que Campbell pudiera bajar por la costa en aquel momento. Él y sus hombres corrían peligro sobre todo en invierno; una vez acabado éste, el peligro disminuiría cada día que pasara. Teniendo en cuenta la probable fecha de llegada del barco, calculábamos que si nos poníamos en camino a finales de octubre para socorrer a Campbell nos reuniríamos con él sólo cinco o seis semanas antes de que el barco lo socorriera. Sin embargo, también podía ser que Campbell y sus hombres aún estuvieran vivos, y que después de aguantar todo el invierno, su vida dependiera de que fuese alguien a socorrerlos.

Por otro lado, pensábamos que los miembros del grupo del polo debían de estar muertos. Podían encontrarse en cualquier lugar entre la punta de la Cabaña y el polo, cubiertos de nieve o en el fondo de una grieta. Esto último parecía lo más probable. Entre el depósito sur del glaciar, situado a 85° 5' de latitud sur, y el polo (es decir, la distancia completa del viaje de la planicie), ignorábamos tanto las rutas que habían podido seguir como la situación de sus depósitos, puesto que el teniente Evans, que había vuelto con el último grupo de regreso, había sido enviado a Inglaterra por invalidez, y ninguno de los marineros que quedaban de su grupo conocía las rutas.

Tras la experiencia que habíamos tenido los dos grupos de apoyo durante el descenso del glaciar Beardmore (en el cual nos habíamos encontrado en peligrosísimas zonas de grietas), la opinión generalizada era que el grupo del polo había caído en una. El peso de sus cinco miembros, comparado con el de los cuatro y los tres que formaban respectivamente el primero y el segundo grupo de regreso, respaldaba esta teoría. Lashly se inclinaba a pensar que habían sucumbido al

escorbuto. La respuesta correcta no se nos ocurrió ni por asomo, dado que contaban con raciones completas para mucho más tiempo que el que, de acuerdo con las medias que habían hecho hasta los 87° 32' de latitud, probablemente estarían de viaje.

El principal objetivo de la expedición era llegar al polo. Sí no se encontraba ningún testimonio, no se llegaría a saber nunca a ciencia cierta si habían tenido éxito o habían fracasado. ¿No constituía un deber no sólo para con ellos y sus familiares sino también para con la expedición averiguar en la medida de lo posible qué suerte habían corrido?

Las posibilidades de encontrar los restos del grupo del sur parecían muy remotas. No obstante, Scott era muy riguroso a la hora de dejar notas en los depósitos, por lo que parecía probable que hubiera dejado algún mensaje en el depósito sur del glaciar antes de iniciar el descenso del Beardmore. Sería interesante comprobarlo. SÍ hacíamos el viaje, tendríamos que ir preparados para alcanzar este depósito, pues a partir de dicho punto ya no podríamos averiguar su paradero, como ya he explicado. Por otro lado, no teníamos depósitos, y si emprendíamos el viaje preparados para llegar hasta dicho punto del glaciar sería necesario llevar tal número de hombres que nos sería imposible mandar otro grupo para socorrer a Campbell.

La noche en que nos reunimos en la cabaña para decidir qué hacíamos teníamos todo esto presente. El problema no era fácil de resolver. Por una parte, cabía la posibilidad de que fuéramos en dirección sur y no encontrásemos ninguna huella del grupo del polo, y que, mientras nos pasábamos el verano viajando inútilmente, los hombres de Campbell murieran por falta ayuda; por otra, podíamos ir en dirección norte y encontrar a los hombres de Campbell sanos y salvos, pero entonces ya nunca se sabría qué suerte había corrido el grupo del polo y cuál había sido el resultado de sus esfuerzos. ¿Teníamos que abandonar a unos hombres que podían estar vivos para buscar a otros que sabíamos que estaban muertos?

Éstos fueron los puntos que expuso Atkinson cuando nos reunimos todos los miembros de la expedición. Expresó su convicción de que debíamos ir al sur y luego nos preguntó a cada uno cuál era nuestro parecer. Nadie era partidario de ir al norte: sólo un miembro votó en contra de ir al sur, y prefirió guardarse su opinión. Teniendo en cuenta la complejidad del problema, me sorprendió semejante unanimidad. Así pues, nos preparamos para otro viaje al sur.

Es imposible expresar, y casi imposible imaginar, lo difícil que fue tomar aquella decisión. En aquel entonces no sabíamos nada, mientras que ahora lo sabemos todo. No hay nada más arduo que comprender a la luz de los hechos las dudas que otra persona ha abrigado en las sombras de la incertidumbre.

Las actividades invernales de la base se desarrollaban con normalidad. Dentro de la cabaña disponíamos de bastante más espacio del que nos hacía falta, lo que nos permitía hacer bajo techo tareas que de lo contrario hubiéramos tenido que hacer a la intemperie. Por ejemplo, abrimos un agujero en el suelo del cuarto oscuro y metimos con un trineo varias rocas pesadas de lava de keniaíta, que congelamos en la roca sobre la que estaba construida la cabaña aplicando el sencillo método de echar agua caliente sobre ellas; la plataforma así formada fue utilizada por Wright para hacer sus observaciones con el péndulo. Yo pude despellejar varias aves en la cabaña, en la que, por cierto, hacía mucho más frío desde que éramos menos.

Aquel invierno el viento fue mucho más violento. En el mes de mayo su velocidad media fue de 24,6 millas por hora; en junio, 30,9, y en julio, 29,5. El porcentaje de horas en que sopló con una fuerza superior a la de un viento «duro» (es decir, a 42 millas por hora en la escala Beaufort) fue del 24,5 en mayo; del 35 en junio, y del 33 en julio.

Estas cifras hablan por sí mismas: a partir de mayo vivimos en medio de vientos huracanados y

nieves cegadoras, por lo que las aguas que se extendían ante nuestra puerta no pudieron helarse de forma permanente.

Tras la ventisca de principios de mayo que ya he descrito, el hielo que circundaba la punta del cabo Evans y el que había en la bahía Norte alcanzó un grosor considerable. Instalamos en él una estación meteorológica, y Atkinson colocó en un agujero una trampa para peces. Esta trampa dio lugar a una considerable rivalidad, pues los marineros se pusieron a construir otra de gran tamaño para hacerle la competencia, aunque al final el proyecto no resultó tan ambicioso. Una mañana se oyeron unos vítores, y Crean apareció triunfalmente con 25 piezas procedentes de su trampa. La vez anterior Atkinson sólo había recogido una pieza, pero esto se debía a que las focas habían encontrado sus agujeros; mientras las focas no dieran con él, en un agujero nuevo se podía conseguir peces sin problemas. Uno de estos peces, un tremas homo, presentaba un brote parasitario en el dorso. Los parásitos externos no son comunes en la Antártida, por lo que constituyó un hallazgo interesante.

El 1 de junio, Dimitri y Hooper fueron con un tiro de nueve perros hasta la punta de la Cabaña a ver si podían encontrar a Noogis, el perro que nos había abandonado durante el viaje del 1 de mayo. Allí disponía de abundante comida; sin embargo, no había ni rastro de él. Cuando volvieron, los expedicionarios contaron que la superficie era mala para correr, y que en el hielo no había grietas de presión como el año anterior, pero que desde la isla del Gran Cerro hasta la isla Tent se abría una enorme grieta en movimiento. En la punta de la Cabaña se habían formado grandes ventisqueros, algo que también había ocurrido en el cabo Evans. Durante los primeros días de junio las temperaturas fueron inferiores a -35 °C. Nos animamos al ver que el termómetro bajaba, pues necesitábamos que se formara hielo marino permanente.

Sábado, 8 de junio. Afortunadamente, los cambios climatológicos que se han producido desde ayer por la noche son poco comunes. El jueves por la tarde se levantó un fuerte viento del norte acompañado de nieve, que arreció durante la noche hasta alcanzar una velocidad de 40 millas por hora; la temperatura fue de -30 °C. Los vientos fuertes del norte son poco habituales, y generalmente anuncian ventisca. Este viento remitió hacia la mañana, tras lo cual luego hizo un día despejado y tranquilo, y a las cuatro de la tarde la temperatura descendió a -36 °C. Durante el día el barómetro se mantuvo desacostumbradamente bajo, tanto es así que a mediodía sólo marcaba -33 °C. Luego, a las ocho de la tarde, con una temperatura de -38 °C, se desató una ventisca; al mismo tiempo el barómetro experimentó una fuerte subida, por lo que nos pareció una señal mucho más clara del comienzo de la ventisca que la temperatura del termómetro, la cual no subió mucho. Por la noche el viento ha sido muy fuerte; se ha mantenido a velocidades de entre 72 y 66 millas durante horas, y todavía no muestra señales de remitir. Ahora, después de comer, la cabaña cruje y se estremece, y de vez en cuando cae sobre ella una lluvia de piedras. La nieve es, en general, muy copiosa.

Domingo, 9 de junio. Durante el día la temperatura ha sido algo más elevada, hasta el punto de que llegó a -18 °C, y todavía no hay indicios de que la ventisca vaya a ceder. Las rachas siguen siendo de una velocidad altísima. Por lo visto, al norte se ha desprendido una gran cantidad de hielo, pero al menos parece que hay probabilidades de que la estrecha franja que se ha formado delante sea ya permanente, lo cual tiene una gran importancia para nosotros.

Lunes, 10 de junio. Hoy el tiempo ha sido sumamente inestable. Resulta dificilísimo leer, escribir o hacer cualquier cosa cómodamente con semejante estruendo en el exterior: la cabaña tiembla de tal manera que empezamos a preguntarnos si aguantará mucho este viento. La mayor parte

del tiempo sopla a una velocidad de unas 60 millas por hora, pero las ráfagas son mucho más fuertes, y a veces da la impresión de que algo va a salir volando. Justo antes de comer estaba devanándome los sesos para escribir el editorial del South Polar Times después de felicitarnos de que todavía hubiera hielo marino en la bahía Norte, pero durante la comida ha entrado Nelson y ha anunciado que han desaparecido los termómetros. Esto significa que ha desaparecido todo el hielo de la bahía Norte. Y nosotros que estábamos convencidos de que la parte más próxima a la costa, que ya llevaba un buen tiempo allí y tenía más de medio metro de grosor, iba a aguantar… Con ella han desaparecido la estación y los instrumentos meteorológicos de la bahía Norte, que estaban a unos 400 metros de la costa, la trampa para peces, unas palas y un trineo con una palanca. Las rachas de viento que han soplado durante la comida poseían una fuerza excepcional, por lo que el hielo ha debido de alejarse muy rápidamente. Luego no quedaba ni rastro de él, pese a que no se movía mucha nieve, y se abarcaba una distancia bastante grande con la mirada. Perder el hielo de la bahía Norte supone una gran decepción, pues para los que estamos aquí tiene una gran importancia el hecho de que haya agua o hielo delante de la puerta. Ahora prácticamente lo único que podemos hacer en el cabo es ejercicio y entrenar a las muías, y además a oscuras, con lo cual resulta muy difícil andar. Pero si desapareciera también el hielo de la bahía Sur sería una calamidad pues nos quedaríamos totalmente aislados del sur, y el año que viene no podríamos hacer ningún viaje. Esperemos que no ocurra nada de eso.

Aquella ventisca duró ocho días, de modo que fue la más larga hasta la fecha.

Digamos que ha sido fiel a sí misma hasta el último momento, pues ha soplado con fuerza hasta el final. Primero ha soplado del sur a una media de 68 millas por hora, luego del norte a 56 millas por hora y otra vez del sur hasta que ha amainado. Es todo un alivio estar aquí sentado sin oír ningún silbido en el ventilador, con el tiempo en calma, el cielo estrellado y la bahía Norte congelándose otra vez.

No deja de llamar la atención que tanto este desprendimiento del hielo como el que se produjo a principios de mayo coincidieran aproximadamente con la máxima declinación de la luna, y por lo tanto con una serie de mareas primaverales.

Resultaría aburrido dar un informe detallado de los vientos y nevascas que tuvimos a partir de entonces tanto de día como de noche. Hubo pocos días en que no se desatara la ventisca de rigor, pero, por otro lado, las horas en que brilló la luz de las estrellas fueron sumamente hermosas.

Esta tarde, cuando volvía a la base por el cabo en medio de la oscuridad, he visto en el Erebus una erupción enorme en comparación con todo lo que hemos visto hasta el momento. Daba la impresión de que salía disparada una enorme llama a miles de metros de altura, y que de repente dejaba de subir y volvía a bajar para alzarse de nuevo a media altura y desaparecer a continuación. También salía del cráter una enorme columna de humo. Por lo que dice Debenham, es probable que no fuera una llama lo que he visto sino el reflejo de una enorme burbuja que estaba estallando en el cráter en ese momento. Luego la nube de humo se ha ido extendiendo hacia el sur, y al final ya no se veía hasta dónde llegaba.

Las ventiscas se sucedían una tras otra, y a principios de julio tuvimos los cuatro días más desapacibles que yo recuerde. Por lo general, cuando uno sale al exterior en plena ventisca la nieve no se le queda pegada a la cara y la ropa y, aunque no puede verse la mano extendida (sobre todo en los oscuros días de invierno), el viento evita que uno acabe rebozado de blanco. El viento también evita que las tiendas, la cabaña, las cajas y el terreno queden sepultados. Sin embargo, durante aquella ventisca le caía a uno encima tal cantidad de nieve que no tardaba en taparle el cuerpo,

llenarle la cara y nublarle los ojos. Gran estuvo un rato perdido en la colina cuando fue a tomar las observaciones de las ocho de la mañana, y Wright tuvo dificultades para regresar de la cueva de investigaciones magnéticas. Hubo hombres que no se perdieron de milagro, y ello a pesar de que se encontraban a sólo unos metros de la cabaña.

Cuando aquella ventisca amainó, el campamento estaba sepultado bajo la nieve, e incluso los ventisqueros que cubrían las superficies despejadas habían ganado en altura más de un metro de media. De cada lado de la cabaña descendía hasta el mar un enorme ventisquero. Aunque creo que no llegamos a recuperar algunas de las provisiones, la mayor parte las llevamos a la parte de atrás para tenerlas más a la vista, pues allí el terreno era más elevado.

Por aquella época empecé a distinguir grandes placas de hielo de fondo cerca de la punta del cabo Evans, es decir, hielo joven pegado al fondo del mar. Ahora las aguas también se extendían por el otro lado del cabo hasta la bahía Sur, situada a nuestras espaldas, pero estaba muy oscuro, con lo cual uno no podía hacerse una idea cabal de la distribución del hielo en el estrecho. Temíamos habernos quedado aislados de la punta de la Cabaña, aunque yo creo que no era así. De todos modos, en el centro del estrecho las aguas se extendían varias millas hacia el sur. Los días en que el cielo estaba lo suficientemente despejado como para salir a hacer cosas fuera de la cabaña eran una excepción. Dios estaba muy enojado.

Domingo, 14 de julio. Hemos tenido ventisca durante la noche, y después de desayunar ha nevado copiosamente. Durante el oficio religioso han salido algunos hombres a recoger hielo para el agua de la cabaña. El hielo marino había desaparecido de la bahía Norte, y los hombres se han imaginado que el mar estaría despejado y negro, pero Crean me dice que han llegado hasta el mismo borde del cinturón; más tarde, cuando ha despejado, hemos visto que el mar estaba igual de blanco que el cinturón de hielo. La marea debe de haber arrastrado hasta aquí un trozo de hielo que había anoche en medio de la bahía a pesar del viento en contra, que soplaba a unas 40 millas por hora. Esto muestra la influencia que tienen las mareas y corrientes en comparación con los vientos, pues precisamente estos días está habiendo unas mareas muy pronunciadas. Ha hecho viento y ha nevado durante toda la mañana, pero, como estaba subiendo la marea, el agua ha empujado el hielo contra el cinturón, tanto es así que al final se ha quedado ahí, pese a que la marea había empezado a bajar y soplaba un fuerte viento del sur.

Por cierto que estos vientos tan violentos fueron en gran medida los responsables de que los icebergs que había encallados en nuestra zona se movieran y fragmentaran. Por otro lado, la estación meteorológica de la Rampa debió de salir volando hacia el mar pues su soporte estaba roto por la mitad y no encontramos ni rastro de ella. Wright perdió dos puertas que había colocadas en la entrada de la cueva de investigaciones magnéticas: cuando las levantó, el viento se las arrancó de las manos, tras lo cual desaparecieron en el aire y ya no volvimos a verlas.

Al mar le faltaba tan poco para helarse que ya debía de contener un elevado número de cristales de hielo. Yo me acercaba con frecuencia al cinturón para contemplar cómo el viento lamía las aguas con su lengua antes de salir corriendo hacia alta mar. Entonces sobrevenía inesperadamente una calma absoluta, y una película de hielo cubría la superficie del mar tan rápidamente que lo único que cabía decir era que si antes no estaba, ahora sí. A continuación volvía a levantarse el viento, y el hielo desaparecía. Una vez, cuando ya había acabado el invierno y volvía a brillar la luz del sol, me encontraba en la punta del cabo. Mientras alrededor el aire estaba totalmente tranquilo, delante de mí, a una media milla de distancia, soplaba una ventisca en toda regla. Un densísimo banco de nieve tapaba por completo las islas e incluso el iceberg que flotaba entre la isla Inaccesible y el cabo. La

parte superior del banco, que se veía con nitidez, era menos espesa, por lo que se distinguía débilmente la cima de la isla Inaccesible. El promontorio del Turco también resultaba visible, y el Erebus estaba despejado. En realidad me encontraba justo delante de una violenta ventisca que avanzaba por el estrecho; lo que veía era uno de sus frentes, que se elevaba como un muro perpendicular a unos 150 metros de altura y se desplazaba a unas 40 millas por hora. De él procedía el rugido del viento y de las olas.

Las condiciones atmosféricas eran de un carácter marcadamente local, como demuestra esta otra experiencia. Atkinson y Dimitri habían ido con los perros a la punta de la Cabaña a dejar un cargamento de galletas y carne desecada para el viaje de búsqueda. Yo les había acompañado parte del camino, y luego había ido a la punta de la lengua del glaciar a colocar una bandera para un trabajo topográfico. Estaba despejado y hacía mucho sol, por lo que resultaba fácil hacer un croquis de la situación relativa de las islas desde aquel punto, el cual permitía ver lo grande que era el pedazo de lengua que se había desprendido en el otoño de 1911. Esperaba disfrutar de un agradable paseo hasta la cabaña, pero entonces advertí que se acercaban un banco de nieve y un fuerte viento procedentes de los acantilados de Hutton, y me alarmé un poco. Como llevaba gafas y no podía ver sin ellas, a duras penas conseguí orientarme por el sol, que todavía asomaba tenuemente en medio de la nieve. Cuál no sería mi asombro cuando, al llegar a la altura de la isla del Pequeño Cerro, salí de pronto de la cortina de nieve y me encontré en una zona donde soplaba un aire suave. En un abrir y cerrar de ojos había dejado atrás una fuerte nevasca en la que no podía ver prácticamente nada y había llegado a un lugar donde, dejando aparte unas pequeñas trombas de nieve formadas por remolinos de aire procedente del norte, reinaba la calma. Trescientos metros más adelante el viento soplaba del norte. Aquel día Atkinson tuvo en la punta de la Cabaña vientos de fuerza 8 y temperaturas de -27 °C; en el cabo Evans la temperatura fue de -18 °C y los expedicionarios estuvieron sentados en las rocas, fumando y tomando el sol. Podría dar muchos ejemplos para mostrar lo locales que eran las condiciones atmosféricas.

Una mañana de mediados de invierno despertamos, como de costumbre, en medio de una ventisca huracanada. Llevábamos unos días de calma, y el hielo se había helado lo suficiente como bajar de nuevo la trampa para peces. Pero estaba claro que no iba a soportar por mucho rato el embate del viento, de modo que después de desayunar Atkinson se armó de valor y dijo que no iba a perder otra trampa por culpa de una simple ventisca. Él y Keohane salieron al hielo y de inmediato desaparecieron de vista en medio de la nieve y la oscuridad. Recogieron la trampa, pero regresaron al cabo por un sitio totalmente distinto, así que nos llevamos una gran alegría cuando los vimos llegar. Poco después el hielo desapareció en alta mar.

Dice mucho a favor de los guías de las muías el que fueran capaces de adiestrar a sus animales sin sufrir daño alguno. De noche, con el suelo sembrado de rocas y las aguas del mar a tus pies, el cabo Evans no es un buen lugar para manejar a una muía briosa y excitable recién sacada de un establo caliente, y menos aún si hace días que no sale, si sopla viento fuerte y si uno sospecha que, además de las manos, también puede tener la cara congelada. Pero el adiestramiento se llevó a cabo sin percances. Las muías tenían ganas de salir, y cuando Pyaree contrajo bursítis y hubo de ser encerrada en el establo, se vengó de sus afortunadas compañeras dándoles a todas un fuerte mordisco cuando pasaban la cabeza por delante de su puerta. Gulab era la peor de todas, pero Williamson la manejaba con habilidad. Algunas eran muy juguetonas, como LalJan, y daban vueltas a todo correr alrededor de sus guías y se detenían para piafar. En cambio, Jan Sabib se aburría y no paraba de bostezar. Alguien insinuó que padecía el «tedio de los polos». En resumidas cuentas, lo que consiguieron fue contribuir a que Lashly, que las almohazaba a diario y les dispensaba los mayores

cuidados, se ganara el reconocimiento de todos. Eran propensas a violentísimos ataques de celos, y les molestaba mucho que un rival recibiera demasiada atención. Sin embargo, un perro llamado Váida era buen amigo de todas ellas, y entraba en los establos y les frotaba el hocico en sus compartimientos.

Su alimentación estaba basada en la comida que Oates había dado a los ponis el año anterior, y los resultados fueron buenos.

El alojamiento que se les dio a los perros en el Terra Nova durante la travesía al sur es criticable. El lector recordará que iban encadenados encima del cargamento de la cubierta principal y, como es lógico, lo pasaron espantosamente durante el vendaval y las posteriores borrascas, aunque éstos no duraron mucho. Sin embargo, era imposible ponerlos en otra parte, ya que las cubiertas estaban tan atestadas que incluso tuvimos que limitar nuestros efectos personales para más de dos años a los que cabían en una pequeña caja de tamaño uniforme. Cualquier marinero comprenderá sin dificultad que era totalmente imposible construir casetas o cobertizos en cubierta con todo lo que llevábamos. De hecho, dudo que los perros lo pasaran peor que nosotros durante el vendaval. En la banca de hielo estuvieron en todo momento bastante cómodos, y en alta mar siempre que hizo buen tiempo. Pero los futuros exploradores habrán de tomar en consideración si en invierno pueden proporcionar más protección a sus perros que la que pudimos ofrecerles nosotros. Amundsen, que estableció su base de invierno en la misma Barrera y tuvo temperaturas más bajas y vientos mucho menos fuertes que los que nos tocaron en suerte en el cabo Evans, metía a sus perros en tiendas, y durante el día los dejaba sueltos por el campamento. Si hubiera soportado los vientos que tuvimos nosotros, sus tiendas habrían salido volando; además, como ya he explicado, no disponíamos de nieve para construir casas como hizo él en la Barrera.

A los perros más pacíficos los dejábamos correr libremente, sobre todo durante el último invierno, al principio del cual les construimos un hospital. Nos habría gustado soltarlos a todos, pero cuando lo hacíamos arremetían de inmediato los unos contra los otros. Quizás hubiéramos podido hacerlo si hubiésemos tomado la precaución de ponerles a todos bozal, que fue lo que hizo Amundsen. Sus perros descubrieron que el juego de pelearse perdía todo su encanto cuando no notaban el sabor de la sangre, de forma que renunciaron a él y se dedicaron a correr alegremente por ahí. Pero en nuestro caso la carnicería entre focas y pingüinos habría sido terrible, y muchos perros habrían sido arrastrados a alta mar por el hielo marino. Los que estaban atados permanecían metidos en sus respectivos agujeros al abrigo de una fila de cajas. Cuando soplaba ventisca, se acurrucaban y quedaban sepultados bajo los ventisqueros, y si estaban en la Barrera se echaban exactamente de la misma manera; de hecho, el primer deber del conductor tras montar la tienda era hacer agujeros para todos los perros. Puede que estas condiciones sean para ellos más naturales que otras, y que estén más abrigados cubiertos de nieve en polvo que en un frío refugio, pero lo dudo. En cualquier caso, estas condiciones tan rigurosas les sentaban de maravilla: después de los viajes más arduos no tardaban en engordar y recuperar la salud, y arrastrando trineos tuvieron un rendimiento excelente. De todas formas no habríamos podido construirles una cabaña, pues teníamos tan poco sitio en el barco que nos vimos obligados a dejar en Nueva Zelanda incluso la cabaña de investigaciones magnéticas, que era una estructura mucho más pequeña. No recomendaría alojar a los perros en un cobertizo anejo a la cabaña principal, aunque, si uno está dispuesto a soportar el olor y el ruido, podría ser una solución.

Las galletas para perros, suministradas por Spratt, pesaban unos 225 gramos cada una. Su ración durante los viajes era de unos 700 gramos diarios, y se las dábamos cuando nos deteníamos para pasar la noche. Les preparamos carne desecada de foca para que no comiesen siempre galletas

cuando arrastraran trineos, pero esta dieta no les sentó bien. El aceite de las galletas tenía el efecto de un purgante, y la carne desecada también: la grasa no la digerían del todo, y se comían sus propios excrementos, como en ocasiones hacían los ponis. Algunos perros comían cuero de forma contumaz, por lo que acabamos poniéndoles cadenas. Al acampar les quitábamos los arneses de cuero y lona y los sujetábamos a los trineos con las cadenas, de manera que no pudieran alcanzar la comida que llevábamos en ellos. Cuando iba en trineo, Amundsen daba a sus perros carne desecada, pero no sé qué más. También les daba carne de perro. Ignoro si nosotros hubiéramos podido hacer lo mismo, ya que nuestros perros eran siberianos, y por lo que sé no se comen los unos a los otros. En la base de invierno les daban un día carne y grasa de foca y al siguiente pescado seco. Durante la larga travesía al sur en el Fram los alimentó con pescado seco; tres días por semana también les daba gachas de pescado seco, sebo y harina de maíz, que cocía a la vez. En el cabo Evans y en la punta de la Cabaña dábamos a nuestros perros unas noches galletas y otras carne fresca de foca, congelada, todo ello en abundancia.

El peor problema que nos plantearon tenía su origen muy lejos, probablemente en Asia. En el diario de Scott se alude a cuatro perros que contrajeron una misteriosa enfermedad durante el primer año en la Antártida. Uno de ellos murió en un par de minutos. Durante el último año perdimos muchos más. Más adelante se descubriría que la causa de la dolencia era un gusano nematodo; Atkinson me ha proporcionado el siguiente informe acerca de este parásito:

Filaría immitis. Algunos perros se vieron afectados por este nematodo, que fue la causa de su muerte, sobre todo durante el segundo año. Ya estaba presente en 1910, cuando la expedición inició la travesía por la costa del Pacífico de Asia y Papua; a todos los perros que se introdujeron en Nueva Zelanda por aquellas fechas se les sometió a un examen microscópico. El huésped secundario es el mosquito Culex.

Los síntomas eran diversos. El primero solía ser un dolor intenso, que hacía aullar y gemir al perro. Esto tenía origen cardiaco y era atribuible a la presencia en el animal de la forma desarrollada. Padecían una marcada hematuria, y los animales se quedaban anémicos debido a la pérdida de hemoglobina. Durante las últimas fases sufrían en casi todos los casos parálisis en los cuartos traseros, que tendía a extenderse hacia arriba y acababa causándoles la muerte.

El lugar donde se infectaron fue probablemente Vladivostok, antes de que los subieran a bordo y los enviaran a Nueva Zelanda. El único método para hacer frente a esta enfermedad es prevenir la infección en las zonas afectadas. Es probable que los mosquitos no piquen si al perro se le ha dado una friega de parafina en el pelo. También se pueden colocar mosquiteras sobre las casetas, especialmente por la noche. Las formas larvales se encontraron en la sangre mediante un examen microscópico; en el corazón se encontró una desarrollada.

Procurábamos matar el menor número de animales posible. Ya he explicado cómo desembarcó el grupo de Campbell en las caletas de Evans. Algunos miembros del grupo querían sacrificar algunas focas por si acaso el barco podía recogerlos. Esto fue antes de que tuvieran motivo alguno para preocuparse. Pero llegaron a la conclusión de que, si hacían tal cosa, podrían causar muertes innecesarias, y luego resultó que aquel invierno estuvieron a punto de morir de hambre. Aun así, este país ha permitido que se maten millones de pingüinos todos los años con fines comerciales y que se venda la grasa por cuatro cuartos.

Nunca matábamos animales a menos que fuera necesario, y los que sacrificábamos los aprovechábamos al máximo tanto para comer como para hacer las tareas científicas que tuviéramos entre manos. El primer pingüino emperador que vimos en el cabo Evans fue capturado tras una emocionante persecución por los alrededores de la cabaña en medio de una ventisca. Nos tuvo varios

días ocupados: el zoólogo obtuvo un esqueleto, una piel de museo que presentaba una coloración distinta de la habitual, y unas interesantes observaciones sobre las glándulas digestivas; el parasitólogo encontró una tenia, y todos pudimos cambiar de dieta. Muchos faisanes han muerto por menos que eso.

Aquel invierno estuvimos acompañados por un gran número de focas de Weddell, aunque se pasaron la mayor parte del tiempo en el agua, lejos del viento. El lugar más abrigado de la Antártida es el mar, ya que su temperatura no suele ser inferior a -2 °C; así pues, una foca que ha estado tumbada en el hielo a treinta y pico grados bajo cero, y quizá con algo de viento, cuando se mete en el mar debe de tener una sensación muy parecida a la que experimenta una persona en Inglaterra un frío día de invierno cuando entra en un invernadero caliente. Por otro lado, un día de mediados de verano en que hacía mucho sol, un marinero se adentró con una barca en la bahía Norte para darse un baño y salió del agua tan rápidamente como se había metido. Uno de los espectáculos más bellos de aquel invierno nos lo ofrecieron las focas, que nadaban y cazaban en las oscuras aguas del estrecho perfiladas por una luz fosforescente.

Organizamos charlas, aunque no tantas como el invierno anterior, en el que acabaron siendo excesivas. Incluimos temas no relacionados con la Antártida. Leímos muchos libros sobre las depresiones y penalidades que se sufren durante la larga noche polar. No obstante, gracias al gramófono, la pianola y la variedad de la comida, los meses de oscuridad del primer año apenas hicieron mella en nuestro ánimo. Vivir a oscuras supone una gran novedad, y creo que la mayoría disfrutamos de ello al máximo. Sin embargo, el segundo invierno supuso una experiencia espantosa, pues algunos de nuestros mejores amigos habían fallecido y otros estaban en grandes apuros o quizás a punto de morir. Por otro lado, vivíamos sumidos en la incertidumbre, estábamos cansados de arrastrar trineos y teníamos que soportar ventiscas día y noche. Aquel año no hubo nadie en nuestro grupo que no agradeciera el regreso del sol, lo cual no es de extrañar, pues volvió a una tierra de ventiscas y, gracias a él, muchos de nuestros problemas iban a resultarnos más fáciles de afrontar. Quienes hacían poco ejercicio en el exterior se veían más afectados por la oscuridad que los demás, y, naturalmente, aquel último año las dificultades para hacer ejercicio al aire Ubre aumentaron en gran medida. La variedad es importante para la persona que viaja por las regiones polares; en cualquier caso, los hombres que realizaron expediciones con trineo tuvieron más aguante que aquellos que se vieron obligados a permanecer en la zona de la cabaña a causa de sus obligaciones.

Por lo demás, quienes salieron mejor parados de aquella expedición fueron los hombres cuya entereza de ánimo era mayor. Al ser más imaginativos, lo pasaban peor que sus compañeros más flemáticos, pero acababan todo lo que empezaban. Además, cuando las cosas se ponían realmente feas, esa misma fuerza de ánimo triunfaba sobre la debilidad física. SÍ usted desea encontrar un buen explorador polar, busque a un hombre sin mucho músculo, en buenas condiciones físicas y con nervios de acero. Y si no encuentra a nadie que cumpla estos dos requisitos, sacrifique el físico y apueste por la voluntad.

NOTA

Por aquellas fechas Wright dio una charla acerca de las superficies de la Barrera que resulta sumamente interesante en relación con el viaje de invierno y la tragedia del grupo del polo. Al

rozamiento de un patín de trineo contra la nieve a temperatura normal cabría llamarlo «rozamiento de patinaje». Es probable que los millones de puntas de cristal sobre las que se deslizan los patines queden reducidas a la mínima expresión al ser derretidas, de modo que el trineo corre prácticamente sobre agua. A esas temperaturas los cristales son más grandes y blandos que los que se forman cuando hace más frío. Es entonces cuando se ven halos sobre la nieve; te llegan hasta casi los pies mientras arrastras el trineo y avanzan contigo. A veces nos orientábamos manteniendo estos halos a un determinado ángulo con respecto a nuestra situación. De acuerdo con mi experiencia, la mejor superficie de arrastre se da a una temperatura ambiente de -8 °C, aproximadamente. Según Wright, en verano la superficie de la Barrera es bastante buena si las temperaturas son inferiores a -15 °C; entre -15 °C y -10 °C ya no es tan buena, y entre -10 °C y -5 °C resulta perfecta. La peor superficie se da a temperaturas superiores a -5 °C y sobre todo en torno a los 0 °C.

Cuando la temperatura subía, la cantidad de hielo que se derretía a causa del rozamiento de patinaje era excesiva. Se formaba entonces hielo debajo de los patines, a veces en cantidades microscópicas, lo que hacía que a los trineos les costase mucho avanzar. De ahí que en el glaciar Beardmore pusiéramos sumo cuidado en mantener los patines limpios de hielo y que los raspáramos con el dorso de los cuchillos cada vez que hacíamos una parada. Puede que el hielo se forme cuando los patines se hunden en la nieve a una profundidad fuera de lo normal, donde la temperatura de la nieve es lo suficientemente baja como para helar el agua que se ha formado por el rozamiento o por la radiación del sol sobre un patín oscuro.

A temperaturas muy bajas los cristales de nieve se vuelven muy pequeños y duros, hasta el punto de que llegan a arañar los patines. Al rozamiento de los patines contra el hielo a tales temperaturas cabría llamarlo «rozamiento de rodaje», y el efecto que produce (como comprobamos tanto en el viaje de invierno como en otras ocasiones) es muy parecido al que causaría el rozamiento de los patines si se arrastrara un trineo por la arena. Este rozamiento de rodaje es el que se produce entre los cristales de nieve.

Si el barómetro sube, uno se encuentra con cristales planos en el hielo, y si baja se encuentra con un espejismo y una ventisca. Cuando se produce un espejismo, el aire sale en realidad de la Barrera. Hasta aquí la charla de Wright.

Después de volver de la Antártida hablé con Nansen acerca de los patines que él recomendaba a los futuros exploradores. El patín de trineo ideal combina fuerza y ligereza. Nansen me contó que, para temperaturas altas, él prefería siempre patines de metal, ya que se deslizan mejor que los de madera. Para temperaturas altas es necesaria la madera. El metal es más fuerte que ésta y pesa lo mismo. Aunque Nansen nunca los ha usado, recomienda los patines de aluminio o de magnesio.

También llevaría patines de madera junto con los de metal para emplear unos u otros según las circunstancias.

La expedición del Discovery utilizó una aleación de cobre, níquel y zinc, pero fue un fracaso. Nansen opina que esto se debió a que los patines fueron montados en el lugar de origen. Cuando se hace esto, la madera se encoge y la aleación no queda del todo plana; así pues, hay que montar el patín donde se vaya a utilizar. Nansen montó los patines en el Fram y obtuvo excelentes resultados. (Creo que los patines del Discovery no constaban de una pieza continua de metal, sino de varias, las cuales se partían por los puntos de unión.) Antes de montarlo, hay que poner el patín de aleación al rojo vivo y dejar que se enfríe. De este modo queda más dúctil, como el plomo, y por lo tanto más elástico. El metal debe ser lo más delgado posible.

Como los patines derriten los cristales de nieve y se deslizan por el agua, el metal no es adecuado para la nieve fría. En consecuencia, Nansen llevaba patines de madera para el frío debajo

de los de metal y quitaba éstos cuando bajaban las temperaturas. Eligió la madera que ofrecía menos resistencia al calor. Probó madera de abedul al pasar por Groenlandia, pero no la recomienda, pues se rompe con facilidad. SÍ se utiliza para los patines roble, fresno, arce o, por supuesto, nogal americano, cuanto más separados estén los anillos del tronco, mejor. El fresno que tiene los anillos próximos se rompe. Existen diferentes tipos de fresno: el fresno americano no sirve para este propósito; hay variedades de fresno noruego que van bien, en tanto que otras no. Nuestros trineos, que llevaban patines de fresno, dieron resultados muy diversos. Los patines de un trineo han de ser ligeramente curvos, de suerte que el centro quede más cerca de la nieve. Los de los esquís también han de ser algo curvos, pero en este caso la parte central ha de quedar hacía arriba, es decir, alejada de la nieve. Esto se debe a la forma en que está cortada la madera, que se seca siempre con la curva del corazón hacia la parte de fuera del árbol.

Para el último año el barco nos trajo seis trineos noruegos nuevos de 3,60 metros de largo con patines de nogal americano de anchuras diferentes: los de delante tenían nueve centímetros y medio de ancho y los de detrás sólo cinco centímetros y medio. Creo que esto fue idea de Scott, quien pensaba que los patines de delante, al ser más anchos, abrirían un surco para los de detrás, y de ese modo el área total de rozamiento sería menor. Una mañana bajamos uno a la bahía Sur para compararlo con otro normal. Pusimos 225 kilos en cada uno. La superficie tenía partes blandas, duras e irregulares. La opinión fue unánime: el trineo de los patines de diferente anchura era más fácil de arrastrar. Más tarde usamos este tipo de trineo en la Barrera y obtuvimos muy buenos resultados.

Si se inventara un aparato con el que se pudieran probar trineos para este fin, sería de gran utilidad. Ningún equipo de exploradores puede calcular exactamente el rendimiento de su trineo, y menos aún si éste es arrastrado por un poni o un tiro de perros. Sin embargo, los trineos son muy diferentes entre sí, por lo que sería magnífico que un conductor pudiera probar los trineos antes de comprarlos y elegir los mejores para los viajes más importantes. Yo creo que eso se podría hacer sujetando algún tipo de balanza entre el trineo y los hombres que vayan a tirar de él.

Nansen también habló de las siguientes cuestiones: Los esquís alquitranados son buenos, porque la nieve no se pega tanto. (Probablemente se refiriera al compuesto noruego conocido por el nombre de fahrt.) Sin embargo, no recomienda patines alquitranados para los trineos. Tras tener la experiencia de dormir en una tienda de seda china que era tan pequeña que cabía en un bolsillo pero en la que se pasaba mucho frío, Nansen recomienda utilizar una tienda doble cuya cubierta interior quede separada para que se pueda quitar el hielo de ambos revestimientos. También cree que una cubierta de lana posiblemente abrigue más que una de algodón, seda o lino. Yo, en cambio, soy de la opinión de que la lana absorbería más humedad de la olla, y desde luego dificultaría mucho las cosas a la hora de sacudir el hielo. Para un grupo de cuatro hombres Nansen llevaría dos sacos de dormir dobles, un palo central para separar a unos de otros y una tela para el suelo que formara parte de la misma tienda. Para un grupo de tres hombres (por ejemplo el que formamos para el viaje de invierno) llevaría un saco de dormir triple. Además, el hielo formado sobre la tienda con el vapor de la olla y el vaho que se suele quitar desde dentro él lo dejaría hasta la hora de levantar el campamento. Cuanto más haya, más calor hará. Considera que los sacos dobles y triples abrigan muchísimo más que los individuales; la objeción de que resultan incómodos no tiene razón de ser, pues cuando uno se acuesta está tan cansado que se queda dormido de inmediato. No obstante, yo recomendaría al explorador que, antes de tomar cualquier decisión, lea los comentarios que hace Scott acerca de este mismo terna.

15. OTRA PRIMAVERA

Oh, soñar; oh, despertar y llegar
allí sin prisas, y con deleite tomar y soltar,
en medio del trance del silencio,
aire en calma.
Atención, pues allí, entre las flores y las hierbas,
sólo el movimiento más fuerte suena y pasa;
sólo vientos y ríos, vida y muerte.

Las flores eran de nieve, los ríos de hielo, y si Stevenson hubiera estado en la Antártida, las habría descrito así.

Dios mandó su amanecer para disipar las pesadillas de la oscuridad. Recuerdo ahora la dicha de un día de agosto, cuando el so! asomaba por el borde del glaciar Barne y mi sombra se recortaba con nitidez sobre la nieve. Fue maravilloso lo grata que fue para mí aquella cuesta de hielo. Hicimos la primera marca en el heliógrafo; se habló de organizar viajes al cabo Royds y a la punta de la Cabaña, así como grupos de reconocimiento; y comimos a la luz del sol, que brillaba por la ventana que acabábamos de limpiar.

Organizamos la expedición de búsqueda con la intención de llegar al depósito sur del glaciar, basándonos en el viaje al polo del año anterior para hacer los planes. Pero ya no disponíamos en la Barrera de depósitos bien provistos. Nuestra intención era que los perros realizaran durante la primavera dos salidas hasta el campamento del desvío. Confiábamos en que los dos grupos de cuatro hombres lograran ascender por el glaciar Beardmore y que uno de ellos se quedara a media altura para realizar estudios geológicos y otros trabajos científicos, mientras el otro subía hasta la cima.

En el fondo, sin embargo, estábamos llenos de dudas y temores.

He tenido una larga conversación con Lashly, quien me ha pedido que le diga francamente lo que pienso que le ha ocurrido al grupo del sur. Le he respondido que creo que han caído en una grieta. Él me ha dicho que, en su opinión, han sido víctimas del escorbuto. Hablando de grietas, me ha contado que el segundo grupo de regreso pasó durante el viaje de vuelta por en medio de las cascadas de hielo que hay al sur del monte Darwin. Descendió 600 metros y llegó a un gran valle, que cruzaron en dirección oeste hasta alcanzar el depósito sur del glaciar. Creo que Scott le dijo al teniente Evans que tenía intención de regresar por ese camino.

La zona por la que pasaron antes de llegar al Formanubes debió de ser espantosa. «Es que allí hay agujeros en los que cabría la catedral de San Pablo. Y no exagero.» Estuvieron allí dos noches. Lashly dice que había grietas por todo el camino hasta el Acceso, unas cortaduras impresionantes de unos 10 metros de ancho que los del primer grupo de regreso no vimos a pesar de que las cruzamos tanto al ir como al volver. Pero cuando ellos pasaron ya había desaparecido la mayor parte de la nieve, y estaban a la vista. El teniente Evans tuvo problemas con los ojos la mayor parte del tiempo. Luego, al salir a la Barrera por el Acceso, cruzaron numerosas grietas, en algunas de las cuales se habían hundido los puentes por los que pasamos nosotros.

Esto me da qué pensar. ¿Estaba el glaciar en unas condiciones poco habituales cuando pasamos

por él? ¿Era la nieve un fenómeno excepcional debido a la gran nevada que había caído durante la ventisca? ¿Vamos a encontrar este año hielo azul allí donde el año pasado encontramos profundas capas de nieve blanda? Bueno, la situación vuelve a darme mala espina, como de costumbre, aunque, no sé por qué; a la hora de la verdad mis sospechas siempre resultan infundadas.

Gracias a Dios, en realidad las cosas no suelen ser tan malas como uno se imagina que van a ser, aunque he de decir que el viaje de invierno fue peor de lo que me figuraba. Recuerdo que el año pasado por estas fechas pensaba que el Beardmore iba a ser algo espantoso, pero luego no fue para tanto.

Lashly piensa que es prácticamente imposible que cinco hombres desaparezcan en una grieta. Si ellos tres lograron salir adelante (y él cree que es imposible encontrarse con obstáculos peores que los que encontraron), un grupo de cinco hombres no debería verse en grandes apuros. Pero yo no opino lo mismo. Creo que a la hora de cruzar una grieta de gran tamaño, la situación puede cambiar totalmente si un hombre lleva más peso. Sí varios hombres pasan con el trineo por uno de esos grandes puentes y se caen, dudo que el puente aguante el trineo.

Hicimos varias expediciones al cabo Royds por el glaciar Barne, y también a la vieja cabaña de Shackleton, llevando la carga a cuestas por entre las rocas. Allí el mar estaba despejado excepto en algunos puntos donde todavía quedaba un poco de hielo, y tanto la cabaña como el cabo estaban relativamente limpios de ventisqueros. El agua debía de haberse tragado la nieve acumulada. Otra cosa era la punta de la Cabaña, que estaba rodeada de enormes montones de nieve: la galería que habíamos construido a modo de establo estaba llena de arriba abajo; no se veía cinturón alguno de hielo, sólo una larga cuesta de nieve que se extendía desde la puerta hasta el mar. La cabaña propiamente dicha estaba limpia, como comprobamos cuando conseguimos quitar la nieve para entrar en ella. Bajamos las provisiones para el viaje de búsqueda y volvimos con el único contador que nos quedaba.

Estos instrumentos, que indican mediante un mecanismo de relojería la distancia recorrida en millas, son accionados por una rueda que da vueltas detrás del trineo. Son sumamente útiles, sobre todo cuando uno viaja por la Barrera o la planicie y no ve ningún accidente geográfico. Lamentábamos profundamente no disponer de más. En los glaciares suelen tener problemas de funcionamiento, y durante el viaje al polo perdimos el mecanismo de uno de los tres que llevábamos cuando nos encontrábamos en el Beardmore. Los tiros de perros tampoco les hacen ningún bien, y los ponis, cuando se comportan como Christopher, son para ellos peor que una maldición. Como quiera que fuese, el caso era que para aquel año sólo nos quedaba uno, que estaba prácticamente inservible. Lo reparamos como buenamente pudimos, pero nunca resultó muy fiable, y al final ya no valía para nada. Lashly se tomó el enorme trabajo de fabricar otro con una rueda de bicicleta procedente de uno de los carros para experimentos, que señalaba las revoluciones con un contador que era casi igual al indicador de uno los anemómetros. La rueda de bicicleta era mucho más alta que los contadores de verdad, por supuesto, y surgió el problema de sujetarlo al trineo de manera que tuviese el espacio suficiente para moverse pero no bailara.

Entretanto, estábamos intentando mejorar la condición física de las muías. Como teníamos luz de sol y mejor tiempo, las sacábamos al hielo marino que todavía quedaba en la bahía Sur y las adiestrábamos con trineos cargados. Eran como corderos, y saltaba a la vista que estaban acostumbradas a trabajar. Gulab era un animal problemático: no le importaba arrastrar trineos, pero era extremadamente tímida. Siempre que la colocábamos para engancharle los tirantes ocurría alguna nimiedad (el roce de un guante, un tirante o la parte delantera del trineo) que la asustaba y echaba a correr, por lo que había que comenzar todo el proceso desde el principio. Una vez enganchada, se

portaba muy bien. Utilizábamos los arneses de pecho enviados por el Gobierno indio, que eran excelentes, pese a que Oates, si no recuerdo mal, opinaba que eran mejores las colleras. Pero no disponíamos de colleras. Las muías tenían aspecto de estar muy sanas y fuertes; nuestra única duda era si con sus pequeños cascos no se hundirían en la nieve blanda aún más que los ponis.

Ningún relato de esta expedición estaría completo sin alguna referencia a los incendios que se produjeron en ella. El primero se declaró en la parte trasera de la bodega del Terra Nova durante la travesía a Ciudad del Cabo; lo causó una lámpara al volcarse, y lo extinguimos con facilidad. El segundo estalló durante nuestro primer invierno en la Antártida, en el cobertizo de los trineos de motor, que estaba hecho de cajas de gasolina y un techo de lona impermeabilizada. Este incendio, que amenazaba con ser grave, también fue apagado sin grandes dificultades. Los otros dos se produjeron durante el último invierno y se declararon dentro de la base.

Wríght quería un lámpara para calentar un cobertizo que estaba construyéndose con cajas y lonas impermeabilizadas para hacer uno de sus trabajos. Entró en la cabaña con una lámpara (no un hornillo) e intentó encenderla. Se pasó con ello parte de la mañana. Después de comer, Nelson fue a echarle una mano. La lámpara estaba equipada con un indicador que señalaba la presión que se obtenía al bombear. Nelson estaba bombeando de rodillas junto al extremo de la mesa, al lado del mamparo que separaba la habitación de los oficiales de la del resto de los expedicionarios; tenía la cabeza a la altura de la lámpara, y el indicador no marcaba una presión muy alta. Wright se encontraba de pie, cerca de él. De repente la lámpara reventó, y apareció una raja de ocho centímetros de largo en la juntura por la que se une la parte interior del depósito de aceite a la cazoleta de la lámpara. El fuego prendió de inmediato en un montón de sitios diferentes: prendas de vestir, ropa de cama y papeles. La mesa y el suelo estaban empapados de aceite en llamas. Por suerte estaba todo el mundo dentro de la cabaña, ya que fuera soplaba ventisca y hacía una temperatura de -30 °C. Fueron muy rápidos, y todos los brotes de fuego quedaron apagados.

El 5 de diciembre soplaba tal viento que teníamos miedo de que fuera a arrancarnos la ropa de abrigo. Estábamos metiendo carne desecada en bolsas dentro de la cabaña cuando alguien dijo: «¿No huele a quemado?» En un primer momento no notamos nada raro, y Gran dijo que debía de ser un pedazo de papel de estraza que había ardido. Al cabo de unos minutos, sin embargo, alzamos la vista y descubrimos que tanto la parte superior de la tubería de la chimenea que comunicaba con el tejado como una gran trampilla de ventilación insertada en la salida de humos en aquel punto se hallaban al rojo vivo. Arrojamos sal desde fuera y nos dio la impresión de que el fuego se apagaba, pero poco después la trampilla de ventilación cayó encima de la mesa, y quedó al descubierto un pedazo de hollín ardiendo. Por suerte no se desprendió, y pudimos echarlo en unos cubos con un hurgón. Al cabo de un cuarto de hora aproximadamente la chimenea se puso de nuevo al rojo vivo y empezó a escupir llamas al exterior, donde continuaba la ventisca. Lo solucionamos metiendo nieve por arriba y colocando tinas y cubos para recoger los residuos. Luego hicimos lo que deberíamos haber hecho al principio del invierno: desmontar la tubería y limpiarla toda por dentro.

El último incendio fue cosa de poca monta. Debenham y yo estábamos en la punta de la Cabaña, y advertí que la cabaña estaba llena de humo, lo que era bastante habitual con el hogar de grasa. Pero luego descubrimos que los dos techos de la vieja construcción ardían. El interior era demasiado frágil como para andar por él, así que Debenham sugirió que hiciéramos un sifón doblando un tubo que encontró por ahí. De ese modo pudimos arrojar algo de agua, con lo cual obtuvimos excelentes resultados. Los extintores que solíamos utilizar eran Mini-max; el único inconveniente era que dejaban manchas de ácido en las cosas que apagábamos con ellos.

Tras recordar situaciones tan penosas, es un placer volver a la vida al aire libre que hicimos

aquella primavera. Los pingüinos emperador empezaron a visitarnos en grupos de hasta cuarenta miembros; probablemente eran aves que, tras ver frustrado su instinto procreador en el cabo Crozier, llevaban ahora una vida errante. Me temo que los perros sueltos les dieron algún que otro problema, como aquella vez en que Debenham salió al hielo marino con un conjunto de perros que no valía para hacer largos trayectos con los trineos. Los había tomado a su cargo y había formado con ellos un tiro que le hacía sentir todo el orgullo del que ellos carecían. En aquella ocasión había conseguido con gran esfuerzo impedir que se aproximaran a un grupo de pingüinos. Sin embargo, un perro llamado Little Ginger, viendo que a él le era imposible ir, mordió con fuerza el arnés que frenaba a dos de sus compañeros, y Debenham, que no podía hacer nada porque estaba sosteniendo el trineo, no tuvo más remedio que ser testigo de la carnicería.

El primer págalo apareció el 24 de octubre, por lo que supimos que pronto vendrían a poner huevos en las zonas llanas de grava o roca donde no había nieve, y que volveríamos a ver a los petreles antárticos y quizá también a los raros petreles de las nieves, y que las primeras ballenas ya estarían acercándose al estrecho de McMurdo. Además, las focas de Weddell, las focas costeras más comunes del Antártico, empezaban por entonces (a principios de octubre) a salir del mar para tumbarse en el hielo. Casi todas eran hembras, y se preparaban para dar a luz a sus pequeños.

La foca de Weddell tiene el dorso negro y el resto del cuerpo cubierto de manchas plateadas. Puede medir hasta tres metros del morro a la cola, se alimenta de peces, y es corpulenta y torpe. En el hielo es una de las criaturas más perezosas que existen: duerme a todas horas, se da auténticas comilonas y gruñe, gorgoritea, trina, gorjea y silba de una forma simpatiquísima. En el mar se transforma en un animal tremendamente elástico y ágil; captura peces y se los traga enteros. Si uno se acerca a mirar su orificio nasal, levanta la cabeza y da un resoplido de sorpresa, que no de miedo, y abre y cierra sin parar la aletas nasales mientras aspira aire fresco. Es evidente que recorren grandes distancias por debajo del hielo, y me figuro que para ir de un respiradero a otro deben de guiarse por el ruido de otras focas. Algunos de estos respiraderos cuentan con agujeros de entrada y salida, y yo vi al menos una foca que parecía haber muerto porque se había encontrado la abertura del respiradero tapada por el hielo. A veces se las puede oír abrir estos agujeros con los dientes, y ésta es la razón por la que, cuando son mayores, los tienen muy desgastados. (Ponting tuvo la paciencia de filmarlas mientras hacían boquetes en los pozos.) Wilson sostiene que son propensas a sufrir molestias renales, y suelen tener la piel irritable, lo que probablemente se deba a la sal marina que se les seca encima; yo vi a una que la tenía cubierta de un sarpullido supurante. En ocasiones, la primera vez que salen del mar al hielo el bazo se les inflama hasta adquirir un tamaño enorme, lo que no deja de tener interés pues nadie parece saber mucho sobre esta víscera. El hecho de que algunos de los respiraderos estuvieran provistos de una especie de trampilla suscitó especulaciones entre los miembros de la expedición. Un día en que la bahía Norte estaba cubierta por una capa de hielo de unos tres centímetros de grosor salí al cinturón del cabo Evans; de pronto, una foca atravesó el hielo con el morro para tomar aire. Cuando desapareció, el pedazo que había levantado con la cabeza cayó como sí estuviera provisto de goznes. Resulta evidente que es así como se hacen dichas trampillas.

Las focas de Weddell y la vida en la punta de la Cabaña se mezclan inextricablemente en los recuerdos que guardo del mes de octubre. Atkinson, Debenham, Dimitri y yo fuimos a la punta de la Cabaña el día 12 con dos tiros de perros. Mientras nosotros nos adentrábamos en la Barrera para montar un par de depósitos, Debenham, que no podía seguir viajando por culpa de la pierna, iba a realizar unos trabajos de geología y a levantar un plano con plancheta. Los que habíamos salido peor parados de los viajes emprendidos durante las dos estaciones de trineo anteriores estábamos hartos. En lo que a mí respecta, confieso que veía aquel plan con desagradado, y no me cabe la menor duda

de que los demás se sentían igual que yo. Pero no cabía más remedio que hacer el trabajo, y no sacábamos nada con decir que estábamos hartos de tanto trineo. Los expedicionarios no sólo hicieron su trabajo de buen grado desde el primer hasta el último día de aquel año, sino que se entregaron a él en cuerpo y alma. Por si fuera poco tener que hacer otro viaje de tres meses, debíamos abandonar la cómoda base de invierno tres semanas antes. Marchamos con nieve en polvo a ras de suelo: al sur hacía mal tiempo y el viento nos cortaba la cara y las manos. Cuando llegamos no se veía nada y nevaba copiosamente. En el establo no había más que nieve, la cabaña estaba fría y triste y no había grasa para el hogar. Y, además, si hubiéramos tomado el barco y vuelto a casa al acabar el período para el que nos habíamos enrolado, probablemente para entonces ya hubiésemos llevado seis meses en Londres.

Pero entonces cesó la nieve, el viento amainó y las cimas de las montañas aparecieron con todo el esplendor de su belleza. Era un día de verano perfecto y el sol caía con fuerza sobre las rocas cuando a media tarde llegamos a la punta del Pram. Ya había muchas focas, y saltaba a la vista que aquel año se iba a formar allí un criadero de aupa pues en la Barrera debía de haber habido mucho movimiento, y el hielo marino estaba surcado de crestas de presión de hasta seis metros de altura. Ahora había depresiones, pero pronto las cubriría el agua del mar y se crearían lagunas heladas que más tarde, cuando se deshicieran, se transformarían en unas balsas preciosas. Al abrigo del viento las crías podrían perseguirse sus ridículas colas todo lo que quisieran; sus madres podrían tumbarse y dormir, y despertarían de vez en cuando para rascarse con sus largas uñas. Aún no habían llegado, pero ya faltaba poco; Lappy, uno de nuestros perros, que parecía un spaniel más que otra cosa, oyó una debajo del hielo y se puso a escarbar para llegar hasta ella.

Al cabo de unas tres semanas fui varias veces más a aquel maravilloso lugar. Estaba atestado de focas; las había pequeñas y grandes, peludas y lanosas. El número de crías aumentaba a ojos vistas cada día que pasaba, y con tanto balido como se oía, aquello parecía un aprisco lleno de ovejas. Cada vez que me acercaba las madres abrían la boca y me soltaban un bramido para que me mantuviera alejado, pero no se me echaron encima, y eso que llegué a acariciar a una cría. A menudo, cuando la madre bramaba, la cría también abría la boca y emitía un amago de bramido, no porque tuviera miedo de nosotros sino porque pensaba que era lo que tenía hacer. Y probablemente así fuera. Una vieja hembra tenía marcas circulares alrededor de todo el cuerpo, como si fuera un anuncio de neumáticos Michelín; la diferencia estaba en que los círculos distaban unos tres centímetros uno del otro y parecían estar hechos con franjas de pelo más largo y oscuro. Probablemente esto guardase alguna relación con la muda de verano. Dos hembras que salían de un mismo agujero estaban peleándose; la de abajo, aprovechando que la otra había hecho una entrada desafortunada, la mordía salvajemente. La primera no era una cría; en cambio la agresora sí. Puede que esto tuviera algo que ver con su comportamiento. Las dos tenían abundantes cortes y sangraban.

De mayores, las focas nunca vuelven a ser tan bonitas como de pequeñas. Con su lanudo pelaje gris, que les dura unas dos semanas, sus aletas y su cola, que son relativamente grandes, y sus grandes ojos oscuros, tienen un apariencia limpísima y recuerdan a un gato. Observé a una que no paraba de girar intentando morderse la cola; luego se puso una aleta debajo de la cabeza a modo de almohada y comenzó a rascarse; me dio la impresión de que no se podía ser más feliz, y eso que soplaba algo de viento y hacía bastante frío.

Se sabe muy poco del lado más ligero de la vida de la foca de Weddell. Parece probable que en el cortejo sean bastantes premiosas. El 26 de octubre aproximadamente Atkinson dio con un embrión de unas dos semanas, lo que corresponde a una fase interesante. Lo conservamos junto con los otros muchos que habíamos encontrado, aunque entre ellos no había ninguno que fuera lo bastante joven

como para resultar verdaderamente valioso. Creo que las crías varían mucho de tamaño al nacer. Lo que está claro es que las madres se comportan de modo muy diferente a la hora de cuidarlas: unas se preocupan sobremanera cuando se les acerca alguien, mientras que otras apenas prestan atención o se alejan, de manera que la cría tiene que arreglárselas sola o buscarse otra madre. A veces son tan descuidadas que se tumban encima de sus crías o las aplastan al dar media vuelta.

Una tarde hice que un macho se dirigiera hacia una hembra que estaba con una cría. La hembra arremetió contra él con la boca abierta, bramando y visiblemente alterada. El macho se defendió como buenamente pudo, pero se negó en redondo a pasar a la ofensiva. La cría intentó imitar a la madre.

Entretanto, Atkinson y Dimitri llevaron unas galletas para perros y algo de forraje para muías a un punto situado a 12 millas al sur del campamento del desvío. El 14 de octubre se pusieron en marcha con los dos tiros de perros, y al llegar a la Barrera se encontraron con una superficie espantosa, de tal suerte que los trineos se hundían hasta la barra longitudinal. Las temperaturas mínimas de las dos primeras noches fueron de -39 °C y -31 °C respectivamente. En el campamento del desvío una fuerte ventisca los obligó a hacer una parada de día y medio hasta que por fin pudieron seguir tirando en medio del viento y la nieve, y montaron el depósito. Los perros volvieron del campamento del desvío a la punta de la Cabaña el 19 de octubre, lo que supone una distancia de 30 millas. A tres millas del campamento del desvío tres perros del tiro de Atkinson se cayeron en una grieta y uno de ellos se quedó suspendido del arnés. Sin embargo, el resto del tiro siguió adelante y acabó sacando a los tres perros que se habían caído. Atkinson perdió la fusta, que se quedó clavada en la nieve y que serviría para indicar que había que evitar aquel lugar. En resumidas cuentas, salieron bastante bien librados pues dos hombres solos con sendos tiros de perros no pueden hacer gran cosa en una situación de emergencia.

El 25 de octubre Dimitri y yo salimos con los dos tiros de perros para montar otro depósito en el campamento del desvío. Cada uno llevaba algo más de 250 kilos de peso. Nos encontramos con una superficie mucho mejor que la que había tenido Atkinson; en algunos puntos era extraordinariamente lisa y dura. «Da gusto viajar de nuevo con tan buen tiempo; ha hecho un día muy agradable.» Aquella noche la mínima fue de sólo -31 °C, y alcanzamos el campamento del desvío al día siguiente por la tarde, siguiendo las antiguas huellas en la medida de lo posible y deteniéndonos para buscarlas cada vez que las perdíamos. «Hemos montado el depósito. Los perros han descansado tres horas y media, y cada uno ha comido dos galletas. Ha sido extraño verles esperar a que les diéramos más; sabían que no se habían comido la ración entera.»

Había abundantes indicios de que la Barrera se había movido mucho durante el último año. En la punta del Pram había doblado el hielo marino; antes de llegar al campamento vimos claramente al menos tres ondulaciones nuevas, y a juzgar por nuestra situación y por los croquis que llevábamos, el campamento propiamente dicho había cambiado de sitio. No creo que su movimiento anual fuera inferior a media milla.

El campamento del desvío tiene mala fama porque se encuentra en el camino que siguen las ventiscas antes de salir por el cabo Crozier. Empezaban a acumularse nubes en el cielo, el barómetro bajaba y la temperatura estaba subiendo rápidamente.

Así pues, hemos decidido retroceder un poco, y al final hemos regresado al depósito de las galletas, ya que al este el cielo presentaba un aspecto muy amenazador. Aquí la temperatura es más baja (-26 °C) y está despejando. La isla de Ross casi no se ve, pero las nubes están dispersándose sobre el Terror. Hemos avanzado mucho, y los perros han tirado de los trineos estupendamente, como si no les costara ningún esfuerzo. ¡Hemos recorrido 29 millas en un día, y la mitad con los trineos

cargados! A Lappy le sangran las patas bastante porque se le mete nieve entre las pezuñas, donde tiene el pelo más largo de lo normal. Bullet, que está gordo y se niega a tirar, ha celebrado la llegada al campamento arremetiendo contra Bielchik, que ha tirado estupendamente durante todo el día. Hay muchos espejismos, y la colina de las Observaciones y el peñón del Castillo se ven al revés.

Al día siguiente alcanzamos la punta de la Cabaña. Lappy seguía con las patas mal, por lo que Dimitri se las vendó con su chaqueta de abrigo, y lo sujetó al trineo con correas. Todo fue sobre ruedas hasta que llegamos al hielo marino, donde Lappy se escapó y llegó el primero con diferencia.

Conducir un tiro de perros es algo endemoniado. Antes de emprender el viaje no hubiera conseguido avergonzar con mis juramentos ni a los niños de una clase dominical de catequesis; en cambio ahora… Porque es domingo, que si no le contaría al lector algo más al respecto. Si en el mundo hay personas de todo tipo, lo mismo cabe decir de un tiro de perros. Teníamos aristócratas como Osman, bolcheviques como Krisravitza y chiflados como Hol-bol. Hoy un patrón se quedaría asombrado ante la enorme cantidad de posibles trabajadores que se volverían locos de alegría al ver acercarse a un conductor con un arnés en las manos. Al sindicalista más ardiente le herviría la sangre de rabia si viera en un bandejón a una docena de perros esquimales arrastrando un pesado cargamento y a su ocioso amo con todo el aspecto de ser profundamente dichosos. Sin embargo, lo cierto es que empezaban a dar señales de cansancio, y al cabo de unos días nos enteramos de que los perros pueden mandarlo todo al diablo igual que muchas personas. Tenían su cabecilla, claro está, que era Osman. Se unían de inmediato y con enorme eficacia contra cualquier compañero que no arrastrara lo que le correspondía o que arrastrara demasiado. Dyk tenía mala fama entre ellos, pues cuando se paraba el tiro del que formaba parte, siempre gemía y tiraba de su arnés en su afán por seguir adelante; esto impedía descansar a los demás miembros del tiro, por lo que se enfadaban con él, y no sin razón. A veces los miembros del tiro le tomaban ojeriza a un perro sin que nosotros lográramos descubrir qué jugarreta podía haberles hecho. En cualquier caso, teníamos que andar con mucho cuidado para impedir que cumplieran sus propósitos, pues su método de castigo era siempre el mismo y acababa, si no se les frenaba, con algo que ellos probablemente considerarían justicia y nosotros asesinato.

Ya he hecho referencia a las costas de la Barrera, donde la nieve se configura en capas separadas por bolsas de aire de un centímetro de ancho o más. Cuando uno pasa por encima de ellas, estas capas se hunden, haciéndole pasar al explorador polar inexperto un rato bastante desagradable hasta que descubre que no se trata de grietas. En cambio, los perros pensaban que eran conejos y se abalanzaban sobre ellas una y otra vez. Teníamos un perrillo llamado Mukaka, que fue atropellado por un trineo durante una de las enloquecidas cacerías de pingüinos que llevaron a cabo los tiros de perros mientras desembarcábamos las provisiones del Terra Nova. Se hizo daño en el lomo y moriría más tarde.

Mukaka está emparejado con un perro negro, gordo, perezoso y sumamente glotón llamado Noogis, y en todas la marchas siempre se da alguna situación en que el brioso perrillo caía en la cuenta de que Noogis no está tirando, se arroja sobre su tirante, lo muerde en un abrir y cerrar de ojos y vuelve a su puesto antes de que el perrazo comprenda qué ha ocurrido.

Luego estaba Stareek (nombre que en ruso significa «anciano»; «anciana» se dice starouka). «Es un "anciano" completamente ridículo, y el perro más simpático, tranquilo y listo que he conocido nunca. Tiene cara de conocer las maldades y las tribulaciones de todo el mundo, y todas parecen aburrirlo mortalmente.»Durante el viaje del depósito fue el guión del tiro de Wilson, pero luego

decidió que no iba a salir de viaje nunca más.

A partir de entonces, cuando creía que no miraba nadie andaba sin la menor dificultad, pero si advertía que alguien lo observaba, de inmediato tenía síntomas de congelación en una pata, cojeaba por la nieve haciendo un tremendo esfuerzo y mostraba un aspecto tan lastimoso que sólo a unos brutos como nosotros podía ocurrírseles obligarlo a tirar de un trineo. Lo intentamos, pero se negó a trabajar, y al final su victoria fue completa.

Otra anécdota más. Dimitri me cuenta que en Sydney se le acercó un «extraño stareek» para protestar por la forma en que trataba a los perros (que eran prácticamente lobos y capaces de devorarlo a uno a la menor provocación).

Él decirme: «No fustigar.» Y yo decirle: «¡Qué caramba!» Hombre buscar al señor Meares e intentar meterme entre rejas. Luego acercarse a Antón, darle un cigarrillo y un fósforo y, señalando los dientes de Hackenschmidt, preguntar: «¿Qué edad tener el caballo?» «Es muy joven», responder Antón. No creer e intentar ver los dientes de Hackenschmidt con una starouka. Hackenschmidt retroceder, arrojarse sobre él y morder dos veces al stareek. El caer de espaldas sobre una caja. La vieja levantarle. Él tener una barba muy blanca y así de grande. Yo no volver a verlo.

16. EL VIAJE DE BÚSQUEDA

El sueño tras la brega,
tras los mares tempestuosos, el puerto,
la calma tras la guerra,
la muerte tras la vida,
producen gran contento.
SPENSER, La reina de las hadas

FRAGMENTOS DE MI DIARIO

28 de octubre. Punta de la Cabaña. Ha hecho un día precioso. Esta mañana hemos acabado de sacar la nieve del establo para las muías, y por la tarde hemos traído algo de grasa. La cima del Farallón está encapotada, pero por lo demás no hay prácticamente ninguna nube en el cielo. Entre la isla Blanca y el Farallón hay un pequeño cúmulo, el primero que veo este año en la Barrera. Llama la atención la cantidad de nieve que ha desaparecido aquí de las rocas y los guijarros.

29 de octubre. Punta de la Cabaña. El grupo de las muías, que va al mando de Wright y está formado por Gran, Nelson, Crean, Hooper, Williamson, Keohane y Lashly, ha salido del cabo Evans a las diez y media y ha llegado aquí a las cinco y media de la tarde tras hacer una buena marcha y disfrutar de un tiempo perfecto. Han dejado a Debenham y Archer en la cabaña; me temo que van a aburrirse trabajando allí durante los próximos tres meses. Archer se ha levantado temprano y les ha preparado unos bizcochos para el camino. A siete millas del cabo Evans han acampado para comer.

Estamos a punto de emprender el viaje de búsqueda. Hemos tomado todas las posibles medidas de precaución. Gracias a los depósitos que se han dispuesto, las muías podrán viajar con poco peso hasta un punto situado a 12 millas al sur del campamento del desvío. Durante los últimos días el barómetro ha descendido; ahora la presión es baja y se ven nubes en el Farallón. Sin embargo, no parece que se avecine ninguna ventisca. Ayer aparecieron en el cabo Evans los dos primeros pingüinos de Adelia, y el 24 vimos también un págalo, así que el verano ya está aquí.

30 de octubre. Punta de la Cabaña. Son las ocho de la tarde y las muías acaban de marcharse. Tenían aspecto de encontrarse en muy buenas condiciones; iban bien agrupadas y en un principio no han dado ningún problema. Los conductores se han acostado por la tarde porque esta noche comienzan las marchas nocturnas, exactamente igual que el año pasado. Esta tarde daba la impresión de que iba a estropearse el tiempo en la Barrera, y ha sido todo un problema decidir sí era aconsejable que se pusieran en marcha. Pero parece que ya despeja; por lo visto no era más que niebla, y ahora el viento está dispersándola, o quizá sea porque el sol empieza a perder fuerza. Creo que van a tener una buena marcha.

2 de noviembre. Cinco de la tarde. Depósito de las galletas. Atkinson, Dimitri y yo salimos

anoche de la punta de la Cabaña a las ocho y media con dos tiros de perros. Hemos pasado bastante frío durante el trayecto nocturno: después de la comida el termómetro marcaba -29 °C y ahora tenemos -27 °C. A los perros les resulta difícil avanzar por esta superficie, y es que desde la última vez que pasamos por aquí ha quedado todo cubierto por una capa de nieve blanda, debido sin duda a la niebla que hemos tenido durante los últimos días. El contador del trineo marca casi 16 millas.

El grupo de las muías nos lleva dos días de ventaja, y su plan es recorrer unas 12 millas diarias hasta el depósito de una tonelada. Sus huellas son bastante nítidas, pero desde que pasaron por aquí se ha movido algo de nieve en polvo del este. Hemos localizado nuestros mojones sin dificultad. Como nos hemos pasado casi todo el camino corriendo, ahora estamos bastante mojados.

3 de noviembre. Madrugada. 14,5 millas. Ya hemos llegado al depósito del desvío, aunque nuestro esfuerzo nos ha costado. Salimos del depósito de las galletas a las seis y media de la tarde de ayer y ahora son las cuatro de la mañana. Hemos tardado cuatro horas en recorrer las últimas seis millas, lo que es muy poco para los perros, y hemos ido corriendo la mayor parte del tiempo. La superficie se encontraba en muy mal estado: presentaba costras y además estaba muy blanda. Se movía nieve en polvo a ras de suelo, estaba nublado y nevaba. Las huellas de las muías estaban cubiertas de nieve, y nos ha costado seguirlas. Es una suerte que hayamos llegado tan lejos. La temperatura se ha mantenido constante en -17 °C.

Anoche Wright dejó aquí una nota sobre las muías. Sólo han encontrado dos pequeñas grietas por el camino, pero Jan Sabib se cayó en la bisagra al borde de la Barrera, y tuvieron que sacarla con una cuerda. Las muías van rápido durante la primera mitad de la jornada, pero a última hora tienden a pararse. Se mantienen agrupadas, excepto Jan Sabib, que es más lenta que las demás. Ahora sopla algo de viento y se ha levantado nieve en polvo, pero no hay motivos para preocuparse; tenemos el Farallón delante y está despejado. Estamos todos muy cansados.

4 de noviembre. Madrugada. Bueno, hoy ha sido un día decepcionante, pero hemos de confiar en que todo salga bien. Nos hemos levantado a las dos de la mañana; llevábamos con una ventisca moderada desde que acampamos, pero ya empezaba a clarear por todas partes. Nos hemos puesto en marcha a las cinco con algo de viento y nieve a ras de suelo. Ha hecho buen tiempo para viajar y, salvo en las tres primeras millas, la superficie ha sido unas veces normal y otras buena, y en el último tramo muy buena. Sin embargo, los perros no podían con la carga, que si nos atenemos a los planes deberíamos aumentar aquí, en el depósito de Dimitri, en unos 680 kilos por tiro. Uno de los perros que llevamos, Kusoi, se ha quedado sin fuerzas, pero lo hemos atado a la parte de atrás del trineo y hemos logrado que nos siga. Cuando hemos acampado para comer, Tresor también estaba prácticamente agotado. Luego nos hemos encontrado con una superficie bastante buena, aunque en muchas ocasiones nos hemos visto obligados a empujar el trineo para seguir adelante. El grupo de las muías ya se había ido cuando hemos reanudado la marcha, y es probable que no nos haya visto. Hemos llegado al depósito, pero como no consigamos arrastrar los trineos sobre superficies buenas, no sé cómo vamos a arrastrarlas cuando sean malas. En la nota de Wright pone que el contador de su trineo ya no sirve para nada, lo que significa que sólo nos queda uno para los tres grupos, el cual además no es muy fiable.

Por consiguiente, se ha decidido que los perros den media vuelta a 80° 30', o a 81° como muy lejos, y que, en lugar de que sigan cuatro muías a partir de ese punto tal como teníamos planeado, sigan cinco. Por lo tanto, los perros pueden dejar buena parte del peso que llevan y cargar con el de las muías. Puede que este plan sea el mejor, pero de esta manera las muías van a tener que cargar con

todo a partir de los 80° 30'. Si aguantan, no hay problema, pero en caso contrario, no sé qué vamos a hacer.

4 y 5 de noviembre. Medianoche. Hoy hemos tenido ventisca y nieve durante todo el día. Hemos vuelto a levantarnos a mediodía y rehecho el depósito con lo que debíamos dejar, de acuerdo con el nuevo plan. Da bastante pena, pero no cabe otro remedio. Soplaba una ventisca estival, y al principio, mientras seguíamos las huellas de las muías, hemos sufrido algún principio de congelación. Teníamos que localizar un gran número de mojones, y como llevábamos menos peso y la superficie estaba en buen estado, no nos ha resultado tan difícil avanzar. Hemos comido a ocho millas de distancia y llegado en el preciso momento en que el grupo de las muías acababa el hoosh y se disponía a emprender la marcha. Se ha decidido que las muías no viajen esta noche y que mañana nos pongamos en camino todos juntos.

En general, las noticias que nos han dado son buenas, sobre todo la de que el contador vuelve a funcionar, aunque no resulta muy fiable. El grupo marcha bien y a buen ritmo a excepción de Jan Sahib. Sin embargo, Gulab tiene fuertes rozaduras por culpa del petral y el arnés de pecho, y eso a pesar de que hemos probado ambas cosas. Uno de los lados donde lo ciñen se le ha puesto en carne viva, y el otro lo tiene irritado, aunque no mucho. Lal Jan tira sin problemas, pero come muy poco. Pyaree está portándose muy bien, aunque tiene dificultades para levantar las patas cuando hay nieve blanda. La opinión de todos es que Abdullah es en este momento la mejor de las muías. En general se puede decir que son buenas noticias.

Wright tiene el saco de dormir muy estropeado: se le han abierto grietas por varías partes y le entra luz. Pero él no le da importancia, v no parece que pase frío. Dice que tiene buena ventilación. Las mantas de las muías, que van provistas de un forro basto sobre la lona de fuera, acumulan mucha nieve, y las muías acaban rebozadas de blanco. Se comen todo lo que se les pone por delante, da igual que sea una cuerda o una tela, y eso que hambre no pasan. Han aprendido a soltarse las hebillas con las que las sujetamos, y se van a dar vueltas por el campamento. Tiene razón Nelson cuando dice que el único momento en que Jan Sahib no se queda regazada es cuando está lista para emprender la marcha.

6 de noviembre. Madrugada. Ayer dormimos muchísimo. Después de la marcha que hemos llevado durante estos últimos días con los perros, yo le agradecí, desde luego. Hemos ido detrás de las muías, y el cambio que se ha producido en los perros ha sido maravilloso. Si ayer nos costaba enormemente hacerlos avanzar por una superficie en buen estado, hoy ha habido ratos en que no podíamos bajarnos del trineo a menos que fuera para echar una pequeña carrera, y eso a pesar de que los 140 kilos de peso que les hemos quitado a las muías ahora los llevan ellos.

Ha hecho una noche soberbia para viajar. Ahora brilla un sol radiante y los perros tienen el pelo caliente donde les da el sol. Váida y Dyk se han enzarzado en una pequeña pelea por culpa de la comida, y ahora los demás perros están algo alterados y no paran de gruñir.

Como las muías son negras, y no blancas ni grises como los ponis, y sus mantas no son de color verde pálido sino marrones, el campamento se ve con más facilidad que el año pasado y podemos distinguirlo desde lejos. Estamos levantando mojones a intervalos regulares, y si sigue el buen tiempo no deberíamos tener problemas para mantener el rumbo. Ahora nos encontramos en la zona de los grandes sastrugi. El Erebus empieza a hacerse muy pequeño, aunque durante todo el día hemos observado que salía del cráter una nube de humo mayor de lo habitual.

7 de noviembre. Madrugada. No ha sido un día fácil. Cuando nos hemos levantado teníamos una temperatura de -23 °C y el viento empezaba a remitir, pero durante el día ha llegado a soplar con fuerza 5, y se ha movido nieve en polvo a ras de suelo. Nos hemos puesto en marcha con poca luz, y la superficie, que, como es habitual por esta zona, era dura y tenía grandes sastrugi, estaba cubierta con una fina capa de cristales debido a la nieve que caía. Como es natural, esto ha dificultado enormemente el arrastre. Hemos corrido con los perros prácticamente las 12 millas, y estoy muy cansado, desde luego. A la hora de comer Atkinson ha creído ver una tienda a la derecha, pero ha resultado ser una falsa alarma. Sólo de pensarlo nos hemos estremecido. Hemos estado ojo avizor por si pasábamos cerca del equipo que dejó por esta zona el último grupo de regreso, pero no hemos visto ni rastro de él.

Ahora estamos a -25 °C, pero como el sol brilla con fuerza y el cielo está despejado, tenemos la grata sensación de que hace calor. Parece que lo habitual es que el cielo se nuble cuando el sol desciende a última hora de la tarde; luego, en cuanto vuelve a salir, las nubes desaparecen, y el espectáculo es maravilloso.

8 de noviembre. Madrugada. Durante la jornada de anoche hizo bastante frío para esta época del año: a la hora de comer estábamos a -30 °C y ahora el termómetro señala -28 °C. Pero el tiempo está en calma, luce el sol y con esta temperatura uno tiene la sensación de que hace calor. Sin embargo, así sufrimos más síntomas de congelación, y tanto Nelson como Hooper tienen los pies hinchados. Aunque hemos vuelto a encontrarnos con la misma capa de polvo y cristales, por el momento seguimos avanzando por una superficie igual que la del Farallón, y ya sólo nos faltan cuatro millas para llegar al depósito. Es una suerte porque, si no recuerdo mal, el verano pasado a esta alturas la superficie ya era blanda. Eso significa que este año debe de haber soplado más viento que el anterior, lo que no sería de extrañar si se tiene en cuenta el invierno que hemos tenido.

Después de comer hemos alcanzado el depósito del Farallón. Hemos puesto una bandera nueva y levantado un mojón, en el que hemos dejado dos cajas de galletas para perros para cuando regresen los tiros. Es curioso que el ventisquero que queda al abrigo del mojón, es decir, al nornordeste, esté bastante blando, ya que la nieve de alrededor y la de los ventisqueros de los lados está dura, en realidad extraordinariamente dura. Resulta difícil explicar por qué esta nieve permanece blanda cuando lo normal es que en ese lugar los ventisqueros sean de nieve dura. En el campamento de las muías reina la alegría. A Lal le han dado un trago de agua y ha empezado a comer, lo que constituye una buena noticia. Algunas de las muías parecen haberse quedado ciegas, y ahora llevan todas anteojeras. Acabo de enterarme de que Gran ha mirado el termómetro a las cuatro de la madrugada, y que marcaba -34 °C. La cara de Nelson es un poema: su nariz no es más que un bulto hinchado, tiene síntomas de congelación en las mejillas, y se le han helado las gafas en las partes de la montura que tocan la cara. ¡Pobre Marie!

9 de noviembre. Madrugada. Hemos adelantado 12 millas más; deberíamos considerarnos afortunados de tener esta superficie todavía; casi resulta tan buena como la de ayer. Es la primera vez que veo una superficie tan dura en esta zona, a menos de 15 millas del depósito de una tonelada. Da la impresión de que han soplado vientos fortísimos. Los sastrugi, que hasta ahora daban al suroeste, empiezan a apuntar más hacia el oeste. Aquí el sistema de vientos es muy diferente del de la isla de Ross, que en general recibe las corrientes del Farallón. Creo que éste es la línea divisoria, aunque toda la zona es barrida por ventiscas fuertes de carácter general, con independencia de los sistemas de vientos locales. Esto quedó sobradamente probado durante el viaje de ida del último otoño.

Bueno, ahora la situación es más favorable que la del año pasado; precisamente en esta zona se nos echó encima una ventisca con todas las de la ley y tuvimos una temperatura de -36°C.

10 de noviembre. Madrugada. Ha hecho una noche perfecta para viajar, pero estamos a -29 °C y hace demasiado frío para quedarse esperando. Las muías avanzan sin problemas, aunque Lal Jan está adelgazando mucho. Abdullah y Jan Sahib también andan sin apetito. Les hemos reducido la ración de cinco a cuatro kilos de avena y tortas de linaza, pero tampoco se la comen. Los perros han cargado hoy con 140 kilos más y no han tenido ningún problema para arrastrar los trineos. Da gusto lo dura que está la superficie, aunque no deja de sorprendernos. Wright no cree que este último invierno se haya producido una precipitación de nieve fuera de lo normal; dice que hay más o menos medio metro, lo que viene a ser prácticamente lo mismo que el año pasado. En general, las muías no se hunden más de cinco centímetros, aunque en algunos puntos se han hundido entre 10 y 15, sobre todo últimamente. Hoy ha sido el primer día del año en que hemos topado con costras, y algunas de ellas eran extraordinariamente grandes. A la hora de comer se nos han hundido dos que habrán durado varios segundos. Los perros parecen pensar que los persigue el diablo cuando se rompe una, y salen disparados. Es interesante verlos olisquear las huellas de los cascos de las muías, donde evidentemente debe de oler a algo. Cuando nos detenemos no dejan de mover las patas de un lado a otro debido a las temperaturas que hace. Esta mañana, cuando empezaba a apretar el sol, se ha levantado de repente una densa niebla. Creo que es señal de buen tiempo.

11 de noviembre. Madrugada. Depósito de una tonelada. Wright calculó ayer la latitud y resultó que estábamos a seis millas del depósito. Nuestro contador índica 5,75, y ya estamos aquí. Esta mañana teníamos síntomas de congelación y hacía bastante frío; nos hemos puesto en marcha con el viento a favor y una temperatura de -21 °C. La superficie ha seguido espléndida, y ahora los sastrugi apuntan algo más hacia sursuroeste. Aunque los montículos no son muy grandes, todavía no hay señales de que la superficie vaya a empeorar. Mientras veníamos, las nubes producían unos efectos verdaderamente hermosos: al oeste eran de un negro intenso, v alrededor del sol se fundían con unas largas líneas de color gris y amarillo limón atravesadas de punta a punta por un rayo; el horizonte presentaba un vivo tono anaranjado. Ahora hay un parhelio muy luminoso. Cuando brilla el sol en este lugar, no hay dos días iguales. Por muy monótona que sea la Barrera, la variedad del cielo es infinita, y no creo que exista ningún otro sitio en el mundo donde se vean colores tan hermosos.

Cuando nos acercábamos al depósito he estado a punto de dejarme llevar por el pánico. No me he dado cuenta de que uno de los grupos que iban con las muías se había adelantado y ya habían montado el campamento, y cuando he visto el depósito delante de las que aún andaban, estaba negrísimo, y me ha parecido que había una tienda. Sería verdaderamente terrible descubrir que, aun sabiendo que hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos, podríamos haberlos salvado si hubiéramos hecho algunas cosas de forma diferente.

Además, nos hemos encontrado con que las provisiones que les dejamos aquí en el tanque están empapadas de queroseno. Es un misterio cómo ha podido ocurrir esto, pero creo que, como la lata de las raciones extra de la cima estaba muy llena, el queroseno ha debido de salirse a causa de una repentina subida de temperaturas durante alguna ventisca invernal. Aunque la lata no estaba tocando el tanque, su contenido ha acabado metiéndose en él.

En general, todo tenía un aspecto bastante deprimente, pero basta con ir a ver las muías para que a uno se le levante el ánimo. En conjunto da la impresión de que se encuentran en buena forma física y de que los guías están de buen humor. Aquí hay tres sacos de avena. Si lo hubiéramos sabido antes,

habríamos venido con menos peso, pero no lo sabíamos; además, ahora tenemos de sobra con los que hemos traído, de modo que no nos van a servir de raucho. No hay forraje prensado, que nos habría venido muy bien, ya que probablemente los animales que se niegan a tomar avena se lo habrían comido.

Gulab tiene una rozadura bastante mala, pero por lo demás se encuentra bien, y a nadie se le pasaría por la cabeza matar a una muía por una rozadura. No parece dolerle y sigue tirando valientemente, lo cual es tranquilizador. Crean me ha contado que esta manaba ha tenido que correr una milla con Rani. Marie dice que está inventando formas nuevas de andar (un paso hacia delante y un brinco hacia atrás) para no quedarse helado cuando lleva ajan Sahib. Por el momento no podemos decir que las Parcas se hayan portado mal con nosotros.

12 de noviembre. Madrugada. 2.30, hora de comer. Me temo que los contadores de los trineos no se ponen de acuerdo en lo que se refiere a la distancia de esta mañana. El plan es recorrer en lo posible 13 millas diarias a partir de este punto, es decir, 7,5 millas antes de comer y 5,5 después. Mientras veníamos hemos visto a nuestra derecha dos de los mojones que levantamos el año pasado. Ahora marchamos por una superficie más blanda; Lal Jan no se encuentra bien, y según cómo responda después de comer se la sacrificará esta tarde o no. Cada vez va más lenta, y ha llegado al campamento con Jan Sahib. El problema, por supuesto, es que no come. Dicen que desde que salió de la punta de la Cabaña no ha probado su ración prácticamente ningún día, y no puede hacer el menor esfuerzo. Ahora estamos a -26 °C y sopla un suave viento del sur.

Poco antes de mediodía. A unas 12 millas al sur del campamento de una tonelada. Los hemos encontrado. Decir que ha sido un día espantoso sería quedarse corto. No existen palabras para expresar semejante horror. La tienda estaba allí, una media milla al oeste de nuestro camino, cerca de un mojón del año pasado que había quedado tapado. Se hallaba cubierta de nieve y era prácticamente igual que un mojón; sobre el conducto del ventilación había nieve amontonada, lo que nos ha permitido encontrar la puerta.

Por el lado del viento estaba tapada por casi un metro de nieve. Justo al lado asomaban dos pares de bastones de esquí, o la mitad de arriba, para ser más preciso, y una caña de bambú que ha resultado ser el mástil del trineo.

No intentaré contar lo que les sucedió. Llegaron aquí el 21 de marzo, y el 29 ya había terminado todo.

Tampoco intentaré describir lo que había dentro de la tienda. Scott estaba tendido en el centro, Bill a su izquierda, con la cabeza hacia la puerta, y Birdie a su derecha, tendido con los píes en la misma dirección.

Bill murió muy tranquilo, con las manos cruzadas sobre el pecho. Birdie también murió tranquilamente.

Oates tuvo una muerte francamente admirable. Mañana seguiremos buscando su cadáver. Le alegró saber que su regimiento se sentiría orgulloso de él.

Llegaron al polo un mes después que Amundsen.

Lo hemos recogido todo: documentos, diarios, etcétera. Entre otras cosas tenían varios carretes de fotos, un cuaderno de meteorología con datos hasta el 13 de marzo y, dadas las circunstancias, un gran número de muestras geológicas. «Lo han conservado todo hasta el último momento.» Es algo magnífico que una persona en semejante situación sea capaz de seguir llevando todas las cosas por las que va a dar la vida. Creo que desde hacía mucho tiempo sabían que su fin estaba próximo. Junto

a la cabeza de Scott había tabaco y una boísa de té.

Atkinson nos ha reunido a todos y nos ha leído cómo murió Oates, tal como lo cuenta Scott en su diario. Scott indica expresamente que su deseo es que se sepa. Sus últimas palabras (las de Scott) fueron: «Dios mío, por lo que más quieras, cuida de nuestra gente.»

A continuación Atkinson ha leído el pasaje de la Epístola a los Corintios del oficio de difuntos. Probablemente nunca se haya leído esta epístola en catedral tan magnífica y en circunstancias tan impresionantes, pues se trata de una tumba que hasta un rey envidiaría. Luego hemos rezado unas plegarias del oficio de difuntos y, con la tela del suelo debajo y la tienda encima, les hemos dado sepultura allí mismo, metidos en sus sacos de dormir. Está claro que su trabajo no ha sido en vano.

Aquella escena nunca se me borrará de la memoria. íbamos con los perros, y vimos que Wright se apartaba del camino él solo y que el grupo de muías viraba hacia la derecha delante de nosotros. Wright había visto algo parecido a un mojón y una cosa negra a su lado. La ligera sensación de asombro que teníamos se trocó paulatinamente en un sentimiento de auténtica inquietud. Nos aproximamos a ellos completamente desconcertados. Wright se nos acercó. «Es la tienda.» No sé cómo lo adivinó. No era más que un páramo de nieve: a nuestra derecha estaban los restos de uno de los mojones del año anterior, reducido a un simple montón; en medio de la nieve asomaba un metro de una solitaria caña de bambú y a continuación había otro montículo de nieve, quizás un poco más puntiagudo. No llegamos hasta él. Creo que no nos hacíamos cargo de la situación, pero alguien extendió enseguida la mano para quitar algo que sobresalía en la nieve. Era la ventanilla verde de ventilación de la tienda; entonces supimos que debajo estaba la puerta.

Dos de nosotros nos metimos por la entrada de la parte exterior de la tienda y avanzamos por entre las cañas sobre las que se extendía la cubierta interior. Entre las dos cubiertas había algo de nieve, aunque no mucha, pero debido a los ventisqueros no llegaba nada de luz adentro y no podíamos ver nada. No cabía otro remedio que quitar la nieve de fuera. Pronto vimos las siluetas. Había tres hombres.

Bowers y Wilson estaban como dormidos en sus sacos. Scott se apartó las solapas del suyo en el último momento. Tenía la mano izquierda extendida sobre Wilson, su amigo de toda la vida. Debajo de la parte superior de su saco, entre éste y la tela del suelo, se encontraba la carpeta verde en que llevaba su diario. Dentro estaban sus cuadernos marrones; sobre la tela del suelo había unas cartas.

Todo se encontraba en su sitio. La tienda estaba tan bien montada como siempre, con la puerta orientada hacia los sastrugi, la cubierta bien extendida sobre las cañas, y la tienda propiamente dicha tirante, limpia y ordenada. Dentro de la cubierta interior no se veía nada de nieve. Había unas jarras fuera de la olla, los típicos bártulos de una tienda, los efectos personales, y más cartas y documentos personales y científicos. Cerca de Scott había una lamparilla consistente en una lata y un pabilo hecho con unas botas de reno. Les sirvió para quemar el poco alcohol metílico que les quedaba. Creo que Scott la usó para poder seguir escribiendo hasta el último momento. Aunque en un momento dado pensé que no llegaría tan lejos como los demás, estoy seguro de que fue el último en morir. Hasta entonces no nos dimos cuenta de lo fuerte que era aquel hombre tanto mental como físicamente.

Ordenamos el equipo, los documentos, los papeles, los diarios, la ropa de repuesto, las cartas, los cronómetros, las botas, los calcetines y la bandera. Había incluso un libro que yo le había dejado a Bill para el viaje; no se había desprendido de él. Ignoro cómo, pero nos enteramos de que Amundsen había llegado al polo y de que ellos también; ninguna de las dos noticias parecía tener la menor importancia. Había una carta de Amundsen para el rey Haakon. También estaban las simpáticas notas que les habíamos dejado en el Beardmore. Para nosotros eran mucho más

importantes que todas las cartas reales del mundo.

Quitamos la nieve de la caña de bambú que nos había permitido llegar hasta allí. Debajo se encontraba el trineo, que estaba oculto a metro y pico de profundidad; se la habían colocado a modo de mástil. En el trineo también había varias cosas sueltas: un pedazo de papel de la caja de galletas, el cuaderno de meteorología de Bowers y las muestras geológicas, que pesaban un total de nueve kilos y eran todas de una importancia capital. La nieve también había tapado los arreos, los esquís y los bastones.

Atkinson se pasó horas leyendo en nuestra tienda, o al menos así me lo pareció. La persona que encontrara el diario debía leerlo y luego volver con él a Inglaterra: tales eran las instrucciones que Scott había escrito en la tapa. Pero Atkinson dijo que sólo iba a leer lo necesario para enterarse de lo que había pasado, tras lo cual llevaría los cuadernos a Inglaterra sin abrirlos ni leerlos. Cuando se hubo hecho una idea de lo sucedido, nos reunimos todos y nos leyó el comunicado para el público y la descripción de la muerte de Oates, pues Scott había pedido expresamente que se supiera cómo había muerto.

No los movimos en ningún momento. Quitamos las cañas y quedaron tapados por la misma tienda. Encima de ellos levantamos un túmulo.

Ignoro cuánto tiempo estuvimos allí, pero cuando todo hubo acabado y hubimos leído el pasaje de la Epístola a los Corintios, ya era medianoche, aunque no sé de qué día. El sol estaba a punto de ponerse por el polo y las sombras ya casi cubrían la Barrera. El cielo estaba en llamas, cuajado de nubes iridiscentes. El túmulo y la cruz se recortaban sobre una aureola de oro bruñido.

COPIA DE LA NOTA QUE SE DEJÓ

EN EL TÚMULO SOBRE LOS CADÁVERES

12 de noviembre de 1912.

79° 50' de latitud sur.

Esta cruz y este túmulo se levantan sobre los cadáveres del capitán de navío Scott, comandante de la Orden Real de Victoria; el doctor Wilson, licenciado en medicina y filosofía y letras por la Universidad de Cambridge, y el teniente H. R. Bowers, de la Real Infantería de Marina de la India. Se trata de un modesto monumento para conmemorar su valeroso intento de alcanzar el polo, lo que lograron el 17 de enero de 1912 después de que llegara la expedición noruega. Un tiempo inclemente y la falta de combustible fueron la causa de sus muertes.

Este monumento perpetúa también la memoria de sus dos valerosos compañeros: el capitán L. E. G. Oates, de los Dragones de Inniskilling, a quien le sobrevino la muerte cuando echó a andar en medio de una ventisca para salvar a sus compañeros, a unas 18 millas al sur de donde se encontraban, y el marinero Edgar Evans, quien murió al pie del glaciar Beardmore.

Lo que el Señor nos da, el Señor nos los quita. Bendito sea el Señor.

(Firmada por todos los miembros del grupo)

Mi diario continúa de la siguiente manera:

12 y 13 de noviembre. Medianoche. Creo que hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos para dar una sepultura digna a estos tres grandes hombres.

Hemos levantado sobre ellos un gran túmulo, señal que debería durar muchos años. Es imposible hacer nada permanente en esta Barrera, pero al menos hemos dejado una señal duradera. Encima hemos colocado una cruz hecha con esquís. Los trineos se encuentran uno a cada lado, hincados en la nieve en posición vertical.

El conjunto es muy sencillo y resulta sumamente impresionante.

En lo alto de una solitaria caña de bambú hemos dejado el testimonio que he copiado en este cuaderno y que hemos firmado todos.

Vamos a dejar aquí algunas provisiones para seguir adelante con poco peso a ver si conseguimos encontrar el cadáver de Titus Oates y darle sepultura en la medida de lo posible.

Salimos dentro de una hora; yo me alegro de marcharme de este lugar.

Lamento profundísimamente que surgiera el problema del queroseno. Los miembros del primer grupo de regreso tuvimos muchísimo cuidado con las medidas, que calculamos con una regla de Wright y un pedazo de caña. Medimos la altura que alcanzaba el queroseno en cada caso y dividimos la caña con la regla de acuerdo con ello. Y siempre pusimos sumo cuidado en tomar un poco menos del que nos correspondía, que era un tercio de todo el que teníamos en el depósito, tal como se me indicó a mí, y como indicó Birdíe en sus notas del depósito.

Es un misterio cómo pudo faltarles queroseno. ¡Y se encontraban a sólo 11 millas del depósito, donde había en abundancia!

Titus no les enseñó el pie hasta tres días antes de morir. Ya se le había hinchado mucho, y volvía a congelársele casi todas las noches. El último día anunció que ya no podía seguir adelante, pero ellos le dijeron que tenía que hacerlo. Quería que lo dejaran allí con su saco de dormir. Aquella noche se acostó con la esperanza de no despertar nunca más, pero despertó y entonces les pidió consejo. Le dijeron que debían seguir todos juntos. Soplaba una fuerte ventisca, y al cabo de un rato dijo: «Bueno, voy a salir un momento. Puede que tarde un poco.» Lo buscaron, pero no consiguieron dar con él.

Desde los 80° 30' hasta su último campamento pasaron un rato espantoso. Bill se encontraba muy mal, y tuvieron que montar la tienda entre Birdie y el jefe.

Y entonces, a 11 millas de la abundancia, tuvieron nueve días de ventisca, y allí acabó todo.

Tenían la tienda cubierta de nieve, y los bastones estaban en pie, pero los esquís se hallaban en el suelo ocultos bajo la nieve.

La tienda se encontraba en excelente estado; sólo presentaba algunos arañazos en la parte baja de los palos.

Cuando se les acabó todo el queroseno, probaron con una lámpara de alcohol.

A 88° aproximadamente tuvieron temperaturas de entre -30 °C y -35 °C. A 82°, es decir, 3.000 metros más abajo, el termómetro llegaba con frecuencia a -44 °C por la noche y -35 °C durante el día. Nadie se explica por qué.

A Billy y Birdie se les congelaron los pies; el jefe fue el último en tener problemas en este sentido.

Es tan horrible que casi me da miedo irme ahora a dormir.

13 de noviembre. Madrugada. Hemos recorrido algo menos de siete millas con un viento muy frío y húmedo que nos ha hecho daño en la cara durante todo el camino. Hemos dejado la mayor parte de las provisiones para recogerlas más adelante. Nuestra intención es andar 13 millas mañana y buscar el cadáver de Oates, y luego regresar, llevar las provisiones a la punta de la Cabaña y ver qué podemos hacer en el oeste para remontar esa costa.

Esperamos llegar con dos muías a la punta de la Cabaña. A ser posible, queremos ponernos en comunicación con el cabo Evans.

Atkinson ha tenido un comportamiento espléndido en este trance tan difícil.

14 de noviembre. Madrugada. Ha sido una marcha espantosa. Después del hoosh hemos tenido que esperar durante un rato a que las muías se adelantaran. Luego hemos continuado en medio de una niebla fría y cortante; soplaba algo de viento en contra y hemos sufrido numerosos principios de congelación. Hoy hemos recorrido 13 millas, y la superficie ha sido malísima durante toda la jornada. SÍ hubiéramos caminado sobre granos de tapioca, no habríamos notado mucha diferencia. A la hora de comer la temperatura era de -26 °C.

Luego hemos reanudado la marcha con nieve, el viento en la cara y poca luz. Nos ha parecido ver al grupo de las muías delante de nosotros, pero han resultado ser los viejos muros de los ponis que hay a 26 millas del depósito de una tonelada. Sobre el mojón descubrimos algo de arpillera y el saco de dormir de Oates. Dentro del saco se encontraban el teodolito, sus botas y sus calcetines. Una de las botas estaba cortada por la parte de delante hasta las vinateras de cuero; evidentemente lo hizo para poder meter el pie que tenía mal. Esto está a 15 millas del último campamento; supongo que llevaron el saco de dormir unas tres o cuatro millas por si lo encontraban vivo. A media milla de nuestro último campamento había una enorme hondonada que mediría entre un cuarto y un tercio de milla de lado a lado. Era prácticamente imposible no verla. Los muros de los ponis que teníamos detrás desaparecieron de vista casi tan pronto como emprendimos el descenso, y volvimos a verlos cuando llegamos arriba. Estoy seguro de que hay otras depresiones, pero ésta era la más grande. No hemos visto ni rastro del cadáver de Oates.

Hará cosa de media hora ha estallado una ventisca, y ahora hace muy mal tiempo, aunque el viento no es muy fuerte. Las mulas, que han avanzado bien para el estado en que se encuentra la superficie, están inapetentes, y puede que ésta sea la razón.

Esta mañana Dimitri ha visto el túmulo con la cruz a más de ocho millas de distancia; con buena luz debe de verse desde mucho más lejos.

15 de noviembre. Madrugada. Hemos hecho un túmulo a poca distancia para indicar el lugar donde murió Oates y encima hemos colocado una cruz. Atada a ella hay una nota testimonial que reza así:

Cerca de este lugar murió un caballero muy valeroso, el capitán L. E. G. Oates, de los Dragones de Inniskilling. En el mes de marzo de 1912, cuando regresaba del polo, echó a andar por voluntad propia para intentar salvar a sus compañeros, que se encontraban en un dificilísimo trance, y le sobrevino la muerte en medio de una ventisca.

Esta nota la ha dejado aquí la expedición de socorro.

1912

La hemos firmado Atkinson y yo.

Hoy, mientras regresábamos, hemos visto el túmulo a gran distancia a pesar de la poca luz que había.

El plan con el que salimos del cabo Evans consistía en seguir adelante y reconocer el territorio situado al sur del Beardmore en la medida de lo posible, si encontrábamos el grupo del polo en un punto desde el que aún pudiéramos desviarnos hacia el este lo suficiente como para tener alguna probabilidad de evitar las grietas de presión causadas por el glaciar. Éste era el plan original de Scott para los viajes de este año. Sin embargo, en vista de la situación creo que no cabe la menor duda de que hemos hecho lo correcto al dirigirnos sin demora al oeste del estrecho de McMurdo para ver si podemos llegar a las caletas de Evans para socorrer a Campbell y los suyos.

Llevamos el saco de dormir de Oates. Dentro está el teodolito.

Ayer sopló durante todo el día una ventisca bastante fuerte, pero cuando nos levantamos por la noche para reanudar la marcha estaba despejado v sólo se movía nieve a ras de suelo. Luego el cielo volvió a nublarse excepto sobre tierra firme, donde estas últimas noches ha estado despejado mientras seguía nublado en todos lo demás sitios. El año pasado observamos el mismo fenómeno. Ahora está nevando y, cuando ya parecía que empezaba a remitir, ha vuelto a arreciar el viento. Hemos tenido viento y nieve durante cuatro de los cinco últimos días.

16 de noviembre. Madrugada. Ya estábamos listos para salir con los perros, pero de pronto se ha levantado una fuerte ventisca; pero las muías se habían ido hacía ya rato, cuando aún no había empeorado el tiempo. Hemos tenido que esperar casi hasta las cuatro de la madrugada para ponernos en marcha, y luego hemos avanzado siguiendo las huellas. Hace mucho calor, y aunque la superficie está cubierta de nieve suelta, no resulta difícil deslizarse por ella. Hemos encontrado las muías aquí, en el túmulo; se han orientado gracias, en parte, a las antiguas huellas.

He intentado dibujar la tumba. Ninguno de los monumentos admirables que hay en el mundo se me antoja más digno o impresionante que éste.

17 de noviembre. Madrugada. Creo que nos estamos volviendo todos locos al mismo tiempo. En cualquier caso, la situación es bastante difícil. El último plan que hemos hecho es el siguiente: buscar la manera de llegar a las caletas de Evans por la planicie, tratando de alcanzar la cima de un glaciar para bajar por él. Es imposible que salga bien: si alguien lo lograra, llegaría más o menos al mismo tiempo que el barco, y su esfuerzo resultaría inútil. En el caso de que llegara y de que el barco no hubiera aparecido todavía, serían dos los grupos aislados. Tendrían que esperar hasta el 15 o el 20 de febrero para ver si viene el barco, y entonces no habría manera de que pudiesen volver por la planicie. Quizá nosotros pudiésemos hacerlo, pero ellos no.

Ayer hizo un calor sofocante, pero no pienso volver a quejarme del calor. Ha despejado mucho, y hemos localizado los mojones fácilmente. Sin embargo, la superficie es blanda y aterciopelada, y hemos avanzado con lentitud. Llevamos el equipo del grupo del polo sur. El trineo de tres metros que

arrastraron desde el pie del glaciar lo hemos dejado por el camino.

18 de noviembre. Madrugada. Me alegro de poder decir que la idea de ir por la planicie ha sido finalmente desechada.

Hemos vuelto a tener nieve y mal tiempo. Sí contáramos con hombres provistos de esquís para orientarnos, no creo que pudiéramos mantener el rumbo. Pero Wright nos lleva en línea recta y evita desviarse del rumbo, fijándose en el hombre que va detrás de él; por el momento hemos localizado todos los mojones. Esta mañana hemos pasado cerca de los muros de protección que levantamos el 10 de noviembre. Sin embargo, estaban casi a la misma altura que el suelo, por lo que no son una señal muy buena para orientarse. Yank acaba de tener un altercado con Kusoi porque éste se oponía a que tomara la carne del trineo. Las muías se hunden mucho en la nieve y avanzan muy despacio. Pyaree se come las hojas de té después de la comida; Raniy Abdullah se reparten una cuerda entre las dos en las paradas, y desde la última vez que acampamos ya se han comido la mayor parte de un tirante. Comen de todo excepto la comida que les corresponde, y algunas casi ni la huelen.

Durante el segundo tramo el cielo se ha despejado un poco y hemos recorrido las 13 millas de rigor, aunque hemos ido muy lentos. Ahora se mueve más nieve que nunca. Yank, nuestra formidable muía de arrastre, se ha comido el arreo y se ha soltado por tercera vez desde el hoosh. En esta ocasión he tenido que ir por ella hasta los muros de protección.

Esta ha sido la primera noche en que hemos tenido cebollas en el hoosh. Son realmente deliciosas. También hemos tomado algo de leche condensada Nestlé del depósito de una tonelada, el cual no quiero volver a ver. Pearey sabrá lo que hace cuando toma leche de la ración: las cosas dulces son estupendas, pero resultan muy pesadas. La hemos tomado a una temperatura de -20 °C, y nos las hemos apañado, pero no sé cómo sería si hiciera más frío.

19 de noviembre. Madrugada. Hoy hemos recorrido las 13 millas correspondientes y nos hemos encontrado con una superficie mucho mejor. A juzgar por lo que yo y otros hemos visto, se diría que este último invierno ha hecho en general un tiempo fuera de lo común. Hemos realizado muchas expediciones por aquí, y nunca habíamos visto una superficie tan erosionada como ésta; a menudo resulta tan resbaladiza que se hace difícil andar. No sé qué temperaturas tendría el Discovery en abril, pero el año pasado hizo durante ese mes mucho más frío que el año anterior. Y aquí nunca se han visto vientos comparables a los que soplaron el invierno pasado.

Ayer hubo vientos fuertes y mucha nieve durante el día, y ahora tenemos el viento y la nieve de costumbre. Durante los últimos nueve días sólo ha habido uno (el día en que encontramos la tienda) en que no ha nevado algo. Como nos dirigimos hacia el norte esto no supone ningún problema, pero si fuéramos en la dirección contraria tendríamos algunas jornadas muy desagradables.

20 de noviembre. Madrugada. Hoy se diría que hemos estado dando vueltas por el espacio. Wright nos ha llevado en línea recta gracias al hombre que le sirve de punto fijo para orientarse. El grupo de los ponis ha acampado para comer al lado de dos mojones, pero no los han visto hasta que el viento ha arrastrado un pedazo de papel, y al ir a recogerlo lo han encontrado pegado a uno de ellos. Han dejado una bandera allí para indicarnos el camino y, aunque la hemos visto y nos la hemos llevado, no hemos llegado a ver los mojones. La temperatura es de -30,5 °C, y sopla una ventisca con toda regla. Esta nieve estaba en el suelo hasta hace poco y hacía que la superficie fuera muy blanda, y es que aunque en ningún momento ha dejado de soplar viento, nunca lo había hecho tan fuerte como ahora. El viento y la nieve han sido incesantes durante nueve de los diez últimos días, y hacen que las

jornadas sean sumamente descorazonad oras. No se ve nada, y encontrar huellas u orientarse supone un esfuerzo continuo. Desde luego tenemos suerte de haber podido avanzar tanto.

Nota sobre las muías. Ni siquiera el más ferviente admirador de las muías podría decir que su rendimiento fue satisfactorio. La pregunta es si habría sido posible hallar la manera de que lo fuera. En realidad, sólo nos plantearon un inconveniente, pero éste tuvo una importancia capital: se negaron a comer en la Barrera. Pasaron hambre desde el momento en que se pusieron en marcha hasta el día en que regresaron (las desdichadas que lo consiguieron), y a pesar de ello arrastraron durante 30 días un peso bastante considerable.

Si hubieran comido, su rendimiento habría sido enormemente satisfactorio. Andaban más rápido que los ponis y, a excepción de una, iban más agrupadas. Si un buen poni y una buena muía se comieran sus respectivas raciones, sería difícil elegir entre los dos. Nuestras muías eran de la mejor calidad, y el Gobierno indio las equipó y adiestró de manera excelente. Sin embargo, el 3 de noviembre, cuando faltaban dos semanas para salir, Wright escribió la siguiente anotación: «Las muías no son muy diferentes de los ponis. No creo que la mayoría de ellas logre regresar a la punta de la Cabaña. Dudo que alguna hubiera llegado mucho más lejos si este año la superficie hubiese sido igual de mala que el año pasado.»

Salvo avena, forraje prensado y tortas de linaza, les encantaba comer toda clase de cosas. Si hubiéramos conseguido dar con el equivalente para muías de una dieta vegetariana, es posible que hubiesen llegado al Beardmore de un tirón. Lo más parecido a esto que encontramos fue una dieta de saennegrass, hojas de té, ceniza de tabaco y cuerda. Todo esto lo comían con apetito, pero nuestros suministros eran muy limitados. Cuando pensaban que no mirábamos, daban cuenta de las galletas para perros, pero en cuanto se dieron cuenta de que tenían que comérselas, se declararon de nuevo en huelga de hambre. Sin embargo, cuando nos parábamos, Rani y Pyaree se ponían solemnemente a mascar la misma cuerda cada una por un lado. Abdullah siempre iba en primer lugar y seguía fielmente las huellas que dejaba Wright con sus esquís, de suerte que si iba delante otro hombre y Wright se apartaba del camino, ella también lo hacía. En cuanto a Begum, Wright escribió lo siguiente: «He sacado a Begum de un trecho de nieve blanda y la he obligado a darse la vuelta.»

En general, las muías no consiguieron adaptarse a aquella vida, por lo que en este momento sólo cabe decir que no sirven para el trabajo en la Antártida. Los ponis que disfrutaron de más oportunidades para adaptarse fueron desde luego los que más lejos llegaron, como por ejemplo Nobby y Jimmy Pigg, los cuales ya habían pasado por la experiencia de la Barrera cuando emprendieron el viaje al polo.

21 de noviembre. Madrugada. Por fin se ha despejado el cielo, y las perturbaciones se han alejado hacia el este durante el primer tramo de la jornada. La superficie estaba en muy malas condiciones, y las muías avanzaban con gran esfuerzo. El año pasado por estas fechas muchos de los ponis seguían poniéndonos muchas dificultades cuando queríamos levantarlos antes de emprender la marcha. En cambio, estas muías se ponen en camino con una profunda tristeza. Me temo que muchas no regresarán a la punta de la Cabaña.

Dos millas y media después de comer, es decir, a más de 40 millas del depósito, hemos puesto rumbo al este y encontrado el equipo que dejó el segundo grupo de regreso cuando Evans estaba tan enfermo. Creo que aquí está el teodolito que pertenecía a Evans, pero a pesar de todo lo que hemos hurgado en la nieve, no hemos logrado dar con él. Todos los esquís estaban de pie, cubiertos de nieve a menos de 15 centímetros de las botas. La mayor parte del equipo era ropa, y lo hemos dejado

en el tanque junto con los esquís. Hemos tomado uno de los carretes de fotos que Birdie sacó en la planicie, y tres muestras geológicas que creo que pertenecen a rocas muy profundas. Éstas son las únicas cosas importantes que había.

La ración N, que es la que vamos a empezar a tomar ahora, consiste en algo más de un kilo de comida. Pero en este momento, entre el esfuerzo que estamos realizando y las temperaturas tan altas que hace (cuando salimos el termómetro marcaba -30,5 °C, por ejemplo, y ahora marca -27,2 °C), los hombres no la quieren. Para el propósito que tenía en un principio (los viajes difíciles sin animales) probablemente habría sido una ración excelente y muy sustanciosa.

22 de noviembre. Madrugada. Ha hecho una noche inmejorable para viajar. Ayer, a las cuatro de la tarde, al poner el termómetro al sol, el alcohol subió a -1 °C. En las tiendas hacía incluso demasiado calor. Los mojones se ven con claridad, por lo que con este tiempo resultaría facilísimo orientarse de esta manera, pero ya empiezan a desgastarse y caerse. Los muros de protección de los ponis están cubiertos por unos ventisqueros duros y grandes que se elevan por el lado del viento y caen por el protegido.

Los perros tienen cada vez más hambre y quieren arrojarse sobre las muías, lo que les hace ir más rápido. Hoy se han portado muy bien, aunque en una ocasión han apretado el paso y se ha producido un buen lío: Bieliglass ha acabado debajo del trineo; los demás estaban totalmente enredados y dispuestos a pelearse a la menor oportunidad. Es un misterio cómo han podido acabar debajo del trineo los dos perros de delante.

Entre las cosas del grupo del polo hay una carta para el rey de Noruega. Los noruegos la dejaron allí para que la recogiera Scott. Está envuelta en un delgado pedazo de tela con una línea a cuadros de color oscuro, que pertenece a una de sus prendas de abrigo. Es más basta y áspera que la Mandelberg, que es la que llevamos nosotros, y creo que pesa más.

23 de noviembre. Madrugada. Esta mañana teníamos que llegar al depósito de Dimitri, pero nos hemos encontrado con niebla y el grupo de las muías ha acampado tras recorrer la distancia prevista.

Wright ha vuelto y ha dicho: «Si lo hemos pasado, debe de estar por aquí cerca», y, cuando ha señalado con la mano, ha aparecido ante nuestros ojos a menos de 200 metros de distancia, así que todo va bien. Mañana los del grupo de los perros iremos en primer lugar para perder el menor tiempo posible, y si el hielo sigue en buen estado Atkinson irá hasta el cabo Evans.

24 de noviembre. Madrugada. Hoy nos hemos hartado de hundirnos en nieve blanda y de romper costras. Hemos recorrido unas 18 millas. No hemos visto grietas, y hemos levantado mojones y dejado dos banderas para señalar bien el camino, de modo que el grupo de las muías no debería tener problemas para llegar. Los perros avanzaban a buen ritmo detrás de las muías, pero en cuanto se han puesto delante parecen haberse desinflado. Creo que están cansados de la Barrera: un mojón despierta poco interés; saben que no es más que una señal y que no significa que vayamos a acampar. Todos comen bien, están bastante gordos y se encuentran en buenas condiciones físicas. Supongo que, si se dispone de un buen número de perros, cuando uno de los tiros se encuentra en buenas condiciones puede ponerse delante del otro para tirar de él. De todos modos, no creo que éstos aguanten mucho más, aunque no sabemos de ningún perro que haya hecho un esfuerzo tan grande como ellos.

Poco a poco va despejándose el terreno. Nunca había visto tales contrastes de negros y blancos entre la roca y las nubes; la isla Blanca está coronada por grandes masas de cúmulos negros, sobre

los cuales se elevan los inmaculados picos de la cordillera de la Academia de Ciencias sobre el fondo azul del cielo. La Barrera propiamente dicha es de un intenso tono gris, con lo que queda una vista preciosa. Ahora tenemos delante la colina de las Observaciones y el peñón del Castillo. No creo que vuelva a ver este paisaje nunca más. En cierto modo lo lamento, pues lo tengo asociado al recuerdo de numerosos regresos a casa, muchos de ellos tras largos y difíciles viajes, pero ya lo he visto suficientes veces.

25 de noviembre. Madrugada. Hemos recorrido las 24 millas que nos faltaban y nos hemos enterado de la mejor noticia posible: los miembros del grupo de Campbell se encuentran todos en el cabo Evans sanos y salvos. Salieron de las caletas de Evans el 30 de septiembre y llegaron aquí el 6 de noviembre. ¡Qué alivio! ¡Y qué diferente parece ahora la situación! Es la primera noticia realmente buena que tenemos desde el pasado febrero. Es como si hubiera transcurrido una eternidad. Nuestra intención es cruzar el hielo marino en cuanto podamos. Queremos saber qué les ha ocurrido.

26 de noviembre. Madrugada. Hemos salido de la punta de la Cabaña a eso de las siete menos cuarto de la tarde y hemos llegado a las nueve de la noche aproximadamente. Luego nos hemos quedado hablando y comentado las espléndidas noticias hasta pasadas las dos de la noche.

Da la impresión de que los miembros del grupo del norte están todos gordos y sanos; se toman con buen humor lo que les ha sucedido y restan importancia a las penalidades y los días de angustia que han pasado.

No puedo contar aquí toda su historia. Cuando el barco pugnaba por cruzar la banca de hielo para llegar a donde ellos estaban, desde 60 metros de altura se veía que en la bahía de Terra Nova el mar estaba descongelado hasta el horizonte. Se prepararon para el invierno haciendo una cueva en un gran ventisquero situado a una milla del lugar en el que habían desembarcado. Pensaban que el barco habría naufragado o bien que se habría llevado a todo el mundo de aquí y luego habría sido arrastrado hacia el norte por una serie de violentas tempestades y no habría podido regresar. Nunca consideraron seriamente la posibilidad de recorrer la costa antes del invierno. Se instalaron en la cueva y no pasaron frío, tanto es así que en agosto tuvieron que suprimir una de las tres puertas, que habían hecho con cajas de galletas y arpillera.

Utilizaban como fogón el fondo de una lata de queroseno y cocinaban echando grasa sobre huesos de foca, que quedaban empapados; por lo que me ha contado Campbell, preparaban la comida casi con la misma rapidez que con un hornillo. Estaban mugrientos, como es natural. Las principales dificultades que tuvieron fueron la disentería y las intoxicaciones por tomaina.

Sus historias del invierno son sumamente divertidas. Nos han hablado de «el juego de meter el tapón (o los deportes en la Antártida)», de las charlas, de lo sucios que estaban y de los cuatro libros que tenían. Uno de ellos era David Copperfield. Disponían de una tienda de repuesto, lo cual fue una suerte, pues las cañas de la que montaron salieron volando durante un vendaval. Los hombres que estaban dentro de ella fueron a gatas por el piedemonte hasta la cueva, donde tuvieron que dormir dos en cada saco. Estuvieron a punto de quedarse sin carne de foca, por lo que se vieron obligados a reducir las raciones a la mitad y empezaron a pasar auténtica hambre. Cuando ya creían que tendrían que viajar en invierno, cazaron dos focas. En el estómago de una de ellas encontraron peces («la mejor comida que tuvimos»). También nos han dicho que comían grasa.

Pero estaban sepultados en la nieve a gran profundidad, y no pasaban nada de frío. Soplaban fuertes vientos del oeste suroeste y vientos fríos de la planicie, pero en la cueva no podían oír casi nada de lo que ocurría fuera. En ocasiones sólo comían una galleta al día, y los domingos tomaban

azúcar.

De modo que por este lado no hay ningún problema. Hemos hecho bien en ir al sur, y al menos hemos conseguido traer todos los documentos. Supongo que recibir una noticia cualquiera es mejor que no recibir ninguna.

Última hora de la tarde. Las fotos que sacaron los miembros del grupo del polo en el polo y en el campamento noruego son verdaderamente buenas. En las del campamento sale una tienda, un poste y dos banderas noruegas. Uno de los carretes está sin utilizar, y el otro lo utilizaron para sacar estas fotos con la cámara de Birdie. Todos tienen aspecto de estar fuertes y bien de salud, y su ropa no está congelada. En aquel momento el tiempo estaba tranquilo, y la superficie parece bastante blanda.

Atkinson y Campbell han ido a la punta de la Cabaña con uno de los tiros de perros. Tenemos que reunimos todos aquí. Al parecer el hielo hasta la punta de la Cabaña está en buenas condiciones; el resto del estrecho está descongelado hasta donde alcanzamos a ver.

Hace ya tres días que sopla sin parar un viento del sur. Las mulas deberían llegar hoy a la punta de la Cabaña.

Hoy ha sido el día más feliz desde hace casi un año, y creo que el único.

17. EL VIAJE AL POLO (V)

DONJUAN: Esta criatura, el Hombre, que en lo que se refiere a sus asuntos personales es un cobarde hasta la médula, es capaz de luchar por una idea como un héroe. Puede ser abyecto como ciudadano, pero es peligroso como fanático. Sólo se le puede esclavizar cuando es lo bastante débil espiritualmente como para atender a razones. Se lo aseguro, caballeros: si pueden mostrar al hombre un ejemplo de eso que él llama ahora la labor pendiente de Dios, y que más tarde llamará por otros muchos nombres, harán de él un auténtico insensato en lo que respecta a las consecuencias personales que tenga para él [...].

DONJUAN: Todas las ideas por las que el Hombre es capaz de morir son ideas católicas. Cuando un español se entera por fin de que no es mejor que un sarraceno y de que su profeta no es mejor que Mahoma, se alza, más católico que nunca, y muere por la libertad y la igualdad universales en. una barricada delante del sucio tugurio en el que muere de inanición.

LA ESTATUA: ¡Tonterías!

DON JUAN: Lo que llamáis tonterías es lo único por lo que el hombre se atreve a morir. Más adelante la Libertad no será lo bastante católica: los hombres morirán por la perfección humana, en aras de la cual sacrificarán de buen grado toda su libertad.

BERNARD SHAW, Hombre y superhombre

GRUPO DEL POLO DEPÓSITOS

Scott D. de una tonelada [79° 29']
Wilson D. norte de la Barrera o monte Hooper [80° 32']
Bowers D. central de la Barrera [81° 35']
Oates D. sur de la Barrera [82° 47']
Marinero Evans D. del campamento de la carnicería
[norte del Acceso]
D. norte del glaciar [sur del Acceso]
D. central del glaciar [Formanubes]
D. sur del glaciar [monte Darwin]
D. de tres grados [86° 56']
D. del grado y medio [88° 29']
Último depósito [89° 32']

Scott volvió de la expedición del Discovery impresionado por la importancia de la juventud en la exploración polar. Sin embargo, los cinco expedicionarios que continuaron el viaje a partir de los 87° 32' de latitud sur eran todos hombres hechos y derechos, elegidos entre los integrantes de un grupo formado conforme al criterio de la juventud. Cuatro de ellos eran hombres acostumbrados a asumir responsabilidades y a dirigir a otros. Cuatro poseían amplia experiencia arrastrando trineos y

estaban habituados a la bajas temperaturas. Ninguno era proclive a perder la calma en situaciones de emergencia, a sentir pánico en circunstancias difíciles o a derrumbarse por problemas de nervios. Scott y Wilson eran los miembros más excitables del grupo. Sin embargo, en lugar de quitarle energías, a Scott la ansiedad que padecía le sirvió de estímulo mental contra la monotonía. Scott tenía cuarenta y tres años; Wilson treinta y nueve; Evans treinta y siete; Oates treinta y dos y Bowers veintiocho, aunque era de una madurez extraordinaria para su edad.

En el supuesto caso de que un hombre se quedara sin fuerzas, un grupo de cinco expedicionarios probablemente tendría más posibilidades de hacer frente a la situación; pero hecha esta discutible salvedad, Scott tenía mucho que perder y nada que ganar llevando a otro hombre al polo. El hecho de que lo hiciera significa, creo yo, que en aquel momento pensaba que las perspectivas eran muy halagüeñas. Ansiaba llevar consigo a tantos hombres como fuera posible, y soy de la opinión de que deseaba que en el viaje estuvieran representados tanto el Ejército como la Marina. Sea como fuere, el caso es que llevó a cinco hombres. Lo decidió en el último momento, con lo cual añadió un eslabón más a la cadena. Pero él estaba satisfecho, y cuatro días después de que el último grupo de regreso se despidiera de ellos, mientras esperaba a que remitiera una ventisca metido cómodamente en su saco de dormir a pesar de que la temperatura a mediodía era de -29 °C, escribió en su diario una larga anotación en la que se hacía lenguas de sus compañeros y afirmaba que «la elección de los cinco expedicionarios no podía haber sido más acertada». Del marinero Evans dice que es un trabajador magnífico y extraordinariamente inteligente. En ningún momento se menciona que pasaran frío, pese a que se encontraban en el punto más alto del recorrido, y la comida les satisfacía plenamente. No existía el menor problema, salvo que Evans se había hecho un feo corte en la mano.

Ser cinco en el grupo acarreaba más desventajas de las que cabe imaginar. Con la comida que tenían podían alimentarse cuatro hombres durante cinco semanas y media; siendo cinco, la comida se les acabaría en cuatro. No sólo aumentaba el riesgo de accidente, sino que, además, la tienda les resultaría en cierto sentido más incómoda, pues todo estaba pensado para cuatro hombres, como ya he explicado. La tienda era para cuatro personas y habían atado a las cañas una cubierta interior que reducía aún más el espacio. Cuando se acostaran, los dos hombres situados más cerca de la salida tendrían una parte del saco de dormir fuera de la tela del suelo, por lo que probablemente deberían reposar sobre la nieve. Tocarían con los sacos la cubierta interior y les caería encima la escarcha que se acumulaba en ella. Cocinar para cinco personas llevaba media hora más que hacerlo para cuatro, lo que equivalía a media hora menos de descanso o de marcha. No creo que cinco hombres corran menos peligro que cuatro sobre el puente de una grieta. Wilson índica en su diario que al llevar cinco sacos de dormir la carga del trineo quedaba muy alta; en tales casos el trineo se vuelve inestable y tiende a volcarse cuando el terreno es irregular.

Pero lo que habría desanimado a cualquiera excepto a Bowers era el hecho de que sólo disponían de cuatro pares de esquís para los cinco. Marchar a pie sobre nieve blanda rodeado de cuatro hombres que avanzaban rítmicamente con esquís debió de resultarle fatigoso e incluso desagradable. Además, Birdie tenía las piernas muy cortas, así que ni podría avanzar a buen paso ni tendría muchas oportunidades de fijar sus pensamientos en otra cosa que no fuera la superficie por la que estuviera andando en aquel preciso momento. Scott no podía estar pensando en llevar a cinco hombres cuando sólo cuatro días antes de reorganizar la expedición dijo a su grupo de apoyo que dejara los esquís en un depósito.

«¡Ojalá esté allí! -escribió Wilson en referencia a los hombres escogidos para cruzar la planicie de hielo hasta el polo-. ¡Ojalá que el año que viene por estas fechas esté allí o en los alrededores! Con tantos muchachos rebosantes de juventud, y con unas fuerzas superiores a las mías, me parece

que al final hacer la selección va a ser una tarea sumamente difícil.» «Me gustaría que viniera Bill para que pueda agarrarme la mano cuando lleguemos al polo», dijo Scott.

Wilson estuvo allí, y su diario es el de un artista que contempla las nubes y las montañas; el de un científico que observa el hielo, las rocas y la nieve; el de un médico y, sobre todo, el de un hombre de buen juicio. El lector se hará cargo de que lo que realmente le interesaba a Wilson de aquel viaje era la adquisición de conocimientos. Su diario es una relación de hechos sobria y, en general, sencilla. Rara vez hace comentarios, y cuando hace uno se tiene la sensación de que, precisamente por ese motivo, posee más importancia. Por aquellas fechas anotó lo siguiente: «24 de diciembre. La situación es muy prometedora. He disfrutado muchísimo de la marcha de esta tarde.» «Navidad. Ha sido un día muy bueno, un día feliz. La jornada ha sido muy larga.» «1 de enero de 1912. Esta noche nos hemos equivocado y sólo hemos dormido seis horas, pero yo lo he hecho de un tirón; tanto es así que he despertado exactamente en la misma posición en que me he quedado dormido. No me he movido nada.» «2 de enero. Hoy nos ha sorprendido ver un págalo volando sobre nosotros; parecía tener hambre, aunque no estaba débil. Sus excrementos, empero, eran claramente mucosos, y no había nada en ellos. Ha aparecido por la tarde y se ha marchado una media hora después.» Más tarde, el 3 de enero, escribió: «Anoche Scott nos contó los planes para el polo Sur. Vamos a ir Oates, Bowers, el marinero Evans, él y yo. Teddie Evans va a regresar mañana con Crean y s Lashly. Scott ha acabado su turno semanal de cocinero y yo empiezo el mío mañana.» Eso es todo.

Al día siguiente Bowers escribió:

He desayunado en la tienda con Teddy Evans, Crean y Lashly antes de despedirme de ellos. Con lo poco que dormimos anoche, me daba un poco de miedo ponerme en marcha. Hemos entregado al grupo de regreso las diversas notas, cartas y mensajes que teníamos que darles y nos hemos puesto en camino. Antes de dar media vuelta nos han acompañado casi una milla para asegurarse de que no había ningún problema. Los miembros de nuestro grupo iban con esquís excepto yo. Al principio me he sujetado a la barra central, pero luego me he enganchado al travesaño del trineo, entre los extremos de los tirantes del capitán Scott y el doctor Wilson, para tirar del centro. Este ha resultado ser el mejor lugar, ya que tengo que llevar mi propio paso.

Teddy y los demás nos han vitoreado; Crean estaba muy emocionado. Van a volver con muy poca carga en el trineo, por lo que no deberían tener ningún problema para recorrer la distancia que les queda *(Nótese que todos los grupos de regreso, incluido el del polo, suponían que sus compañeros iban a tener durante e! viaje muchas menos dificultades que las que tuvieron en realidad. (N. del A.))*.

Hemos comprobado que podíamos tirar de nuestra carga con facilidad. Antes de comer hemos andado 6,3 millas, con lo que a las siete y cuarto, cuando hemos acampado, ya habíamos recorrido un total de 12,5. Nuestra jornada es de nueve horas. Con un trineo bien cargado es una distancia larga, y yo me canso más que los demás porque no tengo esquís. Pero da igual, siempre y cuando cumpla con mi labor y me queden fuerzas.

Hoy hemos tenido nuestro primer viento del norte en la planicie, y durante el último tramo de la jornada han caído unos cristales de nieve que han dejado la superficie como si fuera de arena. El trineo pesaba una tonelada. A última hora ha mejorado el tiempo, y aunque la temperatura era de -26 °C resultaba muy agradable tomar el sol fuera de la tienda. Además, es el primer día tranquilo que tenemos desde que llegamos a la cima. Los calcetines y las demás prendas que ponemos a secar por la noche se cubren inmediatamente de largos y suaves cristales que son exactamente iguales que plumas. Los calcetines, los guantes y las botas se secan de maravilla por la noche. Estamos teniendo

pocos inconvenientes con ellos en comparación con los que tuvimos durante los viajes de primavera e invierno. Generalmente extiendo el saco durante la hora y media de la comida para que le dé el sol y el pelo de reno no se estropee con toda la humedad que acumula durante la noche a causa del aliento y el sudor.

Sol abundante, superficies duras, nubes iridiscentes; los sastrugi más erosionados que hubiera visto nunca cubiertos de manojos de cristales que semejaban hojas de aulaga; el horizonte iluminado por todas partes por la claridad de los hielos; caras peludas y bocas terriblemente heladas; jornadas de calor en las que, aunque sudaban, a veces se les quedaban las manos frías en las correas de los bastones; jirones de cirros delgados, vaporosos y desgarrados, barridos por el viento en todas las direcciones; nubes arrastradas por el aire de un lado a otro sobre el horizonte… Éstas son algunas de las impresiones que consigna Wilson en su diario durante los diez primeros días de solitaria andadura de la expedición. Yo diría que, en general, estaba disfrutando.

Aunque el lector debería leer el diario de Scott y juzgar por sí mismo, creo que cuando el último grupo de regreso dio media vuelta, al capitán se le quitó un peso de encima. Hasta aquel momento todo había ido bien, pero ahora dependía de ellos. La enorme cantidad de cifras, pesos y medias, todos los años de preparación, todos los meses de ansiedad… Nada de esto había sido en balde. Avanzaban conforme a las fechas previstas y tenían abundante comida, probablemente más de la que necesitaban para llegar al polo y volver por la planicie tomando raciones completas. Pero el pensamiento más tranquilizador de todos quizá fuese que ya quedaban atrás la incertidumbre de los trineos de motor, el sufrimiento de los ponis y la posibilidad de tener un desastre en el glaciar. Por añadidura, los dos grupos de apoyo habían emprendido el camino de regreso sin ningún percance. Iba con él un buen grupo, fuerte y experimentado, y se encontraba a sólo 148 millas del polo.

Puedo imaginármelos, haciendo las cosas con eficacia, sin preocuparse por nimiedades, sin decir palabras innecesarias, sabiendo cada uno cuál es su trabajo y llevándolo a cabo: montando la tienda, acabando las tareas del campamento y sentándose sobre los sacos de dormir mientras se hace la comida, calentándose las manos con las tazas, guardando una galleta para tener algo que comer si despiertan durante la noche, distribuyendo bien los pesos en el trineo, marchando a buen paso… Los hemos visto hacerlo estupendamente en un sinfín de ocasiones.

Además, las condiciones no parecían malas.

Esta noche reina una calma absoluta; el sol es tan fuerte que a pesar de la temperatura podemos quedarnos fuera con toda comodidad. Es divertido estar así y acordarse de lo negra que nos pintaban la situación. Entre otras cosas nos decían que el sol iba a derretir la nieve sobre los esquís. La planicie es muy llana en este tramo, aunque seguimos ascendiendo lentamente. Los sastrugi son cada vez más irregulares, aunque predominan los de dirección sureste. Me pregunto qué nos deparará la suerte. Por el momento parece que todo va sobre ruedas […]. Apenas notamos el frío, y como el sol lo seca todo de maravilla, la situación resulta sumamente cómoda […]. La comida sigue siendo muy satisfactoria. Qué suerte que hayamos dado con una ración tan fabulosa. Desde luego, somos una expedición excelentemente abastecida […]. Dormimos con gran comodidad, bien arrebujados en nuestros cómodos sacos entre las dobles paredes de nuestra tienda.

Entonces sucedió algo inesperado.

Mientras Scott escribía las palabras que el lector acaba de leer, la expedición alcanzó el punto más alto de la planicie y empezó a descender muy lentamente. La relación de altitudes corregidas que facilita Simpson en su informe meteorológico posee un enorme interés:

Cabo Evans m Sobre el nivel del mar
Campamento de la carnicería 51
Depósito sur del glaciar 2.145
Depósito de los tres grados 2.818
Depósito del grado y medio 2.959
Polo sur 2.722

No está claro qué ocurrió, pero es indudable que la superficie empeoró enormemente, que la expedición empezó a notar el efecto del frío y que Evans no tardó en quedarse sin fuerzas. El problema más apremiante eran las malas superficies. Intentaré explicar por qué la expedición se encontró con éstas en una región que, téngase en cuenta, no había hollado ningún ser humano hasta entonces.

Scott montó el depósito del grado y medio (es decir, el situado a 1,5° de latitud, o lo que es lo mismo, a 90 millas del polo) el 10 de enero. Llevaban varios días andando por un terreno prácticamente llano, pero a partir de aquella fecha empezaron a descender. En sus diarios aparecen cristales por todas partes: cristales que caen del cielo, cristales que bordean los sastrugi, cristales sueltos sobre la nieve y cristales como granos de arena, sobre los que brilla el sol, y que entorpecen terriblemente el arrastre. Cuando se nubla el cielo avanzan mucho mejor, pero las nubes se forman y dispersan sin motivo aparente, y en general el viento les da en la cara.

Wright me ha contado que en los documentos de la expedición hay testimonios que permitirían explicar la presencia de estos cristales. Los halos son causados por cristales, y casi todos los que registraron desde el principio del glaciar Beardmore hasta el polo y durante el viaje de regreso se produjeron en aquel tramo, en el que el terreno está en pendiente. Bowers menciona que los cristales no apuntaban en todas direcciones, lo cual demuestra que el aire no subía siempre, sino que a veces bajaba, y por lo tanto no depositaba su humedad. No cabe duda de que las superficies con que se encontraron fueron muy diversas, y es posible que la nieve formara «olas». Bowers menciona la existencia de grandes ondulaciones a 30 millas del polo, y cabe la posibilidad de que el terreno presentara otras irregularidades que no estuvieran a la vista.

Existen también testimonios según los cuales estos cristales se formaban en dichas olas en el lado por donde daba el aire, y que un fuerte viento los arrastraba al otro lado y los depositaba allí.

Es de todos conocido que, cuanto más arriba se está en la atmósfera, menos es la presión; en realidad, es habitual medir la altura leyendo el barómetro. Pues bien, en aquel último tramo del viaje el aire subía porque el viento soplaba del sur, y, como hemos visto, la planicie descendía hacia el polo. El aire, empujado cuesta arriba por este viento del sur, tenía que subir. Conforme subía se expandía, pues la presión era menor. Si el aire se expande sin recibir calor de una fuente exterior (esto es, en un recipiente refractario), decimos que experimenta una expansión adiabática. Este aire tiende, en primer lugar, a saturarse y luego a precipitar su humedad. Estas condiciones se cumplían casi por entero en la planicie, donde el aire se expandía al subir, pero recibía poco calor del exterior, por no decir nada. En consecuencia, el aire precipitaba su humedad en forma de cristales.

Debido a los rápidos cambios que experimentaba la superficie (en una ocasión dejaron los esquís en un depósito porque estaban rodeados de sastrugi y tuvieron que volver por ellos porque la nieve se había vuelto a ablandar y no presentaba obstáculos), Scott se figuró que las montañas del litoral no podían encontrarse muy lejos de allí. Ahora sabemos que en realidad se hallaban a una distancia de sólo 130 millas. Por aquella fechas Scott menciona que tenía miedo de que les resultara

cada vez más difícil el arrastre, pero se tranquilizó cuando llegaron a un tramo en que la superficie estaba en buenas condiciones y vio que el trineo se deslizaba con la misma facilidad que antes. El 12 de enero por la noche, ocho días después de despedirse del último grupo de regreso, escribió en su diario lo siguiente:

Esta noche, al acampar, estábamos todos temblando, y hemos pensado que se avecinaba una ola de frío, pero nos hemos quedado sorprendidos al ver que la temperatura real era más alta que la de ayer por la noche, cuando estuvimos haraganeando al sol. Es totalmente inexplicable que de pronto nos afecte el frío de esta manera. Creo que se debe en parte al agotamiento y en parte a la humedad del aire. Bowers es magnífico: a pesar de mis protestas, se ha empeñado en llevar a cabo unas observaciones después de acampar, y eso después de pasarse todo el día andando sobre nieve blanda mientras nosotros íbamos relativamente descansados con nuestros esquís.

El 14 de enero, Wilson escribió: «Ha hecho un día muy malo, frío y nublado, con una brisa persistente del sursureste que a todos nos ha molestado bastante. Sin embargo, el termómetro sólo marcaba -28 °C a la hora de comer y -26 °C a última hora de la tarde. Faltan poco más de 40 millas para el polo.» Aquel mismo día Scott escribió: «Hemos vuelto a notar las bajas temperaturas; hoy, a la hora de comer, todos teníamos los pies fríos, pero esto se debía al mal estado de las botas. He puesto algo de grasa bajo la piel desgastada, y así está mucho mejor. Parece que Oates está notando el efecto del frío y la fatiga más que los demás, pero estamos todos en muy buena forma.» Más adelante, el 15 de noviembre, escribió lo siguiente a la hora de comer: «Cuando hemos acampado estábamos todos agotados.» Por su parte, Wilson anotó: «Hemos montado un depósito [el último] de provisiones a la hora de comer y hemos emprendido el último tramo con víveres para nueve días. Por la tarde hemos avanzado con más facilidad y no hemos parado hasta las siete y media. La superficie era extraña, pues la nieve blanda y las zonas de sastrugi se sucedían sin solución de continuidad. A veces daba la impresión de que estábamos en una pendiente muy suave y que bajábamos por una cuesta de oeste a este.» En vista de cómo se desarrollaron los acontecimientos, creo que en aquel momento la expedición no estaba tan en forma como hubiera cabido esperar diez días antes, y que ésta es una de las razones de que les afectara el frío y les costara tanto esfuerzo arrastrar el trineo. El principal obstáculo era el mal estado de la superficie, consecuencia de los cristales que cubrían el suelo.

Simpson llegó a la conclusión de que en la planicie había un gradiente de presión casi constante que empujaba el aire hacia el norte en línea paralela al meridiano 146 este y al supuesto borde de la planicie. La velocidad media durante aquellos meses de diciembre y enero fue de 11 millas por hora. Durante el viaje por la planicie Scott registró vientos de fuerza 5 o superior en veintitrés ocasiones; estos vientos les dieron de frente en el tramo del glaciar Beardmore al polo y en la espalda en el camino de vuelta. Una temperatura baja con el tiempo en calma es una bendición al lado de una temperatura alta con viento. Pues bien, es este viento implacable, sumado a la altitud y a las bajas temperaturas, lo que hace tan difícil desplazarse por la planicie antártica.

Mientras que la velocidad media del viento durante los dos meses centrales del verano se mantiene bastante constante, en enero se produce un rapidísimo descenso de temperaturas. La temperatura media real registrada en la planicie aquel año en el mes de diciembre fue de -22 °C; la mínima fue de -28 °C. Simpson comenta que «entre las maravillas de la Antártida hay que incluir el hecho de que comprenda una amplía zona de la superficie de la Tierra en la que la temperatura media durante el mes más cálido es de más de -22 °C, cuando la temperatura máxima a lo largo de todo el

mes es de sólo -14,7 °C.»'"~ Pero en el mes de enero la temperatura media en la planicie descendió de -12 °C a -28,1 °C, y la mínima registrada fue de -34,2 °C. A estas temperaturas hay que sumar la fuerza del viento indicada previamente para poderse imaginar en qué condiciones se desarrolló el viaje. En vista del anterior viaje de Scott por la planicie y del viaje al polo de Shackleton, nuestras avanzadillas ya contaban con encontrarse este viento, pero no hay duda de que cuando disminuía la radiación solar la temperatura bajaba más rápidamente de lo que se suponía en general. Probablemente Scott no esperaba encontrarse ni un descenso tan brusco de las temperaturas ni una superficie tan mala, aunque sabía que el viaje por la planicie podía suponer una dura experiencia. En realidad, imaginaba que sería con mucho la parte más ardua del viaje.

El 15 de enero por la noche, Scott escribió lo siguiente: «Ya debería ser cosa segura; lo peor que podría pasar es que nos encontrásemos con que la bandera noruega se ha adelantado a la nuestra.» Les faltaban 27 millas para llegar al polo.

La descripción de los tres días siguientes pertenece al diario de Wilson.

16 de enero. Hemos salido a las ocho de la mañana, y a la una y cuarto ya habíamos recorrido 7,5 millas. Luego hemos comido, y después de 5,3 millas hemos topado con una bandera negra y con,las huellas del trineo, los esquís y los perros noruegos, que iban más o menos de noreste a suroeste en ambas direcciones. La bandera era de lanilla negra y estaba atada con un cordel a un patín que han debido de arrancar a de un trineo averiado. No nos ha sido fácil calcular cuánto tiempo llevaban allí las huellas, pero es probable que tengan tres semanas o más. La bandera estaba bastante raída por los bordes. Hemos acampado aquí, y después de examinar las huellas hemos hablado de la situación. Por la mañana la superficie era bastante buena y el termómetro marcaba -30 °C; por la tarde hemos ido cuesta abajo durante todo el rato; al oeste había una subida y al este una pendiente y una hondonada. Por ahí vinieron los noruegos, tras subir por otro glaciar, evidentemente.

17 de enero. Hemos acampado en el mismo polo a las seis y media de la tarde. Nos hemos levantado a las cinco de la madrugada y hemos seguido las huellas de Amundsen en dirección sur-sudeste durante tres horas. Tras pasar dos pequeños mojones, hemos visto que las huellas estaban tan tapadas de nieve que ya no podíamos seguirlas, de modo que hemos tomado nuestro propio camino para llegar al polo. Hemos acampado a las doce y media para comer y luego hemos seguido andando desde las tres hasta las seis y media de la tarde. Soplaban vientos de fuerza entre 4 y 6 y nos daban en plena cara; y el termómetro marcaba -30 °C. Ha sido la jornada más fría que yo recuerde. A pesar de que llevábamos guantes dobles de lana y piel, nos ha sido difícil evitar que se nos helaran las manos. Oates, Evans y Bowers tienen fuertes síntomas de congelación en la nariz y las mejillas, y hemos tenido que acampar temprano para comer por los problemas que tenía Evans en las manos. Ha hecho un día glacial. El sol asomaba de vez en cuando, y hemos realizado observaciones a la hora de comer, antes y después de cenar, a las siete de la tarde y a las dos de la mañana, hora local. Hacía mal tiempo, y el aire estaba cargado de cristales que cuando avanzábamos hacia el sur se nos echaban encima y hacían que el cielo apareciera gris, oscuro y neblinoso sobre el horizonte. No hemos visto ni rastro de mojones o banderas, y a juzgar por la dirección de sus huellas Amundsen ha debido de llegar esta mañana a un punto situado a tres millas de distancia. Esperamos que mañana despeje, pero en cualquier caso estamos todos de acuerdo en que tiene derecho a afirmar que ha sido el primero en llegar al polo propiamente dicho. Nos ha vencido en la medida en que para él era una carrera. Nosotros hemos hecho lo que veníamos a hacer y hemos cumplido con nuestros planes. Por sus huellas pensamos que eran sólo dos hombres con esquís y un gran número de perros con una

alimentación reducida. Parece que llevaban una tienda oval. Vamos a dormir una noche en el polo. Hemos tomado un hoosh doble con los últimos pedazos de chocolate, y Scott, Oates y Evans han agradecido mucho el tabaco de X. Ha sido un día agotador; el saco de dormir está tan congelado que parece almidonado, pero de todos modos voy a acostarme. Mañana volvemos a casa; vamos a esforzarnos al máximo para llevar la noticia antes de que zarpe el barco.

18 de enero. Esta noche hemos calculado nuestra posición, y a eso de las cinco de la madrugada nos hemos levantado y nos hemos desplazado en dirección sureste a un punto situado a 3,75 millas del campamento, donde a juzgar por los cálculos realizados esta noche, pensamos que se encuentra el polo. Hemos acampado, comido, levantado un mojón, sacado fotos y ondeado la bandera de la reina madre y todas las nuestras. Decimos que esto es el polo, aunque en realidad hemos realizado nuevos cálculos y hemos avanzado media milla más en dirección sureste hasta llegar al lugar definitivo. Aquí hemos desplegado la bandera británica. Por la mañana hemos pasado el campamento de los noruegos, que se encuentra más al sur. Se llama Polheim, y han dejado en él una pequeña tienda con las banderas de Noruega y el Fram desplegadas, y una gran cantidad de equipo dentro: sacos de dormir de piel de reno, calcetines de noche, dos pantalones de piel de reno, un sextante, un horizonte artificial, un hipsómetro con todos los termómetros rotos, etcétera. He tomado el alcohol metílico, que necesito para esterilizar y hacer lociones desinfectantes con nieve. En la tienda también había cartas (una de ellas es de Amundsen para el rey Haakon, y hay una petición para que Scott se la envíe) y una lista de los cinco hombres que formaban su grupo, pero no hemos encontrado nada de información sobre lo que han hecho. He realizado unos esbozos, pero estábamos a -30 °C y soplaba un aire muy frío. Birdie ha sacado unas fotos. No hemos encontrado ningún trineo, aunque dicen que había uno; puede que esté sepultado bajo la nieve. La tienda es un chisme curioso: es para dos personas y se sujeta con cuerdas blancas y estaquillas de madera amarilla. He tomado unos pedazos de seda de color gris azulado de las costuras de la tienda: estaba estropeada. Los noruegos llegaron al polo el 16 de diciembre y estuvieron aquí desde el día 15 hasta el 17. En el lugar donde hemos acampado para comer hemos visto un patín de trineo y una bandera negra ondeando a una media milla de distancia. Scott me ha dicho que vaya a buscarla con los esquís y he encontrado una nota atada a ella en la que se Índica que éste es el lugar donde finalmente decidieron los noruegos que estaba el polo. Me han dado la bandera y la nota con la firma de Amundsen y también una pieza del patín de trineo. Donde mejor se ve cómo está distribuido todo esto es en el pequeño mapa de nuestras andanzas. Después de comer hemos recorrido 6,2 millas en dirección norte desde el campamento del polo y hemos vuelto a acampar.

Las siguientes observaciones sobre la región del polo sur las escribió Bowers en el cuaderno de meteorología, al parecer el 17 y el 18 de enero.

En un radio de 120 millas alrededor del polo Sur los sastrugi por los que pasamos parecían indicar zonas de vientos dominantes. Es evidente que éstos eran del sureste hasta los 78° 30'de latitud sur, que es el punto más alto de la planicie y donde empezamos claramente a descender. Luego pasamos por una zona de sastrugi formados por vientos del sureste, del sur y del suroeste. Más adelante, a unos 79° 30' de latitud sur, predominaban los de sursuroeste. En este punto la superficie del casquete polar sufría ondulaciones que corrían más o menos en ángulo recto con respecto a nuestro rumbo y que se dividían en inmensas olas de varias millas de extensión (*Evidentemente se refiere a la extensión de cresta a cresta*) y de superficie uniforme tanto en las hondonadas como en las costras. Toda la superficie estaba alfombrada por una capa de cristales de hielo que, cuando pasamos por ahí, caían en forma de diminutas espículas y a veces en placas. Debido a esto casi todo

el rato se veían parhelios.

Las banderas que había dejado un mes antes la expedición noruega se encontraban prácticamente intactas, de modo que es poco probable que estuvieran a merced de vientos muy fuertes durante dicho período. Las huellas de su trineo y sus esquís, y también las de los perros, eran algo menos profundas allí donde habían quedado bien marcadas. En la zona del campamento del polo Sur los ventisqueros eran de suroeste, pero había uno de sursureste al abrigo de la tienda. Cuando montaron la tienda tuvieron en cuenta el viento del suroeste. La superficie era muy blanda para andar a pie, y al remover la nieve se observó que su estructura cristalina apenas cambiaba, y que no había costras como las que habíamos encontrado en la Barrera. La nieve parece muy poco consistente, hasta el punto de que carece de cohesión, y cuando se derrite produce muy poca agua para el tamaño que tiene. El constante y variado movimiento de los cirros y la formación y el movimiento de los focos de radiación muestran que por esta época del año hay muy poca tranquilidad en las capas superiores de la atmósfera, por no decir ninguna.

Ésta es, en resumidas cuentas, la situación que se encontraron, que sin lugar a dudas debió de constituir para ellos una enorme sorpresa. Aquellos hombres llevaban dos meses y medio de viaje y se encontraban a 800 millas de la base. La subida por el glaciar había supuesto un enorme esfuerzo. Desde luego, el viaje por la planicie no había sido peor de lo que se esperaban; de hecho, probablemente había sido menor, al menos hasta el momento en que se habían separado del último grupo de regreso. Pero entonces, por si no tenían bastante con la elevada altitud, el viento en contra y los -28 °C de temperatura media, se encontraron con aquella lluvia de cristales de hielo que hacía que la superficie pareciera de arena, sobre todo cuando salía el sol. Estaban rodeados de cirros, y parecía que en aquellas extraordinarias condiciones la superficie de la nieve era más fría cuando brillaba el sol que cuando las nubes frenaban la radiación de éste. Empezaron a descender. Las cosas comenzaron a torcerse: el frío les afectaba, sobre todo a Oates y a Evans, que tenía la mano en mal estado desde que había cambiado los patines a los trineos con los marineros. Debía de haber pasado un frío espantoso al hacerlo. De hecho, fue uno de los trabajos más difíciles que realizaron, y no sé si se ha prestado suficiente atención a esta circunstancia.

Pero aún había más:

Los noruegos se nos han adelantado y han sido los primeros en llegar al polo. Esto supone una terrible decepción. Lo lamento por mis leales compañeros. Son muchos los pensamientos que le acuden a uno a la cabeza, tantos como las conversaciones que hemos mantenido. Mañana hemos de continuar la marcha hacia el polo y luego volver a la base tan rápido como podamos. Hay que olvidarse de todas las ilusiones; va a ser un regreso agotador.

El polo. Sí, hemos llegado, pero en circunstancias muy diferentes de las que nos imaginábamos […]. Los compañeros siguen trabajando incansablemente a pesar del frío, que afecta sobre todo las manos y los pies […]. Evans tenía tanto frío en las manos que nos hemos visto obligados que acampar para comer […]. El viento sopla con fuerza, la temperatura es de -29,5 °C, y luego está esa extraña humedad, ese frío en el ambiente que le deja a uno helado hasta los huesos en un instante […]. ¡Dios santo! Este es un lugar espantoso […].

Esto no es un grito de desesperación. Es una exclamación provocada por unos hechos terribles. La temperatura cerca del polo Sur, incluso en enero, es unos 15 grados más baja que durante el mes correspondiente (es decir, julio) cerca del polo Norte. Si esto es así en pleno verano, ¿cómo será en pleno invierno? Por otro lado, si se exceptúa la superficie arenosa, era eso lo que buscaban, y todos los detalles de la organización estaban dando el resultado que se esperaba, e incluso mejor.

Bowers estuvo tan ocupado con el cuaderno de meteorología y las mediciones (que tenía que hacer en circunstancias tremendamente difíciles) que no anotó nada en su diario hasta que emprendieron el camino de regreso. Entonces escribió durante siete días seguidos.

19 de enero. Ha hecho una mañana espléndida: el cielo estaba despejado y soplaba un agradable viento del suroeste. A la hora del desayuno he cosido una solapa a la parte de arriba de mi gorro verde para evitar que el viento se me meta por el cuello durante el camino. Tras colocar el mástil y la vela en el trineo, hemos puesto rumbo al norte, y al poco rato hemos dado con el mojón de Amundsen y las huellas que dejó al irse. Las hemos seguido hasta que hemos encontrado el otro mojón y la bandera negra junto a la que hicimos nuestro campamento n.° 58. Hemos dejado todas las huellas de los noruegos a nuestras espaldas, lo que ha sido un gran alivio, y hemos seguido por nuestro camino. Hemos acampado para comer tras recorrer ocho millas

Por la tarde hemos pasado por el mojón n.° 2 de la ruta británica y nos hemos deslizado a bastante velocidad gracias a una fuerte aire. Yo no iba con esquís, así que se me ha hecho cuesta arriba, pero el cansancio no importa si se avanza. Hemos andado 16 [millas] en toda la jornada, de modo que esperamos encontrar nuestro último depósito mañana por la tarde. El tiempo se ha estropeado bastante justo después de comer, y a última hora de la tarde ha nevado copiosamente y se ha formado una niebla de cristales de hielo y un parhelío.

20 de enero. Esta mañana hemos vuelto a tener buen aire para navegar. Es un verdadero placer ir con el viento a favor y no en contra. Luego se ha estropeado el tiempo, pero hemos visto el último depósito poco después de la una de la tarde y lo hemos alcanzado a las dos menos cuarto. La bandera roja ondeaba alegremente en lo alto de la caña de bambú, dándonos la bienvenida tras nuestro viaje al polo sobre el mojón en el que tenemos todo lo necesario para vivir. Dependemos por completo de nuestros depósitos para salir con vida de la planicie, de modo que es una alegría ver los solitarios mojones. De éste, que se llama «el último depósito», hemos tomado comida para cuatro días, una lata de queroseno, algo de alcohol metílico (para la iluminación) y algunos efectos personales que habíamos dejado aquí. Hemos curvado la caña de bambú sobre el suelo de la tienda para ponérsela a nuestra vela a modo de verga en lugar del patín roto de Amundsen que encontramos en el polo, que es lo que hemos utilizado hasta ahora.

Como por la mañana hemos andado un trecho muy largo para alcanzar el depósito, el trayecto de la tarde ha sido más corto de lo habitual. El viento ha arreciado, y ha soplado frescachón con ráfagas fuertes y abundante nieve. Lo habríamos pasado mal si lo hubiéramos tenido en contra. Al cabo de una hora he tenido que llevar mi arnés a popa para controlar los movimientos del trineo. Por desgracia, la superficie se ha vuelto muy arenosa de un tiempo a esta parte, pero hemos acabado la jornada con 16,1 millas en nuestro haber, y hemos acampado en medio de un fuerte viento, que al cabo de unas horas se ha transformado en ventisca. Menos mal que hemos alcanzado el depósito sin percances.

21 de enero. Durante la noche el viento ha aumentado a fuerza 8 y se ha movido mucha nieve en polvo. Por la mañana había una ventisca de mil demonios y nos ha resultado totalmente imposible emprender la marcha. El viento nos habría venido muy bien, pero la nieve era tan copiosa que no había manera de orientarse. Decidimos esperar a que se desarrollaran los acontecimientos y ponernos en camino en cuanto hubiese alguna señal de mejoría. Por suerte la ventisca ha sido corta, y en lugar de durar los dos días de costumbre ha amainado por la tarde, y a las cuatro menos cuarto

hemos partido a toda vela. Con los esquís se iba bien, pero la superficie era muy blanda para ir a pie, y me ha costado mucho avanzar. Qué ganas tengo de recuperar mis queridos esquís, que todavía están a casi 200 millas de distancia. A última hora el viento ha remitido por completo y he vuelto a ponerme en mi posición de siempre, es decir, en medio de los cinco. Tras recorrer un total de 5,5 millas, hemos acampado otra vez. Los viejos mojones nos sirven de gran ayuda, así como las huellas, que en algunos lugares se han borrado por culpa de la abundante nieve y los sastrugi de hielo duro. A pesar de ello, podemos seguirlas con facilidad.

22 de enero. Esta mañana hemos encontrado las botas de piel de borrego de Evans. Debido al tiempo que ha pasado desde que se cayeron del trineo [el 11 de enero], estaban prácticamente sepultadas bajo la nieve. Teníamos viento favorable del sursuroeste, pero ha ido amainando paulatinamente. Hemos acampado para comer después de recorrer 8,2 millas. Por la tarde el viento ha cesado por completo, y a causa del sol la superficie parecía auténtico serrín. Ni permitía que el trineo se deslizara ni cedía a su presión. Nos ha costado Dios y ayuda arrastrarlo, y eso que somos cinco y la carga es ligera. Hemos acampado poco después de las siete de la tarde, algo de lo que nos hemos alegrado todos. Creo que estamos extenuados. En la jornada de hoy hemos andado un total de 19,5 millas. Sólo nos quedan 30 para el depósito del grado y medio. Con un poco de suerte deberíamos llegar allí en dos jornadas. [La temperatura mínima aquella noche fue de -34,5 °C (sin corregir).]

23 de enero. Nos hemos puesto en camino con algo de aire, lo que nos ha ayudado un poco. [La temperatura era de -33 °C] Al cabo de dos horas el viento ha empezado a soplar del sursuroeste con fuerza 4 y nos hemos deslizado con la vela hinchada a las mil maravillas, tanto es así que antes de comer hemos recorrido 8,75 millas. Por la tarde soplaba aún más fuerte, y he tenido que volver a la parte de atrás del trineo para hacer de guía y guardafrenos. Ha sido necesario bajar la vela un poco, pero incluso de ese modo volaba como un pájaro.

No estamos teniendo el menor problema para encontrar los mojones. Evans presenta síntomas de congelación en la nariz, lo cual no es nada raro en él, pero como todos empezábamos a tener frío, nos hemos detenido a las siete menos cuarto después de recorrer 16,5 millas. Nos ha resultado bastante difícil acampar debido a la fuerza del viento.

Aquella misma noche Scott escribió:

Hemos avanzado a gran velocidad, y si no llega a ser porque de repente Wilson ha descubierto que Evans presentaba síntomas de congelación en la nariz (la tenía blanca y dura), ya sólo nos faltaría una jornada para llegar al depósito [del grado y medio]. A las siete menos cuarto hemos pensado que lo mejor era acampar. Nos ha resultado difícil montar la tienda, pero después de un buen hoosh se está de lo más calentito.

No cabe duda de que Evans está bastante maltrecho: tiene numerosas ampollas en los dedos y la nariz gravemente congestionada de tanto que se le congela. Está muy molesto consigo mismo, lo que no es buena señal. Creo que Wilson, Bowers y yo estamos todo lo bien que se puede estar dadas las circunstancias. Oates pasa frío en los pies. Sea como fuere, tengo ganas de llegar a lo alto de la planicie […]. Parece que el tiempo está cambiando.

Bowers prosigue el relato:

24 de enero. Evans tiene los dedos totalmente cubiertos de ampollas debido a las

congelaciones. Por lo demás, nos encontramos todos bien, aunque estamos adelgazando y, a pesar de las buenas raciones que tomamos, cada día pasamos más hambre. A veces, durante la marcha, me paso el rato planeando el atracón que me voy a dar en cuanto tenga ocasión. Como para eso faltan todavía 700 millas, los planes resultan un tanto prematuros.

Cuando nos hemos puesto en marcha soplaba un vendaval, que luego ha arreciado. Al final íbamos con la vela a medio mástil, un hombre desenganchado delante siguiendo las huellas y Titus y yo cerrando la marcha, pero no siempre conseguíamos evitar que se volcara el trineo. La ventisca era cada vez peor, de modo que, aunque sólo hemos recorrido 7 millas, hemos tenido que detenernos poco después de las doce. Nos ha costado muchísimo acampar, y ha soplado un viento de mil demonios durante toda la tarde. Creo que ahora, a las nueve de la noche, se está calmando. Nos encontramos a sólo siete millas del depósito, y el retraso resulta exasperante.

[Aquel día Scott escribió lo siguiente: «Éste el segundo vendaval de verdad que sopla desde que nos fuimos del polo. No me gusta la pinta que tiene esto. ¿Está cambiando el tiempo? En tal caso, que Dios nos ayude, porque el viaje hasta lo alto de la planicie es tremendo y la comida escasea. Wilson y Bowers son mi principal apoyo. No me gusta la facilidad con que Oates y Evans tienen congelaciones.]

25 de enero. No ha servido de nada levantarse a la hora de costumbre (seis menos cuarto de la mañana), ya que la ventisca soplaba con más furia que nunca. En consecuencia, hemos decidido desayunar tarde y no comer a menos que podamos ponernos en marcha. Sólo disponemos de comida para tres días, y si no llegamos al depósito vamos a vernos en una situación muy apurada. Los sacos de dormir se nos mojan cada vez más, y lo mismo cabe decir de la ropa. Parece que ahora (a la hora del desayuno) hay indicios de que va a despejar, así que si Dios quiere puede que al final consigamos salir. Empieza a inquietarme el tema de las comidas: se nos ha acabado la sal, uno de mis artículos favoritos; esto se debe a que el grupo de Atkinson se llevó por equivocación una lata más del depósito sur del glaciar. Por suerte, hay algo más guardada allí, de modo que sólo voy a tener que pasarme dos semanas más sin ella.

Diez de la noche. Al final hemos conseguido ponernos en marcha, gracias a Dios. Con ayuda del viento hemos llegado sin ningún problema hasta el depósito del grado y medio, donde la gran bandera roja flameaba como loca a merced del viento en medio de remolinos de nieve. Hemos recogido una lata y cuarto de queroseno, la comida de una semana para cinco personas, y también algunos efectos personales que habíamos guardado aquí. Hemos dejado la caña de bambú y la bandera sobre el mojón. He sentido un gran alivio cuando hemos localizado el depósito: ahora sólo tenemos que preocuparnos por una cosa en esta interminable cumbre de nieve, a saber, el depósito de los tres grados, situado a 86° 56' de latitud sur.

Por la tarde hemos andado 5,2 millas. Ha sido una marcha espantosa: hemos tenido ventisca todo el rato, y el trineo se nos quedaba atascado en los sastrugi o pasaba por encima de los tirantes. Hemos tenido que bajar la vela hasta la mitad, y Titus y yo nos hemos agarrado a ella. Nos ha costado un esfuerzo ímprobo y hemos pasado mucho más frío así que arrastrando el trineo. La mayor parte del tiempo teníamos que frenar con todas nuestras fuerzas para que no se nos escapara. Bill se ha quedado medio ciego con la nieve por seguir las huellas sin llevar gafas de protección.

Emprendimos el viaje del depósito hace exactamente un año. En aquel momento no pensaba que iba a convertirme en un veterano de la exploración polar en tan poco tiempo, ni imaginaba que ahora iba a estar volviendo nada menos que del polo.

Wilson era muy propenso a estos ataques de ceguera y también a sufrir dolores de cabeza antes

de las ventiscas. Soy de la opinión de que su afán por dibujar siempre que se le presentaba la ocasión y su deseo de quitarse las gafas de protección para buscar huellas y mojones guarda relación con ello. El ataque que se describe a continuación era algo muy habitual.

He escrito esto durante la comida. A última hora de la tarde tuve un fuerte ataque de ceguera.

Por la tarde se desató una ventisca. Sólo pudimos marchar por la mañana. Como apenas distinguía las huellas no había modo de que las siguiese. Los ojos no empezaron a molestarme hasta ayer, aunque lo que me ha causado el ataque es el esfuerzo de seguir las huellas y la heladora nieve en polvo que se ha movido hoy.

Por la tarde fui a pie porque no tenía los ojos como para andar en esquí. Tuvimos gran cantidad de viento y nieve, y hacía mucho frío. Por la noche me puse cocaína en los ojos, pero no logré conciliar el sueño a causa del dolor. Sólo conseguí dormitar una hora más o menos por la mañana.

Volví a marchar a pie durante todo el día, pues con los esquís no veía por donde iba. Birdie usó mis esquís. Los ojos me seguían lagrimeando y doliendo mucho. Por la noche estaba agotado, pero he dormido estupendamente y, aunque esta noche siento un fuerte dolor en la frente, ahora tengo los ojos mucho mejor.

La superficie era nefasta; al día siguiente de marcharse del polo (el 19 de enero) Wilson la describió en su diario de la siguiente manera:

Hemos tenido un espléndido viento a favor durante la mayor parte de la tarde y hemos avanzado bien hasta las seis aproximadamente, momento en que ha salido el sol y hemos tenido que echar el resto hasta las siete, que es cuando hemos acampado. El sol brilla sobre bancos de nieve arenosa que se mueven a merced del viento, y la temperatura es de -29 °C, con lo que la superficie queda en un estado verdaderamente espantoso y no hay manera de deslizarse ni con los esquís ni con el trineo, pues es como hacerlo sobre arena fina. El cielo ha estado más o menos cubierto de alto cirros blancos dispersos durante todo el día; a tres grados de altura sobre el horizonte se extiende un frente gris con aspecto de ventisca, que en realidad es producido por la constante precipitación de minúsculos cristales de nieve. A veces en lugar de placas de nieve caen-aglomeraciones de espículas diminutas que parecen minúsculos erizos de mar. Cuando las placas brillan al sol parece que tienen un tamaño considerable, pero en el Burberry no son más que simples puntitos. Lo mismo ocurre con los conjuntos de espículas: sólo se distinguen a duras penas. Ahora tenemos tanto frío en las manos que al acampar no podemos realizar ninguna tarea que requiera ser minucioso. El tiempo es siempre muy desagradable: sopla mucho viento, hace frío y las temperaturas son cercanas a -30 °C. Sin embargo, hoy he conseguido dibujar un poco después de comer.

El viaje había perdido todo su aliciente. Tenían hambre y frío, les costaba mucho arrastrar el trineo, y dos de ellos se encontraban en malas condiciones físicas. Ya el 14 de enero Scott había escrito que Oates estaba notando el efecto del clima inclemente y la fatiga más que los demás, problema al que volvería a hacer referencia el día 20 del mismo mes. El 19 de enero Wilson escribió: «Por el camino se nos quedan la boca y las peludas caras totalmente cubiertas de hielo, y a menudo pasamos en las manos un frío terrible al agarrar los bastones de los esquís. Evans, que hace unos días sufrió un corte en un nudillo cuando estábamos en el último depósito, tiene esta noche una gran cantidad de pus en él.» 20 de enero: «Evans tiene grandes ampollas en las yemas de cuatro o cinco dedos a causa del frío. Titus las tiene en la nariz y las mejillas. Evans y Bowers también.» 28 de enero: «Evans sigue con las yemas de los dedos en mal estado debido a las ampollas que le

salieron en el polo. A Titus se le ha puesto el dedo gordo del pie de color morado.» 31 de enero: «A Evans se le están cayendo las uñas; tiene los dedos en carne viva y le duelen mucho.» 4 de febrero: «A Evans le está afectando mucho el frío; constantemente presenta síntomas de congelación. A Titus se le están poniendo negros los dedos gordos del pie, y tiene la nariz y las mejillas completamente amarillas. A Evans le pongo en los dedos acositos de vaselina bórica un día sí y otro no. Están todavía bastante delicados.» 5 de febrero: «A Evans le supuran los dedos. Tiene la nariz muy mal y un aspecto terrible.»

Scott empezaba a preocuparse por Evans: «Esta noche ha perdido dos uñas y tiene las manos en muy mal estado. Da la impresión de que esto le está desmoralizando, lo cual me sorprende. No ha recuperado el ánimo desde que sufrió el accidente.» «El estado de los miembros de la expedición no mejora, sobre todo el de Evans, que cada vez está más inválido y apático.» «Evans tiene la nariz tan mal como los dedos. Está bastante maltrecho.»

Las anotaciones del diario de Bowers que hemos citado anteriormente acaban el 25 de enero, día en que localizaron el depósito del grado medio. «Voy a dormir mucho más tranquilo sabiendo que la bolsa de provisiones está de nuevo llena», escribió Scott aquella noche. «Bowers ha realizado esta noche otra observación de referencia; es algo prodigioso que haya podido hacerlo con el viento tan horrorosamente frío que sopla.» Al día siguiente recorrieron 16 millas, pero se desviaron del camino de regreso, que era muy irregular. El 27 de enero anduvieron 14 millas «por una superficie muy mala. Hemos estado todo el día pasando por sastrugi muy abruptos, hasta que a última hora de la tarde hemos empezado a alejarnos de ellos.» «¡Diantre ¡Qué esfuerzo tan tremendo hay que hacer!», escribió Scott.

Pero la superficie empezaba a mejorar otra vez, y el 28 de enero recorrieron 15,7 millas. «Ha sido una jornada excelente: la superficie era más que aceptable, y hemos recorrido una gran distancia.» El 29 de enero Bowers escribió la última anotación completa en su diario.

Hoy hemos recorrido la distancia máxima. Soplaba una buena brisa y la superficie estaba en mejor estado, así que no nos ha costado mucho llegar al punto en que nos despedimos del grupo de apoyo. A partir de ahí hemos avanzado entre las huellas dobles. Luego hemos pasado por un lugar memorable: el campamento donde fui asignado a la avanzadilla. Cómo me alegré de cambiar de grupo. El campamento estaba prácticamente cubierto de nieve, y por todos lados había unos sastrugi inmensos de dirección sur-sureste y sureste. Antes de comer hemos recorrido 10,4 millas. Yo iba detrás para controlar el trineo. Hacía un frío horroroso y tenía las manos heladas. Por la tarde me he puesto los guantes de piel de perro y he ido más cómodo. Seguimos con viento fuerte y nieve en polvo; la temperatura es de -31,5 °C. Gracias a Dios, ya quedan pocos días. Esta noche hemos recorrido una distancia de 19,5 millas, de modo que sólo nos faltan 29 millas para llegar a nuestro preciado depósito [de los tres grados]. Habría que tener muy mala suerte para no alcanzarlo en jornada y media.

El 30 de enero volvieron a recorrer 19 millas, pero durante la jornada anterior Wilson se había lesionado un tendón de la pierna. «Me he dado un fuerte golpe en el tibial anterior que me ha causado un profundo dolor durante toda la tarde.» «La pierna izquierda me ha dolido muchísimo durante todo el día, así que le he dado mis esquís a Birdie y he ido cojeando junto al trineo. Tengo todo el tibial anterior tenso e hinchado a causa de una sínovitis, la piel roja y un edema en la espinilla. De todos modos, soplaba una buena brisa, y hemos tenido una jornada muy buena.»

El 31 de enero escribió:

He vuelto a ir andando, con la pierna hinchada junto al trineo, pero ahora me duele mucho

menos. Nos faltaban 5,8 millas para alcanzar el depósito de los tres grados. Una vez allí, hemos recogido provisiones para una semana y hemos encontrado una nota de Evans. Hemos tomado una galleta más para cada uno, con lo que ahora tenemos cuatro para comer, y también una décima parte más de mantequilla. Por la tarde hemos pasado el mojón en el que Birdie dejó sus esquís. Los hemos recogido y hemos seguido hasta las siete y media de la tarde, hora en la que se ha calmado el viento, que ha sido muy flojo durante todo el día. Hacía un tiempo delicioso: estaba despejado, hacía sol y el termómetro marcaba -29 °C. Ahora tenemos también una décima parte más de carne desecada en el hoosh. Esta noche se me ha vuelvo a hinchar mucho la pierna.

Aquel día avanzaron 13,5 millas, y el siguiente, 15,7. «La pierna me molestaba mucho menos, y ya no me dolía, por lo que he podido tirar del trineo durante todo el día. Aún tengo un pequeño edema. Hoy hemos descendido unos 30 metros por una cuesta bastante empinada.»

Estaban acercándose a la zona de grietas y cascadas heladas que señala la entrada al glaciar Beardmore. El 2 de febrero estuvo marcado por otro accidente. Esta vez fue Scott quien lo sufrió.

Me he dado un golpe espantoso en la espalda en una superficie sumamente resbaladiza. Esta noche me hace un daño horroroso, con lo que ahora tenemos que contar con otro enfermo en la tienda. De los cinco que somos tres estamos heridos, y aún quedan por delante las superficies más complicadas. Será una suerte si salimos de ésta sin sufrir alguna herida grave. Wilson tiene la pierna mejor, aunque podría empeorar fácilmente. El estado de los dedos de Evans también ha mejorado […]. Nos las hemos apañado para recorrer una distancia de 17 millas. No cabe duda de que el suplemento de comida nos está viniendo muy bien, aunque pasamos mucha hambre. Ya empieza a hacer un poquitín más de calor, la altitud no es tan elevada y sólo faltan unas 80 millas para el monte Darwin. Ya va siendo hora de que nos alejemos de la cima. Ruego a Dios para que dentro de cuatro días la tengamos ya a nuestras espaldas. Los sacos de dormir se nos mojan mucho, y deberíamos dormir más.

Llevaban cierto tiempo buscando las viejas huellas, pero como tenían un buen tramo hasta el depósito de la cima del glaciar, el 3 de febrero decidieron seguir en dirección norte y olvidarse por el momento de las huellas y los mojones. Aquel día anduvieron 17 millas. El diario de Wilson reza así:

Hoy hemos vuelto a tener sol y viento. Hemos descendido por una serie de cuestas, pero hemos acabado el día subiendo por una. Nos hemos encontrado con sastrugi sumamente abruptos, ventisqueros y una superficie brillante y blanca como una cáscara de huevo. El viento ha soplado del sureste durante todo el día. Hoy a las a las once de la noche hemos visto por primera vez unos picos al este sobre el horizonte […]. También hemos pasado por la zona de crestas y grietas más austral, la primera del viaje de regreso.

4 de febrero. 18 millas. Cielo azul, despejado y sin nubes, nieve a ras de suelo. Durante la mañana hemos descendido por una cuesta suave con dos o tres terrazas irregulares, en la cima de una de las cuales había un buen número de grietas. La más austral estaba cubierta de una nieve muy traicionera, y era tan grande que Scott y Evans se han hundido hasta la cintura. Corrían en dirección este-oeste. Las más cercanas a la cima eran las típicas grietas anchas que parecen calles, y estaban bien tapadas. Por la tarde nos hemos encontrado antes de descender con otra cima en la que había grietas tipo calle; a una se le había hundido la cubierta y tenía un agujero tan grande que hubiera podido caerse en él un carro con su caballo. Nos dirigimos en línea recta hacia el norte, y se ve un

gran número de cumbres a la derecha y al sur. Hemos acampado justo al pie de un montículo surcado de grietas.

5 de febrero. 18,2 millas. Ha sido un día difícil, pues nos hemos adentrado en un terrible laberinto de grietas anchas. Parecían precipicios. Nos hemos desviado demasiado hacia el este y hemos tenido que avanzar en zigzag y cruzar un sinfín de puentes. Luego hemos torcido un poco hacia el oeste y hemos avanzado mejor durante toda la tarde, evitando muchas de las irregularidades que presentan aquí las cascadas en lo alto.

[Scott escribió aquel día: «Hemos acampado en una zona muy accidentada, pero aquí el viento sopla muy suave, y por primera vez desde hace muchas semanas estamos cómodos en el campamento.»]

6 de febrero. 15 millas. Otra vez nos hemos pasado la mañana intentando buscar atajos. Nos hemos metido entre grandes simas que corrían hacia el este y el oeste, y hemos tenido que volver a salir. Luego hemos torcido otra vez hacia el oeste y hemos bajado por unos sastrugi tremendos; soplaba una ligera brisa y hacía mucho frío. Por la tarde hemos seguido desviándonos hacia al monte Darwin. Hemos evitado una de las principales cascadas de hielo, y cuando estábamos abajo nos hemos vuelto para mirarla […]. Ha sido una jornada muy fría, con muchas grietas. Andando junto al trineo he visto unas cuantas; los demás iban con los esquís.

7 de febrero. 15,5 millas. Otro día despejado. Por la mañana hemos cruzado un par de llanuras y el trayecto ha resultado muy aburrido; luego hemos bajado por una larga cuesta. Por la tarde ha soplado un viento muy fuerte y hemos descendido a gran velocidad por largas cuestas plagadas de grandes sastrugi. Es agotador conducir y mirar hacia atrás yendo a un lado del trineo. Hemos alcanzado el depósito sur del glaciar a las siete y media de la tarde y hemos encontrado todo en su sitio.

Habían llegado al final de la planicie: ahora empezaba el descenso del glaciar. En lo que se refiere al tiempo, lo peor del viaje ya había pasado. Wilson observa lo bonitas que estaban las montañas cuando se acercaron a ellas: «La roca de la cordillera Dominion es en general de color marrón graneé o chocolate rojizo, aunque aquí y allá se ven numerosas vetas de roca amarilla. Creo que al igual que en la vertiente oeste, se compone de dolerita y arenisca.»

El estado físico de los miembros de la expedición era motivo de preocupación, por supuesto, aunque es imposible decir en qué medida. A partir de este punto iban a tener tiempo caluroso, lo cual era muy alentador. Scott y Bowers eran probablemente quienes se encontraban en mejores condiciones. Scott se recuperó pronto del hombro; «Bowers es magnífico: está siempre pletórico de energía y ánimo.» A Wilson le afectaba ahora el frío más que a cualquiera de ellos dos. Todavía no tenía la pierna lo suficientemente bien como para calzarse los esquís. Oates presentaba síntomas de congelación en uno de los pies desde hacía tiempo. Sin embargo, Evans era el único por el que parecía preocuparse Scott. «Le supuran los cortes y las heridas, la nariz presenta muy mal aspecto, y en general da la impresión de estar agotado.»

[…] «Bueno, ya hemos acabado nuestro viaje de siete semanas por el casquete polar, y casi todos estamos en buenas condiciones, aunque creo que si llega a durar una semana más habría tenido muy malas consecuencias para el marinero Evans, quien se encuentra cada vez peor.» Comían más de lo previsto, lo cual les estaba viniendo muy bien, aunque se quejaban de hambre y sueño. Tan pronto

como las temperaturas en el glaciar ascendieron, la comida les pareció más que suficiente. «Pero hemos de continuar la marcha para poder seguir tomando las raciones completas, y necesitamos descansar. De todos modos, conseguiremos llegar sin problemas, si Dios quiere. No estamos agotados, ni mucho menos.»

En la Antártida no hay gérmenes, si se exceptúan unos pocos especímenes aislados que casi a ciencia cierta traen de la civilización las corrientes altas de aire. Uno puede dormir toda la noche con la ropa y el saco de dormir mojados y arrastrar el trineo durante todo el día cubierto por una coraza de hielo sin pillar resfriados ni sufrir ningún dolor. Lo que sí se pueden contraer son enfermedades carenciales, como el escorbuto, ya que en el interior de esta región no existen las vitaminas. También se puede ser víctima de intoxicaciones si se deja descongelada la comida durante mucho tiempo o si no se tapan las provisiones del depósito con suficiente nieve, pues el sol acabará dañándolas, por mucho que la temperatura ambiente esté por debajo del punto de congelación. De todos modos, no es fácil enfermar.

Por otro lado, cuando se produce algún accidente resulta extremadamente difícil ponerle remedio, sobre todo si se produce algún corte. Además, el explorador polar puede verse en situaciones sumamente apuradas debido a su aislamiento. En la Antártida no hay ambulancias ni hospitales, y un trineo pesa muchísimo si va un hombre encima. Prácticamente todos los hombres que emprenden viajes de gran envergadura por el polo deben plantearse la posibilidad de suicidarse para salvar a sus compañeros; a la dificultad que esto supone no hay que darle demasiada importancia, pues si las cosas se tuercen mucho, en algunos aspectos es más deseable morir que vivir. Durante el viaje de invierno llegamos a ese extremo. Recuerdo que hablé del asunto con Bowers, quien planeaba quitarse la vida con una piqueta si se veía en la necesidad, si bien ignoro cómo lo habría hecho. También se podía recurrir a una grieta, me dijo, y en cualquier caso siempre quedaba el recurso del botiquín. En aquel momento me sentí horrorizado: nunca me había planteado este tema de semejante modo.

El 8 de febrero se marcharon del depósito sur del glaciar, situado al píe del monte Darwin. Aquel día reunieron los especímenes geológicos más importantes, que guardaron hasta el último momento a petición de Wilson, y que él mismo recogió en su mayor parte. El monte Darwin y la isla Buckley, que en realidad son las cúspides de dos altas montañas, se elevan sobre el hielo en la cima del glaciar, y la ruta de la expedición pasaba cerca de ambas, aunque no llegaba hasta ellas. Shackleton encontró carbón en la isla Buckley, y era evidente que el lugar tenía una enorme importancia geológica, pues por lo que sabíamos se trataba de uno de los pocos de la Antártida en el que se podían encontrar fósiles. Las cascadas de hielo se extendían hasta donde abarcaba la mirada, en dirección a las montañas que limitan el glaciar por ambos lados, y si uno alzaba la vista hacia la isla Buckley, parecían una larga ola a punto de romper. Una de las grandes dificultades que presentaba el Beardmore era que, al subir, uno veía las cascadas de hielo y las evitaba, pero luego, durante el descenso, no se enteraba de dónde se encontraban hasta que se metía en una zona de grietas y crestas de presión, y entonces resultaba prácticamente imposible saber si había que ir hacia la izquierda o hacia la derecha para salir.

Aquel día Evans se vio incapaz de arrastrar el trineo, por lo que se soltó. Pero esto no era necesariamente una mala señal. Shackleton tampoco había podido tirar del trineo en aquella zona durante el viaje de regreso. Wilson escribió lo siguiente:

8 de febrero. Escarpaduras del monte Buckley. Hoy hemos estado muy ocupados. Durante la marcha de la mañana hemos pasado mucho frío: soplaba un viento tremendo procedente del sur.

Birdie se ha soltado y ha ido en esquí hasta el monte Darwin, donde ha recogido algo de dolerita. Es la única roca que ha conseguido ver en el nunatak, que era el más cercano de todos. Nos hemos adentrado en una zona de costras; la nieve ha empezado romperse, por lo que se han hundido los patines del trineo, y hemos acabado metidos casi hasta las rodillas. En un primer momento he pensado que nos encontrábamos encima de una grieta con un puente muy delgado. Nos hemos desviado un poco hacia el este, y la superficie ha ido empeorando paulatinamente hasta que hemos llegado a una cascada helada, donde hemos tenido que hacer un gran esfuerzo para que el trineo no se nos fuera de las manos. Al final hemos bajado y nos hemos dirigido hacia tierra firme con rumbo noroeste o norte. Hemos acampado al lado mismo de la morrena, al pie de las escarpaduras de arenisca del monte Buckley, protegidos del viento y bastante abrigados otra vez. El cambio nos ha sentado de maravilla. Después de comer nos hemos dedicado todos a la geología hasta la hora de la cena; yo me he acostado muy tarde, pues después de comer he ido a examinar la morrena. Los calcetines se secan enseguida sobre las rocas. Las escarpaduras de arenisca son magníficas. En la morrena había un montón de piedra caliza, y se veían riscos de dolerita en diversos sitios. En las escarpaduras de arenisca se ven vetas de carbón a todas las alturas y pedazos de carbón con vegetación fósil. Ha sido el típico día de trabajo de campo y he conseguido cosas espléndidas para el poco tiempo que he tenido.

9 de febrero. Visita a la morrena. Hemos bajado por la morrena, y al final del monte Buckley me he desenganchado y he pasado media hora entre las rocas. He vuelto a hacer unos cuantos apuntes interesantes en mi cuaderno de dibujo. Luego nos hemos alejado de la morrena y hemos avanzado durante todo el día con gran facilidad por una superficie de hielo azul irregular, con algún que otro tramo de neviza de poca extensión. Hemos acampado en uno de ellos para pasar la noche; el cielo estaba un tanto neblinoso y encapotado, pero por la noche ha despejado y el sol ha brillado con fuerza. Ahora disfrutamos de temperaturas en torno a -12 °C; además, el viento está en calma, no como en la cima de la planicie, donde el viento es incesante y la temperatura es de -29 °C.

10 febrero. ¿16 millas? Por la mañana hemos avanzado mucho desde las diez hasta las tres menos cuarto en dirección al Forma-nubes. El cielo se ha nublado, y poco a poco ha ido oscureciéndose debido a una nevada que ha comenzado con cristales de gran tamaño […]. Por la tarde hemos tenido que acampar después de dos horas y media de marcha pues hacía un tiempo tan malo que no se veía nada, e íbamos cuesta abajo por hielo azul […].

Al día siguiente, con luz escasa y una superficie en malas condiciones, se metieron en la misma zona de crestas de presión por la que habían pasado los otros grupos de regreso. Al igual que ellos, no se dieron cuenta de dónde se encontraban hasta que estuvieron dentro del todo.

Entonces hemos tomado la nefasta decisión de dirigirnos hacia el este. Hemos caminado seis horas seguidas con la esperanza de recorrer una buena distancia, y supongo que así ha sido, pero al final hemos acabado metiéndonos en una auténtica trampa. La superficie mejoraba, y a la hora de comer no hemos reducido la ración; pensábamos que todo iba bien, pero media hora después nos hemos metido en el peor caos de hielo en que he estado nunca. Hemos avanzado a trancas y barrancas durante tres horas con los esquís; al principio creíamos que estábamos demasiado a la derecha y luego que nos hallábamos demasiado a la izquierda; entretanto, las irregularidades eran cada vez mayores, y mi moral ha recibido un duro golpe. Ha habido un momento en que creíamos que no había manera de salir del espantoso laberinto en que nos encontrábamos.

[…] El laberinto de hielo ha cambiado de cariz, y donde antes había grietas y la superficie era

irregular, de pronto había enormes simas, muy pegadas unas a otras y sumamente difíciles de cruzar. Estábamos desesperados. Hemos conseguido salir a las diez de la noche, y estoy escribiendo esto tras doce horas de marcha […]

Wilson prosigue el relato:

12 de febrero. Hemos pasado una buena noche lejos de las cascadas de hielo y las irregularidades del terreno. El desayuno ha sido frugal: té, galletas y un hoosh flojo. Hemos comenzado la mañana haciendo un buen trecho con crampones por una superficie de hielo azul y cantos rodados. Luego hemos bajado por una cascada de hielo y nos hemos pasado muchas horas andando por ella.

13 de febrero. Hemos desayunado un té con una galleta tras pasar la noche sobre un hielo azul muy duro e irregular entre las grietas de la cascada de hielo. La tienda no tenía nieve encima; sólo los esquís y las otras cosas. Nos hemos puesto en marcha a las diez de la mañana, y hemos encontrado el depósito a las dos de la tarde después de hacer una buena marcha por un hielo azul duro y desigual. Sólo hemos pasado media hora en las irregularidades de ayer. Hacía muy mal tiempo: nevaba y el cielo estaba encapotado, y casi ni se veían los puntos de referencia para llegar al depósito. Pero lo hemos logrado, aunque cansados y hambrientos. Hemos acampado y hemos tomado hoosh, té y tres galletas cada uno. Tras recoger comida para tres días y medio del depósito de la bandera roja, nos hemos puesto de nuevo en camino y hemos bajado hasta la morrena del Formanubes. Hemos andado unas cuatro horas por hielo azul duro, y durante la última he podido hacer algún estudio geológico en las dos alineaciones exteriores de cantos. La de fuera era toda de rocas de dolerita y cuarzo; la de dentro, de dolerita y arenisca […]. Hemos acampado en ésta. El cielo ha estado despejado durante toda la tarde.

Entretanto, Wilson y Bowers estaban sufriendo muchas molestias en los ojos debido al resplandor de la nieve, aunque Wilson no lo menciona en su diario. Aquella noche Scott dice que a Evans no le quedan fuerzas para ayudar en las labores del campamento. El 14 de febrero tienen una buena jornada. Sin embargo, es innegable que tenemos pocas fuerzas para arrastrar el trineo. Probablemente ninguno las tenga. A Wilson sigue molestándole la pierna, y no se atreve a ponerse los esquís. Pero el peor caso es el de Evans, que nos tiene a todos muy preocupados. Esta mañana ha descubierto de pronto que tenía en el pie una ampolla enorme. Esto nos ha obligado a retrasarnos, puesto que ha habido que ajustarle el crampón. A veces pienso que va de mal en peor, pero confío en que se recupere cuando logremos esquiar sin interrupciones como esta tarde. Tiene hambre, y Wilson también. No podemos arriesgarnos a cambiar de nuevo las comidas, y como ahora cocino yo, estoy sirviendo una cantidad inferior a la que nos corresponde. De un tiempo a esta parte tendemos a montar el campamento con lentitud y desgana, por lo que poco a poco van aumentando los retrasos. Esta noche he hablado del tema, así que espero que las cosas mejoren. No podemos recorrer las distancias previstas si no disponemos del tiempo suficiente.

La expedición tenía problemas, y al decir esto me refiero a problemas que no se podían justificar con el tremendo viaje que acababan de realizar. Dejando aparte la ventisca que se había desatado al pie del Beardmore y las superficies que se habían encontrado cerca del polo, el viaje no había sido mucho peor de lo que esperaban. Sin embargo, Evans, a quien Scott consideraba el hombre más fuerte del grupo, ya estaba desfallecido, y hay que reconocer que los demás

expedicionarios tampoco se encontraban en buena forma. Por lo visto, había algún factor que no se había tenido en cuenta.

El diario de Wilson continúa de la siguiente manera:

15 de febrero. 13,75 millas. He vuelto a ponerme los esquís por primera vez desde que me lastimé la pierna, y los he llevado las nueve horas que ha durado la jornada de hoy. La pierna me ha dolido, y a última hora de la tarde la tenía hinchada. Todas las noches me pongo un emplasto de nieve. Aún no hemos llegado a la altura del monte Kyffin, y hemos hablado mucho sobre la distancia que nos separa del depósito norte del glaciar. Probablemente nos falten entre 18 y 20 millas. Tenemos que reducir de nuevo las raciones: esta noche sólo hemos tomado una galleta y un hoosh flojo de carne desecada. Nos queda comida para un día, así que hemos de hacerla durar para que nos quede algo pasado mañana. Por la tarde el cielo se ha nublado mucho y ha empezado a nevar. Aunque hemos andado las cuatro horas de rigor, nos ha costado un gran esfuerzo y no hemos recorrido más que cinco millas y pico. De todos modos, esta noche nos encontramos más cerca del depósito.

16 de febrero. 12,5 millas. Hemos empezado a buen ritmo tras tomar sólo una galleta para desayunar. El tiempo era bueno y por la mañana hemos recorrido 7,5 millas. El cielo ha vuelto a nublarse, y hemos comido junto al Kyffin, casi en el mismo punto donde lo hicimos el 15 de diciembre. El tiempo ha empeorado durante la tarde, y al cabo de tres horas y media Evans ha sufrido un colapso. Estaba mareado y no podía andar ni siquiera con los esquís y sujetándose al trineo, de modo que hemos acampado. No se ve tierra firme por ninguna parte, aunque ya debemos de estar muy cerca de la roca del Pilar. El colapso de Evans tiene mucho que ver con el hecho de que no ha estado enfermo en su vida y ahora, con las manos congeladas, no puede valerse por sí mismo. La comida y la cena han sido muy escasas.

17 de febrero. Ha despejado, y hemos salido corriendo en dirección al depósito, pero cuando ya llevábamos un buen trecho, Evans ha notado que se le soltaban la botas del esquí. Le hemos dejado ajustárselas y ha seguido tirando, pero ha ocurrido otra vez y luego otra vez más, así que le hemos dicho que se desenganche, que se las ponga bien y que continúe hasta alcanzarnos. Hasta la hora de comer ha ido muy rezagado. Hemos acampado para comer y luego hemos ido a buscarlo porque seguía sin aparecer. Se había caído y tenía las manos congeladas, de modo que hemos vuelto por el trineo, lo hemos llevado hasta allí y hemos puesto a Evans encima porque estaba perdiendo rápidamente el uso de las piernas. Cuando le hemos metido en la tienda estaba comatoso, y ha muerto esta noche a eso de las diez sin recuperar el conocimiento. Hemos descansado en los sacos de dormir durante un par de horas; luego hemos comido, hemos andado unas cuatro millas entre crestas de presión y hemos llegado al depósito norte del glaciar. Aquí hemos acampado, hemos hecho una buena comida y hemos dormido bien, que buena falta nos hacía. En el depósito estaba todo en su sitio.

Ha sido un día nefasto […]. Hemos estado hablando de lo síntomas, y pensamos que empezó a perder fuerzas justo antes de que llegáramos al polo, y que el empeoramiento se acentuó en primer lugar por la conmoción que le produjo el que se le congelaran los dedos, luego por las caídas que sufrió durante el difícil tramo del glaciar y finalmente por la total pérdida de confianza en sí mismo. Wilson tiene la certeza de que sufrió alguna clase de lesión en el cerebro al caerse. Es espantoso perder a un compañero de esta manera, pero si se meditan las cosas con calma, resulta evidente que las terribles angustias de la semana pasada no podían haber acabado de mejor manera. La

conversación que mantuvimos ayer a la hora de comer demuestra que el hecho de cuidar de un hombre enfermo tan lejos de casa nos ponía en una situación desesperada.

18. EL VIAJE AL POLO (VI)

Esta feliz raza de hombres, este pequeño mundo,
esta piedra preciosa colocada en el mar de plata,
que cumple en ella función de muro [...],
este bendito lugar, esta tierra, este reino, esta Inglaterra,
este sostén, esta cuna repleta de regios reyes [...]
esta tierra de almas tan queridas, esta querida, querida tierra.

SHAKESPEARE

EL EXTREMO AUSTRAL

Stevenson ha escrito acerca de un viajero que, mientras su esposa dormía a su lado, se aventuró a recordar tiempos pasados. Esto le hizo muy feliz, por lo que supongo que sus viajes serían tranquilos, pues durante el descenso del Beardmore, estos expedicionarios pasaron algunos días y noches que harían que el lector empezara a tener una pesadilla tras otra, y despertara gritando al cabo de los años.

Por supuesto que estaban maltrechos y debilitados. Sin embargo, las condiciones que habían tenido que afrontar y el tiempo que llevaban de viaje no explican cabalmente, en mi opinión, su debilidad ni el desmoronamiento de Evans, el cual quizá tuviese algo que ver con el hecho de que era el hombre más corpulento, fuerte y musculoso del grupo. Creo que ésta no es vida para hombres como él, de los que se espera que carguen con su peso, mantengan y conduzcan una máquina más grande que las de sus compañeros y encima coman los mismos alimentos que éstos. Si, como parece probable, las raciones que estaban tomando estos hombres para soportar el esfuerzo que debían realizar eran insuficientes, entonces salta a la vista que al que antes y más gravemente tenía que afectar la escasez de alimentos era al más robusto de todos. Evans debió de pasarlo espantosamente; creo que en los diarios queda claro lo mucho que sufrió sin quejarse. En la base le habrían atendido en una cama; en el polo tuvo que seguir adelante (tiró del trineo incluso el día de su muerte), hasta el punto de que acabó arrastrándose por la nieve con las manos y los pies congelados. Fue algo espantoso, tal vez sobre todo para quienes lo encontraron en este estado y estuvieron en la tienda viéndolo morir. Según tengo entendido, una simple contusión no causa la muerte de forma tan repentina. Lo más probable es que se le formara un trombo en el cerebro.

En cualquier caso, bajar por el glaciar con un trineo ligero como una pluma les costó casi tanto como les había costado subir por él con la carga completa. Para el tramo entre el depósito sur y el depósito norte del glaciar disponían de comida para siete días. Bowers me dijo que, en su opinión,

era una cantidad más que suficiente. Pero los dos grupos de apoyo hicieron el viaje sin problemas, pese a que ambos se metieron entre la terribles grietas de presión que hay antes del Formanubes. El último grupo de regreso tardó siete días y medio; el grupo del polo, diez, aunque estuvo en la planicie veinticinco días y medio más que ellos. Debido a la lentitud con que estaba descendiendo por el glaciar, el grupo del polo redujo allí las raciones por primera y última vez hasta que acampó el 19 de marzo. Si se exceptúan estos días, tomó raciones completas o incluso más grandes hasta dicha fecha.

El tiempo que tuvieron hasta que llegaron a la Barrera no fue ni extraño ni anormal. Tenían que recorrer 300 millas terrestres (260 millas marinas) para llegar al depósito de una tonelada y 150 millas terrestres (130 millas marinas) para ir desde allí hasta la punta de la Cabaña. Acababan de recoger los víveres de una semana para cinco hombres, y entre el Beardmore y el campamento de una tonelada había tres depósitos más con la misma cantidad de víveres en cada uno de ellos. Ya no eran cinco, sino cuatro, y tenían que atravesar la región central de la Barrera. Desde allí no podrían ver tierra firme, y, además, se hallarían lejos de la influencia directa del mar, cuyas aguas estaban relativamente calientes. No se sabía nada acerca del tiempo que hacía en el centro de la Barrera en aquella época del año, y nadie sospechaba que en marzo fuera a hacer frío allí. Shackleton dio media vuelta el 10 de enero: llegó a su depósito del Farallón el 23 de febrero y a la punta de la Cabaña el 28.

El diario de Wilson continúa de la siguiente manera:

18 de febrero. Sólo hemos dormido cinco horas. A las dos de la tarde, cuando hemos despertado, hemos tomado galletas, mantequilla y té. Luego hemos llegado por el Acceso hasta el campamento donde sacrificamos a los ponis. Por el camino nos hemos detenido en la morrena del monte Esperanza.

19 de febrero. Hemos puesto la carga en un trineo de tres metros y sacado la carne de poni, por lo que hemos salido tarde. Hemos recorrido 5,5 millas por una superficie en pésimas condiciones.

El primer tramo del viaje de regreso por la Barrera se caracterizó por unas superficies espantosas. A partir de ese momento se quejarían continuamente de esto, si bien el esfuerzo que les supuso el arrastre hay que achacárselo en parte a lo débiles que estaban. Más adelante sí cabía esperar superficies en malas condiciones, ya que haría más frío. Pero en ese momento las temperaturas no eran tan bajas, pues oscilaban entre -17 °C y -27 °C; el tiempo era bueno en general, el cielo estaba despejado y, algo digno de mención: apenas soplaba viento y les hacía falta viento, que soplaría probablemente del sur, es decir, a su favor. «¡Qué no daría por un poco de viento! -escribe Scott-. Seguro que E. Evans lo tuvo de sobra.» Empezaba a preocuparse de verdad.

Como esto siga así vamos a pasarlo muy mal, aunque francamente espero que se deba a la influencia de esta zona de calma próxima a la costa y que no tardemos en salir de ella si seguimos avanzando sin parar. Quizá sea prematuro [era el 19 de febrero] preocuparse por la distancia que tenemos que recorrer. En todos los demás aspectos la situación está mejorando. Tenemos los sacos de dormir extendidos sobre el trineo, y están secándose. Pero, lo que es más importante, estamos tomando de nuevo las raciones completas. Esta noche hemos comido una especie de guiso de carne desecada y carne de poni, y hemos decidido por votación que es el mejor hoosh que hemos tenido en cualquier viaje. La ausencia del pobre Evans supone una mejora para la intendencia, pero si hubiese llegado aquí en buenas condiciones quizás hubiéramos ido más rápido. Estoy un tanto alarmado por lo avanzada que está la estación; me pregunto qué nos deparará la suerte.

El 20 de febrero, tras recorrer siete millas, escribió: «En este momento el trineo y los esquís

dejan en el camino unos profundos surcos de forma serpenteante que se pueden ver a millas de distancia. Resulta descorazonador pero, como de costumbre, cuando acampamos nos olvidamos de nuestras penalidades y sólo pensamos en la buena comida que nos espera. Ruego a Dios que mejoren las condiciones de viaje, porque ya no tenemos tantas fuerzas como antes, y la estación avanza a ritmo acelerado.» El 21 de febrero añadió: «Nunca nos había costado tanto recorrer una distancia de ocho millas y media; no podemos continuar de esta manera.»

El 22 de febrero a las once de la mañana se levantó de repente un viento del sursureste de fuerza entre 4 y 6, por lo que izaron la vela en el trineo. Al punto perdieron las huellas que les servían de referencia, y no consiguieron encontrar los mojones y los restos de los campamentos que había en la ruta. Lo cierto es que no era fácil mantener el rumbo, pues durante el viaje de ida habíamos tenido mal tiempo en aquel tramo. Bowers estaba seguro de que se encontraban demasiado cerca de tierra firme, de modo que se desviaron, pero ni siquiera así lograron dar con la línea que unía los depósitos y de la que dependían sus vidas. Scott estaba convencido de que estaban fuera de la línea, no dentro. A la mañana siguiente Bowers hizo una serie de mediciones, y a pesar de los pocos datos que tenían llegaron a la conclusión de que aún se encontraban demasiado cerca de tierra firme. Presa del abatimiento, reanudaron la marcha sin haber encontrado las huellas. «Pero en el preciso momento en que hemos decidido pararnos a comer, Bowers, que tiene una vista magnífica, ha divisado dos viejos mojones. Lo hemos confirmado con el telescopio del teodolito, y nuestro ánimo mejoró.» Entonces Wilson tuvo nuevamente graves problemas de vista a causa del resplandor: «Llevaba las gafas puestas, pero apenas podía abrir los ojos para ver el camino. Hemos comido un sustancioso hoosh de poni.» Aquel día alcanzaron el depósito sur de la Barrera.

Se encontraban en una situación muy difícil, pero las cosas podrían haberles salido bien si no se les hubiese echado encima el frío. Fue literalmente un mazazo, algo inesperado, imprevisto y de consecuencias nefastas. El frío propiamente dicho no fue tan tremendo, pero hay que tener en cuenta que llevaban cuatro meses de viaje, que habían subido al glaciar más grande del mundo con nieve hasta las rodillas, que habían tenido que soportar durante siete semanas las condiciones atmosféricas de la planicie (el aire enrarecido, los fuertes vientos y las bajas temperaturas) y que habían visto morir a uno de sus compañeros no en una cama, en un hospital o en una ambulancia, ni tampoco súbitamente, sino poco a poco, noche tras noche y día tras día, con las manos congeladas y la mente trastornada. La situación fue tan extrema que en su fuero interno debieron de preguntarse si, dadas las circunstancias, cabía dejar morir a un hombre para que pudieran salvarse cuatro. Murió por causas naturales, y siguieron avanzando hasta la Barrera.

Si se hubieran dado las condiciones que esperaban, y para las que se habían preparado, habrían llegado a la base sanos y salvos. Puede que alguien diga que hizo un tiempo anormal; hay testimonios de que así fue. Es un hecho que el termómetro marcó temperaturas inferiores a -35 °C durante el día y a -40 °C durante la noche. También es un hecho que apenas soplaron vientos del sur; en consecuencia, el aire próximo a la superficie no cambió, se produjo una radiación excesiva y se originó una capa de aire frío cerca del suelo. Además, se formaron cristales en la superficie de la nieve, y el viento no fue lo suficientemente fuerte para barrerlos. Cuando descendía la temperatura, los patines de los trineos se deslizaban peor, como ya he explicado antes. Los expedicionarios arrastraron el trineo por un terreno que parecía de arena.

Si se consideran las dificultades a que tuvieron que hacer frente, las jornadas que realizaron fueron magníficas: recorrieron 11,5 millas el 25 y el 26 de febrero; 12,2 millas el 27 de febrero; y 11,5 millas el 28 y el 29. Si hubieran mantenido este ritmo, no cabe la menor duda de que habrían llegado. Pero creo que fue aproximadamente por esas fechas cuando empezaron a sospechar que no

iban a conseguirlo. Poco después la sospecha se trocaría en certeza. El 2 de marzo, a la hora de comer, Scott escribió lo siguiente en su diario:

Las desgracias nunca vienen solas. Ayer por la tarde llegamos al depósito [del centro de la Barrera] sin muchas dificultades, y desde entonces hemos sufrido tres duros reveses que nos han dejado en una situación bastante delicada. En primer lugar, hemos descubierto que andamos faltos de queroseno, y por mucho que economicemos va a costamos muchísimo llegar al siguiente depósito [situado a 71 millas] con esta superficie. Luego Titus Oates nos ha enseñado los pies, y tiene los dedos gordos en muy mal estado; es evidente que las últimas temperaturas le han afectado. El tercer revés lo hemos sufrido por la noche cuando, tras recibir la llegada del viento con alegría, han aparecido nubes y se ha estropeado el tiempo. La temperatura ha descendido por la noche a -40 °C; esta mañana nos ha llevado hora y media calzarnos, pero hemos salido antes de las ocho. Hemos perdido el mojón y las huellas, y aunque hemos avanzado todo lo recto que hemos podido en dirección noroeste, no hemos visto nada. Pero lo peor de todo es que avanzamos sobre una superficie sencillamente atroz. A pesar de que el viento ha soplado con fuerza y de que hemos ido con la vela desplegada, sólo hemos recorrido 5,5 millas. Nos encontramos en una situación muy apurada, pues es indudable que no vamos a poder recuperar el tiempo perdido, y el frío nos afecta enormemente.

Aquel día recorrieron casi diez millas, pero el 3 de marzo tuvieron un día espantoso. «Que Dios nos ayude -escribió Scott-, no podemos seguir tirando de esta manera, de eso no cabe duda. Entre nosotros nunca decae el buen humor, pero puedo imaginarme lo que siente cada uno en su fuero interno. Cada vez tardamos más tiempo en calzarnos por la mañana, por lo que cada día resulta más peligroso.»

Las siguientes anotaciones pertenecen a su diario:

4 de marzo. Hora de comer. Nos encontramos en una situación muy delicada, pero ninguno de nosotros ha perdido la moral todavía, o al menos no hay nadie que no tenga todo el aspecto de estar animado. No obstante, a uno se le encoge el corazón cuando el trineo se para por completo en un sastruga y ve que detrás se extiende un enorme montón de nieve arenosa. Por el momento la temperatura ronda los -29 °C, por lo que todos nos sentimos mucho más cómodos. Sin embargo, está claro que no tardará en venir una ola de frío, y me temo que a Oates, al menos, no le sentaría nada bien semejante cambio. Nuestra suerte está en manos de la Providencia. Poco podemos esperar ahora del hombre, salvo que haya más comida en el siguiente depósito. Sería una calamidad si llegáramos y nos encontráramos con que tampoco hay suficiente queroseno. Pero ¿llegaremos? ¡Qué corta nos habría parecido esta distancia en la cima! No sé qué haría si Wilson y Bowers no se tomaran las cosas con tan buen humor.

Lunes, 5 de marzo. Hora de comer. Lamento tener que decir que la situación va de mal en peor. Ayer por la tarde se levantó una ligera brisa, y al cabo de unas cinco horas las tres millas y media que habíamos recorrido durante la penosa marcha de la mañana se transformaron en algo más de nueve. Nos acostamos tras tomar una taza de cacao y algo de carne desecada sólida pero caliente […]. La conclusión es que nos está afectando a todos, pero sobre todo a Oates, que tiene los pies en muy mal estado. Anoche se le hinchó uno enormemente, y esta mañana cojeaba mucho. Nos hemos puesto en marcha tras tomar té y carne desecada como anoche. Por la mañana hemos andado durante cinco horas por una superficie algo mejor cubierta de sastrugi altos y montuosos. El trineo se nos ha volcado en dos ocasiones; lo hemos arrastrado a pie, y hemos recorrido unas cinco millas y media. SÍ fuéramos con ponis, nos faltarían dos jornadas y cuatro millas para llegar al depósito. Nos queda

poquísimo combustible, y el pobre soldado ya casi no puede más. Resulta bastante angustioso, porque no podemos hacer nada por él; si tomara más comida caliente podría mejorar, pero me temo que sólo un poco. Ninguno de nosotros esperaba unas temperaturas tan terriblemente bajas; de los demás, a quien más le afectan es a Wilson. Yo creo que esto se debe principalmente al sacrificio y la dedicación con que se ocupa de curarle los pies a Oates. Cada uno tiene bastante con cuidar de sí mismo, de modo que no podemos ayudarnos mutuamente. Pasamos frío por el camino cuando la marcha se hace difícil, y el viento atraviesa nuestra desgastada ropa. Los demás, sin excepción, se muestran siempre de buen humor cuando están dentro de la tienda. Nuestra intención es llegar al final de este asunto con el espíritu que corresponde, pero se hace difícil arrastrar el trineo con todas nuestras fuerzas durante tantas horas y ver que avanzamos tan despacio. Sólo cabe encomendarse a Dios y seguir tirando a pesar del cansancio, el frío y el desánimo, aunque en apariencia estemos de buen humor. En la tienda hablamos de toda clase de cosas, aunque no tenemos mucha comida, pues hemos decidido correr el riesgo de tomar la ración completa. La verdad es que en este momento no podemos permitirnos pasar hambre.

Martes, 6 de marzo. Hora de comer. Ayer por la tarde las cosas mejoraron un poco gracias al viento. Al final recorrimos nueve millas y media, y cuando acabamos la jornada nos faltaban 27 para el depósito. Pero esta mañana ha sido espantosa: por la noche ha hecho calor, y por primera vez desde que empezó el viaje me he quedado dormido más de una hora; luego nos ha costado mucho calzarnos, y encima sólo hemos conseguido avanzar a razón de una milla por hora, a pesar de que tirábamos con todas nuestras fuerzas (por no decir desesperadamente); por último ha empeorado el tiempo, y hemos tenido que quitarnos los arneses en tres ocasiones para buscar las huellas. Como consecuencia de ello hemos andado menos de tres millas y media antes de comer. Ahora brilla el sol y no sopla viento. El pobre Oates es incapaz de tirar y se queda sentado en el trineo mientras nosotros buscamos las huellas. Tiene un temple asombroso, pues los pies deben de dolerle muchísimo. No se queja, pero ya sólo se muestra animado a ratos, y en la tienda permanece cada vez más silencioso. Estamos improvisando una lamparilla de alcohol para utilizarla en lugar del hornillo cuando se nos acabe el queroseno […].

Miércoles, 7 de marzo. Me temo que la situación no mejora. Esta mañana Oates tenía un pie en muy malas condiciones. Está mostrando un valor prodigioso. Seguimos hablando de lo que haremos juntos cuando lleguemos.

Ayer sólo recorrimos 6,5 millas, y esta mañana hemos anclado poco más de cuatro en cuatro horas y media. Nos faltan 16 para el depósito. Si encontramos allí la cantidad suficiente de comida y la superficie continúa en estas condiciones, puede que lleguemos al siguiente depósito [es decir, el monte Hooper, situado a 62 millas de distancia], aunque no al de una tonelada. Nos aferramos a la esperanza de que los perros hayan ido al monte Hooper; entonces aún podríamos llegar. Como no haya combustible suficiente, no nos quedará prácticamente ninguna posibilidad. Tengo la sensación de que el pobre Oates ya está en las últimas; de todos modos, no mejoramos ninguno, aunque resulta asombroso lo fuertes que aún nos encontramos para el enorme esfuerzo que estamos realizando. Si seguimos tirando es porque comemos bien. Esta mañana no hemos tenido nada de viento, aunque luego ha soplado una fría brisa del norte en contra. Brilla el sol y los mojones se distinguen sin ningún problema. Querría aguantar hasta el final.

Jueves, 8 de marzo. Hora de comer. Por la mañana las cosas han empeorado; al pobre Oates le

falta poco para perder el pie izquierdo. El tiempo que hemos tardado en calzarnos ha sido espantoso. He tenido que esperar casi una hora para empezar a cambiarme el calzado de noche, y eso que suelo ser el primero en estar listo. Ahora también a Wilson le molestan los pies, aunque esto se debe fundamentalmente a toda la ayuda que está prestando a los demás. Esta mañana hemos recorrido cuatro millas y media, y ahora nos encontramos a ocho y media del depósito, una distancia ridícula para decir que tenemos dificultades, pero con esta superficie somos conscientes de que no podemos recorrer la misma distancia que en una jornada normal, y que para realizar ese esfuerzo gastamos casi el doble de energía. La pregunta clave es: ¿ Qué nos vamos a encontrar en el depósito? Si los perros han pasado por él podríamos avanzar bastante, pero como nos vuelva a ocurrir que no hay suficiente queroseno, tendremos que encomendarnos a Dios. Sea como fuere, me temo que nos encontramos en una situación muy delicada.

Sábado, 10 de marzo. Las cosas siguen agravándose. Oates tiene el pie peor. El temple que muestra es algo excepcional; ya debe de saber que no saldrá de ésta. Esta mañana le ha preguntado a Wilson si tiene alguna posibilidad, y por supuesto Bill ha tenido que decirle que lo ignoraba. En realidad, no tiene ninguna. Aparte de él, en el caso de que ahora sucumbiera, dudo que los demás consiguiéramos llegar. Si pusiéramos mucho cuidado, podría quedarnos una remota posibilidad, pero eso es todo. Las condiciones meteorológicas son horrorosas […] y el equipo resulta cada vez más difícil de manejar por culpa del hielo.

Ayer llegamos al depósito del monte Hooper. Triste consuelo. Todas las provisiones eran insuficientes. No sé si habría que culpar a alguien. Los perros, que podrían haber sido nuestra salvación, han fallado, evidentemente. Supongo que Meares tuvo un mal viaje de regreso.

Esta mañana el tiempo estaba en calma cuando hemos desayunado, pero cuando hemos levantado el campamento, el viento soplaba del oeste al noroeste. Ha arreciado rápidamente. Tras media hora de marcha, me he dado cuenta de que nadie podía soportar tales condiciones. Nos hemos visto obligados a acampar y vamos a pasar el resto del día capeando el temporal con un viento horrible.

Domingo, 11 de marzo. Tengo la impresión de que Titus Oates está en las últimas. Sólo Dios sabe lo que vamos a hacer o lo que va a hacer él. Hemos hablado del asunto después de desayunar. Es un hombre admirable, un valiente; se hace cargo de la situación, aunque casi nos ha pedido consejo. No podíamos hacer otra cosa que instarle a seguir hasta donde pueda. La conversación ha resultado satisfactoria en un aspecto: prácticamente le he ordenado a Wilson que nos entregue los medios para poner fin a nuestros males; de ese modo todos sabremos cómo obedecer. A Wilson no le ha quedado más remedio que obedecer, y es que de lo contrario habríamos saqueado el botiquín. Disponemos de treinta tabletas de opio, y él se ha quedado con un tubo de morfina. Hasta aquí la parte trágica de nuestra historia.

El cielo estaba totalmente nublado cuando nos pusimos en marcha esta mañana. No podíamos ver nada; perdimos las huellas y es indudable que hemos dado un buen número de eses desde entonces. Por la mañana hemos andado 3,1 millas; el arrastre ha sido durísimo, como era de esperar. Sé que ahora todo lo que resistimos son seis millas si el viento o la superficie no son adversos. Tenemos comida para siete días, y esta noche nos faltarán unas cincuenta millas para llegar al campamento de una tonelada. 6x7 = 42, con lo que nos faltarán 13 millas para salvar la distancia completa, siempre y cuando las cosas no vayan a peor. Entretanto, la estación avanza rápidamente.

Lunes, 12 de marzo. Ayer anduvimos 6,9 millas, que es menos que el promedio que tenemos de hacer. Las cosas siguen más o menos igual: a Oates no le quedan muchas fuerzas, y ahora, además de los pies, también tiene las manos prácticamente inútiles. Esta mañana hemos recorrido 4 millas en

cuatro horas y veinte minutos. Espero que esta tarde andemos tres. 7x6 = 42, es decir, que cuando acabemos nos faltarán 47 para el depósito. Dudo que lo logremos. La superficie sigue siendo espantosa, el frío es intenso, y nuestras condiciones físicas son cada vez peores. Que Dios nos ayude. Hace más de una semana que no sopla ni pizca de viento a favor, y da la impresión de que vamos a tener vientos en contra en cualquier momento.

Miércoles, 14 de marzo. No hay duda de que la situación se agrava, pero es que tenemos todo en contra. Ayer despertamos en medio de un fuerte viento del norte y con una temperatura de -3 8 °C. No podíamos ponernos en marcha así, de modo que permanecimos en el campamento hasta las dos, y luego recorrimos 5,25 millas. Nuestra intención era seguir adelante, pero nadie aguantaba el frío porque la brisa, que era del norte, no había amainado del todo; además, la temperatura bajó cuando se puso el sol. Tardamos mucho en preparar la cena a oscuras.

Esta mañana hemos salido con aire del sur, hemos izado la vela y hemos pasado otro mojón a buena velocidad; sin embargo, a medio camino el viento ha cambiado a suroeste u oeste suroeste, y se nos metía por la ropa de abrigo y los guantes. El pobre Wilson ha pasado un frío horrible y le ha llevado un buen rato quitarse los esquís. Hemos montado el campamento prácticamente entre Bowers y yo, y cuando nos hemos metido en la tienda estábamos todos helados. La temperatura a mediodía es de -48 °C, y sopla viento fuerte. Debemos seguir adelante, aunque ahora es probable que montar el campamento resulte más difícil y peligroso. El fin ya debe de estar cerca, pero va a ser una bendición. El pobre Oates vuelve a tener problemas en el pie. Me da miedo pensar cómo serán las cosas mañana. Si los demás no presentamos síntomas de congelación es únicamente porque hemos puesto el máximo cuidado. No teníamos ni idea de que pudiera haber temperaturas y vientos como éstos en esta época del año. Fuera de la tienda es algo verdaderamente espantoso. Hay que luchar hasta que se acabe la última galleta, pero no podemos reducir las raciones.

Viernes, 16 de marzo, o sábado, 17. No sé en qué fecha estamos, pero creo que la correcta es la última. Ha sucedido toda una tragedia. Anteayer, a la hora de comer, el pobre Titus Oates dijo que no podía más y propuso que le dejáramos en su saco de dormir. Como no podíamos aceptarlo, le persuadimos de que siguiera e hiciera el tramo de la tarde. Fue algo espantoso para él, pero continuó a pesar de los pesares, y recorrimos unas cuantas millas. Por la noche estaba peor, y comprendimos que el fin había llegado.

Quiero que consten aquí los siguientes hechos por si alguien encuentra esto. Los últimos pensamientos que tuvo Oates fueron para su madre, pero justo antes se enorgulleció de pensar que a su regimentó le complacería saber que afrontaba la muerte con entereza. Podemos dar fe de su valor. Ha soportado durante semanas un dolor intenso sin quejarse, y no sólo ha sido capaz de hablar de otros asuntos hasta el último momento, sino que se ha mostrado dispuesto a ello. No ha perdido la esperanza ni por un instante; es más, se ha negado a perderla. Ha sido un valiente, y éste ha sido su final. Anteanoche se quedó dormido con la esperanza de no volver a abrir los ojos, pero ayer por la mañana se despertó. Soplaba ventisca. Entonces dijo: «Voy a salir un momento. Puede que tarde un poco.» Desapareció en la tempestad y no hemos vuelto a verle.

Aprovecho esta oportunidad para decir que jamás hemos abandonado a nuestros compañeros enfermos. En el caso de Edgar Evans, cuando ya no quedaba nada de comida y él estaba sin conocimiento, el bien de los demás parecía exigir que lo abandonáramos, pero Dios misericordioso lo llamó a su seno en aquel crítico momento. Cuando Oates se fue, sabíamos que iba a morir, pero aunque tratamos de disuadirle éramos conscientes de que se trataba de un acto de valentía propio de

un caballero inglés. Todos esperamos afrontar la muerte con el mismo espíritu, pues es indudable que ya no nos queda mucho tiempo. Sólo puedo escribir a la hora de comer, y además de forma esporádica. Hace un frío intenso; a mediodía el termómetro marcaba -40 °C. Mis compañeros se muestran animados, a pesar de que todos nos hallamos a punto de sufrir graves congelaciones, y aunque decimos una y otra vez que vamos a salir de ésta, creo que en el fondo ninguno lo cree.

Ahora pasamos frío por el camino y a todas horas, excepto a la de comer. Ayer tuvimos que detenernos por culpa de una ventisca, y hoy avanzamos con una lentitud desesperante. Nos encontramos en el campamento de los ponis n.° 14; si fuéramos con ponis, nos faltarían dos jornadas para llegar al depósito de una tonelada. Vamos a dejar aquí el teodolito, una cámara y los sacos de dormir de Oates. Los diarios y demás documentos, así como las muestras geológicas, que llevamos por petición expresa de Wilson, se encontrarán junto a nosotros o en nuestro trineo.

Domingo, 18 de marzo. Hoy, a la hora de comer, nos encontramos a 21 millas del depósito. Nos persigue la mala suerte, aunque las cosas podrían mejorar. Ayer volvimos a tener viento y nieve en contra, y no nos quedó más remedio que detenernos. Viento del noroeste de fuerza 4 y -37 °C de temperatura: ningún ser humano hubiera podido soportarlo, y ya estamos prácticamente desfallecidos.

Tengo casi todos los dedos del pie derecho destrozados. Hace dos días me sentía orgulloso de poseer los mejores pies […]. Bowers ocupa ahora el primer lugar en lo que se refiere a las condiciones físicas, aunque en realidad no hay mucho donde elegir. Los demás siguen confiando en llegar, o al menos eso dicen… ¡Ya no lo sé! Únicamente nos queda la mitad de queroseno que cabe en el hornillo y una pequeñísima cantidad de alcohol. Sólo esto nos separa de la sed. Por el momento el viento es favorable. La distancia nos habría parecido ridícula en el viaje de ida.

Lunes, 19 de marzo. Hora de comer. Anoche acampamos con dificultades, y pasamos un frío espantoso hasta que acabamos la cena, que consistió en carne desecada fría, galletas y media jarra de cacao, que calentamos con el alcohol. Luego, contrariamente a lo que esperábamos, entramos en calor, y hemos dormido bien. Hoy nos hemos puesto en marcha con la lentitud de costumbre. Arrastrar el trineo nos ha costado un esfuerzo horroroso. Nos faltan 15,5 millas para llegar al depósito; deberíamos estar allí dentro de tres días. ¡Qué manera de avanzar! Nos queda comida para tres días y combustible para uno como mucho. Todos tenemos los pies en mal estado; Wilson es quien mejor se encuentra. A mí me ha empeorado el pie derecho, pero el izquierdo no lo tengo mal. No existe ninguna posibilidad de que nos desentumezcamos los pies si no podemos tomar comida caliente. La amputación es lo menos que puedo esperar ahora, pero ¿y si el problema se extiende? Ésa es la pregunta realmente importante. El tiempo no nos da tregua: hoy el viento sopla de nornoroeste y la temperatura es de -40 °C.

Miércoles, 21 de marzo. El lunes por la noche estábamos a 11 millas del depósito, pero ayer tuvimos que permanecer en el campamento todo el día debido a una fuerte ventisca. Hoy hemos tomado una decisión desesperada: Wilson y Bowers van a ir al depósito a buscar combustible.

22 y 23. La ventisca sopla con más fuerza que nunca. Wilson y Bowers no han podido ponerse en marcha. Mañana es la última oportunidad. No nos queda combustible y sólo tenemos comida para un par de días. El fin ya debe de estar próximo. Hemos decidido que moriremos de forma natural. Saldremos hacia el depósito con o sin nuestras cosas y moriremos cuando corresponda.

Jueves, 29 de marzo. Desde el día 21 hemos tenido un vendaval del oeste suroeste y del

suroeste que no ha dejado de soplar en ningún momento. El 20 nos quedaba combustible para preparar dos tazas de té para cada uno y la comida justa para dos días. No ha habido día en que no hayamos intentado salir en dirección a nuestro depósito, que se encuentra a 11 millas, pero fuera de la tienda lo único que se ve es un remolino de nieve. Creo que ya no podemos esperar que mejore la situación de ninguna manera. Aguantaremos hasta el final, pero estamos cada vez más débiles, por supuesto, y ya no debe de quedarnos mucho.

Me parece una lástima, pero creo que no puedo seguir escribiendo.

R. SCOTT

Última anotación: Dios mío, por lo que más quieras, cuida de nuestra gente.

A continuación se reproducen fragmentos de las cartas escritas por Scott.

A la señora de E. A. Wilson Mi querida señora Wilson:

Si esta carta llega a sus manos, sepa que Bill y yo hemos fallecido juntos. Tenemos las horas contadas, y deseo que sepa el espléndido comportamiento que ha tenido Bill en los últimos momentos. Se ha mostrado en todo momento alegre y dispuesto a sacrificarse por los demás, y no me ha dirigido una sola palabra de reproche por haberle metido en esta situación. Por suerte no está sufriendo nada, a excepción de alguna molestia sin importancia.

En sus ojos brilla el azul de una serena mirada de esperanza, y su mente está tranquila por la confianza que le da considerarse parte del gran orden divino. No puedo brindarle otro consuelo que el de decirle que ha muerto como vivió: como un valiente, un hombre a carta cabal, un excelente compañero y un fiel amigo.

Con todo corazón, reciba mi sincero pésame.

Atentamente,

R. SCOTT

A la señora Bowers Querida señora Bowers:

Me temo que cuando esta carta llegue a sus manos habrá recibido uno de los golpes más duros de su vida.

Le escribo cuando estamos a punto de concluir nuestro viaje; voy a terminarlo en compañía de

dos caballeros nobles y valerosos. Uno de ellos es su hijo. Ha acabado siendo uno de mis más íntimos y fieles amigos. Aprecio su maravillosa rectitud de carácter, su talento y su energía.

A medida que aumentaban las dificultades, su inconmovible espíritu ha brillado con más fuerza que nunca, y ha mantenido la alegría, la esperanza y la entereza hasta el final […].

A Sir, M. Barrie

Mí querido Barrie:

Vamos a palmarla en un lugar muy incómodo. Espero que alguien encuentre esta carta y te la mande. Te envío unas palabras de despedida […]. Adiós. No temo en absoluto la muerte, pero me entristece perderme muchos de los modestos placeres que planeaba disfrutar durante nuestras largas marchas. Puede que no haya demostrado ser un gran explorador, pero hemos realizado la marcha más extraordinaria que se haya hecho nunca y hemos estado muy cerca de alcanzar un enorme éxito. Adiós, mí querido amigo.

Recibe un fuerte abrazo de,

R. SCOTT

Nos encontramos en una situación desesperada, con los pies congelados, etc. No hay combustible, y la comida nos queda muy lejos, pero te reconfortaría estar en nuestra tienda, oír nuestras canciones y nuestra animada conversación acerca de lo que haremos cuando lleguemos a la punta de la Cabaña.

Más tarde. Tenemos las horas contadas, pero ni hemos perdido el ánimo ni vamos a perderlo. Llevamos cuatro días dentro de la tienda a causa de la tormenta, y no queda nada de comida ni de combustible. Nuestra intención era quitarnos la vida si las cosas se ponían así, pero hemos decidido morir de forma natural cuando corresponda.

A continuación se reproducen fragmentos de cartas que escribió a otros amigos:

[…] Quería decirte que no era demasiado mayor para esta tarea. Han sido los más jóvenes quienes han sucumbido antes […]. Al fin y al cabo, estamos dando un buen ejemplo a nuestros compatriotas, no porque nos hayamos metido en situaciones difíciles, sino porque cuando ha llegado el momento las hemos afrontado como hombres. Si nos hubiéramos desentendido de los enfermos, habríamos logrado llegar.

Wilson, el mejor hombre habido y por haber, se ha sacrificado una y otra vez por los enfermos de la expedición […].

[…] Nuestro viaje ha sido el más grande de la historia, y nada excepto la malísima suerte que hemos tenido al final nos ha impedido regresar.

La de cosas que podría contarte sobre este viaje. Ha sido muchísimo mejor que quedarse en casa holgazaneando, rodeado de comodidades.

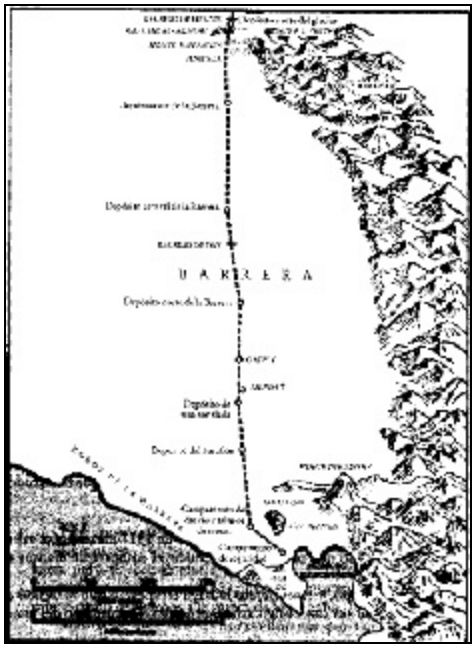
COMUNICADO PARA EL PÚBLICO

Las causas del desastre no obedecen a una organización fallida, sino a la mala fortuna que hemos tenido cada vez que ha habido que asumir un riesgo.

1. La pérdida de los ponis en marzo de 1911 me obligó a salir más tarde de lo que planeaba y a reducir el equipo que íbamos a transportar.
2. El tiempo, y en concreto la larga tempestad que se desató a 83° de latitud sur nos obligó a detenernos en el transcurso del viaje de ida.
3. La nieve blanda del tramo norte del glaciar nos obligó a frenar la marcha otra vez.

Hemos luchado con empeño contra estas adversidades y las hemos superado, pero nuestra reserva de provisiones ha quedado mermada.

Todo lo relacionado con los víveres, la ropa y los depósitos que montamos en el interior de la placa de hielo y durante el largo trayecto de 700 millas hasta el polo ha funcionado a la perfección.



La avanzadilla habría regresado al glaciar en buenas condiciones físicas y con comida de sobra si no llega a ser por el sorprendente desmoronamiento de Edgar Evans, el hombre del que menos esperábamos que fuera a ocurrirle algo semejante. A Edgar Evans se le consideraba el hombre más fuerte de la expedición.

Aunque el glaciar Beardmore no es difícil con buen tiempo, durante nuestro regreso no hemos tenido ni un sólo día mínimamente bueno. Esto, unido al hecho de que nuestro compañero estaba enfermo, ha contribuido enormemente a que aumente nuestra angustia.

Como ya he indicado en otra parte, nos adentramos en una zona de hielo terriblemente irregular, y Edgar Evans sufrió una contusión en la cabeza. Murió por causas naturales, pero dejó al grupo maltrecho, y la estación estaba ya muy avanzada.

Pero todas las circunstancias enumeradas anteriormente no fueron nada en comparación con la sorpresa que nos aguardaba en la Barrera. Sostengo que los preparativos que realizamos para el regreso fueron totalmente acertados, y que nadie en el mundo hubiera podido prever en esta época del año las temperaturas y el tipo de superficies que nos hemos encontrado. En la cima, a 85°-86° de latitud, tuvimos temperaturas de entre -29 °C y -30 °C. En la Barrera, a 82° de latitud y a 3.000 metros menos de altitud, tuvimos -35 °C durante el día y -44 °C durante la noche con bastante frecuencia, además de un constante viento en contra durante la jornada. Está claro que estas circunstancias se dan de forma muy repentina. Nuestra catástrofe se debe ciertamente a la brusca llegada del mal tiempo, para el cual no parece que haya explicación satisfactoria. Creo que ningún ser humano ha pasado nunca un mes como el que hemos pasado nosotros; pero habríamos logrado regresar a pesar del mal tiempo si no llega a ser por la enfermedad de otro compañero, el capitán Oates; la escasez de combustible en nuestros depósitos, que no consigo explicarme; y, por último, la tormenta que ha estallado sobre nosotros a 11 millas del depósito en el que esperábamos obtener las últimas provisiones. Hace falta mala fortuna para recibir este último revés. Nos hemos quedado a 11 millas de nuestro campamento de una tonelada con combustible para preparar la última comida y víveres para dos días. Llevamos cuatro días sin poder salir de la tienda y la tempestad ruge a nuestro alrededor. Estamos débiles y resulta difícil escribir, pero en lo que a mí respecta, no lamento haber hecho este viaje, que ha demostrado que los ingleses pueden soportar adversidades, ayudarse unos a otros y afrontar la muerte con tanta fortaleza como en el pasado. Hemos corrido riesgos; sabíamos que los corríamos. Las cosas se nos han puesto en contra, y, por lo tanto, no tenemos motivo para

quejarnos, sino que aceptamos los designios de la Providencia, resueltos todavía a dar lo mejor de nosotros mismos hasta el último momento. Pero si estamos dispuestos a entregar nuestras vidas en esta empresa, que es en honor de nuestro país, solicito a nuestros compatriotas que se ocupen de que quienes dependen de nosotros sean debidamente atendidos.

Si hubiéramos vivido, habría podido contar una historia acerca de la resolución, la entereza y el coraje de mis compañeros que habría conmovido el corazón de todos y cada uno de los ingleses. Tendrán que ser estas improvisadas notas y nuestros cadáveres los que la cuenten, pero estoy completamente seguro de que un país grande y rico como el nuestro se ocupará de que quienes dependen de nosotros tengan su bienestar debidamente asegurado.

R. SCOTT

19. NUNCA MÁS

Y ahora con la edad vuelvo a brotar,
después de múltiples muertes vivo y escribo.
Otra vez huelo lluvias y rocíos
y me complace trovar. Oh, luz de mi soledad,
no puede ser
que yo sea aquél
sobre el que rompe toda la noche tu tempestad.

HERBERT

Será inevitable que me pidan un juicio meditado sobre la expedición, algo que era imposible cuando todos la teníamos próxima y yo era un subalterno de veinticuatro años capaz de juzgar a mis mayores, pero demasiado joven como para saber si mi juicio servía de algo. Ahora veo claramente que, si bien protagonizamos una tragedia de primer orden (que si pasa a la historia no será sólo porque fuera una tragedia), nosotros fuimos allí por motivos muy diferentes. Con la amplia perspectiva que ofrecen los diez años transcurridos, no veo uno sino dos viajes al polo, en marcado contraste el uno con el otro. Por una parte ¿está Amundsen, que fue allí directamente, llegó el primero y regresó sin perder un solo hombre y sin haberse exigido ni a sí mismo ni a sus hombres más esfuerzo que el que supone una jornada de exploración polar. No cabe imaginar mayor eficiencia. Por otra está nuestra expedición, que corrió unos riesgos tremendos, superó pruebas asombrosas de resistencia sobrehumana, alcanzó una fama inmortal conmemorada con estatuas públicas y con augustos sermones pronunciados en catedrales, y sin embargo se encontró al llegar al polo con que su terrible viaje había sido en balde, y dejó a sus mejores hombres muertos en el hielo. Omitir este contraste sería absurdo; escribir un libro sin dar cuenta de él, una pérdida de tiempo.

En primer lugar, permítaseme hacer plena justicia a Amundsen. No he intentado ocultar qué pensamos de él cuando, tras hacemos creer que había equipado el Fram para viajar al Ártico y que había zarpado rumbo al norte, se lanzó de repente a todo trapo en dirección al sur Nada produce una impresión más desagradable que una treta de este tipo. Pero cuando Scott alcanzó el polo y se encontró con que Amundsen había llegado allí un mes antes que él, su consternación no fue la de un escolar que ha perdido una carrera. Ya he contado cuánto les costó a Scott y a sus cuatro compañeros llegar al polo v lo que aún tuvieron que sufrir durante el regreso hasta que la muerte puso fin a su viaje. Buena parte de aquellos riesgos y padecimientos los arrostraron para que el hombre pudiera enterarse de cómo es el mundo en el lugar donde el sol no abandona el cielo, donde un hombre pierde su órbita y da vueltas como una peonza y donde, por mucho que gire, siempre mirará hacia al norte.

Tan pronto como vio la tienda noruega, Scott comprendió que no tenía nada que contar que no se supiera ya. Su hazaña sólo servía para evitar que Amundsen pereciera durante su viaje de regreso, y

este riesgo no era más grande que el que él mismo corría. El viaje al polo había sido literalmente en balde: éste fue el revés que los dejó anonadados. Es natural que Bowers se alegrara de perder de vista las huellas de los noruegos cuando se separaron sus caminos.

Todo este sufrimiento pertenece ahora al pasado, y el futuro explorador no parará mientes en él. Lo que hará será preguntar: ¿cuál fue el secreto de que Amunsen lograra el éxito de manera tan brillante? ¿Cuál es la moraleja de nuestra historia de pérdidas y penalidades? Me ocuparé en primer lugar del éxito de Amundsen. No cabe duda de que sus extraordinarias cualidades tienen mucho que ver con él. Entre los elementos que constituyen el genio propio del explorador se cuenta cierta sagacidad, y Amundsen demostró que la poseía al adivinar que una parte de la bahía de las Ballenas era tierra firme, una tierra tan sólida como la de la isla de Hoss. Luego hay que mencionar las grandes dotes de mando que pone de manifiesto el hecho de atreverse a asumir un gran riesgo. Amundsen asumió uno enorme cuando abandonó la ruta del polo explorada y establecida por Scott y Shackleton y decidió buscar otro puerto para cruzar las montañas que separan la Barrera de la planicie. Al final lo logró y demostró que su ruta era el mejor camino para llegar al polo mientras no se descubriese otra. Pero podría fácilmente haber fracasado y muerto en el intento, v hay que valorar en su justa medida la suma de raciocinio y arrojo que le empujaron a realizarlo. Todo esto le ayudó. No obstante, cualquier capitán de ballenero podría haberse negado a hacer el experimento de Scott con los trineos de motor, los ponis y el arrastre sin animales, y haber optado por seguir con los perros y los esquís. Fue esta sencillísima decisión lo que permitió a Amundsen hacer el viaje de ida y vuelta al polo como si tal cosa, sin que sus hombres y sus perros se esforzaran más de la cuenta, y sin que sufrieran grandes apuros. Desde que salió hasta que volvió no recorrió ni una sola milla arrastrando el trineo.

Es precisamente la facilidad con que realizó su hazaña lo que impide llegar a la conclusión de que la expedición de Amundsen poseía más cualidades humanas que la nuestra. No andábamos escasos ni de inteligencia ni de arrojo; puede incluso que anduviéramos sobrados. En primer lugar éramos una expedición científica, y el polo era nuestro cebo para conseguir ayuda pública, pese a que no tenía más importancia que cualquier otro lugar de la planicie. Seguimos los pasos de una expedición polar que había obtenido más resultados que cualquiera de sus predecesoras: la realizada por Scott con el Discovery. Contábamos con el equipo científico más numeroso y eficiente que hubiera zarpado nunca de Inglaterra. Éramos más deductivos que intuitivos. Sentíamos un profundo interés y curiosidad de carácter intelectual por todo tipo de cosas. Teníamos que realizar el trabajo de dos o tres expediciones.

Es evidente que tal división de fuerzas supone una serie de desventajas. Scott quería alcanzar el polo, una hazaña costosa y arriesgada, pero posible. Wilson quería conseguir el huevo del pingüino emperador, una proeza tremendamente peligrosa y agotadora aunque realizable, ya que los tres hombres que la llevaron a cabo se salvaron, bien que de milagro. Estas dos hazañas han de contarse juntas. Entre el viaje del depósito y los otros que llevamos a cabo, estábamos ya hartos de los trineos cuando acabó la segunda temporada de viajes, y eso que todavía nos quedaba por delante el peor año de todos. Nosotros, los supervivientes, salimos en busca de los muertos cuando los miembros del grupo de Campbell podían estar vivos en medio del hielo y esperando a que fuéramos a socorrerlos. Esto salió bien, porque al volver nos encontramos con que habían regresado por sus propios medios y estaban esperándonos sanos y salvos. Pero supongamos que también hubieran muerto. ¿Qué se habría dicho de nosotros entonces?

Las personas prácticas critican mucho la forma en que se hicieron las cosas. Dicen que se deberían haber llevado perros, pero no muestran cómo se habría podido hacer el trayecto de ida y

vuelta por el Beardmore. Les escandaliza que se añadieran deliberadamente unos 14 kilos de muestras geográficas al trineo que acabó por costarles la vida a los hombres que tiraban de él, pero no comprenden que lo importante era la superficie sobre la que se deslizaban los patines, no el peso muerto, que en aquel caso fue insignificante. Tampoco saben que aquellas muestras no sólo permitían determinar la antigüedad del continente, sino que podían arrojar luz sobre toda la historia de la vida vegetal. Reconocen que tuvimos un comportamiento heroico, que éramos todos personas maravillosas, personas excelentes y muy dedicadas cuyas hazañas prestan un encanto a nuestra expedición, que Amundsen no puede decir que tenga la suya. Pero luego se enojan con nosotros y afirman que Amundsen hizo lo correcto al negarse a permitir que la ciencia acabara con las fuerzas de sus hombres o constituyera un obstáculo para la consecución de su único objetivo, que era llegar al polo y regresar. No cabe duda de que así fue, pero nosotros no fuimos con un único objetivo: ampliar, en la medida de lo posible, los conocimientos del mundo acerca de la Antártida.

Está claro que todo esto plantea un sinfín de interrogantes: ¿Qué habría ocurrido si Scott hubiera llevado perros y logrado subir con ellos al Beardmore? ¿Y si no hubiéramos perdido los ponis durante el viaje del depósito? ¿Y si no hubiéramos llevado los perros tan lejos y hubiéramos dejado comida para ellos en el depósito de una tonelada? ¿Y si hubiéramos guardado la carne de poni y algo más de combustible en algún depósito de la Barrera? ¿Y si hubiera ido al polo un grupo de cuatro hombres? ¿Y si yo hubiera desobedecido las órdenes que recibí y hubiese ido hasta el depósito de una tonelada, matando perros en caso de necesidad? Es más, ¿y si hubiera ido aún más lejos y dejado algo de comida y combustible en un mojón debajo de una bandera? ¿Y si hubieran sido los primeros en llegar al polo? ¿Y si hubiera sido cualquier otra estación y no aquélla…?

A la postre, lo que importa es que Scott no habría podido ir desde el estrecho de McMurdo hasta el polo más rápido de lo que lo hizo a menos que hubiera llevado perros. Todos los caballos y nombres del rey no hubieran podido hacerlo. ¿Por qué, entonces, preguntan las personas prácticas, fuimos al estrecho de McMurdo y no a la bahía de las Ballenas? Por una parte, porque queríamos realizar observaciones científicas de forma continuada, lo cual tiene una gran importancia en este trabajo, y, por otra/porque el estrecho era el punto de partida para proseguir la exploración de la única ruta establecida para llegar al polo, la del glaciar Beardmore.

Me temo que fue inevitable: tomamos todas las medidas de precaución que hubiera adoptado cualquiera. Reconozco que para todo lo que economizamos con la carne desecada fuimos tremendamente pródigos con nuestras energías; pero no cabía otro remedio: el número de expedicionarios, fuera cual fuere en total, no resultó excesivo en ningún momento, y, en cualquier caso, teníamos que usar a todos los hombres si queríamos aprovechar todas las oportunidades. Había muchas cosas que hacer, y las oportunidades para hacerlas eran escasas. En general, no veo de qué otra manera hubiéramos podido hacerlo, aunque no quiero que se repita. Quiero que no sea necesario repetirlo. Quiero que este país dé la cara y mande los hombres suficientes para hacer las cosas una por una. Si lo hacen así en Canadá, ¿por qué no se va a poder hacer en Inglaterra también?

Pero derrochamos nuestras energías de una forma que se podría haber evitado. Ya he contado que hicimos frente a todas las situaciones de emergencia pidiendo voluntarios, y que éstos nunca faltaron. Por desgracia, recurrimos a los voluntarios no sólo para las emergencias, sino para el trabajo cotidiano, el cual debería haberse organizado de modo sistemático.

La consecuencia inevitable de esto fue que los más dispuestos acabaron trabajando demasiado. Era una cuestión de honor no estar de brazos cruzados. Se permitió que los expedicionarios trabajaran en exceso, y la disciplina no consiste en eso. Debería haberse evitado que hicieran tantas cosas. Hasta el último año no insistimos en establecer un método regular de trabajo.

El dinero era escaso. Probablemente Scott no habría podido obtener fondos para la expedición si su objetivo no hubiera sido alcanzar el polo; pero no nos faltó ninguno de los artículos que uno puede comprar normalmente en una gran firma: todo el equipo que llevamos para montar la base, viajar con trineos y realizar labores científicas era de primera clase. Sin embargo, una de la cosas más importantes, el barco, habría obligado a Cristóbal Colón a declararse en huelga, y a punto estuvo de mandarnos a nosotros al fondo del mar.

La gente habla del mísero equipo que llevaba Colón cuando zarpó de las Canarias con rumbo al oeste en busca de un atajo para llegar, según él, a un continente habitado donde había magníficos imperios; pero si se tienen en cuenta los recursos de la época, sus tres barcos eran mucho mejores que el viejo cascarón de nuez con que salimos en dirección a un desierto de hielo en el que el sol y la noche no configuran el día sino el año, y en el que ni siquiera pueden vivir los osos polares y los renos.

Amundsen disponía del Fram, embarcación construida a propósito para la exploración polar. Scott disponía del Discovery. Pero cuando uno se para a pensar en el Nimrod y el Terra Nova, embarcaciones de segunda mano compradas en un mercado de barcos de madera y preparadas de forma improvisada para transportar no sólo ponis, perros, trineos de motor y el cargamento completo de una expedición polar, sino a hombres que tenían que realizar labores científicas en su interior, a uno le entran ganas de reclamar una ley para expediciones polares en virtud de la cual sea delito mandar hombres a las regiones heladas en veleros que sólo deberían navegar entre el puente de Londres y Ramsgate.

¡Y lo que hay que suplicar para conseguir este equipo! ¡Que Shackleton tuviera que esperar ante las puertas de los ricos! ¡Que Scott tuviera que pasarse meses escribiendo cartas para obtener dinero! ¿Cómo no se avergüenza el país?

Los estados modernos y civilizados deberían decidirse a financiar la investigación, en la cual se incluye la exploración. Además, siendo así que todos ellos se benefician por igual de su parte científica, son muchas las posibilidades de que se llegue a acuerdos internacionales, sobre todo en una región en la que carece por completo de sentido apoderarse de un territorio, y en la que ningún Ministerio de Asuntos Exteriores puede trazar la frontera entre la planicie del Rey Eduardo y la del Rey Haakon. El continente antártico sigue estando en su mayor parte inexplorado, pero se sabe lo suficiente sobre él como para que resulte imposible cualquier asentamiento de pioneros, colonizadores y gente por el estilo. La isla de Ross no es un lugar para asentamientos, sino para establecer una base científica bien equipada con personal de investigación que resida en ella de forma permanente durante períodos de un año. Nuestros tres años de estancia fueron excesivos; un año más y se habrían vuelto locos incluso los mejores miembros de la expedición. De los cinco viajes importantes que me tocó en suerte realizar, uno, el de invierno, no se debería haber emprendido de ninguna manera con el equipo que llevábamos; y otros dos, el de los perros y el de búsqueda, deberían haberlos hecho personas que estuvieran frescas. No sirve de nada repetir que los ingleses responderán a cualquier llamada y aguantarán hasta el final. Lo harán, por lo menos algunos, pero de todos modos tendrán que hacer un sacrificio. En mi caso, el sacrificio fue una merma de fuerzas que nunca podré compensar, y en el caso de cinco hombres mayores y más fuertes y curtidos que yo, la vida. El establecimiento de tales bases y servicios no pueden llevarlo a cabo héroes y personas entusiastas por sus propios medios, mendigando cheques de hombres ricos y subvenciones de sociedades científicas privadas. Esto incumbe a los organismos públicos, como ocurrió en el caso de la expedición al Ártico de Nares.

Me figuro que, puesto que vivimos en la época de la aviación, el siguiente viaje al polo no se

hará a pie y arrastrando trineos, ni siquiera en trineos arrastrados por perros, muías o ponis, ni se montarán depósitos de la misma manera. La banca de hielo no será atravesada, espero, por un viejo barco con motores de carbón que se pueda comprar en un mercado de segunda mano. Si se desea realizar el viaje de una forma mínimamente civilizada y humana, harán falta barcos, aeroplanos, tractores y un gran número de hombres, todos ellos preparados ex profeso. Tanto los ministros como los votantes deben aprender a valorar el conocimiento sin que para obtenerlo sean necesarios el sufrimiento y la muerte. Yo ya he hecho todo lo que podía hacer. No creo que vuelva al sur antes de irme a criar malvas, pero si lo hago será en las debidas condiciones. Es posible que no regrese hecho un héroe, pero volveré entero. SÍ la duración de la estancia es moderada y se cuenta con un alojamiento apropiado (algo que puede facilitar cualquiera de las potencias civilizadas modernas con los medios de que se dispone), la Antártida no es ni mucho menos un lugar tan malo para trabajar para el Estado como lo pueden ser las peores bases militares del ecuador. Espero que para cuando Scott regrese a casa (pues va a regresar: la Barrera está moviéndose y los hombres de Shackleton no encontraron en 1916 ni rastro de nuestro túmulo), los padecimientos que acabaron con su vida serán sólo una pesadilla del pasado y su vía crucis un camine tan transitable como Piccadilly.

Ahora, si el lector me lo permite, hablaré de los aspectos técnicos. Por muy bien que se planeen los viajes en el futuro, sus organizadores querrán saber, en primer lugar, todo lo que podamos contarles sobre el queroseno, el frío y la comida. Comenzaré por ocuparme del tema del queroseno.

Scott se queja de que faltaba queroseno en varios de los últimos depósitos. No hay duda de que esta escasez se debió al deterioro de las arandelas de cuero de las latas en que estaba guardado. Todas estas latas habían estado expuestas al calor del sol en verano y a las temperaturas otoñales, que fueron inesperadamente frías. En el Voyage of the Discovery, Scott escribe lo siguiente acerca de las latas en que llevaron el queroseno durante los viajes con los trineos:

Cada lata tenía un pequeño tapón de corcho, el cual constituía claramente un punto débil. El queroseno se escurre de manera harto enojosa, razón por la cual perdimos una gran cantidad, sobre todo cuando los trineos pasaban por un terreno irregular y se bamboleaban o se volcaban, como ocurrió en numerosas ocasiones. Por mucho que apretáramos los tapones, no había manera de que quedasen bien ajustados, así que, a pesar del insignificante aumento de peso que habría supuesto, hubiera sido mucho mejor utilizar tapones metálicos de rosca. Era realmente exasperante encontrarse con que sólo quedaban las tres cuartas partes del queroseno cuando abríamos una lata nueva. Esto significaba, por supuesto, que había que utilizar la olla con más cuidado todavía.

Amundsen escribió lo siguiente acerca del queroseno: «Lo guardábamos en las latas habituales, pero resultaron muy débiles; no perdimos nada de queroseno, pero Bjaaland tenía que estar soldándolas a todas horas para que quedaran herméticamente cerradas.»

Nuestras latas estaban provistas de los tapones de rosca metálicos que había recomendado Scott. Nadie dijo que hubiera ningún problema (*Lashly indica en su diario que el segundo grupo de regreso se encontró con que en el depósito central de la Barrera faltaba queroseno*) hasta que llegamos al campamento de una tonelada durante el viaje de búsqueda. Allí estaba el depósito de víveres y combustible que yo había montado el otoño anterior para el grupo del polo, metido en un «tanque» de lona y sepultado bajo dos metros de nieve. Las latas de queroseno, que eran rojas, estaban colocadas encima de la nieve para que fuera más fácil distinguir el depósito. Cuando sacamos el tanque, la comida que había dentro casi ni se podía comer debido a la cantidad de queroseno que había atravesado los dos metros de nieve durante el invierno y la primavera.

Más adelante encontramos al grupo del polo y nos enteramos de que les había faltado queroseno. Cuando volvimos al cabo Evans, alguien encontró una caja de madera con ocho latas de

cuatro litros de queroseno mientras limpiaba la nieve del campamento. Las habíamos colocado allí en septiembre de 1911 para que el Terra Nova las descargara en el cabo Crozier cuando regresara. El barco no pudo llevárselas, la nieve las tapó, y nos olvidamos de ellas hasta que quince meses después uno de nosotros las sacó a la superficie. Tres latas estaban llenas, tres vacías, una tenía una tercera parte del queroseno, y otra las dos terceras partes.

No cabe duda de que el queroseno, que es muy volátil, se evaporaba y escapaba por los tapones, y que este proceso se aceleró por el deterioro (y yo diría también que por el endurecimiento y la contracción) de las arandelas de cuero. Las futuras expediciones habrán de tener mucho cuidado en este sentido: pueden disminuir el riesgo de que ocurra poniendo el queroseno bajo la nieve.

Otro punto que conviene comentar es el del frío inesperado con que se encontró Scott en la Barrera, que fue la principal causa del desastre.

Nadie en el mundo hubiera podido prever en esta época del año las temperaturas y las superficies que nos hemos encontrado […]. Está claro que estas circunstancias se dan de forma muy repentina. Nuestra catástrofe se debe ciertamente a la brusca llegada del mal tiempo, para el cual no parece que haya explicación satisfactoria.

Bajaron por el glaciar con temperaturas superiores a -17 °C, y durante la primera semana en la Barrera no ocurrió nada extraño. Entonces se produjo un gran descenso de temperaturas, y el 26 de febrero por la noche se alcanzó una mínima de -38 °C. Habría que añadir que por aquellas fechas el sol empezó a ocultarse por el sur a medianoche. «No hay duda de que el centro de la Barrera es un lugar bastante espantoso», escribiría Scott.

En su informe meteorológico, Simpson se muestra prácticamente seguro de que las temperaturas que soportó el grupo del polo fueron anormales. Los datos «dejan patente la posibilidad de que hiciera mucho frío en una tempranísima época del año a relativamente pocas millas de las aguas del mar, donde las temperaturas eran unos veinte gradas más altas.» «Resulta muy difícil de creer que en el mes de marzo se dé normalmente una diferencia de veinte grados entre el estrecho de McMurdo y el sur de la Barrera.»

Las temperaturas registradas por otras expediciones en el mes de marzo de 1912 y las registradas en el cabo Evans corroboran, en opinión de Simpson, que las temperaturas que tuvo Scott no eran las que cabía esperar en otoño.

La explicación de Simpson se basa en unas observaciones realizadas en el estrecho de McMurdo con unos globos provistos de aparatos de medición.

Estos aparatos mostraron que en invierno tiene lugar una radiación muy rápida procedente de la nieve de la superficie que enfría el aire de las inmediaciones. En consecuencia, cerca del suelo se forma una capa de aire frío cuya temperatura puede ser varios grados más baja que la del aire de encima. No obstante, esto sólo puede ocurrir si no hay viento, ya que cuando éste sopla la capa de frío desaparece, el aire cambia y la temperatura sube.

En opinión de Simpson, la ausencia de vientos del sur que señala Scott fue la causa de que tuviera unas temperaturas tan bajas: en el cabo Evans el termómetro marcaba cinco grados menos de lo que hubiera sido normal, y donde se hallaba Scott probablemente marcaría unos diez.

El tercer punto es el referente a la comida. Para los futuros exploradores éste es el tema más importante de todos. Es un hecho que el grupo del polo no logró recorrer la distancia que le faltaba porque se quedó sin fuerzas, y que esto ocurrió a pesar de que habían tomado su ración completa o incluso una superior todos los días excepto unos pocos en que se quedó corta de víveres durante el

descenso del glaciar Beardmore.

El primer hombre en quedarse sin fuerzas fue el más robusto de la expedición, «el hombre del que menos esperábamos que fuera a desmoronarse».

Las raciones eran de dos tipos. La de la Barrera (B) fue la que se utilizó en la Barrera durante el viaje de ida al polo. La de la cima (C) era el resultado de los experimentos que realizamos durante el viaje de invierno. Creo que ésta es la mejor ración que se ha usado hasta la fecha, y consistía en 480 gramos de galletas, 360 de carne desecada, 60 de mantequilla, 15 de cacao, 90 de azúcar y 25 de té; en total, 1,03 kilos diarios por persona.

Los doce hombres que prosiguieron el viaje hasta el polo empezaron a tomar esta ración al pie del glaciar Beardmore, y ésta también fue la ración que dejamos en todos los depósitos para que pudieran regresar a la base. Era mucho más sustanciosa que la de la Barrera, tanto es así que durante la primera parte del verano, cuando viajamos con los ponis y los perros, no hubiéramos sido capaces de comer tanto; pero arrastrar uno mismo un trineo es muy distinto a conducir ponis o perros.

Se calcula que el cuerpo necesita ciertas cantidades de grasas, carbohidratos y proteínas para realizar un determinado esfuerzo en unas determinadas condiciones. El esfuerzo que llevó a cabo el grupo del polo fue muy grande; las temperaturas (que constituyen la más importante de estas condiciones) oscilaron entre las relativamente altas que tuvieron durante la subida y la bajada del glaciar y los -29 °C de media que soportaron en la planicie a causa del aire enrarecido. Las temperaturas que se encontraron en la Barrera al regresar fueron durante más de una semana bastante agradables, pero luego rondaron en general los -35 °C por el día y los -40 °C por la noche, durante la cual el sol desaparecía un rato tras el horizonte. Para unos hombres que están frescos y visten ropa nueva, estas temperaturas no resultaron especialmente rigurosas, pero para los miembros de la expedición, que llevaban cuatro meses batallando prácticamente día y noche y tomando una cantidad de comida insuficiente, fueron demoledoras. ¿Fueron ellas las que los mataron?

Es indudable que fueron las bajas temperaturas lo que les causó la muerte, pues si se hubieran mantenido altas, ahora estarían vivos. Pero ¿y Evans? Él murió antes de que bajara el termómetro. ¿Qué mató a Evans? ¿Y por qué perdieron los demás las fuerzas si estaban comiendo raciones completas e incluso superiores? Se quedaron tan débiles que al final murieron de inanición.

Siempre he dudado de que el mal tiempo fuera la única causa de la tragedia. Con las raciones completas, aquellos hombres estaban, en teoría, tomando alimentos con el valor nutritivo suficiente para aguantar el esfuerzo y soportar las condiciones meteorológicas que predominaron hasta finales del mes febrero, sin quedarse sin fuerzas. Consumieron incluso raciones superiores, pero el tiempo durante el mes de marzo fue mucho peor de lo que hubieran podido imaginar: cuando los tres supervivientes montaron su último campamento, se encontraban en un estado espantoso. Después de la guerra me enteré de que Atkinson había estado formulándose las mismas preguntas que yo, pero había llegado más lejos, pues había encargado a un experto en química que analizara el valor nutritivo de nuestras raciones conforme a los descubrimientos y criterios más modernos. Debería añadir que cuando asumió el mando después de la muerte de Scott, Atkinson aumentó las raciones para los viajes del año siguiente, por lo que supongo que ya había llegado a la conclusión de que la anterior ración era insuficiente. Indico a continuación algunos de los datos que me ha proporcionado, por lo cual le estoy muy agradecido. Atkinson se propone investigar este tema a fondo, y los resultados serán publicados con todo detalle.

Según los criterios más modernos, los alimentos que hay que tomar para realizar un gran esfuerzo a -18 °C (que es una buena temperatura media para la Barrera) han de generar un mínimo de 7.714 de calorías a fin de producir 10.069 toneladas-pie de trabajo. La ración de la Barrera que

usamos generaba 4.003 calorías, lo que equivale a 5.331 toneladas-pie de trabajo. Para realizar un gran esfuerzo a unos -23 °C (una media alta para la planicie) se tienen que cumplir unas condiciones parecidas: 8.500 calorías para producir 11.094 toneladas-pie de trabajo. La ración de la cima generaba 4.889 calorías, lo que equivale a 6.608 toneladas-pie de trabajo. Estos cálculos son válidos si se absorben por completo todas las sustancias alimenticias. Es evidente, sin embargo, que esto no ocurre en la práctica. Lo anterior se nota sobre todo en el caso de las grasas, que ni los hombres ni los ponis- ni los perros digirieron en su totalidad.

Varias cosas vienen a demostrar que las raciones que llevábamos eran insuficientes. En primer lugar, es probable que no estuviéramos tan en forma como parecía cuando acabábamos un viaje largo. No cabe duda de que cuando arrastrábamos trineos acabábamos moviendo algunos músculos de forma automática, lo cual resultaba en perjuicio de otros. Por ejemplo, podíamos pasarnos el día tirando de uno, pero esto nos perjudicaba los brazos de tal manera que al cabo de varios meses de viaje apenas teníamos fuerza para levantar pesos. A este respecto añadiría que en el mes de febrero de 1912, cuando llegó el barco de socorro, en el cabo Evans nos encontrábamos cuatro personas que acabábamos de llegar de un viaje de tres meses. El grupo de tierra, del que formábamos parte, fue el encargado de transportar las provisiones a la orilla con los trineos. En la práctica esto suponía recorrer 20 millas al día con un trineo a rastras y acarrear un buen número de cajas pesadas desde las cinco de la mañana hasta entrada la noche, todo ello comiendo a deshora y sin descansar. Aún recuerdo lo mucho que me costó realizar aquel trabajo; me figuro que a los otros expedicionarios que habían estado arrastrando les ocurriría lo mismo. Los que venían en el barco arrastraron trineos un día sí y otro no porque no estaban «acostumbrados a hacerlo». Esto estuvo pésimamente organizado, y si se tiene en cuenta que existía la posibilidad de que algunos de aquellos hombres tuvieran que hacer otro viaje en otoño, fue una auténtica estupidez.

Una vez más tenemos la experiencia de los grupos sin animales que hicieron el viaje al polo. El lector recordará que uno de ellos empezó a arrastrar el trineo por sus propios medios antes de llegar al glaciar Beardmore. Aunque llevaban un trineo ligero y estaban tomando la ración de la Barrera, los miembros de la expedición perdieron peso. Resulta significativo que se recuperaran cuando empezaron a tomar la ración de la cima, sobre todo Lashly.

El grupo del polo y los otros dos grupos, que tomaron la ración de la cima desde el pie del Beardmore hasta el final de sus respectivos viajes, se debilitaron más de la cuenta, algo que, según Atkinson, no habría ocurrido si la ración hubiera sido suficiente. El primer grupo de regreso recorrió unas 1.100 millas terrestres. Cuando acabaron el viaje, los músculos con los que habían arrastrado el trineo los tenían en buen estado, pero Atkinson, que iba al frente del grupo, opina que a los demás se les habían quedado al menos un setenta por ciento más débiles. Perdieron todos mucho peso, aunque tuvieron el mejor tiempo de los tres grupos, y las temperaturas que soportaron fueron superiores a los -18 °C por término medio.

El segundo grupo de regreso viajó en unas condiciones mucho peores. Eran sólo tres hombres, uno de ellos estaba tan enfermo que se pasó 120 millas sin poder tirar, y sus dos compañeros tuvieron que llevarle en el trineo otras 90. La temperatura media rondó los -18 °C. Acabaron al borde del agotamiento.

Scott hace constantes referencias al creciente hambre que pasaban los miembros de su grupo. Está claro que la comida no les permitía hacer frente a las condiciones del viaje, que eran cada vez más severas. Sin embargo, estuvieron bastante tiempo comiendo una ración más grande que la completa. Hay que tener en cuenta que las temperaturas que soportaron fueron muy inferiores, por término medio, a -23 °C, que no absorbieron toda la comida, y que necesitaban más calorías no sólo

para hacer el esfuerzo añadido que exigían las malas superficies y los vientos en contra sino para calentar sus cuerpos y descongelar la ropa y los sacos de dormir.

Me parece evidente que las futuras expediciones tendrán que aumentar las raciones que usamos la mayoría de nosotros, pero guardan-' do la debida proporción de grasas, proteínas y carbohidratos. En vista de que nuestros cuerpos no digerían la cantidad de grasas que les proporcionábamos, Atkinson considera inútil aumentar éstas a costa de las proteínas y los carbohidratos. Él recomienda que la cantidad diaria de grasas sea de 150 gramos en total. La digestión de carbohidratos es fácil y completa, y aunque la de las proteínas es más complicada, disponemos para ello de muchos de los necesarios fermentos digestivos. Las proteínas y los carbohidratos de la ración se han de aumentar en la misma cantidad, y ambas sustancias deberán suministrarse en la forma más seca y pura posible.

Esta crítica no lleva aparejada una censura. Nuestra ración era probablemente la mejor que se haya usado nunca, pero ahora sabemos más que entonces sobre este tema. El propósito de todos es intentar conseguir estas cosas de cara al futuro. (*Las últimas investigaciones sugieren que la presencia o ausencia de ciertas vitaminas cambia mucho las cosas. Esto puede tener mucha importancia en relación a la capacidad de un individuo para aprovechar los alimentos que tome. Si esto es cierto, este factor debió de influir profundamente en la suerte del grupo del polo, cuya dieta tenía un contenido vitamínico muy bajo, por no decir nulo. No es exagerado decir que la importancia de esta deficiencia para el futuro explorador es fundamental. Sugeriría que ninguna expedición que se proponga en el futuro adentrarse en la Antártida arrastrando trineos emprenda el viaje si no lleva comida que contenga estas vitaminas. Habría que destacar que, si bien la publicación autorizada por el Consejo de Investigaciones Médicas acerca del valor real de estos complementos no estaba disponible en 1910 cuando zarpamos rumbo al sur, Atkinson insistió en que añadiéramos a nuestra ración para el viaje de búsqueda las cebollas frescas que había traído e) barco. Véase el reciente trabajo del profesor Leonard Hill acerca del valor de los rayos ultravioletas para compensar la carencia de vitaminas. (TV. del A.)*)

Campbell alcanzó la punta de la Cabaña sólo cinco días después de que nosotros saliéramos de allí con los tiros de perros. En la característica nota que nos dejaron para darnos la bienvenida a nuestro regreso lamentaban llegar tarde para participar en el viaje de búsqueda. Si yo hubiera vivido diez meses en las condiciones que tuvieron que soportar aquellos hombres, no habría vuelto a arrastrar un trineo ni aunque me pusieran una pistola en el pecho. Sin embargo, ellos tenían verdaderas ganas de hacer algo útil hasta que llegara el barco.

Disponíamos de los documentos del polo y Campbell y sus hombres habían sobrevivido a un invierno atroz sin ayuda de nadie, y además habían regresado a la base. Nos habíamos visto en una difícil disyuntiva, pero al final las cosas habían salido redondas. Era lo único que deseábamos, y sin embargo era mucho más de lo que podíamos llegar a desear.

Quería llevarme una serie de embriones de pingüino de Adelia del criadero del cabo Royds, pero no había pensado que fuera a tener ocasión de ir a buscarlos, pues durante los meses de verano había estado de viaje. Pero ahora tenía la oportunidad: Atkinson quería realizar investigaciones sobre parásitos en aquel mismo lugar, y había otros expedicionarios que deseaban realizar estudios topográficos. Sin embargo lo difícil era ascender al Erebus, el volcán activo que se elevaba a 4.000 metros de altura ante las mismas puertas de nuestra cabaña. Un grupo de hombres de la expedición Shackleton subió a él en el mes de marzo a las órdenes del profesor David y logró arrastrar un trineo a 1.750 metros de altura, punto a partir del cual tuvo que llevar el equipo a cuestas. Un año antes, Debenham, con ayuda de un telescopio, encontró una ruta por la que se podía subir un trineo a una

altura de 2.750 metros. El ascenso resultó muy difícil; era sólo una cuestión de piernas y pulmones.

Formaban un grupo muy animado: por la noche cantaban a coro y durante el día trabajaban de firme. Según Debenham, fue el mejor viaje: no hubo incidentes y reinó la armonía. Tanto Debenham como Dickason, que eran los fumadores del grupo, sufrieron el mal de la altura. El aire estaba limpísimo, y a 1.500 metros de altura pudieron ver con nitidez el monte Melbourne y el cabo Jones, que se hallaban a una distancia de entre dos mil y tres mil millas, y varias montañas desconocidas al oeste, pero les fue imposible determinar su situación exacta porque sólo pudieron obtener líneas de dirección desde un punto. El estrecho estuvo cubierto de nubes la mayor parte del tiempo, pero las islas Beaufort y Franklin se mantuvieron despejadas.

A diferencia de la expedición del profesor David, no observaron absolutamente ningún indicio de actividad volcánica en el monte Bird; aunque estaba tapada de nieve casi por completo, esperaban que quedara alguna marca en ella. A 2.750 metros de altura el Terror resultaba imponente, mientras que el monte Bird y Terra Nova parecían insignificantes y faltos de interés. El valle que se extiende entre el viejo cráter y las vertientes del segundo les impresionó profundamente; en él encontraron un pequeño y bonito glaciar surcado de grietas. Tanto Priestley como Debenham opinan que por ese valle se puede llegar al Terror y que por el camino no hay ninguna zona de grietas ni pendientes impracticables. De todos modos, probablemente los más sensato sea ir desde el cabo Crozier.

El 10 de diciembre, en un punto situado a unos 2.750 metros de altura, Priestley, Gran, Abbot y Hooper emprendieron el ascenso al cráter activo. Prepararon la tienda, los palos, los sacos, la olla y los utensilios de cocina, y se llevaron víveres para cuatro días. Alcanzaron el segundo cráter a unos 3.450 metros, pero al día siguiente tuvieron que detenerse por culpa de una nube. A esas alturas las temperaturas oscilaban entre los -25 °C y los -30 °C, mientras que el nivel del mar rondaban por las mismas fechas el punto de congelación. A la una de la noche del 12 de diciembre mejoró el tiempo: el cielo quedó despejado y se levantó un viento del sur que se llevó el humo de la cima. La expedición se puso en marcha inmediatamente y llegó al borde del cráter activo al cabo de unas horas. Cuando miraron al interior no lograron ver el fondo, porque estaba lleno de humo: los lados describían una empinada cuesta de unos 150 metros y remataban en unos precipicios cortados a pico. La abertura medía unos 14.000 pasos de diámetro. La cumbre es casi toda de pumita, aunque también hay mucha kenyaíta, que es prácticamente del mismo tipo que la que se encuentra a nivel de mar. El viejo cráter también era de kenyaíta en su mayor parte, lo que demuestra que ésta es la roca más antigua de la isla. El volcán debe de arrojar continuamente cristales de feldespato, ya que había muchos sobre la nieve. Conservo uno de unos nueve centímetros de largo.

Un hombre tuvo que regresar al campamento acompañado por otro porque se le había congelado un pie. Se quedaron Priestley y Gran, quienes intentaron averiguar con el hipsómetro a qué temperatura hervía el agua, pero se lo impidió el viento, que era muy variable, y de tanto en tanto los envolvía en humo y vapor de azufre. Dejaron una nota en un mojón y emprendieron el camino de regreso. Sin embargo, cuando habían descendido unos 150 metros, Priestley se dio cuenta de que en lugar de la nota había dejado en la cima una lata con carretes usados.

Gran volvió a buscarlos, pero apenas llegó se produjo una fuerte explosión, y salieron despedidos del cráter grandes bloques de pumita en medio de una enorme nube de humo. Probablemente había reventado una burbuja de gran tamaño. Gran se encontraba allí mismo: oyó el gorgoteo antes del estallido y vio «bloques de lava pumítica que parecían bombas volcánicas partidas por la mitad y conjuntos de larguísimos cristales de forma capilar en su interior». Estos cristales son los denominados cabellos de Pelé. Gran se puso después algo enfermo a causa de los gases de dióxido de azufre.

Entretanto, en la vieja cabaña de Shackleton se estaba muy a gusto en aquella época del año, y es que en invierno había demasiadas corrientes de aire. El sol que hacía, el suave rumor de las olas que rompían debajo de! cinturón de hielo, las hermosas montañas que nos rodeaban y los pingüinos que estaban criando delante de nuestra cabaña, convertían aquel lugar en mucho más acogedor que el glaciar Beardmore, que era donde pensábamos ir por aquellas fechas. ¿Qué sentirían los seis hombres que acababan de volver de las mismísimas puertas del infierno? Y luego debe mencionarse la comida:

Realmente los hombres de Shackleton debían de chuparse los dedos de gusto a juzgar por todas las exquisiteces que hay aquí: pollo hervido, riñones, champiñones, jengibre, galletas con pasas y sopas de todos los tipos. Menudo cambio. Lo mejor de todo son los huevos de págalo con mantequilla que comemos para desayunar. En realidad, la vida resulta soportable, ahora que se han despejado todas las incógnitas y que ya no tenemos que preocuparnos por el grupo de Campbell.

Estuve tres semanas trabajando entre los pingüinos de Adelia del cabo Royds y obtuve una serie completa de embriones. Wilson siempre había pensado que la rama de la que tenían que ocuparse ahora en el sur los zoólogos especialistas en vertebrados era la embriología. Ya he explicado que el pingüino constituye un importante eslabón en la cadena de la evolución. El propósito de obtener estos embriones era averiguar dónde encajan en ella los pingüinos. La cuestión de si son más primitivos que otras aves no voladoras como el kiwi, el avestruz, el ñandú y el moa (esta especie se ha extinguido hace muy poco) está aún por resolver. Pero las aves sin alas perviven en los promontorios de los continentes australes, donde existe menos rivalidad que en los pobladísimos territorios del norte. Puede que los pingüinos desciendan de alguna especie con alas (a los pingüinos todavía se les puede ver intentar volar) que antes vivía en el hemisferio norte y fue obligada a trasladarse al sur.

Si los pingüinos son aves primitivas, no sería descabellado pensar que los más primitivos de todos habitan las regiones más australes del planeta. El emperador y el de Adelia son las dos especies antárticas. Parece que el segundo es el más numeroso y el que mejor se ha adaptado de los dos, razón por la cual solemos estudiar al emperador con la idea de que se trata de la especie más primitiva entre los pingüinos e incluso entre todas las aves que existen en este momento. De ahí que hiciéramos el viaje de invierno.

Para mí fue una alegría poder conseguir también aquella serie de embriones de pingüino de Adelia; en cierto sentido me sentí como un gigante que se ha equivocado de planeta y está molestando a sus verdaderos habitantes.

Volvimos demasiado tarde para ver cómo ponían los huevos y por lo tanto nos fue imposible saber qué edad tenían los embriones, aunque me hice ilusiones al descubrir unos pingüinos sobre unos nidos sin huevos. Más tarde me enteraría de que estos nidos eran utilizados por algunos pingüinos como «pisos de solteros» mientras sus parejas empollaban cerca de ellos. Cuando recogía huevos de los nidos me alegré de ver que había algunos nuevos. Los marqué cuidadosamente, pero al abrirlos dos días después advertí que el embrión tenía al menos dos semanas, y comprendí que entre las diversas inmoralidades que cometían los pingüinos había que incluir la del robo de crías. Algunos pingüinos a los que les dejaba sin huevos se sentaban sobre piedras de forma y tamaño parecidos, y tenían todo el aspecto de sentirse satisfechos. Uno se sentó sobre la mitad de una lata roja de queso holandés. No se puede decir que estas aves sean muy inteligentes.

A todo el mundo le encantan los pingüinos. Creo que esto se debe a que en muchos aspectos son como nosotros, y en otros como nos gustaría ser. Si tuviéramos la mitad de valor que ellos poseen

para lo fuertes que son, nadie podría con nosotros. Si tuviéramos una mínima parte de su instinto maternal, habría que matar a nuestros hijos por miles. Su curiosidad es tal que no les queda lugar para el miedo. Les gusta el alpinismo, hacer viajes de placer en bandejones e incluso hacer instrucción.

Un día en que había habido una ventisca apareció a la vista de todo el mundo un nido abandonado compuesto por un montón de codiciadas piedras. Todos los pingüinos que había cerca se movían de un lado a otro; los machos estaban haciendo méritos, ya que después de cada viaje daban cada uno una piedra a su pareja. Ésta era la manera plebeya de hacer las cosas. Sin embargo, mi amigo, que estaba encaramado a una roca como si aquello no fuera con él, sabía un truco para el que dicho calificativo resultaba insuficiente. Le ayudaba su pareja, que se hallaba echada cómodamente al otro lado.

La víctima era otro pingüino. Estaba sin pareja, pero de pronto disponía una buena oportunidad para conseguir una. Corriendo a la máxima velocidad que le permitían sus pequeñas patas, agarraba piedras del nido abandonado, las dejaba debajo de una roca y volvía rápidamente por más. Sobre esta roca se encontraba precisamente mi amigo. Cuando la víctima volvía con una piedra, estaba de espaldas. Pero tan pronto como aquél dejaba la piedra e iba por más, mi amigo bajaba de un brinco, la agarraba con el pico, iba corriendo al otro lado de la roca, se la daba a su pareja y volvía a encaramarse a la roca y a ponerse de espaldas en menos que salta una orea. De tanto en tanto volvía la cabeza para ver dónde iba a poner el otro pingüino la siguiente piedra.

Me pasé veinte minutos contemplándolos. Ignoro cuánto tiempo llevaba haciéndolo, pero la desventurada ave estuvo todo el rato llevando piedras sin parar. Y debajo de la roca no había ninguna. En una ocasión se quedó desconcertado, alzó la vista y lanzó un juramento a la espalda de mi amigo, pero acto seguido se fue a buscar más piedras. En ningún momento pareció pensar que lo mejor era parar. Empezaba a hacer frío, de modo que me marché. En aquel momento el pingüino se dirigía a buscar otra piedra.

La vida del pingüino de Adelia es la más inhumana del mundo, y también la más práctica. Si uno de ellos cobrara fama de ingenuo, no tendría nada que hacer entre sus congéneres. Basta con verlos cuando van a bañarse: se congregan en el cinturón de hielo unos cincuenta o sesenta en estado de agitación, se asoman al borde y se dicen unos a otros lo a gusto que van a estar en el agua y lo bien que van a cenar. Pero esto no son más que fanfarronadas: en realidad están preocupadísimos, porque abrigan la terrible sospecha de que un leopardo marino está esperando a que se zambulla el primero para devorarlo. Según nuestra forma de ver las cosas, un ave realmente noble diría: «Ya me echo yo primero. Y si me matan, al menos habré muerto en un acto de generosidad, sacrificando mi vida por mis compañeros.» Y así, andando el tiempo, acabarían muertos todos los pingüinos nobles. Lo que en realidad hacen es intentar persuadir a un compañero con menos luces para que se dé un chapuzón. Si esto no les sale bien, aprueban a todo correr una ley de reclutamiento obligatorio y lo empujan al agua. Entonces… ¡zas! Se arma un guirigay y se lanzan todos los demás.

Incuban los huevos por turnos, y al cabo de varios días uno puede ver a los padres anadear en dirección al mar, con la pechera de la camisa manchada de barro tras acabar su prolongada hazaña. Pueden tardar un par de semanas en volver, limpios, bien alimentados, satisfechos de la vida y resueltos a relevar a sus parejas y a cumplir con su obligación. A veces se cruzan con otros que van a bañarse. Se detienen, se saludan y se ponen charlar. Bueno, dicen, quizás eso sea más agradable; además qué son un par de días… Dan media vuelta, limpio uno, sucio el otro, y se van a la costa. Es entonces cuando dicen: «Las mujeres son maravillosas.»

Su vida es demasiado difícil como para que puedan interesarles virtudes tales como el amor fraternal, la generosidad, la caridad y la bondad. Cuando se aparean, gana el mejor ladrón; cuando incuban, la mejor pareja de ladrones les roba los huevos. Formando una larga e ininterrumpida fila que se extiende por debajo del cinturón de hielo avanzan procedentes de las aguas del mar. Unos caminan con esos pies que tienen tan parecidos a los nuestros; otros se deslizan sobre sus brillantes pechos blancos. Después de su larga caminata tienen que echarse una siesta, y luego los caballeros se adentran en el criadero, que ya está bastante lleno, y buscan a sus parejas. Pero antes deben encontrar (o robar) una piedrecilla, pues éstas son las joyas de los pingüinos: son de lava, negras, rojizas o grises, y tienen cristales incrustados en forma de almendra. Son poco comunes, y las hay de todos los tamaños, pero las que más valoran son las de tamaño de huevo de paloma. Provistos de una de estas piedras, cortejan a la doncella, colocándola a sus pies. Si se la aceptan, el pingüino roba más, y ella las protege celosamente, sin dejar por ello de aprovechar cualquier oportunidad que no presente peligro para quitar otras a sus vecinas más cercanas. Un pingüino que no es capaz de pelear y robar como es debido no consigue construir un nido alto y fuerte, y si lo logra lo pierde. Luego estalla una ventisca y se produce el deshielo, ya que a veces deshiela incluso en la costa, que es donde los pingüinos de Adelia establecen sus criaderos. Las crías de los más fuertes y malvados salen del cascarón; las de los más débiles no. Un pingüino tiene que reunir un montón de piedras de padre y muy señor mío para que las crías salgan de los huevos tras una ventisca como la que sopló en el mes de diciembre de 1911. En aquella ocasión quedaron cubiertos de nieve los criaderos y todo lo que había en ellos: nidos, huevos, padres, madres y todo lo demás.

Cuando salen del huevo, las crías son minúsculas y están cubiertas de pelusa gris, pero enseguida se transforman en estómagos negros en forma de bola coronados por una cabecilla que deja bastante que desear. A las dos o tres semanas abandonan a sus padres, o éstos las abandonan a ellas, no sabría decirlo. Si el socialismo consiste en la nacionalización de los medios de producción y distribución, entonces los pingüinos son socialistas. Se dividen en padres e hijos. La comunidad adulta va al mar y regresa con el estómago lleno de quisquillas a medio digerir. Pero no son para sus hijos; éstos, si no están muertos ya, se hallan perdidos en medio de una multitud de crías hambrientas y tambaleantes que asedian a cada uno de los proveedores de comida tan pronto como van llegando. Pero no todos pueden conseguir comida, pese a que no hay ninguno que no tenga hambre. Algunos ya llevan demasiado retraso; hace días que no logran obtener alimento, tienen frío, carecen de fuerzas y están muy cansados.

Mientras contemplábamos la carrera que se había organizado, poco a poco fuimos dándonos cuenta de que la crías consideraban a cada uno de los adultos que llegaban de la orilla con el estómago lleno no sólo como a un padre, sino también como a un proveedor de comida. Los padres tenían una idea muy diferente de la situación: su intención era encontrar a sus crías y darles de comer, o bien asimilar el pescado a medio digerir que llevaban en su interior. Las crías más robustas incordiaban a los adultos hasta que, a fuerza de importunarles, conseguían que les dieran de comer. En cambio el desenlace en el caso de los menos robustas era por lo general mucho más triste. Una cría se había quedado rezagada en la carrera por conseguir comida, estaba hambrienta y débil, y cada día que pasaba tenía menos fuerzas, ya que no corría con la rapidez suficiente como para instarle a un adulto a que la alimentara, pese a lo cual seguía corriendo y corriendo detrás de las demás. Tropezaba y caía cada dos por tres, profiriendo sin cesar chillidos y gemidos de melancolía para proclamar que tenía hambre, hasta que al final abandonaba la carrera. Así, obligada por el agotamiento a detenerse y descansar, no tenía ninguna posibilidad de conseguir alimento. Los padres,

seguidos cada uno por un pequeño grupo de crías hambrientas, pasaban a su lado a todo correr, concentrados en una única cosa, y la famélica cría se quedaba atrás para reunir fuerzas y hacer un nuevo esfuerzo. Pero vuelve a fracasar: un ave más robusta ha apretado el paso, y el éxito vuelve a eludir al animalillo. Se queda donde está, adormilada, con los ojos medio cerrados y aturdida por el agotamiento, el frío y el hambre, y quizá preguntándose qué significa todo el jaleo que la rodea; no es más que un puntito despeluchado y algo sucio, abandonado por sus padres, los cuales han buscado infructuosamente a sus crías en torno al nido en que incubaron su huevo, pero del que quizá se hayan alejado ya media milla. Allí se queda, sin comprender lo que ocurre alrededor, hasta que un págalo que merodea por la zona se posa a su lado y de unos fuertes y despiadados picotazos la remata.

Se pueden decir muchas cosas acerca de esta forma de tratar a las crías. La vida del pingüino de Adelia es difícil; la del emperador, horrible. ¿Por qué no matan a los débiles inmediatamente, antes de que tengan tiempo para crecer o incluso para alimentarse? La vida es dura de todas formas; ¿qué sentido tiene entonces hacerles ver que no es así, que puede sobrevivir quien no está entre los mejores? Pues bien, invito al lector a que busque un grupo de caballeritos más jovial, satisfecho y sano en el mundo. No podemos por menos de admirarlos, aunque sólo sea porque son más simpáticos que nosotros. Ahora bien, no resulta nada agradable: la naturaleza es una niñera inflexible.

La naturaleza iba a hacernos pasar otro mal trago como no vinieran a recogernos. El 17 de enero, al ver que seguía sin haber señales del barco, decidimos prepararnos para otro invierno. Racionaríamos los alimentos; cocinaríamos con queroseno, ya que prácticamente se había acabado el carbón, y mataríamos focas para conservarlas. El 18 comenzamos los preparativos, y entre otras cosas hicimos una cueva para almacenar más carne. Después de desayunar me fui a cazar focas; a mediodía, tras matar y descuartizar un par, crucé el cabo para regresar a la base. Todos los hombres se encontraban fuera de la cabaña, trabajando en el campamento. En el estrecho no se veía nada, pero entonces apareció inopinadamente la proa del barco por detrás de la punta del glaciar Barne, a unas dos o tres millas de distancia. Contemplamos su cautelosa arribada con una inmensa sensación de alivio.

«¿Se encuentran todos bien?», preguntó alguien por un megáfono desde el puente. «Los miembros de la expedición al polo fallecieron durante el viaje de regreso. Tenemos sus documentos.»

Se produjo un silencio, y entonces apareció una barca.

Al mando iba Evans, que había estado en Inglaterra y se había recuperado del escorbuto sin problemas. Le acompañaban Pennell, Rennick, Bruce, Lillie y Drake. Nos contaron que el año anterior habían tenido una fortísima tempestad durante el viaje de vuelta.

Tomamos unas manzanas del barco. «Qué hermosas son. No comería otra cosa […]. Pennell está portándose de maravilla, como siempre […].» «Llama la atención la forma tan poco natural de hablar que tienen los hombres del barco; además, no ocurre en ocasiones concretas, sino en general. El contacto con la civilización les da un tono afectado. Lo he notado tanto en los oficiales como en los tripulantes.»

19 de enero. A bordo del Terra Nova. Tras pasarnos veintiocho horas cargando, a las cuatro de la tarde nos hemos marchado definitivamente de la vieja cabaña. Anoche anduvimos con bastante prisas y no dormimos mucho. Resulta realmente maravilloso recorrer la distancia de una jornada en una hora: esto es más o menos lo que hemos tardado en llegar al cabo Royds, donde hemos recogido muestras geológicas y zoológicas, lo que sin barco nos habría obligado a hacer un largo viaje. Pero me siento muy cansado. No tengo palabras para expresar la alegría que me han producido las cartas.

Ahora, entre el vals que suena en el gramófono, la cerveza de la cena, las manzanas y verduras frescas, la vida es más soportable que durante todos los meses y semanas de fatiga que he pasado. No me pesa marcharme del cabo Evans: no quiero ver este lugar nunca más. Los malos recuerdos empañan los dichosos.

Antes de que regresara el barco, decidimos entre nosotros pedir encarecidamente que se erigiera en la colina de Observaciones una cruz en memoria de la expedición al polo. En cuanto llegó el barco, el carpintero se puso a construir una gran cruz con madera de jarrah. La inscripción fue objeto de algunas deliberaciones: hubo quien insistió en que pusiéramos una cita de la Biblia, ya que «las mujeres tienen muy en cuenta estas cosas»; pero tuve la satisfacción de que se eligiera el último verso del Ulysses de Tennyson: «Luchar, buscar, encontrar y no rendirse jamás.»

Las aguas del mar se extendían milla y media al sur de la isla Tent; el 20 de enero, a las ocho de la mañana, dejamos allí el barco y llevamos la cruz a la punta de la Cabaña en un trineo. El grupo lo formábamos Atkinson, Wright, Lashly, Crean, Debenham, Keohane, Davies, el carpintero del barco y yo.

Por la tarde. Punta de la Cabaña. Al venir hemos tenido una experiencia sumamente desagradable. A sólo una milla de la punta de la Cabaña nos hemos encontrado con viento y nieve; luego hemos visto una pequeña laguna de hielo fundido y hemos retrocedido para evitarla.

Atkinson ha metido un pie en el agua. Nos hemos alejado a toda prisa. Pero entonces Crean se ha hundido hasta los brazos, y hemos observado que el hielo no tenía más que unos diez centímetros de grosor y que estaba medio viscoso. Al final he logrado darle la mano y sacarlo sin que el hielo cediera, y hemos seguido adelante con gran esfuerzo.

Entonces Crean ha vuelto a caerse, y a punto ha estado el trineo de hundirse con él. Hemos tirado del trineo, y Crean ha salido agarrándose a él.

Luego sólo nos hemos encontrado con trechos aislados de hielo blando, pero ya estábamos hartos. Creo que ha sido una verdadera suerte que hayamos salido de ésta.

Crean se ha puesto aquí ropa seca, y hemos dado una mano de pintura blanca a la cruz, que ahora está secándose. Hemos subido a la colina de Observaciones y hemos encontrado un buen lugar en la misma cumbre. Ya está hecho el agujero; tiene un metro de profundidad si se cuenta la roca de al lado. Desde aquí se ve que el hielo viejo de este año se encuentra en muy malas condiciones. El mar se ha deshelado a lo largo de toda la costa o bien está cubierto de hielo viscoso. Nunca había visto nada semejante aquí. Cerca del cabo Armitage y de las crestas de presión de la punta del Pram el hielo es nefasto. Sólo espero que logremos volver sanos y salvos.

Viendo la alegría con la que habla esta noche, nadie diría que Crean se ha dado un par de buenos chapuzones […].

Creo sinceramente que la cruz va a quedar muy bien.;:"

La colina de las Observaciones era sin duda el lugar idóneo. Los conocía muy bien a todos: tres de ellos eran miembros de la expedición del Discovery y como tales habían vivido tres años a su sombra. La veían cada vez que regresaban de un duro viaje por la Barrera; la colina de Observaciones y el peñón del Castillo siempre les daban la bienvenida en tales ocasiones. Desde allí se dominaba por un lado el estrecho de McMurdo, que era donde habían vivido, y por el otro la Barrera, que era donde habían muerto. No hubiéramos podido encontrar pedestal más adecuado: él solo ya medía casi 300 metros de altura.

Martes, 22 de enero. Nos hemos levantado a las seis de la mañana y a las once hemos subido la gran cruz a la colina de las Observaciones. Pesaba mucho, y el hielo tenía por todas partes muy mal aspecto. Yo me he alegrado cuando hemos llegado arriba, desde luego. Eran aproximadamente las cinco de la tarde. Queda realmente magnífica; va a ser un monumento permanente, y se distinguirá a simple vista desde un barco situado a nueve millas de distancia. Se eleva a casi diez metros sobre las rocas y alcanza varios metros de profundidad. No creo que llegue a moverse. Cuando la hemos levantado y estaba ya de cara a la Barrera, hemos dado tres vítores, y luego otro más.

Regresamos al barco sin sufrir ningún percance y remontamos las montañas Occidentales hasta llegar al puerto de Granito. Para quienes sólo habíamos visto estas montañas desde lejos resultó un viaje muy interesante. Gran fue a buscar un depósito de muestras geológicas, y Lillie arrojó la red de arrastre.

Fue una pesca maravillosa, pese a que sólo era una más en la larga e importante serie de capturas realizadas durante los viajes del Terra Nova. Había todo tipo de esponjas: silíceas, tubulares y hexactinélidas, y en general estaban cubiertas de mucosidades. Unas se alimentaban de unas diatomeas tan diminutas que sólo se pueden obtener por centrifugación; otras poseen unos jugos gástricos que sirven para disolver los esqueletos silíceos de las diatomeas de las que se alimentan; se sujetan al lodo y dejan que el agua atraviese sus cuerpos; a veces mueven la corriente con cilios. Había colonias de gorgonias, que comparten la comida generosamente; y corales y gusanos marinos degenerados, que empezaron a vivir en pequeñas células como el coral, pero luego fueron a menos. También había estrellas de mar, erizos, lirios y cohombros. Los erizos constan de placas hexagonales cuyo centro forma una bola sobre la que se mueve una espina gracias i una articulación de rótula. Estas espinas las utilizan como protección, y cuando son grandes como medio de locomoción. Pero el auténtico medio de locomoción son las cinco filas dobles de vesículas locomotrices, que funcionan por succión, y con las cuales introducen el agua en un receptáculo situado en el caparazón y crean un vacío. Las estrellas de mar hacen lo mismo. Encontramos una especie de erizo de mar que tenía unas espinas tan largas que eran prácticamente como barras; eran el doble de largas que el propio erizo, y exactamente iguales a unos remos, incluso estaban abarquillados. Para crecer, la langosta se desprende de su caparazón, se esconde y forma otro sin dejar de desarrollarse en ningún momento. El caracol y la ostra conservan la concha original y van añadiéndole capas por el borde. Pero este erizo de mar crece incrementando la sustancia calcárea que cubre cada una de sus placas por fuera. A medida que el animal crece, aumentan de tamaño las placas.

Había un cohombro de mar que incubaba a sus pequeños en una cavidad de cría que formaba con la boca. Esta es una peculiaridad de un nuevo género antártico descubierto durante la expedición del Discovery. Posee unos tentáculos sumamente complejos, que utiliza como patas, y unos bastoncillos calizos en su blanda piel en lugar de las óseas placas calcáreas de los erizos y las estrellas de mar. Luego estaban los lirios de mar, una reliquia de los antiguos crinoideos que abundaban en el período carbonífero, de los cuales se pueden encontrar muestras en la piedra caliza de Derbyshire. También había miles de ofiuroideos, bellas ruedas que habían perdido el aro y sólo conservaban el cubo y los radios. Estos radios o patas son musculares, sensitivos y locomotrices. Difieren de las estrellas de mar en que no poseen glándulas digestivas en las patas para llevarse la comida a la boca. Antiguamente tenían un pedúnculo y permanecían sujetas a las rocas; todavía viven en el mar antiquísimos equinodermos pedunculados. Wyville Thomson descubrió en 1868 que en los mares del norte de Escocia todavía existían estos organismos con aspecto de piedra, hallazgo que dio lugar a la expedición del Challenger de 1872, organizada para sondear las profundidades marinas. Pero el Challenger recogió pocos especímenes de esta clase de organismos. La mayor parte de las

especies que encontramos eran propias de la Antártida.

Había cientos de gusanos poliquetos provistos de una boca evagi-nable que introducen en el lodo y luego vuelven a meter en el cuerpo, y de unas sedas que cubren unas protuberancias desarrolladísimas, las cuales cumplen la función de patas y les permiten moverse por el limo.

Parece ser que estos animales han dado lugar a los artrópodos. En una forma posterior y modificada se han adaptado a vivir en un tubo para protegerse, pero también porque han descubierto que no pueden atravesar el lodo, que se ha vuelto demasiado viscoso para ellos. Por lo tanto, se alzan en el tubo y capturan con unos tentáculos los sedimentos que caen. Al principio de su vida pasan por una fase embrionaria en la que se comportan como el plancton, lo que les permite extenderse a otros lugares. Se les podría comparar con los gusanos albañües, que también construyen tubos.

Pero cuando Lillie se agachó en el castillo de popa rodeado por los tarros y la enmarañada masa que había pescado, y en segundo lugar por científicos, pseudocientíficos y marineros curiosos, nada le satisfizo tanto como ver que había capturado varios ejemplares del Cephalo-discus rarus, del cual todavía hoy no hay en el mundo más que unos cuatro tarros llenos. Este animal es tan interesante como poco común, pues su antepasado fue un eslabón entre los vertebrados y los invertebrados, aunque nadie sabe cómo era. Ha sido un vertebrado pero ha sufrido una regresión, y ahora presenta indicios de haber poseído un notocordio, y tiene también branquias. El primer lugar donde lo encontraron fue en la parte de la Tierra de Graham que da al continente antártico, y hace muy poco ha sido visto en el mar de Ross. Que se sepa, no se da en ninguna otra parte del mundo.

Nos marchamos del puerto de Granito el 23 de enero a primera hora de la mañana y empezamos a alejarnos. Nuestra siguiente tarea consistía en recoger muestras geológicas de las caletas de Evans, donde Campbell y sus hombres habían pasado el invierno en una cueva de hielo, y dejar un depósito para futuros exploradores. Nos encontramos con una gruesa banca de hielo, por lo que tuvimos que retroceder al menos 12 millas y probar otro camino.

El mar se ha congelado por esta zona, lo que resulta extraordinario en esta época del año. Esta mañana se extendía una fina capa de hielo entre los bandejones; estoy seguro de que la mayoría de estos grandes bandejones tabulares, de los que hay bastantes, son los restos de una placa de hielo formada recientemente.

Tuvimos dificultades con la hélice, que se atascaba cada dos por tres con el hielo. Finalmente llegamos a unas 30 millas al norte del cabo Bird y allí pusimos rumbo más o menos hacia la isla de Franklin. Aquella noche avanzamos un buen trecho por aguas prácticamente limpias de hielo, y al día siguiente pasamos la isla Franklin. Pero a última hora de la tarde (del 24 de enero) la previsión del tiempo era tan mala que nos detuvimos y pusimos los motores al mínimo.

Nos quedamos en el mismo sitio donde nos habíamos detenido hasta las cinco de la madrugada del 25 de enero, momento en que el hielo disminuyó lo suficiente como para que pudiéramos seguir adelante. Empezamos de nuevo a movernos lentamente: avanzábamos un poco, parábamos (aviso a la sala de máquinas), nos balanceábamos un rato, retrocedíamos, parábamos, volvíamos a avanzar y así sucesivamente hasta la siete de la tarde. Entonces, tras sufrir una fortísima sacudida que arrojó la cena fuera de la mesa, Cheetham nos sacó a mar abierto.

El enorme monte Nansen se alzó ante nosotros a alturas vertiginosas, v el 26 de enero, a las tres de la mañana, pasamos el promontorio de granito marrón oscuro de las estribaciones septentrionales.

No tardamos en quedar atrapados en un trecho de unos 500 metros de grueso hielo marino sobre el que el viento no había dejado ni una sola partícula de nieve. Delante de nosotros se extendía la rada a la que Campbell había puesto el apropiado nombre de Puerta del Infierno.

Me habría gustado ver aquella cueva de hielo, aquel horror de negrura y grasa. Los que la vieron volvieron con cara de asombro y admiración. Dejamos un depósito en la punta de la bahía, marcada con una caña de bambú y una bandera, y pusimos rumbo a casa. Fuimos contando las semanas, los días y finalmente las horas. El 29 de enero pasamos por el cabo Adare, con «el mar en contra, viento y niebla; es una tarea muy delicada avanzar cuando apenas se ve la punta del barco. Pero al final se ha disipado la niebla y el horizonte está ahora despejado. Todos nos encontramos bastante mareados, incluso la mayoría de los marineros del cabo Evans. Estamos hechos unos zorros». """ Aquella noche hizo muy mal tiempo y nos resultó difícil avanzar. A mediodía (a 69° 50'de latitud sur), un pequeño claro nos permitió ver un iceberg delante mismo del barco. Por la noche estalló una tempestad con todas las de la ley y nos vimos en apuros para no caernos de las literas. Nuestro objetivo era ahora dirigirnos hacia el este para evitar que los vientos del oeste nos pillaran más tarde por sorpresa. Pasamos una gran cantidad de icebergs, que de vez en cuando alternaban con bandejones de pequeño tamaño. El 1 de febrero, a 64° 15' de latitud sur y 159° 15 de longitud este, bordeamos un iceberg que medía 21 millas de largo; cuando conseguimos ver bien el otro lado, se extendía hasta perderse en el horizonte. A 62° 10' de latitud sur y 158° 15' de longitud este tuvimos un día espantoso.

Llevamos con viento desde la madrugada, y hay montones de icebergs por todas partes. A las ocho de la mañana hemos tenido que meternos entre un iceberg y una larga banca de hielo hasta que al final hemos tenido vía libre. Luego se ha formado una densa niebla. A las diez menos cuarto he salido por la puerta de la sala de oficiales y casi me doy un golpe en la cabeza con un enorme iceberg que estaba rozando el barco por estribor. Se movía una fuerte marejada de través, y el ruido que hacía el mar al romper sobre el hielo producía una sensación de frío. Cruzando la cubierta he distinguido a babor, en medio de la niebla, un gran iceberg de la Barrera.

Cuando logramos rodear el iceberg de estribor, encontramos otros detrás de él. El amigo que teníamos al otro lado se prolongaba sin solución de continuidad y parecía no tener fin. Pronto se hizo evidente que nos hallábamos en un estrecho callejón. ¡Y pensar que esperábamos dejar atrás el hielo en aquella latitud!

El Terra Nova es un bricbarba de madera. Fue construido en 1884 por A. Stephen e Hijos, Dundee, pesa 764 toneladas brutas y 400 netas, mide 56 metros de eslora, 9 de manga y 6 de calado, está provisto de motores de expansión sucesiva con dos cilindros de 140 caballos de potencia nominal, y fue matriculado en St Johns, Newfoundland. Por lo tanto, no es nada pequeño para lo que suelen ser las embarcaciones polares. Sin embargo, Pennell lo manejó con poco personal, rodeado de icebergs y bandejones, generalmente con oleaje y a menudo a oscuras o con niebla. En aquella ocasión nos libramos de los peligros más habituales. Era verano, y tuvimos una travesía tranquila. El crepúsculo brillaba durante casi toda la noche. Había muchos hombres a bordo y montones de carbón. Imagínese entonces el lector cómo lo pasaron Pennell y la tripulación de su barco a finales de otoño, cuando ya llevaban tanto tiempo en el sur que sólo les quedaba una mínima cantidad de carbón para los motores, el mar empezaba ya a congelarse alrededor del barco y la hélice se paraba por completo cuando intentaban atravesarlo. Pennell era sobrio en sus afirmaciones, pero al descubrir el temporal que soportó el Terra Nova en marzo de 1912 cuando se dirigía a Nueva Zelanda, dijo que parecía que el barco iba a salir volando de la cresta de una ola a la cresta de la

siguiente, que las noches eran oscuras y que los icebergs les rodeaban por todas partes. Durante aquellos días ni se les pasó por la cabeza hacer una comida normal: comieron lo que podían llevar en la mano. A mí me confesó que en una ocasión había llegado a temer que la situación se les fuera de las manos; otros me dijeron que parecía estar pasándoselo en grande.

Debido a los contratos con la prensa y a la necesidad de evitar las filtraciones de noticias, el Terra Nova tenía que permanecer veinticuatro horas en el mar después de enviar un cable a Inglaterra. Además era de vital importancia informar a los familiares antes de que los periódicos publicaran los hechos.

Así que el 17 de febrero a las dos y media de la mañana nos deslizamos como un fantasma en el pequeño puerto de Oamaru, en la costa este de Nueva Zelanda. Con sentimientos encontrados percibimos el olor de los conocidos bosques y las verdes pendientes, y vimos las siluetas de las casas de los hombres envueltas en sombras. El pequeño faro parpadeaba incansablemente, emitiendo una y otra vez el mismo mensaje: «¿Qué barco es ése? ¿Qué barco es ése?» Era evidente que el hecho de no recibir respuesta les causaba desconcierto y alarma. Se echó un bote al agua, y Pennell y Atkinson fueron llevados hasta la orilla, donde desembarcaron. Los marineros tenían órdenes estrictas de no responder a ninguna pregunta. Al cabo de poco rato regresó el bote y Crean dijo: «No han parado de insistir, señor, pero no nos han sacado nada.»

Entonces nos hicimos a la mar.

Cuando despuntó el alba pudimos ver tierra a lo lejos: verdor, árboles, y, de tanto en tanto, una casa. Empezábamos a estar impacientes. Sacamos la ropa que nos habían mandado de casa, con sus arrugas de más de tres años, para cuando desembarcáramos. Nos la probamos y nos quedaba muy justa. Nos pusimos las botas, y fue un suplicio. ¡Incluso nos afeitamos la barba! Hubo un momento de incertidumbre. No nos cabía más remedio que ponernos a subir y bajar por la costa y evitar a ser posible las embarcaciones que navegaran por ella.

Por la tarde, el pequeño barco que va diariamente de Akaroa a Lyttelton se hizo a la mar como de costumbre y se acercó a nuestro lado. «¿Se encuentran todos bien? ¿Dónde está el capitán Scott? ¿Han llegado al polo?» Recibieron unas respuestas bastante insatisfactorias y se marcharon. Para nosotros, en cambio, era el primer atisbo de vida civilizada.

Al amanecer del día siguiente, con la enseña blanca a media asta, nos introdujimos sigilosamente en la embocadura de la bahía de Lyttelton. No parábamos de buscar árboles, gente y casas con la mirada. Qué diferente era del día en que habíamos zarpado de allí, y, sin embargo, cuánto se parecía. Era como si hubiéramos tenido una horrible pesadilla y no acabáramos de creernos que ya habíamos dejado de soñar.

Entonces apareció el capitán del puerto en el remolcador, acompañado de Atkinson y Pennell. «Baje un momento -me dijo Atkinson-. Ha causado una impresión tremenda. No creía que fuera a afectarles tanto», añadió. No era para menos pues llevábamos demasiado tiempo ausentes, nos habíamos tomado todo aquel asunto de una forma muy personal y teníamos una percepción distorsionada de las cosas. Al desembarcar nos encontramos con que el imperio, y casi el mundo entero, estaba de luto. Era como si hubieran perdido a unos grandes amigos.

En el sensible mundo de antes de la guerra, la noticia de que aquellos hombres habían muerto produjo una profunda conmoción; ahora, aunque el mundo ya prácticamente no tiene noción de qué es la tragedia, despierta sentimientos de lástima y orgullo. Puede que la primera idea que el nombre de Scott le sugiera a uno sea la del desastre, como sí un incidente sucedido durante la vida de Colón le llevara a uno a olvidar que descubrió América. Pero la reputación de Scott no se basa en la conquista del polo Sur. Llegó a un continente nuevo, halló la manera de viajar por él y transmitió al mundo lo

que averiguó sobre él. Descubrió la Antártida y fundó una escuela. Él es el último de los grandes exploradores geográficos. No sirve de nada intentar encender una lumbre cuando ya todo está quemado. Él es probablemente el último explorador polar a la antigua usanza, pues, tal como yo veo las cosas, el futuro de este tipo de exploración está en la aire, aunque todavía habrá que esperar. Era, además, un hombre fuerte tanto física como mentalmente; no nos dimos cuenta de cuánto lo era hasta que lo encontramos muerto.

En las dos expediciones al polo que llevó a cabo contó con la ayuda de Wilson, aunque nunca llegaremos a hacernos una idea de en qué medida. En la última expedición contó también con la de Bowers. Creo que nunca ha habido mejor grupo de exploradores que el que formaron estos tres hombres; su suma de iniciativa, entereza y elevados ideales alcanzó un altísimo grado. Además sabían organizar, pese a que organizaron el viaje al polo y parece que la organización falló. Pero ¿ falló realmente? Scott dice que no: «Las causas del desastre no obedecen a una organización fallida, sino a la mala fortuna que hemos tenido cada vez que ha habido que asumir un riesgo.» Según el meteorólogo, tenía nueve posibilidades de salvarse entre diez, y le tocó la décima. «Hemos corrido riesgos; sabíamos que los corríamos. Las cosas se nos han puesto en contra, y, por lo tanto, no tenemos motivo para quejarnos.» No se ha escrito mejor epitafio que éste.

Para ir al polo decidió utilizar la única ruta que conocía el mundo, esto es, la que subía por el glaciar Beardmore y pasaba por el único puerto que se había descubierto para cruzar las montañas que dividen la planicie polar de la Gran Barrera de Hielo. Probablemente era el único camino que podían tomar quienes vinieran del estrecho de McMurdo. La alternativa era lo que hizo Amundsen: pasar el invierno en la Barrera a cientos de millas de la costa para evitar durante el viaje al sur el caos que causa el glaciar Beardmore en la llanura de hielo al desembocar en ella. Esto equivalía a renunciar a todos los planes de investigación científica, y Scott no era la clase-de hombre que viaja al sur con el único fin de llegar al polo. Cuando decidió pasar el invierno en la bahía de las Ballenas, Amundsen sabía que Scott iba a ir al estrecho de McMurdo; de lo contrario es posible que también él hubiera ido allí. Probablemente nadie se habría negado a utilizar la información que se había obtenido en este sentido.

Ya he dicho que hay quien afirma que Scott debería haber recurrido a los esquís y los perros. Si el lector lee el relato del descubrimiento del glaciar Beardmore y el viaje que realizó por él Shackleton, dejará de inclinarse a favor de tal solución. A decir verdad, aunque nosotros encontramos un camino mucho mejor que el de Shackleton para llegar a la cima del glaciar, no creo que sea posible subir y bajar por él con perros ni pasar por las irregularidades que presenta el hielo en la confluencia con la planicie, salvo que se disponga de tiempo de sobra para buscar otra ruta. «Sin duda los perros hubieran podido llegar hasta aquí», le oí decir a Scott cerca del Formanubes, aproximadamente en la mitad del glaciar. Sin embargo, lo mejor que hubiéramos podido hacer con los perros en la crestas de presión por las que pasamos durante el viaje de regreso habría sido arrojarlos a la sima más cercana. SÍ uno puede evitar pasar por zonas tan peligrosas, mejor que mejor; en caso contrario, no debe recurrir a los perros. La gente que dice estas cosas no sabe de lo que está hablando.

SÍ la intención de Scott era subir por el Beardmore, probablemente acertó al no llevar perros. En realidad, lo que hizo fue confiar en los ponis hasta el pie del glaciar y en sus propias fuerzas a partir de dicho punto. Como dependía de los ponis, no pudo ponerse en marcha hasta noviembre, pues la experiencia del viaje del depósito demostraba que los ponis no podían soportar las condiciones meteorológicas de la Barrera antes de esas fechas. Pero podría haber salido antes si hubiera llevado perros en lugar de ponis hasta el pie del glaciar. Así habría ganado unos cuantos días

en su carrera contra el tiempo otoñal, que era el que iba a tener durante el viaje de vuelta.

Tales tragedias suscitan inevitablemente una pregunta: ¿merecía la pena? Pero ¿qué es lo que merece la pena? ¿Arriesgar la vida por una hazaña o por el país de uno? A Scott no le atraía mucho la idea de plantearse algo por el hecho de que constituyera una hazaña y nada más que una hazaña. Era preciso que, además, tuviera otro fin: el conocimiento. A Wilson las hazañas le atraían aún menos, y en los fragmentos de su diario que se reproducen en este libro llama poderosísima-mente la atención el hecho de que no hiciera ningún comentario al enterarse de que los noruegos habían sido los primeros en llegar al polo. Es como si pensara que en el fondo carecía de importancia. Y probablemente así fuera.

Sería muy oportuno que alguien abordara estas cuestiones y otras semejantes relacionadas con la vida polar. El polo ofrece abundante material para la psicología, pues presenta unos elementos únicos, sobre todo el aislamiento completo y los cuatro meses de oscuridad que hay todos los años. Incluso en Mesopotámica una nación que llevaba largo tiempo sufriendo insistió al final en que se hiciera todo lo necesario para cuidar y evacuar a enfermos y heridos. Pero en las regiones polares un hombre ha de hacerse a la idea de que puede acabar pudriéndose a causa del escorbuto (como le ocurrió a Evans) o verse obligado a mantenerse durante diez meses con medias raciones de foca y raciones completas de alimentos contaminados por tomaina (como les ocurrió a Campbell y sus hombres) sin que nadie del mundo exterior pueda acudir a socorrerle durante un año o más. Allí no existen las «heridas de nada»: si uno se rompe la pierna en el glaciar Beardmore, ha de pensar en la forma más conveniente de suicidarse, tanto por su propio bien como por el de sus compañeros.

El explorador polar ha de hacerse a la idea de que se verá obligado a pasar privaciones tanto sexual como socialmente. ¿En qué medida pueden constituir un sucedáneo el trabajo duro y lo que cabría en llamar la «imaginación dramática»? Compare el lector los pensamientos que nos venían a la cabeza cuando viajábamos, la forma en que soñábamos con comida por la noche, y ese instinto tan primario en virtud del cual perder una miga de galleta le causaba a uno un resquemor duradero. Noche tras noche compraba yo grandes bollos de chocolate en un puesto del andén de entrevias de la estación Hatfield, pero siempre me despertaba antes de darle un bocado. Algunos de mis compañeros tenían la suerte de no ser tan nerviosos y acababan comiéndose aquellos alimentos imaginarios.

Y a oscuras, acompañado casi de continuo por ventiscas huracanadas que a uno le impiden verse la mano incluso a la altura de los ojos. La vida en tales circunstancias resulta pobre tanto mental como físicamente. Hacer ejercicio al aire libre es difícil, y cuando sopla ventisca resulta totalmente imposible, y uno es consciente de todo lo que está perdiéndose al no poder ver el mundo que le rodea cuando sale al exterior. Me han contado que si uno se encuentra con un loco o con alguien trastornado por un gran dolor o conmoción, lo que hay que hacer es sacarle al exterior y dar una vuelta con él: la naturaleza se encargará del resto. A nosotros, que éramos personas normales y estábamos viviendo en unas condiciones anormales, la naturaleza podía ayudarnos mucho a apartar los pensamientos de la rutina diaria; pero la naturaleza también pierde buena parte de su poder curativo cuando uno no la puede ver, sino sólo sentir, y cuando la sensación que produce es profundamente desagradable.

De alguna manera, a la hora de juzgar la vida en los pellos uno debe dejar de lado el preceptivo aguante y averiguar qué responsabilidades puede eludir un hombre, sin olvidar en ningún momento que arrastrar un trineo constituye la prueba más difícil de todas. Si resulta difícil formarse una idea de lo que puede llegar a hacer un hombre normal y corriente es porque resulta mucho más fácil eludir responsabilidades en el mundo civilizado. En el fondo no importa si el hombre que trabaja dentro o fuera de la cabaña elude responsabilidades, como tampoco importa mucho en el mundo civilizado:

no constituye más que una oportunidad desaprovechada. Pero si uno está arrastrando un trineo por la Barrera, no cabe eludir responsabilidad alguna: a la mayoría se nos nota al cabo de una semana.

Son muchas las cuestiones que habría que analizar: el efecto que produce en el hombre el paso del calor al frío (como en el caso de Bowers, que se incorporó a nuestra expedición recién llegado del golfo Pérsico, o en el de Simpson, que se marchó de la Antártida a la India, es decir, el caso contrario); las diferencias entre el frío seco y el húmedo; ¿qué temperaturas son agradables en la Antártida, y cuáles lo son en comparación con las de Inglaterra?; ¿cómo afectarían estas temperaturas a las mujeres? El hombre con nervios de acero es el que más lejos llega. ¿Cuál es la razón entre la presencia de ánimo y la fuerza física? ¿Qué es la vitalidad? ¿Por qué ciertas cosas le aterran a uno en un determinado momento y no en otros? ¿A qué se debe que muestre este coraje a primera hora de la mañana? ¿Cuál es influencia de la imaginación? ¿En qué medida puede un hombre exigirse a sí mismo? ¿De dónde salía la enorme cantidad de calor que generaba Bowers? ¿ Y las canas de mi barba, de dónde salieron? ¿Y los ojos azules de X, que zarpó de Inglaterra con ojos pardos y al regresar se encontró con que su madre se negaba a reconocerle como hijo suyo? ¿Varían el crecimiento y el color del pelo y de los ojos?

Son muchos los motivos que impulsan al hombre a ir a los polos, y el acicate intelectual está presente en todos ellos; pero en el fondo lo que cuenta es el deseo de saber, a secas, y en este momento no hay ningún lugar para obtener conocimientos que pueda compararse con la Antártida.

La exploración es la expresión física de la pasión intelectual.

Y diré una cosa: si tiene usted el deseo de saber y el poder para hacerlo realidad, vaya y explore. Si es usted un hombre valiente, no hará nada; si es un hombre miedoso, es posible que haga mucho, pues sólo los cobardes tienen necesidad de demostrar su valor. Hay quien le dirá que está chiflado, y casi todo el mundo le preguntará: «¿Para qué?» Y es que somos una nación de tenderos, y ningún tendero está dispuesto a parar mientes en una investigación que no le prometa un rendimiento económico antes de un año. Así que viajará usted prácticamente solo con su trineo, pero quienes le acompañen no serán tenderos, y eso tiene un gran valor. Si hace usted su correspondiente viaje de invierno, obtendrá su recompensa, siempre y cuando lo único que desee sea un huevo de pingüino.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

09/08/2011